JUGANDO CON FUEGO

Serie Los Marstone
Libro 3



JAYNE DAVIS

Jugando con fuego

Jayne Davis

Contenido

Página del título
Copyright
Agradecimientos
Mapas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo
Nota histórica
Posdata
Sobre la autora

Copyright

Copyright © 2020 por Jayne Davis
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma, ni por medios electrónicos o mecánicos, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Desarrollo del manuscrito: Antonia Maguire
Corrección de estilo y prueba de lectura: Sue Davison
Diseño de portada: Spiffing Covers & P Johnson

Agradecimientos

Gracias a mis compañeros de crítica en Scribophile por sus comentarios y sugerencias, especialmente a Alex, Adam, David, Daphne, Jean, Jim, Thomas y Violetta.

Gracias también a los lectores Beta Tina, Cilla, Dawn, Doris, Helen, Kristen, Leigh, Mary, Sue y Wendy.

Mapas

Francia y sur de Inglaterra

Algunos lugares en Francia y el sur de Inglaterra mencionados en el texto. Los lugares ficticios están subrayados.



Lugares en el Mediterráneo



Capítulo 1

Francia, 5 de febrero de 1793

—Nos detendremos aquí —declaró la Comtesa de Calvac. Se recostó contra los cojines de terciopelo, enderezó su abrigo y metió las manos en su guante de piel mientras el carruaje giraba bruscamente en una esquina.

Phoebe, sentada frente a su tía, se giró para mirar por la ventana. Una fina llovizna empañaba el paisaje llano y los árboles desnudos. Podía distinguir una posada al frente, con casas a ambos lados de la carretera.

Phoebe apretó los dedos, con las uñas clavándose en sus palmas.

—Todavía es de día, tía —dijo, manteniendo la voz tranquila—. Podríamos llegar más allá del siguiente pueblo antes de detenernos. Ayer solo viajamos treinta millas. Ahora que Francia ha declarado la guerra a Gran Bretaña, necesitamos llegar a la costa lo más rápido posible y encontrar un barco que nos lleve a Inglaterra.

—Oh, no seas tonta, Phoebe —dijo prima Hélène—. Tengo hambre y estoy harta de los golpes y sacudidas.

—Nos detenemos —repitió la comtesa—. Hazlo, Anson.

El mayordomo se recostó en el asiento que miraba hacia atrás, con los ojos cerrados y líneas de tensión en su rostro incluso mientras dormía. Phoebe se inclinó hacia adelante y le sacudió el hombro.

—¡Anson! —la voz de la comtesa fue estridente. El mayordomo despertó de un sobresalto.

—Quiero descansar de este maldito traqueteo —dijo la comtesa —. Hazlo.

—Pero tía —intentó Phoebe nuevamente—, si nos detenemos ahora, el viaje a la costa tomará aún más tiempo. No es seguro. El posadero anoche había mostrado demasiado interés en nuestros

papeles para mi tranquilidad. Solo la vista de monedas extras lo distrajo de examinar nuestros documentos de viaje.

—No discutas conmigo, Phoebe. Ya he tenido suficiente de ti y tus opiniones estos últimos días. Recuerda tu lugar.

—Pero, Madame... —comenzó Anson.

—¡Nos detenemos!

Los hombros del mayordomo se hundieron. Tomó el bastón del asiento junto a él y lo golpeó contra el techo del carruaje. Al bajar la ventanilla para llamar al conductor, una ráfaga de aire helado hizo que Phoebe se estremeciera. Para cuando volvió a subir la ventana, el vehículo ya estaba entrando en el patio de la posada.

Anson recogió la pequeña caja fuerte que descansaba cerca de sus pies y salió del carruaje. Phoebe se abrazó la capa y lo siguió dentro del edificio. Al entrar en la sala común, el posadero salió de detrás de la barra y Anson pidió habitaciones en su francés entrecortado.

—¿Combien de chambres? —preguntó impacientemente el posadero.

Anson miró a Phoebe y se encogió de hombros.

—Una habitación para tres —dijo Phoebe en francés. No quería compartir una habitación con su tía y prima, pero era la opción más segura. Pidió una habitación separada para Anson y una cama para la doncella de su tía. Masson y Dubois, el conductor y el guardia, dormirían en los establos.

El posadero olió la ropa raída de Phoebe antes de guiarlos escaleras arriba. La gran cama doble ocupaba más de la mitad del suelo en la habitación que les mostró, dejando poco espacio para la cama adicional que Phoebe se vería obligada a usar.

—¿Es esta la mejor habitación que tiene? —preguntó.

El hombre se encogió de hombros.

—Tómela o déjela. Los sirvientes pueden dormir en las habitaciones del ático.

—La tomaremos —dijo ella, con el corazón hundido. A su tía no le gustaría. Sería culpa de Phoebe, o de Anson. Normalmente lo era.

Bajaron nuevamente para encontrar a la comtesa inspeccionando el pasillo sombrío con los labios fruncidos. La

doncella, Jeanne, entró detrás de ella, con el rostro demacrado por el frío del viaje. Llevaba la caja de joyas de la comtesa y el libro de Hélène.

—Jeanne, asegúrate de que esos hombres lleven los baúles a la habitación correcta —dijo la comtesa—. Y asegúrate de que haya fuego. —Al menos recordó hablar en francés. La doncella hizo una reverencia y siguió a Anson escaleras arriba.

—Manda chocolate a la sala —ordenó la comtesa. El posadero asintió y se retiró.

—Oh, sí, mamá, eso estará delicioso —dijo Hélène—. Me alegra que nos hayamos detenido. El traqueteo en el carruaje fue horrible.

A pesar del fuego, el aire en la sala era frío. La comtesa cruzó la habitación, dejó sus guantes sobre una mesa y extendió las manos hacia las llamas, protegiendo el poco calor que quedaba de los demás. Phoebe frunció el ceño al ver las cuatro mesas de roble con sillas, y dos bancos junto al fuego. Había supuesto que esa era una habitación privada, pero parecía más bien el comedor principal. A su tía no le gustará si la posada es demasiado pequeña como para tener otra habitación en la planta baja.

—Si tuviéramos escoltas, podrían haberse asegurado de que todo estuviera listo para nosotras —se quejó la comtesa—. Fue mucho más cómodo cuando llegamos desde Inglaterra el mes pasado. No estoy acostumbrada a viajar así. Monsieur de Calvac dirá algo a Anson sobre esto cuando lleguemos a Londres.

—Tía, no es sabio llamar la atención sobre nosotras —dijo Phoebe, como tantas veces antes. Y con tan pocas expectativas de ser escuchada.

—¡Tonterías! ¿Por qué siempre piensas que sabes todo, Phoebe? No es una característica agradable. No es de extrañar que aún estés soltera a los veinte.

Phoebe mantuvo la expresión en blanco. Después de cuatro años viviendo con su tía, ya era un poco más fácil ignorar los constantes comentarios despectivos. Tomó la capa de la comtesa cuando se la tendió, colgándola sobre el respaldo de una silla cercana.

Su tía se sentó en una mesa cerca del fuego, alisándose las faldas.

—Siéntate aquí, Hélène. Asegúrate de no estar sentada en una corriente de aire, no quieres resfriarte. Una nariz roja no es atractiva, y no queremos que nada te impida lograr un buen matrimonio este año.

—Sí, mamá —dijo Hélène, colgando su capa sobre el respaldo de otra silla—. Espero que la cena esté mejor esta noche. —Arrugó la nariz—. No estuvo muy bien ayer.

Phoebe había disfrutado del capón asado la noche anterior, pero quizás Hélène lamentaba la falta de pasteles y frutas. Sin duda, las escoltas ausentes habrían elegido una posada más grande.

Media hora más tarde, la habitación estaba agradablemente cálida, el chocolate caliente había llegado y sido bebido, y las otras dos habían subido para cambiarse. Phoebe se acercó más al fuego, aunque el frío que sentía en su interior se debía a la aprensión.

Viajando solo, como su tío había instruido, Anson habría recuperado los papeles de la finca que le habían enviado a conseguir y ya estaría de vuelta en Inglaterra a salvo. En cambio, mientras el conde estaba fuera de Londres por negocios, su tía insistió en acompañar al mayordomo. Hélène había querido ver nuevamente su antigua casa en Calvac, y Phoebe también había sido llevada, sospechaba, para ayudar a Anson a traducir. Su tía había dicho que quería recuperar algunas joyas que habían quedado en Calvac cuando todos se mudaron a Inglaterra hace más de un año, pero Phoebe no estaba segura de creerle. Su tío no estaría contento de no encontrar a ninguno de los tres cuando regresara a Londres.

La tensión detrás de sus ojos anunciaba un dolor de cabeza inminente, y se masajeó las sienes. Si tenía suerte, Jeanne tardaría al menos una hora en ayudar a la comtesa a cambiarse y peinarse el cabello, y luego ayudar a Hélène. Phoebe no entendía por qué su tía pensaba que era tan importante ponerse un vestido de noche para cenar en una posada de carretera sin nadie más que su mayordomo para verla. Además, parecía particularmente imprudente ostentar riqueza en estos tiempos revolucionarios.

Phoebe apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos, pero no pudo relajarse. El nudo de tensión en su estómago seguía ahí, como lo había estado durante las últimas dos semanas.

La noticia de la ejecución del rey les había llegado poco después de cruzar el Canal, cuando apenas llevaban dos días de viaje hacia Calvac. Las protestas de Phoebe y Anson para continuar el viaje cayeron en oídos sordos. La comtesa insistió en que ella era una aristócrata inglesa de nacimiento, y sus papeles de viaje estaban en orden, por lo que continuarían. Solo cuando llegó la noticia a Calvac de que Gran Bretaña y Francia estaban en guerra pudieron persuadir a la comtesa de que deberían regresar a Inglaterra lo antes posible.

El carruaje también era motivo de preocupación, ya que destacaba la riqueza que llevaban. Su tía había decidido usar el carruaje que se mantenía en el château en lugar de alquilar uno. Phoebe había logrado convencer a Anson de que hiciera pintar el escudo en las puertas, lo que provocó muchas quejas de su tía, pero la disculpa de Anson y su explicación de que la pintura no se podía quitar finalmente la silenciaron.

El suave crujir del fuego calmaba la cabeza dolorida de Phoebe, casi ahogando el ruido amortiguado de la sala común más allá de la puerta cerrada. Al quedarse medio dormida, se sobresaltó cuando algo tocó su tobillo, luego sonrió al ver a un gato negro acurrucado junto al fuego.

Phoebe sacó su cuaderno de bocetos de los bolsillos que llevaba debajo del vestido e hizo un dibujo rápido, utilizando trazos cortos de su lápiz para darle textura. Luego, anhelando la felicidad y seguridad del hogar que tuvo que dejar hacía cuatro años, intentó dibujar lo que recordaba de Beech House. Añadió a su padre saliendo en su gig para ver a un paciente, y a su madre cortando flores en el jardín.

Su tío no había mostrado signos de resentir la necesidad de mantener a la sobrina de dieciséis años de su esposa después de la muerte de los padres de Phoebe, pero la dejó bajo la supervisión de su tía. La comtesa pensaba que su sobrina debería estar agradecida por vivir en lujo con sus parientes titulados. Phoebe habría cambiado

todo eso por la oportunidad de volver atrás en el tiempo, para que sus padres siguieran vivos.

Pasando las páginas, se detuvo en las acuarelas de las islas del Caribe que había pintado basándose en las descripciones de las cartas de Joe, preguntándose si sus imágenes se parecían en algo a los lugares reales que su hermano mencionaba. No era probable que tuviera la oportunidad de verlo por sí misma.

Los siguientes dibujos eran de Georges, el joven hermano de Hélène, boquiabierto ante lanzas y cabezas reducidas en el museo durante un viaje con su institutriz. La señorita Bryant era amiga, y Phoebe disfrutaba acompañándolos a ver los lugares de interés en Londres.

Sonrió al ver la caricatura de su tía en el barco de paso cruzando el Canal, con la cara teñida de un verde pálido. Los demás bocetos eran escenas del campo cerca de Calvac, hechas para distraerse de las preocupaciones sobre su seguridad.

Guardando el cuaderno de bocetos, cerró los ojos hasta que escuchó la voz de su tía en el pasillo, buscando algún defecto como siempre. Si subía ahora a refrescarse, podría conseguir otra media hora de paz antes de la cena.

Capítulo 2

Las luces brillaban a lo lejos, y Alex suspiró aliviado cuando vio el cartel de una posada. Ya había oscurecido hacía una hora, y la llovizna anterior se había convertido en aguanieve. Los caballos cansados golpearon el suelo empedrado del patio y se dirigieron hacia los establos, y Alex desmontó rígidamente. Aunque agotado, se ofreció para llevar a los caballos al establo mientras Hugo de Brevare se encargaba de preguntar por las habitaciones.

Un montón de heno en el altillo del establo estaría bien, pensó, mientras desensillaba los animales y los restregaba con un trapo que le lanzó un mozo de cuadra. Cualquier lugar serviría, siempre que pudiera tumbarse a descansar. Varios músculos de su cuerpo le recordaban que no había montado en meses, y mucho menos en una bestia tan lamentable y sacudida. Maldijo en voz baja por haberse dejado convencer por Brevare para comprar los caballos.

La actividad ayudaba a que la sangre se moviera en sus manos y pies, aliviada por el cálido y, aunque apestoso, consuelo que emanaba de los caballos. Tiró su pesado abrigo mojado sobre un pedazo de madera, resistiendo el impulso de tocar una vez más el forro.

El lugar parecía estar en buen estado. Varios caballos masticaban heno o dormitaban, y un carruaje estaba estacionado en el patio. La luz de las lámparas del establo mostraba un interior profundamente acolchado.

—¿De quién es eso? —preguntó a uno de los mozos de cuadra.

El chico se encogió de hombros, sin apartar la vista del caballo que cepillaba.

—No sé. Su dinero es tan bueno como el de cualquier otro.

Alex alzó una ceja. No era el mejor momento para presumir de riqueza por el campo. Cuando terminó con los caballos, cruzó el patio hacia la posada. La sala estaba cálida, pero abarrotada y ruidosa por las voces. Brevare ya tenía una jarra de cerveza esperándole, después de haberse bebido casi toda la suya.

—Tenemos una habitación cada uno —dijo Brevare—. En el ático, y son pequeñas, pero servirán.

A Alex no le importaba; tener una habitación separada le permitiría cerrar la puerta, y tal vez dormir en lugar de preguntarse qué era lo que Brevare realmente quería y qué podría hacer. Unos tragos de cerveza lo revitalizaron un poco, y miró alrededor, observando cómo media docena de nuevos clientes se apiñaban en la sala.

Atrajo la atención de una de las camareras.

—¿Está ocupada esta noche? —preguntó, cuidando de imitar el acento local.

—Sí —dijo la mujer frunciendo el ceño—. El boticario se casa. —Señaló a un hombre de mediana edad en la esquina, mejor vestido que el resto—. Está invitando a todos sus clientes en su última noche de libertad. Si quiere una comida, ciudadano, lo mejor será que la tome pronto.

Alex bebió más cerveza, frunciendo el ceño ante una risa ruidosa y los primeros acordes de una canción desafinada.

—¿Hay algún sitio más tranquilo? Tomaremos el menú de hoy.

—Por ahí —dijo la mujer, inclinando la cabeza hacia una puerta en el otro lado de la sala—. Lo llevaré adentro.

El comedor estaba al final de un pasillo oscuro, de piedra. Alex y Brevare entraron detrás de dos jóvenes camareras que llevaban platos con carne, queso y pasteles, y un tazón de estofado. El estómago de Alex rugió al respirar el rico olor a carne y verduras. Los dos hombres pusieron sus bolsas en el suelo cerca de la puerta y colgaron sus abrigos mojados sobre las sillas.

Las camareras fueron hacia la mesa más cercana al fuego y comenzaron a colocar los platos. Una mujer mayor daba instrucciones firmes sobre dónde ponerlos y cómo mover las sillas. Su cabello estaba fuertemente empolvado, recogido alto sobre su cabeza, y su vestido bordado tenía demasiado encaje y demasiados lazos de cinta para una cena en una posada de paso como esta. El carruaje en el patio debía ser suyo. Parecía treinti largos años, pero era difícil saberlo en la penumbra. Su rostro, casi sin arrugas, habría

sido atractivo sin la caída de sus labios que le daba una expresión descontenta.

Una mujer más joven se sentó junto a ella, observando los platos mientras se servían. Una esquina de la boca de Alex se levantó en señal de apreciación. Tenía el cabello dorado, sin empolvar, suelto alrededor de su delicada cara en forma de corazón, y su vestido azul claro caía bien alrededor de un generoso busto. Una hija, por el parecido facial.

Más allá de la belleza, un hombre mayor vestido de negro simple se sentó junto a otra joven en un vestido raído. Lo único que Alex pudo distinguir de esta mujer fue un rostro redondeado y una boca ancha, con algunos rizos rojos escapando debajo de un simple tocado, cuyo color chocaba horriblemente con el naranja de su vestido. Estos dos debían ser sirvientes, a los que se les permitía comer con su señora y su hija, pero a una distancia apropiada.

Cruzando hacia una mesa vacía, Alex sacó una silla y se sentó con la espalda contra la pared. Brevare se quedó mirando a la mujer de cabello dorado hasta que Alex se inclinó hacia él y le dio un codazo. Brevare miró hacia abajo, hacia Alex, y tomó asiento.

Una vez que la mesa estuvo finalmente dispuesta a satisfacción de la mujer mayor, se sentó y despidió a las camareras. La belleza de cabello dorado susurró algo a su madre; la mujer mayor miró en su dirección, frunciendo el ceño.

—Este es un salón privado —dijo, con un acento extraño en su francés y un tono tan agudo como su expresión.

—Es el único salón, *citoyenne* —respondió Alex—. ¿Dónde más sugiere que comamos?

—Ese no es asunto mío —dijo, mirándolos antes de volver a concentrarse en la comida y colocar varias rebanadas de carne en su plato. La joven de cabello dorado empujó su brazo, y la mujer mayor miró a su alrededor de nuevo, sus ojos se abrieron al ver que los dos hombres no se habían movido.

—Soy la Comtesa de Calvac —anunció—. ¡Tengan respeto por sus superiores y déjennos en paz!

—No es prudente... —La voz baja provenía de la pelirroja, dirigiéndose a la comtesa.

—Insisto en que dejen la sala —gritó la comtesa, su voz más fuerte y, si era posible, más chillona que antes.

Alex tomó un sorbo de cerveza, sin moverse de su postura encorvada. Él y Brevare intentaban no llamar la atención, pero estos aristócratas no eran las personas que debían evitar. Otra explosión de risa estridente desde la sala de la taberna le recordó que este seguía siendo el mejor lugar para comer.

—¿Cómo se atreven a desafiarme? —demandó la comtesa, poniéndose de pie.

—Seguro que ya ha oído, *citoyenne* —dijo Alex, poniendo deliberada insolencia en su voz—. La abolición ya lleva casi tres años. Ya no existen títulos en Francia, y usted es la comtesa de nada.

La condesa se sonrojó de un rojo poco favorecedor e inclinó la cabeza para parecer que miraba por encima de su nariz.

—Exijo... —comenzó.

—No eres dueña de esta posada —interrumpió Alex—. Tampoco has pagado por este salón.

En ese momento, una sirvienta entró con la comida que Alex había pedido, colocando los platos sobre la mesa.

—Ignórala y come —dijo Brevare, tomando su tenedor.

La condesa los observaba, con los labios apretados en una línea fina. Desvió la mirada cuando los ojos de Alex se encontraron con los suyos, sirviéndose más carne con movimientos bruscos de su tenedor.

Alex giró su silla para enfrentarse a su comida. El estofado estaba caliente, sabroso y reconfortante, disipando el último de los escalofríos en sus huesos. Después del largo viaje, tanto él como Brevare pidieron un segundo plato, seguido de un plato de queso.

Cuando estuvo satisfecho, Alex se recostó en su silla y observó la otra mesa. La condesa y su hija de cabello dorado jugaban a las cartas. La pelirroja se inclinaba sobre un libro que había sobre la mesa frente a ella, dibujando tal vez. La cabeza del hombre mayor descansaba en el respaldo de su silla, con los ojos cerrados y líneas de fatiga claramente visibles en su rostro.

—¿Un poco de brandy? —preguntó Brevare.

Alex se encogió de hombros.

—Si quieres. —Los sonidos de una canción ebria llegaban desde la sala de la taberna—. Puede que pase un rato antes de que alguien venga. —Se sirvió más queso.

Brevare se levantó, murmurando una maldición entre dientes, y salió de la habitación.

La condesa levantó la vista cuando la puerta se cerró tras Brevare.

—Como ya han terminado su comida, ¿seguramente nos permitirán un poco de privacidad ahora? —sus palabras fueron conciliadoras, pero su expresión mantenía el mismo desdén de antes.

—Esta no es tu posada, *citoyenne*. No tienes autoridad aquí —dijo Alex con calma, deseando solo sentarse en paz. Su habitación en el ático sería fría y posiblemente húmeda.

—Por favor, déjenos. No estoy acostumbrada a usar comedores comunes.

—Las nuevas experiencias mantienen la vida interesante, ¿no es así? —dijo él, como si fuera una conversación educada. Se escuchó un sonido amortiguado desde una de las personas de la comtesa. Alex miró a los demás en la mesa, pero no pudo saber quién había reído.

La condesa tensó la espalda y tiró las cartas que tenía en las manos.

—Soy la Comtesa de Calvac, pase lo que pase con el gobierno de este país, pero también soy...

—¡Tía! —Esta vez la interrupción fue aguda y fuerte, proveniente de la pelirroja—. Por favor... deberíamos retirarnos.

—¿Mamá? ¿Podemos dejar esta habitación? —La suave voz de la joven de cabello dorado tuvo más efecto, y la comtesa se levantó.

—Muy bien. —Se movió alrededor de la mesa, tomó el brazo de la mujer de naranja y la arrastró hasta que estuvo de pie—. No voy a permitir que tú me digas lo que tengo que hacer. ¡Deberías estar preocupándote por mi comodidad, no pasándote el tiempo todo el día escribiendo en ese libro! Lo arrebató de la mesa y lo lanzó al fuego.

Alex vio una expresión fugaz de angustia cruzar el rostro de la joven antes de que se convirtiera en una máscara vacía. La condesa mantenía un firme agarre de su brazo y la arrastraba hacia la puerta. El hombre de negro se acercó al fuego, pero fue detenido por un susurro de la comtesa y, con desgano, siguió al resto del grupo fuera de la habitación.

Alex se levantó y usó la reja del fuego para apartar el libro del borde del fuego. La tapa había quedado algo chamuscada en los bordes, pero la puntería de la comtesa había sido tan mala como sus modales. Lo sacudió y estaba a punto de ponerlo sobre la mesa cuando la curiosidad lo impulsó a abrirlo.

Estaba lleno de dibujos, que iban desde imágenes de flores y pájaros, intrincados en detalle y colorido, hasta bocetos de árboles, casas y paisajes. Las caricaturas de la condesa y su hija casi lo hicieron reír en voz alta; fue un alivio que la condesa hubiera intentado quemar el cuaderno de bocetos, en lugar de confiscarlo y encontrar eso.

Entre los dibujos realistas y las caricaturas había escenas que seguramente debían ser imaginadas: barcos en mares tormentosos, islas tropicales y montañas. ¿La pelirroja era una soñadora, quizás? Una carta cayó cuando pasó las páginas, pero, aunque tenía curiosidad, la volvió a meter sin abrirla. Examinar sus bocetos sin su permiso ya era una violación de su privacidad. Metió el cuaderno en su bolsillo.

Brevare regresó con una botella y dos copas, echando un vistazo a la mesa vacía junto al fuego.

—Me pregunto qué estarán haciendo aquí —dijo—. La condesa es una bruja, pero la hija... ella me recuerda... —Sacudió la cabeza y vertió una generosa cantidad de brandy en ambas copas, mordiéndose el labio.

—Están cortejando el peligro —respondió Alex de forma plana, levantando su copa—. Ostentan su riqueza y anuncian su nobleza. —Fue un golpe de suerte para todos que solo él y Brevare escucharan a la condesa.

Se quedaron en silencio un rato, Brevare mirando melancólicamente al fuego y Alex preguntándose qué pensaba

Brevare. Finalmente, con el nivel de brandy en la botella considerablemente más bajo que antes, Brevare se levantó.

—Voy a ver si esa criada quiere un poco de compañía. —Cogió la botella y se la llevó.

Había más de una criada, pero todo lo que Alex quería ahora era una buena noche de sueño, así que subió a su habitación.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Phoebe se despertó mucho antes del amanecer. Se lavó con el agua ya helada que quedaba en la jarra, luego se vistió y salió de la habitación sin despertar a su tía ni a su prima. Abajo, Anson ya estaba en la sala de estar, intentando hacer entender al posadero las exigencias de la condesa. Jeanne ya había terminado su desayuno, así que Phoebe le pidió que llevara café y panecillos a su tía y prima y las ayudara a vestirse.

—He pedido que el carruaje esté listo en una hora —dijo Anson en voz baja—. ¿Podría comprobar si lo entienden? Y, ¿cree que deberíamos pedir algo de comida para llevar en vez de detenernos a almorzar?

—Eso sería lo más sensato, sí —coincidió Phoebe, sin ganas de pasar otro día tratando de convencer a su tía para que se comportara con más discreción. Hizo la solicitud al posadero, quien asintió y se fue a la cocina.

En el salón, los dos hombres de la noche anterior comían en la misma mesa, el olor de su café y los panecillos hacía que su estómago rugiera. Phoebe suspiró al ver que el fuego ya ardía, había esperado levantarse lo suficientemente temprano como para ver si alguno de sus libros había sobrevivido a las llamas. No había rastro de él, ni siquiera entre las cenizas. Aunque en el fondo no esperaba encontrarlo, aún sintió un pinchazo de decepción. Lamentaba haber perdido los bocetos, pero lo más importante era que su última carta de Joe había quedado metida entre las páginas. La había leído tantas veces que se la sabía de memoria, pero además de disfrutar las descripciones de los lugares lejanos que había visitado, el manejar la carta le hacía sentirse más cerca de la única familia inmediata que le quedaba. Respiró hondo y decidió no dejar que la condesa viera que le afectaba su pérdida.

Desayunaron, y Phoebe se sentó con Anson para comer, mirando disimuladamente la otra mesa ocupada. La noche anterior había estado demasiado preocupada por la falta de discreción de la

condesa para fijarse mucho en los hombres. Con la tenue luz de la mañana, sin distracciones, tenía una mejor vista. El más alto tenía el cabello rubio recogido con pulcritud y unos rasgos que recordaban a una estatua griega, con una mandíbula firme y ojos azules. Una estatua griega cansada, por las líneas al lado de su boca.

El otro, el que había molestado a la condesa, tenía una constitución más robusta, con un rostro cuadrado y rudo, cabello castaño y ojos marrones bajo unas cejas rectas. Estaba encorvado en su silla, mirando su taza de café, con los párpados caídos. ¿Estaba cansado, se preguntó, o preocupado? Quizá ambas cosas.

Estaban vestidos para montar, sus abrigos y pantalones estaban salpicados de barro y suciedad. Phoebe apartó la vista hacia el fuego mientras el segundo hombre levantaba la mirada y hablaba a su compañero. Sus voces se oían en la tranquila habitación mientras discutían sobre encontrar una posada para el almuerzo y descansar los caballos. De reojo vio cómo se levantaban y tomaban sus grandes abrigos. El rubio salió del salón, pero el otro se acercó a Phoebe.

—*Citoyenne* —dijo, sin el desdén que había puesto en ese término cuando se dirigió a su tía la noche anterior. Puso algo sobre la mesa e hizo una pequeña inclinación—. Le deseo un buen viaje.

Sonrió, asintió a Anson y, antes de que Phoebe pudiera decir algo, se dio la vuelta y siguió a su compañero. Miró hacia abajo. Su cuaderno de bocetos yacía frente a ella, apenas chamuscado.

—Mejor no deje que Madame vea eso —dijo Anson, con una sonrisa.

—Cierto —sonrió Phoebe mientras hojeaba las páginas, comprobando que la carta de Joe seguía guardada en su interior antes de meterla en su bolsillo. De repente, el día no parecía tan malo.

—Tenemos que avanzar más hoy —dijo—. Debemos intentar no detenernos tan temprano. ¿Cree que…?

—¿Qué? —preguntó Anson cuando Phoebe no continuó.

—¿Cree que Masson podría ser convencido de seguir órdenes solo de usted? Después de todo, usted será quien le pague.

—Lo intentaré —dijo Anson, dudoso—. En realidad, no es Masson. *Yo* tendría que ignorar sus instrucciones. Aun así, preferiría estar vivo al final de esto. —Enderezó los hombros y extendió la mano para acariciar la de Phoebe—. Veré qué puedo hacer. Estoy tan ansioso como usted por estar de vuelta en Inglaterra con seguridad. Deberíamos poder llegar a Tours hoy, si no nos detenemos.

—¿Deberíamos quedarnos fuera de la ciudad? —preguntó Phoebe—. En realidad, cuanto más pequeño sea el pueblo, mejor.

Anson asintió, y terminaron su comida en silencio, Phoebe preguntándose si Anson sentía el mismo nudo de tensión en su estómago que ella.

***

Estaban progresando bien, pensó Alex con cierta satisfacción. Incluso su dolorido trasero no le molestaba tanto como el día anterior. No estaba lloviendo, el viento soplaba a su favor y el camino, aunque lleno de baches, no estaba demasiado embarrado.

Su caballo comenzó a cojear.

—*¡Merde!*

Se bajó y examinó al animal. Había perdido una herradura delantera.

—Móntalo igual —sugirió Brevare.

Alex miró la superficie rocosa del camino y luego a Brevare.

—No le hará bien. Pasamos una posada hace poco. Debería poder alquilar un caballo allí.

Brevare frunció el ceño.

—Deberíamos continuar —dijo—. No puede estar muy lejos la siguiente.

Miró los charcos en el camino.

—¿Me adelanto yo? Puedo regresar con otro caballo.

Golpeó a su caballo para ponerlo en marcha y se alejó sin esperar la respuesta de Alex.

Alex maldijo nuevamente. No solo había una posada definitivamente a una milla detrás de ellos, sino que también podría comprar algo para comer allí. Ahora que Brevare se había ido, sería más un desperdicio de tiempo volver que quedarse allí. Estaba

demasiado frío para quedarse de pie esperando, así que comenzó a caminar por el camino, con el caballo cojeando tras él.

El campo estaba escasamente poblado, los setos se alzaban desnudos bajo cielos gris aún. La penumbra se aliviaba solo por algunos grupos de campanillas de invierno a lo largo de la orilla y algunos charcos de nieve derretida de la llovizna de ayer.

Maldito Brevare. ¿Había elegido deliberadamente la opción que más tiempo desperdiciaría? Así parecía, pero Alex no podía entender por qué lo haría. La historia de Brevare de que lo habían enviado a llamar a Alex no era cierta; Brevare no había usado la palabra clave, y Alex debía regresar en una semana más o menos de todos modos. Pero aparte de eso, Brevare no había hecho nada sospechoso, salvo parecer un poco demasiado servicial cuando ofreció llevar la bolsa de Alex al llegar a cada posada.

Mientras caminaba, Alex lamentó haber aceptado viajar con Brevare, pero en ese momento había pensado que era más seguro mantener los ojos en el hombre. Lamentaba sus botas, lo suficientemente cómodas para montar o caminar por la ciudad, pero no hechas para largas distancias por caminos llenos de baches. Y lamentaba el invierno pasado en posadas, cafeterías y oficinas; la falta de ejercicio significaba que ahora tenía las piernas adoloridas, los pies ampollados y los dolores y molestias causados por pasar varios días a caballo.

En un esfuerzo por desviar su mente, contempló a la pelirroja con el vestido naranja. Al principio la había tomado por una sirvienta, hasta que ella llamó a la condesa "tía". Entonces, era una pariente pobre, pero interesante, juzgando por la mezcla de dibujos que había mirado la noche anterior.

Un carro pasó. Alex preguntó si podía llevarlo, pero el hombre solo iba a su destino, a menos de una milla de distancia. Varios carruajes pasaron en la dirección contraria, uno rociándolo con agua cuando su rueda se hundió en un charco. Alex maldijo y siguió cojeando.

***

Phoebe estuvo sentada en el salón durante más de una hora antes de que Hélène y su tía bajaran, y ya era media mañana

cuando Masson y Dubois cargaron el equipaje en el techo del carruaje y todos se acomodaron dentro. Como antes, la condesa y Hélène ocuparon los asientos de cara al frente, con Phoebe y Anson mirando hacia atrás, y la cesta de comida llenando el espacio entre ellos.

Cuando el carruaje comenzó a moverse con un sacudón, Hélène sacó un montón de dibujos de moda de una pequeña bolsa, los extendió y seleccionó uno.

—¿Qué te parece este, mamá? —dijo, mostrando un dibujo de un vestido de paseo en un suave color amarillo.

Phoebe trató de no escuchar mientras Hélène y la condesa discutían sobre cintas y adornos, escotes y encajes. También sobre los colores, con la condesa señalando que cualquier vestido que no le quedara bien a Hélène podría pasárselo a Phoebe. Más ropa que chocaba con su cabello y hacía que su piel pareciera pálida. Las visitas a las modistas y tiendas comenzarían en serio cuando regresaran a Londres. Recordando tantas citas similares el otoño pasado, Phoebe se preguntó cuántos vestidos necesitaba Hélène.

No tenía ganas de afrontar la temporada que se acercaba. El conde había insistido en que asistiría a bailes y otros eventos sociales con Hélène, a pesar de las protestas de su tía. La vida que su prima tenía por delante, un matrimonio brillante, su tiempo lleno de visitas sociales, bailes y chismes, no le atraía en lo más mínimo a Phoebe. Un matrimonio amoroso, como había sido el de sus padres, era más importante que un título o la riqueza. Si además pudiera tener un papel útil, como el que su madre desempeñaba apoyando el trabajo de su padre, mejor aún.

Asistir a eventos sociales le introduciría, suponía, a muchos jóvenes, y tal vez uno de ellos tendría intereses más allá del habitual juego y la bebida. Tomando la novela que había tomado prestada de Hélène, intentó apartar estos pensamientos de su mente.

Hicieron buen tiempo durante el resto de la mañana, y Phoebe convenció a su tía y prima de que una pequeña posada no era adecuada poco después de mediodía, cuando se detuvieron para comer de la cesta y descansar a los caballos. Perdió el interés en el libro, distraída por la charla constante de su prima y el traqueteo del

carruaje, así que miraba los setos y árboles que pasaban, preguntándose, distraídamente, sobre los destinos o los asuntos de las personas en los carros y carruajes que iban en la dirección contraria.

Aún era temprano por la tarde cuando vio a un hombre que llevaba un caballo. Ambos se movían lentamente, ambos cojeaban. Cuando el carruaje pasó, reconoció al hombre que había rescatado su cuaderno de bocetos, con la fatiga evidente en su rostro.

No sabía quién era, pero había sido amable. La diversión regresó al recordar cómo se había enfrentado a su tía, y apretó los labios para no sonreír. Pero eso significaba que no tenía sentido sugerir que el carruaje se detuviera y le ofreciera un viaje en el techo. Se recostó en su asiento y recordó un comentario de la mañana, sobre que los dos planeaban detenerse en una posada para almorzar. Tal vez había alguna forma de devolverle su amabilidad. Se sentó erguida y se llevó las manos al estómago.

—¿Le pasa algo, señorita Deane? —dijo Anson preocupado—. ¿Se encuentra mal?

Phoebe asintió, bajando las comisuras de los labios.

—Quizás algo de lo que comí me ha sentado mal. —Suspiró exageradamente, tapándose la boca con una mano. Anson golpeó el techo con su bastón y le pidió a Masson que se detuviera. Phoebe dio un último suspiro para hacer efecto, luego levantó la cesta del almuerzo y bajó por el camino lleno de baches, caminando alrededor de la parte trasera del carruaje hasta quedar fuera de la vista de las ventanas. Quedaba poca comida en la cesta, y esperaba que su tía y prima estuvieran demasiado concentradas en sí mismas como para preguntar por qué la había llevado con ella.

La condesa estaba golpeando su pie impacientemente cuando Phoebe regresó. Se limpió la boca con su pañuelo.

—Lo siento, tía. Ya me encuentro mejor. Estaba...

—¡Basta de detalles, por el amor a la bondad! ¡Anson, diles que sigan adelante!

Phoebe y Anson habían acordado no detenerse antes de la noche, pero cuando pasaban por las estrechas calles de un pueblo,

la condesa insistió en que se detuvieran.

—Es demasiado temprano, tía —protestó Phoebe—. Podríamos avanzar mucho más...

—Tengo frío. Quiero algo caliente para comer, y más ladrillos calientes.

Junto a la condesa, Hélène murmuró una palabra de acuerdo.

Anson intercambió una mirada rápida con Phoebe.

—Madame, nosotros...

—¡Anson, hazlo!

Con un suspiro audible, el mayordomo golpeó el techo del carruaje, bajó el cristal y gritó una instrucción al conductor.

La Auberge du Cygne era mucho más grande que la posada de la noche anterior, un edificio de tres plantas que rodeaba un patio de establos lleno de actividad. Phoebe y el mayordomo avanzaron entre hombres que descargaban barriles de un carro y entraron en la posada. En el pasillo, Phoebe detuvo a una sirvienta con una bandeja cargada y le pidió una habitación privada.

—Está ocupada —dijo la mujer—. Coman allí. —Hizo un gesto hacia una puerta y luego pasó rápidamente entre ellos.

Phoebe y Anson intercambiaron otra mirada silenciosa y fueron a investigar. El salón estaba lleno de ruido, conversaciones y el choque de cubiertos sobre los platos. Las mesas estaban muy juntas, apenas había espacio para pasar entre ellas, y la mayoría estaban ocupadas. Anson se sentó en la mesa más grande de las desocupadas para mantener su lugar, y Phoebe se enderezó y regresó al carruaje.

La condesa no estaba contenta, pero se sentó en la mesa a esperar el servicio, con los labios apretados. Aunque había varias sirvientas moviéndose rápidamente por el lugar, nadie vino a tomar su pedido. Phoebe pasó el tiempo observando a los clientes entrar y salir, tratando de ignorar el pie tamborileando de su tía. Un hombre comiendo en una esquina se parecía notablemente al viajero rubio de la última posada, una pareja rechoncha discutía cerca de allí, y un hombre delgado que sorbía su estofado en la mesa de al lado no dejaba de mirar hacia su grupo, con los ojos entrecerrados. Llevaba

una peluca corta, un pañuelo atado de forma desordenada y una chaqueta marrón manchada.

Phoebe desvió la mirada, agradecida de que su tía no hubiera dicho nada hasta el momento, aunque su expresión se volvía cada vez más tensa. La mirada de la condesa oscilaba entre ella y Anson.

—Yo… yo iré a asegurarme de que Dubois haya dispuesto el cambio de caballos —dijo Anson, empujando su silla hacia atrás.

Cobarde. Pero Phoebe no podía culparlo. Después de todo, nunca era culpa de su tía.

El hombre rubio se levantó para irse; era uno de los viajeros que había visto durante el desayuno. La mirada de la condesa lo siguió, luego se volvió hacia la mesa que él había desocupado. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo. Un nuevo cliente había tomado el lugar del viajero, y una sirvienta estaba conversando con él.

La condesa se levantó, su silla chirriando contra el suelo.

—¡Exijo servicio, ahora!

—¡Tía! —Phoebe extendió la mano, solo para recibir una bofetada en el brazo. El nudo en su estómago se intensificó.

—Soy la Comtesa du Calvac, ¡y no seré ignorada!

El bullicio en la habitación se calmó.

—No hay condesas en Francia ahora, *citoyenne* —dijo el hombre delgado en la mesa de al lado, una sonrisa maliciosa en su rostro.

La condesa lo miró furiosa, ignorando al posadero que se acercaba a ellos a través de la abarrotada sala.

—También soy hija de un lord inglés, y...

—Tía, por favor...

—¡Mamá! —la voz de Hélène fue débil, con los ojos muy abiertos.

—¡Exijo...

—¡Espías ingleses! —exclamó el hombre delgado, limpiándose la salsa de su barbilla mientras se ponía de pie. El murmullo en la sala se detuvo, todos los ojos se volvieron hacia ellos.

Esa declaración había dejado a la condesa en silencio. Demasiado tarde.

—Mamá, *por favor* siéntate.

Para sorpresa de Phoebe, su tía lo hizo.

—¿Espías, Perrault? —preguntó el posadero, con expresión dudosa—. ¿Anunciándose a cualquiera que tenga oídos?

—Deberías encerrarlos, Jean —dijo Perrault. El brillo frío en sus ojos hizo que la piel de Phoebe se pusiera de gallina.

—¿Dónde sugieres que vayan? —preguntó el posadero, con tono agrio.

Phoebe lo vio detenerse a hablar con alguien un par de mesas más allá y alcanzó a ver a Anson en la puerta. Por su expresión, llevaba rato allí, lo suficiente como para ser testigo del arrebato de la condesa. Al cruzar miradas, Phoebe movió la cabeza hacia un lado. Él se fue sin llamar la atención.

Alrededor de ella, los clientes murmuraban sobre espías, traidores y aristócratas, los murmullos convirtiéndose en demandas más fuertes de que alguien hiciera algo.

El posadero volvió.

—No tienes autoridad para arrestarlos, Perrault, pero pondré a Sarchet para que los vigile mientras tú vas por el magistrado.

Perrault miró su cena a medio comer.

—Tómatelo o déjalo. Si pones tu cena por encima de la seguridad nacional, esa es tu elección —el posadero estampó el pie, empujando irritado a un cliente fuera de su camino. Perrault frunció el ceño, murmurando algo entre dientes mientras apartaba su plato y salía de la sala.

—Tía, salgamos ahora, antes de que ese hombre regrese.

La condesa no hizo ningún movimiento.

Phoebe se levantó e inclinó el cuerpo hacia la condesa.

—Tía, ellos...

—Siéntate, *citoyenne* —el posadero había regresado. Un hombre grande y sin afeitar estaba a su lado, sosteniendo un trabuco en un brazo. Phoebe casi se ahoga con el olor a ajo y sudor que lo rodeaba mientras se dejaba caer nuevamente en su silla.

—Sarchet, no deben moverse —instruyó el posadero. Sarchet gruñó y se sentó. Los otros clientes gradualmente retomaron su comida, bebida y conversación.

No había nada que pudieran hacer más que esperar.

Capítulo 4

Alex llevaba más de una hora caminando cuando escuchó otro vehículo acercándose por detrás. Al girarse para hacerle señas, reconoció el carruaje que había visto en la posada la noche anterior. Su brazo cayó cuando el carruaje pasó haciendo ruido; no había oportunidad de recibir ayuda de ese lado. Vio un destello de un gorro blanco y una cara pálida en una ventana antes de que el carruaje tomara una curva en el camino.

Continuó caminando, repasando todo lo que Brevare había dicho desde que llegó la semana anterior. Estaba tan absorto en sus pensamientos que casi no se dio cuenta del destello de color en una rama caída junto al camino. Un trozo de tela roja, una servilleta, atada en un paquete. Estaba seca y limpia, por lo que no podía haber estado allí mucho tiempo.

Con curiosidad, deshizo el paquete y encontró pan, un trozo de queso y una botella de cerveza. Un papel cayó al suelo. Casi se rio en voz alta cuando vio lo que había en él. El dibujo consistía en unas pocas líneas, pero mostraba claramente un carruaje con un caballo atado detrás y alguien montado en el techo. Esto estaba dentro de un globo que salía de una mujer con un gorro. La otra figura, inconfundiblemente la condesa, decía *"non"* y señalaba hacia arriba en el camino.

Doblo el papel con cuidado y lo metió en su bolsillo, luego se sentó sobre una piedra cercana. Bebió la cerveza para calmar su sed y comió el pan y el queso. Sus piernas seguían doliendo, pero se sentía más animado, y no solo porque hubiera comido. Se quitó las botas, no sin esfuerzo, y se frotó los pies durante unos minutos antes de forzarlos nuevamente dentro de las botas.

Había más en esa *citoyenne* desaliñada de lo que parecía a simple vista, pensó mientras comenzaba a caminar. Mucho más. Una lástima que no se fueran a volver a encontrar.

Media hora después, el viento cambió de dirección, soplando gotas de lluvia en su rostro. Su buen humor se desvanecía

rápidamente cuando vio a un jinete acercarse, conduciendo otro animal. Brevare, por fin.

Alex murmuró un breve gracias mientras se subía a la silla del caballo de repuesto, todavía molesto con Brevare por haberse ido tan apresuradamente antes. Partieron, limitados por la velocidad del caballo que Alex ahora llevaba, pero al menos montaba en lugar de caminar. Llegaron a una posada veinte minutos después.

Veinte minutos de ida, pensó Alex. Menos, en realidad, ya que Brevare podría haber cabalgado más rápido. Tal vez otros veinte para alquilar el caballo de repuesto. Brevare había estado ausente casi dos horas, ¿qué habría estado haciendo? Lo pensaría cuando tuviera una comida adecuada.

—Toma, tú debes saber dónde llevarlos —le dijo Alex a Brevare, entregándole las riendas de los dos caballos—. Yo voy a comer algo antes de que sigamos.

Brevare se fue con los caballos, y Alex se dirigió hacia la puerta principal. Un carruaje en el borde del patio le llamó la atención, los Calvac nuevamente. No fue la vista del carruaje lo que lo hizo detenerse, sino el hombre mayor que había visto por última vez en la sala esa mañana. Estaba detrás del carruaje, sosteniendo una caja y mirando nerviosamente hacia el final del vehículo, hacia la posada.

¿Estaba el grupo en problemas? No le sorprendería, después de ver el comportamiento de la condesa la noche anterior. ¿Qué habría sucedido?

No era necesario involucrarse, pensó, desacelerando para echar un mejor vistazo al hombre mayor. Su prioridad era llevar la información a Inglaterra. Al fin y al cabo, la pelirroja solo le había agradecido por salvar su cuaderno de dibujos.

Aunque ella había ayudado. Se había esforzado en dejarle algo de comida, y debió haber engañado a su tía para hacerlo. También estaba la hija, dudaba que la belleza de cabello dorado fuera responsable de los problemas en los que estaban.

Al menos debería averiguar *por qué* su criado se veía tan asustado allí. Se acercó al carruaje, ignorando esa pequeña voz interna que le decía que se arrepentiría de esto.

***

—¿Cuánto tiempo más nos van a mantener aquí? —la voz de Hélène temblaba al borde de las lágrimas al hacer la pregunta por tercera vez.

—Esto es un escándalo —dijo la condesa—. ¡Nunca me han tratado de esta manera en toda mi vida! ¡No lo toleraré por más tiempo!

La condesa se levantó, pero Sarchet levantó su trabuco y ella se quedó sentada. Era un hombre de pocas palabras.

Encogiéndose mientras la exclamación de su tía atraía nuevamente la atención hacia ellos, Phoebe resistió la tentación de esconderse las manos en la cara. Necesitaba mantenerse tranquila.

—Solo hemos estado esperando media hora —dijo, contenta de oír que su voz no reflejaba su miedo—. Estoy segura de que el magistrado resolverá todo cuando llegue. Tía, por favor, intenta no antagonizar con estos hombres más.

La condesa frunció el ceño, pero no dijo nada más. Hélène miraba la mesa, al menos ella parecía tener el sentido común para estar preocupada por su situación. Aromas sabrosos llegaban desde otras mesas, pero las sirvientas no parecían dispuestas a atender a personas que pronto podrían estar bajo arresto.

Esperaron otros veinte minutos antes de que Perrault reapareciera.

—El magistrado está fuera —dijo al posadero, lo suficientemente alto para que la mayoría de las personas presentes lo escucharan.

—Podemos irnos, entonces —la condesa comenzó a levantarse, pero Sarchet levantó el trabuco unos centímetros y ella se volvió a sentar.

—De ningún modo —dijo Perrault—. Tendrán que esperar hasta que regrese.

—¡No sea ridículo! —dijo la condesa—. ¡No podemos quedarnos aquí días esperando a un magistrado local!

—¿Por qué no? —Perrault miró al posadero—. ¿Tienes una habitación libre?

El posadero asintió.

—Si pueden pagar —dijo—. Pero yo no los vigilaré. Ya estamos cortos de ayuda.

—Me niego a pagar para estar encarcelada aquí. —La voz de la condesa se hacía cada vez más alta y aguda—. ¿Dónde está—? El trabuco se movió, y ella dejó de hablar.

—Mamá —la voz de Hélène era casi un lamento—. Mamá, ¿qué nos va a pasar?

—Deberíamos pedirle al *citoyenne* que nos reserve una habitación —dijo Phoebe—. Todos estamos cansados...

Phoebe interrumpió al notar la mirada de su tía, con la boca abierta, y giró la cabeza para seguir la mirada de la condesa. Dos hombres estaban en la puerta. Cuando los había visto durante el desayuno, no llevaban cocardas tricolores en sus sombreros ni pistolas en las manos.

—¿Qué está pasando exactamente aquí? —La fría y autoritaria voz coincidía con las líneas amenazantes de tensión en el rostro del hombre de cabello castaño, y dejó en silencio a todos en la sala. Él había parecido amigable esta mañana cuando le devolvió su cuaderno de dibujos. Ya no lo era. Su expresión mostraba una furia controlada que era mucho más peligrosa que la ira a cara roja.

Miró directamente a Perrault.

—Probablemente has arruinado nuestros planes.

El rostro de Perrault se sonrojó.

—¿Quién eres tú? —exigió—. ¿Qué derecho...?

Sarchet giró su trabuco hacia los hombres.

—Mi nombre es Alexandre Leon —dijo el hombre de cabello castaño, apuntando su pistola hacia Sarchet—. Sugiero que tu amigo mantenga su arma alejada de mí.

El hombre con Leon levantó su propia pistola. Phoebe miró a su alrededor; si disparaban, alguien sin duda resultaría herido en esta sala tan llena. Se deslizó un poco hacia abajo en su silla, con su corazón latiendo con fuerza.

—Sarchet —dijo Perrault al guardia, y el hombre volvió a apuntar el trabuco hacia la condesa.

—¿Por qué han detenido a estas personas? —preguntó Leon.

—Son aristócratas —dijo Perrault—. ¡Y son inglesas! ¿Sabes que estamos en guerra con Inglaterra?

—Naturalmente —Leon levantó una ceja—. Pero, por ahora, ser inglés no es un crimen.

—Entonces podemos irnos. —La condesa se levantó. Phoebe no podía decidir si su tía estaba siendo valiente o estúpida.

—Siéntate y cierra la boca —dijo Leon a la condesa, agitando su pistola en su dirección. Su tía se dejó caer de nuevo en la silla. La mirada de Leon recorrió a Hélène, que ahora sollozaba en un pañuelo, y se detuvo brevemente en Phoebe. No mostró ninguna señal de reconocimiento antes de devolver su atención a Perrault.

—¿Con qué autoridad has detenido a estas personas? —preguntó Leon nuevamente, esta vez con más firmeza.

—Por deber de ciudadano —dijo Perrault—. Ya te *dije* por qué. ¿Qué te importa a ti?

—Trabajamos para el Comité de Seguridad General —Leon indicó a las tres mujeres—. Se sospecha que están llevando información a los enemigos de Francia.

Phoebe hizo un esfuerzo por mantener su expresión neutral. Si eso fuera cierto, ¿por qué no había dicho nada ayer?

—¡Lo sabía! —exclamó Perrault—. ¿No les dije que eran espías?

—¡No somos espías!

Leon se encogió de hombros, lanzando una mirada despectiva a la condesa.

—Naturalmente, dirías eso. Ahora cállate o te haré sacar. —Hizo una pausa, sacando un paño rojo de su bolsillo para limpiarse la cara.

Ese era el pañuelo que ella había dejado junto al camino esa tarde. Un pequeño atisbo de esperanza comenzó a formarse dentro de ella. Levantó la mirada hacia los ojos de Leon, pero él estaba mirando de nuevo a Perrault. Todos los demás observaban avidamente el drama que se desarrollaba.

—¿Por qué crees que son espías? —preguntó Leon a Perrault.

Perrault dudó, apareciendo de repente menos seguro de sí mismo.

—Son inglesas. Y tú no eres del comité de Tours —añadió, sonando más confiado—. Yo te reconocería.

—Somos de Grenoble —dijo Leon.

—Entonces no tinen jurisdicción aquí —la sonrisa triunfante de Perrault hizo que la piel de Phoebe se erizara.

—¿Qué es todo esto? —preguntó la condesa—. Nosotras no... —Cerró la boca cuando la pistola de Leon volvió a apuntarle.

—¿Por qué no dejar que ella hable? —preguntó Perrault, con expresión de sospecha.

—Has estado hablando con ella durante un tiempo. ¿Ha dicho algo útil?

Perrault tuvo que negar con la cabeza.

—¿Pero qué tiene que ver el Comité de Grenoble con estas aristócratas?

—Las hemos estado siguiendo durante días —dijo Leon.

Phoebe miró a Perrault; ¿iba a aceptar la explicación? Sus uñas se hundieron en sus palmas y forzó sus manos a relajarse. Por alguna razón, Leon *estaba* intentando sacarlos de esa situación.

—Deberíamos discutir esto sin esos dos —dijo Leon, señalando a la comtesa y a Hélène—. Ellas serán interrogadas en detalle más tarde.

Phoebe tembló, a pesar de su creciente convicción de que Leon no era su enemigo.

—Esta sirviente puede responder cualquier pregunta sobre su viaje —Leon hizo un gesto hacia Phoebe.

Lo que fuera que Leon estuviera haciendo, probablemente tenían una mejor oportunidad con él que con Perrault, siempre y cuando su tía no estropeara su historia. Phoebe se inclinó y puso su cabeza cerca de la de Hélène.

—Ahora sería un buen momento para desmayarse —susurró, esperando que Hélène pudiera escucharla—. O pueden matarnos. —Un poco lo creía.

Hélène emitió un pequeño alarido y se desplomó en su silla.

La comtesa dirigió su mirada hacia su hija.

—Hélène, ¿qué...?

—Brevare, llévalas a una habitación y ciérralas con llave —dijo Leon, hablando por encima de la voz de la comtesa—. Posadero, una habitación. Tú... ¿Sarchet, es cierto? Ve con ellas y guarda la puerta una vez estén encerradas.

Tal era la autoridad en su voz que los tres hombres obedecieron sin cuestionarlo. Brevare rodeó la mesa y levantó a Hélène, llevándola fácilmente en sus brazos mientras el posadero abría el paso hacia las escaleras. Sarchet tomó el brazo de la comtesa, ignorando sus protestas, y la arrastró tras ellos. El encaje en la manga de su vestido se enganchó en una parte rugosa del marco de la puerta y se rasgó con estruendo cuando Sarchet la arrastró a través de la puerta, pero no se detuvo.

Alex esperó hasta que el sonido de la voz de la comtesa se desvaneció, luego se sentó, haciendo un gesto a Perrault para que tomara la otra silla vacía. Parte de su tensión desapareció al notar la mirada evaluadora de la pelirroja. Parecía tener una mente rápida, y había ayudado a quitar a la comtesa de en medio. Ahora solo tenía que deshacerse de esta entrometida.

—¿Dónde están los otros sirvientes? —preguntó Alex.

Perrault miró en blanco.

—No conducían ustedes su propio carruaje, ¿verdad?

La boca de Perrault se abrió y se cerró un par de veces.

—No lo sé, *citoyen*. ¿Qué importa?

—Quiero interrogarlos —dijo Alex. Su historia improvisada le sonaba débil, pero estaba confiando en la intimidación. Pocas personas querían cruzarse con los agentes del Comité de Seguridad General—. Han dejado escapar a los sirvientes y arruinado todo nuestro plan.

Alex notó un movimiento por el rabillo del ojo. Brevare y el posadero habían regresado, y ambos tomaron posición junto a la puerta. Bien. No le había explicado a Brevare lo que estaba haciendo; ni siquiera él sabía realmente. Solo le había dicho que lo apoyara, pero, por lo que había visto hasta ahora, la pelirroja probablemente sería una mejor conspiradora que Brevare.

—La mayor dijo que era la *ci-devant* Comtesse de Calvac —dijo el posadero, negando con la cabeza. Se acercó a su mesa—. He oído hablar de Calvac; está a menos de tres días de aquí. No está cerca de Grenoble.

—Es cierto, pero...

— *Citoyenne*, ¿su nombre? —Perrault lo interrumpió, mirando a la pelirroja. Miró a Alex con desafío en su rostro—. Si está diciendo la verdad, entonces ella puede confirmar su historia.

Perrault volvió a mirar a la mujer, con sus ojos entrecerrados mientras inspeccionaba su rostro, luego su vestido.

—Ese es un traje bastante fino para una sirvienta —añadió, con una creciente sospecha en su rostro.

—Soy Phoebe Deane —dijo la pelirroja, su voz temblaba un poco—. Este vestido era de su hija. —Tiró de uno de sus rizos—. ¿Alguien con el cabello como el mío escogería un *vestido naranja*?

Una de las sirvientas que observaban se rio suavemente.

—Tiene razón, sería tonta de...

—¡Basta! —gruñó Perrault. Luego se volvió hacia Miss Deane—. ¿De dónde viene?

Ella levantó la barbilla.

—¿Por qué debería responder a sus preguntas?

¿Era realmente desafiante, se preguntó Alex, o simplemente estaba ganando tiempo para pensar?

—Diga la verdad —dijo—. Si nos da la información que necesitamos, podemos liberarla. —Sonrió, esperando que su expresión pareciera alentadora—. ¿Qué lealtad tiene usted con su señora, de todos modos?

—Él tiene razón, *citoyen* —le dijo a Perrault, señalando al posadero—. Calvac está a solo dos días de aquí.

Perrault sonrió.

—Pero no es su único château —continuó Miss Deane—. Hemos estado en el Château Sarlande. Está entre Grenoble y Lyon.

El rostro de Perrault se apagó, y Alex sintió que sus hombros se relajaban un poco.

—¿Y a dónde van? —preguntó Perrault.

—A Inglaterra. Debemos encontrar un barco en Calais. Madame tiene miedo de los revolucionarios.

Una lástima que la mujer no tuviera *más* miedo, pensó Alex, con rabia. Esta pelirroja frente a él seguramente habría sido más sensata como para estar en Francia en ese momento si hubiera sido decisión suya.

—¿Es realmente inglesa, como dijo?

—Sí. Es hija de un vizconde inglés. Se casó con el Comte de Calvac.

—¿Y el *ci-devant* comte? —Perrault casi escupió las palabras.

—Está en Inglaterra —Miss Deane hizo una pausa. Su mirada se dirigió al rostro de Alex—. No creo que sea una espía. Es demasiado tonta.

Eso era bastante cierto.

—Responderé sus preguntas —dijo Miss Deane—, pero tal vez no les ayude mucho.

—Bien —Alex se volvió hacia Perrault—. Yo me encargaré del asunto a partir de aquí. —Puso toda la autoridad posible en su voz.

Perrault se inclinó hacia adelante, levantando la barbilla.

—Si saben que sospecha de ellos, no tiene sentido seguirlos más, ¿verdad? —dijo—. Pueden esperar aquí a nuestro magistrado, como dije. Me aseguraré de que sean arrestadas.

Alex lo observó, notando el ligero desgaste en los puños de su abrigo, el cuello de la camisa claramente necesitado de lavado. ¿Estaba el hombre tras el dinero?

—¿Esperas algún tipo de recompensa? —preguntó, con el destello en los ojos de Perrault confirmando su suposición—. *Serán* llevadas a París para ser interrogadas.

Miró a la multitud que observaba, luego volvió a Perrault. Era hora de más intimidación.

—Deberías esperar que el interrogatorio encuentre algo útil. De lo contrario, aquellos responsables de destruir nuestro plan podrían encontrarse respondiendo ante el Comité.

El rostro de Perrault palideció.

—No has probado que eres quien dices ser —respondió, alzando la voz.

—Puedo mostrarte mis documentos si lo deseas —Alex miró a Perrault desde lo alto, hablando lo más casualmente que pudo—. Pero dirás que podría haberlos falsificado. Pregúntate a ti mismo si eres lo suficientemente valiente como para obstaculizarme. Si estoy diciendo la verdad y sigues entorpeciendo mis planes, pronto estarás

abrazando a Madame la Guillotine. —Miró al posadero—. Al igual que cualquiera que te haya ayudado.

—Déjalos ir a París, Perrault —dijo el posadero apresuradamente—. De todos modos, no tiene nada que ver conmigo.

—Yo te acompañaré —afirmó Perrault—. Para asegurarme de que las entreguen a las autoridades correspondientes.

Hubo algunos asentimientos entre los presentes.

Maldita sea.

Aceptar el acuerdo por ahora al menos los sacaría de esa posada y los pondría en camino. Encontraría la manera de deshacerse de Perrault más tarde.

—Si lo deseas —dijo—. Dejaste ir a sus conductores. ¿Sabes conducir un carruaje?

Perrault miró alrededor; las personas que observaban simplemente se encogieron de hombros o se dieron la vuelta.

—Llévate a Sarchet —sugirió el posadero—. Él sabe conducir.

—Bien. Esto está decidido. —Alex se giró hacia el posadero—. Haz que alguien ponga un equipo al carruaje. Partiremos en veinte minutos, pero podría hacerme con algo de comida primero.

—¡No podemos irnos ahora! —protestó Perrault.

—¿Por qué no?

—Bueno, necesito ropa. Estaremos fuera varios días.

—Ah, ¿te gustaría mantener tu apariencia inmaculada? —dijo Alex, su mirada deteniéndose en las manchas de la parte delantera de la chaqueta del hombre—. Tienes veinte minutos.

Vió a Perrault irse.

—¿Nuestra comida? —incitó al posadero.

Brevare se unió a ellos en la mesa. Miró de Alex a Miss Deane, abriendo la boca como si estuviera a punto de hablar, pero Alex negó con la cabeza y Brevare se calló. El posadero regresó rápidamente con dos platos de estofado.

—Y algo para ella —dijo Alex, señalando a Miss Deane.

Brevare esperó hasta que el posadero trajo un plato extra y los observadores restantes se fueron.

—¿Qué vamos a...?

—Más tarde —dijo Alex—. Come.

Se sumergió en su propia comida con ganas, pero ni Brevare ni la mujer parecían tener mucho apetito. La falta de hambre de Miss Deane la comprendía, pero Brevare debería estar tan hambriento como él. Cuando terminó su segundo plato, dejó a Brevare con la mujer mientras él salía afuera para hacer los arreglos finales.

Capítulo 5

El carruaje dio un tirón y se balanceó por el camino, avanzando a un paso más rápido que el que Masson había conseguido. Phoebe estaba sentada en el centro del asiento, aplastada entre Hélène y su tía. Hoy miraba hacia adelante, pero prefería el rincón de espaldas hacia el que había estado en los dos días anteriores. Allí estaba Alexandre Leon, recostado, con su rostro cuadrado y serio, sus ojos marrones fríos e inexpresivos. Perrault ocupaba el otro rincón. Sarchet estaba conduciendo, con Brevare en la caja junto a él.

Phoebe reclinó la cabeza hacia atrás, disfrutando de la inusitada paz. Habían puesto varias horas de viaje entre ellos y el pueblo de Perrault ayer por la tarde, sin detenerse hasta mucho después de que oscureciera. Una vez dentro del carruaje, Leon había respondido a los comentarios iniciales y estridentes de su tía diciendo que ella podía viajar en el interior sin hablar, o podría sentarse en la caja con el conductor. Su protesta fue recibida con una mirada fría y despectiva, y ella se sumió en un silencio tenso. El intento de Perrault de discutir la situación política recibió una respuesta similar.

La posada de anoche había sido más pequeña y más sucia que aquella en la que la comtesse había causado tal escena desastrosa. Los habían encerrado en un dormitorio durante la noche, con una comida simple de pollo frío, pan y queso. Phoebe hizo una mueca al recordar las quejas de su tía: la comida, la falta de respeto, las sirvientas desleales, Jeanne, que huían al primer signo de problemas, y las sobrinas ingratas que eran menos que competentes al suplir a una doncella.

Su tía también había estado enfadada con Anson por abandonarlos, pero Phoebe consiguió hacerle ver que la libertad del mayordomo era algo bueno. El pequeño baúl de Phoebe, con el fondo falso que contenía la mayor parte del dinero que tenían, estaba bien sujeto al techo del carruaje. Cuando lo revisó, faltaba algo de dinero, pero supuso que Anson había tomado lo que necesitaba para llegar a Inglaterra.

¿Quizás él podría encontrar a alguien que los ayudara?

Dejó que su tía pensara que Anson se había llevado casi todo el dinero, esperando que eso la detuviera de exigirle a Phoebe que sacara monedas para sobornos o mejores servicios.

Observando a los hombres sentados frente a ella, notó la atención casi constante de Perrault hacia ellos. Su mirada era penetrante, como si estuviera mirando a través de su ropa, y Phoebe resistió el impulso de moverse incómoda, agradecida de que Sarchet estuviera afuera con Brevare. De vez en cuando, la sorprendía ver a Leon observándolas también, su rostro siempre impasible. Pero la mayoría de las veces él se apoyaba en los cojines, su sombrero inclinado sobre sus ojos, con las piernas estiradas. Phoebe intentó concentrarse en su novela, mirando de vez en cuando, cuando su tía cambiaba de posición y encontraba las piernas de Leon en el camino. Phoebe podría haber jurado que sus labios se movieron ligeramente, aunque supuestamente estaba dormido.

Pararon a primera hora de la tarde para un nuevo cambio de caballos, y Leon ordenó que trajeran algunos panecillos y queso al carruaje. Phoebe se sentía demasiado nerviosa para comer, y su tía y prima apenas probaban su comida. A petición cortés de Phoebe, Leon las acompañó a una sala donde una criada se unió a ellas con un orinal. Descartó la idea de pedirle a la criada que las ayudara, ya que la mujer no podía hacer nada sola, ¿y quién más las ayudaría?

La noche anterior, la comtesse había dicho, repetidamente, que todo era un error y que el embajador en París lo resolvería todo, como si decirlo varias veces lo hiciera verdad. Hélène parecía creerle, pero Phoebe no. ¿Inglaterra aún tenía embajador ahora que estaban en guerra? Y aunque él estuviera allí, ¿cómo podría realmente ayudar?

Se acomodó en el asiento cuando volvieron a ponerse en marcha, tomando su novela para tratar de apartar la mente de sus problemas. El sol bajo brillaba a través de la ventana del carruaje mientras pasaba las páginas, pero las aventuras de Lucinda en *La Caverna del Pirata* parecían igual de improbables ahora que ayer. Leyó solo unas pocas páginas antes de dejar el libro a un lado.

Buscó la carta de Joe en su bolsillo, sacándola sin dejar que su tía viera el cuaderno de bocetos. Leyendo sus descripciones de las islas del Caribe y la vida a bordo del barco, trató de imaginarse allí en lugar de en este carruaje que daba saltos. Durante unos momentos, tenía una cálida brisa salada en el cabello, olía especias exóticas y disfrutaba la idea de decidir su propio destino.

Un bache particularmente profundo la devolvió a la realidad, y la preocupación causada por el último párrafo, apresuradamente garabateado, de Joe. Su barco se había perdido, pero él estaba a salvo. No había más que eso, no había indicación de si había sido un accidente o era debido a un ataque enemigo. Podría pasar un año o más antes de que Joe pudiera conseguir permiso y regresar a Inglaterra. Hasta entonces, tendría que conformarse con sus cartas, esperando que la siguiente le diera más detalles. Con una mueca irónica en sus labios, pensó que finalmente tendría algo interesante que escribirle si todos salían de este viaje con vida.

Guardando la carta de nuevo en su cuaderno de bocetos, levantó la vista para encontrar a Leon mirándola. Su expresión seguía sin mostrar nada, pero su mirada no la hacía sentir tan incómoda como la inspección de Perrault. Cuando vio que ella lo miraba, volvió su atención al campo que pasaba.

¿Cuánto tiempo les tomaría llegar a París? Quizás dos días, así que podrían estar allí mañana. Un rayo de sol brillaba sobre el techo del carruaje, por encima de la cabeza de su tía, eso significaba que iban en dirección oeste. Pero, ¿no estaba París al noreste? No es que los caminos fueran rectos, pero eso parecía raro. Tal vez su conocimiento de la geografía de Francia no era tan preciso como pensaba.

Leon se negó a que trajeran todas sus cajas cuando pararon por la noche, así que Phoebe señaló las pocas que realmente necesitaban, y enviaron a Sarchet a llevarlas arriba. Su habitación estaba fría, con una chimenea vacía, una cama y una silla. Esa noche, la idea de dormir en una cama extraña no la preocupaba; seguían vivas y, posiblemente, no las estaban llevando a París. No

estaba segura de lo que el futuro les deparaba, pero parecía un poco más brillante ahora.

Phoebe fue a abrir su propio baúl, pero se detuvo cuando su tía habló.

—¡Nunca me han tratado así en toda mi vida! ¡Que me prohiban de hablar en mi propio carruaje! Esperen a que hable con el embajador. *Ese hombre* pagará por esta insolencia.

—¡Es tu culpa, tía! —dijo Phoebe, al límite de su paciencia—. Perrault nunca habría causado problemas si hubieras guardado silencio ayer. No tienen nada en contra de nosotras, pero eso no ha detenido a otras personas de ser acusadas y condenadas.

Su tía la miró con furia, manchas rojas de color en sus mejillas.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que debo hacer? Deberías estar agradecida de que Monsieur le Comte te haya acogido, y mostrar más respeto por tus superiores.

Phoebe apretó la mandíbula para evitar una réplica.

—Mamá, deberíamos prepararnos para la cena —dijo Hélène con vacilación—. ¿Por qué no te cambias el vestido y yo te arreglo el cabello?

—Muy bien, querida. Me alegra tener a alguien que me respete.

Phoebe le lanzó una sonrisa agradecida a Hélène y volvió a su baúl. Sacó su ropa, luego el fondo falso. Las bolsas de dinero seguían allí. Sintió el peso de ellas y metió una en su bolsillo. Golpearía contra sus piernas, pero si el baúl era robado, registrado o dejado atrás, aún tendrían algo de dinero con ellas.

—Tía —comenzó con cautela—. Sería prudente llevar tus joyas contigo. No se cuidarán los baúles como...

—Sí, sí, Phoebe. No hace falta que me expliques como si fuera una imbécil.

Por una vez, la comtesse hizo lo que Phoebe sugería, tomando uno de los bolsillos de Hélène y atándoselo entre su enagua y el vestido. Phoebe, ocupada en arreglarse el cabello, creyó ver un paquete de cartas meterse en el bolsillo también, pero cuando trató de mirar mejor, su tía ya se había dado vuelta.

La comtesse no le dirigió la palabra de nuevo hasta que todas estuvieron listas para la cena.

—Ese hombre parece haber decidido que eres una sirvienta —dijo, extendiendo el vestido azul que había estado usando—. Así que puedes remendar este encaje. —No esperó respuesta, sino que lanzó el vestido a Phoebe y se dirigió hacia la puerta, golpeándola y exigiendo que la dejaran salir.

Phoebe suspiró, enrolló el vestido y abrió su baúl para sacar el costurero con sus agujas e hilo. Eso le daría algo que hacer en el salón después de la cena.

Una llave raspó en la puerta y Sarchet entró sin golpear.

—Abajo —gruñó, señalando con la mano. La comtesse salió por delante de Hélène, con la nariz en alto. Phoebe la siguió, sintiéndose incómoda al ser observada por la mirada de Sarchet mientras pasaba junto a él. Las condujeron a un comedor, cálido por el fuego que ardía en la chimenea. Las únicas personas presentes eran Leon y Brevare, sentados en una mesa cerca de la puerta.

—Me alegra que te des cuenta de lo que corresponde a mi posición, joven —dijo la comtesse.

Leon inclinó la cabeza.

—Es generoso de su parte pagar por todos nosotros —dijo, haciéndolas entrar en la sala.

Phoebe reprimió una risa. No era para reírse, pero no pudo evitar hacerlo.

—No haré tal cosa.

—Entonces puede comer en la taberna —respondió él.

La comtesse abrió la boca, claramente a punto de protestar aún más, pero se detuvo cuando Perrault y Sarchet entraron en la sala con jarras de cerveza y se sentaron en otra mesa.

—¿Qué hacen ellos aquí?

—Todos comeremos aquí.

La comtesse fulminó con la mirada a Leon, luego miró alrededor de la sala. Finalmente se sentó en la mesa más cercana al fuego, haciendo una señal para que Hélène se uniera a ella. Phoebe supuso que el calor había pesado más que el deseo de su tía de mantener su estatus.

Leon ya debía haber ordenado la comida, pues no pasaron más de unos minutos antes de que un par de sirvientas entraran con

bandejas llenas. Todos comieron en silencio, salvo por algunos comentarios de la comtesse, afortunadamente en voz baja, sobre la falta de elección.

El estofado era de cordero y verduras, tierno y con aroma a romero. Phoebe comió lentamente; aunque estaba sabroso, aún se sentía demasiado preocupada para disfrutarlo. Leon y Brevare comían mecánicamente, ambos luciendo cansados y distraídos.

Alex tomó un trago de cerveza, observando a los otros ocupantes de la sala. Brevare parecía atraído por la hija de la comtesse, aunque su mirada parecía atravesarla en lugar de mirarla, gran parte del tiempo.

La pelirroja apartaba la mirada cada vez que los ojos de Alex se encontraban con los suyos. Él la estudió a través de los ojos entrecerrados mientras ella comía. El color del vestido mal ajustado hacía que su piel pálida se viera aún más amarillenta, y se preguntó cómo se vería si estuviera bien vestida y sin ese capucho envolvente. Aparte de la apariencia, era rápida de pensamiento y capaz de controlar sus emociones. Su historia de la tarde anterior no había sido muy convincente; sin su corroboración, casi con seguridad no habría tenido éxito. Se habría encontrado bajo sospecha, desperdiciando los esfuerzos de los últimos meses y poniendo en peligro todos sus contactos.

Perrault y Sarchet, en el otro lado de la sala, sorbían ruidosamente mientras devoraban sus cuencos de guiso. Sarchet se fue cuando los dos terminaron de comer, regresando con más cerveza. La mirada de Sarchet también estaba fija en Hélène; la observaba mientras Perrault le hablaba en voz baja para que sus palabras no se oyeran.

¿Qué estaba diciendo Perrault? Tendría que deshacerse de ellos en los próximos días, pero un salón de posada con las tres mujeres presentes no era el lugar adecuado para una confrontación. Las pistolas en los bolsillos de su abrigo largo, tirado sobre el respaldo de una silla cercana, estaban allí solo como precaución.

Una sirvienta recogió los platos, y Alex observó cómo Miss Deane movía su silla más cerca de las velas en la repisa de la

chimenea. Sacó una aguja, tijeras e hilo de su costurero y comenzó a remendar el encaje de un vestido azul.

Se distrajo de sus reflexiones por el sonido de la madera raspando sobre las losas de piedra cuando Sarchet se levantó. Arrastró su silla hasta la mesa de las mujeres y se sentó junto a Hélène.

—Qué bonito cabello —dijo, enrollando un rizo dorado alrededor de un dedo sucio.

Hélène se apartó bruscamente.

—¡Mamá!

Capítulo 6

Alex maldijo entre dientes. Debió haber anticipado que un hombre como Sarchet intentaría aprovecharse. ¿Lo habrá incitado Perrault? En el borde de su visión, notó que Miss Deane dejaba el vestido en el que estaba trabajando y se sentaba más erguida en su silla, alerta.

—¡Suelta esas manos sucias de ella! —gritó la comtesse, intentando golpear a Sarchet. Él no prestó atención.

Brevare se levantó, y Alex murmuró otra maldición mientras extendía la mano para detenerlo.

—Los buenos revolucionarios no saltan a defender a los aristócratas —dijo en voz baja, considerando las opciones en su mente—. Déjame intentar algo primero.

Las manos de Brevare se cerraron en puños, con tensión evidente en su mandíbula apretada, pero volvió a sentarse.

—Perrault —llamó Alex—. Haz que se detenga.

—¿Por qué? —Perrault se levantó y se acercó a la mesa de Alex, mirándolo desde arriba con desdén—. ¿Por qué, *citoyen*? ¿Acaso importa lo que le pase a esa perra?

—Las llevamos para interrogarlas. No son oficialmente culpables de nada aún. —Miró a las mujeres. Sarchet había quitado las manos de Hélène. Ella se apoyaba en la comtesse, su rostro ceniciento tenía lágrimas corriendo por sus mejillas. Miss Deane observaba desde su lugar junto al fuego; tenía una expresión decidida en los labios, pero su rostro estaba bajo control de otro modo.

—¿Es demasiado buena para Sarchet, eh? —dijo Perrault—. ¿Porque es una aristócrata?

—Cualquier mujer es demasiado buena para Sarchet —replicó Alex, pero el insulto pareció pasar por completo por la cabeza de Sarchet. Se preguntó si estaba a punto de empeorar las cosas, pero tendría que hacer algo al día siguiente de todos modos. La codicia de Perrault podría ser la clave.

—De hecho, Perrault, he estado pensando en un cambio de planes. Será ventajoso para todos nosotros. Siéntate. Brevare, ve a por más cerveza. Sarchet, ve con él.

Acostumbrado a recibir órdenes, Sarchet se levantó a medias de su silla antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, y luego miró a Perrault. Al recibir un asentimiento, Sarchet siguió a Brevare fuera de la habitación.

—Ellas se quedan aquí —Perrault señaló a las mujeres.

Alex se encogió de hombros. Conseguir que las mujeres estuvieran a salvo en una habitación cerrada hubiera sido la mejor salida, pero no esperaba que fuera fácil.

—¿Tu plan? —preguntó Perrault.

—¿Recuerdas lo que dijo ayer? —Alex señaló con el pulgar en dirección a Miss Deane—. La mujer es demasiado tonta para ser un peligro para Francia...

El suspiro de la comtesse se oyó a través de la sala.

—¿Ves? —dijo Alex—. No puede ocultar lo que siente, ¿cómo podría ser una espía?

—¿Y la hija? —preguntó Perrault.

—Desmayándose. —Alex inclinó la cabeza hacia Hélène—. ¡Mírala! Buen material de espía, ¿no crees? Y la otra es solo una sirvienta. No sabe nada.

—¿Entonces por qué...?

Fueron interrumpidos por el regreso de Brevare y Sarchet con las bebidas. Alex les hizo una señal para que se sentaran.

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo llevándolas a París, *citoyen*? —preguntó Perrault—. Podríamos haberlas mantenido hasta que regresara nuestro magistrado. De hecho, ¿por qué las seguías en primer lugar?

Brevare miró a Alex.

—Me dieron información equivocada —dijo Alex—. Me encargaré de mis informantes después, han desperdiciado demasiado de mi tiempo. Por ahora, tengo una idea para compensarnos a todos por los problemas que estas mujeres nos han causado. —Señaló a la comtesse; la mujer estaba frunciendo el ceño, con una mano apretada sobre la mesa, pero no parecía dispuesta a decir nada.

—Es rica —dijo Alex—. Su esposo pagará para recuperarla. Deberíamos ir a la costa en lugar de a París y enviar un mensaje a Inglaterra para pedir un rescate.

Un destello de avaricia apareció en los ojos de Perrault, seguido de duda.

—¿De verdad alguien pagaría por *ella*?

—Él pagará por todas —dijo Alex—. Si no lo hace, haremos saber en Inglaterra que el *ci-devant* Conde de Calvac sacrificó deliberadamente a su familia a los revolucionarios.

A su lado, Brevare asintió.

—Cumplirá con su deber con ellos. El sentido del honor de los aristócratas no le permitirá negarse.

Perrault cruzó los brazos, negando con la cabeza.

—He conocido a muchos de su tipo —Alex inyectó una nota de desprecio en su voz—. Creen que su *honor* es más importante que cualquier otra cosa.

—¿Cómo dividiremos el rescate? —preguntó Perrault, con la codicia mal disimulada en su rostro.

—La mitad para mí y mi amigo, la otra mitad para ti y Sarchet —se giró hacia Brevare—. ¿Te parece bien?

La mirada de Brevare estaba de nuevo fija en la aterrada Hélène, y no respondió. Exasperado por la falta de atención del hombre, Alex lo pateó bajo la mesa.

—Eh, sí, está bien para mí.

—Bien —Alex se inclinó hacia Perrault, manteniendo la voz baja —. Estoy seguro de que podrás dividir tu parte adecuadamente —dijo—. Al fin y al cabo, tú estás asumiendo gran parte de la responsabilidad.

Perrault se quedó pensativo durante unos momentos.

—Está bien —dijo finalmente—. Partimos hacia la costa mañana. ¿Cuánto tiempo nos llevará llegar a Calais?

—Un lugar como Caen sería mejor. Está más cerca y es menos probable que esté vigilado por las autoridades.

Una duda fugaz cruzó el rostro de Perrault.

—No estamos haciendo nada malo, *citoyen* —lo tranquilizó Alex —. Pero cualquiera que nos detenga querrá su parte.

El rostro de Perrault se despejó y Alex se relajó un poco.

—No obtendremos un rescate por mercancía dañada, sin embargo —añadió, dirigiéndose a Sarchet tanto como a Perrault—. Así que deben mantener las manos alejadas de las mujeres.

Phoebe se sentó observando a los cuatro hombres, con la garganta apretada por la ansiedad mientras Leon hablaba con Perrault. Había oído la discusión sobre los rescates, pero ¿qué estaban diciendo ahora? Las expresiones cambiantes de Perrault indicaban que Leon podría estar logrando lo que intentaba, pero no tenía idea de qué era eso. Mientras tanto, Sarchet alternaba entre mirar a Hélène y a Phoebe, con el ceño fruncido en su rostro.

—No ella, sin embargo —dijo Sarchet en voz alta, señalando a Phoebe, con los ojos fijos por debajo de su cuello—. Ningún aristócrata pagará buen dinero por una sirvienta.

Se levantó y se dirigió alrededor de la mesa hacia ella, con la boca retorcida en una sonrisa lasciva. No tenía dudas de lo que planeaba, y su mirada se desvió hacia la mesa mientras se levantaba rápidamente, moviendo su silla en su camino. Agarró sus tijeras y dio un paso atrás.

Sarchet avanzó rápidamente, arrancó la silla y la arrojó detrás de él. Extendió la mano hacia su brazo y ella balanceó las tijeras, sintiendo cómo las puntas se clavaban en su carne. Sarchet retrocedió, con una mano apretando la otra, con la boca abierta en shock.

—*¡Merde!* ¡La perra me apuñaló!

Ya estaba avanzando hacia ella mientras maldecía, con el brazo en movimiento. El golpe en el costado de su cabeza la derrapó hacia un lado, un costado de su cadera golpeando el borde de la mesa, y su pie tropezó, enviándola al suelo con la cabeza retumbando.

Él se cernía sobre ella y ella se arrastró hacia atrás por el suelo. Inhaló con fuerza cuando su mano se cerró sobre su tocado, luego se soltó, usando una silla vacía para levantarse.

—*¡Salope!* —Sarchet avanzaba sobre ella de nuevo cuando de repente se congeló, un clic metálico resonó en el repentino silencio.

Se dio vuelta de golpe, y Phoebe vio a Leon detrás de él, con una pistola apuntando a la cara de Sarchet.

—Déjala en paz.

Sarchet se alejó a regañadientes. Phoebe se puso una mano en la cabeza, su rostro ardía por el golpe de Sarchet y su cabello se había soltado de los pasadores, cayendo sobre su espalda.

Con la mirada congelada en shock, la comtesse y Hélène miraban a Sarchet, con la boca abierta y el rostro ceniciento. Brevare y Perrault no se habían movido de su propia mesa.

Phoebe se alejó tanto como pudo, apoyándose en una mesa mientras sus rodillas amenazaban con ceder bajo ella. Su respiración seguía agitada; el peligro inmediato había pasado, pero ¿qué ocurriría ahora?

Agradecido de que al menos la señorita Deane no estuviera paralizada por el miedo, Alex repasó rápidamente sus opciones. Admitir que la señorita Deane no era una sirvienta no era una de ellas. Toda su historia se desmoronaría, y llamarían aún más la atención no deseada que ya estaban recibiendo.

—¿Rescate? —La voz de la condesa, aunque tranquila, se escuchaba claramente.

—Papá pagará por Phoebe, ¿verdad, mamá? —dijo Hélène, su voz vacilante.

La condesa miró a la señorita Deane.

—Ella me llamó estúpida.

Ay, no pensaba que la mujer pudiera ser tan vil.

—Pero mamá, Phoebe es...

—¿Una sirvienta querida? —intervino Alex—. Él pagará.

Las dos mujeres lo miraron sorprendidas.

—Brevare, lleva a estas mujeres a su habitación y enciérralas ahí. —Miró a la condesa—. ¡Muévete!

La señorita Deane comenzó a dirigirse hacia la puerta, con las otras dos despertándose para seguirla.

—No a ella —repitió Sarchet, sujetando el brazo de la señorita Deane con tanta fuerza que ella gimió de dolor.

Maldita sea. Al menos sacar a dos de ellas del camino era un comienzo.

—¡Brevare!

Finalmente, Brevare reaccionó y escoltó a las otras mujeres afuera.

—El conde pagará —dijo Alex nuevamente—. Sería contra su honor.

—No puede garantizar eso, *citoyen*—dijo Perrault. Sus ojos pasaron rápidamente de la señorita Deane a Alex—. Bonito cabello —agregó, pasando la lengua por su labio inferior—. Explíqueme por qué un buen revolucionario como Sarchet no debería tener el placer de esta sirvienta inglesa.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué ha hecho él, aparte de conducir un carruaje un día?

—¿La quiere para usted? —sugirió Perrault astutamente.

Eso tenía posibilidades.

—¿Por qué no? Podría disfrutar domesticando a esta —Alex dejó que una sonrisa cruzara su rostro.

Sarchet, aun sujetando el brazo de la señorita Deane, comenzó a jugar con sus rizos rojos, como había hecho con el cabello de Hélène antes.

—Fue mi idea —dijo—. Puede tomar su turno.

La arrastró hacia la puerta, sus intentos por zafarse de su agarre fueron inútiles.

Alex puso su pistola sobre la mesa.

—Nadie tomará *turnos* —dijo, controlando su creciente ira. Agarró el cuello del abrigo de Sarchet y tiró de él.

Sarchet soltó a la señorita Deane y Alex tambaleó hacia atrás, su agarre aún firme en el abrigo de Sarchet. Chocó contra la mesa; su pistola cayó al suelo y la pólvora explotó, enviando la bala hacia el techo.

La puerta se estrelló contra la pared, revelando al tabernero armado con una escopeta, acompañado de dos hombres grandes. Brevare estaba en el pasillo más allá, mordiendo su labio y sin hacer ningún movimiento para entrar en la habitación. No habría ayuda de esa parte.

—Fuera —dijo el tabernero, en una voz que no admitía réplica —. No me importa si quieren matarse, pero no dañarán mi propiedad. —Los miró con desdén—. ¿O ya han terminado de pelear?

—Estos dos tienen asuntos pendientes —dijo Perrault, tomando el brazo de la señorita Deane y empujando a Sarchet hacia la puerta.

No era el final que había esperado, pero podría servir. Recogió su abrigo y metió la pistola nuevamente en un bolsillo.

—No deje que Perrault se la lleve —susurró a Brevare mientras el tabernero los empujaba hacia una entrada trasera.

Phoebe luchaba mientras Perrault la arrastraba por el pasillo. Aunque más bajo y ligero que Sarchet, su agarre era igual de fuerte.

El patio empedrado detrás de la taberna solo estaba iluminado por la luz que se derramaba desde un par de ventanas. Cajas y barriles alineaban la pared trasera de la taberna; las sombras más oscuras que se alzaban contra el cielo debían ser establos y otros edificios que rodeaban el espacio.

Perrault la apartó mientras una repentina avalancha de gente surgía de la puerta y se extendía por el patio. La mayoría sostenía jarras de cerveza, algunos llevaban lámparas. Las voces se elevaban entre la multitud: discusiones sobre si el campesino grande tenía el tamaño y el alcance, o si el mejor vestido sería más rápido; apuestas y gritos.

Perrault la soltó del brazo y Phoebe retrocedió contra la pared mientras él se perdía entre la multitud. Leon fue uno de los últimos en salir, deteniéndose cerca de la puerta para colgar su abrigo sobre un barril cercano.

Alex alcanzó a ver a la señorita Deane mientras dejaba su chaleco sobre un barril. ¿Dónde diablos estaba Brevare? Manos lo sujetaron por las mangas de la camisa, empujándolo hacia adelante a través de un hueco en la multitud, y dejó de pensar en ella.

Concéntrate en Sarchet.

Las manos lo empujaron hacia adelante, y él se apartó rápidamente a un lado mientras los hombres a su lado retrocedían.

El puño de Sarchet silbó junto a su oído.

Hasta ahí la pelea justa. Se desvió de nuevo hacia un costado y le dio un golpe en el abdomen al hombre más grande.

Sarchet lo golpeó con el puño. Alex retrocedió, balanceándose fuera de su alcance. La multitud presionaba mientras él giraba con cautela, buscando una oportunidad. La velocidad y la agilidad eran sus ventajas, pero solo si se le daba el espacio para usarlas.

Phoebe no podía ver lo que estaba sucediendo, pero los gritos de ánimo o desesperación de la multitud le indicaban que la pelea había comenzado. Miró el barril donde Leon había dejado su abrigo. Debía haber tenido su pistola en un bolsillo de su abrigo, y las pistolas a menudo se llevaban en pares.

Nadie la estaba mirando. Sintió a través de la pila de ropa hasta que dio con un bulto pesado y sólido, pasando su mano sobre la tela hasta encontrar la solapa del bolsillo. El mismo olor acre que había llenado el salón unos minutos antes le indicó que era la pistola que había sido disparada.

Un grito de entusiasmo la impulsó a seguir. Era una pelea, no un combate de boxeo, y no duraría mucho. Encontró otro bolsillo y tiró de la pistola que había dentro. Estaba atrapada en algo. La tela se rasgó mientras tiraba más fuerte.

Toda la atención seguía puesta en la pelea. Se arriesgó a levantar la prenda para captar más luz, y deshizo el enredo de la pistola entre los pliegues de tela. Algo pálido cayó al suelo cuando liberó el arma: un pequeño paquete. Phoebe lo recogió y lo guardó, junto con la pistola, en uno de los bolsillos debajo de su falda.

Al alejarse del barril, sus faldas se enganchaban en algo y estuvo a punto de caer sobre una pila de rastrillos y otras herramientas apoyadas contra la pared. Recobró el equilibrio y se giró para ver qué estaba sucediendo en el centro del patio.

Alex maldijo al sentir el frío de la lluvia sobre su piel. Las piedras ya estaban resbaladizas; la lluvia las haría aún peores. Se inclinó y

giró para evitar un golpe salvaje de Sarchet. Con un codazo hacia un lado, conectó con la cara del hombre. Sarchet dio un paso más cerca, con sangre corriendo de su nariz.

Agachándose, Alex golpeó hacia arriba, su puño se estampó contra la barbilla de Sarchet. El hombre más grande tambaleó hacia atrás, agitando los brazos, y cayó al suelo, jadeando por aire.

Los vítores y silbidos de los espectadores incitaron a Sarchet a moverse. Alex escuchó el sonido de vidrio rompiéndose cuando el hombre se reincorporó.

Sarchet sostenía una botella rota.

Eso cambiaba las reglas del juego.

Alex retrocedió, los espectadores se abrieron paso detrás de él. Sarchet cargó hacia él, balanceando la botella; Alex levantó un brazo para bloquear. Un agudo dolor fue seguido de calor y se dejó caer de rodillas. Un borde irregular de la botella le había alcanzado el brazo, pero no tenía tiempo para ver qué tan grave era el corte.

Un palo largo pasó por el borde de su visión. Alex lo alcanzó y lo giró frente a él, clavando el extremo en Sarchet mientras se levantaba. Solo se dio cuenta de que era un tenedor de jardinería cuando Sarchet gritó de agonía, con uno de los dientes del tenedor hundido en su hombro.

—¡Ríndete! —gritó Alex.

El tenedor era lo suficientemente largo como para mantener el vidrio roto alejado de su cara, pero Sarchet todavía empujó la botella hacia él. Alex giró el tenedor y Sarchet colapsó, su voz ronca gritaba por alguien, cualquiera, que le sacara eso de adentro.

Capítulo 7

Phoebe se encogió contra la pared mientras los espectadores regresaban al salón. No podía estar segura, pero creía que el grito de agonía había sido de Sarchet, no de Leon. Tragó con dificultad. Ese era el desenlace que quería, aunque dado su comentario sobre domarla, Leon podría ser solo el mal menor de dos males.

—Aquí estás, *citoyenne*.

Perrault. Sostenía una lámpara en una mano, cuya luz mostraba cómo sus ojos se deslizaban de su boca a su pecho.

¿El mal menor de tres males?

—Sube, *citoyenne*, estás lista para el vencedor. —Extendió la mano, los dedos apretando su brazo mientras lo sujetaba. Phoebe intentó apartarse, pero él solo apretó más su agarre y la arrastró hacia el interior de la posada y luego por las escaleras.

La pistola oculta golpeaba incómodamente contra sus piernas, pero no tenía idea de cómo podría usarla. La empujó hacia una habitación, dejó la lámpara sobre una mesa junto a la cama, luego se giró y cerró la puerta.

—Siéntate —dijo, señalando la silla de respaldo recto cerca de la chimenea.

Phoebe no se movió. Tenía más posibilidades de esquivarlo si permanecía de pie.

Los labios de Perrault se estrecharon, pero no insistió.

—Entonces, cuéntame de nuevo de dónde vienes.

Lo repitió todo lo que pudo, sobre el viaje desde el ficticio château, elaborando sobre las posadas en las que supuestamente se habían alojado, inventando incidentes en el camino, cualquier cosa para mantenerlo ocupado hasta que llegara Leon.

Perrault caminaba de un lado a otro frente a ella, dos pasos en una dirección y dos en la otra. Cuando su relato finalmente terminó, él asintió.

—Muy bien. Tal vez seas lo que dices ser. Una bonita como tú… —Dio un paso más cerca, extendiendo la mano para tocar su

cabello. Phoebe dio un paso atrás, con el corazón acelerado y una sensación de náusea asentándose en su estómago mientras giraba la cabeza rápidamente. Esta vez no tenía tijeras.

—No seas coqueta, *citoyenne*. —Avanzó. —Leon no parecía estar en condiciones de disfrutar su premio.

Su espalda casi estaba contra la pared. Recordó las instrucciones de Joe, y cerró los dedos en un puño, con el pulgar hacia afuera.

—No quiero que estés sola. —La mirada de Perrault bajó hacia su pecho.

Su puño salió disparado, el impacto recorrió su brazo como una descarga de electricidad al golpear el centro de su rostro. No lo había golpeado con fuerza, pero Perrault fue tomado por sorpresa; su mano voló hacia su nariz mientras retrocedía.

Entre las piernas, le había dicho Joe. Levantó las faldas y pateó. No estaba segura de haber apuntado bien, pero Perrault se dobló y dio unos pasos atrás.

—*¡Putain!* —Se desplomó sobre el borde de la cama.

Phoebe metió la mano por la abertura de su falda, pero antes de que pudiera sacar la pistola de su bolsillo, Perrault ya había sacado la suya.

—Leon tiene el derecho sobre ti —escupió, su voz amortiguada por el pañuelo que mantenía contra su nariz ensangrentada—. No creas que podrás ir a tu empleadora. Ellas están encerradas y yo tengo la llave. Siéntate.

Phoebe estaba tanto asombrada como aliviada de que lo hubiera herido lo suficiente como para que se diera por vencido. No dudaba que dispararía el arma si desobedecía, así que se movió hacia la silla y se sentó a esperar.

¿Qué pensaba hacer Leon?

El pecho de Alex subía y bajaba con dificultad mientras respiraba, con dolor punzante en los costados, su mano derecha se aferraba a su brazo adolorido. Ante él, el posadero sacaba el tenedor de jardinería del cuerpo de Sarchet, con un pie sobre su hombro,

ignorando sus gritos. Los pocos espectadores restantes se dispersaban hacia la posada para resolver sus apuestas.

—Toma. —Una jarra de cerveza fue empujada frente a Alex, y levantó la vista para ver a Brevare.

—Sobreviviré —dijo Alex, respondiendo a la pregunta no formulada en el rostro del otro hombre. Miró a su alrededor, pero Miss Deane no estaba a la vista, ni Perrault. —¿Qué pasó con la mujer?

—Perrault debió haberla llevado adentro.

Alex lo miró con furia.

—Te dije que...

—Fui a revisar que las mujeres Calvac estuvieran bien encerradas —Brevare se encogió de hombros—. Solo estuve un minuto.

—Maldita sea. ¿Por qué esperaba algo más de ese hombre?

Alex bebió un trago de cerveza, luego dejó la jarra. No podía ver cuán grave era el corte en su brazo con esta luz. Recogió sus abrigos y los colgó torpemente sobre su hombro izquierdo, luego apretó su mano derecha sobre el corte para intentar detener el sangrado.

—Consigue algo de agua caliente y una botella de brandy para mi habitación, ¿quieres?

Brevare asintió, y Alex lo siguió al interior. El salón que habían ocupado antes estaba vacío, por lo que subió las escaleras.

La mujer primero.

La puerta de su habitación estaba entreabierta, por lo que la empujó con una bota. Perrault se levantó de la cama, una mano sosteniendo la pistola y la otra presionando un pañuelo ensangrentado contra su cara. La pistola no estaba apuntando hacia él, sino hacia Miss Deane, que estaba sentada junto al fuego apagado.

—Aquí estás, *citoyen* —dijo Perrault, con la voz amortiguada por el paño—. Ella está lista para ti. Buena suerte domando a la perra.

Miss Deane parecía estar ilesa, a pesar de su boca firme y los ojos muy abiertos.

—Lárgate —dijo Alex a Perrault, apartándose mientras el hombre salía de la habitación con una sonrisa burlona. Al irse, una

criada llegó con una lata de agua caliente, brandy y un vaso. Alex hizo un gesto hacia la mesa, y ella colocó el brandy y el vaso junto a la lámpara, el agua en el suelo debajo. Echó una mirada curiosa a Miss Deane antes de que Alex la sacara de la habitación.

Cerró la puerta con llave y se apoyó en ella, con los ojos cerrados. Sus piernas sentían como si no pudieran sostenerlo por mucho más. Un leve zumbido en su cabeza y una compulsión desesperada por acostarse lo invadieron. Cuando abrió los ojos, vio que acostarse no sería una opción, al menos por ahora.

Miss Deane había sacado una pistola de algún lugar. La sostenía con ambas manos, con la parte del cañón apuntando directamente hacia él.

Una de sus pistolas. La ironía era casi divertida.

Esperaba que fuera la que se había disparado en el salón antes, pero no podía contar con eso. Ahora que lo pensaba, el abrigo sobre su hombro se sentía más ligero de lo que debería.

Miró la pistola, luego levantó la vista para estudiar el rostro de la mujer. A pesar del temblor de sus labios y el leve temblor en sus manos, la pistola estaba lo suficientemente firme como para matarlo si disparaba.

¿Realmente la usaría?

A menos que supiera cómo usar una pistola, probablemente podría quitársela. Por otro lado, ella le había hecho daño a Perrault sin pistola, y él ya estaba lo suficientemente herido.

¿Podré hacer que confíe en mí?

—Si quieres dispararme con eso, tendrás que amartillarla primero —dijo, sin moverse de su posición junto a la puerta—. La palanca en la parte superior, tira de ella más atrás.

Miss Deane miró hacia abajo a la pistola y tiró de la palanca. Esta se asentó más atrás con un fuerte clic.

—No dispara instantáneamente cuando aprietas el gatillo —continuó él, como si hablara de cualquier cosa—. Mantenla apuntando en la dirección correcta hasta que la pólvora explote.

Ella lo miró sin moverse, y se preguntó si este era el modo más estúpido que se le ocurrió para calmarla.

—Necesitarás mantener ambas manos en ella.

La pistola vaciló mientras ella la miraba, luego volvió a mirarlo a él. Con cuidado, la dejó sobre el suelo cerca de la silla y se inclinó hacia adelante, cubriéndose la cara con las manos. Sus hombros se movieron mientras tomaba un par de respiraciones profundas, luego se enderezó, pasando una mano por sus ojos. Las huellas de las lágrimas brillaban a la luz de la lámpara, y se frotó la cara antes de entrelazar las manos en su regazo.

—¿Podrías haberle disparado a Perrault? —preguntó, curioso.

—Creo que sí —susurró ella.

Alex frunció el ceño, una imagen repentina del momento anterior apareció en su mente.

—¿Fuiste tú quien me dio el tenedor?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—Perrault parecía decidido a que alguien… alguien… —Desapretó una mano lo suficiente como para moverla en un gesto vago en lugar de decir las palabras que claramente no quería pronunciar—. Al menos tú pareces estar razonablemente limpio y no hueles a ajo —agregó finalmente, con voz bastante firme.

Le costó un momento procesar lo que había dicho, luego Alex comenzó a reír. Sus rodillas cedieron y se deslizó hacia el suelo hasta sentarse con la espalda contra la puerta, tratando de sostener tanto su brazo herido como sus costillas contra el dolor, que se intensificaba con la risa.

Rio hasta que las lágrimas aparecieron en sus ojos, luego un dolor más agudo en sus costillas lo hizo volver a la realidad. Después de unos cuantos resoplidos por aire, apoyó su cabeza en la puerta. Estar de pie le era demasiado esfuerzo.

Miss Deane no se había movido de la silla. Aunque su postura se había relajado un poco, seguía tensa.

—Puede que estuviera limpio antes de la pelea —dijo, mirando el barro que cubría sus pantalones y su camisa—. No te haré daño —agregó en voz baja. Sus ojos se abrieron con alarma, y él se dio cuenta de cómo sus palabras podrían haber sido malinterpretadas. —Quiero decir, no te haré daño de ninguna forma. No soy Sarchet.

—Pero le dijiste a Perrault...

—Usé un argumento que él aceptaría. No sabe que nunca obligaría a una mujer.

—Deberías ir a tu habitación ahora —añadió. Debió haberlo dicho en cuanto deshizo la presencia de Perrault, claro, en lugar de prolongar su miedo. Pero es posible que no le hubiera creído; la mayoría de los hombres, enfrentados con una pistola cargada, dirían cualquier cosa para evitar ser disparados.

—Perrault las encerró y se llevó la llave —dijo ella—. Me lo dijo.

Alex subió las rodillas y, usando su buen brazo contra la puerta, se empujó con dolor hasta ponerse de pie. Desbloqueó y abrió la puerta; el ruido proveniente del salón de abajo se filtró hacia la habitación. Perrault estaba sentado sobre un cofre en el descansillo, con una jarra de cerveza en una mano.

—¿Todo bien, *citoyen*?

Había dejado de presionarse la nariz, pero esta estaba roja e hinchada. El pañuelo ensangrentado yacía junto a él sobre el cofre. Alex reprimió una sonrisa.

—¿Qué demonios haces ahí, Perrault?

—Solo me aseguro de que la sirvienta no te apuñale como hizo con Sarchet.

—Bueno, haz algo útil. Tu amigo me hizo un desastre. Voy a necesitar más agua caliente, leña para el fuego y otro vaso para el brandy. Y trae lo que se haya quedado en el salón.

Perrault no se movió.

—¿Sabes cómo contactar al marido de la bruja para obtener el rescate? —agregó Alex.

Perrault hizo una mueca, pero dejó su cerveza y bajó las escaleras.

Phoebe se limpió los ojos y se sonó la nariz, guardando el pañuelo mientras Leon regresaba a la habitación. Estaba herido, eso era evidente por la forma en que se movía. En los últimos minutos había pasado de ser una amenaza impredecible a ser el hombre amable que le devolvió su cuaderno de bocetos el día anterior.

La sensación de náusea en su estómago disminuyó aún más. Respiró hondo y se enderezó en la silla. Los problemas de mañana

podían esperar.

—Parece que Perrault está decidido a que te quedes aquí —dijo Leon—. ¿Qué le hiciste?

—Un golpe afortunado —dijo ella, sorprendida de sentir algo de diversión. Nunca había pensado que las lecciones de Joe serían tan útiles—. Pero luego sacó su pistola.

—No puedo explicarlo ahora —dijo Leon—, pero preferiría que Perrault siguiera pensando que voy a... a aprovecharme.

—No estoy segura de que mi tía me dejara entrar, incluso si Perrault no hubiera cerrado la puerta con llave. He estado demasiado tiempo lejos de ella para que piense... —tragó saliva, sacudiendo la cabeza. Había cosas más importantes de qué preocuparse ahora que la pérdida de su reputación.

Él temblaba. La habitación estaba fría, y él estaba allí de pie con una camisa mojada y ensangrentada.

—¡Estás sangrando! —Ella podría, debería, hacer algo al respecto. Tomó leña y madera de una cesta junto a la chimenea y encendió un fuego. No había caja de yesca, así que torció una página de su cuaderno de bocetos en una mecha y la encendió con la lámpara. La tarea rutinaria la calmó, y pronto las llamas comenzaron a danzar en la chimenea.

Alguien tocó. Leon abrió la puerta y una criada entró con una bandeja y un paquete de tela. El sonido de la llave raspó mientras él cerraba la puerta tras ella.

—Perrault sigue afuera —dijo, entregándole la llave a Phoebe—. Preferiría que no pudiera entrar aquí, pero no te voy a encerrar. Tú quédate con esto.

Realmente no *quería* hacerle daño. Un sentimiento de ligereza y gratitud se extendió por ella mientras tomaba la llave y la colocaba sobre la repisa de la chimenea.

Leon se desprendió de la manga rota de su camisa. El corte largo e irregular estaba sangrando, parecía profundo y doloroso. Phoebe se estremeció de simpatía. También había sangre en sus pantalones, pero no podía haber perdido demasiado o no seguiría de pie.

—Tu brazo necesita atención —dijo ella.

—Puedo manejarlo.

—Estoy segura de que puedes, pero yo tengo dos manos disponibles para atenderlo.

Hizo otra mecha y la usó para encender las dos velas que estaban sobre la repisa.

—Siéntate —dijo, acercando una silla al fuego.

Sus labios se curvaron.

—Como digas, *citoyenne*. Se sentó, apoyando el codo de su brazo herido sobre su rodilla con la mano en el aire, inclinándose hacia adelante para intentar inspeccionar el daño.

Phoebe arrastró una pequeña mesa, estabilizando la lámpara sobre ella. La luz más brillante le permitió mirar más de cerca.

—Este no es trabajo para ti —dijo él—. Si me pasas ese cuenco y algo de agua...

—Tonterías —dijo Phoebe, reprimiendo firmemente sus propias dudas. Había visto a su padre tratar heridas peores, y ella era todo lo que Leon tenía en ese momento—. Necesito limpiarlo para ver qué tan profundo es. ¿Qué fue, un cuchillo?

—Botella rota. —Le levantó una ceja.

—Mi padre era médico —explicó ella—. A veces lo ayudaba.

—Inusual. —No había condena en su expresión.

—Lo sé. Tenía algunas ideas bastante inusuales. —Tragó un nudo en su garganta; todavía lo extrañaba.

Se levantó de repente y fue a investigar el paquete que la criada había dejado. Era el vestido que había estado reparando antes. Cuando lo sacudió, sus tijeras cayeron al suelo. Escogiendo un lugar, cortó la tela y tiró, sonriendo de satisfacción mientras esta se desgarraba.

—¿Qué…?

—El vestido de mi tía. Las partes más limpias deberían servir para empezar. Ahora, ¿puedes girar un poco más la mano?

Se arrodilló en el suelo a sus pies, limpiando suavemente su brazo con un trozo de la tela azul del vestido. Era bueno tener algo en lo que concentrarse, algo útil que hacer. Su piel se sentía fría al principio al tocarla mientras suavemente retiraba la sangre que había comenzado a coagularse en la herida. Mientras trabajaba, era

consciente de los músculos rígidos debajo de la piel que estaba limpiando y del creciente calor de su carne.

Mantuvo la mirada firmemente en su trabajo hasta que la herida estuvo limpia, apartándose de vez en cuando el cabello de los ojos con una muñeca. Cuando terminó, se sentó sobre sus talones. Las instrucciones de su padre volvieron a su mente. *Asegúrate de que esté limpia por dentro*. La botella rota podría haber empujado tierra y trozos de fibra de lino hacia la herida.

—Lo has hecho sangrar de nuevo —dijo Leon, como si fuera una conversación trivial.

—Necesito asegurarme de que no haya suciedad —dijo ella—. En qué estabas revolcándote allá afuera... —Hizo una pausa—. Aunque, como no huelo nada particularmente nauseabundo, probablemente sea solo barro y no… no excrementos de animales.

Movió la lámpara para iluminar mejor la herida e inspeccionó, detectando algunos hilos de tela.

Limpia todos tus instrumentos. Los colegas de su padre se habían reído de él por su insistencia en la limpieza, pero aunque no sirviera de nada, seguro que no haría daño. Enjuagó sus tijeras en el cuenco con agua, comprobó que toda la sangre de Sarchet estuviera limpia de ellas y luego vertió algo de brandy en un vaso, sumergiéndolas en él.

Usando las puntas de las tijeras como pinzas, sacó suavemente un par de trozos de tela. El aliento de Leon, entrecortado por el dolor, indicó que le había hecho daño, pero no tenía otra opción. Lo peor estaba por venir.

—¿Terminado? —preguntó cuando ella dejó las tijeras.

—No. Debería enjuagarlo con agua salada.

Él negó con la cabeza.

—No hay aquí, y preferiría que ninguno de los dos saliera de esta habitación esta noche. ¿Hay otra opción?

—Brandy —dijo ella, tomando la botella—. Esto ayudará a evitar que se infecte el brazo. No es lo ideal, pero no hay otra cosa que usar. Aunque dolerá.

—Hazlo —se encogió de hombros—. No puede doler más que el corte.

—Sí, puede. Esto *realmente* dolerá, especialmente ahora que no estás luchando. Quizás deberías beber algo de brandy también.

Él obedeció y tragó el trago que ella le ofreció.

—¿Listo?

Él asintió.

Ella sujetó su muñeca y vertió cuidadosamente el brandy en la herida de su brazo. Sus músculos se tensaron, soltó un silbido entre los dientes y luego maldijo. Ella usó suficiente para limpiar cualquier partícula de suciedad, luego esperó mientras él descansaba la cabeza en su mano buena, respirando profundamente.

Mejor dolor ahora que extremidades infectadas luego. El dictamen de su padre tenía sentido, pero era la primera vez que ella causaba tal dolor. Se mordió el labio, deseando poder ayudar, pero sabiendo que lo único que podía hacer era esperar.

Tras unos minutos, su respiración volvió a la normalidad y se sentó recto, frotándose la frente con una mano.

—Tenías razón —admitió, su voz ligeramente temblorosa—. ¿Terminado?

—No.

Capítulo 8

—¿Vendajes? —sugirió Alex.

—Puedo vendarlo, sí, y estará bien si usas un cabestrillo y no lo mueves durante unos días —ella miró su brazo una vez más, luego su rostro, con duda clara en su expresión.

—¿No crees que descansaré el brazo? —preguntó Alex.

—¿Lo harás? —preguntó ella, inclinando la cabeza hacia un lado, con la boca curvándose en una sonrisa.

—¿Cuál es la alternativa?

—Puedo coserlo, pero dolerá.

—Puntos —decidió él. Poder usar su brazo era mucho más importante que soportar un poco más de dolor. No se desmayó cuando ella le aplicó el brandy, aunque estuvo cerca. Controlaría su reacción de nuevo.

La señorita Deane rellenó su vaso, y él bebió mientras ella sacaba la aguja y el hilo de su bolsillo. Se pasó las manos por el cabello, y Alex admiró la forma en que la luz de la lámpara reflejaba en él en tonos naranjas y rojos mientras lo enrollaba en una coleta detrás de su cabeza y lo aseguraba. Realmente era una pena tener que atarlo todo atrás.

Llenando el otro vaso con brandy, dejó caer la aguja y un trozo de hilo en el líquido, y se frotó las manos con brandy. Hasta ese momento, sus acciones habían sido confiadas, pero vaciló cuando tuvo la aguja enhebrada.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó Alex.

Ella asintió.

—Mi padre me dejó coser una pierna cortada, una vez. —Parecía divertida, pero no compartió la broma—. ¿Estás seguro de que quieres que lo haga yo?

—Seguro no es la palabra correcta, pero necesita hacerse.

Alex se obligó a mantener el brazo quieto, inhalando aire entre dientes apretados mientras ella le introducía la aguja en la piel.

Después, se concentró en no maldecir, tratando de no estremecerse mientras el hilo tiraba de su carne.

Necesitando una distracción, dejó de mirar la aguja, y en su lugar, fijó la vista en un rizo rojo que caía sobre su hombro. Reposaba sobre un chal que llenaba parcialmente el escote bajo de su vestido. Intentó distinguir la curva de sus pechos bajo la tela fina, medio avergonzado por hacerlo mientras ella lo ayudaba.

—Listo —dijo ella, mientras terminaba de atar el último punto, con un semblante algo pálido.

—Gracias —dijo él, torciendo el brazo experimentalmente. Dolía, pero comparado con lo que ella acababa de hacerle, no era nada.

—Deja de hacer eso —regañó ella—. Voy a vendarlo en un minuto.

—¿Cómo le fue a tu último paciente después de que lo cosiste?

—El escudero pudo usarlo para cazar unos años más —respondió ella, con voz ligera, mientras recogía las tiras de tela rasgada.

—¿Un caballo?

Su sonrisa se amplió.

—¡Me mentiste!

—No.

Al recordar lo que ella había dicho, Alex empezó a reír. Finalmente, se serió cuando sus costillas le dolieron de nuevo y encontró su mirada.

Ella no reía, pero su sonrisa iluminaba sus ojos, y la luz de la lámpara convertía su cabello en fuego. Él contuvo la respiración, con sus músculos tensándose mientras resistía el impulso de acercarse y pasarle los dedos por los rizos. La mujer frente a él estaba muy lejos de ser la criatura grisácea que había visto dos días antes.

Ella sostuvo su mirada, una ceja levantada.

—Costillas doloridas —mintió él, mirando hacia otro lado, mientras su respiración comenzaba a regresar a la normalidad. El sonido de la seda rasgándose interrumpió sus pensamientos.

—¿Vendaje? —preguntó él.

Ella examinó críticamente el vestido azul.

—No está muy limpio. A este punto en una novela, la heroína suele sacrificar sus enaguas —añadió con otra sonrisa.

—Creo que me queda una camisa limpia en mi bolsa. —Alex trató de deshacerse de la imagen mental de ella levantando su falda para hacer un vendaje. Se levantó demasiado rápido. Cuando la habitación dejó de moverse, se acercó al lugar donde había dejado su bolsa al otro lado de la cama.

La ropa dentro estaba desordenada. Alguien había rebuscado entre sus cosas: probablemente Perrault. No había nada valioso que robar, y estaba demasiado cansado para preocuparse por eso. Sacó la camisa y se la entregó, queriendo simplemente acostarse y dormir, pero la señorita Deane lo llamó de nuevo para que se sentara en la silla.

Cortó una tira del dobladillo de la camisa, la dobló y la colocó sobre su herida, asegurándola con tiras de seda azul.

—Muy atractivo —dijo él, aprobando.

La señorita Deane vació el cuenco con agua ensangrentada por la ventana y vertió más agua limpia del jarro.

—Yo puedo manejar lo demás —dijo Alex, tomando el cuenco y otro pedazo de seda azul de ella. Tendrían que pasar la noche en la misma habitación; lo mejor sería no hacer que ella le lavara la cara mientras él se quedaba mirando su escote de nuevo.

Con cuidado, se secó la mandíbula y los ojos con el agua ya fría, y descubrió un bulto en una de sus sienes, pero sus ojos no parecían estar hinchándose. Con las manos y la cara limpias, decidió dejar el resto.

—Toma la cama —dijo—. Yo dormiré en el suelo.

—Deberías ponerte la camisa de dormir —indicó la señorita Deane señalando la pantalla en la esquina de la habitación—. Tu ropa está mojada. Te resfriarás.

Eso tenía sentido. Sacó su camisa de dormir y fue detrás de la pantalla. Quitarse la camisa trajo a su mente cada músculo adolorido, pero ninguno era lo suficientemente grave como para dificultar su movimiento. Cuando salió, la señorita Deane había colocado una manta y una almohada en la silla y había bajado las cobijas de la cama. Su abrigo y sobretodo colgaban de los ganchos

en la puerta, y la pistola reposaba sobre una mesa pequeña al lado de la cama.

—Acuéstate en la cama hasta que esté lista —dijo ella.

Demasiado cansado para pensar siquiera en discutir, Alex hizo lo que le dijo. Había algo más que debería haber resuelto, estaba seguro, pero no podía recordarlo.

Algo lo despertó, pero no sabía qué. Permaneció quieto, escuchando. Estaba oscuro, solo el resplandor del fuego moribundo iluminaba débilmente la habitación.

Moviendo los ojos, observó tanto de la habitación como pudo sin levantar la cabeza. Un rayo de luz penetró la oscuridad; escuchó un leve crujido. Alguien estaba abriendo la puerta.

Alex giró la cabeza, consciente de los dolores en sus músculos. Al mirar, la puerta se abrió más. Una figura bloqueó la luz por un instante antes de deslizarse silenciosamente por la abertura y adentrarse en la sombra detrás de la puerta.

¿Miss Deane?

No, era un hombre. Leves sonidos de respiración y de tela moviéndose llegaron desde cerca del fuego, así como desde detrás de la puerta. Miss Deane también estaba despierta.

Alex desenredó sus brazos de las sábanas y estiró la mano hacia la mesa junto a la cama, rezando para no derribar nada antes de tomar su pistola. Sintió cautelosamente y sus dedos tocaron algo frío: un vaso. Luego madera, metal. Envolviendo los dedos alrededor de la culata de la pistola, la levantó y la acercó a su cuerpo.

Levantó el martillo, incapaz de amortiguar el sonido cuando hizo clic al quedar en la posición de disparo. La figura sombría cerca de la puerta se movió rápidamente, cerrando la puerta tras de sí al salir de la habitación.

Hubo un minuto de silencio, roto solo por el crujir de un tronco en el fuego.

—Se ha ido —susurró Miss Deane—. ¿Debería encender una lámpara?

—Por favor —dijo Alex, empujándose hasta quedar sentado.

Su figura bloqueó la luz del fuego mientras se agachaba, sosteniendo una vela cerca de las brasas. Usó eso para encender la lámpara, luego se acercó a la puerta y comprobó que estuviera cerrada con pestillo.

Bajó la voz.

—¿La desbloqueaste?

—No —respondió ella, cruzando hacia la repisa para tomar la llave que él le había dado antes, y cerró la puerta.

—Deja la llave en la cerradura esta vez —dijo Alex—. Gírala un poco para que no pueda ser empujada fuera si intenta de nuevo. Alguien consiguió una llave de repuesto.

Ella asintió y volvió a su silla.

—¿Pudiste ver quién era?

—No —respondió, mirando la puerta—. Era demasiado alto para Perrault, aunque. Tampoco era Sarchet. ¿Qué crees que quería?

—*¡Merde!* —dijo él, echando las sábanas a un lado y acercándose a la puerta. Metió la mano en un bolsillo de su gran abrigo, palpando frenéticamente, y maldijo de nuevo. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpido?

—¿Qué pasa? ¿Se llevó algo?

—Un paquete.

—Oh —ella hurgó entre sus faldas—. Esto cayó de tu bolsillo cuando robé tu pistola.

Alex lo tomó y examinó el sello; seguía intacto, y sus hombros se relajaron aliviados. Intentó no pensar en lo que habría ocurrido si lo hubiera perdido.

—Se suponía que debías usar la cama —dijo él, dejando el paquete sobre la mesa—. Debí quedarme dormido muy rápidamente.

—Es muy amable de tu parte, pero creo que tú la necesitas más que yo —dijo ella, apagando la vela y bajando la lámpara. Luego se envolvió en la manta y cerró los ojos.

Él sabía que debía discutirlo, darle la cama, pero sus ojos ya se cerraban por sí solos.

Phoebe hizo una mueca mientras un dolor atravesaba su cuello. Girando la cabeza lentamente de un lado a otro, metió los dedos en sus músculos rígidos, luego se sentó con cuidado para estirar su espalda. Los ojos arenosos por el sueño interrumpido, observó el parpadeo gris donde la luz antes del amanecer se filtraba a través de las finas cortinas. Los sonidos de actividad desde el piso de abajo se mezclaban con la lenta cadencia de la respiración de Leon.

Una confusión de imágenes y sentimientos de la noche anterior pasaron por su mente, como lo hicieron varias veces durante la noche. Ya no podría dormir ahora, no en esta incómoda silla.

Moviéndose en silencio, se deshizo del abrigo y lo dobló, luego se levantó y ajustó sus corsés, enderezando su ropa lo mejor que pudo. No podía hacer mucho con su cabello, pero una débil luz sobre el suelo cerca de la puerta resultó ser el sombrero que había perdido ayer en el salón. Metió su cabello en él y comprobó que sus bolsillos seguían bien atados debajo de su vestido.

La llave giró con un suave clic, y se detuvo para verificar que no había despertado a Leon. El sueño lo ayudaría a sanar. Había suficiente luz en la habitación para distinguir su forma inmóvil bajo las sábanas, una de sus pistolas sobre la mesa junto a la cama, junto al pequeño paquete que ella le había devuelto.

Era importante para él, eso había quedado claro anoche cuando pensó que se lo habían robado. Olvidarlo cuando regresó a la habitación, y luego dejarlo simplemente sobre la mesa, mostró lo herido y cansado que debía estar.

Por mi culpa.

No podía dejar la habitación sin seguro con su paquete allí, pero tampoco quería cerrarlo dentro de la habitación con él. Lo recogió, lo giró, viendo solo que estaba sellado con cera. La tentación de abrirlo era fuerte, pero lo metió entre su chemise y sus corsés. Escribió una nota en una página de su cuaderno de dibujos, y salió de la habitación.

La puerta del salón estaba abierta. Dudó al escuchar la voz de Perrault ordenando café y, en su lugar, se dirigió hacia el salón. Una mujer que limpiaba las mesas fue a buscar café sin ningún problema cuando Phoebe lo pidió. La habitación apestaba a cerveza

derramada, humo de pipa y cuerpos sin lavar, por lo que salió con su bebida por la puerta principal.

Profundos respiros del aire frío despejaron su mente, aunque el frío le perforaba el vestido. Avanzó lentamente, calentando sus manos en la taza. Hacía demasiado frío para quedarse quieta, caminó alrededor del edificio hacia el patio trasero de los establos y encontró un lugar junto a la pared donde podría recibir los primeros rayos del sol naciente.

La oscura amenaza de la noche anterior había desaparecido, y el patio estaba lleno de actividad. Los hombres movían barriles y cajas mientras los mozos de cuadra apilaban paja de los establos. El ruido de las cacerolas y sartenes chocando desde la cocina anunciaba que el desayuno se estaba preparando. Phoebe se quedó un momento de pie, con los ojos cerrados contra la luz del sol, respirando los apetitosos olores de café caliente y pan recién horneado. Comenzaba a sentirse más despierta.

Un estallido y una lluvia de malas palabras la hicieron reaccionar. Uno de los hombres había dejado caer el extremo de una caja y se sentó sobre los empedrados mojados, sosteniéndose el pie lastimado. Sonrió al recordar las palabras de Leon la noche anterior, cuando le echó brandy en el brazo herido. Él también había soltado algunas... interesantes...

Pensó más cuidadosamente, algunas interesantes maldiciones en *inglés*.

No tenía idea de cuán bien, si es que lo hablaba, Leon sabía inglés, pero seguramente un francés usaría su propio idioma en tales circunstancias. Si fuera inglés, eso podría explicar por qué se había detenido a ayudarlos.

¿Brevare...también era inglés? No tenía manera de saberlo. ¿Qué conexión había entre los dos hombres?

Capítulo 9

Alex despertó lentamente, al principio consciente solo del dolor en sus extremidades y de los punzantes latigazos de dolor al girarse. La pelea, sí. Otros recuerdos fragmentados regresaron cuando los puntos tiraron de su piel: rizos rojos y aquella sonrisa, la quemazón del alcohol contra su carne desgarrada, la sombra bajo su chal insinuando las curvas ocultas, la punzada de la aguja.

Ella lo había maniobrado para que tomara la cama de nuevo. Muy poco caballeroso de su parte acceder, pero se lo agradecía. Giró la cabeza lo suficiente para ver la silla que ella había ocupado la noche anterior. Solo una almohada y una manta doblada sobre ella daban indicios de que había habido un segundo ocupante en la habitación.

¿El paquete?

Se incorporó bruscamente, maldiciendo. ¿Por qué lo había dejado sobre la mesa junto a la cama en lugar de ponerlo bajo la almohada?

Ya no estaba ahí, pero había un papel, sujetado por la llave de la habitación. *Lo tengo a salvo*, decía la nota.

¿Lo habría tomado como herramienta de negociación? No, fácilmente podría arrebatárselo por la fuerza si intentaba negociar con él, y era demasiado inteligente para intentarlo con Perrault.

Recostándose de nuevo en la cama, reacio a abandonar su comodidad, hizo un recuento mental de los daños. Sus costillas estaban bien mientras no se moviera demasiado rápido, pero el brazo herido le dolía. Despegando un extremo del vendaje, vio que el corte se había sellado. La línea era roja y estaba ligeramente inflamada, pero no parecía infectada. El tiempo lo diría.

Continuó su evaluación. Sus nudillos estaban despellejados en algunos lugares, y sus manos se sentían rígidas al flexionar los dedos, pero aquello pasaría pronto.

Con desgana, apartó las mantas y se estiró antes de ponerse de pie, sintiéndose más alerta de lo que había estado en días. El

visitante nocturno lo había despertado, pero debía de haber dormido profundamente después, pues Miss Deane no lo había perturbado al irse.

Sacudió la cabeza. Eso era preocupante en sí mismo, debía ser más cuidadoso.

Los calzones y la camisa que había usado la noche anterior colgaban sobre una silla cerca de la chimenea. Estaban secos, aunque sucios. Intentó sacudir el barro, pero pronto desistió, los envolvió juntos y los guardó en el fondo de su bolsa. Se puso su par de calzones de repuesto y la camisa de la que Miss Deane había cortado su vendaje, y con cuidado deslizó los brazos dentro del abrigo.

Hizo una mueca al ver su reflejo en el espejo sobre la chimenea. Un rostro ordinario en el mejor de los casos, ahora sería útil para asustar a damas y niños pequeños. Además de varios cortes y rasguños, la piel bajo uno de sus ojos se estaba tornando negra, aunque el ojo en sí no estaba hinchado. Una cosa era segura: no intentaría afeitarse aquella mañana.

Recargó la pistola que había disparado y guardó ambas armas en los bolsillos de su abrigo. Llevándolo sobre el hombro, salió al corto pasillo que llevaba a las escaleras. El sonido de voces lo hizo detenerse, voces femeninas hablando en inglés.

La *comtesse*.

Pisando con cuidado, se acercó a la puerta de su habitación.

—…no ha vuelto en toda la noche.

—No fue su culpa, mamá.

—Tonterías, ni siquiera intentó entrar a la habitación.

La respuesta de la hija fue un murmullo bajo, incluso con su oído pegado a la puerta.

—Podría haber pedido una llave de repuesto —dijo la *comtesse*. —Si no hubiera fingido ser una sirvienta, nada de esto habría sucedido. Bueno, este año no tendrá temporada contigo.

Su cuerpo se tensó al escuchar aquello, sonaba horriblemente a triunfo. ¿Acaso esa mujer creía que Miss Deane no habría vuelto a su habitación si hubiera podido?

Otro murmullo bajo de la hija.

—No discutas conmigo, Hélène, es obvio que no hace lo que debería hacer.

—Pero mamá, si la detestas tanto, ¿por qué vive con nosotros? —La voz de Hélène se elevó.—A Georges le gusta, y…

—No fue mi elección. Tu padre insistió.

Alex hizo una mueca ante el veneno en el tono de la *comtesse*. Golpeó la puerta con el puño, encontrando cierta satisfacción en el grito que provocó.

—Vístanse —ordenó en francés.—Si no están en el salón en quince minutos, se quedarán sin desayuno.

Bajó la voz.

—Y mantengan la voz baja si quieren llegar a la costa.

Los agudos reclamos lo siguieron escaleras abajo. Asomándose al salón, solo vio a Perrault y a Brevare, desayunando en mesas separadas. Le indicó a Perrault que dejara salir a las mujeres de su habitación.

Una sirvienta que llevaba una bandeja le hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta trasera. Extrañado, Alex salió al patio donde había ocurrido la pelea y vio a Miss Deane de pie en un parche de sol, apoyada contra la pared de la posada.

Naturalmente, toda la posada asume que yo…

Su furia se desvaneció al darse cuenta de que la gente simplemente estaba ocupándose de sus asuntos. Nadie la miraba con desdén ni hacía comentarios mordaces.

—No, no, Hélène. El vestido gris.

Otra vez esa maldita mujer, su voz llegaba desde una ventana sobre ellos. Alex notó la caída de los hombros de Miss Deane, la curva descendente de sus labios; debía de haber oído las palabras de su tía.

—¿Estás bien?

Phoebe se sobresaltó. Había estado escuchando a su tía con tanta atención que no había percibido ningún otro sonido en el patio. Al girarse, vio la mirada de Leon sobre ella y notó con preocupación los cortes y moretones en su rostro.

—Mi tía. Su voz se escucha por todas partes.

Su garganta se sentía tensa y tragó saliva. Sabía que su tía no la quería, pero dolía descubrir que la *comtesse* ni siquiera había querido hacerse cargo de ella.

—Sí, lo oí. Lo siento. —Desvió la mirada, con los labios apretados.

—No es su culpa —dijo Phoebe.—¿Quieres tu paquete?

—¿Lo tienes a salvo?

Llevó la mano al cuello de su vestido, dudando cuando la comisura de su boca se curvó levemente.

—Si no te importa guardarlo por mí hoy, creo que estará más seguro ahí que cosido en mi bolsillo. ¿Has comido?

Ella levantó la taza vacía en su mano.

—Solo café. Pero Perrault está en el salón.

Sus ojos se posaron en su vestido.

—Debes de tener frío. Tu tía bajará a desayunar. Cuando salgan de su habitación, puedo hacer que te lleven el desayuno allí, si quieres. Tu baúl debería seguir en la habitación.

—Gracias.

—Es un placer. —Sonrió y volvió a entrar en la posada. Ella lo siguió, refugiándose en la taberna hasta que escuchó la voz de su tía proveniente del salón, momento en el que subió a su habitación.

Phoebe cerró la puerta con llave después de que una criada le llevara el desayuno y agua caliente. Aunque el pan recién horneado olía delicioso, sentirse limpia era aún mejor, así que se desnudó. El frío de la habitación le erizó la piel, pero después de lavarse y ponerse una camisa limpia, se sintió renovada. Se ajustó el corsé y contempló el vestido naranja. Las faldas estaban manchadas de barro y sangre, y dudaba que limpiarlas con una esponja bastara para quitar las marcas.

Su vestido de repuesto era de un color melocotón pálido, tan poco favorecedor como el naranja, pero al menos estaba limpio. Phoebe se peinó, recogió su cabello bajo una cofia fresca y luego se irguió, alisándose las faldas. Independientemente de lo que pensara su tía, ella no había hecho nada malo y no actuaría como si lo hubiera hecho.

Comió y bebió con satisfacción, luego metió todas sus pertenencias en el baúl. Bajó con esfuerzo las escaleras y salió por la puerta principal de la posada.

El carruaje estaba listo, los caballos ya enganchados con un mozo sujetándolos por las bridas. Alcanzó a ver el perfil de Perrault dentro, ya acomodado en una de las esquinas de los asientos delanteros. Leon y Brevare estaban cerca, Leon con los brazos cruzados y expresión impaciente.

Su expresión se suavizó al verla. Se acercó y le quitó el baúl de las manos, indicando a Brevare que bajara los demás equipajes.

Para cuando la condesa y Hélène hicieron su aparición, Phoebe ya podía oír a Perrault murmurando sobre las "malditos aristócratas". La condesa pasó de largo, pero se giró solo para lanzarle a Phoebe una mirada de absoluto desprecio.

—Vamos, Hélène. No deberías relacionarte con una persona así.

—Pero mamá, Phoebe…

—¡Ahora, Hélène!

Hélène le dirigió a Phoebe lo que podría haber sido una mirada de disculpa, pero siguió a su madre dentro del carruaje sin más protestas. Phoebe se volvió, presionando los labios en una fina línea, y se encontró cara a cara con Brevare.

Brevare entrecerró los ojos mirando a la condesa, luego volvió su atención a Phoebe.

—Voy a conducir. ¿Le gustaría viajar en el pescante, señorita… eh…?

—Deane. —Phoebe hizo una diminuta reverencia y luego se irguió con la barbilla en alto y los hombros rectos. La mejor respuesta a la hostilidad de su tía era no dejar que le afectara.

—Hará frío —añadió Brevare—. Préstale tu abrigo, West… Leon. No lo necesitarás dentro del carruaje.

—Gracias, *citoyen*. —¿Por qué quería Brevare que viajara con él? Miró a Leon.

—¿Por qué no? —dijo Leon, tras un instante de duda. Phoebe notó una leve mueca cuando se quitó el abrigo. Sacó algo de un bolsillo y lo pasó a la chaqueta que llevaba debajo, luego sostuvo el abrigo para que Phoebe pudiera ponérselo. Ella se quitó la capa y se

puso el abrigo. Era pesado, casi podía envolverse en él dos veces, y olía fuertemente a caballos. Pero era cálido.

Leon la ayudó a subir al pescante y ella acomodó su capa sobre las faldas. Con eso y la lona encerada que usaban los conductores para cubrirse las piernas, debería estar suficientemente abrigada por un rato. De cualquier modo, no tener que enfrentarse a la hostilidad de su tía compensaba el frío.

Había un bulto pesado en el abrigo. Metió la mano en el bolsillo y encontró que Leon había dejado una de sus pistolas allí. Retiró la mano con cuidado; no confiaba en que esa cosa no se disparara por accidente. Había visto a Leon mover algo de este abrigo a su chaqueta, así que debía de haberle dejado la pistola a propósito. ¿Pensaba que podría necesitarla?

Leon y Brevare conversaban, inclinados sobre un libro mientras Leon señalaba algo en las páginas. Luego, Leon se enderezó y le dedicó una sonrisa alentadora mientras Brevare subía y tomaba las riendas. Debajo de ellos, finalmente se cerró la puerta del carruaje, y Brevare chasqueó el látigo para poner a los caballos en marcha.

Las nubes de antes se habían disipado y el sol invernal tenía un poco de calidez. Phoebe disfrutó del paisaje durante un rato mientras atravesaban varias aldeas, antes de volver sus pensamientos hacia Brevare. Viajaba con Leon, pero si eran compañeros, ¿por qué se había quedado cenando en la posada donde los habían arrestado en lugar de volver con un caballo de inmediato? ¿Dónde había estado durante la pelea? Leon podría haber resultado gravemente herido, o incluso haber muerto.

Parecía saber a dónde iba, aminorando solo de vez en cuando para comprobar los postes indicadores, pero después de una hora, metió la mano en su bolsillo y le tendió un libro a Phoebe. Parecía el mismo que los dos hombres habían estado consultando antes.

—Toma esto, ¿quieres? La página está marcada.

Era una guía de carreteras, muy usada.

—¿Qué aldea debemos buscar ahora?

Phoebe abrió el libro, sus guantes dificultaban un poco el manejo de las páginas. Había marcas de lápiz junto a algunos nombres de aldeas. Supuso que esas eran las que debían atravesar,

pero no había estado prestando atención a los postes y no sabía cuánta distancia habían recorrido.

—¿*Sabes* leer, verdad?

Sorprendida, Phoebe lo miró. Brevare tenía la atención puesta en el camino y en un tramo especialmente profundo de surcos.

—Sí —respondió.

Brevare soltó una maldición y tiró de las riendas para detenerse. Le quitó el libro de las manos, pasó rápidamente las páginas y señaló el nombre de una aldea.

—Acabamos de pasar por aquí —dijo, y luego movió el dedo hasta el siguiente nombre con una cruz—. Vamos hacia aquí. Cuando lleguemos, dime el nombre de la siguiente aldea marcada. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. —¿Acaso pensaba que era una idiota?

—¿Hay algún problema? —Era la voz de Leon, llamando desde la ventanilla del carruaje.

—Solo verificando el camino —respondió Brevare, instando a los caballos a moverse de nuevo. Siguieron avanzando a través de otra aldea, y Phoebe indicó la dirección en la siguiente señal.

—Solo dime el próximo pueblo —soltó Brevare con impaciencia.

—Sainte-Marie.

Manteniendo un dedo en la página actual, Phoebe hojeó el libro con discreción, asegurándose de que la secuencia de aldeas marcadas los estaba llevando al noroeste, hacia la costa, en algún lugar cerca de Caen o Le Havre. Luego intentó rastrear el camino que habían recorrido, pero el día anterior no había podido leer las señales desde el interior del carruaje. Haciendo una estimación aproximada de la distancia recorrida cada día, sonrió. No podía estar segura, pero sospechaba que se habían dirigido a Caen desde el momento en que Leon tomó el mando.

—¡Señorita Deane!

Phoebe alzó la vista de golpe y pasó rápidamente a la página correcta en el libro.

—Condret.

Brevare tomó el desvío antes de mirarla de reojo.

—¿Has trabajado mucho tiempo para la condesa?

Su tono había perdido la impaciencia de antes, pero fruncía el ceño. No era solo charla trivial, entonces. Phoebe miró al frente, manteniendo la mayor parte de su rostro oculta por el ala de su sombrero.

—Llevo con ella cuatro años —respondió con cuidado, diciendo la verdad, aunque no toda la verdad.

—*Eres* inglesa, ¿no?

—Sí.

—Hablas muy bien francés.

Phoebe decidió actuar como la sirvienta torpe que parecía creer que era.

—Gracias, señor.

Él suspiró, y ella reprimió una sonrisa. Lo estaba irritando, y le gustaba.

—Dime, ¿cómo es que una chica inglesa como tú habla francés tan bien?

—La condesa visita su castillo y me lleva con ella.

—¿Te gusta Francia? ¿O prefieres Inglaterra?

—Las dos tienen paisajes muy bonitos.

¿Qué era lo que realmente quería saber?

Sus labios se apretaron en una fina línea, pero no dijo nada mientras aminoraba la marcha al atravesar la siguiente aldea, guiando con cuidado el carruaje entre los puestos del mercado que bordeaban el camino.

—Señorita… eh…

—Deane.

—Sí —dijo él—. Señorita Deane, ¿eres leal a tu país?

—Por supuesto, señor.

—Yo… necesito tu ayuda con algo.

—¿Sí, señor?

—Mi… mi colega lleva un mensaje. Necesito verlo.

El paquete.

—¿Un mensaje, señor?

—No necesitas conocer los detalles. Debes confiar en mi palabra. Es vital que vea ese mensaje.

—Pero no sé quién es usted.

—Mi nombre es Hugo de Brevare. Soy… fui el vizconde de Brevare.

Eso encajaba con su acento.

—Necesito ese mensaje para… es necesario detener a estos revolucionarios. Habrá algunas libras para ti.

¿Unos cuantos francos por traicionar al hombre que la había salvado? Pero no sería prudente negarse de inmediato.

—No sé qué *podría* hacer, señor.

—Para empezar, podrías revisar los bolsillos de ese abrigo que llevas puesto.

Así que por eso había insistido en que viajara en el pescante. Phoebe obedeció, palpando los bolsillos y mostrándole un puñado de monedas y un pañuelo. No mencionó la pistola.

—¿Nada más? —preguntó él, con decepción.

—No, señor.

—Palpa los forros —le indicó—. El mensaje puede estar cosido en algún lugar.

Phoebe hizo el ademán de buscar en el paquete, ya bien guardado entre su corsé.

—No hay nada allí —dijo al fin.

Él soltó una maldición entre dientes.

—Debes intentar encontrarlo más tarde —insistió—. Es realmente muy importante. ¡Esta noche podrás registrar su bolsa y el resto de su ropa!

La diversión de Phoebe se desvaneció. Volvió el rostro, temiendo no poder controlar su expresión. No solo la tomaba por una criada, sino que, además, daba por hecho que Leon se había acostado con ella y lo haría de nuevo.

Inspiró hondo. Para un hombre de su posición, aquella suposición no era extraña. Había *pasado* la noche en la habitación de Leon y, aquella misma mañana, había aceptado su abrigo sin reparos. Murmurando algo que podía tomarse como un asentimiento, fingió concentrarse en la guía del camino hasta que se detuvieron para refrescarse.

Capítulo 10

La posada donde se detuvieron a comer no estaba concurrida, y en el comedor había mesas de sobra para elegir. Alex se sentó con Brevare, vigilando con cautela a los demás mientras comía. La condesa no se dignaba a hablar con la señorita Deane y, aunque Hélène le dirigió a su prima una mirada compasiva, el sentimiento no parecía ser lo bastante fuerte como para desobedecer las órdenes de su madre. Tampoco la condesa deseaba que la señorita Deane se sentara con ellas, eligiendo deliberadamente una mesa con espacio solo para dos.

Alex notó la vacilación de la señorita Deane, el ligero fruncimiento de sus labios, y luego cómo cuadraba los hombros antes de llevar su plato a un asiento junto a la ventana. Su antipatía por la condesa creció.

Perrault devoraba un enorme plato de comida, sacudiéndose de vez en cuando las migas del abrigo, con sus ojos moviéndose constantemente de una persona a otra. Había estado solo en el carruaje con la condesa y su hija durante varios minutos antes de la partida. ¿Alguna de ellas habría dicho algo que no debía?

Lanzando una mirada de soslayo a Brevare, Alex se preguntó qué le habría dicho a la señorita Deane mientras estaban sobre el pescante. Podría haber cometido un grave error al confiarle su mensaje y luego dejarla a solas con Brevare.

Brevare se levantó y se acercó a la señorita Deane. Su movimiento repentino sacó a Alex de sus pensamientos. Brevare le hizo un gesto en dirección a su mesa. La postura de la señorita Deane se tensó, y se puso en pie de golpe, arrastrando la silla por el suelo. Se giró sobre los talones y salió de la sala con paso firme, apenas habiendo probado su comida.

Maldición. Nada de esto era culpa suya, y aun así su familia la trataba como a una paria, y ahora Brevare también la había disgustado.

Alex se acercó al lugar donde Brevare seguía de pie junto a la ventana.

—¿Qué te ha dicho?

Brevare le lanzó una mirada.

—Nada —murmuró, y regresó a su comida.

No había rastro de la señorita Deane en el vestíbulo. Recordando su preferencia por estar al aire libre aquella mañana, Alex salió del edificio, solo para verla desaparecer tras un equipo de caballos que estaban enganchando a un carruaje. Cuando logró sortear a los animales, ella ya había alcanzado el camino y avanzaba con paso rápido hacia un cruce.

No intentaba escapar ni huir con su mensaje; tenía más sentido común que eso. Quizá solo intentaba despejar sus sentimientos con una caminata.

Se llevó dos dedos a los labios y silbó. Ella se volvió para mirarlo, pero no hizo ademán de regresar. El camino que debían tomar quedaba a la izquierda del cruce, así que él señaló en esa dirección. Pronto la alcanzarían con el carruaje.

Ella dio unos pasos en la dirección indicada y luego lo miró. Él agitó una mano y regresó a la posada.

Phoebe había salido furiosa de la posada sin el abrigo de Leon, pero caminar pronto la entibió contra el aire frío. ¿Habría malinterpretado la sugerencia de Brevare? Había dicho que sentarse con Leon ahora facilitaría que se acercara a él esta noche.

No, lo había entendido perfectamente. No era muy distinto de lo que había insinuado en el carruaje, y era una necedad de su parte molestarse tanto por ello. Cierto, había hecho suposiciones sobre la moral de ambos, tanto la suya como la de Leon, pero eso decía más sobre los propios estándares de Brevare que sobre los suyos. Lo que realmente la había enfurecido era la idea de que debía fomentar el supuesto idilio ahora que su tía la había despreciado.

Reduciendo el paso, consideró lo que pensaba su tía. Eso sí era importante; podría tener un impacto drástico en su futuro. Un mirlo cruzó su camino, gorjeando alarmado. Phoebe, distraída de sus preocupaciones, se detuvo para verlo alzarse sobre el seto y

desaparecer en el campo contiguo. Su tío era un hombre justo; seguramente no la haría pagar por lo ocurrido el día anterior.

Siguió adelante con un paso más moderado hasta que escuchó el golpeteo de los cascos tras ella, agradeciendo la oportunidad de hacer circular la sangre en sus extremidades. Su ánimo mejoró al ver a Leon en el pescante, en lugar de Brevare. Él era lo más parecido a un amigo que tenía en ese momento.

Leon detuvo los caballos y se inclinó, ofreciéndole la mano para ayudarla a subir. Ella la tomó con gusto. Un viaje frío en el pescante era mucho más preferible que compartir el interior del carruaje con su tía.

—Será mejor que vuelvas a ponerte eso —dijo él, señalando su abrigo, que yacía en el banco entre ellos.

Phoebe se lo puso con dificultad mientras él hacía avanzar a los caballos y acomodó su longitud bajo su cuerpo. Una vez que se hubo instalado, él le entregó su guía del camino.

—¿Puedes cuidar esto? Puede que lo necesites más tarde. —Le tendió un pequeño bulto envuelto en una servilleta—. Mejor que tengas esto también.

Al desenvolverlo, Phoebe encontró un panecillo y un poco de queso.

—Gracias —dijo, dando un mordisco al panecillo. El ejercicio había ayudado a calmar sus emociones; la comida, y la amabilidad tras ella, disiparon lo que quedaba de su irritabilidad.

—¿Estás mejor ahora?

—Mucho mejor, gracias.

Se acomodó contra el respaldo y miró a su alrededor, comenzando a disfrutar del paisaje. Pero el recuerdo de la petición de Brevare, no, su orden, volvió con rapidez, junto con su conclusión de que ambos hombres no trabajaban juntos.

Abrió la boca para preguntarle, pero se lo pensó mejor.

—Dilo —dijo Leon, lanzándole una mirada de reojo.

—¿Perdón?

—Ibas a decir algo, o a preguntar algo.

Ella no respondió.

—Hace buen tiempo para la época del año, ¿verdad? —comentó él con aire despreocupado—. Tuvimos suerte. Podría estar lloviendo, o incluso nevando, y entonces tendría que elegir entre sentarse en silencio dentro del carruaje con su tía fulminándola con la mirada, o sentarse en silencio conmigo, empapada y muerta de frío.

Lanzó una rápida mirada a su rostro: los moretones que había visto antes se estaban oscureciendo, y el ojo amoratado se estaba convirtiendo en un verdadero cardenal. Sumado a su mandíbula sin afeitar, el conjunto era completamente desaliñado. Debió de haber intimidado a la condesa esa mañana en el carruaje, pues Phoebe no le había oído pronunciar ni una sola palabra. Sin embargo, ya no parecía tan cansado ni tenso como cuando lo vio por primera vez, y ella ya no le tenía miedo.

—Nunca te di las gracias por salvarme de Sarchet —dijo—. Y por no… —Su voz se apagó.

—Son muy bienvenidas. Aunque tenía más de una razón para pelear con él, y puede que no hubiera ganado sin tu ayuda —una sonrisa algo avergonzada se extendió por su rostro.

—¿Lo disfrutaste?

—Me temo que sí. Hasta el momento en que cogió aquella botella. Pero al menos ahora nos hemos librado de él.

—Y hay una persona menos con quien compartir el rescate.

El silencio se prolongó, y Phoebe se preguntó si había sobrepasado los límites de su tolerancia.

—¿Qué ibas a decir antes? —Él mantenía la vista en el camino y su voz apenas tenía expresión.

Andarse con rodeos no la llevaría a ninguna parte con este hombre. Necesitaba respuestas: a dónde iban realmente, qué otras mentiras podría verse obligada a contar.

—Brevare… ¿es realmente un vizconde?

—¿Te dijo eso? —Su voz seguía siendo inexpresiva.

—Sí. ¿Es tu amigo?

—Más bien un conocido. Y sí, lo es, o lo fue, un vizconde. ¿Por qué preguntas?

—Me preguntó si era leal a Inglaterra y me dijo que buscara un mensaje que llevabas contigo. Dijo que era necesario detener a los revolucionarios.

—¿No se lo enseñaste, no? —Su tono era sorprendentemente tranquilo después de la consternación que había mostrado en la noche cuando creyó haberlo perdido.

—No. Lo tengo a salvo. ¿Lo quieres? —Metió la mano en el interior de su abrigo, pero él negó con la cabeza.

—Está más seguro contigo que conmigo en este momento, si no te importa conservarlo.

—Muy bien.

Confiaba en ella. La idea le provocó una cálida sensación en el pecho.

—¿Por qué no se lo diste? —Leon la miró con atención.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No te he dado ninguna razón para no hacerlo —dijo, volviendo la vista al camino—. A menos que fuera una especie de gratitud por lo de anoche.

—Puede ser, supongo. Pero también porque tú eres nuestra mejor oportunidad de regresar a casa. Él no ha hecho nada para ayudar. —Reconsideró sus palabras—. Es decir, nada deliberadamente para ayudar.

—¿Qué quieres decir?

Dudó, preguntándose si estaba imaginando cosas, si estaba sacando demasiadas conclusiones de pequeños detalles.

—En la posada donde Perrault intentó que nos arrestaran, Brevare estaba comiendo en la taberna cuando llegamos, tomándose su tiempo. Si hubiera ido a buscarte enseguida con el caballo de repuesto, los dos habrían podido comer en la posada y seguir su camino mucho antes de que llegáramos.

—Pensé que había tardado demasiado —parecía hablar consigo mismo.

—¿Por qué te habría retrasado?

—No estoy seguro. ¿Has notado algo más?

—Creo que pudo haber sido él quien estuvo en la puerta por la noche. Quienquiera que fuera, estaba registrando tu abrigo, y hoy

me pidió que revisara sus bolsillos.

—¿Lo hiciste?

—Oh, sí. Curiosamente, no encontré nada que le interesara —sonrió.

—¿Le mentiste?

—No.

—Hmm —él mantenía la vista en el camino, pero ella pudo ver la curva de sus labios antes de que hablara—. De la misma manera en que no mentiste sobre el caballo del terrateniente.

Esta vez, ella rio.

—Alguien revisó tu bolsa, ¿no es cierto? No fue Perrault, al menos no mientras estuvo en aquella habitación conmigo. Podría haber sido Brevare. No lo vi en el patio cuando estabas peleando con Sarchet.

—Eres muy observadora. Pero nada de eso prueba si alguno de los dos actúa en beneficio de tu país.

Ella cambió al inglés.

—Mi país y el tuyo.

Las riendas dieron un tirón, haciendo que los caballos sacudieran la cabeza.

—*Je ne vous comprends pas.*

Sonaba como si realmente no hubiera entendido lo que ella había dicho.

—Entonces, ¿por qué te sorprendieron mis palabras? —preguntó Phoebe, volviendo al francés. Ahora estaba más segura de que tenía razón—. *Eres* inglés, ¿verdad? Esta mañana, Brevare comenzó a llamarte por otro nombre. Un inglés que lleva algo a Inglaterra es más probable que apoye a Inglaterra que a Francia.

—¿A quién más se lo has dicho? —Su tono fue agudo, la tensión evidente en los músculos de su mandíbula.

—A nadie.

Su rostro se relajó un poco.

—¿Cómo me delaté? —preguntó, con resignación en la voz.

Phoebe cerró los ojos y suspiró aliviada. Le preocupaba que lo que *quería* que fuera verdad hubiera nublado su razonamiento.

—Pronunciaste algunas maldiciones muy inglesas cuando vertí el brandy en tu brazo. Dudo que alguien más se diera cuenta.

Leon negó con la cabeza. Condujo en silencio, saliendo de su abstracción solo en los cruces para leer los letreros. Phoebe lo observó de reojo, con ganas de preguntarle qué hacía allí, pero no era asunto suyo. No lo había dicho, pero ahora sabía que los estaba llevando a casa. Eso debería ser suficiente.

—¿Por qué estás en Francia? —preguntó finalmente—. ¿Tu tío tiene propiedades aquí?

—Un château y tierras en Calvac —respondió Phoebe—. Mi tío nos trasladó a todos a Londres hace más de un año, cuando la situación se volvió demasiado peligrosa. Luego, en enero, se marchó por asuntos de negocios. Creo que envió a Anson aquí a recoger algunos documentos que quedaban. —Se tensó, avergonzada de no haber pensado en Anson en los últimos días—. No sé qué le ocurrió.

—Lo envié a la costa. Le hice pagar a los sirvientes que iban con ustedes antes de que partiera; estaban bastante felices de evitar problemas y regresar a casa. Probablemente esté más seguro en la diligencia de lo que habría estado quedándose con tu tía.

Eso era cierto. Aunque su francés era pobre, tendría el sentido común de pasar desapercibido mientras viajaba en las diligencias públicas.

—Continúa. Anson fue enviado…

—Mientras mi tío estaba fuera, la condesa decidió acompañarlo. Dijo que tenía que recoger algunas de sus joyas que habían quedado en Calvac.

—Hmm.

Phoebe tampoco lo creía. Anson podría haber recibido instrucciones precisas sobre dónde encontrarlas. Recordó el paquete de cartas que había vislumbrado. ¿Viejas cartas de amor, tal vez? ¿Algo que su tía no quería que Anson, o incluso su tío, supieran?

Apartó esa idea de su mente. Podría pensar en ello más tarde, cuando, si, regresaban a Inglaterra.

—¿Vives con tu tía y tu tío?

—Sí.

Leon la miró de reojo, con una ceja arqueada.

Phoebe vaciló, preguntándose por qué preguntaba, pero responder no podía hacer ningún daño.

—La condesa es hermana de mi madre. Su padre, mi abuelo, era el vizconde Wycombe. No aprobó que mi madre se casara con mi padre, así que la desheredó.

—¿El doctor?

Ella asintió.

—Cuando mis padres murieron, hace cuatro años, mi tío me acogió.

—Lo siento.

Phoebe logró esbozar una sonrisa.

—Los extraño, y también echo de menos mi vida anterior. Londres es tan… limitado.

Salía a caminar al parque cuando una doncella podía acompañarla, o hacía excursiones con su primo Georges, de diez años, y su institutriz.

Leon volvió a sumirse en el silencio. Phoebe contempló los setos, los bosquecillos y los campos por los que pasaban, pero el paisaje no tenía nada de especial. Cansada de la vista, abrió la guía de caminos e intentó averiguar dónde estaban y cuánto faltaba para su destino.

Encontró la página con las aldeas marcadas, pero ninguno de los nombres le resultaba familiar. Pasó varias páginas hasta hallar algunos que reconocía y los comparó.

Ya no se dirigían a Caen.

Phoebe debatía si preguntar adónde iban ahora cuando Leon cambió las riendas a la mano derecha y frunció el ceño al flexionar el brazo izquierdo.

—Deberíamos detenernos antes del anochecer —sugirió—. Te dolerá aún más si vas a conducir todo el día de mañana.

Él giró la cabeza bruscamente hacia ella.

—Maldita sea, mujer, ¿eres adivina?

A pesar de sus palabras, no sonaba ni parecía enfadado. Más bien curioso.

—¿Por qué supones que no haré que Brevare conduzca mañana?

—Brevare viajaba, viaja, contigo, pero no confías en él —dijo Phoebe—. No confiabas en él ni siquiera antes de que te dijera que quería tu mensaje, ¿verdad? Si lo hubieras hecho, no habrías dejado una pistola en este abrigo para mí esta mañana.

Él asintió.

—Sabía que la idea de que mi tía fuera una espía era un disparate y que te dirigías a la costa —continuó Phoebe—. Ayer montó en el pescante con Sarchet para indicarle el camino. Sarchet no habría sabido que no íbamos a París, pero Perrault sí podría haberlo sabido, así que lo mantuviste dentro del carruaje.

—Hasta ahora, correcto. ¿Cómo *supiste* ayer que no íbamos a París?

—No lo deduje hasta la tarde. El sol estaba en la dirección equivocada. Esta mañana lo confirmé en la guía de caminos.

—Continúa.

—Anoche le dijiste a Perrault que iríamos a Caen. Y la ruta de esta mañana iba aproximadamente en esa dirección. Pero ahora nos dirigimos a un lugar que Brevare tampoco conoce.

Leon negó con la cabeza.

—¿Estoy equivocada? —¿En qué había fallado su razonamiento?

—No, no te equivocas —su tono era resignado, o quizás pensativo.

Siguió conduciendo en silencio durante un rato antes de hablar de nuevo.

—Eres una mujer muy inusual.

—¿Oh? —Esperaba que fuera un cumplido.

—No me has preguntado qué hay en el mensaje, ni adónde vamos. La mayoría de las personas que conozco ya me habrían estado acosando con preguntas.

—¿Para qué? No me lo dirías.

Él giró la cabeza para mirarla, pero ella no pudo descifrar su expresión.

—Tal vez sí.

Capítulo 11

Phoebe examinó la pequeña habitación que le habían asignado. Era fría, sin fuego encendido en la chimenea, y contenía solo una cama estrecha, un diminuto lavabo y una silla. Pero le convenía mucho más que compartir la habitación más grande de su tía y su prima. No había llave en la cerradura, pero podría trabar la puerta con el respaldo de la silla durante la noche. Dejando su sombrero sobre la cama, comenzó a deshacerse los pasadores del cabello.

Se tensó cuando la puerta se abrió, pero solo era Hélène.

—Mamá dice que tienes que venir a nuestra habitación.

Phoebe suspiró y volvió a colocarse los pasadores.

—Phoebe… tú… ¿has…?

Sorprendida, Phoebe notó el ceño fruncido de Hélène y la vacilación en su voz.

—Quiero decir… Mamá ha dicho algunas cosas sobre… —Las palabras parecieron fallarle, y agitó una mano en el aire.

—Estoy bien, gracias —respondió Phoebe, sin dar importancia a lo que su tía pudiera opinar sobre lo sucedido.

—Mamá dice que debes…

—Iré —cedió Phoebe. Negarse solo le traería problemas. Si todos lograban regresar a casa sanos y salvos, su futuro seguiría dependiendo de su tía.

En la habitación más grande, los colores vibrantes de los vestidos desparramados sobre la cama y sobresaliendo de los baúles destacaban en el ambiente. Su tía había convencido a alguien de que trajera todo su equipaje adentro. La condesa le extendió un vestido dorado.

—Ponte esto esta noche. Es largo para Hélène, así que a ti solo debería quedarte un poco corto.

—Ese es uno de los mejores vestidos de Hélène —objetó Phoebe.

—Será más favorecedor que lo que llevas puesto —respondió la condesa—. Nunca serás una belleza como Hélène, pero con este

color parecerás menos pálida. Quizás hasta ayude a atenuar un poco tu cabello.

Phoebe no hizo ademán de tomar el vestido, sospechando de las intenciones de su tía.

—Póntelo —insistió la condesa con impaciencia—. Luego Hélène podrá ayudarte con el peinado.

—¿Por qué?

—*Ese hombre* parece interesado en ti. Si… coqueteas con él, puede que no pida un rescate tan alto. La presentación en sociedad de Hélène será costosa.

Y también trataremos de evitar pagar un rescate por los parientes pobres, pensó Phoebe con amargura.

—No te quedes ahí parada como una tonta, ¡póntelo!

Phoebe se desabrochó el vestido melocotón a regañadientes. La tela dorada era hermosa, con mangas que terminaban en una caída de encaje bajo el codo. Resistió la tentación de acariciar la tela; en otras circunstancias, habría disfrutado usarlo. Al ponérselo, se aseguró cuidadosamente de que el mensaje de Leon siguiera escondido dentro de su corsé, mientras las otras dos se ocupaban de sus propios arreglos.

Phoebe se sentó ante el espejo, frunciendo el ceño al reflejo de Hélène, que recogía su cabello en un conjunto suelto de rizos y tomaba una cinta dorada. ¿Estaba Hélène tan envenenada por el orgullo y el egoísmo de su madre que no veía nada malo en ayudar a Phoebe a prepararse para seducir a alguien? Porque eso era, en definitiva, lo que pretendía la condesa. Seguramente Hélène tenía *alguna* idea de lo que solía ocurrir entre un hombre y una mujer…

—El cordero del sacrificio ya está suficientemente adornado.

Bajó la voz hasta un susurro feroz.

—¿Te gustaría que te enviaran a ti a complacer a Brevare para que nos ayude a regresar a casa?

Los ojos de Hélène se agrandaron, la mano que sostenía la cinta se quedó suspendida en el aire.

—Yo… no lo había pensado… —Su labio inferior empezó a temblar—. Lo siento. Mamá dijo que…

—No quiero oír lo que dijo —espetó Phoebe.

—Él no… quiero decir, es vizconde, nos lo dijo en el carruaje hoy. No pediría un rescate por nosotras. Ese hombre debe tener algún poder sobre él.

—Ya no es noble —señaló Phoebe, preguntándose qué más le habría contado Brevare a su prima.

—Dijo que tiene un château al norte de París. Su madre y su hermana viven allí.

Para Hélène, el rango y el honor parecían ir de la mano, pero Phoebe no estaba de acuerdo. Se volvió para regresar a su propia habitación, recogiendo el vestido melocotón que se había quitado. ¿Tendría alguna relevancia la información de Hélène sobre las acciones recientes de Brevare? Debía de estar preocupado por su madre y su hermana, solas en un país enloquecido.

Al cerrar la puerta, miró el vestido sobre su brazo, tentada de volver a ponérselo. Pero un buen vestido no la convertía en una seductora, su tía no podía controlar su comportamiento.

Compensó la situación añadiendo un pañuelo para cubrir el escote bajo y rehaciendo su peinado de una manera más sobria. Satisfecha con su apariencia, pasó el tiempo antes de la cena repasando todo lo que se había dicho aquella tarde.

En la taberna vacía, Alex estaba a mitad de su comida cuando la condesa irrumpió en la sala, hablando con alguien detrás de ella.

—Entra, Phoebe, por el amor a la bondad. ¿Por qué te quedas merodeando en el pasillo?

Sin esperar respuesta, la condesa se acomodó en la mesa puesta para tres. Una vez más, tanto ella como su hija iban vestidas como para una cena de gala.

Miss Deane las siguió al interior, con la mirada baja, mientras se quitaba el chal y lo colocaba sobre una silla.

Alex la observó discretamente, sorprendido y con una repentina oleada de atracción. También llevaba un vestido decente, en lugar de sus habituales prendas raídas. Su cabello, sin su cofia habitual, aunque recogido en un estilo austero, formaba un halo de fuego alrededor de su cabeza.

El vestido, sin embargo, claramente no era suyo. El color le daba un brillo cremoso a la piel, pero la falda era un poco corta y el corpiño le quedaba grande. ¿Otro descarte de su prima? El cinturón ajustaba la prenda en su cintura, resaltando su figura.

No debería estar pensando en eso, se dijo, forzándose a volver a su plato. Comió varios bocados antes de notar que Brevare no estaba comiendo, sino observando a la condesa y a su hija con una expresión extraña.

—¿No tienes hambre? —preguntó Alex.

Brevare se sobresaltó y lanzó una rápida mirada a Alex antes de tomar el tenedor.

Alex echó un vistazo inquieto a las otras mesas de la sala. No había visto a Perrault desde que bajaron del carruaje.

Su ausencia era preocupante.

Cuando terminaron de comer, Alex se recostó en su silla, saboreando una copa de vino. Manteniendo ostensiblemente la mirada en el fuego, observó a las mujeres con el rabillo del ojo. El posadero había servido pasteles además del pollo asado, y la condesa y su hija los estaban comiendo. La señorita Deane, en cambio, solo movía trozos de pollo por su plato, con el rostro inexpresivo.

Recordó su conversación en el carruaje. Era observadora, sin duda. Y había sacado conclusiones correctas a partir de lo que había notado.

Le había dicho que tal vez respondería a sus preguntas. En ese momento, no estaba seguro de si lo decía en serio, pero cuanto más pensaba en ello, más le atraía la idea. La situación se había complicado.

Brevare terminó su comida y apuró su copa.

—¿Más vino?

—Aún no.

—Yo sí. —Brevare empujó su silla hacia atrás—. Voy a echar un vistazo en la bodega, a ver si tienen algo mejor que esto.

Señaló la botella vacía con desdén y salió.

Alex lo siguió con la mirada, preguntándose qué era lo que realmente iba a hacer.

—Ven, Hélène —dijo la condesa en voz lo suficientemente alta como para que Alex la oyera—. Pasaremos la noche en nuestra habitación.

Sin mover la cabeza de su copa de vino, Alex desvió los ojos hacia ellas y vio a la señorita Deane ponerse de pie junto a ellas, solo para encontrarse con la mirada fulminante de su tía.

—Tú te quedas aquí, muchacha —le siseó la mujer—. Y quítate eso.

La condesa agarró el pañuelo que Phoebe llevaba en el escote y tiró de él. La tela cedió fácilmente, dejando el escote del vestido peligrosamente abierto.

—Y no creas que puedes escabullirte a tu habitación. La he cerrado con llave.

Se dirigió hacia la puerta. Hélène dio unos pasos tras ella, pero dudó, volviéndose hacia Phoebe. Cualquier intención de quedarse se desvaneció en cuanto su madre la tomó del brazo y la arrastró fuera de la sala. La puerta se cerró con un golpe seco.

Dejándose caer en la silla, Phoebe apoyó la cabeza entre las manos. ¿Cómo había cerrado su tía su habitación?

—¿Vino?

Leon dejó una copa sobre la mesa a su lado.

—Tienes un vestido diferente.

Sus mejillas se encendieron. Se enderezó y tomó el chal del respaldo de su silla, envolviéndose con él. Leon la observaba con… ¿simpatía? Al menos con amabilidad, y lo hacía a los ojos, no al escote.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo con los labios apretados—. Mi tía espera que compense mi cabello y mi tez y me haga lo bastante atractiva para complacerte. Soy una ofrenda para intentar reducir tu precio.

Apartó el rostro.

Leon soltó una maldición en voz baja. En inglés.

—Cuida tu lenguaje —murmuró ella.

Alzó la vista a tiempo para ver su fugaz ceño fruncido, seguido de una sonrisa irónica cuando él comprendió lo que había querido

decir.

—Jamás me aprovecharía así de ti.

Empujó la copa de vino hacia ella.

—Bébelo, te hará sentir mejor.

El vino la ayudó a calmarse, pero sabía que no debía beber demasiado con el estómago vacío. Dejó la copa y se envolvió más en su chal.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Leon, señalando la silla frente a ella.

—¿Tengo opción?

—Sí.

No se había movido; la vergüenza la invadió.

—Lo siento. Nada de esto es tu culpa. Por favor, siéntate. Habrías estado mucho mejor si hubieras seguido tu camino y nos hubieras dejado.

—No estoy tan segura de eso —dijo él, sacando la silla más cercana y sentándose. Sonrió—. No piensas hacer lo que dice tu tía, ¿verdad?

—No —respondió ella, mirándolo fijamente—. No —repitió, suavizando el tono. No pensaba que lo hubiera dicho como una pregunta sincera—. Aparte de la obvia razón por la cual no, de todas formas no cambiaría nada.

—¿Cómo es eso?

—¿Realmente importa?

—Hazme el favor, dime.

Ella se encogió de hombros.

—Por una parte, no has sido ninguna de las personas que dijiste ser. No eres de Grenoble, no trabajas para el Comité de Seguridad General allí, ni siquiera eres francés. Es poco probable que seas un secuestrador.

—¿Y por otra parte?

—No funcionaría —dijo, abrazándose la chalina más cerca del pecho.

—¿Ah?

Levantó los ojos para mirarlo, sabiendo que él no era tan obtuso.

—Si fueras a pedir un rescate, lo harías igual, tanto si… nosotras… —las palabras se le atoraron en la garganta al encontrar la mirada de él, los ojos fijos en los suyos, la boca curvándose ligeramente.

No sería el peor destino posible.

Sus dedos temblaron al tomar el vaso, el líquido rojo salpicando los bordes mientras bajaba la vista para ocultar su confusión. ¿De dónde había salido ese pensamiento? No lo había dicho en voz alta, ¿verdad?

Tomó un sorbo de vino, arriesgándose a echarle un vistazo. Él aún la miraba, curioso.

—¿Y un tercer motivo? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Me preguntaba si tienes otra razón.

Sacudió la cabeza.

—No me mientas —dijo él.

Ella se sorprendió por la urgencia en su voz.

—No te mentiré —dijo ella con simplicidad—. *Pero tampoco te prometo decirte todo.*

Él cogió la botella de vino y fue a llenar el vaso de Phoebe.

Ella puso la mano sobre el vaso.

—No, gracias.

Él volvió a poner la botella en la mesa.

—Puedo ver si tienen algo mejor.

—¿Estás tratando de embriagarme? —lo desafió, inclinando la cabeza hacia un lado.

Él se rio.

—No, para nada. Yo… bueno, quería hablar contigo, y pensé que podrías querer una bebida mientras hablamos. —Miró los restos de la cena, que no habían sido recogidos, ahora convertidos en una masa poco apetecible—. No comiste mucho.

—No.

—¿Puedo pedir algo más si lo deseas? Deberías comer después de haber estado afuera todo el día en el frío.

¿Qué quería hablar con ella? La curiosidad, junto con un repentino apetito, hizo que tomara una decisión fácil.

—Sí, por favor.

Él salió en busca del posadero, dejando a Phoebe jugando con su vaso. Ella sonrió ante la ironía: su tía había querido que pasara la noche con Leon, y eso estaba haciendo.

Giró la cabeza cuando la puerta se abrió. Era Brevare, que traía una botella de vino. Se acercó a la mesa.

—Es un vestido mucho más bonito el que te han dado —dijo, con la voz teñida de aprecio—. Te queda bien.

Extendió la mano para tocar uno de sus rizos. Phoebe resistió el impulso de apartar su mano a golpe.

—Sabes, te ves bien vestida —dijo, sonando sorprendido—. Consígueme ese mensaje y te aseguro que no perderás por ello. Estoy seguro de que podemos llegar a algún acuerdo una vez estemos en Inglaterra. No puedes estar feliz trabajando para esa mujer.

Phoebe apretó los dedos alrededor del vaso, apretando los labios. ¿Así que iba a ayudarla con su carrera como cortesana? Qué *amable* de su parte.

Relajando el agarre, fingió beber el vino, necesitando hacer algo para ocultar el temblor en sus manos. Tal vez él pensaría que estaba nerviosa, en vez de estar luchando contra la tentación de arrojarle el contenido a la cara.

Forzó sus pensamientos de regreso a lo que este hombre insoportable quería, y por qué.

—¿Qué pasa, señor, si no encuentro el mensaje? —preguntó, aliviada de escuchar la estabilidad en su voz.

—Lo buscas esta noche y me lo traes. Puedes devolverlo más tarde.

No había respondido a la pregunta, pero no valía la pena insistir.

—¿Y si me pillan mirando? ¿Qué debo decir?

—Simplemente no te dejes atrapar. No debe saber que falta.

Brevare asintió hacia ella, como quien despide a una sirvienta, y se acercó a la puerta, llamando al posadero. Casi choca con Leon, que regresaba acompañado de una de las sirvientas.

—Ah, ahí estás —dijo Brevare a la mujer—. Tráeme un vaso para el vino, algo de queso y una botella de brandy, algo decente.

Tomó su vino y se dirigió a la mesa más cercana al fuego, sentándose.

Leon miró a Brevare y luego puso una llave sobre la mesa, junto al vaso de Phoebe.

—La llave de tu habitación —dijo en voz baja, para que Brevare no lo oyera—. Tenían una de repuesto. He hecho que enciendan una chimenea allí. Puedes ir cuando quieras.

Ella levantó la vista. Él miraba su mano, aún aferrada al vaso con demasiada fuerza. Hizo un esfuerzo por relajarse.

—También han encendido una chimenea en el salón —añadió—. ¿Prefieres comer allí?

Brevare parecía cómodo junto al fuego en ese lugar.

—Sí, eso sería lo preferible, gracias.

Capítulo 12

Phoebe se estremeció por el frío en el salón y se frotó los brazos. Leon acercó una mesa al fuego y le sostuvo la silla. Ella sonrió: aquel gesto caballeroso parecía incongruente dadas las circunstancias.

—Solo les quedaba sopa y comida fría —dijo él, mientras la sirvienta empujaba la puerta y traía una bandeja cargada hasta su mesa.

El estómago de Phoebe gruñó ante el aroma sabroso de la sopa de cebolla, y tomó la cuchara con entusiasmo.

—¿Está buena, entonces? —preguntó Leon, cuando ella apuró las últimas cucharadas del cuenco.

Ella levantó la mirada; él se reclinaba en su silla, con una sonrisa curvándole los labios. Se había olvidado por completo de su presencia mientras comía.

—Lo siento.

—No lo sientas. ¿Vino? Sorprendentemente, tienen algunas cosechas bastante buenas aquí.

Asintió. Él sirvió el vino y le acercó un plato con rebanadas de carne fría y pan. Un cuenco de fruta y una bandeja de pasteles aguardaban para más tarde. Leon tomó una manzana.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó ella, al ver un destello de seda azul bajo el puño de su camisa.

—Bien —respondió él—. Toma más jamón.

—Ajá. Mi padre tuvo muchos pacientes, todos hombres, que decían eso sin importar su lesión.

¿Había sido grosera al insinuar que mentía? Tal vez no: su sonrisa irónica mostraba diversión.

—De acuerdo. Me duele como el demonio en este momento, pero sin duda dirás que es culpa mía por conducir toda la tarde.

Phoebe bajó la vista a su plato, sintiendo el calor en sus mejillas. Esas palabras habían estado a punto de salir de su boca. Al oír una risa baja, alzó la mirada.

—Señorita Deane, por favor, di lo que piensas. Lo digo en serio.

No. No cuando sus pensamientos se centraban en las atractivas líneas junto a sus ojos cuando sonreía, en el calor reconfortante de tener a alguien preocupado por su bienestar.

¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, su brazo…

—¿No hay signos de enrojecimiento? ¿No está caliente?

—No, al menos en la parte que he revisado. ¿Cuánto tiempo deben permanecer los puntos?

—Una semana, o algunos días más, pero para entonces ya estarás en Inglaterra.

Él vaciló antes de hablar.

—Me alegra que tu padre te permitiera ayudarlo.

Phoebe asintió, sintiendo un nudo en la garganta.

—Todavía los extrañas —dijo Leon con suavidad.

Parpadeando, apartó la mirada. No estaba acostumbrada a la simpatía.

—No hables de ello si no quieres.

Descubrió que quería contarle, que quería que alguien más apreciara cómo eran sus padres.

—Papá se preocupaba por sus pacientes, y mamá lo ayudaba con la consulta. Él contrajo escarlatina y mamá enfermó mientras lo cuidaba. Joe, mi hermano, estaba en el mar.

Ambos murieron antes de que su carta avisando de la enfermedad pudiera haberle llegado a Joe.

—¿Tu padre era médico?

—Podría haberlo sido, pero eligió ser cirujano y boticario. Creía que así serviría mejor a la gente.

—Algo con lo que tu tía no estaría de acuerdo.

—No, desde luego.

Aunque no habían sido pobres, habían tenido que ser cuidadosos con el dinero, pero sabía que su madre no habría cambiado su vida por toda la riqueza o el estatus del mundo. Sintió el impulso de contarle más sobre su vida y sus padres, pero no lo hizo. No podía ser por eso que él quería hablar con ella.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó, volviendo al tema con firmeza.

—¿Aparte de para comer?

Phoebe arqueó una ceja. Sabía reconocer una evasiva cuando la oía.

Leon se levantó para echar más leña al fuego y luego se quedó apoyado en la repisa de la chimenea.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella, recuperando su curiosidad.

Alex miraba el fuego, cuyo crepitar era el único sonido en la habitación. Aún no había decidido cuánto debía confiar en ella.

Uno de sus problemas era Brevare. Podía empezar por ahí sin revelar ninguno, o más, de sus propios secretos.

—¿Qué dijo Brevare para molestarte en el salón?

El rostro de ella se sonrojó y apartó la vista hacia la mesa.

—¿Señorita Deane?

Ella lo miró brevemente a los ojos.

—Me pidió… no, me *ordenó* que robara el mensaje esta noche y se lo entregara. Luego debía volver a colocarlo para que no supieras que había desaparecido.

Los músculos de Alex se tensaron.

—Asumió que me estaría aprovechando de ti…

Ella negó con la cabeza.

—Eso dice más de su moral que de la tuya. Pero no debo preocuparme —añadió, con las comisuras de los labios torcidas hacia abajo—. Dijo que podríamos llegar a un acuerdo, para que no pierda nada cuando la condesa me despida.

¡Maldito Brevare! No permitiría que ella quedara a merced de eso.

—¿Tu tío…?

—No creo que me eche —dijo. Su tono era seguro, pero su expresión indicaba otras preocupaciones.

—No te preocupes demasiado. Me aseguraré de que no sufras ningún daño, y *menos* en el sentido en que Brevare insinuó.

Bella lo ayudaría, si se lo pedía, pero ese era un problema para más adelante. Entonces, las últimas palabras de Phoebe cobraron sentido.

—¿Todavía cree que eres su *sirvienta*?

—No es muy observador, ¿verdad? —Sus labios apretados ahora parecían contener una risa.

—A diferencia de ti… serías una espía excelente.

Era cierto. Era inteligente y perspicaz, y también resistente, considerando que estaba sentada allí, hablando con él con calma después de todo lo que había pasado.

Brevare no quería llevarse el mensaje, quería copiarlo. Esa era información nueva; ¿qué pensaría la señorita Deane al respecto?

Tomando su decisión, Alex volvió a sentarse. Sirvió más vino para sí mismo y le ofreció los pasteles.

—Necesito un aliado —dijo él—. Enviar el mensaje a Inglaterra era bastante sencillo al principio, pero apareció Brevare y ahora tengo que lidiar con Perrault. Le dije a Perrault que recibiría una parte del rescate, pero no creo que me haya creído, y parece que ha desaparecido. Luego está tu tía, que antagonizará a todo aquel con quien se cruce si no se la mantiene bajo control.

La señorita Deane abrió los ojos cada vez más a medida que él hablaba, el pastel olvidado en el plato frente a ella.

—¿Crees que puedes confiar en mí? —preguntó—. No sabes realmente mucho sobre mí.

Él sabía lo suficiente.

—*Tú* confías en *mí* —dijo—. De lo contrario, no estarías aquí sola conmigo.

Ella asintió, con expresión pensativa.

—Supongo que ambos estamos arriesgándonos un poco —añadió él.

—De acuerdo.

Alzó su copa.

—Aliados.

—Confusión para nuestros enemigos —dijo él, chocando su copa contra la de ella.

—¿Brevare es el enemigo principal?

—También Perrault, pero ya llegaremos a eso. Lo que no logro entender es por qué Brevare no me ha apuñalado por la espalda y se ha llevado el paquete.

Ella abrió la boca por un instante. La había sorprendido, pero no tenía sentido endulzar los posibles peligros.

—Puedes cambiar de opinión —dijo él, esperando que no lo hiciera—. Ve a dormir; estarás a salvo si cierras la puerta con llave. Deberíamos llegar a la costa mañana, y pasado mañana estarás en el barco.

—No cambiaré de opinión —respondió ella, alzando la barbilla—. Ayudaré si puedo, pero no sé qué podría hacer.

—Escucha, piensa. Eres perspicaz, comprendes las cosas... me gustaría saber qué opinas de todo esto.

Ella volvió a ruborizarse y tomó un sorbo de vino.

—He estado estableciendo contactos —comenzó él—. Gente que podría ser útil para obtener información o para esconder a alguien. El mensaje es una lista con sus datos.

—¿Solo tú, no Brevare?

—Solo yo.

—¿Hay demasiada información en la lista para que puedas recordarla?

—Sí. Podría recordar una buena parte, pero no lo suficiente. No todas las direcciones y palabras clave. Si las autoridades francesas se hacen con la lista, será un desastre para quienes están en ella.

Ella frunció el ceño mientras pensaba.

—No debe caer en manos equivocadas —dijo despacio—. ¿Eso es más importante que entregarla?

Él asintió. Había hecho *bien* en confiar en ella. Había identificado su mayor preocupación de inmediato.

—Podrías destruir el papel.

—Lo haré si es necesario, aunque eso significaría desperdiciar meses de trabajo.

—¿Entonces Brevare trabaja para los franceses?

Eso era lo que había estado tratando de razonar.

—Debe hacerlo, de algún modo, obviamente, pero no directamente. Lo conozco desde hace algunos años, de verlo en carreras, clubes y demás. Un par de días antes de que nos cruzáramos con tu grupo, Brevare me encontró. Dijo que lo habían enviado a advertirme de que las autoridades sabían dónde estaba y

qué estaba haciendo, y que era hora de irme antes de que me atraparan.

—Pero no le creíste.

—No era una mala historia, pero yo iba a regresar de todos modos y mi... mi superior lo sabía, así que ¿por qué enviarlo a buscarme? Además, había ciertas medidas de seguridad…

—¿Palabras clave?

—Algo parecido, sí. Y él no las tenía. Pero hasta que me dijiste que había pedido mi lista, no sabía con certeza por qué había venido. Y ahora parece que quiere una copia de la lista, no robarla.

Ella bebió un poco de vino, con la mirada fija en el fuego. Él tenía sus propias ideas, pero llevaba demasiado tiempo dándole vueltas y quería saber qué pensaba ella.

—¿Cómo supo dónde estabas? No pudo haber estado vagando por Francia buscándote.

Otra buena pregunta.

—Lo sabía. ¿Qué te dice eso?

—Que alguien en tu… organización… trabaja para Francia —dijo ella lentamente, como si estuviera procesando las implicaciones mientras hablaba—. Tienen información sobre ti, sobre tu paradero, pero no lo saben todo. Las palabras clave, por ejemplo.

Él asintió.

—Sigue.

—Si esa persona forma parte de tu organización, ¿por qué no esperó a que volvieras para conseguir los nombres? ¿Sería más difícil robártelos una vez que hubieras entregado la información?

—No necesariamente.

No si Marstone no sabía que tenían un traidor entre ellos.

—Podría ser más difícil copiarla sin ser descubierto.

—Eso es —dijo ella, con los ojos brillando. Se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en la mesa—. Si saben que tienes una lista de… bueno, de espías… si consiguen los nombres sin que te des cuenta, copiando la lista… cuando otros contacten con esas personas o las visiten, la… la red se ampliará. Quien sea que esté detrás de esto sacaría más provecho de copiar la lista que de robarla

—concluyó, recostándose en la silla mientras su chal se deslizaba de sus hombros.

Él se obligó a concentrarse en sus palabras.

—Sí, esa explicación tiene mucho sentido.

—Pero no explica por qué enviaron a alguien tan incompetente como Brevare —señaló ella—. Supongo que sabe cómo luces, pero si sabían dónde estabas, debían conocer el nombre que estabas usando… —Se detuvo, vacilante—. Al menos… ¿cuál *es* tu nombre?

—Alex Westbrook, para servirte —inclinó la cabeza—. Aunque Alexander, no Alexandre. Uso varios nombres, así que probablemente necesitaban a alguien que pudiera reconocerme —miró su copa—. ¿Más vino?

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero café, por favor.

Él echó un vistazo al reloj sobre la chimenea, sorprendido al ver que llevaban allí más de una hora.

—Veré qué pueden hacer.

Westbrook, o Leon, salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Phoebe se frotó las sienes. ¿Acababa de mantener una conversación con un espía?

El paquete que llevaba… había supuesto que podría contener ubicaciones de tropas, cifras de cañones o navíos de guerra, información que podría influir en la próxima contienda. Pero el verdadero mensaje implicaba una responsabilidad más personal: muchas personas podrían ser arrestadas y ejecutadas si las autoridades se hacían con el documento.

Se acercó a la puerta y escuchó. Luego la entreabrió. Pudo oír el murmullo de la voz de Westbrook en la taberna, pero nada más. Deslizó la mano por el escote de su vestido y sacó el paquete sellado.

Una sirvienta entró tras Westbrook, colocando una cafetera y unas tazas sobre la mesa. Retiró los platos, dejando solo una bandeja con pastelillos. Westbrook cerró la puerta tras ella, volvió a su asiento y sirvió el café.

Phoebe extendió el mensaje.

—No estoy segura de que deba quedármelo.

Él no hizo ademán de tomarlo.

—Está más seguro contigo que conmigo, mientras Brevare siga creyendo que lo tengo. Si no te importa guardarlo, claro.

Ella lo observó con recelo, girándolo en sus manos. Saber su contenido hacía que la confianza de él en ella resultara aún más sorprendente. Y el conocimiento despertaba su curiosidad.

—¿Es una lista de nombres?

—Ábrelo.

Lo miró, insegura de haber oído bien.

—Adelante.

Rompió el sello y desplegó las hojas de papel, encontrando fila tras fila de números.

—¿Código?

Por supuesto que era un código.

—Si lo consiguen, ¿sabrán descifrarlo? Quiero decir, ¿lo descifrarías tú cuando llegues a Londres o alguien en tu organización sabe qué hacer?

—Excelente pregunta. Una o dos personas lo saben. Y dado que el traidor descubrió hacia dónde viajaba, es posible que también haya averiguado la clave.

—¿Cómo…? No. No necesito saberlo —Phoebe negó con la cabeza con firmeza. De hecho, era más seguro no saberlo.

Westbrook esbozó una sonrisa.

—Pero quieres saberlo, naturalmente.

Había un brillo travieso en sus ojos.

—¡Naturalmente! —respondió ella, sonriendo sin poder evitarlo.

—Es un cifrado basado en un libro: los números representan páginas y letras dentro de cada página. Sin embargo, ahora que sé que hay un traidor en la organización, debería recodificarlo, por si acaso cae en sus manos.

—¿Sería…?

Phoebe se interrumpió, preguntándose si le correspondía hacer sugerencias. Él le *había* pedido ayuda.

—¿Sería mejor si estuviera codificado con un libro que no hayas llevado contigo? Brevare podría…

—Buena idea, sí. Siempre que alguien en Londres pueda conseguir la misma edición.

—Es un libro nuevo. ¿Quieres que lo busque? Podrías recodificarlo ahora.

—¿Tienes papel también? Preferiría no pedírselo al posadero.

—Mi cuaderno de dibujo.

Westbrook fue hasta la puerta y la abrió con cautela, asomando la cabeza al pasillo. Hizo un gesto con la mano, y Phoebe salió y subió las escaleras.

Su habitación estaba cálida, como él le había prometido. El fuego languidecía, así que añadió un par de troncos antes de girarse hacia su baúl. La ropa parecía intacta. Sacó la novela y su cuaderno de dibujo y se quedó quieta, contemplándolos, antes de sentarse en la cama.

Hasta ahora, los acontecimientos de este viaje le habían sido impuestos. Ahora estaba a punto de *elegir* participar en algo peligroso. Aunque solo fuera prestarle un libro y guardar el mensaje un día más, podría estar metiéndose en más problemas. Si decidía quedarse allí, estaba segura de que él no iría a buscarla.

Debería hacerlo para pagarle por haberlos rescatado, pero la gratitud no era la única razón por la que volvió al salón, ni siquiera la principal.

Westbrook rozó sus dedos levemente al tomar la novela.

—¿*La caverna del pirata*? —sonrió, luego soltó una carcajada—. Servirá perfectamente.

Cerró con llave la puerta del salón y colocó su guía de carreteras sobre la mesa. Phoebe la miró fijamente. ¿Había codificado su mensaje usando el libro que Brevare le había entregado esa mañana?

—¿En serio?

Él arqueó una ceja, su leve sonrisa mostrando que no se ofendía con el comentario.

—Tiene una capa adicional de cifrado: algunos números que se suman o restan de las páginas y letras. Y nadie se sorprendería de que lleve este libro en particular conmigo —acercó su silla a la mesa

—. Si convierto el código de nuevo en nombres y direcciones, ¿podrías recodificarlo con tu novela?

Phoebe se acomodó en la mesa mientras él descifraba las primeras líneas en hojas arrancadas de su cuaderno. Sus dedos recorrían las páginas de la guía de carreteras mientras contaba letras, concentrado en su tarea. Tenía manos fuertes y cuadradas, con rasguños y cortes aún visibles por la pelea, aunque ya cicatrizando.

Bebió el café que él le había servido, pero no era la bebida lo que la mantenía despierta, con esa sensación de expectación vibrando en su interior. Su boca se curvó levemente; era probable que la tarea resultara tediosa y minuciosa, pero, aun así, se sentía emocionada.

Westbrook movió su silla para sentarse a su lado mientras le explicaba el método, codificando una línea él mismo mientras hablaba. No era difícil, y ella trabajó en la siguiente línea bajo su atenta mirada, consciente de su cercanía pero decidida a no dejarse distraer. Completó una línea más antes de que él volviera a alejar su silla para continuar descifrando el original.

Él trabajaba mucho más rápido que Phoebe y terminó antes de que ella llegara a la mitad de su tarea. Cuando hubo finalizado, se quedó mirando el fuego, con otra copa de vino en la mano.

Cuando por fin terminó su parte, ella le entregó los papeles. Westbrook rompió el documento original y la versión en texto plano que acababa de crear, arrojándolos a las llamas y removiendo las cenizas con el atizador hasta que no quedó más que polvo.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Phoebe, sosteniendo la nueva versión.

—Tengo una idea —respondió él—. Pero puede ser peligrosa, así que no te sientas obligada a aceptarla.

—Dímela —pidió ella sin dudar.

—Llevarás dos mensajes. Este —dio un golpecito sobre la lista recién cifrada— y otro sin sentido. El real lo esconderás muy bien. El segundo… no tanto.

Meterlo simplemente en su vestido no bastaba, pero tenía aguja e hilo.

—Podría coserlo en mi corsé.

Sus labios temblaron con un atisbo de sonrisa, pero solo asintió.

—¿Y qué hago con ellos?

—Lo más importante con el segundo es que, si Brevare o cualquier otra persona te amenaza, lo entregues de inmediato. Es una medida de seguridad.

Phoebe frunció el ceño.

—Pero… no se darán cuenta de inmediato de que es un engaño.

—Exacto. Espero que mañana por la noche ya estés fuera de Francia, así que solo es por un día.

—Dijiste 'lo más importante'… ¿hay algo más?

—Los entregarás por mí en Londres. Yo me encargaré de...

—¿No vas a regresar con nosotros?

Negó con la cabeza.

—Probablemente no. Planearé los detalles esta noche, pero si para entonces aún tienes la nota falsa, puede que haya una forma de descubrir la identidad del traidor que envió a Brevare.

Algo en su rostro debió delatar la repentina sensación de vacío que sintió.

—No te preocupes —dijo él—. Las personas con las que te envío se asegurarán de que llegues a salvo.

Ella asintió, esbozando una pequeña sonrisa. Pero esa no era la razón por la que se había sentido tan desalentada.

Westbrook echó un vistazo a la bandeja de pastelillos.

—¿Has comido suficiente?

Ya no tenía hambre, aunque no había tomado mucho más que la sopa. Tomando un par de pastelillos, los envolvió en una servilleta.

—Será mejor que suba a mi habitación —dijo con pesar—. Tengo costura que hacer.

Él se puso de pie.

—Que duermas bien.

Capítulo 13

Phoebe se despertó con un golpe fuerte, sus ojos estaban arenosos.

— *Citoyenne*, es hora de levantarse.

No reconoció la voz; probablemente era una de las sirvientas. La luz que se filtraba a través de las cortinas revelaba que ya era pleno día, aunque sentía como si apenas hubiera dormido.

—¿*Citoyenne*? —La puerta tembló.

—Ya voy —respondió Phoebe, y el ruido cesó. Temblando en el aire frío, se vistió y se echó agua en la cara. Se había acostado pasada la medianoche tras terminar de coser, y su ropa seguía esparcida por la habitación. Recogiendo apresuradamente el vestido dorado, lo metió en su baúl junto con sus cosas de costura. Dudó con *La caverna del pirata*, pero al final lo guardó en su bolsillo junto con su cuaderno de dibujo.

Su baúl era pesado, y se alegró de entregárselo a un mozo en la puerta de la posada. Hélène y su tía la esperaban junto al carruaje, la impaciencia era evidente en la rígida postura y la boca fruncida de la condesa. Cuando Phoebe se acercó, la condesa se giró y subió al carruaje.

Hélène dio un paso hacia Phoebe con lo que pareció ser preocupación en el rostro, pero una palabra cortante desde el interior del carruaje la hizo apartarse. Brevare la siguió y cerró la puerta de un golpe.

Westbrook se situó a su lado, envuelto en un abrigo, una bufanda y un sombrero.

—He convencido al posadero de que me vendiera esto —dijo, extendiéndole un abrigo—. La condesa no parece tener ganas de tu compañía, y no estarás lo bastante abrigada con esa capa.

Phoebe le sonrió en agradecimiento y se lo puso mientras él lo sostenía para ella. Este le quedaba mejor que su chaquetón, y subió su alto cuello. Westbrook la ayudó a subir al pescante, le pasó un

paquete envuelto en tela y luego subió él mismo. Ella envolvió su capa alrededor de sus piernas mientras él organizaba las riendas.

—Desayuno —dijo él, señalando el paquete. Luego le entregó una botella de loza.

La botella estaba caliente, y cuando retiró el tapón, el rico aroma del café ascendió hasta ella. Los pañuelos contenían panecillos frescos y rebanadas de jamón, y comió con hambre.

—¿Suficiente? —preguntó él cuando ella se limpió los dedos y guardó los envoltorios vacíos bajo el asiento.

—Sí, gracias.

—Pensé que necesitarías dormir lo más posible —dijo—. De lo contrario, habría hecho que te subieran el desayuno.

Se frotó los ojos, sintiéndose aún medio dormida. No fue hasta que terminó el café que se dio cuenta de que algo andaba mal.

—¿Perrault está en el carruaje? —No lo había visto, pero podría haber estado en un rincón oscuro.

—Nadie lo ha visto esta mañana —dijo Alex.

—Eso no es bueno. ¿Dónde crees que ha ido?

—No lo sé —respondió él, con expresión sombría—. Sospecho que ha ido a buscar a alguien con autoridad para arrestarnos; todavía cree que obtendrá algún tipo de recompensa. Ha tenido tiempo de sobra desde la última vez que lo vi, antes de la cena de ayer.

—¿Sabe adónde vamos?

—No lo *sabía*, pero es posible que Brevare sí. Si es así, no me sorprendería que haya dejado escapar algo. Hay una posada que usamos más allá de Granville, un lugar para dejar mensajes o arreglar el viaje en barco. —Echó un vistazo hacia ella—. No te preocupes demasiado. Los hermanos Dumont, que la regentan, son contactos habituales; no nos traicionarán. Envié a Anson con ellos, así que si ha llegado, sabrán que deben ser especialmente cautelosos. Tendremos que ver cuál es la situación cuando lleguemos.

Phoebe asintió, frotándose los ojos de nuevo, demasiado cansada para preocuparse en ese momento.

—Podrías viajar dentro del carruaje —sugirió él.

Debió notar el cambio en su expresión, porque dejó escapar una risa suave. Sus ojos se cerraban por sí solos. No podía dormir sentada así, pero si se inclinaba hacia un lado...

Se enderezó de golpe y respiró hondo el aire frío, ahora húmedo con una llovizna fina. Apoyarse en Westbrook sería impropio. La gente pensaría... no, no haría ninguna diferencia. Sus ojos se cerraron. Su tía ya pensaba lo peor de ella... Westbrook no... era mucho más cómodo inclinarse hacia su hombro...

Alex se movió con cautela, echando un vistazo a Phoebe, Miss Deane, apoyada contra él, su rostro estaba oculto por el ala empapada de su sombrero. Su figura encogida parecía mucho más vulnerable que la mujer animada y perspicaz en la que había confiado. Nunca debió haberla involucrado.

Volviendo la vista a la carretera, se obligó a analizar los últimos días con frialdad. Sus acciones habían conducido indirectamente al ataque de Sarchet, pero era difícil ver qué otra cosa podría haber hecho en esas circunstancias.

¿Anoche? Le había dado varias oportunidades de cambiar de opinión sobre involucrarse; podría haberse quedado en su habitación en lugar de regresar con la novela, y podría haber rechazado la idea de la nota señuelo. Pero había comprendido la necesidad y aportado ideas propias.

Una ráfaga repentina trajo lluvia más intensa, y sintió que ella se removía. Se incorporó, le lanzó una mirada rápida y se deslizó a un lado en el asiento. Movió la cabeza de un lado a otro, frotándose el cuello con una mano. El viento le azotó mechones de cabello sobre el rostro, y encogió los hombros.

—Viento del este —dijo él—. Será fácil para el *Lily,* el barco, zarpar en cuanto te recoja.

Percibió el movimiento de su sombrero por el rabillo del ojo cuando ella lo miró, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Tienes frío, acércate un poco.

—Estoy bien —respondió ella, sin moverse.

—Puede que tú lo estés, pero yo no —dijo él—. Estaremos más abrigados.

Ella permaneció inmóvil por un momento, luego se deslizó más cerca hasta que su hombro rozó el de él. El calor extra era mínimo, pero se sintió bien tenerla tan cerca de nuevo. A su izquierda, el cielo estaba más claro, con algunas zonas despejadas en la distancia que prometían mejor tiempo pronto.

—¿Brevare tiene problemas de dinero? —preguntó ella.

Sonrió.

—¿Un pensamiento al azar?

—Lo siento. Estaba pensando en Brevare…

Su sonrisa desapareció.

—Me refiero a por qué está aquí. Es… bueno, no parece particularmente competente. Dijiste que podría haber sido enviado porque podía reconocerte, pero ¿por qué aceptó venir?

Él mismo se lo había preguntado, pero la conclusión obvia no encajaba con lo que sabía del hombre. ¿Qué pensaría ella al respecto?

—El dinero es la razón más probable —dijo—. Aunque no creo que esté peor que otros emigrados, ni que juegue más que cualquiera de ellos.

—Hay algunos nobles franceses que simpatizan con los revolucionarios.

Alex negó con la cabeza.

—No lo conozco bien, pero nunca le he oído decir nada remotamente parecido a eso.

—¿Chantaje?

—¿Por qué dices eso?

—¿Alguna vez respondes con un "sí" o un "no"? —preguntó Phoebe, con la exasperación clara en la voz—. ¡Esto es peor que estar en la escuela! ¿Estoy diciendo algo sin sentido?

Él no pudo resistirse a bromear.

—Sí, y sí.

Ella soltó una risita.

—¿Sí, estoy diciendo algo sin sentido?

—Sí, lo haces. Brevare es un peligro para nosotros, pero si lo están chantajeando, preferiría no tener que matarlo.

La presión de su hombro contra el suyo disminuyó cuando ella se apartó.

—¿Eso te ha sorprendido? —Su boca se torció. Por supuesto que sí; eso habría escandalizado a cualquiera que no estuviera involucrado en su oficio.

—Sí —respondió ella. Lo miró por un instante antes de volver la vista a la carretera—. Tal vez no debería.

—Supongo que tus conversaciones habituales no incluyen este tipo de temas.

Ella ignoró su intento de aligerar el ambiente.

—Si la elección es entre un hombre y todas las personas en tu lista… —Sacudió la cabeza.

Él condujo en silencio unos minutos, complacido cuando ella volvió a su posición anterior. El chantaje era una posibilidad en la que no había pensado.

—¿Por qué sugieres que está siendo chantajeado? —preguntó.

—Cosas pequeñas, en realidad. Probablemente sea una idea tonta.

—Dímelo de todas formas. Las cosas pequeñas, juntas, pueden ser importantes.

Ella no habló de inmediato. ¿Estaba ordenando sus pensamientos?

—No es un buen espía, como dijimos anoche.

—Continúa.

—Podría haberte matado y haber inventado una historia sobre cómo encontró tu cuerpo por casualidad. Si solo informaba de tu muerte al… al Ministerio de Asuntos Exteriores, tu organización nunca habría sabido que alguien más tenía tu lista. En cambio, te retrasa en el camino, no te ayuda a ganar la pelea y, en general, estorba sin hacer nada directamente.

—¿Así que eligieron a un traidor incompetente?

Phoebe negó con la cabeza.

—Tal vez eligieron a alguien a quien pudieran controlar. Alguien que no pudiera obtener más dinero *traicionándolos* al gobierno.

Era un excelente punto.

—Hélène dice que tiene una madre y una hermana viviendo en un château al norte de París —continuó Phoebe.

Alex frunció el ceño.

—Creo recordar que alguna vez mencionó a una hermana.

—Se pasa mucho tiempo mirando a Hélène —dijo Phoebe—. Puede que no lo hayas notado; lo hace con discreción.

—Bueno, es una muchacha extraordinariamente hermosa —sus labios esbozaron una sonrisa—. Aunque hay que admitir que no es muy lista.

—Sí, pero he visto a otros hombres admirarla, y él no la mira de la misma manera. Te apoyó cuando nos rescataste de Perrault, y estuvo en tanto peligro como tú. Cuando lo sorprendí mirándola después, me pregunté si le recordaba a otra mujer… ¿su hermana, tal vez? ¿O a una enamorada? ¿Es posible que ella, o ambas, estén siendo retenidas por los revolucionarios?

—No lo sabremos a menos que le preguntemos. Nunca hemos hablado de nuestras familias, así que sería extraño que empezara a hacerlo ahora. Tú podrías averiguarlo, si se le escapa algo.

—Lo intentaré.

Él la miró.

—Phoebe, *no* sugiero que le preguntes directamente.

Phoebe lo miró, sorprendida por el tono vehemente de su voz.

—Si está siendo chantajeado, podría volverse peligroso —continuó Alex—. Averiguarlo no es lo bastante importante como para ponerte en riesgo.

Mantuvo la mirada fija en la de ella hasta que asintió, luego volvió su atención al camino. Lo que ella había dicho le había dado una idea. La consideró mientras conducía.

—Esta idea del señuelo…

Ella volvió la cabeza hacia él.

—Originalmente, iba a quedarme en Francia solo un día o dos, para darle tiempo a Brevare o a su contacto de obtener el señuelo de ti. Pero si logro averiguar dónde está el resto de su familia y llevarlos a Inglaterra…

—¿Podrías convencer a Brevare de que te diga quién es el traidor? —Entendió de inmediato. Por supuesto.

—Si lo sabe. El traidor podría estar usando a un intermediario.

Phoebe asintió.

—Y aunque no sepa nada útil, su familia estará a salvo y el traidor ya no tendrá control sobre él. Si estamos en lo cierto sobre el chantaje, claro.

El plan de Westbrook tenía sentido y le daría a él, o a sus superiores, otra posible forma de identificar al traidor. Pero no le gustaba. Ir a buscar a la familia de Brevare sería mucho más peligroso que simplemente esperar en la costa unos días.

Es un espía. Ese es el tipo de cosas que hacen los espías.

No importaba, se dijo firmemente. De cualquier modo, se habrían separado en cuanto pisaran suelo inglés.

Los setos desnudos flanqueaban el camino, con campos embarrados salpicados de grupos de árboles sin hojas más allá. A medida que la carreta avanzaba traqueteando, la lluvia cesó y ocasionales parches de sol alegraron el paisaje y los pueblos a lo largo de su ruta. A Phoebe le resultaba difícil relacionar las historias de violencia y terror que había leído en los periódicos con aquel entorno tan apacible.

—¿Sabes conducir? —preguntó Westbrook, sacándola de sus pensamientos.

—Sí —respondió ella, recordando cuando conducía a su padre en sus rondas. Se mordió el labio al darse cuenta de que quizás estaba exagerando sus habilidades—. Quiero decir, solía conducir el coche de mi padre —añadió—. Pero tenía solo un caballo, no cuatro, y fue hace años.

—Podría necesitar que conduzcas más tarde, solo un kilómetro más o menos.

Phoebe miró los cuatro caballos que tenían delante.

—No son los animales más difíciles de manejar —añadió él.

—¿No podría conducir Brevare?

—No, no quiero que sepa lo que está pasando.

Entonces era importante. Phoebe enderezó la espalda.

—Lo intentaré. ¿Qué debo hacer?

La expresión de él se suavizó.

—Te lo mostraré. Extiende la mano izquierda.

Ella obedeció y él le pasó las riendas entre los dedos enguantados.

—Así, sujétalas así… no es nada complicado mientras vamos en línea recta. Ahora intenta frenarlos.

Se inclinó torpemente hacia ella con la mano izquierda, luego murmuró algo entre dientes y, en su lugar, rodeó sus hombros con el brazo. Ahora podía girarse un poco y usar la mano derecha para guiar las suyas sobre las riendas.

Phoebe contuvo la respiración.

—¿Te molesta? —preguntó él, enderezándose de nuevo.

Ella negó con la cabeza. No le molestaba en absoluto. De hecho, se sentía bastante agradable. Ignorando el calor que emanaba de él, se concentró en los caballos. Le mostró cómo enlazar las riendas de los líderes al llegar a una curva. Tras tomar varias sin necesitar su ayuda, empezó a disfrutarlo.

Westbrook dividía su atención entre sus manos y el camino, consultando de vez en cuando la guía de carreteras. Tras recorrer unos kilómetros, el brazo y la mano izquierda de Phoebe comenzaron a dolerle, así que le devolvió las riendas. Mientras flexionaba los dedos, trató de masajearse la mano para aliviar la tensión.

—Lo has hecho bien —dijo Westbrook—. Estarás perfectamente si necesitas conducirlos más tarde.

Le entregó la guía de carreteras.

—Oh —dijo ella, antes de que él pudiera hablar—. Aún tengo el libro que usé para cifrar el mensaje. ¿No deberíamos deshacernos de él?

—¿Has escondido el mensaje?

—Sí, pero sería una estupidez que nos atraparan con el mensaje y la clave para descifrarlo.

—Tíralo por encima del seto —dijo él.

—¿Qué?

—¿Por qué no?

Phoebe lo pensó. ¿Por qué no, en efecto? Si alguien encontraba el mensaje, era poco probable que las autoridades se dedicaran a

buscar un libro perdido en el campo. Lo sacó del bolsillo. ¿Hasta dónde podría lanzarlo desde una posición sentada?

—Déjame, yo lo haré —dijo Westbrook, tomando el libro de su mano. Voló por encima del seto y cayó entre los árboles.

—Todo el mundo sabe que las mujeres no saben lanzar —comentó con tono despreocupado, pero el efecto se arruinó cuando le dirigió una mirada cautelosa de reojo.

—¿Como tampoco pueden leer mapas y seguir señales? —replicó Phoebe con dulzura.

Por una vez, él no tuvo respuesta, y ella rio.

—Eso sí, no puedo lanzar tan lejos como tú, eso es seguro.

Levantó la guía de carreteras.

—¿Qué quería que hicieras con esto?

—Necesitamos bordear Avranches —respondió él, haciendo un gesto hacia el camino—. He estado en esta zona antes, pero normalmente no necesito evitar las ciudades. No conozco bien los senderos. Una vez pasemos Avranches, nos dirigiremos a la costa más allá de Granville, pero también debemos evitar esa ciudad.

Phoebe pasó las páginas, localizando los pueblos que había mencionado. Entrar en ellos, o incluso en una aldea de tamaño considerable, supondría el riesgo de que alguien quisiera inspeccionar sus documentos, o de que su tía hiciera algo que los pusiera en peligro de ser arrestados. Trazó una ruta, doblando las esquinas de las páginas que necesitaría.

Capítulo 14

Una hora más tarde, Phoebe tomó de nuevo las riendas para practicar. Esta vez, Westbrook las anudó para que no tuviera que sujetarlas con los dedos para mantener la longitud correcta. Le explicó cómo trabajaban juntos los caballos en el arnés y cuánta presión, constante pero ligera, se necesitaba para mantenerlos listos para responder. Phoebe escuchó con atención, agradecida por la oportunidad de aprender. Era algo que extrañaba enormemente de su padre: a él no le importaba lo que era propio o adecuado para una mujer. Simplemente le había enseñado lo que ella quería saber, hablándole como lo haría con otro adulto. Conteniendo la tristeza que le traían aquellos recuerdos, mantuvo su concentración en el camino y en los caballos.

El esfuerzo mental, sumado al manejo de las riendas, la agotó, y se sintió aliviada cuando Westbrook retomó el control. Consultó la guía de carreteras y luego formuló la pregunta que tenía en la mente desde que había sospechado por primera vez que él era un espía.

—¿Qué haces en Francia?

Él pareció sorprendido.

—Te lo dije anoche…

—Lo siento. Quise decir… me preguntaba qué creen los demás que haces en Francia.

Hizo una mueca al escuchar cómo había formulado la pregunta; tal vez no debería haberla hecho.

—Pero en realidad no es asunto mío —añadió.

—Esa parte no es ningún secreto —dijo él—. Hago acuerdos comerciales. Busco productos que puedan venderse bien en Inglaterra y pongo a los vendedores en contacto con la empresa comercial de mi tío en Devon.

Phoebe contuvo una sonrisa. Si su tía ya despreciaba a "ese hombre", saber que estaba asociada con alguien del comercio la haría fruncir el ceño aún más.

—¿De verdad te dedicas a eso? —Parecía una forma interesante de ganarse la vida—. ¿Eres un comerciante exitoso?

—Más o menos. Ayuda tener una razón real para estar aquí.

—¿Cómo aprendiste el oficio?

—Después de terminar mis estudios, empecé a trabajar para Pendrick's, la empresa de mi tío. Un negocio de importación y comercio me pareció más atractivo que estudiar para abogado.

—¿Eso era lo que querían tus padres?

Él dudó.

—Fue interesante por un tiempo, pero luego Marstone me ofreció algo más emocionante. Marstone… El conde de Marstone, debería decir, dirige agentes en Francia, y probablemente en otros lugares también.

Phoebe asintió. Quería que siguiera hablando, pero no sintió que debiera presionarlo.

—Marstone le sugirió a Pendrick que yo estaría mejor empleado buscando nuevas fuentes de mercancías en el continente. Ya tenían a su propia gente para eso, claro, pero sospecho que él hizo… bueno, algún tipo de inversión, así que aceptaron.

—¿Recopilando información para él mientras compras mercancías para Pendrick?

Él no parecía molesto con la conversación.

—Exactamente.

—¿Y te gustó más? Suena solitario.

—Al principio no lo noté. Estaba la novedad de conocer nuevos lugares, pero no es tan agradable cuando siempre tienes que estar alerta, ya sea por negocios o por otras cuestiones. —Hizo una pausa —. Supongo que también había un elemento de peligro, y era mejor que ser un simple empleado de almacén.

Solitario o no, sonaba interesante y útil.

—¿Con qué comerciabas?

—Depende de dónde necesite estar. Vino, a menudo. Brandy, telas…

—¿De contrabando?

—La mayor parte es comercio legítimo —dijo, arqueando una ceja mientras la miraba—. ¿Por qué pensaste que era un

contrabandista?

—Lo siento —dijo ella, esperando no haberlo ofendido.

—No te preocupes. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. A veces lo soy. Me preguntaba por qué lo pensaste.

Había sacado esa conclusión, pero tenía suficientes indicios.

—Imagino que los barcos de paquetería ya no estarán funcionando ahora que estamos en guerra, pero tú sabes que podemos conseguir que nos recojan en una playa. Parece un acuerdo habitual.

—Sí. El contrabando es una buena excusa para que los barcos crucen el canal en horarios extraños. Nadie lo cuestiona, salvo los agentes de aduanas, claro. El contrabando mantiene al capitán familiarizado con pequeñas playas apartadas.

Phoebe suspiró.

—¿Phoebe?

—Tu vida parece mucho más interesante que la mía.

¿Cuándo había empezado a llamarla por su nombre? Contuvo una sonrisa. Quizás usarlo como almohada le daba ese derecho.

—¿No disfrutas vivir en Londres? —preguntó él.

—Prefiero el campo. Solía dar largos paseos o montar a caballo cuando mis padres vivían; también en Calvac. En Londres solo está el parque. Paso mucho tiempo con los libros de viajes de mi tío.

—¿No vas a bailes ni reuniones?

—Aún no. Mi tío dijo que debutaría junto con Hélène esta primavera. Ella está emocionada, pero a mí todo eso me parece bastante inútil.

—A mucha gente le gusta bailar —dijo él, con un tono inquisitivo.

—Oh, sí, me gusta bailar, pero por lo que mi tía y Hélène han estado planeando, será todas las noches, con visitas sociales durante el día. —Hizo una mueca—. Solo hay cierto límite de cosas que puedo decir sobre moda y chismes.

—Hmm, entiendo tu punto. —Su sonrisa fue irónica—. Quizás una vida menos emocionante te parezca más atractiva después de lo que ha pasado esta semana.

Tal vez.

Bordearon Granville temprano en la tarde y siguieron avanzando hacia el norte. El calor del sol en su rostro fue bienvenido, ayudando a contrarrestar el viento que se colaba por su abrigo. No habían hablado mucho más, pero el silencio era cómodo, una quietud amistosa.

—La posada a la que nos dirigimos está a poco más de un kilómetro —dijo Westbrook, girando el carruaje por otro estrecho sendero—. Si Brevare le dijo a Perrault sobre el lugar, es posible que ya haya soldados allí.

—Podríamos detenernos aquí y podrías ir a comprobarlo a pie —sugirió Phoebe.

Sacudió la cabeza.

—Si hay problemas y los Dumont han escapado, hay un punto de encuentro más adelante. Prefiero que estés a salvo más allá de la posada antes de empezar a buscar. Debemos seguir por el camino como si solo estuviéramos de paso.

Le entregó las riendas.

—Hay una arboleda un poco más adelante, pasando el desvío a la posada. Me bajaré cuando pases detrás de ella. En otro kilómetro llegarás a un bosque. Detente allí y espera. No debería tardar mucho.

Se palpó el bolsillo del abrigo.

—Será mejor que tengas esto.

Le mostró una pistola y luego la deslizó en uno de los bolsillos de su abrigo.

—¿Es probable que la necesite?

—Esperemos que no, pero puedes usarla para disuadir a Brevare si intenta tomar el control mientras estoy fuera —dijo.

Usar una pistola era más de lo que ella había imaginado.

—Quédate en el pescante si puedes y úsala para mantenerlo alejado de ti si es necesario. No está amartillada. ¿Recuerdas el seguro en la parte superior que debes deslizar hacia atrás?

Phoebe asintió. Aquella escena estaba grabada en su memoria.

Cuando la posada apareció a la vista, redujo el paso de los caballos y examinó el edificio.

—¿Algunas de las ventanas están abiertas? —preguntó.

—Parece que sí, y no hay suficientes chimeneas humeando —confirmó Westbrook—. Algo no está bien.

Phoebe tragó saliva y redujo aún más la marcha al acercarse a la arboleda. Westbrook se deslizó hasta el borde del asiento y comenzó a bajarse.

—¿Estás segura de que podrás manejarlo? —preguntó.

Phoebe quiso decirle que tuviera cuidado y preguntarle qué debían hacer si él no regresaba, pero no podía demorarlo. Asintió, y él se dejó caer al camino, manteniéndose agachado hasta que el carruaje hubo pasado para que los ocupantes no lo vieran por las ventanas.

Sintió su pulso acelerarse. Ahora estaba sola, al mando de cuatro caballos y de las personas dentro del carruaje. El camino se curvaba y tiró de las riendas como le habían enseñado, relajándose al darse cuenta de que los caballos se comportaban igual que antes. Westbrook regresaría pronto, se dijo con firmeza. Solo iba a reconocer el terreno, no a enfrentarse a nadie.

Cuando dobló otra curva, aparecieron los árboles. Los setos dieron paso a matorrales más densos al acercarse al bosque. Phoebe redujo el paso de los caballos hasta detenerse en un ensanchamiento del camino. Alguien que viniera por la carretera los vería, pero el carruaje no sería visible desde lejos.

—¿Qué sucede? ¿Por qué nos hemos detenido aquí? —La voz chillona de la condesa se escuchó con claridad a través de las puertas cerradas del carruaje.

Phoebe sacó la pistola de su bolsillo y la dejó con cuidado sobre el asiento a su lado, sin soltar las riendas con la otra mano. La puerta se abrió, y Phoebe se giró en el asiento justo cuando Brevare bajaba.

—¿Por qué nos hemos detenido? —Miró a su alrededor y luego alzó la vista hacia ella—. ¿Dónde está…? ¿Qué hace ahí sola?

Parte de la tensión de Phoebe se disipó. No debía subestimarlo, pero en ese momento no parecía una amenaza. La tentación de asumir el papel de sirvienta torpe era fuerte.

—Estoy sujetando los caballos.

—¿Por qué?

—Para que no se escapen.

Se mordió el labio al ver su ceño fruncido.

—¿Dónde está Leon?

—Se bajó.

—¡Sí, ya veo eso!

—¿Qué está ocurriendo? —insistió la condesa desde el interior del carruaje.

Brevare la ignoró.

—¿*Dónde* se bajó?

—Un poco más atrás —dijo Phoebe, girándose para señalar el camino por el que habían venido.

Brevare murmuró algo que no alcanzó a entender, pero por su expresión sospechó que no era nada amable. Con esfuerzo, mantuvo el rostro impasible; no sería prudente reírse de él.

—¿Dónde estamos? Deme esa guía del camino.

Phoebe se la entregó y él pasó las páginas con impaciencia, su irritación aumentando a medida que no encontraba su ubicación.

—¿Dónde estamos? —repitió.

El crujido de unas ramas apartó la atención de Phoebe de los exasperados reclamos de Brevare. Vio un destello de movimiento entre los árboles y, un instante después, un desconocido salió al camino. Con el pulso acelerado, deslizó la mano hacia la pistola junto a ella, sujetándola sin levantarla. Westbrook había mencionado a sus amigos… Dumont, ese era el nombre.

Por el rabillo del ojo, vio que la boca de Brevare se cerraba de golpe mientras el hombre se acercaba a los caballos, tomando las riendas cerca de los bocados de los animales. Brevare soltó una maldición y se metió de nuevo en el carruaje.

El recién llegado iba bien vestido, como un comerciante respetable, aunque su aspecto se veía deslucido por las salpicaduras de barro en su abrigo y calzones. Sacó una pistola del bolsillo, sujetándola con soltura, con el cañón apuntando al suelo. No era un soldado. Y no parecía, pensó Phoebe, un asociado de Perrault.

—Su sombrero, *citoyenne*. Quíteselo, por favor.

—¡Suelte esos caballos! —Brevare emergió del carruaje, apuntando su propia pistola—. ¡Déjelos de inmediato!

El hombre ignoró los gritos, manteniendo la vista en Phoebe mientras su arma seguía dirigida hacia Brevare.

—Su sombrero —repitió.

Phoebe desató las cintas y se lo quitó. Intuyendo lo que el hombre buscaba, también se quitó la cofia. Su cabello era lo más identificable de su aspecto.

El hombre asintió.

—¿Está sordo, hombre? —Brevare avanzó, aun blandiendo su pistola.

—¿Su nombre, *citoyen*? —preguntó Phoebe, ignorando las protestas incoherentes de Brevare.

—Pierre Dumont.

Se llevó la mano al sombrero en un leve gesto.

—Brevare —dijo Phoebe, amartillando la pistola de Westbrook. Brevare se quedó inmóvil, con la mandíbula desencajada.

—Deben salir del camino —dijo Dumont, guardando su arma—. Hay un sendero más adelante. Yo los guiaré.

—Entonces, adelante. —Phoebe aflojó las riendas—. Guarda la pistola —le dijo a Brevare—. Este hombre nos está ayudando.

—¿Te has vuelto loca, mujer?

—Solo hago lo que me indicaron, señor.

Brevare murmuró algo por lo bajo y volvió a subir al carruaje en movimiento, tropezando cuando las ruedas cayeron en un bache. La puerta se cerró de un portazo tras él. Se escuchó una respuesta seca a otra exigencia de la condesa, y luego, silencio en el interior.

Phoebe bajó con cuidado el gatillo de la pistola mientras el carruaje se internaba entre los árboles. Si Dumont sabía que debía buscarla, significaba que Anson había llegado sano y salvo. Sin embargo, su alivio fue breve: la presencia de Dumont también indicaba que debía haber soldados en la posada.

Cuando el carruaje se detuvo detrás de un matorral, Phoebe metió su cabello bajo la gorra y se colocó el sombrero de nuevo. El suelo se veía lejano, pero logró bajar sin contratiempos.

—¿Dónde está Westbrook? —preguntó Dumont en voz baja cuando ella se acercó.

—Pensó que algo no andaba bien en la posada cuando pasamos —explicó ella—. Fue a investigar. Me dijo que lo esperara en este bosque.

—¿Hace cuánto?

—¿Diez minutos? No mucho, aún no podría haber llegado hasta aquí.

Dumont la miró y asintió una vez más.

—Bien. Esperaremos.

—¿Cómo supiste que debías estar aquí? —No podía ser una simple coincidencia que hubiera aparecido tan rápido.

—Monsieur Anson llegó ayer. Este es un punto de encuentro. —Dumont dirigió la vista hacia el camino y luego volvió a mirarla—. ¿Te quedarás aquí?

—Sí. —De todas formas, no podría dar la vuelta con los caballos sola.

—Si Westbrook llega, dile que espere aquí.

Phoebe quiso preguntarle a dónde iba, pero él ya se había desvanecido entre los arbustos. Se envolvió mejor en su abrigo y optó por apoyarse en el exterior del carruaje en lugar de unirse a su tía dentro.

Finalmente, escuchó el crujido de una rama seca, un tintineo metálico y luego un murmullo de voces. Pierre Dumont emergió de entre los árboles, guiando un caballo con una niña pequeña montada en su lomo. Lo seguía otro hombre con otro caballo, en el que iba una mujer robusta con un bebé en un fular, con las faldas recogidas para montar a horcajadas. Tanto los hombres como los caballos iban cargados con bolsas y cajas.

—Mi hermano, Henri —dijo Pierre, señalando con el pulgar al otro hombre. Henri era más alto, pero ambos hermanos tenían un parecido innegable.

Pierre ayudó a la niña y a la mujer a desmontar y luego subió al carruaje, acomodando las bolsas que Henri le lanzaba al techo. La mujer abrió la puerta del carruaje y subió, con su hija detrás.

—Hay sitio de sobra aquí, ¿verdad? —comentó la mujer—. Hágase un poco a un lado, mi lady. Vamos, Sophie, *cariad*, siéntate aquí.

—La esposa de Pierre es galesa —dijo una voz familiar a su oído.

Phoebe dio un respingo.

—¡No me digas! —replicó ella, su pulso calmándose al escuchar su risa.

—¿Qué hiciste…?

—Te lo contaré después —dijo Westbrook—. Tenemos que alejarnos un poco más de la posada. Tendrás que viajar dentro, me temo, pero no iremos lejos.

Mientras hablaba, Pierre terminó de asegurar el equipaje y se acomodó en el pescante. Henri trajo los dos caballos de montar.

Dentro, la niña se sentó entre Hélène y la condesa. Brevare miraba con el ceño fruncido desde el asiento opuesto, con los brazos cruzados. Cuando Phoebe subió, la esposa de Dumont se hizo a un lado y le dio una palmadita en el estrecho espacio a su lado.

—Ahi está, ya ves. Hay sitio de sobra. —Se acomodó y ajustó al bebé en su regazo.

El carruaje se puso en marcha de un tirón, y Phoebe casi cayó en el hueco, murmurando su agradecimiento.

—¿Quiénes son estas personas…? ¿Qué…? —Las palabras parecían fallarle a la condesa. Phoebe sonrió, sin importarle si su tía la veía.

—¿No puedes hacer algo? —le espetó la condesa a Brevare.

Su ceño se frunció aún más, y negó con la cabeza.

No había mucho que ver por la ventanilla, solo setos y árboles. Después de media hora de traqueteo por un camino lleno de baches, el carruaje se detuvo. Westbrook abrió la puerta y ayudó a Phoebe y a Madame Dumont a bajar.

—Estará más cómoda si se queda aquí por el momento, *citoyenne* —le dijo Westbrook a la condesa—. Brevare, ven a ayudar.

Los hombres se ocuparon de desenganchar los caballos y descargar el equipaje. Phoebe no podía hacer nada por ellos, así que caminó hasta el borde del bosque e inhaló profundamente el aire salino. Frente a ella, se alzaban dunas de arena, y el sonido del oleaje llegaba débilmente a sus oídos, casi ahogado por el viento entre los árboles.

Capítulo 15

Alex volvió al carruaje mientras los Dumont pasaban junto a Phoebe y se dirigían hacia las dunas, cargados con bolsas y cajas.

—Pueden llevarse un baúl cada uno —dijo, asomando la cabeza al interior—. Decidan lo que quieran llevar.

—No sea ridículo, eso es…

—Si no lo deciden, lo dejaremos todo atrás. —Se giró, ignorando el jadeo de indignación de la condesa. Menos mal, después de hoy ya no tendría que lidiar con esa mujer.

Ahora le tocaba a Brevare.

—Baja a la cabaña en la playa —ordenó, señalando la dirección por la que habían ido los Dumont.

Brevare no se movió, así que Alex sacó una pistola del bolsillo de su abrigo.

—¡A la playa, ahora!

Brevare abrió y cerró la boca, luego se giró y empezó a caminar.

Alex guardó la pistola y se echó el baúl de Phoebe al hombro.

—Tú también, por favor —le dijo al pasar junto a ella.

Al acercarse a la cabaña, vieron un hilo de humo saliendo de la chimenea. Gwen Dumont no había perdido el tiempo en encender un fuego. Alex dejó el baúl de Phoebe junto al montón de equipaje de los Dumont y les hizo un gesto a Brevare y a Phoebe para que siguieran caminando. Los hermanos Dumont los siguieron.

—¿Qué está pasando, Westbrook? —preguntó Brevare cuando se detuvieron a unos metros de la cabaña.

Alex lo ignoró y se dirigió a Pierre.

—Había soldados en la posada.

—Llegaron esta mañana —confirmó Pierre—. Los vi venir y saqué a Gwen y a las niñas. Henri fue a las granjas cercanas.

—No había nada extraño en las granjas —dijo Henri con expresión imperturbable, su mirada pasando brevemente por Brevare—. Solo fueron a nuestra posada. Tenían órdenes de esperar un carruaje grande con dos hombres y tres mujeres.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brevare.

Alex lo miró de reojo; a pesar del frío, tenía el rostro perlado de sudor.

—Escuché —respondió Henri.

—¿Por qué no vigilaron el camino como era debido? —preguntó Alex. No le había resultado difícil acercarse sin ser visto.

—Estaban borrachos, probablemente. Dejé la puerta de la bodega abierta.

Alex asintió y se volvió hacia Brevare. Ahora estaba seguro de que los había delatado, aunque aún no sabía si lo había hecho intencionadamente o por descuido.

—¿Cómo supieron que debían ir a esa posada? ¿Y a quién debían buscar?

—Debió de decírselo Perrault —murmuró Brevare, bajando la mirada.

—¿Y cómo sabía Perrault adónde íbamos?

Alex mantuvo la voz firme, aunque la ira le iba en aumento.

—¡Yo no se lo dije! —exclamó Brevare, alzando la cabeza con los ojos desorbitados—. ¡Ay, quiero salir de este maldito país tanto como ustedes! ¿Por qué habría de decírselo?

—Entonces *sí* sabías adónde íbamos —señaló Alex.

Vio cómo la mandíbula de Brevare se aflojaba mientras buscaba desesperadamente una respuesta.

—Bueno, sí. Cuando me enviaron…

Alex esperó, pero Brevare no continuó.

—¿A quién se lo dijiste? —insistió Alex, esforzándose por no gritar.

Casi pudo ver el momento en que Brevare se dio cuenta de lo que había hecho.

—Eh… anoche le pregunté al posadero cuánta distancia había hasta Granville —admitió, con su mirada saltando de un rostro a otro antes de bajar a sus botas—. Puede que Perrault lo haya oído.

—Pierre, ¿podrían haberse enterado en Granville de que podríamos venir aquí?

Pierre se encogió de hombros.

—Mucha gente sabe sobre el contrabando. Es posible.

Alex soltó una maldición.

—¿Qué más dijiste, Brevare?

—N… nada —balbuceó Brevare.

¡Maldito mentiroso!

Alex sacó de nuevo su pistola.

—¿Sabes cómo volveremos a casa desde aquí?

El rostro de Brevare palideció. Bien, al menos tenía el sentido común de estar asustado.

—H-habrá un barco…

El chasquido del percutor al amartillar la pistola resonó con fuerza. Alex la acercó a la sien de Brevare, su mano casi temblaba de ganas de apretar el gatillo.

—¿El nombre del barco?

—No lo sé. —El sudor corría por la frente de Brevare—. S-solo sé que hay un barco. —Tragó saliva con dificultad—. No mencioné nada sobre el barco a Perrault.

—¿Ni a nadie más?

—¡No, de verdad que no!

Alex estaba tan furioso por su estupidez que no confiaba en su propio juicio. Miró primero a Phoebe, que tenía el rostro pálido y los ojos muy abiertos, luego a Pierre.

—Yo… creo que dice la verdad —dijo Phoebe.

Pierre asintió.

Con visible reticencia, Alex liberó el percutor de la pistola y la guardó en el bolsillo. Brevare era más útil vivo que muerto; quizá pudiera llevarlos hasta el traidor en la Oficina de Asuntos Exteriores.

—Muy bien. Brevare, vuelve al carruaje y asegúrate de que esas mujeres eligen solo una bolsa cada una.

La mirada de Brevare osciló entre Alex y Phoebe, luego se giró bruscamente y se alejó por el sendero, casi corriendo.

Phoebe lo observó marcharse mientras su pulso volvía lentamente a la normalidad. Realmente había creído que Westbrook iba a dispararle delante de ella. Su mandíbula seguía tensa, pero el blanco alrededor de su boca se estaba desvaneciendo. Vio cómo su

pecho se expandía cuando tomó una respiración profunda antes de volverse hacia ellos.

—Debemos decidir qué hacer ahora —dijo, con la voz más calmada—. Ya esperaba partir por estas horas, así que Trasker debería haber tenido lista el *Lily* desde hace días. El punto de encuentro habitual es en Granville. Conoce este lugar de recogida, pero no sabía cuándo estaríamos aquí.

Pierre negó con la cabeza.

—También habrá soldados en Granville buscándolo. Y nos conocen en la ciudad. —Su gesto abarcó también a su hermano—. Alguien debió decirles sobre nuestra posada, así que también nos estarán buscando a nosotros.

—Iré yo entonces —dijo Westbrook—. ¿Cuándo es la marea alta?

—Una hora antes de medianoche, más o menos —dijo Henri—. Unas horas antes o después también sirven en Granville.

Westbrook asintió.

—Llamará demasiado la atención —señaló Phoebe, antes de que pudiera decir algo más.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te has mirado en un espejo últimamente? Tu ojo… —Sin mencionar los otros moretones—. Perrault solo tenía que decirles que buscaran a un hombre con un ojo amoratado.

Westbrook soltó una maldición.

—Brevare no sirve para nada, incluso si no tenía intención de traicionarnos —dijo tras un momento de reflexión—. Gwen sería tan reconocible como tú—añadió, dirigiéndose a Pierre.

Para Phoebe, la solución era evidente. Su estómago se encogió ante la idea, pero no parecía haber otra opción.

—Y es demasiado peligroso enviar a una mujer —terminó Westbrook.

Estaba mirando a Pierre, no a ella. Sin entender por qué, la molestia disipó su vacilación. No deseaba ponerse en peligro, pero seguramente lo era más para Westbrook… para todos, no solo para él.

—Podría ir yo —dijo.

Tres rostros se volvieron hacia ella; Westbrook frunció el ceño.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza.

Pierre la recorrió con la mirada y arqueó una ceja.

—¿Por qué no?

—Si Perrault ha dado descripciones detalladas, ella será tan reconocible como yo —objetó Westbrook.

—Puedo ocultar mi cabello; tú no puedes esconder tu rostro. No sin parecer un salteador de caminos.

Westbrook abrió la boca y la cerró de nuevo. Asintió, pero la tensión en sus labios mostraba su desagrado con la idea.

Un pensamiento la asaltó: tal vez hubiera algo que descartara su participación.

—¿Estará Perrault allí?

Westbrook frunció el ceño, pero finalmente negó con la cabeza.

—Podría estar en las cercanías, pero no imagino a un oficial usándolo para otra cosa que no sea identificarnos si nos atrapan. —Sus labios se curvaron en una sonrisa carente de humor—. Con suerte, cuando no nos atrapen, se meterá en problemas por hacer perder el tiempo a las autoridades.

Parte de ella lamentó no tener una excusa, pero ya no podía echarse atrás.

—¿Qué tendré que hacer en Granville?

—Te llevaré a la ciudad —dijo Westbrook—. Lo que hagamos allí dependerá de si hay soldados al acecho y de dónde estén Trasker y la tripulación. Tal vez tenga que entrar en una taberna para encontrarlos. —La miró a los ojos, su expresión grave—. No será como los lugares en los que hemos estado. Serán mucho más rudos.

Phoebe respiró hondo.

—¿Tenemos otra opción?

—No. —Sostuvo su mirada—. Pero, Phoebe, estás jugando con fuego.

—No estoy *jugando*.

—No, no estás jugando. Y es tu decisión. —Hizo una pausa y se pasó una mano por la frente—. Gracias. Tienes una hora más o menos; no queremos llegar antes de que oscurezca. Trata de

descansar. Nosotros nos ocuparemos de los caballos. —Con un gesto de la cabeza incluyó a los Dumont.

Phoebe lo vio desaparecer entre los árboles antes de entrar en la cabaña. El interior estaba en penumbra, pero distinguió a la niña, Sophie, sentada con el bebé en brazos.

—Café —dijo Madame Dumont, tomando una cafetera abollada del fuego. Vertió un poco en una taza y se la tendió a Phoebe—. Soy Gwen —añadió.

—Gracias, Gwen —respondió Phoebe—. Soy Phoebe.

—No tuvimos tiempo de empacar mucho —prosiguió Gwen, como si le aliviara tener con quién hablar—. Tuvimos que salir de prisa, ¿sabe? Aun así, será bueno volver a casa, donde pueda entender bien lo que dice la gente.

Gwen se había quitado el abrigo y el sombrero, y unos rizos castaños escapaban de debajo de su cofia. Su redondez se debía a que esperaba su tercer hijo.

Perrault habría descrito a una pelirroja, no a una morena embarazada.

—Gwen, ¿trajo algún vestido de sobra?

Alex ignoró a Brevare y a las dos mujeres cuando pasaron entre los árboles y siguió para ayudar a los hermanos Dumont con los caballos. Encontró un par de cubos en el baúl del carruaje y ayudó a Henri a llenarlos en un arroyo cercano para que bebieran los caballos del coche.

—¿Montamos estos dos hasta París? —preguntó Henri, señalando con un movimiento de cabeza los dos caballos ensillados que Pierre guiaba hacia el arroyo.

—No todo el camino. Hasta que sea seguro usar la diligencia. —Viajar a caballo les permitiría esquivar a los soldados ocultándose en los campos o el bosque, pero después, atraerían menos atención si usaban los coches públicos en vez de presentarse como viajeros que necesitaban descansar sus monturas a intervalos regulares.

—¿El *Lily*? ¿Y si hay soldados?

Había estado pensando en eso. ¿Otro señuelo?

—Tú y yo armaremos una hoguera de señales una milla al norte de aquí. Haré que Trasker deje un bote en esta playa, pero que haga navegar el *Lily* más cerca del fuego antes de hacer la señal.

Henri asintió.

—Los soldados irán hacia el fuego, sí.

No era un plan infalible, pero podría desviar la atención el tiempo suficiente para que Phoebe… para que todo el grupo escapara.

Cuando regresaron a la cabaña, el sol ya se estaba poniendo. Gwen les ofreció café recién hecho, y los hermanos Dumont se sentaron a beberlo. La comtesse y Hélène se apiñaban en un rincón, con el rostro hosco, pero Phoebe no estaba allí.

La encontró en el lado resguardado de la cabaña, fuera del viento, con un vestido marrón visible bajo su abrigo. La prenda le colgaba holgada, aún peor que los vestidos que había llevado antes. Llevaba un fardo al hombro y, salvo por unos rizos rebeldes, su cabello estaba completamente oculto bajo la cofia.

—Necesita… —Miró de nuevo. Los rizos eran castaños; también se había hecho algo en las cejas.

Sus ojos se arrugaron con diversión.

—De Gwen —explicó—. Si llevo el cabello castaño a la vista, nadie se preguntará si soy pelirroja.

—Buena idea. —La posibilidad nunca se le habría ocurrido—. ¿Lista para irnos?

Ella se puso seria, levantando la barbilla.

—Sí.

Avanzaron con cuidado por el sendero, mientras el crepúsculo creciente ocultaba raíces y rocas. Alex revisó los arneses y enganchó los caballos ensillados a la parte trasera del carruaje antes de ayudar a Phoebe a subir al pescante y acomodarse a su lado.

El cielo estaba casi oscuro, pero una luna gibosa colgaba en el horizonte, proporcionando suficiente luz para que Alex pudiera seguir el camino hacia el sur, en dirección a Granville, sin necesidad de encender los faroles.

—¿Por qué el carruaje? —preguntó Phoebe cuando retomaron la carretera y giraron hacia el sur.

—Sería demasiado fácil de encontrar si lo dejamos aquí —dijo Alex—. Vamos a abandonarlo en un campo a las afueras de Granville. Si alguien lo descubre, eso debería hacer que quienes nos buscan pierdan tiempo registrando el pueblo.

—¿Y nosotros regresamos a caballo?

—Sí. Henri y yo los necesitaremos más adelante. —Captó el repentino giro de su cabeza por el rabillo del ojo—. Una distracción cuando el Lily venga a recogerla, si hace falta, y luego los usaremos para iniciar nuestro viaje a París. Ese es el mejor lugar para empezar a buscar a la familia de Brevare.

Ella no respondió de inmediato. Se preguntó en qué estaría pensando, pero la luz era demasiado tenue para distinguir su expresión.

—Dime qué debo hacer —dijo al fin.

—La idea es que conserves el mensaje real hasta que puedas entregárselo al conde de Marstone. Cuando Brevare te lo pida, y lo hará, entrégale el señuelo si te amenaza.

Phoebe asintió.

—Lo haré. Pero si no me amenaza…

—Díile que debes entregarlo en la Oficina de Asuntos Exteriores, al conde de Marstone. Con suerte, te llevará con su superior haciéndose pasar por Marstone, y tú le entregarás el señuelo.

—¿Debo fijarme bien en él?

—Sí. Ve a Marstone primero, al verdadero, y él te ayudará a mantenerte a salvo. —Le explicó los detalles, y ella repitió los puntos principales con exactitud. Ojalá todos con los que había trabajado antes hubieran sido tan rápidos para entender.

Alex condujo el carruaje hasta un campo en las afueras de Granville, deteniéndose detrás de un seto alto. Phoebe lo ayudó a desenganchar los caballos; ambos forcejearon un poco con las hebillas en la penumbra, poco familiares para ellos. Alex dejó en libertad a los caballos del carruaje y ató los ensillados a un árbol.

Encabezando el camino hacia el pueblo, se mantuvo en las sombras, bordeando la muralla antigua hasta llegar al puerto. El aire olía intensamente a sal y pescado muerto, y el golpeteo de las cuerdas contra los mástiles y vergas se mezclaba con el chapoteo de

las olas contra los muelles. Todavía se escuchaban algunas gaviotas en la oscuridad.

Alex se detuvo en la sombra de un edificio y soltó una maldición entre dientes mientras escudriñaba la escena. Más de veinte barcos estaban amarrados en el muelle, algunos bastante grandes, y unos cuantos más flotaban anclados un poco más lejos. La luz de la luna, reflejada en el agua, los convertía en siluetas de tinta. Algunos tenían una luz encendida en la cabina, pero la mayoría estaban a oscuras.

—¿Cuál es el *Lily*? —preguntó Phoebe en voz baja.

—Debería ser uno de los más grandes y estar contra el muelle, espero, pero no puedo distinguirlo desde aquí. Tenemos que acercarnos. Mejor asegurarnos de que está antes de intentar encontrar a Trasker.

Avanzaron un poco más, luego Phoebe extendió una mano. Siguiendo la dirección de su dedo, Alex vio cuatro soldados espaciados a lo largo del muelle. Mientras observaba, uno de ellos detuvo a un hombre que caminaba hacia los barcos. Le permitieron seguir su camino, pero Alex no quería arriesgarse a una situación similar.

—Maldición.

—¿No puedes ver el Lily desde aquí?

—No.

Sintió, más que escuchó, a Phoebe revolviendo en su abrigo, hasta que sacó un pequeño frasco y desenroscó la tapa.

—¿Qué es eso? —susurró Alex.

—Maquillaje. Se lo robé a mi tía y le mezclé un poco de barro. Vuélvete.

—¿Para qué?

—No disimulará tu ojo morado con luz fuerte, pero evitará que llame tanto la atención aquí afuera. —Sus labios se curvaron levemente—. Considérate afortunado de que no tenga perfume.

—Oh, si insistes… —dijo, viendo la lógica en ello. Tomó el frasco y se aplicó una cantidad generosa debajo del ojo antes de guardarlo en el bolsillo.

Ella lo observó, inspeccionando su trabajo, antes de extender la crema con los dedos, con un toque suave. La intimidad del gesto le cortó la respiración. Finalmente, ella asintió, satisfecha.

Volviendo su atención a los soldados en el muelle, Alex barajó las posibilidades en su mente. No estaba vestido como un pescador; ¿qué excusa creíble podía dar para estar allí?

A su lado, Phoebe acomodaba su ropa, murmurando una disculpa cuando su codo le golpeó el brazo. Al volverse, Alex vio que se había quitado el fardo de la espalda y estaba empujando algo bajo sus faldas.

—¿Qué…? —preguntó Alex.

—Shh. Ya verás.

Enderezándose, sacudió sus faldas, dejando un bulto prominente en la parte delantera. Ah. El vestido mal ajustado pertenecía a Gwen, que esperaba su próximo hijo. Phoebe había dejado su abrigo abierto y sostenía una mano bajo el vientre abultado, pareciendo, sin lugar a dudas, una mujer a solo un par de meses de dar a luz.

—No están buscando a una mujer embarazada —susurró Phoebe—. Si tomas mi brazo, seremos simplemente un matrimonio dando un paseo. Menos sospechoso que andar merodeando entre las sombras.

Era una buena idea, sin duda mejor que cualquier otra que él habría podido idear. Acompañarla hasta el muelle no era más peligroso que haberla llevado a Granville para encontrar a Trasker en una taberna, y había tenido que aceptarlo.

Asintió y le ofreció el brazo. Ella apoyó la mano en él y juntos subieron al muelle, con Phoebe del lado más próximo al agua para que él pudiera observar los barcos mientras fingía que su atención estaba en ella.

Phoebe avanzó a un ritmo lento, bamboleándose como si le costara cargar con el peso de su embarazo. Alex examinó los barcos a medida que pasaban junto a ellos, pero ninguno le resultó familiar. Al acercarse al primer soldado, Phoebe se apoyó más en él. Contuvo una oleada de inquietud cuando el hombre dio un paso en su dirección y acercó la cabeza a la de ella.

—¿Te sientes un poco mejor, *chérie*? —preguntó Alex, notando la tensión en la mano de Phoebe sobre su brazo.

El soldado avanzó otro paso. Alex lo miró directamente al rostro y le dedicó lo que esperaba que pareciera una inclinación cortés antes de volver su atención a Phoebe.

Ella se detuvo y arqueó la espalda, presionando una mano contra ella y girándose de manera que su vientre quedara claramente visible.

—El ejercicio me está ayudando. Caminemos hasta el final.

Su voz fue lo bastante alta para que el soldado la oyera. Sus ojos recorrieron su rostro y descendieron hasta el bulto bajo su vestido; luego, perdió interés y reanudó su ronda. Alex relajó los hombros al escuchar cómo Phoebe exhalaba un suspiro y le dio una palmadita en la mano cuando ella volvió a apoyarla en su brazo.

La silueta de uno de los barcos más allá del segundo soldado le resultó familiar, pero necesitaba acercarse más para asegurarse de que era el *Lily*. Sin dejar de vigilar al guardia, se preparó para repetir su actuación anterior, pero el hombre les dirigió una breve inclinación de cabeza, sin mostrar interés, y los dejó pasar.

Era el barco de Trasker; la luz que salía del camarote del navío atracado delante de él bastaba para distinguir su nombre en la proa. Continuó caminando hasta estar lo suficientemente cerca del tercer soldado antes de dirigirse a Phoebe.

—Tienes frío, *chérie*. Deberíamos regresar.

Desanduvieron el camino, doblaron por una calle lateral y se deslizaron en una sombra profunda.

Capítulo 16

Una vez fuera de la vista de los hombres del muelle, Phoebe se apoyó contra la pared, cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Sentía las rodillas temblorosas. Había logrado sostener su pequeña actuación, pero sospechaba que la tarea más difícil aún estaba por delante.

—Lo has hecho bien —dijo Westbrook en voz baja—. El *Lily* está allí, aunque sin luces. Habrá dejado a alguien a bordo, pero la mayoría estarán en una taberna.

—¿Sabes en cuál?

—Tienen un par de favoritas —respondió—. Con suerte, podríamos averiguar en cuál está Trasker. Es… bastante ruidoso.

—¿Cómo es que un barco y una tripulación ingleses están seguros aquí? —Phoebe mantuvo la voz baja mientras caminaban por la calle, con una mano en su brazo y la otra aun sosteniendo el bulto bajo su vestido.

—Puede que no lo estén por mucho tiempo. Pero el contrabando deja dinero a la gente del lugar; no tendrán demasiada prisa en deshacerse de ello.

Al girar por otro callejón, Phoebe oyó el bullicio de las tabernas hacerse más fuerte: voces, alguien cantando desafinado y una discusión que comenzaba a tomar forma.

Un rayo de luz se derramó sobre la calle cuando la puerta de una taberna se abrió y un grupo de hombres salió en tropel. Westbrook se detuvo y la empujó con suavidad, pero firmeza hasta que quedó con la espalda contra la pared. Luego se inclinó hacia ella, apoyando las manos en las piedras a ambos lados de su cabeza.

—¿Qué…?

—Shhh.

Su rostro estaba vuelto hacia los hombres. En la oscuridad, ella apenas distinguió el brillo de la luz reflejada en sus ojos y la tensa

línea de su boca. Entonces él se inclinó aún más y bajó la cabeza hasta quedar junto a la suya.

—No te muevas —susurró, su aliento cosquilleándole el oído y enviándole un cálido escalofrío por el cuerpo.

Las voces de los hombres se acercaban, algunos diciendo palabras que ella no reconoció.

Westbrook se inclinó aún más, con su cuerpo aplastándola contra la pared, comprimiendo incómodamente entre ambos el fardo de enaguas y chales de Gwen. Al darse cuenta de lo que él fingía hacer, el calor le subió al rostro mientras se preguntaba brevemente cómo sería si realmente quisiera besarla. Tras una breve vacilación, ella alzó una mano y la colocó alrededor de su cuello.

Los hombres caminaban, tambaleándose, en su dirección. Ahora que Phoebe entendía lo que decían, su rubor se intensificó. Westbrook levantó la cabeza y les gritó que buscaran su propia mujerzuela, con un lenguaje igualmente grosero, y los hombres perdieron el interés y siguieron su camino tambaleándose.

Esperó hasta que los sonidos de su jolgorio se desvanecieron, dejando solo el ruido procedente del interior de la taberna. Ella se aseguró de que el bulto seguía en su sitio mientras él se apartaba.

—Lo siento —dijo él.

Había suficiente luz proveniente de las ventanas de la taberna para que ella pudiera distinguir su expresión. Tenía un gesto particularmente severo.

—No debería haberte traído aquí.

—No tenías otra opción —dijo ella, tan firme como pudo en un susurro—. ¡Desde luego que esto amplía mi vocabulario!

Su expresión se suavizó, una comisura de su boca se alzó.

—¿Crees que Trasker está ahí dentro? —Necesitaba concentrarse en su plan, no en lo acelerado que tenía el corazón ni en lo cálido que se había sentido su aliento en su mejilla.

—No puedo saberlo. Escucharemos junto a la otra taberna. Por aquí.

Phoebe perdió la orientación a medida que caminaban, pero Westbrook parecía conocer bien el pueblo, guiándola con confianza por una serie de callejones estrechos.

Se detuvieron junto a la ventana de otra taberna, escuchando las risas escandalosas y voces alzadas. Esta vez no pasó más que un momento antes de que Westbrook susurrara que podía oír la voz de Trasker. Puso el ojo en una rendija entre las contraventanas mal encajadas, pero negó con la cabeza cuando Phoebe le preguntó si podía ver algo.

—Creo que hay un par de soldados dentro —explicó—. Capté algunas palabras. Puede que estén vigilando a la tripulación del *Lily*.

—¿Podemos esperar a que regresen al barco?

—Podrían estar allí toda la noche, pero el *Lily* necesita zarpar en unas horas para aprovechar la marea alta.

—¿Así que tenemos que sacar a Trasker de allí?

—Sí. Si los soldados están vigilando a la tripulación del *Lily*, podría parecerles sospechoso, pero no veo otra opción —volvió a aparecer el gesto severo en su rostro.

El estómago de Phoebe se encogió. Para esto había venido, para esto se había ofrecido, y no había esperado que fuera fácil. No sabía cómo era Trasker, así que no podía entrar simplemente y hablar con él en voz baja.

Se ajustó los chales, y una idea le cruzó fugazmente la mente. Alguien que está siendo perseguido no entraría en una taberna anunciando su presencia, así que hacerlo podría disipar las sospechas de los soldados. Ser atrevida y rápida ayudaría a reducir las posibilidades de que otros parroquianos la abordaran.

—¿Trasker capta rápido las cosas?

—Sí. Lleva diez años esquivando a los agentes del fisco. Dumont envió a Anson a buscarlo, así que debería estar esperando que alguien lo contacte.

—Tengo una idea —susurró—. Dame un nombre, uno que él conozca, pero que no pueda estar aquí, en Francia. Un nombre francés, si es posible.

Westbrook pensó, luego su ceño se despejó.

—Michel Paquet, uno de su tripulación. Se ahogó hace unos años.

—¿Otros aquí no sabrán que está muerto?

—No lo creo. Solo su tripulación. Paquet era de Dieppe.

—¿Cuál es el nombre de pila de Trasker? ¿Cómo es físicamente?

—Dan. O Danny, para sus… eh… amigas. No tiene nada particularmente distintivo, por desgracia. Más o menos de mi altura, cabello negro. Aficionado a los chalecos llamativos. Por el ruido que hace, no debe de estar lejos de esta ventana —la observó en la penumbra—. ¿Qué estás planeando?

Phoebe cerró los ojos y recordó un momento, hacía ya seis años, cuando acompañó a su padre en su ronda. Fue una pelea en una taberna, mesas y sillas volcadas, y tres hombres apoyados en la barra, todos con mal aspecto. Uno de los alborotadores estaba siendo reprendido por su esposa cuando ellos llegaron, y ella volvió a oír la acusación en la voz de la mujer.

Enderezando los hombros, abrió los ojos y comprobó que el chal y las enaguas seguían creando el bulto adecuado. Westbrook la miraba, esperando su respuesta.

—Voy a exigirle a Danny que me convierta en una mujer decente —le susurró al oído, luego respiró hondo y se dirigió hacia la puerta de la taberna.

Westbrook soltó una maldición, pero no hizo ningún movimiento por detenerla. Al volverse antes de abrir la puerta, captó una breve inclinación de cabeza, notando con un escalofrío que él ahora sostenía una pistola en una mano.

En el salón principal, Phoebe intentó no hacer una mueca ante el estruendo y los olores penetrantes de cerveza, humo y pescado. Al otro lado de la sala, dos soldados estaban sentados junto al fuego, y los demás parroquianos dejaban un espacio despejado a su alrededor. Apenas había dado unos pasos dentro cuando se dio cuenta de que el ruido había menguado y varios pares de ojos recorrían su figura. No podía ver ningún chaleco llamativo.

—¡Danny Trasker! —gritó al interior, con la voz aguda por los nervios.

La sala quedó en silencio. Ahora todos los ojos estaban sobre ella, con expresiones de curiosidad, desaprobación o interés lascivo. La realidad de aquella taberna llena de hombres era más aterradora de lo que había previsto. Quizá ese tono chillón le jugara a favor.

—¡Danny Trasker, mentiroso desgraciado! —continuó, forzando la voz para que se mantuviera firme—. Vi a Michel Paquet en Avranches. Dijo que llevas aquí días.

Algunos hombres comenzaron a hablar entre ellos, unos pocos se rieron, y uno o dos señalaron hacia la ventana con guiños sugerentes.

Allí. Un hombre con un chaleco a rayas rojas y azules estaba mirándola con expresión de extrañeza. Phoebe respiró hondo y volvió a hablar, ahora enfrentándolo directamente.

No pienses en lo que pasará si no es Danny Trasker.

—¡Días! —prosiguió con determinación, su voz elevándose aún más—. ¿Por qué no has venido a verme? *Quel salaud*.

Algunos hombres sonrieron y uno de los soldados se puso en pie. El hombre del chaleco llamativo comenzó a avanzar hacia ella. Phoebe mantuvo la mirada fija en él, fingiendo no ver al soldado que se acercaba.

—¡Prometiste que cuidarías de mí, y tengo que venir aquí para encontrarte!

—Yo te cuidaré esta noche, *chérie* —dijo una voz a su lado, y una mano le apretó el trasero. Manteniendo un brazo firmemente bajo el bulto, Phoebe se giró y le dio al hombre una sonora bofetada. Sus amigos vitorearon cuando él empujó la silla hacia atrás y se levantó con una maldición, pero para entonces el hombre del chaleco ya había llegado hasta ella.

—Danny —le agarró el cuello de la chaqueta.

Trasker fulminó con la mirada al hombre al que Phoebe había abofeteado, y ella suspiró aliviada cuando él se dio la vuelta.

—¿Quién es esta? —preguntó el soldado.

Trasker le pasó un brazo por la cintura.

—Pues esta es Colette —dijo, plantándole un beso sonoro en la mejilla—. ¿Y a ti qué te importa?

Incluso el olor a cerveza en su aliento le resultó bienvenido, decidió ella, con el pulso empezando por fin a calmarse.

—Estamos vigilando por si aparecen unas mujeres.

—Pues ella no es una de ellas —la atrajo más hacia él—. Es el amor de mi vida.

La sonrisa de Trasker era más bien una mueca, pero el soldado observó el rizo castaño que escapaba de su cofia, luego bajó la mirada hacia el bulto bajo sus ropas, se encogió de hombros y se apartó unos pasos.

—Danny, cariño, tenemos que hablar —dijo Phoebe, tirando de su cuello con un susurro suplicante, lo bastante alto como para que lo oyeran los hombres cercanos—. ¡Por favor! ¡No podemos hacerlo aquí!

Para su alivio, Trasker asintió y caminó con ella hacia la puerta, ignorando los comentarios que le gritaban sobre estar dominado por una mujer. Una vez fuera, caminaron por el callejón, él todavía con el brazo en su cintura.

Phoebe intentó apartarse, pero el brazo de Trasker no cedía.

—Puede que aún nos estén vigilando —dijo en voz baja—. ¿Dónde está Westbrook?

—Cerca —tenía que estarlo. No podía haber ido muy lejos.

Trasker los condujo hasta la esquina y Phoebe miró hacia atrás, en dirección a la puerta de la taberna. Había un soldado observándolos.

—Puedes soltarla ya, Trasker —susurró Westbrook desde las sombras, tomando el brazo de Phoebe y apartándola de él—. Vamos más lejos.

Alex los guio por otra esquina, con una mano en la espalda de Phoebe para orientarla. Podía sentirla temblar, oír su respiración entrecortada.

—Aquí está bien —le murmuró al oído, metiéndola en la entrada de una tienda cerrada—. Ya está hecho. Estás a salvo. Has sido muy valiente.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Trasker.

—Que el *Lily* zarpe —dijo Alex. ¿Phoebe tenía frío? La atrajo suavemente hacia él, abrió su abrigo y la envolvió con él.

—¡Westbrook!

Alex volvió a centrar su atención en Trasker.

—Recógelos en la playa cerca de la cabaña. Henri y yo encenderemos una fogata a un kilómetro de la costa, como señuelo.

Si dejas un bote cerca de la cabaña, puedes seguir navegando un poco antes de dar la señal, por si alguien observa, y luego volver por el bote.

—¿Cuánta gente?

—La señorita Deane, aquí presente.

Ella ya no temblaba, pero él no tenía prisa por soltarla. Estaría más abrigada bajo su abrigo, se dijo.

—¿Y…?

¡Concéntrate!

—Eh… Pierre, Gwen y los niños, la tía y la prima de la señorita Deane, y Hugo de Brevare, el *ci-devant* vizconde de Brevare.

Casi escupió el último nombre.

—¿Hay historia ahí?

—La señorita Deane lleva algo para mí. Asegúrate de que ese traidor no la moleste, ni durante el viaje ni camino a Londres. Elige el destino según el viento, pero consulta con la señorita Deane.

Había suficiente luz para que Alex viera cómo Trasker arqueaba las cejas, pero no hizo comentario alguno.

—El *Lily* está listo para zarpar —dijo Trasker—. La marea estará lo bastante alta para cuando suba a la tripulación. ¿Recogida a las once?

—Perfecto.

Trasker miró hacia el final de la calle, el ceño fruncido.

—Necesitaremos una buena distracción para mantener ocupados a los soldados.

Mostró los dientes en una sonrisa blanca.

—Un regalito de despedida para Clothilde y Suzette, quizá. Algo que les permita comprarse vestidos nuevos.

—¡Ja! Sí, eso debería funcionar.

Una pelea en la que se rompiera ropa, sin duda, llamaría la atención.

—Muy bien, entonces —Trasker le dio una palmada en el hombro a Alex y desapareció por el callejón.

—¿Phoebe? —preguntó Alex, inclinando la cabeza para intentar verle el rostro—. ¿Phoebe, te sientes mejor ahora?

Phoebe asintió, y luego se dio cuenta de que probablemente no podía verla en absoluto.

—Sí.

Estar bajo su abrigo había sido reconfortante; empezaba a calmarse.

—Siento mucho haberte metido en esto.

—Me ofrecí voluntariamente, ¿recuerdas? —Respiró hondo. Ya era hora de recomponerse.

—Sí, pero no sabías...

—Ya está hecho. ¿Cómo sabremos cuándo estará lista la distracción de Trasker?

—Lo sabremos —había una sonrisa en su voz.

—¿Qué va a hacer? —¿Estaba hablando demasiado? A él no parecía importarle—. ¿Vestidos nuevos…? ¡Oh! —Una risita le subió por la garganta al comprender lo que eso implicaba—. ¿Para garantizar la atención total del público?

—Exactamente. ¿Cómo está el bebé?

El cambio de tema la hizo reír de nuevo.

—¡A punto de hacerme perder el cuello!

Dio un paso atrás, alejándose de él, y un escalofrío la recorrió al perder el calor de su abrigo. Se envolvió los chales alrededor del cuello y se apoyó contra la pared a su lado mientras esperaban a que los amigos de Trasker iniciaran la distracción.

No pasaron más que unos minutos antes de que dos mujeres comenzaran a gritarse, sus voces agudas resonaron en las calles estrechas.

—Vamos —dijo Westbrook, y la guio por el pueblo, evitando las calles con tabernas o demasiada gente. Phoebe se apresuró para seguirle, aliviada de estar dejando ese lugar atrás. Algunos hombres se acercaban al origen del alboroto, pero no les prestaron atención.

Ya en el campo, Westbrook revisó las cinchas de las sillas de los caballos y le ofreció la mano para ayudarla a montar. Con torpeza, acostumbrada a la silla de amazona, Phoebe pasó una pierna por encima del caballo y encontró los estribos, mientras el aire frío le mordía las piernas y las faldas de Gwen se le arremolinaban incómodamente bajo los muslos.

—¿Lista? —preguntó Westbrook.

—Sí.

Clavó los talones en los costados del animal, agradeciendo que pareciera dócil, y siguió la montura de Westbrook por el sendero. A su lado, el rostro de él aparecía pálido bajo la luz de la luna cuando giró la cabeza en su dirección.

—¿Puedes trotar? Mejor que no nos alcancen si alguien nos sigue.

—Sí.

Sonó más segura de lo que se sentía. Montar a horcajadas resultaba mucho más estable que la silla de amazona, pero hacía más de un año que no cabalgaba. Apuró al caballo, aliviada al descubrir que era fácil de controlar, y pronto encontró el ritmo adecuado.

El paisaje era indistinto, reducido a siluetas de árboles contra nubes finas, iluminadas por detrás por la luna. Finalmente, tomaron un sendero a través del bosque, y Westbrook redujo el paso hasta caminar antes de desmontar en el mismo claro de antes. Phoebe se deslizó de la montura y se quedó a su lado, ambos usando a los caballos como resguardo contra el viento.

Era hora de despedirse.

Capítulo 17

—¿Recuerdas el plan? —preguntó Alex—. No habrá tiempo para hablar en privado cuando lleguemos a la cabaña.

—Sí —respondió ella con certeza.

—Ten cuidado, Phoebe —dijo con fuerza. Sus instintos le decían que nunca debió haberla involucrado en todo esto, pero la parte racional de su mente reconocía que era una aliada valiosa. Aunque inexperta—. No todos serán tan ineptos como Brevare, y el propio Brevare podría ser peligroso, pese a su falta de perspicacia. No te expongas al peligro; abandona el plan si es necesario. Recuerda, lo más importante es que la lista no caiga en las manos equivocadas. Destrúyela si…

—Lo sé —lo interrumpió Phoebe—. Lo haré.

—Y si necesitas ayuda con cualquier otra cosa, ve con Lady Carterton, en Brook Street.

—Ya me lo dijiste. Lo recuerdo —su tono sonó impaciente, y él sonrió en la oscuridad. Esa era la razón por la que había pensado que su plan era viable.

—Lo siento, es solo que… ¡maldita sea! —La tomó por los hombros—. Cuando entraste en esa taberna… yo… bueno, supe que no debí meterte en esto. Es demasiado peligroso. ¡Quema el maldito mensaje!

—Lo haré si es necesario —prometió—. Pero si ni siquiera lo intento, habremos desperdiciado meses de tu trabajo.

—Mejor eso que…

—Nos salvaste a todos. Como mínimo, ahora estaríamos en prisión, o retenidos en algún lugar para pedir un rescate. A manos de alguien que sí pretendería cobrarlo.

Él vio el óvalo pálido de su rostro alzarse hacia él, pero bajo los árboles no había suficiente luz para distinguir su expresión.

—Y este plan merece la pena intentarlo, ¿no? —preguntó ella.

Él suspiró.

—Sí.

Pero había hecho ese plan antes de tener que esperar afuera de esa maldita taberna. Ese miedo por otra persona, agravado por su impotencia para actuar, era algo nuevo para él.

—Sigue sin gustarme. Ten cuidado.

—¡Tú también ten cuidado! —Sonaba casi indignada—. Tú correrás mucho más riesgo que yo.

—Es mi trabajo. Me ofrecí voluntario.

—Yo también.

—No es lo mis…

Un movimiento tras Phoebe captó su atención. Henri, con un farol. Alex soltó una maldición por lo bajo, y el leve resoplido de Phoebe le indicó que no había sido tan discreto como pensaba.

—¿Está todo listo? —preguntó Henri en francés.

Alex volvió a maldecir, esta vez en silencio. No se había dado cuenta de que había estado hablando con Phoebe en inglés. Eso era peligroso. Si no podía recordar algo tan simple, quizá ya era hora de descansar.

—Sí, Trasker hará lo que planeamos. Saldremos en media hora.

Henri asintió.

—Bien. Gwen tiene café y comida. Vamos.

Los guio de regreso a la cabaña. Dentro, la condesa y Hélène estaban sentadas en un rincón, manteniendo una distancia desdeñosa del resto de la familia Dumont.

—Phoebe, ¿dónde te habías met…? —La aguda pregunta de la condesa se vio interrumpida por la mirada fulminante de Pierre.

—¿Brevare? —preguntó Alex.

Pierre hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Le dijimos que vigilara la Lily.

—Pero no llegará hasta dentro de un par de horas.

Pierre se encogió de hombros y Alex sacudió la cabeza.

—Será mejor que lo releven pronto. Después de que Henri y yo nos vayamos —añadió.

Gwen le entregó un pedazo de pan duro y una taza de café, que aceptó con gratitud mientras se apoyaba en la pared para comer y beber. Phoebe se sentó junto a Gwen y se quitó la cofia. Desprendió

el mechón de Gwen y deshizo su propio peinado, alisándolo con los dedos antes de retorcerlo en un moño.

¿Qué se sentiría deslizar los dedos por su cabello?

Apartó la mirada rápidamente y se acercó a Pierre para repasar el plan una vez más.

Mientras Henri fijaba velas nuevas en un par de faroles, Gwen les entregó paquetes envueltos con pan y queso. Alex los guardó en los bolsillos con un murmullo de agradecimiento.

—Iremos a buscar leña —dijo Pierre, saliendo de la cabaña con su hermano.

Alex los siguió, pero se detuvo en la puerta. Phoebe fue tras él, aunque no le había dado ninguna indicación de que lo hiciera. Alejó sus dudas cuando se volvió hacia ella.

—Ten cuidado —dijo ella. ¿Había un leve temblor en su voz?—. Deberías remojar ese vendaje en un día o dos. Busca miel para ponértela y luego cúbrelo con una venda limpia. Y consigue a alguien que te quite los puntos.

Ahora sonaba más práctica, pero él vio la arruga en su ceño, la leve tensión en sus labios, que no llegaba a ser una sonrisa.

—Sí, doctora —murmuró.

Bien, eso sí parecía una sonrisa de verdad. No se había vuelto a poner la cofia, y su cabello se rizaba alrededor de su rostro, con algunos mechones cayendo sobre sus hombros.

Su sonrisa se tornó en algo más íntimo… ¿invitador, incluso?

Hizo lo que sabía que no debía. Levantó una mano para apartarle un rizo suelto detrás de la oreja y luego apoyó la palma contra la pared, cerca de su rostro.

El recuerdo de haber adoptado una postura similar en Granville aceleró el latido de su corazón. Se inclinó hacia ella, rozando su boca apenas, dándole tiempo de apartarse.

No lo hizo. En cambio, se acercó a él, rodeándole el cuello con los brazos.

Él volvió a rozar sus labios. Quería, necesitaba, estar más cerca. Con una mano en su cintura, la atrajo suavemente.

De nuevo ella lo encontró, inclinándose con el rostro alzado, sus labios ligeramente entreabiertos, y su aliento cálido contra su

mejilla.

Esta vez, él cubrió su boca con la suya, recorriendo con la lengua su labio inferior. El calor lo inundó al sentir su cuerpo pegado al suyo, la manera en que sus labios se separaron aún más.

Al principio ella respondió con timidez, pero pronto se volvió más atrevida, poniendo una mano en la nuca de él, enredando los dedos en su cabello y tirando de él, acercándolo más.

Él profundizó el beso, deseando más, tocar más de ella, sin las capas de ropa que los separaban. Ese pensamiento finalmente lo hizo alzar la cabeza y aflojar su abrazo. Permanecieron cerca mientras su respiración se calmaba.

—Lo siento. —No sabía por qué se disculpaba. Nada podía surgir de ello, pero no lo lamentaba en absoluto, por mucho que debería haberlo hecho.

Phoebe puso un dedo sobre sus labios.

—No lo hagas. —Sus ojos lo buscaron de nuevo—. No lo lamentes… ten cuidado. ¡Vuelve a salvo!

Él tomó su mano y besó su palma brevemente, luego recogió un bulto y partió tras los hermanos Dumont, lanzando una última mirada hacia atrás antes de internarse en los árboles.

Phoebe se apoyó contra la pared de la cabaña, observándolo alejarse, con el corazón aun latiéndole incómodamente rápido. Se llevó una mano a los labios. ¿Quién habría imaginado que un beso podría derretirle el interior, llegar hasta sus rodillas y convertirlas en gelatina?

—Solo lo conoces hace cinco días —se dijo a sí misma. Entonces, ¿por qué esta despedida la hacía sentirse tan vacía?

Cerró los ojos y se concentró en la punzante salinidad del aire, en los sonidos del oleaje a lo lejos, hasta que su pulso volvió a la normalidad. Aún no estaban a salvo y tenía el mensaje que entregar.

Permaneció allí hasta que Pierre regresó, murmurando algo sobre ir a buscar a Brevare antes de dirigirse hacia la orilla. No queriendo que Brevare la encontrara afuera cuando regresara, Phoebe entró en la cabaña y se sentó junto a Gwen. Sabía que debía

descansar hasta que llegara el momento de abordar el barco, pero el cálido recuerdo de aquel beso le impedía dormir.

Pierre despertó a todos una hora después. Phoebe había reducido sus pertenencias a una pequeña bolsa, abandonando el vestido naranja sin la menor vacilación. A una indicación de Gwen, tomó la mano de la niña y esperó afuera. Pierre, cargado con las posesiones de su familia, abrió el camino a través de las dunas hasta la playa, con un farol oscurecido en la otra mano. Phoebe esperó hasta que todos hubieran salido de la cabaña y luego cerró la marcha, con sus pies resbalando en la arena suelta.

Una luz brillaba al norte, lo suficientemente grande para ser una hoguera: debía de ser la distracción de Alex. Ya no podía pensar en él como Westbrook, no después de ese beso.

Más al oeste, un tenue destello de luz resaltaba contra el vacío negro del mar. Aunque el viento soplaba desde tierra, las olas rompían en la orilla.

—¿Es ese nuestro barco? —gritó Brevare a Pierre, su voz casi perdida entre el estruendo de la resaca.

Pierre asintió.

—¡Está a kilómetros de distancia! ¿Qué hace allá? —Brevare miró a su alrededor—. ¿Dónde está Westbrook?

Ignorándolo, Pierre siguió avanzando por la arena hasta refugiarse en una formación rocosa. Phoebe se sentó junto a Gwen en una losa sobresaliente, agradecida de estar fuera del viento. Se dispuso a esperar, deseando que el bote llegara pronto y los soldados no. Hélène permanecía en un miserable silencio mientras la condesa se quejaba amargamente y sin cesar del viento, el ruido, la arena en sus zapatos, la falta de respeto de los demás.

Fijando la vista en la espuma de las olas, que resplandecía tenuemente bajo la luz de la luna, Phoebe bloqueó la voz de su tía.

Junto al agua, Pierre manipuló su farol, abriendo una rendija para dejar escapar un estrecho haz de luz que dirigió hacia el mar. Entre la oscuridad, Phoebe logró distinguir finalmente el leve salpicar de los remos más allá de las olas que rompían en la arena. La silueta de una embarcación emergió de las sombras. Cuatro hombres remaban, cada uno con un solo remo.

Adentrándose en el oleaje, Pierre aferró la proa y arrastró el bote hasta la playa. Luego se volvió y levantó un brazo. Gwen, lista y esperando con el bebé sujeto a su pecho por un par de chales anudados, avanzó con su hija, con Phoebe justo detrás. Uno de los remeros saltó del bote y corrió por la playa, abrazando brevemente a Gwen antes de cargar a la niña con un brazo y un bolso con el otro. Pierre ayudó a Gwen y al bebé a subir al bote, seguido por Sophie y el bolso.

Phoebe se quedó junto a la proa, bolsa en mano, y ahogó un grito cuando la levantaron con la misma falta de ceremonia, depositándola dentro de la embarcación. Una mano se extendió para estabilizarla y se sentó mientras Pierre pasaba el resto del equipaje de la familia y luego ayudaba a Hélène. Phoebe hizo espacio para su prima a su lado y bajó la cabeza ante el chillido que emitió la condesa cuando la hicieron subir sin miramientos.

Brevare se resistía.

—¿Dónde está Westbrook?

—Suba al bote —ordenó Pierre—. Westbrook no vendrá.

—¿Qué? Pero él… ¡debemos esperar!

Pierre se encogió de hombros.

—Espere, si quiere.

Empujó el bote hasta ponerlo a flote y luego subió de un salto, sentándose junto a su esposa.

Phoebe giró la cabeza, preguntándose qué haría Brevare. Su mirada osciló entre la playa y el bote. En el último momento, se adentró en el agua hasta la cintura, aferrándose al costado de la embarcación y haciéndola balancearse peligrosamente. Pierre soltó una maldición, lo tomó del abrigo y lo arrastró hasta hacerlo caer en un desgarbado montón dentro del bote.

La condesa volvió a chillar mientras la embarcación se alejaba del reflujo, sacudiéndose con el vaivén de las olas. Ni Pierre ni los remeros parecían preocupados en lo más mínimo, así que Phoebe le dedicó una sonrisa tranquilizadora a Hélène y se aferró con firmeza al costado del bote.

Cuando cruzaron las olas de la rompiente, el movimiento se estabilizó, y Phoebe aflojó su agarre mientras disfrutaba del viento y

el rocío en su rostro.

Entrecerrando los ojos contra la humedad del aire, distinguió un destello intermitente en alta mar, acompañado de gritos de órdenes y el restallar de la lona al desplegarse. Finalmente, una silueta enorme se alzó contra las franjas de nubes iluminadas por la luna.

Su embarcación se aproximó al navío más grande, y dos de los remeros aferraron una escala de cuerda que les fue arrojada desde la borda. Los otros aseguraron sus remos y señalaron a los pasajeros. Pierre ayudó a Gwen a subir la escalera y trepó tras ella, listo para sostenerla si resbalaba. A una señal suya, uno de los remeros hizo lo mismo con Sophie. Por la naturalidad con la que se movían, Phoebe dedujo que no era la primera vez que abordaban un barco de esa manera.

Se recogió las faldas, como había hecho Gwen, y subió con cautela al borde de la inestable embarcación. El último de los remeros la sostuvo mientras se aferraba a la escala de cuerda, sintiendo la aspereza y la humedad de los nudos en sus manos. Entonces, unos brazos la asieron desde arriba y la ayudaron a subir a cubierta, donde trastabilló cuando la soltaron.

Los hombres que trabajaban junto a la escala la empujaron sin miramientos mientras se apresuraban en sus tareas, por lo que se dirigió a la barandilla, casi cayendo sobre ella cuando el *Lily* se ladeó.

Mirando por el costado, observó con diversión cómo los hombres en el bote a remos desistían en su intento de convencer a su tía y a su prima de que subieran por la escala. En su lugar, ataron cuerdas a la proa y a la popa de la embarcación, y la izaron con todo y equipaje, junto con las dos mujeres sollozantes. Una vez en cubierta y descargado su contenido, el bote fue rápidamente asegurado.

Otro grito ordenando *"isaquen a esas condenadas mujeres del camino!"* hizo que Gwen guiara a la condesa y a Hélène hacia una puerta que debía de llevar bajo cubierta. Phoebe estaba a punto de seguirlas cuando sintió una mano en el brazo. Se giró y vio al marinero que había abrazado a Gwen.

—Estará bien aquí, señorita, si quiere quedarse un rato afuera. En el camarote no hay espacio ni para moverse.

Su acento le arrancó una sonrisa de reconocimiento.

—No es de por aquí, ¿verdad?

—Soy Owen Jones, hermano de Gwen.

—Encantada de conocerlo, señor Jones —dijo Phoebe.

Una serie de órdenes a gritos hizo que los hombres tiraran de las cuerdas, y el *Lily* se inclinó y viró hacia el oeste, con las velas oscuras hinchándose con el viento. Phoebe miró hacia la costa, tratando de distinguir la hoguera de distracción.

—Tendrá que compartir camarote con Gwen y la pequeña Sophie —continuó Owen, apoyándose en la barandilla a su lado—. A menos que prefiera quedarse con su… ¿es su tía?

—Lo es —respondió Phoebe—. Pero uno no elige a sus parientes.

Owen soltó una carcajada.

—¿No estará Gwen con Pierre? —preguntó ella.

—No hay suficiente espacio para tantos pasajeros —explicó él—. Pierre y ese tipo elegante que casi se queda atrás dormirán en hamacas con el resto de la tripulación.

Phoebe asintió, aunque su atención estaba en otra parte. Por fin había localizado el tenue resplandor de la hoguera falsa. ¿Seguiría Alex allí? ¿Habría alguien averiguado desde dónde enviar a los soldados de Granville?

—Estarán bien —dijo Owen en un tono tranquilizador—. Llevan años esquivando a los recaudadores. ¿Ve esas lámparas? —Señaló dos luces que subían por los aparejos—. Es la señal de que ya está a salvo a bordo. Ahora a esperar la respuesta desde tierra.

Phoebe levantó la vista cuando las lámparas ascendieron desde la cubierta y luego volvió a fijar la mirada en la costa. Al menos Alex podría hacer su trabajo sin preocuparse por ella y su familia.

—No se quede afuera mucho tiempo, señorita. Hace frío.

Escuchó sus pasos alejándose por la cubierta, pero ella siguió mirando hacia la orilla. Allí estaba: una luz a cierta distancia de la hoguera moribunda. Por supuesto, cualquier soldado iría directo al fuego.

Las lámparas en los aparejos fueron bajadas. Phoebe dejó escapar un suspiro y observó hasta asegurarse de que no habría más señales desde tierra. Luego, se dispuso a buscar el camarote de Gwen.

Alex y Henri se agazapaban al resguardo de un seto; Alex mantenía la vista fija en la hoguera, a medio kilómetro al sur, mientras la atención de Henri estaba centrada en el mar. El fuego ardería por otra media hora sin necesidad de vigilancia, tiempo suficiente para que el *Lily* pudiera divisarlo. Hasta el momento, no había señales de que alguien se acercara: ni disparos preventivos, ni figuras pasando frente a la luz.

El codo de Henri se clavó en las costillas de Alex, y este siguió la dirección de su dedo. Por fin, una luz, un paso más dentro del plan. Esta recogida en el punto de encuentro se sentía distinta, más angustiante que de costumbre. Era la primera vez que le preocupaba algo más que el éxito de la misión, pero ese tipo de sentimientos podía ser peligroso.

Sacando su reloj, entrecerró los ojos para verlo a la luz de la luna, preguntándose cuánto más tendrían que esperar para la señal del *Lily*.

Henri se recostó de nuevo, con el rostro impasible. ¿En qué estaría pensando? Las acciones de Brevare habían dejado a los Dumont sin hogar, y aunque Marstone se encargaría de establecerlos en otro lugar, eso probablemente significaba instalarse en Gran Bretaña. Dudaba que a Gwen le importara, no con otro bebé en camino, pero ¿y Henri?

Quizás era lo mejor. Los soldados habían llegado a la posada con bastante rapidez, así que los Dumont tal vez ya estaban bajo sospecha. Al menos ahora Pierre y Gwen iban camino a un lugar seguro.

Recordándole a Henri que no apartara la vista de la señal del *Lily*, Alex se puso de pie y rodeó un recodo del seto hasta donde habían dejado los caballos. Ajustó las cinchas de las sillas para tenerlos listos; no habían visto soldados hasta el momento, pero eso no significaba que fuera seguro permanecer tan cerca del punto de

recogida. Cabalgarían tierra adentro un trecho antes de buscar un lugar donde pasar lo que quedaba de la noche.

—¡Westbrook! —La voz de Henri apenas se oía por encima del viento. Mar adentro, Alex distinguió dos luces, una sobre la otra, y parte de la tensión en su cuerpo se disipó. Phoebe estaría a salvo en el *Lily,* haría trizas a Trasker si algo le ocurría.

Vio un destello de luz cuando Henri devolvió la señal; luego, al apagar el farol, Henri se reunió con él y montó su caballo. Alex espoleó al suyo y siguió a Henri campo a traviesa.

Capítulo 18

Phoebe respiró el aroma del café, tomando conciencia del crujir de la madera, del sonido del agua corriendo y de un colchón duro bajo su cuerpo.

—¿Café, señorita Deane?

Al abrir los ojos, Phoebe parpadeó al ver las vigas apenas a unos centímetros sobre su cabeza, cubiertas de gotas de condensación. Se giró de lado; el rostro de Gwen estaba a la altura del suyo, apenas iluminado por la lámpara.

—Cuidado —dijo Gwen—. El techo es bajo.

—¿Qué hora es? —No había ventanas, así que nada del exterior daba una pista.

—A media mañana. Hace un día precioso allá fuera. Owen pensó que ya tendría hambre.

Phoebe se frotó la cara, sus pensamientos por fin empezando a ordenarse, y su estómago le dio la respuesta.

—Sí, por favor. —Se incorporó sobre un codo y tomó la taza humeante que Gwen le ofrecía.

—Le diré que saldrás en seguida. —Gwen sonrió—. Hay agua ahí, si quieres asearte un poco. La comida está en el camarote diurno del capitán Trasker, al final del pasillo.

Phoebe bebió el café, comenzando a sentirse más despierta. Se estiró cuanto pudo en el espacio reducido antes de bajar con torpeza al suelo del camarote.

La noche anterior, había aguantado despierta lo suficiente como para quitarse el vestido y el corsé, pero ahora se sentía pegajosa y sucia. Había un trozo de toalla junto al cubo de agua templada, y se dio un rápido aseo general que la hizo sentirse mucho mejor. ¡Aunque daría lo que fuera por un baño!

Sacó su bolso de debajo del catre inferior. Eligió la más limpia de sus dos camisas de repuesto y se puso nuevamente el vestido color durazno antes de salir en busca de comida.

El camarote diurno tenía ventanas en la popa del barco, con vista al cielo azul salpicado de nubes esponjosas y la estela blanca que el *Lily* dejaba en la marejada. Una mesa ocupaba más de la mitad del espacio, con un banco que la rodeaba por tres lados. El único indicio de vida era un sitio servido con un cuenco de estofado, un trozo de pan y una cuchara. El estómago de Phoebe gruñó ante el olor sabroso; estofado para desayunar era inusual, pero no iba a quejarse. Se deslizó torpemente en el banco y empezó a comer con entusiasmo.

Estaba limpiando el cuenco con un trozo de pan, agradecida de que nadie presenciara sus modales en la mesa, cuando Owen entró y le preguntó si quería más.

—Sí, por favor. ¿Usted es el cocinero? Está muy bueno.

—No tenemos cocinero, señorita, no como tal. Yo hago algo cuando tenemos pasajeros. Pero sobre todo, me dedico a llevar cubos para su señoría —dijo esto último con una mueca mientras le llenaba el cuenco otra vez.

—¿Están las dos mareadas?

—Solo la vieja… eeehhh… la señora. Pero no es apropiado que Lady Hélène coma con nosotros, la gente común del mar, sin una dama de compañía, ¿sabe? —Las palabras de Owen sonaban neutrales, pero Phoebe captó el brillo de picardía en sus ojos.

—¿Y yo no cuento como dama de compañía?

—No le he dicho que ya despertó, señorita. Pensé que le gustaría comer tranquila primero. —Le guiñó un ojo.

Apenas Owen se hubo marchado, entró el mayordomo de su tío, con aspecto cansado y desaliñado, pero con una sonrisa de saludo en el rostro.

—¡Anson! —Phoebe se levantó, tambaleándose un poco con el vaivén del barco, y le tendió la mano—. ¡Qué alegría me da verlo!

—Y a mí verla, señorita Deane. —Le estrechó la mano brevemente, y luego se sentó en el extremo opuesto de la mesa—. No estaba seguro de obedecer al tal señor Westbrook, pero parece que fue lo mejor.

—¿Qué hizo?

—Me dijo que tomara la diligencia a Avranches y que luego buscara a los hermanos Dumont cerca de Granville. Ellos contactaron al capitán Trasker, y me quedé a bordo mientras la esperábamos. Fue sorprendentemente fácil. Nadie se fijó en mí.

—Me alegra que no se haya visto enredado en los problemas que causó mi tía.

Anson esbozó una sonrisa resignada cuando sus miradas se cruzaron, y luego giró la cabeza cuando se abrió la puerta. Hélène entró, lanzando una mirada desaprobadora a la cabina. Owen la siguió, portando una bandeja. Puso un plato de estofado frente a Anson y otro cerca de Phoebe, claramente destinado a Hélène.

—Buenos días, Hélène —dijo Phoebe con cortesía—. ¿Has dormido bien?

—¿En ese camarote diminuto, con mamá…? —Negó con la cabeza—. Tal vez tú estés acostumbrada a ese tipo de alojamiento, pero yo no.

—Ninguna de nosotras está acostumbrada a viajar en una embarcación de contrabandistas —señaló Phoebe.

—¿Contrabandistas? —Los ojos de Hélène se agrandaron.

Una réplica le subió a los labios, pero Phoebe no dijo nada. No tenía ganas de lidiar con la ingenuidad de Hélène, sobre todo cuando probablemente habría cosas mucho más interesantes que ver en la cubierta. Terminó su segunda ración con rapidez y se excusó, dejando a Anson y a Hélène terminando su desayuno. Recogiendo el abrigo desastroso de su camarote, se envolvió una chalina al cuello y subió a toda prisa por la empinada escalerilla hasta la cubierta.

La brisa fría y salada le robó el aliento al principio. Phoebe intentó recordar algunos de los libros que había leído sobre navegación, y las lecciones impacientes de Joe sobre el lenguaje adecuado a bordo de un barco. El viento venía de la proa, por el costado de estribor. Creía que se dirigían hacia el norte, pensó, apoyada en la barandilla, contemplando cómo el sol centelleaba sobre las crestas blancas de las olas, que parecían avanzar sin fin hacia el horizonte.

Pronto se retiró a colocarse junto al mástil, aprovechando el escaso resguardo que ofrecía contra el viento. El trayecto entre Dover y Calais nunca daba esta sensación de estar lejos de tierra firme, de estar por vivir nuevas aventuras. Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica; ya había tenido bastantes aventuras en los últimos días, aunque no podía arrepentirse de nada. Pero esto era diferente, una sensación de posibilidades desconocidas, de nuevos lugares, de gente distinta. No importaba que todo cambiara al regresar a Londres, o que deseara poder disfrutarlo más con Alex a su lado; iba a disfrutar del momento.

—Ah, aquí estás.

La voz de Brevare hizo que Phoebe se sobresaltara, con su corazón acelerándose al darse la vuelta. El viento en el aparejo había disimulado el sonido de sus pasos, y ahora él estaba junto a ella, frunciendo el ceño, demasiado cerca. Ella dio un paso atrás, pero él puso una mano sobre su brazo. No la apretó con fuerza, pero Phoebe percibió que lo haría si intentaba alejarse más.

—Se suponía que usted debía traerme ese mensaje —dijo él con rabia en la voz.

Phoebe resistió la tentación de apartarse, mirando de reojo sin ver a nadie cerca. Había esperado evitar ese enfrentamiento, pero en su emoción por salir a cubierta, se había olvidado de Brevare. Estar allí sola había sido un error.

—¿Y bien, muchacha?

—Lo tengo —respondió ella.

—Supongo que eso es mejor que nada —su ceño se relajó un poco—. ¿Él sabe que lo robó, o aún no se ha dado cuenta?

—No lo robé.

—¿Qué? No diga tonterías y démelo de una vez —extendió la mano.

¿Aún la consideraba una sirvienta algo torpe? Valía la pena intentarlo.

—No, señor —dijo, dejando que su voz temblara un poco. Ninguna criada desearía enfurecer a un miembro de la alta sociedad.

Él la miró, desconcertado, luego frunció los labios con desdén.

—Estará más seguro conmigo. ¿Qué cree que puede hacer con él?

—Llevarlo al conde de Marstone, señor. Eso fue lo que me ordenó el señor Westbrook.

—¡Disparates! No confiaría en usted algo tan importante. Yo me encargaré de que llegue a donde debe.

Phoebe negó con la cabeza.

—Vamos, muchacha, ¡haga lo que se le dice! —Esta vez casi gruñía, con su rostro muy cerca del de ella, amenazante.

Tragó saliva, esforzándose por mantener la voz firme.

—Estoy haciendo lo que me dijeron, señor.

Si era necesario, siempre podía darle la nota falsa.

—¿Todo bien, señorita?

Phoebe soltó un largo suspiro al ver aparecer a Dan Trasker detrás de Brevare, acompañado por dos de sus hombres.

—Quería hablar con usted, señorita Deane, si tiene un momento —Trasker asintió hacia Brevare y extendió un brazo en invitación.

Brevare apretó su agarre por un instante. Trasker alzó una ceja y miró hacia sus dos marineros, y entonces Brevare la soltó.

—Con su permiso, señor —dijo Trasker—. Por aquí, señorita.

Phoebe tomó su brazo y él la condujo hacia popa, ayudándola a mantenerse en pie con el vaivén del barco. Se detuvieron bajo el resguardo de la pequeña caseta del timón.

—Será mejor que no vuelva a salir sola a cubierta —dijo Trasker —. Pídale a Owen que le enseñe las cuerdas, o venga con Pierre Dumont.

—Lo haré, gracias.

—Pero no era eso de lo que quería hablar. El viento sigue viniendo del este. Deseaba hablarle sobre nuestro destino.

Phoebe abrió mucho los ojos. Había oído a Alex decirle que la consultara, pero no creyó que lo haría.

—El plan original era desembarcarla cerca de Brighton para que el trayecto por tierra fuera corto y darle a ese imbécil —hizo un gesto con la cabeza hacia Brevare— la menor oportunidad posible de… molestarla.

Phoebe trató de visualizar un mapa de la costa sur.

—¿El viento…?

Trasker sonrió.

—Exactamente, señorita Deane. Podríamos tardar un día o dos en avanzar contra el viento en el canal, más si se intensifica. Si no le importa un trayecto más largo en diligencia, podríamos ir a Ashmouth. Es el puerto base del *Lily*, en Devonshire. Con viento favorable podríamos llegar esta misma tarde. Tardará dos días en llegar a Londres desde allí, tal vez tres, pero podemos conseguirle un coche, conductor y alguien que haga de doncella. Se asegurarán de que Brevare no la moleste.

—Ashmouth, creo, dadas las circunstancias —dijo ella.

Trasker asintió, satisfecho. Phoebe sospechó que ya había tomado la decisión, pero se alegró de haber aprobado su elección.

—¿Nos habría llevado a Sussex si yo lo hubiera pedido?

—El señor Westbrook la puso a usted al mando, señorita Deane. Confío en su juicio.

No detectó rastro de resentimiento en sus palabras ni en su expresión, lo cual le sorprendió tanto como la instrucción de Alex. Se irguió un poco más, esperando que no se hubieran equivocado al confiar en ella.

—¿Hace mucho que trabaja con él?

—Algunos años, de forma intermitente —respondió Trasker, lo cual no le dijo gran cosa a Phoebe. Intuyó que no obtendría más información. En Granville, los dos hombres parecían conocerse bien, pero no había razón para que Trasker le hablara con franqueza. Cambió de tema y le pidió que le hablara del *Lily*.

—Es bastante grande para ser un cúter —dijo él, con el pecho hinchado de orgullo mientras se volvía y señalaba hacia la proa—. Y rápido, cuando su casco está limpio.

—¿Es suyo?

—Llevo cinco años al mando —respondió con una leve vacilación.

Phoebe, preguntándose si se estaba volviendo demasiado suspicaz, interpretó aquello como que el *Lily* no le pertenecía, pero él no pensaba decirle quién era el dueño. En lugar de insistir, le pidió

que le explicara para qué servían algunas de las, aparentemente, cientos de cuerdas del barco.

La expresión incrédula de Trasker se tornó en una sonrisa de placer cuando ella le aseguró que de verdad estaba interesada. Caminando junto a él por la cubierta, apenas podía seguirle el ritmo mientras le llovían términos náuticos: obenques y brandales, drizas y escotas, mástiles, vergas y bauprés. Debió de poner cara de confusión, porque él se disculpó con una sonrisa apenada.

—¡No, no se disculpe! —dijo Phoebe apresuradamente—. Es mucho por asimilar, pero me interesa. Mi hermano es…

Se preguntó si los contrabandistas consideraban enemigos a los miembros de la Marina Real, pero decidió seguir adelante.

—Joe está en la marina. Ahora podré entender mejor sus historias. ¿Le importaría si… hago algunos bocetos? —hizo un gesto vago para indicar las velas y el mar.

—Por supuesto que no. Vigilaré a Brevare mientras va por sus cosas, luego mandaré a Owen o a Pierre con una silla para usted.

Una hora después, alzó la vista con cierta culpa al oír a Trasker gritar órdenes para ajustar las velas. Varios de sus hombres la rodeaban, y ella se preguntó si algunos no tendrían otras tareas. Lo cierto era que habían mantenido a Brevare alejado; él seguía junto a la barandilla, mirando alternativamente hacia ella y hacia el horizonte.

—¿Estoy distrayéndolos de sus deberes? —preguntó ella cuando Trasker se acercó—. Lo siento.

Le mostró su cuaderno de bocetos, y se sintió aliviada al ver que los labios de Trasker se curvaban ligeramente al contemplar el retrato de uno de sus hombres, adornado con un parche en el ojo, una cimitarra y un sombrero bicornio con calavera y tibias cruzadas.

—Siempre quise ser pirata, yo —dijo el retratado—. Jemmy, en cambio, quería ser un caballero con sombrero elegante.

Jem enseñó su dibujo, y Trasker soltó una carcajada.

—No hay prisa, señorita Deane —dijo—. Termine el que está haciendo.

Phoebe añadió rápidamente las últimas líneas y arrancó la hoja, entregándosela al marinero. Esperó a que los hombres se

dispersaran y retomaran sus tareas antes de volverse de nuevo hacia Trasker.

—Tendrá que decirnos, a mí o al señor Anson, cuánto le debemos. Creo que… espero que nos quede suficiente dinero.

—No hay ningún cargo, señorita Deane. Además, diría que ya se ha ganado el pasaje entreteniendo así a mi tripulación —negó con la cabeza, divertido—. Ahora, lo que venía a decirle era que podríamos entrar en puerto en unas horas si mantenemos todas las velas desplegadas, y usted podría partir esta misma tarde. O podríamos llegar más tarde y haría falta que pasaran la noche en Ashmouth. El señor Anson podría adelantarse; piensa que sería prudente viajar directamente a Londres para llevar la noticia de su llegada.

Su tío debía de haber regresado ya a Londres de su viaje de negocios. Que Anson fuera quien le contara primero los hechos sin adornos le pareció a Phoebe una excelente idea.

—Me parece el mejor plan —dijo Phoebe, aun disfrutando de la novedad de que le pidieran su opinión.

Podía ver una tenue mancha donde el mar se unía con el cielo.

—¿Aquello es tierra?

—Sí. Iremos a la capa aquí y esperaremos unas horas —Trasker dio órdenes al primer oficial, y los gritos pusieron a los hombres en movimiento trepando por los aparejos.

Phoebe se tensó al ver que Brevare por fin se apartaba de la barandilla y se dirigía hacia ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Trasker—. ¿Por qué recogen velas aquí?

—No podemos entrar en el puerto hasta más tarde esta noche —respondió Trasker con expresión impasible—. Las mareas.

—Ah, de acuerdo.

Brevare se quedó allí, fulminando con la mirada a Trasker, que no mostraba intención alguna de alejarse de Phoebe. Ella contuvo una sonrisa y luego le hizo un leve gesto de asentimiento al capitán. Trasker se alejó, pero solo unos pasos: fuera del alcance del oído, pero lo bastante cerca como para ver lo que hacía Brevare.

—Lamento si la asusté antes —dijo Brevare, casi sonando sincero—. Pero ese mensaje es de extrema importancia.

—Se lo entregaré al conde, señor, como prometí.

Probablemente era el momento adecuado para darle una pista. Si Brevare tenía un plan para hacerse con el mensaje en Londres, sería menos probable que intentara arrebatárselo durante el viaje.

—Se supone que debo llevarlo al Ministerio de Asuntos Exteriores, señor, pero no estoy segura de dónde está. ¿Cree que me dejarán entrar?

El rostro de Brevare se iluminó.

—Puedo ayudarla con eso —dijo—. Conozco al conde, y estoy seguro de que puedo organizar un encuentro. Me han dicho que no son muy acogedores allí, a menos que uno sea miembro de la lata sociedad. Los Calvac viven en Berkeley Square, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Enviaré una nota cuando haya concertado la cita. ¿Podrá escabullirse?

Phoebe asintió, casi complacida de ver lo bien que encajaba con el plan de Alex. Él iba a decir algo más cuando Trasker, con excelente puntualidad, regresó.

—Disculpe, señorita Deane, su señora madre está preguntando por usted —dijo.

Phoebe suspiró, hasta que captó su rápido guiño.

—Pensé que no querría pasar demasiado tiempo con él —murmuró Trasker en voz baja cuando ella se alejó.

—Gracias, capitán —dijo Phoebe, y se alejó con gusto.

Capítulo 19

Phoebe suspiró de placer al hundirse en el agua caliente. Después del viaje por mar y dos días muy largos en la carretera hacia Londres, era una delicia poder remojarse en paz, con jabón perfumado al alcance de la mano y una humeante taza de chocolate sobre una mesita junto a la bañera. Para cuando habían llegado a la casa la noche anterior, estaba demasiado exhausta para hacer otra cosa que no fuera irse a la cama.

El *Lily* había atracado en el puerto de Ashmouth ya entrada la noche, y Owen y Trasker los habían acompañado hasta la única posada del pueblo. Tan pronto como la condesa y Hélène estuvieron instaladas en sus habitaciones, Anson arregló que el coche del posadero lo llevara a Exeter esa misma noche, con la esperanza de conseguir una plaza en el coche de correo. A Phoebe le apenó verle partir, aunque comprendía la necesidad, y se sintió aliviada cuando Brevare dijo que lo acompañaría. Eso eliminaba cualquier preocupación sobre el viaje a Londres y, ahora que estaban de nuevo en suelo inglés, los comentarios imprudentes de su tía ya no podían causar más problemas.

Phoebe se había levantado temprano a la mañana siguiente y había recorrido el pueblo a pie, sabiendo que sería el único ejercicio que podría hacer en los días venideros. A la luz del día, Ashmouth era un lugar encantador, con casas alineadas a lo largo de una grieta en los acantilados de arenisca que se internaba desde el puerto. De pie sobre el corto malecón, con las gaviotas chillando sobre su cabeza, se preguntó si Alex habría estado alguna vez allí contemplando esa misma vista.

El viento del este era cortante y no permaneció afuera mucho tiempo. Al regresar, encontró que la condesa y Hélène ya habían desayunado, y Trasker había conseguido un coche con conductor. Owen Jones actuaría como escolta, y la hija del posadero, Ellie, haría de doncella. Al principio resultó algo extraño viajar de nuevo dentro de un carruaje, pero la presencia de Ellie y el cansancio de su tía

tras la travesía hicieron que el trayecto fuera relativamente tranquilo. Hasta ahora, todo había salido según el plan.

Al menos, su parte del plan. ¿Dónde estaría Alex ahora? Se incorporó y comenzó a enjabonarse, sintiéndose culpable por disfrutar de su baño mientras él probablemente iba apretujado en una diligencia dando tumbos. No le había explicado cómo pensaba encontrar a la familia de Brevare, pero no podía imaginar que lograra relajarse de verdad hasta estar de vuelta en Inglaterra.

Phoebe se puso una bata mientras se secaba el cabello con una toalla, pensando en cómo cambiarían las cosas ahora en casa. Estaba deseando ver de nuevo a su joven primo Georges y a su institutriz. Antes de este último viaje a Francia, ella y Alice Bryant se habían confiado muchas cosas... ahora había tanto que no podría contar.

—Estarán contentos de verme otra vez —se dijo, dándose un último frote en los rizos—. Esperaba que su tío también lo estuviera, a menos que su tía ya lo hubiera envenenado contra ella.

No, era un hombre justo, y al menos pediría oír su versión de los hechos.

El llamado de Ellie fue una interrupción bienvenida a esos pensamientos, y la sonrisa alegre de la joven doncella ayudó a levantarle el ánimo.

—Monsieur le Comte dice que baje a desayunar con él, señorita —anunció. Luego echó un vistazo al vestido amarillo que Phoebe había dejado sobre la cama—. ¿Quiere que la ayude con esto, señorita?

—Sí, por favor. Pero ¿por qué estás atendiendo tú? Pensé que solo te contrataron para el viaje. ¿No se suponía que ibas a volver a Devonshire?

Ellie hizo una reverencia rápida.

—La ama de llaves dijo que debía ser útil mientras esté aquí.

Terminó de abrocharle el vestido a Phoebe, y luego vaciló.

—Me preguntaba, señorita...

—¿Sí?

—Pues me preguntaba si podría ser su doncella por un tiempo. Me haría ilusión ver Londres. Y la señora Kidd dijo que la doncella de

lady Hélène estará ocupada atendiendo a su señora hasta que consiga una nueva, así que no hay nadie para usted. No tengo formación, eso sí, pero puedo mantener los vestidos limpios y planchados, aprendo rápido y siempre le peinaba el pelo a mi hermana, y...

—¡Basta! —suplicó Phoebe, riendo—. ¡Si la señora Kidd está de acuerdo, me encantaría que fueras mi doncella!

—¡Gracias, señorita! —dijo Ellie, radiante, haciendo otra reverencia antes de volverse para deshacer el equipaje de Phoebe.

—¿Qué hora es?

—Ya pasaron de las diez, señorita.

No era de extrañar que tuviera tanta hambre.

El conde de Calvac levantó la vista cuando Phoebe entró en la sala de desayunos. Estaba sentado en un extremo de la mesa, con su habitual chaleco, chaqueta y calzones a juego, de tela sencilla pero bien cortada, y su peluca gris. Sonrió y dejó el periódico a un lado.

—Ah, Phoebe. Bienvenida de nuevo.

—Gracias, señor —respondió ella, apreciando su cortesía constante. Qué diferente era de su esposa en ese aspecto.

—Anson me dijo que tuvieron alguna dificultad.

¿Qué le habría contado Anson? Mientras se servía huevos y tostadas, pensó que tendría que hablar con el mayordomo en privado, cuanto antes mejor.

—Sí, señor, pero todo terminó bien —respondió. Un lacayo le sirvió café recién hecho.

—Aún no he hablado con su tía en detalle, pero no parecía muy contenta anoche cuando llegaron —la voz del conde llevaba una pregunta implícita.

—Su doncella nos dejó para regresar a casa apenas dos días después de salir de Calvac —explicó Phoebe—. No le gustaba tener que arreglárselas sin servicio.

Lo cual era cierto, aunque omitía todos los detalles importantes.

El conde asintió y volvió a su periódico mientras Phoebe comía. Debía de estar observándola, pues en cuanto terminó su desayuno, volvió a dejar el papel a un lado.

—Puede dejarnos, Green —le dijo al lacayo.

Green hizo una reverencia y cerró la puerta al salir.

—Ahora, Phoebe, me gustaría que me diera más detalles, por favor.

Phoebe tomó un sorbo de café, preguntándose cuánto debía, o podía, contarle a su tío.

—Viajábamos en tramos cortos, señor, desde Calvac. Al tercer día nos acusaron de ser espías al detenernos en una posada. Por suerte, el magistrado local no estaba disponible, y un caballero de paso los convenció de que nos dejaran continuar. Nos escoltó hasta la costa y nos consiguió pasaje de regreso.

Todo eso era verdad.

—¿El nombre de ese caballero?

—El señor Westbrook. Viajaba con el vizconde de Brevare.

—Mi esposa dijo…

Phoebe observó, fascinada, cómo el rostro de su tío se enrojecía. Supuso que su tía le había contado su propia versión de los hechos, y que el conde intentaba encontrar una manera delicada de formular su pregunta.

Se aclaró la garganta.

—Parecía pensar que usted... que su reputación...

Se detuvo otra vez, sin saber cómo continuar.

Phoebe se apiadó de él.

—Si alguien quisiera interpretar lo ocurrido de la peor forma posible, entonces ciertos acontecimientos podrían llevar a pensar eso.

Lo cual, por supuesto, era exactamente lo que su tía había hecho.

El conde asimiló sus palabras.

—Pero usted no... no fue...

—No, señor. Nada de eso.

Excepto por ese beso. Phoebe sintió que el calor le subía al rostro y se apresuró a dar otro sorbo de café, con la esperanza de que la taza ocultara su momentánea confusión.

—Bien... bien —dijo él, asintiendo, aliviado de haber superado ese escollo.

Phoebe sospechaba que ese no sería el final del asunto. La condesa no era de las que dejaban pasar una queja.

—¿Puedo hacerle una pregunta, tío? Sin explicar por qué quiero saberlo.

—Eso podría depender de la pregunta.

—¿Conoce usted al conde de Marstone?

—Lo he conocido, sí, aunque no puedo decir que seamos cercanos. No es especialmente activo en la Cámara de los Lores, que yo sepa, pero creo que tiene ciertos vínculos con el gobierno —frunció el ceño—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Solo quería saber si es un... un hombre íntegro.

—Creo que sí, lo es.

—Gracias.

Los labios del conde se curvaron en una leve sonrisa.

—¿Quizá algún día me cuente por qué necesita saberlo?

—Quizá —respondió ella con compostura—. ¿Me permite retirarme, señor?

Él sonrió, y Phoebe fue en busca del ama de llaves, aliviada de no haber tenido que dar más explicaciones.

La señora Kidd accedió con gusto a que Ellie hiciera de doncella de Phoebe durante unas semanas. Mientras Phoebe subía de nuevo a su habitación, Georges apareció en el rellano.

—¡Has vuelto!

—¡Georges!

Su primo le rodeó la cintura con los brazos y luego recordó la dignidad que se esperaba del heredero de diez años.

—Es decir, me alegra que hayas regresado sana y salva, prima.

Su altivez se desvaneció otra vez.

—Bryant es tan estirada. ¿Vendrás a jugar al críquet conmigo en los jardines?

Phoebe rio.

—Se supone que la señorita Bryant debe darte clases. ¡No es estirada! Pero iré contigo y le pediré permiso para que juegues más tarde.

Mientras tanto, tenía que pensar cómo podía conseguir una reunión con el conde de Marstone.

Una hora después, Phoebe bajó los escalones de la entrada y cruzó la calle hasta los jardines en el centro de Berkeley Square. Abrió el portón con llave y paseó por el sendero que serpenteaba dentro de la verja, con el sol calentándole el rostro. Agradecía que las casas de la plaza tuvieran acceso a ese pequeño rincón verde, aunque no era lo mismo que estar en el campo. El sonido de caballos y carruajes sobre los adoquines apenas se amortiguaba con la vegetación, y las copas de las casas circundantes eran visibles por encima de los árboles.

La cháchara de Georges rompió la relativa calma, y Phoebe se dirigió de nuevo hacia la verja. Green y Ellie seguían a Alice Bryant y su pupilo dentro de los jardines, y pronto Georges tenía a Green lanzándole la pelota y a Ellie corriendo para recogerla. Alice observaba la escena, y Phoebe fue a colocarse a su lado.

La llegada de Alice Bryant el año pasado como la nueva institutriz de Georges había hecho la vida de Phoebe mucho más agradable. A diferencia de la mujer anterior, Alice tenía solo unos pocos años más que Phoebe. Aunque siempre llevaba el cabello castaño claro recogido con fuerza en un moño, su sonrisa constante y el brillo que solía tener en los ojos eliminaban cualquier atisbo de severidad. Phoebe la había acompañado en varias de sus salidas con Georges, disfrutando de paseos por los parques y excursiones a museos. Alice también era alguien con quien podía hablar con facilidad, ya que su origen como hija de un agricultor con tierras no era muy distinto del de Phoebe.

—He oído que tuvieron algunos problemas en Francia —dijo Alice en voz baja.

Phoebe suspiró. La presencia de Ellie en lugar de la doncella anterior de la condesa debía haber dejado claro que el viaje no había sido sencillo. Le contó a Alice la misma versión resumida que había dado a su tío durante el desayuno. Le habría gustado poder contar más, pero la mayoría de los hechos no le correspondían.

—¡Phoebe, ven a jugar! —dijo Georges.

Alice le dirigió una mirada de disculpa por la interrupción, pero Phoebe negó con la cabeza y sonrió.

—Puedo vigilar si desea tomarse un momento para usted —le ofreció.

—Gracias —Alice le devolvió la sonrisa y volvió a entrar en la casa.

Green lanzó bien, obligando a Georges a hacer un verdadero esfuerzo para golpear la pelota. Phoebe y Ellie intentaban atrapar los golpes de Georges con entusiasmo; Phoebe lanzó la pelota al aire con júbilo cuando logró dejarlo fuera.

Corriendo tras la pelota otra vez, Phoebe fue frenando hasta detenerse al notar que un hombre vestido como jornalero se acercaba. No era uno de los jardineros habituales. Green también debió de sentirse incómodo, porque colocó a Georges detrás de él. Phoebe soltó un suspiro de alivio cuando el hombre simplemente preguntó si una de las mujeres se llamaba Deane. Ella asintió, y el hombre le metió una nota en la mano antes de girar sobre sus talones y alejarse.

La nota estaba sellada con un trozo de cera, pero sin ningún grabado.

—Será mejor que volvamos dentro —dijo Phoebe—. Ahora, Georges, por favor —añadió, al ver que el niño abría la boca para protestar—. Si tu madre se entera de que han estado hombres rudos en la plaza, puede que no te deje volver a jugar aquí afuera.

Eso fue suficiente para que Georges obedeciera, y regresaron a la casa. Por desgracia, la condesa bajaba las escaleras justo cuando cruzaban el vestíbulo. Frunció los labios con desaprobación, pero por una vez no dijo nada.

Phoebe fue a su habitación a leer la nota. Era de Brevare, como había sospechado. El mensaje, escrito con letra apresurada, le indicaba que lo encontrara en Hyde Park a las cuatro de la tarde, y que llevara el mensaje consigo. Daba indicaciones detalladas y terminaba con la advertencia de que, si ella no acudía como se le había ordenado, él pasaría personalmente por Berkeley Square a recogerlo.

A Phoebe se le encogió el corazón. Brevare no debía ir a la casa, eso implicaría demasiadas explicaciones, y su tarea ya no sería secreta. El plan había sido que ella contactara primero con el conde de Marstone, el verdadero conde, no el impostor al que ella y Alex sospechaban que Brevare la llevaría a ver. Brevare había organizado el encuentro mucho antes de lo esperado.

Si tan solo Alex estuviera aquí, podría hablar con él sobre la situación. Pero era una idea absurda. Si él no estuviera aun arriesgando su vida en Francia, nada de esto estaría ocurriendo.

Estaba sola, y debía hacer lo mejor que pudiera.

El reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba poco después de la una. Tardaría menos de media hora en llegar al parque, así que tenía tiempo de comer algo antes. Acababa de empezar a usar su último cuaderno de dibujo, así que si alguien preguntaba adónde iba, podría decir con total sinceridad que necesitaba salir a comprar materiales de dibujo.

Capítulo 20

Phoebe subió los escalones del área con Ellie tras ella, esperando que su tía no estuviera mirando a la calle mientras se alejaban a toda prisa. Llevaba su *pelisse* y sombrero más viejos. Y, tras considerar lo que Brevare podría hacer si ella se negaba a entregarle el mensaje, solo había guardado unas pocas cosas en su bolsillo.

—¿Adónde vamos, señorita? —preguntó Ellie—. Me encantaría ver los sitios de interés ya que estoy aquí.

—Me temo que hoy no será nada emocionante, Ellie —respondió Phoebe, esperando que fuera cierto—. Pero ya veremos qué podemos hacer otro día. —Se detuvo en la esquina de la plaza, fuera de la vista de la casa—. Voy a comprar papel para dibujar, y tengo otro encargo que hacer. Si alguien pregunta, fuimos a muchas tiendas distintas hasta que encontré el papel que quería. ¿Entiendes?

Ellie asintió.

—¿No será esto por un jovencito, verdad, señorita? —preguntó con cautela.

—No.

—Entonces mejor no diga nada más, señorita.

—¿No parece sorprendida?

—El señor Trasker dijo que pensaba que usted necesitaba una doncella que supiera guardar silencio.

—¿Eso fue todo lo que dijo?

—Sí, señorita. Prefiero no saber más. Pero, ¿no debería llevar también a Owen Jones?

—¿Owen? ¿No regresó a Ashmouth?

—No, señorita. Debo mandar un recado a la Corona si se le necesita. Está a solo unas calles de aquí.

Phoebe se sintió de pronto mucho menos nerviosa ante el encuentro que se avecinaba. Owen no era Alex, pero su presencia le daría seguridad. Escribió rápidamente una nota en una hoja

arrancada de su cuaderno de dibujo y Ellie se la llevó a un chiquillo que rondaba cerca.

Una vez que Owen se les unió, Phoebe se sintió más segura. Él y Ellie eran claramente personas en quienes Trasker confiaba, tal vez podrían observar bien al hombre que Brevare había citado, por si aquella era la única oportunidad de verlo. Si su idea funcionaba, sin embargo, podría volver a encontrar al hombre con algunos de los hombres de lord Marstone cerca para observar.

Les explicó su plan a Owen y Ellie mientras caminaban entre ellos hacia Hyde Park, contándoles que el hombre al que iba a ver creía que ella era una sirvienta. Los tres caminaban con paso ligero, recuperando pronto el tiempo perdido esperando a Owen. Era un alivio no tener que pasearse con la lentitud que adoptaban la condesa y Hélène cuando visitaban el parque.

Al llegar a las verjas del parque, Phoebe se detuvo y miró en torno a los pilares, pero no vio a Brevare. No le quedaba más remedio que seguir las instrucciones y confiar en que no hubiera elegido un lugar demasiado apartado.

A una señal de Phoebe, Owen y Ellie se alejaron del brazo, caminando despacio y dando una buena impresión de enamorados disfrutando de su media jornada libre. Al verlos, Phoebe entrelazó las manos, esperando no parecer tan nerviosa como se sentía. Una sonrisa irónica la acompañó al darse cuenta de que no importaba, una sirvienta encargada de entregar un documento importante bien podía parecer incómoda.

Phoebe se puso en marcha justo cuando Owen y Ellie tomaban el sendero hacia el Serpentine, pasándolos poco antes de llegar al bosquecillo descrito en la carta de Brevare. Brevare estaba allí, sosteniendo las riendas de un par de caballos grises enganchados a un landó sencillo con la capota bajada. Un hombre mayor estaba sentado en el vehículo, con un abrigo recargado de encajes y una peluca empolvada en exceso. La expresión ansiosa de Brevare se transformó en alivio al verla acercarse. El otro hombre no descendió del carruaje, obligando a Phoebe a alzar la vista hacia él.

—Esta es la mujer con el mensaje, milord —dijo Brevare.

—¿Es usted la señorita Deane? —preguntó el hombre.

—Sí, milord —Phoebe hizo una reverencia—. ¿Es usted el conde de Marstone?

—Lo soy. Gracias por traer el mensaje, aunque habría sido más conveniente que se lo entregara a Brevare, como le pidió.

—Recibí instrucciones precisas, milord —dijo Phoebe, bajando la mirada.

—Bueno, muchacha, entrégamelo entonces —dijo con impaciencia.

Phoebe alzó la vista hacia él.

—No, milord. El señor Westbrook me dijo que debía entregarlo en la Oficina de Asuntos Exteriores. Si me dice cuándo estará allí, y a dónde debo ir, se lo entregaré entonces.

Brevare soltó una maldición entre dientes. El hombre en el landó negó levemente con la cabeza, frunciendo el ceño. Phoebe observó su expresión con interés, parecía confundido más que enfadado o molesto.

—No seas ridícula —dijo Brevare—. Es imposible que realmente te dijera que fueras a la Oficina. Solo te estaba indicando dónde podrías encontrar… a su señoría. No necesitas ir hasta allí ahora que yo te estoy ayudando.

—Yo solo hago lo que me dijeron —respondió Phoebe, intentando sonar como una criada terca y no demasiado lista—. Dijo que debía llevarlo a la Oficina de Asuntos Exteriores. No dijo nada de entregarlo en un parque.

Brevare volvió a maldecir, esta vez en voz más alta. Soltó a los caballos y se acercó a ella.

—Dame tu bolsillo.

Phoebe se esforzó bajo sus faldas para desatar los cordones y se lo entregó. Él volcó su contenido sobre la hierba: su pequeño cuaderno de dibujo cayó junto a un peine y algunas monedas. Brevare hojeó el cuaderno sin encontrar nada. Murmurando otra maldición, metió la mano dentro del bolsillo y sacó un pañuelo.

Phoebe deseó haberlo usado para sonarse antes de salir.

—¿Dónde está? —exigió él.

—Lo tengo a salvo, señor —dijo Phoebe, abriendo los ojos con lo que esperaba fuera una mirada de incomprensión bovina.

Mantuvo el rostro lo más impasible que pudo, observando cómo el ceño se marcaba en el rostro de Brevare. Por el rabillo del ojo, vio a Owen y Ellie pasear frente a ellos. Phoebe se obligó a no apartar la mirada de Brevare, aunque él parecía estar mirando a través de ella. Aunque se había acercado mucho, no hizo ademán de tocarla. ¿Estaría intentando decidir qué hacer?

—Muy bien —dijo finalmente Brevare entre dientes, devolviéndole el bolsillo—. Te enviaré una nota para informarte cuándo podrá recibirte su señoría. Asegúrate de traer el mensaje la próxima vez.

Phoebe hizo una reverencia cuando Brevare se subió de un salto al landó y sacudió las riendas. Recogió el contenido de su bolsillo del suelo y observó el carruaje hasta que desapareció de su vista tras unos árboles.

—¿Está bien, señorita? —preguntó Ellie a su espalda, y Phoebe se volvió.

—Sí. Sí, gracias, Ellie —respondió, y fue a sentarse a un banco cercano. Hizo un boceto rápido del hombre del landó mientras aún recordaba su rostro, con Owen y Ellie asomándose por encima de su hombro.

—¿Lograste verlo bien? —preguntó mientras añadía los últimos detalles.

—No muy bien, señorita, estaba demasiado lejos. Pero ese dibujo se parece mucho, hasta donde yo puedo decir.

—Gracias.

Podía intentar ver directamente al conde de Marstone, pero Alex había pensado que sería más fácil mantener su visita en secreto si pedía ayuda a Lady Carterton. Podía pasar por su casa de camino.

—Necesito comprar algo para justificar dónde he estado esta mañana —dijo—. Owen, ¿puede ir a comprarme otro cuaderno de dibujo? Lleve este, así consigue uno similar —arrancó la hoja con el retrato del hombre del landó y le entregó el resto del cuaderno junto con unas monedas—. Tengo otra visita que hacer de regreso, pero con Ellie estaré segura.

—Está bien, señorita.

***

Alex yacía sobre la cama llena de bultos, con las manos bajo la cabeza, tratando de ignorar la pelea a gritos que se oía en la habitación de abajo. Las ventanas sucias apenas dejaban pasar la débil luz del sol de febrero. Un hedor nauseabundo proveniente del patio detrás de los edificios impregnaba toda la construcción.

Frunció los labios al mirar las manchas de humedad en el techo. Esto distaba mucho de lo que la mayoría imaginaba al pensar en París: la antigua ciudad de la moda, destino predilecto de la aristocracia. Maldito Brevare, pensó por enésima vez. De no ser por él, habría regresado en el *Lily*, de pie en la cubierta junto a Phoebe, con mechones de su cabello agitados por el viento. De estar todo bien, ella ya debería estar a salvo en suelo inglés.

Por un momento lamentó haber arrojado aquella novela en un campo de Normandía; al menos habría tenido algo con qué pasar el tiempo mientras esperaba el regreso de Henri. Quien creyera que la vida de un espía era emocionante, no había soportado los largos periodos de tedio e incomodidad que conllevaba. Al principio, a Alex no le molestaban esos tiempos muertos durante sus expediciones a Francia, pero últimamente parecían hacerse más largos. Y más solitarios.

Se sentó y puso los pies en el suelo al oír pasos que se acercaban. Un murmullo de *C'est moi* acompañado de un golpecito en la puerta lo hizo relajarse cuando Henri se deslizó al interior.

—¿Tuviste suerte? —Uno de los antiguos contactos de Alex, un boticario, había encontrado la dirección de la casa de los Brevare en el barrio del Marais. Henri había ido a averiguar si aún estaba ocupada.

—Algo. Mi contacto no sabía nada al respecto, pero ha enviado a alguien a investigar.

Eso era razonable; los conocidos de Henri en París eran antiguos socios del negocio de contrabando, no espías. Él y Henri podían vigilar la casa ellos mismos, claro, pero era más rápido si alguien del lugar podía hacer preguntas en la zona, alguien que no despertara sospechas.

—Informará esta noche, en *Le Chat Gris*. Le di tu descripción. Ahora voy por algo de comer, ¿quieres algo?

Alex negó con la cabeza y Henri se marchó. Otra visión de cabello rojizo y ojos sonrientes cruzó por su mente, y trató de desecharla. Probablemente Phoebe no sabía mucho más sobre París que él, aunque al menos podría haber conversado con ella sobre todo esto. Reprimió el pensamiento de que conversar era el menor de los beneficios de la presencia de Phoebe. Era una dama, o casi una, lo cual daba lo mismo, y las damas no se dedicaban al espionaje ni vivían en desvanes inmundos como aquel. Ni se relacionaban con hombres como él.

Estaba más seguro solo. Y debía mantenerse así.

El callejón que llevaba a la taberna apestaba a basura, comida podrida y otras cosas que Alex prefería no imaginar. Por suerte, la oscuridad ocultaba la mayoría de los detalles. La llovizna constante no mejoraba su humor, ni tampoco el viento helado que se colaba entre los altos edificios. El interior de *Le Chat Gris* era cálido, pero no olía mucho mejor. Se deslizó dentro, empujó una moneda sobre la madera marcada y pegajosa de la barra, y llevó su cerveza a un rincón vacío. Se recostó en la silla y se caló el sombrero sobre los ojos, sosteniendo la jarra entre las manos mientras se preparaba para esperar. Lo último que deseaba en ese momento era entablar una conversación.

—¿Leon? —El hombre que lo abordó estaba sin afeitar, con su ropa raída, y se mezclaba bien con el resto de los parroquianos. Sostenía una jarra de cerveza en una mano.

—*Oui* —dijo Alex, con un gesto como si el hombre acabara de pedirle permiso para sentarse a su lado.

El hombre se sentó.

—La casa está vacía, salvo por un viejo y su esposa. Los cuidadores.

—¿Hace cuánto?

—Meses, quizá más. La familia, los *ci-devants,* no se ha dejado ver allí desde hace cuatro o cinco meses, al menos.

—¿Se sabe dónde están?

—Hay un château a medio día de camino. Podrían estar allí. Está unas pocas leguas al norte de Beauvais.

Eso era todo lo que el hombre tenía, pero bastaba. Phoebe solo había averiguado que el château estaba al norte de París, ahora sabía exactamente dónde buscar.

Alex deslizó el pago acordado sobre la mesa y el hombre lo guardó, vació su jarra y se marchó sin mirar atrás. A Alex le pareció obvio que se trataba de una cita preestablecida, pero nadie más mostraba interés por su rincón del salón. Pensó en marcharse también, pero ese sitio al menos ofrecía un cambio respecto al deprimente cuarto que alquilaban. Hizo una seña al tabernero, quien le trajo otra cerveza.

—Tengo una habitación bonita y tranquila —dijo una voz ronca.

Alex alzó la vista de su bebida y vio una falda roja, sorprendentemente limpia considerando la clientela del lugar. Encima, un busto generoso, y luego un rostro de labios escarlata y mirada insinuante.

—Tiene pinta de ser un hombre que necesita un poco de compañía agradable —dijo la mujer, alzando una ceja perfectamente delineada y curvando los labios en una sonrisa.

Alex empujó el ala de su sombrero hacia atrás y la inspeccionó con más atención. Tenía ese tipo de figura y belleza rubia que siempre le había resultado atractiva, y aún era lo bastante joven para no mostrar los estragos de su oficio.

Desvió la mirada hacia los demás ocupantes de la taberna.

—No parece su lugar habitual.

—Mi último cliente me trajo aquí —respondió ella, dando un paso más cerca.

En cualquier otro momento, esa habría sido la señal para que Alex la dejara sentarse en su regazo y enroscarle los brazos al cuello.

No se movió, aun sujetando la jarra contra el pecho. Ella se inclinó un poco más, luego frunció los labios con decepción y se alejó.

Alex la observó mientras se dirigía a un hombre mayor sentado unas mesas más allá, preguntándose por qué había reaccionado así. Un mes atrás, probablemente habría aceptado su oferta, habría pasado la noche con ella a cambio de unas monedas, y se habrían

separado por la mañana sin remordimientos, sin lazos, sin implicaciones.

Permaneció allí hasta terminar su cerveza, luego salió. Afuera, llenó los pulmones con el aire frío y echó a andar con paso enérgico, era más seguro estar en su alojamiento que deambulando por las calles. Y más seguro estar solo.

Ningún lazo, ninguna implicación: así había sido su vida durante años. Aún lo era, pero se hacía mucho más difícil cuando había alguien con quien realmente le gustaría implicarse.

Muchísimo.

Capítulo 21

A la mañana siguiente, Phoebe se despertó temprano y tuvo el comedor para ella sola mientras desayunaba. Tenía que ir a Brook Street esa mañana; Lady Carterton no había recibido visitas el día anterior, pero la doncella con la que habló le sugirió que probara después del desayuno. Sin embargo, aún no era la hora, así que mató el tiempo durante una o dos horas en la biblioteca.

Las estanterías que cubrían las paredes rebosaban de libros, tanto de los que venían con la casa como de los que habían traído desde el château en Calvac. La alfombra algo gastada y los sillones de cuero eran más cómodos que elegantes. Era la habitación favorita de Phoebe en la casa; había pasado muchas horas felices allí, absorta en atlas y relatos de viajes y exploraciones. También era un lugar que la condesa visitaba rara vez.

El libro que había estado leyendo antes de que su tía las llevara a Francia era un volumen pesado, encuadernado en cuero, demasiado grande para leerlo cómodamente sobre las rodillas. Lo colocó en la mesa central, arrimó una silla, buscó la página, y pronto quedó absorta en descripciones detalladas de islas del Pacífico y rituales nativos. Estaba tan concentrada que no oyó entrar a su tío hasta que este habló a sus espaldas.

—Phoebe, ¿qué haces aquí?

Phoebe alzó la vista. ¿Por qué le sorprendía encontrarla allí? Ella usaba esta sala con frecuencia.

—Lo siento, señor. Me iré si usted...

—No, no —dijo él, haciendo un gesto hacia el libro—. Solo entré a buscar unos papeles. Pero ¿por qué no estás fuera visitando con tu tía? Ella y Hélène han ido a ver a Lady Brotherton.

—Estoy muy a gusto leyendo aquí, señor. Siempre que no le moleste, claro.

—Por supuesto que no —respondió el conde—. Sabes que puedes usar la biblioteca cuando gustes. Pero realmente deberías

salir y conocer gente. Es mejor hacer algunas amistades antes de empezar a ir a los bailes, ¿n'est-ce pas?

¿Lady Brotherton? ¿Esa chismosa maliciosa?

Phoebe se alegró de que su tía no la hubiese encontrado, lo último que quería era tener que sentarse educadamente mientras Lady Brotherton y sus hijas hacían comentarios malintencionados sobre su aspecto y sus perspectivas.

—No parece que tengas muchas ganas de que empiece la temporada —dijo él.

Phoebe se dio cuenta de que no había ocultado bien sus sentimientos, o tal vez su tío era más perspicaz, y quizá más comprensivo, de lo que ella creía.

—Tu tía dijo ayer algo sobre no querer llevarte de visita por tu comportamiento marimacho —añadió él con una sonrisa.

—Estaba jugando al críquet con Georges en la plaza, con un par de criados —explicó Phoebe, aliviada de que él no pareciera estar de acuerdo con su esposa.

—Bueno, quizá no sea el comportamiento más propio para una jovencita, pero Georges lo disfruta. Parece más feliz desde que volviste a casa.

—Seguro que se alegra de ver a su mamá otra vez —dijo ella, esperando no sonar tan poco sincera como se sentía. La atención de su tía hacia su hijo era bastante irregular—. La verdad, señor, no me ilusiona nada salir en sociedad —añadió, alisándose inconscientemente el vestido que llevaba. Era uno de sus mejores vestidos, de un color primaveral pálido, pero aún le quedaba algo suelto y el volante añadido para alargar la falda no combinaba del todo con el estilo del resto del vestido. Sería agradable conocer gente nueva, pero vestida como estaba, era probable que acabara convertida en un florero, una experiencia tanto aburrida como embarazosa.

Vio que la mirada del conde bajaba a su mano.

—Te sentirías más segura con mejores vestidos, ¿verdad? —preguntó.

—Gasto toda mi asignación en materiales para dibujar, señor.

Frunció el ceño.

—Lo siento, señor, si parezco desagradecida —dijo ella apresurada, aliviada cuando él negó con la cabeza y le sonrió—. De verdad estoy agradecida de que me diera un hogar cuando murieron mis padres.

Al mirar el reloj, vio que era hora de salir para volver a ver a Lady Carterton.

—Si me disculpa, tengo un recado que hacer.

El conde asintió distraídamente y Phoebe subió a ponerse la **pelisse**.

La casa de Brook Street era de un tamaño similar a la de su tío. Como el día anterior, Phoebe y Ellie bajaron por los escalones del área para llamar a la entrada de servicio. La misma muchacha del fregadero abrió la puerta, mirando con sorpresa el vestido de Phoebe antes de tomar la nota doblada que esta le tendía.

—Es un mensaje para Lady Carterton —dijo Phoebe—. Debo esperar la respuesta. ¿Podríamos sentarnos dentro, por favor? —dio un paso adelante mientras hablaba, como si no hubiera duda de que las dejarían pasar.

La criada se encogió de hombros y se hizo a un lado para dejarlas entrar, mostrándoles un par de sillas en un rincón del pasillo donde podían esperar.

Las dos mujeres se sentaron, respirando el aroma a pan horneado, observando el trajín de los lacayos que llevaban bandejas con los restos del desayuno y se las entregaban a las criadas del fregadero.

—Su señoría la recibirá ahora, señorita —dijo un lacayo, plantándose ante ellas—. Sígame, por favor.

Indicando con un gesto a Ellie que se quedara allí, Phoebe siguió al lacayo por la estrecha escalera de servicio hasta la planta baja, y luego a través de una puerta forrada de bayeta hacia la parte de la casa destinada a la familia. Él la condujo a un salón claro y aireado que daba a la calle.

Lady Carterton estaba sentada en un escritorio cerca de la ventana, y se volvió hacia Phoebe al verla entrar, dejando la pluma en su soporte. Era una mujer atractiva, de ojos azules y cabello

oscuro rizado recogido en lo alto de la cabeza. Su vestido de línea redonda era sencillo, pero bien cortado. Por la piel sin arrugas, Phoebe supuso que tendría unos veintitantos años. Alex no le había explicado su relación con ella, y Phoebe había asumido que sería mucho mayor.

—Señorita Deane —dijo, alzando la nota de Phoebe—. Dice aquí que fue enviada por Westbrook. —Su expresión era cautelosa, pero al menos no hostil.

—Sí, mi lady. Gracias por recibirme —dijo Phoebe, haciendo una reverencia.

—¿Está bien?

—Lo estaba la última vez que lo vi.

Aún lo estaba, esperaba ella.

—¿Cuándo y dónde fue eso?

Phoebe vaciló, sin estar segura de cuánto debía decir.

—Hace unos días, cuando regresamos de Francia. Él… él nos ayudó a mis parientes y a mí a escapar.

La expresión de Lady Carterton se suavizó.

—¿No quiere sentarse? —Se puso de pie y se dirigió hacia un par de sillones junto al fuego—. ¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

Eso era cierto: no sabía con *exactitud* dónde estaba.

—Ha dicho que estuvo en Francia. ¿Con quién?

—Con mi tía, la condesa de Calvac, y su hija. Vivo con el conde y su familia.

Lady Carterton sonrió por fin.

—¿Cómo puedo ayudarla, señorita Deane?

—Necesito ver al conde de Marstone. Pero sería mejor que nadie supiera que lo he hecho.

Las cejas de Lady Carterton se alzaron.

—El señor Westbrook dijo que usted podía ayudarme —prosiguió Phoebe—. ¿Conoce al conde?

Las cejas se alzaron aún más.

—Podría decirse que sí. Es mi hermano.

Eso explicaba por qué Alex pensaba que Lady Carterton podía ayudarla, pero no por qué *debía* hacerlo. Phoebe sintió de pronto el

impulso de preguntar qué tan bien conocía Alex a Lady Carterton y por qué su señoría debía ayudarla solo porque él lo había pedido.

—¿Señorita Deane?

Reprendiéndose mentalmente al recordarse que no era asunto suyo, obligó su atención a volver a Lady Carterton.

—¿Es urgente? —preguntó esta.

—Creo que sí, mi lady. Aunque no puedo decir si el conde estará de acuerdo.

Lady Carterton se tocó pensativamente el labio, luego se levantó para hacer sonar la campanilla. Volvió a su escritorio y sacó una hoja de papel.

—¿Mi lady? —dijo el mayordomo al entrar en la habitación.

—Necesito que alguien vaya a Grosvenor Square, Hobson. Envíe a Barrington para recibir instrucciones. Y que suban té fresco también.

El mayordomo se retiró con una reverencia y, unos minutos después, entró un lacayo. Tomó la nota que Lady Carterton le tendía.

—Es para el conde —le indicó—. Si está en casa, debe esperar una respuesta. Si no está, deje la nota pero asegúrese de que Langton sepa que es urgente. Y pregunte cuándo se espera su regreso. ¿Ha quedado claro?

—Sí, mi lady.

Phoebe miró los papeles sobre el escritorio de Lady Carterton.

—Lamento haberla interrumpido, mi lady.

Lady Carterton sonrió.

—Oh, no se preocupe por eso. Solo tomaba apuntes sobre la reunión de ayer del Fondo para los Indigentes. Puedo terminarlo más tarde sin problema. Ahora bien, Phoebe… ¿no le importa que la llame Phoebe?

Phoebe negó con la cabeza.

—Cuénteme cómo conoció a Alex.

Para cuando el lacayo regresó de Grosvenor Square, Lady Carterton había extraído la mayor parte de la historia de vida de Phoebe y, para su sorpresa, le había pedido que la llamara Bella en privado. Phoebe también había recibido detalles exhaustivos sobre

los tres hijos de su anfitriona y la propiedad de los Carterton en Sussex. Se sentía como si la hubiesen pasado por un rodillo.

Lady Carterton abrió la nota.

—Bien, puede recibirnos ahora —dijo, volviéndose hacia Phoebe —. Creo que tu doncella debería quedarse aquí, pero prestarte su capa. Tú serás mi doncella. ¿Crees que servirá?

—Sí, gracias.

Debería funcionar, pensó Phoebe, siempre que se cubriera el cabello.

—¿Tu servidumbre…? —empezó a preguntar Phoebe mientras salían, pero se contuvo. Cuestionar la discreción del personal de Lady Carterton no era lo más cortés.

—Muy discreta —dijo Lady Carterton, con los ojos chispeantes —. A menos que se les pida que no lo sean.

Poco después estaban en Grosvenor Square, y Phoebe alzó la vista hacia las columnas griegas que flanqueaban la puerta mientras Lady Carterton hacía sonar el llamador.

Con una sonrisa irónica por volver a representar el papel de criada, Phoebe se mantuvo un paso atrás mientras seguía a Lady Carterton al interior del vestíbulo de baldosas blancas y negras. Tras un breve intercambio con el mayordomo, fueron conducidas a la biblioteca.

—Avisaré a su señoría de su presencia, mi lady —dijo el mayordomo antes de retirarse.

Phoebe contempló con una mezcla de asombro y envidia la amplia estancia: sus estanterías, que iban del suelo al techo, contenían muchos más libros que la biblioteca de su tío. Entonces su atención se fijó en un retrato familiar colgado sobre la repisa de la chimenea. Al examinarlo, vio a un hombre de unos treinta años, vestido a la moda de hacía algunos años. Tenía una mano apoyada en el hombro de una mujer un poco más joven, de cabello castaño oscuro recogido en lo alto, sin empolvar. Ella sostenía a un bebé en brazos, y dos niñas pequeñas jugaban a sus pies. El paisaje de fondo mostraba laderas boscosas y un atisbo del mar.

—Mi hermano y su familia —dijo Lady Carterton—. Creo que lo pintaron hace unos diez años; desde entonces han tenido otro hijo y otra hija. Yo soy la menor de mi generación; él me lleva más de diez

años. A Lady Marstone no le gusta mucho Londres, ni Marstone Park. Ese cuadro fue pintado en…

Lady Carterton se interrumpió al oír que se abría la puerta detrás de ellas, y Phoebe se volvió para ver la versión real del hombre del retrato. El conde de Marstone era un poco más alto que la estatura media, de rostro severo, nariz recta, mandíbula cuadrada y los mismos ojos azules que Lady Carterton. Había algo en él que le resultaba vagamente familiar… aunque claro, acababa de examinar su retrato.

—¿De qué se trata, Bella? —preguntó el conde, con impaciencia evidente en el tono—. Tu nota no decía nada. ¡De verdad estoy ocupado!

—Esta es la señorita Phoebe Deane —dijo su hermana con calma—. Tiene algo que contarte.

Cuando el conde dirigió su mirada hacia Phoebe, ella se recordó a sí misma que había venido por recomendación de Alex, y que no estaba malgastando el tiempo de aquel hombre. Alzó el mentón mientras él evaluaba su aspecto de pies a cabeza, su rostro ahora inquietantemente inexpresivo. Su mirada parecía atravesarla, pero Phoebe se negó a bajar los ojos.

—No creo que sea necesaria mi presencia —dijo Lady Carterton —. Volveré dentro de… ¿media hora, quizá?

Phoebe asintió cuando su anfitriona la miró.

—Ahora, si me prestas una doncella, puede llevar la capa de Phoebe.

—Muy misteriosa, Bella —comentó el conde con tono reprobador.

—Oh, no me niegues mi pequeña diversión, Will —rio Lady Carterton.

Phoebe le pidió a Lady Carterton que comprara un ejemplar de *La caverna del pirata* mientras ella se ausentaba, en un susurro demasiado bajo para que el conde lo oyera, y le entregó la capa de Ellie. Lady Carterton volvió a reír al marcharse, y Phoebe se quedó a solas para enfrentarse al conde.

Capítulo 22

—Siéntese, señorita Deane —dijo lord Marstone, indicándole una silla frente a su escritorio, mientras él tomaba asiento en la silla de cuero detrás de este. Phoebe vio cómo su mirada se desviaba hacia un lado… ¿ya estaba mirando el reloj?

Phoebe respiró hondo, la molestia comenzando a superar sus nervios. Si podía enfrentarse a una taberna llena de franceses borrachos, no debía acobardarse ante un lord inglés, por muy severo que pareciera.

—¿Y bien, señorita Deane? —sonó aún impaciente.

—Tengo un mensaje para usted de parte del señor Westbrook —dijo Phoebe, yendo directo al grano. Al parecer, no se requerían formalidades sociales.

—¿Está bien?

—Sí, mi lord —al menos, lo estaba la última vez que lo vio.

—Bien. ¿Cómo es que usted es su mensajera?

—Él me ayudó a escapar de Francia, junto con algunos miembros de mi familia.

El conde alzó las cejas.

—Detalles, por favor.

Phoebe le contó su historia. Además del resumen que había dado a lady Carterton, describió brevemente las conversaciones con Alex sobre las acciones de Brevare y sus posibles motivos. Su irritación disminuyó al ver que él la escuchaba con atención, interrumpiéndola solo para aclarar algún punto.

—Así que —dijo cuando ella terminó—, Westbrook se ha lanzado en una especie de caza de gansos en busca de la madre y la hermana del vizconde de Brevare, quienes puede que vivan en París o tal vez en algún château en una ubicación desconocida al norte de allí, dejándole a usted la tarea de traer tanto la información real como una nota señuelo.

No sonaba muy sensato dicho así.

—Sí, mi lord. La parte del señuelo requería que él no regresara con nosotras. Y pensó que si Brevare estaba siendo chantajeado, tener a su familia a salvo podría permitirle hablar…

—Sí, entendí eso. ¿Qué habría pasado si Brevare hubiera intentado quitarte el mensaje, o los mensajes, por la fuerza?

Su expresión no cambió, pero Phoebe creyó detectar desaprobación en su tono.

—Solo habría obtenido el señuelo.

—¿Cómo es eso?

—El verdadero está… eh… cosido a mi corsé —esperó no estar sonrojándose.

El conde la sorprendió con una breve risa.

—¿Debo dejarla sola unos minutos, entonces?

—Una doncella y unas tijeras también serían útiles, por favor.

Todavía riendo, el conde salió de la habitación. Poco después, una doncella apareció y condujo a Phoebe a un dormitorio desocupado en el piso superior. Phoebe observó el lugar con interés mientras la doncella la ayudaba a desabrochar su vestido y corsé. La habitación no era grande, apenas tenía espacio para una cama individual, una silla y un baúl, pero estaba ricamente amueblada, con pesadas cortinas de brocado en las ventanas y alrededor de la cama. El tamaño y la ubicación de la casa ya hablaban de riqueza; el mobiliario lo confirmaba.

Una vez quedó en su camisón, Phoebe descosió rápidamente las costuras para sacar la carta, luego volvió a vestirse, podría arreglar el corsé en casa. Cuando regresó a la biblioteca, se sorprendió al ver a un hombre más joven con el conde.

—Phineas Kellet —dijo el conde—. Mi secretario privado.

Kellet hizo una reverencia en señal de saludo. Phoebe le entregó el mensaje al conde, quien lo examinó brevemente antes de pasárselo a Kellet.

—Gracias, señorita Deane.

Kellet se sentó en un extremo del escritorio. Mientras Phoebe tomaba asiento, lo vio sacar un libro de un cajón; se parecía al guía de caminos francés que Alex había estado usando. Contuvo una

sonrisa al verlo pasar páginas y contar palabras. ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de que no podría descifrarlo con ese libro?

—Ahora, señorita Deane, ¿aún tienes con usted el mensaje señuelo?

—Sí, mi lord —se lo entregó—. Aunque esa parte del plan no salió como… como el señor Westbrook esperaba.

—Era de esperarse —dijo él con tono seco—. Pero continúe, por favor.

—Esperaba poder hablar con usted antes de que Brevare me contactara, para que pudiera poner a alguien a vigilarlo. Pero ayer me citó en Hyde Park y me dijo que debía entregar el mensaje a un hombre que presentó como el conde de Marstone.

Phoebe se alegró de ver que lo había sorprendido.

—¿Se negó?

—Sí. Le dije que tenía instrucciones de entregarlo en la Oficina de Asuntos Exteriores.

—¿Y aceptó eso? —las cejas del conde volvieron a alzarse.

—No tenía opción; no lo llevaba conmigo.

—Hmm. Corrió un riesgo. Ahora, ¿puede describirme al hombre que estaba con Brevare?

Phoebe sacó el boceto de su bolsillo y se lo pasó al conde. Él lo estudió con atención antes de dárselo a su secretario.

—¿Reconoces el rostro, Kellet? Me temo que yo no.

El secretario negó con la cabeza.

—Puede que fuera un actor —dijo Phoebe—. No supo qué decir cuando me negué a darle el mensaje. Fue Brevare quien dirigió toda la reunión, no ese hombre.

El conde juntó las manos en punta y apoyó el mentón sobre ellas.

—¿Qué dice el mensaje señuelo?

—Creo que solo es un conjunto de números indescifrables, pero escrito para parecer que está en el código correcto.

El conde lo colocó en el escritorio, junto al mensaje real sobre el cual Kellet ya se rascaba la cabeza. Puso el dedo sobre el señuelo.

—Esto está escrito por Westbrook —afirmó—. El verdadero no. ¿Quién codificó la información real?

Phoebe notó un matiz de reproche en su voz.

—Yo.

La boca del conde se tensó en una línea delgada.

—¿Por qué le confió esa… información delicada?

—Tendrá que preguntárselo a él —ojalá estuviera allí para poder hacerlo.

—¿Cuántas *otras* personas saben de esto?

La rabia se alzó en su interior: Alex había tomado la mejor decisión posible dadas las circunstancias, y ese hombre lo estaba juzgando. ¿Acaso él había estado alguna vez en una situación en la que arriesgara ser arrestado y posiblemente ejecutado?

Sentándose hacia adelante en su silla, Phoebe empezó a contar con los dedos, su voz afilada.

—El capitán del *Lily* sabe que traigo un mensaje que Brevare quiere, pero no sabe cuál es ese mensaje. Lo mismo ocurre con uno de los miembros de su tripulación, que vino conmigo a Londres. Como el señor Trasker parece desempeñar un papel importante en las operaciones de contrabando, supongo que cualquiera que él envíe es de confianza.

Se detuvo ahí, manteniendo la mirada fija en el rostro del conde, esperando algún tipo de reconocimiento. Sus ojos se entrecerraron, pero luego asintió, así que continuó.

—El señor Trasker también envió a una doncella, que sabe que Brevare desea algo que yo estoy… llevaba conmigo, pero no sabe dónde me encuentro ahora.

—¿Y usted involucró a mi hermana en todo esto?

¿Estaba insinuando que lady Carterton era indiscreta, o que temía por su seguridad? Su expresión no revelaba nada.

—Ella solo sabe que quería hablar con usted. También le pregunté a mi tío, el conde de Calvac, dónde vivía usted y cuál era su reputación, para asegurarme de entregar el papel a la persona correcta, pero no sabe *por qué* quería esa información. Mi tía y mi prima no saben nada del mensaje. La única persona que sabe que estoy aquí, en esta casa, es lady Carterton.

Phoebe inspiró hondo, cerrando los ojos. Era la primera vez que le daba una reprimenda a un conde.

Sus ojos se abrieron de golpe al oír una risita.

—Mis disculpas, señorita Deane. Tendré que confiar en el juicio de Westbrook en este asunto, pero hasta ahora, su confianza parece estar justificada.

La ira de Phoebe empezó a disiparse, una cálida sensación se extendió por su pecho al recordar que Alex *había* confiado en ella desde el principio.

—Kellet, ¿podría confirmar primero que el mensaje señuelo es, de hecho, un sinsentido?

El secretario dejó a un lado el mensaje real y centró su atención en el falso. El conde observó a Phoebe durante unos momentos, hasta que ella se sintió lo bastante incómoda como para hablar.

—¿Mi lord?

—Perdone de nuevo, señorita Deane. Estaba considerando posibilidades —se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre el escritorio—. Tal como lo veo, ahora tiene usted una elección. Ha completado la tarea principal que se le encomendó de forma muy competente, y le estoy agradecido por ello. En este punto podría dar por terminado el asunto. Si Brevare vuelve a ponerse en contacto con usted, basta con que diga que su tío ya me ha entregado el mensaje y que ya no lo tiene.

—¿Y la otra opción? —preguntó Phoebe. Debería alegrarse de haber terminado con todo esto, y sin embargo, sentía cierta decepción por no estar presente en la conclusión.

—La otra opción es continuar con el plan del señuelo, o con una variación de este —el conde se recostó en su silla, ladeando un poco la cabeza—. He descubierto recientemente que alguien está filtrando información desde… desde dentro de mi departamento, como usted sospechaba. Posiblemente sea la misma persona responsable de enviar a Brevare.

Phoebe asintió.

—¿Debería…? Quiero decir, esto debe ser confidencial…

—¿Se lo contará a alguien más?

Ella se irguió.

—¡No, por supuesto que no!

—Entonces no hay razón para que no se lo diga, ¿verdad? ¿Cree que podría seguir adelante?

—Yo… sí, ayudaré si puedo —Seguramente no sería más arriesgado que aquella taberna en Granville.

—¿Sin dudarlo, señorita Deane? Está jugando con fuego; esto podría ser peligroso.

—Yo… bueno, es una experiencia nueva sentirse útil —Tampoco estaba acostumbrada a que le *pidieran* que hiciera algo, en lugar de que se lo ordenaran.

—Muy bien —dijo el conde—. Ahora bien, usted le ha dicho a Brevare que solo entregará el documento cuando me visite en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se me ocurre que, en realidad, es más probable que intente robárselo, probablemente cuando esté de camino a una reunión que él haya organizado.

—Sí, mi lord. Por eso quería verlo hoy.

—¿Y qué pensaba que podía hacer yo?

—Podría hacer que alguien me siguiera, y esos vigilantes podrían seguir a los que me quiten el mensaje. Me aseguraré de no hacer demasiado por impedir que se lo lleven —añadió, sintiendo un revoloteo nervioso en el estómago ante la idea.

El conde volvió a mirarla por encima de las manos entrelazadas.

—¿Qué tan eficaz cree que sería este plan?

—Podría salir mal con facilidad —trató de imaginar la escena: una calle atestada de gente y movimiento—. No debe de ser fácil seguir a quienes cometen robos; seguro que saben cómo evitar llamar la atención o escapar si los siguen.

—Estoy de acuerdo. No obstante, vale la pena intentarlo; al fin y al cabo, no se pierde nada si los vigilantes les pierden la pista.

A menos que me hagan daño.

Ya era tarde para arrepentirse.

—Quizá podríamos añadir otra cuerda a nuestro arco —añadió el conde—. ¿Kellet?

Kellet alzó la vista de sus intentos de descifrado.

—El mensaje señuelo es indescifrable, mi lord, pero el...

—Un momento —el conde lo interrumpió con un gesto—. Kellet, ¿cree que podríamos redactar un mensaje que haga que nuestro

traidor haga algo para delatarse?

El secretario se rascó la cabeza, con la mirada desenfocada en la pared del fondo.

—Es posible —dijo finalmente—. Llevará algo de reflexión.

—Señorita Deane. Usted es consciente del posible peligro que esto implica. ¿Está segura de querer participar?

Phoebe tragó saliva. Podía echarse atrás ahora si quería, y nadie la juzgaría por ello. Solo *ella* misma lo haría. Alex y personas como él arriesgaban la vida a diario para proteger Inglaterra; ella también debía cumplir su parte. Después de todo, no parecía *tan* peligroso.

—Sí, pero…

—¿Pero…? —la animó el conde.

—¿Podría saber quién me estará vigilando? Así sabré de quién no debo preocuparme.

—Por supuesto. Kellet, por favor, pida a Brownlee y Chatham que pasen, y vea si lady Carterton ha regresado. Hágale saber que estamos casi terminando.

Phoebe jugueteaba con la tela de su vestido. No había explicado la impresión equivocada que Brevare tenía sobre su estatus.

—¿Algún problema, señorita Deane?

—Mi lord, Brevare todavía cree que soy la sirvienta de mi tía. ¿Podría eso poner en peligro lo que… lo que usted está intentando hacer, cuando descubra que no lo soy? Mi prima hará su presentación en sociedad esta primavera, así que podríamos encontrarnos en algún evento social.

El conde lo consideró por un minuto.

—Eso incluso podría jugar a nuestro favor —dijo—. Pero déjeme pensarlo. Ahora, le enviaré un mensaje de reemplazo mañana temprano. ¿Cuál es la mejor manera de hacérselo llegar?

—Que alguien lo lleve a la entrada de servicio, dirigido a Ellie Denton. Le avisaré para que lo espere.

—¿Y sus… escoltas?

—Le diré a Owen que se mantenga cerca, pero no demasiado.

El conde sonrió.

—Bien, bien. —Señaló a los dos lacayos con librea que ahora estaban de pie justo dentro de la puerta de la biblioteca—. Estos

hombres serán sus vigilantes, con ropa distinta, naturalmente. Brownlee, Chatham, observen bien a la señorita Deane. Les daré más instrucciones más tarde.

Phoebe se puso de pie y devolvió la mirada evaluadora. ¿Los reconocería después? Chatham tenía la nariz un poco torcida, seguramente rota en algún momento, supuso ella. Aparte de eso, su aspecto no era especialmente llamativo, aunque sus miradas directas transmitían una determinación y un propósito que le recordaban a Alex. Se alegró de que estuvieran de su lado.

El conde despidió a los dos lacayos justo cuando lady Carterton entraba en la habitación. Le entregó un paquete a Phoebe.

—¿Es el correcto?

Al desenvolver el papel, Phoebe pensó que el libro era de la misma edición que el que ahora se descomponía en un campo de Francia.

—¿Mi lord? —Kellet intentó llamar la atención del conde—. ¿El mensaje real…?

—El señor Kellet podría disfrutar de esta lectura —interrumpió Phoebe, entregándole el libro al conde y compartiendo una sonrisa con lady Carterton.

El conde leyó el título en el lomo.

—*La caverna del pirata—Una historia de amor* —dijo, y una sonrisa se le fue dibujando mientras hojeaba la primera página—. La información estaba claramente aún más protegida de lo que creía. Gracias. Creo que el señor Kellet encontrará este libro… informativo. Tome, Kellet, intente descifrar con esto —le pasó el libro—. Señorita Deane, le pido disculpas una vez más por haber dudado de usted antes.

Phoebe se sonrojó de gusto mientras las dos mujeres se despedían.

Capítulo 23

De vuelta en casa, Phoebe se quitó la *pelisse* en el vestíbulo y se la entregó al mayordomo. Necesitaba sentarse en silencio un rato y reflexionar sobre lo que acababa de decirse en Marstone House. Su corazón se hundió al ver que la condesa salía del despacho de su tío. ¿Había estado esperando que Phoebe regresara?

—No sé dónde has estado toda la mañana —dijo la condesa—. Fuera donde fuera, deberías haber pedido permiso primero. Tu tío desea verte.

Un nudo helado se instaló en el estómago de Phoebe. La condesa debía de haberle dado a su esposo más detalles de su versión de los hechos en Francia.

El conde siguió a su esposa fuera del despacho, negando con la cabeza.

—Lavinia, veré a Hélène primero. Phoebe, ¿puedes encontrar a Hélène y pedirle que venga a verme, por favor?

—No, no, Edouard, ya la buscaré yo —dijo rápidamente la condesa, girándose hacia él—. Phoebe ya está aquí, ¿por qué no averiguas qué...?

—No, Lavinia —el conde le tomó el brazo y la condujo hacia las escaleras—. Creo que deberías subir a descansar. Phoebe puede buscar a Hélène.

Phoebe los observó a ambos mientras su tío echaba una mirada por el vestíbulo, y aquella sensación fría empezó a disiparse. Fuera lo que fuese que su tía hubiera dicho, parecía que su tío no iba a aceptar su palabra sin corroborarla.

—Green, mande subir a la doncella de madame.

La boca de su tía se torció hacia abajo.

—Pero Edouard...

—¡Ahora, Lavinia!

Phoebe nunca lo había oído hablar con tanta severidad, ni había visto a su tía tan sorprendida. El conde soltó su brazo e hizo un gesto hacia arriba. Ella comenzó a subir la escalera, girándose tras

apenas unos escalones, pero el conde ya se dirigía de nuevo hacia Phoebe.

—Phoebe, me gustaría hablar contigo más tarde. Por favor, no salgas otra vez. Ahora, ¿puedes mandar a Hélène conmigo?

—Sí, señor —respondió Phoebe, aliviada por el tono cortés.

—Pruebe en el salón de atrás, señorita Deane —le aconsejó el mayordomo.

Phoebe encontró a Hélène, tal como Cookson había dicho, en el salón de atrás del primer piso, y le pidió que fuera con su padre. Hélène no la miró a los ojos al dejar su novela y marcharse.

Phoebe se encogió de hombros, estaba demasiado cansada para tratar de entender el comportamiento de su prima. Necesitaba algo de beber, así que hizo sonar la campanilla. El té, cuando llegó, la reanimó un poco. Las conclusiones de su tío podrían depender de lo que dijera Hélène, pensó con pesimismo. Si Hélène confirmaba lo que su madre hubiera contado al conde...

Bueno, pronto lo sabría. Volvió su mente con determinación a lo que sucedería cuando Brevare organizara el siguiente encuentro.

Cuando Phoebe fue llamada de nuevo al despacho media hora más tarde, descubrió que Hélène ya se había ido. Su tío estaba sentado detrás del escritorio, con aspecto cansado y algo severo, con los dedos de una mano presionando su sien.

—Siéntate, Phoebe.

Phoebe se acomodó en una silla frente a él, el cuerpo tenso. Su futuro podría depender de lo que se dijera allí.

—Ayer me contaste algo de tu viaje —continuó el conde—. Ahora quiero más detalles. Sin duda será otra versión distinta de los hechos —añadió, casi en voz baja.

—No le mentiré, señor —dijo Phoebe. O su tía o su prima ya le habían mentido, si sus historias eran distintas.

—No estoy acusando a nadie de mentir. Todavía no —dijo con cansancio—. Empieza por decirme por qué ese hombre… —consultó unas notas garabateadas sobre su escritorio— por qué ese tal Perrault pensó que todos ustedes debían ser arrestados.

Phoebe describió la escena en la posada, dando solo los detalles necesarios de las acciones y palabras de su tía para dejar claro cómo

había llamado la atención de Perrault. No era conveniente pintar a su tía con demasiados tonos oscuros.

—Eso concuerda más o menos con lo que dijo Hélène —comentó él al terminar.

¿Entonces la condesa había contado algo distinto? Por eso debía de haber querido hablar con Hélène antes de que el conde lo hiciera. Phoebe sintió que parte de la tensión abandonaba su cuerpo al darse cuenta de que su tío había considerado esa posibilidad.

—Ahora, tu tía se refiere a Westbrook como un tipo vulgar, tosco.

—No lo creo, señor. No sé mucho sobre él, pero habla como un caballero, y siempre se comportó conmigo como tal. —Las pocas cosas que sabía sobre él no podían ser reveladas a su tío.

El conde no dijo nada, aparentemente esperando que continuara.

—Él… eh… el papel que se vio obligado a interpretar para evitar nuestro arresto requería que tratara a nuestro grupo con… —Se preguntó cómo explicar lo que Alex había hecho sin que pareciera peor de lo que fue—. Con menos respeto del que madame considera que se le debe.

—Una forma muy diplomática de decirlo —comentó el conde—. Ahora, la noche siguiente, hubo una discusión entre Westbrook y Perrault. Cuéntamela, con detalle.

¿Con detalle? ¿Creería lo que su esposa había hecho?

—La verdad, Phoebe —dijo el conde—. Sé que al menos una de las tres la está tergiversando. Quiero saber lo que ocurrió, por incómodo que sea para ti. —Mantuvo la mirada fija en ella, con la boca ligeramente curvada hacia abajo—. Y también sin importar lo incómodo que creas que puede resultarme a *mí*.

Phoebe suspiró y relató brevemente lo ocurrido hasta el momento en que Hélène había dicho que también se pagaría un rescate por ella.

—Madame no estuvo de acuerdo de inmediato, entonces el señor Westbrook hizo que los sacaran de la habitación. —Eso no dejaba bien parado a Alex, se dio cuenta—. Era importante para el

señor Westbrook mantener la ficción de que yo era una sirvienta, de lo contrario, Perrault habría sospechado más de él también.

Alzó el mentón. Todo lo que su tía tenía que haber dicho era "sí", y no lo hizo. Nada de eso fue culpa de Alex.

—¿Qué ocurrió después?

El señor Westbrook luchó contra Sarchet y ganó. Fingió que… que me quería para sí, pues eso era lo que Sarchet entendería. Después… —Se detuvo y respiró hondo—. Después, Madame y Hélène fueron encerradas en su habitación. Perrault estaba vigilando y el señor Westbrook necesitaba seguir interpretando el papel que había asumido, así que me quedé en la misma habitación. Dormí en la silla. —Sostuvo la mirada de su tío—. Madame supuso lo peor.

—Ya veo. ¿Y la noche siguiente?

Phoebe volvió a vacilar.

—Solo dímelo, Phoebe.

Describir el intento de su tía de prostituirla reavivó la herida de la traición, tan dolorosa ahora como lo había sido entonces. El rostro de su tío se fue ensombreciendo mientras hablaba, con una mano frotándose de nuevo la sien. Parecía más decepcionado que enojado.

—¿Y luego?

—El señor Westbrook consiguió una llave de repuesto de mi habitación. Dormí allí, sola. —Reconocer que había pasado casi toda la velada con Alex en un salón privado no parecía prudente. Consciente de que omitir algo relevante era casi tan malo como mentir, se dijo a sí misma que, al fin y al cabo, no había pasado nada… al menos, no del tipo de cosas que su tía insinuaba.

El conde volvió a consultar sus notas.

—¿Pasaba usted mucho tiempo con él durante el día?

—¿Cree que fuimos… impropios… en el pescante de una diligencia? ¿En febrero?

—Pensé que era bastante improbable —admitió el conde—. Pero su tía también mencionó algo sobre que se alejaron juntos mientras esperaban que llegara el barco.

La taberna de Granville no era un lugar para señoritas respetables, pero los detalles de aquello no parecían relevantes frente a las acusaciones de su tía.

—Necesitaba mi ayuda para hacer los arreglos del barco. También me dio un documento para entregar al conde de Marstone.

El conde alzó las cejas.

—¿Qué relación hay entre ese tal Westbrook y el conde de Marstone?

—Creo que el señor Westbrook trabaja para él, señor. —¿Debería admitir que ya había visto al conde?

—¿En calidad de qué? ¿Mayordomo? ¿Representante de negocios en Francia?

Aunque esa última suposición se acercaba a la historia de cobertura de Alex, era mejor decir lo menos posible.

—No conozco los detalles, señor. —Se mordió el labio—. Y si los conociera, no estoy segura de que deba contarlos.

El conde la observó durante casi un minuto. Phoebe intentó no moverse, incómoda bajo su escrutinio; su tío era tan perspicaz como el conde de Marstone, y debía de haber notado que había omitido algunos detalles en su relato.

—Muy bien. Puede retirarse; necesito pensar. Envíe a Cookson, por favor.

Asintió en señal de despedida. Phoebe soltó un suspiro de alivio al salir de la habitación.

Fueron convocadas de nuevo al estudio una hora después. Phoebe se sorprendió al ver todos sus vestidos dispuestos sobre un par de sillas traídas del comedor. La comtesse y Hélène entraron detrás de ella, apartando la mirada de la escasa colección de prendas.

—Siéntense —ordenó el conde.

—Espero que estés de acuerdo conmigo, querido —comenzó la comtesse, con un tono que a los oídos de Phoebe sonó casi suplicante—. Dadas las circunstancias, sería totalmente inapropiado presentar a Phoebe en sociedad al mismo tiempo que a Hélène. Su presencia podría reducir gravemente las posibilidades de Hélène de hacer un matrimonio brillante. Ahora que conoce la verdad de lo ocurrido en Francia...

—Permíteme hablar, madame —la interrumpió su esposo con voz fría—. Llegaré a eso en breve, pero antes hay otro asunto que tratar.

La comtesse miró la pila de vestidos, una mano retorciendo la tela de su falda. Phoebe se estremeció ante la expresión severa del conde, que tenía la vista fija en su esposa.

—Aumenté considerablemente la asignación que te daba cuando Phoebe vino a vivir con nosotros —dijo—. Fue para permitirte comprarle vestidos y todas las demás cosas que Phoebe necesitaría. Estas facturas… —El conde indicó una pila de papeles sobre su escritorio—. Estas facturas indican que, en efecto, gastaste toda esa asignación adicional en vestidos, zapatos, sombreros y demás. Pero cuando pregunté a la doncella de Phoebe por sus vestidos, esos parecen ser todos los que posee.

Phoebe escuchó ese discurso con los ojos muy abiertos. Las burlas que había soportado durante las visitas sociales por su ropa… al final eran culpa de su tía. ¿Por qué había hecho algo así? ¿Avaricia?

No solo avaricia, pensó, recordando las frecuentes declaraciones de la comtesse de que Phoebe no debía debutar junto a Hélène, pues su ropa deshonraría a la familia. Más bien parecía rencor deliberado.

Su tío seguía hablando.

—…¿le dijiste a la doncella dónde se guardaban los otros vestidos de Phoebe? La doncella dice que ha bajado todos los que estaban en la habitación de Phoebe.

Phoebe abrió la boca para hablar, pero el conde le indicó con un gesto que guardara silencio.

—Algunos están en la habitación de Hélène —dijo la comtesse.

—¿Por qué? ¿Porque diste a Phoebe una de las habitaciones más pequeñas de la casa?

La comtesse apartó la vista sin responder.

—Pídele a su doncella que baje uno de los otros vestidos de Phoebe. —Cuando la comtesse no contestó, alargó la mano hacia el cordón de la campanilla—. ¿Bien, madame?

—El dorado está en mi habitación, mamá —dijo Hélène con voz tensa.

—¿Solo ese? —preguntó el conde—. ¿Cuántos vestidos tienes, Hélène?

Hélène enrojeció.

—No lo sé exactamente, papá.

—¿Diez? ¿Veinte? ¿Treinta? Vamos, debes tener una idea.

Hélène bajó la cabeza.

—Muchos más que Phoebe, supongo.

—Sí, papá —susurró Hélène.

—¿Y por qué no habría de ser así? —soltó la comtesse con brusquedad—. ¡Hélène es nuestra hija, después de todo!

—Phoebe sigue siendo familia —le recordó el conde en voz baja —. Ahora, ¿tengo que llamar a alguien para que baje los vestidos que dices que son de Phoebe? ¿O alguna de ustedes me dirá la verdad?

Cayó otro tenso silencio en la sala. La diversión que sentía Phoebe ante la incomodidad de su tía se vio atenuada por el presentimiento de cómo afectaría aquello al carácter de su tía más tarde.

—Muy bien —dijo el conde, y tiró del cordón de la campanilla. Cuando entró un lacayo, le indicó que mandara llamar a la doncella de Phoebe. Ellie apareció tan deprisa que Phoebe sospechó que había estado escuchando detrás de la puerta.

—Usted es…

—Ellie Denton, milord —dijo Ellie, haciendo una reverencia.

—Bien. Ahora, irá con la señorita Deane y la ayudará a ponerse el… el vestido dorado que está guardado en la habitación de lady Hélène.

—Perdone, señor, pero no conozco ningún vestido de la señorita Deane que esté en otro sitio. Bajé todos los que tenía cuando el señor Cookson me lo pidió.

—Es nueva —intervino la comtesse—. No lo sabe. Ya te lo dije.

—Sí, lo hiciste. Y empiezo a encontrar todo esto tedioso, además de decepcionante —dijo el conde—. ¿Puedes asegurarme, madame, que si mando a Phoebe a ponerse ese vestido dorado que

mencionó Hélène, o cualquiera de los otros que tú dices que tiene, le quedarán tan bien como los vestidos que tú y Hélène llevan puestos ahora?

Phoebe aguardó con interés la respuesta de su tía, ¿de verdad creía la comtesse que su esposo no vería a través de sus mentiras?

La comtesse murmuró algo sobre una aprendiz de modista. El conde hizo un gesto de despedida tanto a Ellie como al lacayo curioso que se asomaba por la puerta, y esperó a que la puerta se cerrara tras ellos.

—Así que si llamo a… —consultó las facturas frente a él—. Si llamo a Mademoiselle Laurent, ¿ella me explicará cómo fue que encargaste únicamente los vestidos de Phoebe a una aprendiz incompetente?

Esta vez, la comtesse tuvo el buen juicio de guardar silencio.

—Has insultado mi inteligencia, madame, además del honor de esta familia. Y tu falta de honestidad en este asunto pone en duda su sinceridad sobre lo que ocurrió en Francia. —Se levantó—. Ninguna de ustedes saldrá de la casa hoy. Cenaré en mi club. Hablaré con todas mañana por la mañana.

La comtesse, con el rostro encendido, se levantó y salió del salón con paso airado. Phoebe esperó a que se alejara por el vestíbulo y luego la siguió, refugiándose en el salón trasero para poner en orden sus pensamientos.

Se sentó mirando el pequeño jardín detrás de la casa, y una sonrisa se fue extendiendo poco a poco por su rostro. Su tía había caído por su propio veneno. Si no hubiera sido tan estúpida y rencorosa en Francia, podría haber pasado un buen tiempo antes de que el conde descubriera lo que estaba haciendo con la asignación destinada a Phoebe.

Pero esa no era la causa de la ligereza que sentía ahora: eso se debía a su tío. Aunque no era su pariente consanguíneo, se preocupaba por ella mucho más que su tía. ¿Afecto? No estaba segura: era un hombre reservado, siempre cortés, y normalmente ocultaba bien sus emociones. Para haber reprendido a su esposa delante de ella y de Hélène, debía de estar realmente furioso.

Fuera lo que fuera lo que el conde decidiera hacer, la situación de Phoebe no parecía que pudiera empeorar. Incluso si le creyera a su esposa y la desterraba a algún lugar del campo, probablemente tendría más libertad que la que tenía ahora.

Capítulo 24

Phoebe despertó a la mañana siguiente con el aroma del chocolate caliente. Ellie dejó la taza junto a la cama y le entregó un pequeño paquete.

—Esto me lo dieron a mí, señorita, para que se lo entregara a usted. No se lo he contado a nadie.

—Gracias, Ellie.

Phoebe se sintió aliviada al ver que su nombre estaba escrito con una caligrafía pequeña y ordenada, muy diferente al garabato de Brevare.

—¿Quiere el desayuno aquí arriba, señorita?

—Sí, por favor, Ellie. Café y tostadas será suficiente. —Eso mantendría a Ellie fuera de la habitación.

El paquete contenía una nota sellada, el nuevo mensaje señuelo, y una hoja doblada del conde de Marstone. Decía que la casa estaba siendo vigilada, tal como se había planeado, e instruía que enviara a alguien a informar al vigilante cuando ella hubiera tenido noticias de su contacto. Su "contacto" debía ser Brevare.

Vistiéndose rápidamente, se colocó un bolsillo bajo el vestido y guardó allí la nota sellada. El papel doblado fue directo al fuego. Su preocupación por el plan quedaba en segundo plano frente al nerviosismo por la entrevista que se avecinaba con su tío. ¿Habría creído su historia, o su tía impediría que fuera presentada en sociedad? Cualquiera de los dos resultados podría tener ventajas, siempre que el conde no la rechazara por completo.

—Señorita, se supone que debo ayudarla a vestirse —protestó Ellie al regresar con el desayuno.

—Puedo arreglármelas perfectamente, Ellie. Llevo años haciéndolo.

Ellie torció la boca.

—Entonces no me va a necesitar, señorita. ¿Quiere que me vuelva a Devonshire?

Phoebe soltó una carcajada.

—Por supuesto que no. Si tú no le dices a la señora Kidd que puedo vestirme sola, yo tampoco lo haré. Para mí es más importante que no vayas con chismes.

—¡Uy, a mí me gusta un buen chisme, señorita! —dijo Ellie con una sonrisa—. ¡Pero no sobre usted, eso nunca! —Negó con la cabeza con vehemencia al decirlo.

Cookson indicó a Phoebe que se dirigiera al comedor cuando bajó. Su tío estaba desayunando allí solo, y el corazón se le encogió al ver la expresión severa en su rostro.

Dejó la taza sobre la mesa y le indicó a Phoebe que tomara el asiento dispuesto junto al suyo.

—Buenos días, Phoebe.

—Buenos días, señor —respondió ella, tomando el lugar indicado, con las manos apretadas en el regazo.

—No hay necesidad de mostrarse tan aprensiva, Phoebe. Creo en tu versión de los hechos... pero espero que entiendas por qué no me complace lo que ha ocurrido.

—Sí, señor. Y gracias.

—Vi ayer al conde de Marstone —continuó—. Sé, por mi conversación con él, que hay aspectos de tu historia que no compartiste... —levantó una mano cuando Phoebe abrió la boca para hablar— ...que no compartiste *conmigo*. Sin embargo, él dio fe de Westbrook.

Phoebe se mordió el labio. ¿Cómo no se le había ocurrido que su tío podría verificarlo con el conde?

—Phoebe —el conde se inclinó hacia ella, con la mirada fija en sus ojos—. Quiero que me des tu *palabra*, tu garantía, sobre algo.

Ella asintió.

—¿Las partes de tu historia que omitiste tienen alguna relación con la preocupación de mi esposa por tu… tu virtud?

—No, señor, en absoluto. Se lo juro. —Sus uñas se clavaban en las palmas mientras esperaba su respuesta. Su mirada se cruzó con la de él durante un tiempo incómodamente largo antes de que él apartara los ojos y se frotara la sien con una mano.

—Muy bien. Te creo. Pero eso no hará que le caigas mejor a mi esposa. Dejaré claro que cualquier chisme sobre tu reputación

también afectará negativamente a Hélène. Tú y Hélène serán *presentadas* en sociedad esta primavera. Si no te invitan a un evento, ella tampoco irá.

Phoebe miró hacia su vestido.

—No te preocupes por eso —continuó su tío—. Te voy a entregar la suma total de la asignación que debería haberse destinado a ti desde que viniste a vivir con nosotros. Cuatrocientas libras es mucho dinero para gastar de una vez, pero parece que el estado de tu guardarropa lo justifica.

—Señor, ¡no puede gastar tanto en mí!

—Phoebe, lamento que las cosas hayan llegado a este punto. He estado demasiado ausente de los asuntos familiares últimamente, pero eso está por cambiar. —Le dio unas palmaditas en la mano que reposaba sobre la mesa—. No soy un hombre efusivo, y aunque tú y Joseph no llevan mi sangre, los considero familia. Y has sido buena con Georges, según me ha contado la señorita Bryant. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Espero que aún encuentres tiempo para Georges cuando empieces a asistir a bailes y reuniones.

—Sí, señor, disfruto mucho pasar tiempo con él.

—Eso está bien. Anson hablará contigo sobre los detalles de tu asignación. Haz que las cuentas lleguen directamente a él. ¿Puedo asumir que puedo confiar en ti para no gastar de más?

—Sí, señor. Señor, no sé cómo agradecerle...

—Familia, Phoebe. Familia. —Pero parecía complacido con su agradecimiento mientras le indicaba con un gesto que podía retirarse.

Phoebe volvió bruscamente a la realidad cuando regresó a su habitación. Ellie la esperaba, sosteniendo otra nota sellada.

—Esto es para usted, señorita. No sé quién lo trajo… lo dejaron en la cocina.

Phoebe la tomó y rompió el sello.

Esté en el extremo oeste del canal en St. James' Park mañana a las 8 a.m. La llevaré al Ministerio de Asuntos Exteriores.

Brevare al menos fingía llevarla al Ministerio de Asuntos Exteriores; tendría que cruzar St. James' Park para llegar desde Berkeley Square. Volvió a doblar la nota.

—¿Puedes llevar esto a Owen? ¿Sin que nadie más se entere?

—Sí, señorita.

—Dile que avise a los vigilantes.

Ellie asintió.

—Tengo que encontrarme con el vizconde mañana por la mañana a las ocho en el parque, pero iré solamente con Owen como escolta.

Los ojos de Ellie se agrandaron.

—Nadie más debe saberlo, Ellie —advirtió Phoebe.

—No, señorita —Ellie hizo una reverencia y se llevó la nota.

Los planes de Phoebe para una tarde tranquila leyendo quedaron arruinados, ya que la condesa había organizado una visita al salón de Mademoiselle Laurent. Ahora que había dinero para gastar en ropa para Phoebe, la condesa parecía querer hacerlo cuanto antes.

Era la primera vez que Phoebe visitaba a una modista de moda. Observó la sala, con sus columnas griegas doradas falsas contra las paredes, espejos del suelo al techo entre ellas, sofás lujosamente tapizados y mesas con cubiertas de mármol que sostenían libros de modelos y muestras de telas. No era de extrañar que las modistas cobraran tanto, si sus clientas esperaban semejantes alrededores. A los ojos de Phoebe, todo estaba recargado y carecía de gusto.

Mademoiselle Laurent era una mujer francesa alta y angulosa, de rasgos afilados, vestida con un sencillo vestido púrpura oscuro.

—Madame de Calvac, siempre es un placer verla a usted y a su hermosa hija —dijo, haciendo un gesto para que la condesa y Hélène tomaran asiento. Miró a Phoebe, su mirada recorrió rápidamente su cabello y su vestido, para luego dedicarle un breve asentimiento antes de volver su atención a la condesa.

—¿Qué puedo hacer por usted hoy, Madame? Tengo unas telas nuevas encantadoras que lucirían de maravilla en Lady Hélène.

Los labios de Phoebe se tensaron al ver cómo Mademoiselle Laurent chasqueaba los dedos a una asistente. Se suponía que esta visita era para sus propios vestidos. ¿Realmente quería gastar todo su dinero con esta mujer?

La asistente regresó con un rollo de tafetán blanco, con un brillo resaltado por diminutos hilos plateados entretejidos.

—Esto servirá para un vestido de baile, *¿n'est-ce pas?* —dijo Mademoiselle Laurent.

—Oh, mamá, es precioso —gimió Hélène—. ¿Cuándo será mi primer baile?

—Pensaba presentarte en el musical de Lady Brotherton dentro de unos días, Hélène, pero tu primer baile propiamente dicho será la semana que viene, en casa de Lady Sandrich.

Las dos hijas de Lady Brotherton también harían su debut esa temporada. Phoebe había soportado su desprecio y grosería en demasiadas visitas sociales como para desear asistir al musical, pero tendría poco margen de elección.

—Eso me recuerda, Hélène —continuó la condesa—. Tenemos que contratar a un maestro de danza para que te asegures de recordar bien los pasos. Debes lucir elegante al bailar.

—¿Este estilo, mamá? —Hélène tenía la atención puesta en una lámina de moda. Phoebe suspiró, recordando las tediosas conversaciones de los últimos días en el camino.

—Ah, no, Lady Hélène —dijo Mademoiselle Laurent—. Algo más sencillo para su primera temporada. Solo debemos enmarcar su belleza, no realzarla. ¿Cómo podríamos realzar la perfección?

Hélène se puso de pie y permitió que Mademoiselle Laurent le colocara la tela sobre los hombros, girando la cabeza para admirar su reflejo desde todos los ángulos en los espejos. Phoebe escuchaba cómo Mademoiselle Laurent seguía elogiando la tez, la figura y el cabello de Hélène, preguntándose cómo soportaba Hélène la actitud obsequiosa de la mujer. Al mirar de la condesa a Hélène, comprendió que ambas creían cada palabra, con la condesa tan complacida como si los elogios a su hija fueran también para ella.

Phoebe esperó con creciente impaciencia hasta que la discusión sobre el vestido de Hélène terminó y su tía recordó que Phoebe

también necesitaba vestidos nuevos.

—Ah, mi sobrina también necesitará un vestido para el baile. Lo que pueda hacer en el mismo plazo. Phoebe, ponte de pie.

Phoebe se levantó, obligándose a mantener el cuerpo relajado mientras Mademoiselle Laurent la rodeaba, examinándola de pies a cabeza y observando cada detalle de su mal entallado vestido color prímula.

—Es una lástima lo del cabello y la figura —le dijo a la condesa, hablando como si Phoebe no estuviera presente—. Tal vez podamos empolvar este rojo hasta que sea algo menos… chillón. —Rodeó a Phoebe una vez más—. Marie la llevará a tomar medidas, y elegiremos el estilo. Un reto, ¿eh?

La asistente se colocó junto a Phoebe, pero ella la ignoró.

—Mademoiselle Laurent, ¿qué…?

—Entonces, este diseño, en el blanco —dijo la condesa, entregándole a Mademoiselle Laurent una lámina de moda—. Volveremos para las pruebas en dos días. Phoebe, ¿por qué sigues ahí parada? ¡Ve a que te tomen las medidas!

—Un momento —dijo Phoebe, decidida a que la escucharan—. ¿Qué tela y diseño voy a llevar?

Mademoiselle Laurent agitó la lámina frente a ella.

—Este te favorecerá mucho. Y este blanco: el color es adecuado para las damas jóvenes, *¿n'est-ce pas?* —Señaló una muestra de tela.

El diseño no era objetable, aunque Phoebe se preguntaba si la falta de encajes y adornos se debía a razones económicas más que a lo que pudiera sentarle bien. La tela también era adecuada, pero no tenía el brillo de la elegida para Hélène, y siempre había pensado que su piel se fundía demasiado con el blanco.

—Vamos, Phoebe, no tenemos todo el día —dijo la condesa con voz tajante.

—¿Cuánto costará este vestido? —preguntó Phoebe a la modista —. Este no se cargará a la cuenta de mi tía.

Mademoiselle Laurent alzó las cejas.

—¿Tiene usted su propia…?

—Phoebe, no seas difícil —interrumpió la condesa—. Es vulgar hablar de dinero de ese modo.

Phoebe notó la expresión inquieta en el rostro de su tía. ¿Había algo más que simple impaciencia?

—No me gusta ni el color ni el estilo —dijo con firmeza—. También necesito vestidos de día y para caminar. Si no tiene tiempo para consultarme sobre mis vestidos y elegir estilos y colores que me favorezcan, llevaré mi encargo a otra parte. No compraré ningún vestido suyo.

Se dirigió con paso firme hacia la puerta, sin importarle si su tía y Hélène la seguían.

—¡Oh, pero me ha malinterpretado! —dijo Mademoiselle Laurent apresuradamente, apurándose detrás de ella—. Por supuesto que podemos mostrarle otros diseños. Por favor, señorita… eh… señorita…

—¿Acaso la pérdida de un solo vestido de baile puede ser tan importante? —Phoebe se soltó de la mano que la mujer había colocado en su brazo—. Especialmente considerando que ni siquiera se ha molestado en preguntar mi nombre.

—Estoy segura de que Mademoiselle Laurent puede enseñarte una tela más bonita, Phoebe —intervino la condesa, sin mirarla a los ojos—. Todo será pagado, Mademoiselle, se lo aseguro.

La comprensión llegó de golpe a Phoebe.

—¿Cuántos vestidos pensaba cargar a mi cuenta? —preguntó. Hélène parecía confundida, pero la expresión de la condesa le confirmó que había dado en el clavo.

—¡Por el amor a la bondad, Phoebe, deja de discutir! Mademoiselle Laurent sabe lo que hace. Puedes elegir tus otras cosas más adelante. Tienes que encargarlo ahora para que esté listo a tiempo.

Phoebe recordó el comentario de su tío esa misma mañana. Si ella no iba al baile, Hélène tampoco iría. Miró a su tía a los ojos y se encogió de hombros.

—Si no tengo vestido de baile, no iré al baile. No he disfrutado de los pocos eventos sociales a los que usted me ha llevado hasta ahora, así que no me importará perdérmelo.

La condesa le lanzó una mirada fulminante, pero Phoebe se mantuvo firme.

—Muy bien —dijo al fin la condesa—. Mademoiselle Laurent, haga el de Hélène. Traeré a mi sobrina cuando le haya hecho entrar en razón.

Una vez en el carruaje, Phoebe tuvo que escuchar una diatriba sobre su egoísmo, su mala educación y su apariencia desafortunada durante todo el trayecto de regreso a Berkeley Square. Hélène lanzó a Phoebe una mirada que rozaba la simpatía. Phoebe sonrió para sus adentros. Al parecer, a veces su tía también podía ser demasiado incluso para su propia hija. Dejó que las palabras le resbalaran, sintiendo en su lugar una silenciosa satisfacción mientras mantenía la vista en las escenas que pasaban al otro lado de la ventanilla. Gracias al sentido de justicia de su tío, había ganado esa pequeña batalla.

La condesa continuaba con su monólogo mientras entraban en la casa, pero el conde justo cruzaba el vestíbulo en ese momento y, al cruzar una mirada con él, la condesa fue perdiendo fuelle poco a poco.

Phoebe reprimió una sonrisa y fue en busca de Anson. Le pediría ver las cuentas de su tía con Mademoiselle Laurent y las usaría para ayudarla a decidir qué prendas necesitaba. Luego mandaría una nota a Lady Carterton. Necesitaba una aliada.

Capítulo 25

Phoebe subió de puntillas los escalones del área a las siete y media de la mañana, con el mismo vestido viejo que llevaba puesto cuando conoció a Brevare en Hyde Park dos días antes, cubierto con la capa de Ellie. Esta vez llevaba una pequeña cesta con el mensaje señuelo oculto bajo una enagua vieja y doblada. El cielo estaba nublado, y la humedad en el aire anunciaba lluvia.

Owen la esperaba en la esquina más alejada de la plaza.

—¿Vigilantes? —preguntó Phoebe en voz baja, y él señaló a alguien que barría frente a una casa a mitad de calle y a otro hombre que merodeaba en una esquina más arriba. Phoebe presionó una mano contra su estómago; sentía unas ligera náuseas. Aceptar este plan había parecido fácil dos días atrás, cuando hablaba con el conde, pero la realidad era otra muy distinta. Ojalá todo terminara ya, y estuviera de camino a la reunión que Lady Carterton había concertado en respuesta a su nota.

—No tiene que hacer esto, señorita —dijo Owen.

Phoebe respiró hondo.

—Lo haré. —Había querido aventuras, ¿no? —. Te quedarás cerca, Owen, por si intentan algo más que quitarme la cesta —añadió, complacida al comprobar que su voz sonaba normal.

—Por supuesto, señorita.

Revisó una vez más que el mensaje del conde siguiera en su cesta, aunque no podía haberse ido a ninguna parte desde la última vez que lo había comprobado hacía apenas cinco minutos. No quería ponérselo demasiado difícil a quienes planeaban robarla, y esperaba que se llevaran la cesta y la revisaran primero antes de intentar robarle algún bolsillo.

—¿Listo, Owen?

—Adelante, señorita. No estaré lejos.

Las calles estaban llenas de repartidores con sus carretas, y el bullicio de los vendedores ambulantes que anunciaban su mercancía llenaba el aire. Phoebe resistió la tentación de mirar hacia atrás, una

sirvienta de camino a la Oficina de Asuntos Exteriores no esperaría que le pasara nada en esas calles.

La ruta más corta a su destino bordeaba Green Park. Entre los árboles y la hierba, con vacas y ciervos pastando cerca, el ambiente era tranquilo, pero la relativa falta de gente también significaba que Owen no podía seguir tan cerca sin parecer sospechoso. Phoebe descubrió que miraba cada árbol por el que pasaba, por si alguien saltaba desde detrás de alguno, y se obligó a sí misma a no ser tonta. Nadie podía saber la ruta que había planeado. Sintió un nudo en el estómago al cruzar The Mall hacia St James's Park.

El canal estaba justo delante, y la mayoría de las personas caminaban con determinación, como si fueran camino al trabajo. Girando la vista de un lado a otro, trató de localizar a Brevare, pero un empujón repentino en la espalda la hizo tambalearse. Su brazo fue torcido hacia atrás y tropezó, las piernas se le enredaron en las faldas.

Se encontró de rodillas, con la palma izquierda ardiendo por el contacto con el suelo. Su cesta ya no estaba.

Respirando hondo, intentó calmar el temblor en sus brazos y se incorporó. Le temblaban las piernas al mirar alrededor. Quienquiera que lo hubiera hecho ya estaba lo suficientemente lejos como para confundirse con cualquier otra persona en el parque.

—¿Estás bien, querida? —Una joven con una cesta de narcisos extendió una mano para sostenerla.

Phoebe tragó saliva y asintió en silencio. Había esperado que le quitaran la cesta, pero no ese asalto tan brusco.

—No está bien robarle a alguien que no tiene mucho —continuó la mujer—. ¿No tenía usted muchas cosas ahí?

Phoebe negó con la cabeza.

—No, no muchas. —Miró su vestido, ahora manchado de barro donde sus rodillas habían tocado el suelo. Sacudir la suciedad no hizo más que empeorar el desorden. Finalmente se dio cuenta de que Owen estaba parado detrás de la florista.

—¡Oh, señor Jones! —exclamó, sin necesidad de fingir el alivio en su voz—. Me alegra verlo.

—Venga, déjeme llevarla a casa —dijo Owen, captando la señal. Le ofreció el brazo y Phoebe lo aceptó con gratitud.

—Gracias por ayudarme —le dijo a la florista. La chica sonrió y se giró para intentar vender sus narcisos a una mujer rolliza con una cesta de pan.

—¿Vio quién fue? —le preguntó a Owen cuando ya habían salido del parque.

—Sí, pero no sabría describirlo. Era… normal. Aunque vi al francés observando, eso sí. ¿Está bien, señorita?

—Sí, estaré bien. —Ya el ejercicio estaba ayudando a que las piernas dejaran de temblar—. ¿Los vigilantes también lo vieron?

—Creo que sí.

—Bien. Entonces ya está.

Se preguntó qué habría dicho Alex al respecto, recordando su negativa cuando ella se ofreció para entrar en Granville. Sonrió ante el recuerdo, disfrutando de la sensación de alivio al saber que todo había terminado. Pero al mismo tiempo sintió una leve tristeza: ¿era esa su última conexión con Alex y con sus asuntos?

Phoebe volvió a entrar en la casa por la cocina y subió por la escalera de servicio hasta su dormitorio. No podía explicar a su tía por qué iba vestida así, ni el barro en su vestido y manos. Una vez a salvo en su habitación, tocó la campanilla para llamar a Ellie.

—Ay, señorita, ¿qué le ha pasado? No debería usted…

—Estoy perfectamente bien, Ellie, de verdad —dijo Phoebe. Aparte de las rodillas magulladas y una muñeca dolorida. Por suerte no se había raspado la mano, así que no habría señales visibles de su caída una vez que se pusiera un vestido limpio—. Ayúdame a cambiarme, por favor. Después del desayuno voy a visitar a una modista con Lady Carterton.

Los ojos y la boca de Ellie se abrieron grandes.

—¿Vestidos nuevos, señorita?

—Sí —Phoebe sonrió—. Y Lady Carterton me dijo que te llevara conmigo.

—¿A mí, señorita? —la voz de Ellie fue un chillido—. ¿Para qué?

—Aún no lo sé —admitió Phoebe; la nota de Lady Carterton no lo explicaba.

Phoebe y Ellie llegaron a las dependencias de la señorita Fletcher en Henrietta Street con tiempo de sobra. Al explicar que debía encontrarse allí con Lady Carterton, fueron conducidas al interior y se les pidió que tomaran asiento. El salón de recepción era similar al de Mademoiselle Laurent en algunos aspectos, ambos tenían grandes espejos en las paredes y mesas con libros de modelos y muestras de telas. Pero a diferencia del de Mademoiselle Laurent, las paredes estaban empapeladas con un motivo claro en crema y amarillo, las mesas eran de madera pulida y los sofás parecían cómodos. El efecto general era de buen gusto sin resultar ostentoso, una señal prometedora, pensó Phoebe. El vestido de Lady Carterton había transmitido una sensación similar de calidad, pero Phoebe se preguntó con cierta inquietud cuánto costaría esa aparente sencillez.

Sus especulaciones se vieron interrumpidas cuando Lady Carterton entró en la sala.

—Es muy amable de su parte ayudarme, mi lady —dijo Phoebe, poniéndose de pie—. Especialmente con tan poco aviso.

—Tonterías, Phoebe, ¡esto será muy divertido! Me alegra haber pedido cita para hoy. Hace una eternidad que no tengo una excusa para comprar docenas de vestidos... Pasarán años antes de que pueda comprar trajes de baile para mis hijas.

—Difícilmente docenas, mi lady —protestó Phoebe.

—Ya veremos. —Lady Carterton se sentó y se sirvió unas galletas de la bandeja. Miró a Ellie—. ¿Es su doncella personal?

—Sí, es Ellie. No llevo mucho tiempo como doncella.

—Hmm. Si tenemos tiempo, volveremos a Brook Street y mi doncella puede mostrarle algunas formas mejores de arreglarle el cabello.

—Me encantaría aprender, mi lady —dijo Ellie con entusiasmo.

Una mujer delgada, de unos treinta años, entró en la sala.

—Lady Carterton —dijo, haciendo una reverencia.

—Buenos días, señorita Fletcher —dijo Lady Carterton—. Un pequeño cambio de planes, si no le importa. Esta es la señorita Deane, una amiga mía. Necesita un vestuario completo. *¡Todo!*

—¿Y sus vestidos, mi lady?

—Pueden esperar. Ahora bien, Phoebe, ¿sabe qué compromisos tiene planeados su tía?

—Creo que solo visitas sociales esta semana y un recital una noche. Luego el baile de Lady Sandrich la semana que viene.

—Entonces, un vestido de día y uno de noche con urgencia, y un vestido de baile para la semana próxima —dijo la señorita Fletcher, anotando los requisitos en un pequeño cuaderno.

—Me parece un comienzo sensato —dijo Lady Carterton—. ¿Qué opina usted, Phoebe?

Phoebe sacó un papel del bolsillo y echó un vistazo a la lista de prendas y precios que había estimado. ¿Sería de mal gusto hablar de dinero en ese momento?

Lista para la incomodidad, le entregó la hoja a la señorita Fletcher.

—Hice una lista de lo que creo que voy a necesitar. No puedo gastar más de esta suma.

Se sintió aliviada al ver que Lady Carterton sonreía con aprobación ante su enfoque. La señorita Fletcher tomó la lista y la estudió con atención.

—¿Esto es para toda la temporada? ¿Ya tiene algunos vestidos?

Phoebe negó con la cabeza.

—Este es el mejor que tengo —explicó, señalando su vestido color primor.

La señorita Fletcher chasqueó la lengua y volvió a mirar la lista.

—Tendrá que repetir vestido muchas veces. La mayoría de las damas no lo hacen. ¿Eso le parece bien?

—Sí. Esto es mucho más de lo que esperaba tener —dijo—. No quiero dar una impresión falsa de riqueza.

La señorita Fletcher pareció aceptar aquello, guardando la lista en la parte trasera de su cuaderno y señalando con la mano el espacio vacío en el centro de la sala.

—Por favor, colóquese allí, señorita Deane. Comenzaremos por considerar colores y estilos.

Phoebe obedeció, ocupando la posición indicada. La señorita Fletcher caminó a su alrededor, observándola de arriba abajo.

—Su cabello será un desafío —dijo.

El corazón de Phoebe se hundió; aquellas palabras eran demasiado parecidas a las de Mademoiselle Laurent. ¿Era realmente tan difícil de vestir?

—No creo que signifique lo que usted cree —dijo Lady Carterton.

Phoebe la miró, dándose cuenta de que su desánimo debía de haberse notado en su rostro.

—¿Desea sinceridad? —preguntó la señorita Fletcher.

Phoebe no estaba segura, pero nada de lo que dijera podría ser peor que lo que ya le habían dicho: su tía, su prima, las señoritas Brotherton, sin mencionar a Mademoiselle Laurent. Apretó la mandíbula y asintió.

—Su figura es buena —la señorita Fletcher sonrió al ver la expresión de Phoebe—. Oh, sí, tener un busto prominente no lo es todo. Es más fácil diseñar para figuras esbeltas. Su tez es buena y su cabello tiene un color notable.

Phoebe levantó la barbilla, decidida a no dejar que la mujer notara cómo su confianza se desvanecía de nuevo.

—No fue una crítica, señorita Deane —la sonrisa de la señorita Fletcher se amplió—. Por favor, siéntese y hablaremos. —Hizo un gesto a su asistente y le murmuró unas palabras antes de sentarse, mientras la mujer desaparecía por la puerta del fondo.

—Ahora bien, la razón por la que menciono su cabello es por la moda actual, en la que las jóvenes visten solo colores pálidos. Algunos le sentarán bien, pero muchos no.

Phoebe pensó en el vestido color melocotón y tuvo que estar de acuerdo.

—Su cabello será magnífico…

¿Magnífico? ¿De verdad?

—…cuando vista los colores apropiados—verdes profundos, por ejemplo. Podemos encontrar algunos tonos claros, pero no creo que el blanco le favorezca.

Phoebe empezó a pensar que quizás sí disfrutaría de esa visita.

—¿Cuántos años tiene, Phoebe? —preguntó Lady Carterton.

—Veinte —demasiados, según su tía. Se lo había repetido hasta el cansancio.

—Creo que si no le importa que se sepa que es mayor que la mayoría de las jóvenes en su primera temporada, podrá salirse con la suya usando colores más oscuros —dijo Lady Carterton—. Debería intentar ser una Original, más que una Incomparable... pero necesitará confianza para lograrlo. ¿Cree que podrá?

Puedo. Su pulso se aceleró al recordar la determinación que había necesitado para entrar en aquella horrible taberna en busca de Dan Trasker. Nada de lo que pudiera hacer o decir la alta sociedad sería peor que eso.

—Sí. Puedo hacerlo.

La asistente regresó, seguida de otras dos chicas, todas cargando rollos de tela de distintos colores.

—Amy, ¿quién es la próxima cita? —preguntó la señorita Fletcher.

—Lady Jesson.

—Ah, no le importará cancelar si se lo explico —dijo Lady Carterton—. De hecho, si me dan papel y pluma, haré que mi lacayo lleve una nota de inmediato.

Amy le pidió a Phoebe que la siguiera. En el vestidor, empezó por quitarle el corsé y darle uno nuevo.

—Este tiene una forma mejor para usted —explicó—. No es el ideal —necesitamos mandar a hacer uno a su medida, pero es mejor que el que llevaba puesto. —Se apartó para observar la figura de Phoebe, ya ajustada con las nuevas cintas—. Si quiere parecer más… llena en el pecho, podemos encargar otro corsé para la noche que la eleve un poco más.

No acostumbrada a que hablaran de su cuerpo con tanta naturalidad, Phoebe sintió que un rubor le subía por el cuello. Negó con la cabeza.

—Bien, entonces solo tomaremos una serie de medidas. —Amy miró el rostro de Phoebe—. No necesita... realce, ¿sabe? —añadió con tono tranquilizador—. Es solo que algunas mujeres creen que los hombres solo miran los pechos.

—Algunos hombres lo hacen —señaló Phoebe, mientras Amy comenzaba a tomarle medidas.

—Pero no son los que usted querrá atraer. —Amy siguió trabajando con eficiencia hasta los pies de Phoebe, luego le entregó una bata—. ¿Podría ponerse esto, señorita? Recuperará su vestido más tarde.

De regreso en la sala principal, la mesa estaba cubierta de láminas de moda, y algunos vestidos colgaban de un perchero en una esquina.

—La señorita Fletcher cree que estos diseños le sentarán bien —dijo Lady Carterton—. Vea qué le parecen.

A Phoebe le gustaron los estilos que habían elegido. Los volantes y adornos eran sutiles, realzaban las líneas de los vestidos. Eran muy distintos de los que preferían la condesa y Hélène.

Media hora después, le daba vueltas la cabeza, pero tenía en la mano una lista de vestidos por confeccionar, dos nuevas citas para pruebas y una lista de compras de camisas, zapatos, guantes y sombreros. La señorita Fletcher había elegido cuidadosamente los colores que le favorecían, pero también había especificado tonos para zapatos y sombreros que combinaran con varios vestidos.

—¿De verdad puedo tener todo esto sin pasarme del presupuesto? —preguntó Phoebe, mirando la lista con cierta duda.

—Sí —respondió la señorita Fletcher con confianza—. No necesita telas caras para lucir bien, solo los colores adecuados. Y varios de estos ya están parcialmente confeccionados para alguien que no puede pagar, así que serán más baratos. Y… cuando alguien le haga un cumplido sobre sus vestidos o su apariencia, usted me mencionará —instruyó.

La sorpresa de Phoebe debió de ser evidente en su rostro, porque Lady Carterton le sonrió con ánimo.

—Cualquiera puede vestir a una mujer con una complexión común —continuó la señorita Fletcher—. Otras mujeres con rasgos poco comunes querrán saber de una modista que sepa elegir los colores ideales para ellas.

—Quizá no le crea ahora —dijo Lady Carterton—. Espere a venir a su primera prueba… ya verá.

Amy entró en la sala con el vestido primor. Phoebe captó el aroma de lavanda mientras la asistente le ayudaba a deslizarlo por la

cabeza y lo acomodaba en su lugar. Pasó las manos por el corpiño mientras Amy lo ajustaba, ahora calzaba a la perfección sobre el nuevo corsé.

—Mírese en el espejo, Phoebe —dijo Lady Carterton, con una risa en la voz.

No pudo evitar jadear. Debieron haber trabajado muy rápido. El volante que alargaba la falda había desaparecido, siendo sustituido por una tira de tela verde pálido, y un lazo verde más oscuro ocultando la unión. Un lazo a juego marcaba la cintura, y una versión más estrecha del mismo bordeaba el escote y los extremos de las mangas. Los cambios eran pequeños, pero el vestido ahora parecía hecho a medida. No era tan elegante como el de Lady Carterton, pero era muchísimo mejor de lo que había sido. Lo único que aún podía criticarse… se llevó una mano al cabello, que seguía encrespado por la humedad del aire exterior.

—Arreglaremos eso en mi casa —dijo Lady Carterton.

—Ya he tomado demasiado de tu tiempo —respondió Phoebe con cierta duda—. Le estoy muy agradecida...

Lady Carterton agitó una mano.

—Tonterías, lo he disfrutado. Necesito un poco de té y luego tengo que hacer unas visitas. Pero tú te quedarás con Hopkins, mi doncella, para recibir más instrucciones.

Cuando regresaron a la casa de Brook Street, Hopkins se llevó a Ellie a algún lugar y Phoebe disfrutó de una taza de té muy bienvenida, mientras Lady Carterton hablaba sobre sus futuros compromisos sociales.

—Lady Carterton… —interrumpió Phoebe.

—Llámame Bella, por favor.

Phoebe sonrió.

—Bella. No sé si mi tía tiene invitaciones para todos esos bailes y demás cosas…

—Oh, no te preocupes por eso. Me aseguraré de que recibas invitaciones.

¿Encajaría si iba? Alisó las faldas del vestido transformado; quizá sí, con un vestuario decente.

—No sé cómo agradecerle toda tu ayuda.

Bella se encogió de hombros.

—Eres la amiga de… de un amigo. Además, conozco algo a tu tía y, para ser franca, es un placer ayudar a alguien a plantarle cara. —Sonrió, con los ojos chispeantes—. Sin duda se sorprenderá cuando te vea con tus nuevos vestidos.

Sorprendida, sí… pero no complacida, sospechaba Phoebe.

—¿Dónde nos conocimos? Quiero decir, mi tía lo preguntará, y no quiero contarle que fui a ver a Lord Marstone.

Bella lo pensó un momento.

—¿Nos topamos en una librería?

—¿Y dejé caer todos mis libros al suelo?

—Así que te llevé al Pot and Pine Apple a tomar té y pastelillos.

Intercambiaron sonrisas cómplices, y Phoebe sintió que había encontrado una verdadera amiga.

Capítulo 26

—¿Conseguiste algo útil? —preguntó Alex, mientras Henri cerraba la puerta y se sentaba en su cama. Su viaje al Château Brevare solo había confirmado que la vizcondesa y su hija no habían sido vistas allí en meses. Los rumores en la taberna local indicaban que la madre de Brevare no era muy apreciada entre los antiguos sirvientes del castillo, se había mencionado incluso que era "digna de la guillotina", pero la hija parecía haber sido bien querida. Nadie lo sabía con certeza, pero la impresión general era que se habían ido a París. Ahora Alex debía asumir la tarea mucho más arriesgada de conseguir ayuda para encontrar a las mujeres en la ciudad. Henri había contactado nuevamente con algunos conocidos al regresar a la capital.

—El boticario no volverá a hablar conmigo —dijo Henri—. Tiene miedo. ¿Qué hacemos ahora?

—Conozco una o dos personas a las que podríamos recurrir. Déjame pensarlo. Ve a comer algo.

Henri gruñó en señal de acuerdo y se marchó de nuevo, mientras Alex concentraba su atención en encontrar a alguien que pudiera ayudarles a localizar a las dos mujeres. Si, como sospechaba, había un traidor dentro de la Oficina de Asuntos Exteriores o en la organización clandestina de Marstone, entonces los contactos en París ya podrían estar comprometidos. Tendrían que actuar con mucha cautela antes de acercarse a cualquiera de ellos.

Phoebe ya debía de haber visto a Marstone y contado su historia. ¿Le creería Marstone? ¿Estaría de acuerdo con sus conclusiones? Reprimió una sonrisa al imaginar la entrevista, Marstone tenía una manera de dudar de los informes que a veces sacaba de quicio a sus subordinados, hasta que se acostumbraban a su estilo. Sus ojos estarían lanzando fuego.

¡Concéntrate!

Desplegó un mapa callejero sobre la colcha raída. Los nombres eran conocidos, los había memorizado un año atrás. Incluso sin un

posible traidor, los disturbios en París podían haberlos vuelto inútiles, o incluso peligrosos. Tendría que actuar con suma precaución.

¿Debería haber regresado a Inglaterra con el resto del grupo? Habría sido mucho más sencillo, pero encontrar a la familia de Brevare podría ayudarles a identificar al traidor. Se frotó el brazo, donde la herida casi curada le picaba. Había pasado una semana desde la última vez que vio a Phoebe, quizá ya era hora de quitarse los puntos.

Alex miró con cierta desconfianza el pasillo desvencijado mientras esperaba que alguien respondiera a su llamado. No había basura en las escaleras, pero claramente no las habían barrido en mucho tiempo, y su mano quedó sucia al tocar la barandilla.

—*¿Oui?*

La mujer que abrió la puerta tenía el rostro anguloso, pero llevaba un delantal y una cofia limpios.

Alex se quitó el sombrero.

—¿Puedo ver al doctor?

Ella lo inspeccionó de arriba abajo, luego se hizo a un lado para dejarlo pasar. La puerta daba a un diminuto vestíbulo interior, y la mujer señaló otra puerta, indicándole que entrara.

El consultorio resultaba más tranquilizador. Estaba amueblado con una cama angosta, cubierta con una sábana limpia, una silla recta de madera, y un escritorio con una silla forrada en cuero detrás. En la pared, un armario con vitrina y cerradura albergaba una variedad de instrumentos cuyo propósito Alex prefería no imaginar.

Un hombre alto entró, haciendo un gesto para que Alex se sentara en la silla de madera mientras él tomaba su lugar tras el escritorio. Era un hombre mayor, con el cabello gris ralo y el rostro surcado de arrugas.

—¿Qué puedo hacer por usted, *citoyen*?

Alex se quitó el abrigo y se remangó la camisa, mostrando el corte en su brazo.

—¿Ya es momento de quitar los puntos? —preguntó.

—¿Puede pagar?

Alex buscó en el bolsillo de su abrigo, sacó unas monedas y las dejó sobre el escritorio.

El doctor gruñó y le hizo un gesto para que se acercara. Se quitó los lentes, inspeccionó el corte y lo tocó suavemente con un dedo.

—Está cicatrizando bien —dijo. Abrió el armario con llave y sacó un cuenco, unas tijeras y unas pinzas. Acercando su silla, se puso a cortar y tirar, mientras Alex apretaba los dientes ante el tirón agudo del hilo de seda pasando por su carne en recuperación. No pudo evitar desear que fuese Phoebe quien lo hiciera.

—Aplíquese un ungüento —dijo el médico, devolviendo los instrumentos al armario—. Hay una botica en la calle de al lado. Pregunte allí.

Alex se levantó y se volvió a poner el abrigo. El doctor lo acompañó hasta la puerta y la cerró firmemente detrás de él, sin decir una palabra más. Alex negó con la cabeza, divertido, le habían dicho que no se pedían nombres y que el doctor era rápido, pero no esperaba que la descripción fuera tan exacta.

Pronto encontró la botica, pero dudó antes de entrar, con la mente en Phoebe otra vez. Esta vez no pensaba en su sonrisa ni en su cabello, sino en cómo se había lavado las manos con brandy y había empapado en él la aguja y el hilo.

El doctor había usado instrumentos del armario y los había devuelto sin limpiarlos. Cierto, sacar puntos no era lo mismo que ponerlos, el médico no había pasado agujas por su carne, pero le hizo dudar de la eficacia de cualquier ungüento que pudiera venderle la botica.

Ya decidido, siguió caminando, buscando un lugar donde comprar brandy y miel.

***

—Le queda muy bien, señorita —dijo Ellie, mientras el carruaje de los Carterton avanzaba con cuidado entre las calles atestadas. Phoebe alzó la mano de forma involuntaria para tocarse el peinado. Sonrió, recordando su desánimo inicial cuando Hopkins comenzó a cortar, pero la doncella de Bella sabía lo que hacía. Su cabello seguía

rizado, pero ahora estaba domado con un *bandeau*, y Ellie había aprendido a recogérselo en un moño bajo.

—Va a estar preciosa cuando lleguen sus nuevos vestidos. —Ellie sostenía una caja sobre el regazo, con polvos para la cara y pastas de color. A ambas les habían enseñado a aplicarse los cosméticos, solo lo suficiente para dar a la piel de Phoebe un tono más cálido y a sus labios un leve matiz rojizo, todo sin que pareciera que llevaba maquillaje en absoluto.

Ya con más confianza, Phoebe entró por la puerta principal de la casa en Berkeley Square. El lacayo carraspeó.

—Madame la comtesse pidió que se le avisara en cuanto regresara, señorita —dijo—. Y ordenó que fuera a verla de inmediato.

Ir a ver a su tía con el vestido nuevo sería motivo de una confrontación, estaba segura. A la condesa no le gustaría saber que Phoebe había encontrado su propia modista.

—Gracias, Green. Puedes decirle que bajaré en seguida.

Una vez en su habitación, Ellie la ayudó a cambiarse por uno de sus vestidos viejos. Debería mantener limpio el amarillo pálido, se dijo, por si necesitaba usarlo antes de que los nuevos estuvieran listos.

Se detuvo antes de entrar al salón, con los músculos tensos ante la perspectiva de otra discusión. Enderezando la espalda, entró.

—¿Quería verme, madame?

—Sí, quería —dijo su tía con brusquedad, y los labios apretados. Su mirada se clavó en el peinado de Phoebe, y su expresión se agrió aún más—. También di instrucciones a Cookson y a Green de enviarte conmigo *en cuanto* llegaras.

—Green me dio el mensaje, madame, pero no sería educado presentarme ante usted con el polvo de la calle encima. Solo tardé cinco minutos en asearme.

—Muy bien hecho, Phoebe —dijo una voz detrás de ellas.

Ambas mujeres se giraron para ver al conde en el umbral.

—He pedido que traigan té; pensé que podríamos tomarlo juntos —añadió.

Phoebe vio cómo su tía abría la boca para hablar, luego la cerraba de nuevo; estaba claramente sorprendida por esa sugerencia poco habitual. Sin embargo, fue solo un respiro momentáneo.

—¿Dónde has estado? Has salido todo el día sin pedirme permiso. Tu reputación...

—Estaba con Ellie, madame —replicó Phoebe—. No hubo ninguna impropiedad.

—Se suponía que debías venir conmigo a casa de Mademoiselle Laurent para encargar tus vestidos.

—No sabía que esperaba que la acompañara —Phoebe introdujo un leve tono de sorpresa en su voz.

—¿Y cómo esperas estar lista para el musical dentro de dos días?

—Oh, puedo usar uno de los vestidos que tengo —afirmó Phoebe, dejando que su duendecillo travieso tomara el control—. Después de todo, hasta hace un par de días pensaba que serían suficientes para mi temporada.

Se preguntó si habría osado burlarse de la condesa de no haber estado su tío presente, aunque no había dicho más que la verdad. Una mirada rápida al conde mostró una ligera curva en sus labios que podía ser diversión.

—Estoy segura de que la gente se dará cuenta de que solo soy la prima de Hélène...

—Si vas a musicales y bailes, debes vestir adecuadamente, reflejará mal en todos nosotros si no lo haces —la voz de la condesa se volvió más aguda—. Debes venir conmigo a casa de Mademoiselle Laurent mañana a primera hora. Quizá pueda convencerla de que prepare algo a tiempo para el musical.

—No voy a encargar ningún vestido a Mademoiselle Laurent —dijo Phoebe.

El conde carraspeó.

—Estoy seguro de que podremos tener algo listo a tiempo —dijo —. Pero creo que sería mejor si...

Se interrumpió por un golpeteo en la puerta, seguido de la entrada de una sirvienta con una bandeja de té. La conversación

cesó mientras Phoebe servía el té y repartía las tazas.

—Será mejor si hay un plan para cada semana —retomó el conde cuando los sirvientes se retiraron—. Phoebe, necesitarás saber a qué compromisos ha respondido afirmativamente tu tía, para que estés preparada. Sin embargo, no es necesario que estés siempre con Hélène o tu tía, mientras te acompañe tu doncella. Si tienes compromisos propios, se lo comunicarás a tu tía, por cortesía.

Eso sonaba sensato. Phoebe asintió cuando el conde la miró.

—¿Lavinia?

Las cejas de la condesa se fruncieron y su boca se apretó.

—Oh, está bien —dijo al fin—. Phoebe, espero que me acompañes mañana a casa de Mademoiselle Laurent, y por la tarde haremos visitas sociales.

—Mademoiselle Laurent no confecciona vestidos que me favorezcan, madame, y cobra demasiado —esperando una discusión, Phoebe sonrió por dentro cuando su tía, sabiamente, no respondió —. Y ya tengo un compromiso mañana por la tarde, así que no puedo acompañarla.

—¿Un compromiso? ¿Cómo puedes tener un compromiso...?

—Voy a acompañar a la señorita Bryant y a Georges en una visita educativa —dijo Phoebe.

—¡Qué tontería! La señorita Bryant es perfectamente capaz de cuidar de Georges sola. ¿Para qué si no le pagamos?

—Creo que a Georges le gusta la compañía de Phoebe, querida —intervino el conde.

—Es solo un niño; estará perfectamente con la señorita Bryant.

—¿Le prometiste a Georges que lo acompañarías? —preguntó el conde a Phoebe.

—Sí, señor.

—Bueno, no se deben romper las promesas sin una buena razón —dijo el conde. Esperó, pero quedó claro que la condesa no pensaba discutir ese punto.

Volvió a mirar a Phoebe.

—¿A dónde van?

—Estudiaremos historia natural, señor —respondió Phoebe, dudando que su tía aprobara la visita planeada.

—Muy bien —dijo el conde—. Ahora, creo que me gustaría asistir a ese musical con ustedes más adelante esta semana. Estoy seguro, querida, de que podrás conseguir que amplíen la invitación para mí.

La condesa lo miró fijamente.

—¿Lavinia?

—¿Tú…? Bueno, sí, supongo que sí…

—Entonces está decidido —dijo él, dejando la taza y el plato sobre la mesa, y poniéndose de pie. Phoebe se levantó también.

—¿Puedo retirarme, madame? —preguntó. La condesa hizo un gesto con la mano y Phoebe siguió al conde al vestíbulo.

—Phoebe —el conde se detuvo ante la puerta de su despacho y ella se volvió hacia él.

—¿A *dónde* vas mañana por la tarde? —La miró directamente a los ojos—. La verdad, por favor.

—Hay una función en el Anfiteatro de Astley, señor. Mi doncella, Ellie, también desea verla.

—¿Historia natural?

—Sí —asintió Phoebe—. Caballos, y la naturaleza variada de la condición humana.

El conde sonrió.

—¡Muy educativo! Pero lleva también a Green contigo. Imagino que a veces la gente que va puede ser algo ruda.

—Gracias, señor —dijo Phoebe.

—Tu cabello… te queda muy bien —sonrió—. ¿Has conseguido algunos vestidos?

—No lo haré quedar mal, señor —prometió.

De vuelta en su habitación, Phoebe se sentó frente al tocador, admirando su nuevo corte de pelo en el espejo: su anterior maraña de rizos apenas contenida era ahora un peinado adecuado, que enmarcaba su rostro. Sus nuevos vestidos le darían más confianza al acompañar a su tía. Qué diferencia podían hacer unos pocos días.

Sin embargo, el cambio más importante era que ahora tenía aliados en Londres. Una sensación de ligereza se extendió por ella al recordar cómo Bella había cedido su tiempo gustosamente para

ayudarla, y cómo su tío había contradecido a su esposa. No había esperado tanto apoyo de su parte.

Otro pensamiento se coló. Alex conocía bien a Bella, lo suficiente como para llamarse por su nombre de pila. Se sintió avergonzada de sus sospechas anteriores de que pudiera haber algo más que amistad entre ellos, Bella no era ese tipo de persona, ni tampoco creía eso de Alex. Y quizás la amistad de Bella aumentaría las posibilidades de ver a Alex cuando regresara a Inglaterra.

Llamaron a la puerta, y Ellie entró con una nota sellada en la mano.

—La dejaron en la cocina, señorita. Nadie vio quién fue.

Phoebe tomó la nota, su ánimo tornándose más serio. Parecía la letra desgarbada de Brevare.

—Gracias, Ellie. No te necesitaré hasta esta noche.

Cuando Ellie se fue, rompió el sello y dejó escapar un suspiro de alivio al leerla.

El ladrón fue capturado y la nota ha sido entregada de forma segura al conde de Marstone.

Si no hubiera sabido ya que el ladrón trabajaba para Brevare, podría haberse preguntado cómo sabía él que la nota había sido robada. No era un espía muy competente, como ella y Alex habían concluido.

Echó la nota al fuego. Brevare debía de haberla escrito para desanimarla de seguir intentando contactar con Lord Marstone.

Entonces eso se había acabado. Al menos, su parte en todo aquello, no la de Alex. Frunció el ceño al considerar las implicaciones de cualquier información falsa que el conde hubiera escrito. Brevare, o quienquiera que lo estuviera controlando, pensaba que el mensaje robado provenía de Alex. Pero Alex podría repetir toda la información que hubiera reunido cuando regresara. ¿Intentarían… matar a Alex para impedir que hablara con Marstone?

Alex no sabía nada del engaño del conde; creía que el mensaje que ella iba a transmitir era indescifrable.

¿Podría avisársele? ¿Pensaría Lord Marstone en hacerlo?

Capítulo 27

Dos mañanas después, Phoebe levantó la vista de sus huevos con mantequilla justo cuando Alice Bryant seguía a Georges al comedor.

El conde dejó el periódico a un lado.

—Buenos días, Georges, señorita Bryant.

—Buenos días, señor —respondió Georges con un tono inusualmente serio que hizo que Phoebe tuviera que reprimir una sonrisa—. Gracias por permitirme desayunar con ustedes.

Tomó asiento a la mesa. Alice le sirvió un vaso de leche y un plato con tostadas, hizo una reverencia y se dirigió a la puerta.

—Únase a nosotros, señorita Bryant —dijo el conde.

—Gracias, monsieur, pero ya he desayunado.

—¿Un poco de café, entonces?

Phoebe intercambió una mirada con el lacayo junto al aparador. Green se acercó con una taza y sirvió el café mientras Alice tomaba asiento junto a Phoebe.

—Pensé que me gustaría escuchar sobre vuestra… eh… expedición de historia natural de ayer —añadió el conde.

—Monsieur sabe a dónde fuimos —respondió Phoebe en voz baja, al ver el rubor en las mejillas de Alice.

—Entonces, Georges, ¿te gustó?

Phoebe alzó la taza para ocultar su sonrisa cuando el rostro de Georges se iluminó y tragó apresuradamente un bocado de tostada. El conde había estado fuera de casa la tarde anterior cuando regresaron, así que se había perdido su habitual visita vespertina al niño en la guardería.

Dejó que las descripciones de los caballos y sus trucos fluyeran sin intervenir; ella misma había estado allí, y Georges había hablado del tema todo el camino de regreso en el carruaje. En lugar de eso, observó el rostro de su tío mientras escuchaba a su hijo. Hasta hace poco, el conde pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su estudio, dejando la gestión del hogar a su esposa. Las mentiras de

su tía sobre lo ocurrido en Francia parecían haberlo llevado a prestar más atención a su familia, incluida ella, cosa por la que Phoebe se sentía muy agradecida.

—¿Y a ti te gustó, Phoebe? —le preguntó su tío cuando Georges finalmente se quedó sin palabras.

—Mucho, señor. Me alegra que sugiriera llevar a Green; parte del público era algo rudo.

Alice le dijo a Georges que comiera su desayuno, y él obedientemente dio otro mordisco a su tostada.

—¿Tienen otras excursiones planeadas? —preguntó el conde. Georges terminó su bocado, pero Alice le recordó que no debía interrumpir mientras otros hablaban.

—Está la colección de animales en la Torre, señor —dijo Phoebe.

—Más estudios de la naturaleza —el conde dejó escapar una sonrisa de medio lado—. ¿Has estado en el Museo Británico?

—Varias veces, señor. Me gusta hacer bocetos de algunas de las piezas. —Phoebe lanzó una mirada de soslayo; Georges alternaba la mirada entre ella y su padre mientras hablaban, con un trozo de tostada olvidado en una mano—. A Georges le gusta ver las armas antiguas.

Las cejas del conde se alzaron, y Phoebe creyó detectar un leve movimiento en sus labios, como si intentara contener una sonrisa.

—Me pregunto qué música tendremos que soportar… quiero decir, escuchar esta noche —dijo, sin apartar la mirada de ella—. Esperemos que no haya demasiadas sopranos. Chillan más que cantan en demasiados casos. ¿Cuál es tu opinión, Phoebe?

—Señor, creo que Georges va a estallar.

—¿Eh? Ah, ¿tenías algo más que decir, Georges? —preguntó el conde—. Ha sido muy amable de tu parte no interrumpirnos.

Phoebe se giró para ocultar su diversión y se levantó a servirse más desayuno. Su tío seguía sorprendiéndola, no lo había imaginado como alguien que hiciera bromas a su hijo.

—Señor, ¿cuándo puedo tener clases de equitación? No he montado desde que dejamos a mi poni en Calvac. Por favor, señor.

—¡Solo equitación, Georges, nada de trucos!

—Sí, señor.

—Muy bien, lo arreglaré. Ahora termina tu desayuno. —El conde se volvió hacia Phoebe—. ¿Tú también quieres montar, Phoebe? Supongo que Hélène no lo desea.

—No creo que le guste, señor. Solía disfrutar mucho montando por los alrededores de la finca en Calvac. —Dudó un momento, sin querer parecer desagradecida—. Sé que es popular dejarse ver conduciendo o montando en el parque, pero confieso que no le encuentro mucho atractivo a un espacio tan limitado. Aun así, le agradezco mucho la oferta.

Para su alivio, su tío sonrió.

—¿Estás segura?

—Creo que tendré suficiente equitación escuchando los relatos de Georges sobre sus clases.

—Sin duda —respondió él, mirando a su hijo con afecto y diversión. Phoebe volvió a maravillarse de lo equivocadas que habían sido sus sombrías expectativas para esta temporada.

Algunas de las nuevas prendas de Phoebe llegaron esa tarde. Pasó una hora feliz probándoselas, conversando con Ellie sobre qué cintas, guantes y zapatos combinarían con cada una. Entre las dos, eligieron el atuendo para el musical: un vestido verde musgo con un sencillo ribete dorado, acompañado de una cinta dorada trenzada en el cabello.

Mientras se contemplaba en el espejo, Phoebe sintió que se erguía más, y por primera vez esperaba con ganas conocer gente, ahora que tenía confianza en su apariencia.

¿Le gustaría a Alex?

Se volvió bruscamente del espejo, recogió su capa y se la echó sobre los hombros. No debía suponer que él querría verla de nuevo cuando regresara de Francia. Por ahora, debía concentrarse en hacer nuevas amistades en el musical.

—¿Qué escondes bajo esa capa, muchacha? —preguntó su tía con tono cortante, justo cuando Phoebe llegaba al pie de las escaleras.

Phoebe suspiró y abrió la capa. Su tía tendría que ver el vestido en algún momento.

—Muy bonito —dijo el conde.

Para sorpresa de Phoebe, Hélène también asintió con aprobación.

La condesa resopló.

—No es en absoluto apropiado —dijo—. Las jovencitas deberían vestir de blanco o en los tonos pastel más pálidos…

—¿Crees que está vestida de manera inadecuada para este musical? —preguntó el conde en voz baja—. Dejé claro, ¿no?, que si Phoebe no asiste, Hélène tampoco irá.

—¡Mamá! —protestó Hélène.

—Yo… no quise decir… o sea… —La condesa buscó palabras—. ¿Qué digo si alguien comenta sobre su vestido?

—Podrías decir que crees que le sienta muy bien. —Miró alrededor—. ¿Estás lista, Hélène? ¿Phoebe?

Lady Brotherton recibió efusivamente a los Calvac y alzó las cejas al ver el vestido de Phoebe. A Phoebe le sorprendió que su señoría tampoco pareciera particularmente complacida de ver a Hélène. Cuando vio a Sophia y Sarah Brotherton, lo entendió. Sophia, la mayor de las dos, llevaba su melena rubia en un peinado similar al de Hélène, pero el tono dorado del cabello de Hélène era más brillante, y sus rasgos eran un poco más regulares.

Phoebe sonrió al ver cómo Lady Brotherton se apresuraba a llevarse a sus hijas a los asientos de la primera fila, asegurándose de que nadie pudiera hacer una comparación directa entre Hélène y Sophia. Phoebe siguió a su tío y a su tía hacia el fondo de la sala mientras Sir Alfred Brotherton presentaba a la primera cantante. Por un rato, cesaron todas las conversaciones mientras la gente escuchaba la dulce voz de la mujer, acompañada por un pianista muy hábil.

La siguiente intérprete fue una soprano cantando arias de ópera. Phoebe tuvo que admitir que el comentario de su tío sobre los chillidos tenía algo de razón, y miró a su alrededor para ver si los demás invitados estaban disfrutando la actuación. Se estremeció ante una nota especialmente desafinada y atrapó la mirada de Bella al otro lado del salón, justo cuando ella hacía una mueca. Bella

saludó brevemente a Phoebe y dijo unas palabras al hombre que estaba a su lado antes de volver su atención a la cantante. La mirada de Phoebe vagó por los demás invitados, la mayoría frustrantemente anónimos desde su posición al fondo de la sala. Muchas cabezas se estaban girando y empezaban los murmullos; no era la única poco impresionada por la interpretación.

Para alivio de Phoebe, la soprano finalmente dio paso a un hombre con una voz de tenor agradable, y luego hubo una pausa para tomar refrigerios. Tomó una copa de champán cuando un lacayo ofreció una bandeja al grupo de los Calvac. Dio un sorbo, casi estornudando cuando las burbujas le cosquillearon la nariz de forma inesperada.

—Hola, Phoebe —dijo Bella, apareciendo a su lado—. Está preciosa esta noche. —Se volvió hacia su acompañante, que tenía el cabello rubio oscuro y una sonrisa amable—. Nick, te presento a Phoebe Deane. Phoebe, mi esposo, Lord Carterton.

—Mi lord. —Phoebe logró hacer una pequeña reverencia sin derramar el champán. Por el rabillo del ojo, vio la sorpresa en el rostro de la condesa.

—Lord Carterton, ¿puedo presentarle a mi tía, la condesa de Calvac?

No estaba segura de haber acertado con el orden de precedencia, una condesa francesa probablemente tenía un rango más alto que un barón, pero el título de la condesa ya no existía oficialmente. Y si tenía que elegir a quién ofender, no sería a Lord Carterton. La condesa presentó a Hélène, pero el conde y Lord Carterton ya se conocían de su club.

Mientras los hombres intercambiaban cortesías, Phoebe se acercó a Bella.

—¿Está aquí Lord Marstone?

—No, odia estas reuniones. Mi propio disfrute depende de la calidad del entretenimiento, la mayoría de los intérpretes de esta noche son buenos.

—Quería preguntarte algo —dijo Phoebe—. No me llevará mucho tiempo, pero no quiero ponerlo por escrito.

El entrecejo de Bella se frunció, luego asintió.

—¿Puedes ir mañana a la librería de Bateson, a las once? Veré qué puedo hacer.

—Gracias. —La mirada de Phoebe se alzó cuando un hombre alto de cabello oscuro se detuvo junto a Bella.

—Lady Carterton, ¿no va a presentarme a sus amistades? —preguntó. Su gesto abarcó a toda la familia, pero sus ojos estaban fijos en Hélène.

Phoebe detectó un gesto divertido en los labios de Bella mientras obedecía.

—Mi lord, le presento al conde y la condesa de Calvac, su hija Lady Hélène, y su sobrina, la señorita Deane. Señor de Calvac, el marqués de Harlford.

Como Lord Harlford seguía con la mirada fija en Hélène, Phoebe tuvo tiempo de examinarlo. Su nariz era marcadamente romana, pero eso no le restaba atractivo; de hecho, sumaba a su apariencia. Su rostro tenía un leve color que indicaba que pasaba tiempo al aire libre. Pensó que su sencillo abrigo oscuro y sus calzones eran un cambio refrescante respecto al deslumbrante abanico de colores que llevaban la mayoría de los otros invitados. Un alfiler con rubíes en su corbata y un reloj de bolsillo eran sus únicas joyas, y daban a Phoebe una impresión de elegancia más que de ostentación.

Harlford besó primero la mano de la condesa, como dictaba la etiqueta, y luego la de Hélène. Phoebe intercambió una mirada resignada con Bella al ver que él parecía haberse olvidado por completo de su existencia. La mirada de Bella se desplazó hacia un punto detrás de Phoebe y saludó con una pequeña ola de la mano. Un joven de aspecto alegre con uniforme rojo se abrió paso entre la multitud y besó la mejilla de Bella.

—Señorita Deane, ¿puedo presentarle a un primo de mi esposo, el capitán Richard Synton?

—Encantado de conocerla, señorita Deane —dijo el capitán, mientras Bella se volvía para hablar con otra persona.

—Igualmente, capitán. —Su mirada bajó, y hubo un breve silencio antes de que él hablara de nuevo.

—Er… no la había visto por aquí antes.

—Es mi primera incursión en sociedad —explicó Phoebe—. ¿Está disfrutando del espectáculo, señor?

—Sirve para pasar el tiempo y me libra de… quiero decir, sí, muy agradable. —Se balanceó de un pie al otro.

—¿Incluso la segunda cantante? —preguntó Phoebe, preguntándose si había algo mal con ella o si el capitán simplemente se sentía incómodo en sociedad.

Su rostro se iluminó.

—Bueno, tal vez…

Fue interrumpido por el sonido discordante de un violín afinándose.

—Debo volver a mi asiento, señorita Deane. Con su permiso.

Solo tuvo tiempo de asentir con la cabeza cuando él hizo una reverencia y se alejó. Alisándose la falda con una mano, se dio cuenta de que no había pensado en su aspecto más allá del momento en que Bella la halagó, un cambio agradable respecto a sus anteriores encuentros sociales.

Su tía y su prima susurraron durante las siguientes actuaciones, ganándose miradas de fastidio por parte del conde. Phoebe tuvo que morderse el labio al ver la expresión de alivio en su rostro cuando los recitales terminaron, y se apresuró a declarar que ya habían socializado suficiente por una noche y que era hora de regresar a casa.

A la mañana siguiente, Phoebe escribió una breve nota para enviar a la condesa junto con su bandeja de desayuno, y luego se dirigió a la librería con Ellie.

Le encantaba el olor de los libros y las posibilidades encerradas en sus páginas. Ya había tenido suficiente de novelas tras leer las que Hélène había llevado a Calvac, así que se dedicó a recorrer los estantes de no ficción. *Reflexiones sobre las Revoluciones en Francia* le pareció un título adecuado a la luz de su experiencia reciente, y hojeó sus páginas, levantando la vista solo al escuchar unos pasos que se acercaban.

—Esa es una lectura bastante seria para una señorita, ¿no cree? —El conde de Marstone estaba frente a ella, con expresión

inquisitiva. Ella cerró el libro y estaba a punto de devolverlo al estante cuando el conde se lo quitó.

—Sería mejor que se nos viera discutiendo un libro, ¿no le parece? —preguntó, echando un vistazo a las personas que hojeaban cerca—. Bella dijo que necesitaba verme.

—Yo... lo siento, mi lord, no era mi intención causarle molestias.

—No importa, señorita Deane. ¿En qué puedo ayudarla?

No detectó impaciencia en su tono ni en su rostro.

—Solo quería saber... sobre el señor Westbrook —dijo, bajando la voz—. Es decir, ahora que tienen un mensaje que se supone que proviene de él, querrán evitar que usted lo reciba. Así que cuando él regrese, podrían…

—No se preocupe, señorita Deane —dijo el conde—. Westbrook no es de los que anuncian su llegada públicamente. Es probable que lo vea antes de que los demás sepan que ha regresado. Puede que necesite comunicarme con él mientras esté fuera; si es así, añadiré una advertencia. ¿Le parece bien?

—Gracias. Sí, eso me tranquiliza. —Sintió cómo se le encendían las mejillas—. Siento haberle hecho venir por…

—Dígame, señorita Deane —la interrumpió el conde—, ¿no siente ni la más mínima curiosidad por saber si nuestra empresa tuvo éxito?

—Bueno, sí —dijo Phoebe—, pero no hay ninguna razón por la que usted deba contármelo, así que no me pareció que valiera la pena preguntar.

—Muy inusual —dijo el conde, como si hablara consigo mismo —. Tal como predijo, Brownlee y Chatham no lograron seguir al ladrón el tiempo suficiente como para identificar al destinatario final. Sin embargo, aún tenemos esperanzas de que el contenido del mensaje resulte… productivo. ¿Ha tenido noticias de Brevare nuevamente?

Phoebe le contó sobre la nota que había recibido, y él asintió antes de volverse hacia el libro que aún tenía en las manos.

—Hubiera pensado que su tío tendría una copia de este.

—Puede que la tenga, pero hasta ahora solo he buscado libros sobre exploraciones o historia natural en su biblioteca.

—¿Y ahora?

—Habiendo visto de primera mano algunos de los resultados de la revolución, creo que me gustaría saber más al respecto. Veré qué encuentro en la biblioteca.

Phoebe se preguntó si había dicho algo raro, pues el conde parecía mirarla sin verla. Parpadeó y devolvió el libro al estante.

—Si eso era todo, señorita Deane, la dejaré con su educación —dijo.

—Sí, gracias, mi lord. —Phoebe lo observó alejarse, esperando que no creyera que había hecho un escándalo por nada.

Cuando Phoebe regresó a casa, Green le informó que el conde deseaba que se reuniera con él en el salón. Tras pasar por su habitación para refrescarse, encontró a su tía sentada con su tío.

—Me han dicho que Hélène irá a pasear en coche con el marqués de Harlford mañana —dijo el conde a su esposa, después de que Phoebe explicara dónde había estado.

Una sonrisa satisfecha se extendió por el rostro de la condesa.

—Sí, vino más temprano. Solo pudo quedarse unos minutos, pero fue sumamente elogioso. Sería una excelente conexión.

—Y tú también tuviste una visita, ¿no es así, Phoebe? —dijo el conde—. ¿No te dejó una nota?

—Green no me dio ninguna nota, señor. —Tampoco había nada en su habitación.

—¿Tal vez estabas a punto de entregarle el mensaje a Phoebe? —sugirió el conde a su esposa.

La condesa se sonrojó y sacó un papel doblado de su bolsillo.

—Quería comprobar que Phoebe estuviera haciendo… amistades adecuadas —dijo mientras se lo entregaba—. No sé quién es ese joven.

La nota era una invitación para salir a pasear en coche con el capitán Synton.

—Lady Carterton me presentó al capitán Synton en el musical —explicó Phoebe—. Es primo de lord Carterton.

—Eso no parece objetable, *¿n'est-ce pas?* —dijo el conde.

Los labios de la condesa se fruncieron, pero tuvo que asentir.

—¿Y no tienes otros compromisos mañana a las…? —Miró a Phoebe.

—A las cuatro, señor.

—A las cuatro. Espero que no; sería una pena que Hélène tuviera que perderse su paseo con lord Harlford. ¿Está previsto que venga justo antes, no?

—No, no hay otros planes —admitió la condesa, aunque a Phoebe le pareció que tuvo que obligarse a decirlo.

—Excelente. Me alegra que todo esté claro.

Capítulo 28

Alex se apoyó contra la pared en una calle cerca de la Place de la Révolution. Levantó un pie y lo giró para inspeccionar la suela de su bota, utilizando el movimiento para lanzar una última mirada detrás de él. El paseo del día anterior por esa zona no había despertado ningún interés indebido en él ni en sus asuntos, y ahora estaba seguro de que nadie lo había seguido esa mañana. Mejor así: averiguaciones discretas sobre su único otro contacto habían revelado que el hombre había dejado París varios meses atrás.

Desde la ventana, la tienda de Couillard parecía vacía de clientes, así que Alex cruzó la calle y entró. Un hombre con un delantal de cuero levantó la vista del zapato que estaba cosiendo.

Alex volvió a mostrar la suela de su bota.

—¿Puede arreglar estas botas mientras espero?

El hombre asintió y señaló una silla. Alex se quitó las botas y se las entregó, permitiéndose una leve sonrisa ante la feliz coincidencia de que su contacto fuera zapatero justo cuando sus botas, en efecto, necesitaban arreglo.

Miró a su alrededor, a los estantes llenos de zapatos y botas con etiquetas de papel, esperando reparación o recogida. Una vez que el hombre comenzó a coser una nueva suela, Alex preguntó con tono casual si alguna vez hacía zapatos de piel de cerdo.

La mano del hombre se estremeció levemente, pero no apartó la vista de su trabajo.

—Hoy en día no se pide —murmuró—. Ni de piel de oveja tampoco.

Satisfecho, Alex se quedó mirando por la ventana, en calcetines, hasta que sus botas estuvieron listas. Luego pagó por el arreglo.

—No vuelva aquí —dijo el zapatero en voz baja mientras le daba el cambio—. No puedo hacer más… reparaciones.

Alex se calzó las botas, notando un bulto bajo el arco del pie izquierdo. Al mirar al zapatero, pudo ver tensión en su cuello y los nudillos demasiado blancos en la mano que sujetaba el dinero.

Podría haber ignorado las palabras clave, pensó Alex, pero las había reconocido, y el bulto indicaba que había entregado un mensaje.

El valor merecía recompensa.

—Quizá le iría mejor si se mudara —sugirió Alex—. No puedo garantizarle que el viaje sea fácil, pero estoy seguro de que podría ganarse la vida en otro lugar.

—Es una idea interesante —dijo Couillard, tras una breve vacilación—. ¿Tiene otros zapatos que necesiten arreglo? Podría dejarlos mañana.

—Mi amigo quizá tenga algo que reparar —respondió Alex. No creía prudente volver a mostrarse por allí—. Tal vez le interese comprar unos zapatos rojos para una amiga.

Couillard asintió y lo acompañó hasta la puerta, cerrándola tras él y girando la tarjeta en la ventana para mostrar *Fermé*.

De vuelta en su alojamiento, Alex extrajo el bulto de su bota. Como había sospechado, era un papel doblado que Couillard había escondido mientras cosía. Sacó la guía de caminos de su bolsa y se sentó en la pequeña mesa para comenzar a descifrar, escribiendo a lápiz las letras traducidas sobre el mensaje original.

Diez minutos después, se recostó en la silla desvencijada y se estiró, pasándose las manos por el cabello con frustración. El mensaje no tenía sentido. Tenía que estar codificado con la guía de caminos, ya que era el único libro que tenía consigo, y el único libro que Marstone sabía que él tendría. Ni una decodificación directa ni una utilizando los números adicionales para sumar o restar producían palabras reconocibles.

La puerta repiqueteó y él dobló el papel a toda prisa.

—¿Quién es?

—Henri.

Alex se relajó y fue a abrir la puerta. Henri lo siguió de regreso a la habitación, dejó un pan envuelto y un trozo de queso sobre la mesa, y se tumbó en la cama.

—¿Ça va?

—Todavía no he tenido suerte —respondió Alex.

Henri gruñó y pareció quedarse dormido. Aquel hombre parecía tener una reserva de paciencia mucho mayor que la de Alex.

Volvió a mirar el mensaje original: era una serie de números, así que debía de ser un código basado en un libro. Usar esos números con su guía de caminos producía una secuencia de letras, pero no tenían ningún sentido.

Debía haber una capa adicional de cifrado sobre el código habitual. Si realmente había un traidor dentro de la organización, tenía sentido encriptar aún más el mensaje. Sin embargo, quien lo enviara también debía haber supuesto que él podría descifrarlo.

Pensando en el pasado, recordó los códigos que habían usado años atrás, basados en una sola palabra o frase. Marstone tal vez había hecho eso, usando una frase que pensara que Alex podría adivinar.

Tomó una hoja en blanco y escribió su nombre, omitiendo letras repetidas, y luego completó el alfabeto.

W E S T B R O K A C D F…

Debajo escribió el alfabeto normal, la A bajo la W, la B bajo la E, y así sucesivamente. Usó esa clave para transformar las primeras palabras del mensaje medio descifrado, pero obtuvo otra cadena de letras sin sentido. Probó varias veces más, usando distintas palabras como punto de partida: su nombre completo, Marstone, Kellet. Incluso probó con Phoebe Deane.

Arrojó el lápiz con disgusto y volvió a pasarse las manos por el cabello. Esos fracasos no deberían sorprenderle. Los nombres que había probado podían ser adivinados por alguien de la Oficina de Asuntos Exteriores. ¿Qué palabras significativas conocerían tanto él como el conde, pero no otros?

¿Estaba usando el libro equivocado para traducir los números iniciales a letras? Pero Marstone solo podía confiar en que tuviera la guía de caminos.

¿Libros…?

¿Y si Marstone había usado el título de un libro como frase clave? Quizá el que Phoebe había usado para codificar el mensaje que él le había enviado de vuelta, algo relacionado con una cueva. No, no cueva. ¿Caverna?

‘Smuggler’s Cavern’ no funcionó, pero cuando probó con ‘Pirate’s Cavern’, las primeras palabras se convirtieron en:

Sixteen Rue des Fleurs.

Gruñó con satisfacción y continuó con el resto del mensaje, sintiéndose al instante aliviado y mucho más optimista. Si Marstone sabía de *The Pirate’s Cavern*, entonces no solo significaba que Phoebe había regresado sana y salva a Londres, sino que también había visto a Marstone y él había creído su historia.

***

Dos mañanas después, Phoebe se retiró a la biblioteca tras el desayuno. El paseo prometido con el capitán Synton había sido agradable, una vez que logró hacer que el capitán hablara sobre caballos. Ahora esperaba con gusto una mañana tranquila antes de visitar a la señorita Fletcher para la prueba final de sus vestidos de baile.

Se volvió hacia el paquete de libros que acababan de entregar. Uno era el libro que había estado hojeando en la librería cuando Lord Marstone la encontró, *Reflecciones de la Revolución Francesa* de Edmund Burke. Otros dos trataban temas similares, aunque a primera vista parecían adoptar el punto de vista contrario al del señor Burke. Finalmente, había *Reivindicación de los Derechos de la Mujer* de Mary Wollstonecraft. Una nota sin firma sugería que los libros debían leerse en el orden en que se habían publicado.

El paquete solo podía haber sido enviado por el conde. Pero ¿por qué se los había mandado? Ella había dicho que probablemente su tío tenía una copia del primer libro.

Lord Marstone debía de tener una razón para sugerir ese orden de lectura, así que tomó el libro de Burke. Era una lectura densa: el hombre nunca parecía usar una sola palabra cuando podía usar cinco o seis. Llevaba unas pocas páginas cuando un papel cayó al suelo flotando. Phoebe lo recogió, preguntándose si sería el recibo de los libros.

Parecía una cuenta de sastre, pero estaba escrita con la misma letra que la nota que había acompañado los libros. Las sumas de dinero también le resultaban extrañas, ni el más extravagante adorno de moda podía costar cinco libras por un pañuelo de cuello.

Y no solo eso, sino que quien lo había escrito parecía pensar que podía haber más de veinte chelines en una libra.

Dejó el papel sobre la mesa, empujando a un lado a Burke. El libro era nuevo, así que el papel debía de haber sido colocado allí a propósito, casi con certeza por Lord Marstone. Él, o su secretario, lo había escrito personalmente, así que las palabras y los números debían significar algo. ¿Un código? ¿Algún tipo de desafío?

Sonriendo, buscó papel, plumas y tinta en el escritorio del conde. Todas las cantidades eran en chelines exactos, sin peniques. ¿Podría ser que el número de libras fuera un número de página y los chelines señalaran las letras? El papel había sido colocado dentro del libro de Burke, así que comenzó a pasar las páginas y contar letras, apartando un recuerdo cálido de estar sentada con Alex en aquella posada francesa haciendo lo mismo.

Al cabo de un minuto se recostó con decepción: los resultados no tenían sentido. Estaba usando el mismo método que había empleado para codificar la lista de nombres y direcciones de Alex, pero a la inversa.

Tenía que ser algún tipo de mensaje, ¿para qué otra cosa habría estado el papel dentro del libro? Sin embargo, no era probable que Lord Marstone estuviera enviándole nombres que necesitaban deletrearse letra por letra. ¿Y si el mensaje podía expresarse con palabras comunes…?

Esta vez usó los chelines para contar palabras en las páginas, en lugar de letras. Sonrió de satisfacción mientras el breve mensaje aparecía ante ella.

¿Le gustaría a usted y a su tutora acompañarme a cenar?

Eso era todo, aunque ya de por sí resultaba bastante sorprendente.

¿Cómo debía responder? La idea de que el conde la invitara a cenar le resultaba tanto halagadora como intimidante. Su tío también había sido invitado, pero no estaba segura de si debía, o siquiera podía, explicarle cómo había recibido esa invitación. Una invitación formal de parte de lord Marstone sería mucho mejor.

Comenzó a pasar páginas y a anotar números en una hoja nueva. Luego tocó la campanilla y pidió que llamaran a Green.

Cuando Phoebe llegó al salón de la señorita Fletcher esa tarde, se sorprendió al ver a Bella allí, hojeando libros de modelos.

—Hola, Phoebe —dijo Bella—. He venido a ver cómo te quedan los vestidos.

—¿Puede acompañarme, señorita Deane? —Amy hizo un gesto hacia el probador.

—Tráela de vuelta aquí para ajustarla con alfileres, por favor, Amy —dijo Bella.

—Sí, mi lady.

Una vez en la sala trasera, Amy ayudó a Phoebe a ponerse el primero de los vestidos de baile que había encargado. Este era de un color oro pálido, con una sobrefalda en un tono más profundo. Encajes delicados, de un tono crema, adornaban el escote y las mangas. De regreso en el salón, Phoebe se colocó en el lugar que Amy indicó, contemplando con asombro su imagen reflejada en los espejos.

—Es precioso, Phoebe —dijo Bella, levantándose para rodearla.

—No se mueva, señorita —advirtió Amy con la boca llena de alfileres.

—¿Qué tal tu paseo con el capitán Synton? —preguntó Bella.

—Oh, bastante bien. —Phoebe sonrió al recordar lo incómodo que había sido el comienzo de la conversación—. Gracias por enviarlo.

Bella chasqueó la lengua.

—¿Te dijo que fui yo quien lo envió? El hombre no tiene modales.

Phoebe se rio, y esta vez fue Amy quien chasqueó la lengua.

—No con esas palabras —aclaró Phoebe—. Al principio fue un poco difícil, pero nos llevamos de maravilla una vez que le pregunté por los caballos.

—Sí, Nick dijo que ha pedido prestado el faetón y la pareja de caballos otra vez para mañana. Dijo que querías conducirlos tú.

Phoebe recordó justo a tiempo no darse la vuelta, y atrapó la mirada de Bella en uno de los espejos.

—Sí. Tenía que hacerlo —dijo—. Conduje un coche por unos kilómetros en Francia, y pensé que sería interesante aprender de verdad. —Cuando no había soldados que esquivar—. ¿Lord Carterton no se opone?

Bella negó con la cabeza.

—En absoluto. Confía en que Richard los cuidará.

—Suba aquí, por favor, señorita Deane —dijo Amy, señalando una plataforma. Phoebe lo hizo, y Amy se agachó para comprobar el dobladillo.

Phoebe recordó el inicio de su paseo y no pudo evitar que se le curvaran los labios.

—Vamos, cuéntame —dijo Bella—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—El capitán debía venir media hora después de que lord Harlford pasara a buscar a Hélène —empezó Phoebe, preguntándose si estaba siendo injusta al contar la historia. Quizás sí, pero Hélène se lo había buscado, después de todo.

—¿Richard llegó tarde?

—Oh, no —dijo Phoebe, girando como le indicó Amy—. Llegó puntual, igual que lord Harlford. Hélène lo hizo esperar media hora.

Las cejas de Bella se alzaron. Phoebe se había preguntado si era normal hacer esperar a un pretendiente, pero al parecer no lo era.

—¿Y él no se lo tomó bien?

—No. Bueno, no fue eso exactamente. —Phoebe giró otra vez, y comenzó de nuevo—. Hélène había planeado una entrada triunfal, descendiendo por las escaleras en todo su esplendor.

—¿Con la esperanza de que su pretendiente la apreciara más tras la espera? —sugirió Bella.

—Creo que esa era la idea. Hizo su entrada justo cuando llegaba el capitán y estaban presentándolo, así que nadie se dio cuenta. —Por la expresión de disgusto en el rostro de Hélène, estaba segura de que su prima había llegado tarde a propósito. Se preguntó si había sido idea suya o sugerencia de la condesa.

—¡Ja! —dijo Bella—. Una estrategia poco sabia. Harlford es muy estricto con la puntualidad, por lo que he oído.

—Listo, señorita —dijo Amy, finalmente incorporándose.

Phoebe contuvo el aliento al contemplar su imagen en el espejo. El corpiño ceñía su figura, la falda se abría desde la cintura. Bella se levantó y soltó algunos rizos del bandeau de Phoebe, dejándolos caer sobre su hombro.

—Deslumbrante —dijo.

Phoebe tragó saliva. Ese vestido superaba a los otros que ya había recibido de la señorita Fletcher, y la transformaba por completo. Ya no era la pariente pobre y deslucida del vestido naranja. Giró para ver su silueta de espaldas, apenas oyendo la advertencia de Amy de que tuviera cuidado de no pincharse con los alfileres.

Podría parecer una tontería sentirse mucho más segura por culpa de un vestido, pero ahora sí tenía ganas de que llegara el baile de la noche siguiente.

Capítulo 29

Phoebe contempló el salón de baile de Lady Sandrich desde su lugar en la fila de invitados e intentó disimular su asombro ante tanta grandeza. Guirnaldas de tela verde, dorada y blanca adornaban las paredes, y docenas de macetas con narcisos y azafranes púrpura en plena floración daban la apariencia de una primavera anticipada. La frescura de los colores no se extendía al aire, que era cálido y denso con el olor a velas encendidas y perfumes empalagosos.

Una vez que su pequeño grupo pasó la fila de recepción, varios conocidos de la comtesse se les acercaron, presentando hijos, sobrinos o primos; todos deseaban asegurar un baile con la bella Lady Hélène, deslumbrante esa noche con un vestido blanco, los bordes del corsé y las mangas delineadas con hilo de plata, y diminutas flores y cintas plateadas entrelazadas en su cabello.

Phoebe, feliz con su propio vestido nuevo, ya no se sentía la pariente pobre y aceptó con gracia cuando varios de los pretendientes de Hélène, por cortesía, también le pidieron un baile al serle presentados. Al principio se concentró en sus pasos, pero pronto ganó suficiente confianza para intercambiar comentarios generales con sus distintos compañeros sobre el salón, el clima y, en ocasiones, sobre los otros bailarines.

Bella llegó con su esposo y el capitán Synton mientras Phoebe estaba sentada, agradecida de poder descansar los pies.

—Bueno, Phoebe, ¿te estás divirtiendo? —preguntó Bella, sentándose a su lado.

—Muchísimo, gracias.

—¿Sin pareja?

Justo en ese momento apareció Sir Peter Tynwood con la limonada que había ido a buscar. Phoebe hizo las presentaciones, luego él se disculpó y se fue a encontrar a su próxima compañera.

—¿Un nuevo admirador? —preguntó Bella.

—Oh, sin duda —respondió Phoebe, con una sonrisa irónica—. Estaba muy interesado en verme mañana por la tarde en el parque... cuando supo que acompañaré a mi tía y prima en un paseo.

—¡Vaya, qué descaro! —exclamó el capitán Synton.

Phoebe rio.

—Bueno, fue bastante sutil —dijo. Sospechaba que varios de sus compañeros esperaban que ella pudiera ayudarlos a acercarse a su prima, pero le sorprendía no sentirse molesta siempre que no lo hicieran demasiado evidente.

—¿Conoce a mi prima, capitán Synton?

—No, pero Bella me la señaló cuando llegamos. Señorita Deane, ¿está comprometida para el baile de la cena?

—No.

—¿Puedo invitarla?

—Por supuesto. Gracias, capitán. —Él sonrió y luego se alejó hacia la sala de juegos.

—Con unos cuantos años más de entrenamiento, podrá estar listo para la alta sociedad —comentó Bella con cara seria mientras lo veía irse—. Pero al menos tiene el buen juicio de no caer rendido a los pies de tu prima.

—Debo agradecerte una vez más por presentarme a la señorita Fletcher —dijo Phoebe. Vio que una dama que pasaba se detenía al oírla hablar, luego se volvió y se acercó a ellas.

—¿La señorita Fletcher? —preguntó la recién llegada—. Debes de ser tú la razón por la que me cancelaron la cita la semana pasada.

—Maria, te presento a la señorita Phoebe Deane —dijo Bella—. Phoebe, ella es mi buena amiga Lady Jesson.

Lady Jesson tenía unos treinta y tantos años, vestida en tonos de púrpura claro y gris plateado, su vestido disimulaba con ingenio una cintura algo rellenita. Las pocas líneas finas que partían de las comisuras de sus ojos le parecieron a Phoebe más líneas de risa que signos de edad.

—Es un placer conocerla, mi lady —dijo Phoebe, haciendo una reverencia—. Lamento haber ocupado su cita, pero no me arrepiento

del resultado. —Echó un vistazo a su vestido mientras hablaba.

Lady Jesson la observó durante unos segundos y luego sonrió. Eran líneas de risa.

—Me agradas. ¡Eres una joven honesta! ¿Quién te presenta?

—Vivo con mi tío, el conde de Calvac. Mi tía me presenta junto con su hija.

—Oh, sí, la nueva Incomparable es la hija de Lavinia. —Lady Jesson examinó a Phoebe de arriba abajo, su mirada recorriéndola desde el peinado hasta los zapatos. Phoebe mantuvo la barbilla en alto, decidida a no mostrar incomodidad ante la inspección. Finalmente, Lady Jesson le sonrió.

—Ya veremos —dijo enigmáticamente, luego asintió a Bella y se marchó.

Phoebe miró a Bella, sorprendida al verla sonriendo.

—Es bastante chismosa —explicó Bella—, pero nada malintencionada, a diferencia de otras.

Bella fue reclamada por otra conocida unos minutos después, y Phoebe se sintió feliz de pasar el resto de ese set observando a los presentes. Vio llegar al marqués de Harlford y dirigirse hacia Hélène, y más tarde vio a Hélène del brazo con él entrando al comedor, con una sonrisa triunfal en el rostro.

Phoebe disfrutó su propia cena con Bella, Lord Carterton y el capitán, y tuvo suficientes parejas durante la segunda mitad de la velada como para considerar que su primer baile había sido un éxito. Disfrutó del baile, aunque se preguntaba cuánto se debía simplemente al encanto de la novedad. Las conversaciones con sus compañeros se habían limitado en su mayoría a las trivialidades esperadas, nada que ver con sus charlas con Alex. Aunque claro, era difícil mantener una conversación seria mientras se bailaba.

Hubiera sido maravilloso poder bailar con Alex.

***

Alex pidió otra taza de lo que aquel comedor insistía en llamar café y miró con melancolía por la ventana. No debía quejarse demasiado, pensó, mientras una ráfaga de lluvia golpeaba el cristal. Al menos estaba sentado, seco y al abrigo, esperando a que Henri regresara.

El mensaje cifrado de Marstone había proporcionado varios nuevos contactos, uno de los cuales logró averiguar que dos mujeres que coincidían con la descripción de la vizcondesa y su hija estaban retenidas en una casa más abajo en esa misma calle. En los últimos días habían visto fugazmente a dos hombres mal vestidos que podrían ser sus guardianes. También había una joven con ropa de sirvienta que salía cada tarde con una cesta.

Se frotó la cara con una mano y miró el periódico que supuestamente estaba leyendo, pero sus pensamientos estaban en Brevare. El hombre era francés, así que algunos dirían que no estaba traicionando a su país al intentar conseguir la lista de nombres de Alex. Pero no muchos aristócratas apoyaban a los republicanos, y Alex suponía que serían menos aún después de la ejecución del rey. Brevare sería considerado un traidor en ciertos círculos.

Alex se sacudió de sus cavilaciones cuando Henri colocó un humeante cuenco de *cassoulet* y un plato de pan sobre la mesa antes de dejarse caer en la silla contigua. Esperando que la comida fuera mejor que el café, Alex atrapó la mirada de un camarero y pronto tuvo su propio plato frente a él.

—¿Hablaste con ella? —le preguntó a Henri.

—*Oui*. Son las mujeres Brevare. Aimée cuida de ellas, cocina para ellas y para los dos guardias.

—¿Sabe por qué están allí?

Henri negó con la cabeza, la boca llena.

—Le dijeron que no hablara con nadie —dijo—. Pero no puede ser un arresto oficial; si lo fuera, estarían en prisión.

Alex asintió, mojando el pan en los jugos de su plato, no era el mejor *cassoulet* que había comido, pero servía.

La confirmación de la identidad de las prisioneras reforzaba su teoría de que Brevare estaba siendo chantajeado. Pero encontrar a las mujeres no era suficiente; llevarlas a Inglaterra podría permitir que Marstone descubriera para quién trabajaba Brevare.

—¿Hay señales de que vayan a moverlas?

—Ella no dijo nada sobre eso, pero probablemente los guardias no se lo dirían a Aimée de todos modos.

—¿Y te lo habría dicho si lo supiera? —Si Aimée era una buena revolucionaria, no querría ayudar a escapar a un par de aristócratas.

Henri se detuvo, considerando la pregunta.

—Creo que sí —dijo—. No parecía estar conforme con la situación.

—¿Ayudará en el escape?

—No lo sé. Sólo hablé con ella unos minutos —Henri dejó el tenedor—. Y sería peligroso para ella, especialmente si fallamos. Hablaré con ella otra vez mañana.

—Nos tomará uno o dos días prepararlo —dijo Alex. Necesitarían papeles de viaje, un carruaje, una distracción. El zapatero estaba haciendo arreglos para llevarse a sí mismo y a su esposa a uno de los puntos de encuentro en la costa que Marstone había detallado en su mensaje. Pero tal vez sería mejor si todos viajaban juntos, quienes buscaran a las mujeres Brevare podrían pasar por alto a un grupo más grande.

—Bien. La convenceré. Puede venir con nosotros si quiere, ¿sí?

—Por supuesto.

La estimación de Alex de dos días fue optimista. Tres noches después, él y Henri treparon un muro y cayeron en el oscuro patio trasero de la casa donde estaban retenidas las mujeres Brevare. Solo una tenue luz se filtraba desde lo que debían de ser las ventanas de la cocina, pero era suficiente para evitar que alertaran a los ocupantes pateando cubos o tropezando con la basura esparcida.

Tal como lo prometieron, la puerta trasera no estaba cerrada. Empujándola lentamente, Alex soltó el aliento al ver que las bisagras no hacían ruido. Bien, podrían entrar sin llamar la atención cuando llegara el momento. Volvió a cerrar la puerta sin echar el pestillo y regresó al exterior, colocándose bajo la sombra junto a la ventana para esperar.

Mientras aguardaban, volvió a revisar la carga de sus pistolas; Henri hizo lo mismo. Alex desenvainó parcialmente su espada para asegurarse de que se deslizara con facilidad en la vaina. No estaba acostumbrado a llevarla y esperaba no tropezarse con esa condenada cosa, pero dos pistolas solo daban para dos disparos.

Diez minutos después se oyeron gritos en la calle frente a la casa, seguidos de disparos y relinchos de caballos asustados. Alex y Henri esperaron un par de minutos, dando tiempo a que los de la casa fueran a las ventanas del frente a ver qué ocurría, y entonces se deslizaron en silencio hacia la cocina. Una vela pegada en la esquina de una mesa grande titilaba con la corriente de aire que entraba por la puerta abierta. Henri la tomó y se dirigieron hacia la puerta interior. Todo, hasta ese momento, era tal como Aimée le había contado a Henri.

—No hay escaleras de servicio —le recordó Henri.

Tendrían que pasar junto a quien estuviera de guardia en la parte delantera de la casa. Al abrir con cuidado la puerta entre el área de los sirvientes y la parte principal de la casa, Alex vio el vestíbulo iluminado con una luz anaranjada parpadeante. Un hombre corpulento estaba de pie junto a la puerta principal abierta, recortado contra las antorchas de la calle, con las manos en las caderas. Tenía la atención puesta en el motín que se desarrollaba afuera, pero estaba a solo unos pasos de la base de la escalera principal.

Avanzaron sigilosamente, Alex con una pistola amartillada en la mano. Juraría que no habían hecho el menor ruido, pero el guardia se giró justo cuando Henri llegaba al pie de la escalera.

—¿Quoi? —dijo, dando un paso hacia ellos.

Alex alzó su pistola, pero Henri se lanzó corriendo hacia el guardia y lo derribó. El hombre soltó un grito de furia, alzando una mano para sujetar a Henri del cuello mientras con los dedos de la otra intentaba alcanzarle los ojos.

Henri giró la cara para apartarla y golpeó al hombre en un costado de la cabeza, pero el guardia no lo soltó. Alex rodeó las piernas que se agitaban, tomó la pistola por el cañón y el guardia quedó inerte cuando la culata impactó contra su sien.

Henri se incorporó de un salto y ambos se quedaron en silencio unos segundos, atentos. Los únicos sonidos venían de la calle. No había señales de que alguien viniera a investigar la conmoción.

—Arrástralo a la cocina —susurró Alex, y fue a cerrar y atrancar la puerta principal. No quería sorpresas desde esa dirección.

Henri ató al guardia inconsciente y lo dejó en un rincón oscuro de la cocina, luego subieron por la escalera. El rellano del primer piso estaba iluminado por un farol colocado en el suelo, con la mecha bajada. Un guardia roncaba en una silla, con una botella de vino en el suelo junto a él. Ni se movió cuando Alex le apoyó el cañón de una pistola en la sien. Se inclinó, el aliento del hombre olía a alcohol, pero la botella aún estaba medio llena.

—¿Drogado? —susurró, justo cuando Henri se detenía a su lado. Entonces, un movimiento a mitad del pasillo atrajo su atención. Una mano pequeña se asomó por una puerta entreabierta e hizo un gesto para que se acercaran. Henri lo empujó y pasaron junto al guardia y por la puerta que una joven sostenía abierta. Por su ropa, Alex dedujo que debía de ser Aimée.

Esa habitación estaba mejor iluminada. Alex oyó a Henri aspirar aire bruscamente al mismo tiempo que él notaba un moretón violáceo en la mejilla de Aimée y otro en el brazo con el que les había hecho señas. Pero no había tiempo para preguntarse quién se los había hecho o por qué. Otra joven estaba sentada con nerviosismo en un sofá; vestía ropa de viaje bien hecha y abrigada, con los ojos enormes en un rostro pálido. A su lado, una mujer mucho mayor yacía desplomada, respirando con pesadez, sin reaccionar en absoluto a su presencia.

—Tuve que drogarla —dijo Aimée en voz baja—. No cree que corra verdadero peligro aquí… piensa que todo es un error que se resolverá pronto.

—¿Y ella? —preguntó Alex, señalando con la cabeza a la que debía de ser la hermana de Brevare.

—Ella me cree. Vendrá sin problemas. Pero tendráns que llevar a la vizcondesa.

Alex miró a Henri, él era el mejor tirador.

—La llevo yo —dijo Henri, y sin más preámbulo la cargó sobre un hombro—. Tenemos que irnos ya.

Henri bajó con la vizcondesa inerte y salió por la puerta de la cocina. El guardia atado empezaba a recuperar la conciencia; sus ojos brillaban cuando Alex le acercó el farol, pero las cuerdas

seguían firmes. Lo encontrarían en cuanto su compañero despertara, así que Alex lo dejó allí.

Una vez fuera, los sonidos más fuertes de cristales rotos y disparos indicaban que la distracción planeada se estaba saliendo de control. Alex esperaba que no atrajera a las autoridades antes de que pudieran escapar sin dejar rastro. Trepó el muro y tomó a la mujer inconsciente de manos de Henri, dejándola con cuidado al otro lado. Las dos jóvenes fueron levantadas con facilidad.

Henri arrojó a la vizcondesa dentro del carruaje que los esperaba, mientras Alex pagaba al muchacho que lo había estado vigilando y se subía apresuradamente al pescante. Ahora debían recoger al zapatero y a su esposa, y esperar en algún lugar discreto hasta que se abrieran las barricadas por la mañana. Alex confiaba en que Aimée tuviera suficiente del somnífero para mantener a la vizcondesa inconsciente. Una visión repentina de la tía de Phoebe cruzó su mente: si esta mujer se le parecía en algo, lo más sensato sería mantenerla dormida el mayor tiempo posible.

Mañana, él y Henri serían los cocheros de un comerciante, su esposa y su madre enferma, además de su hija y una criada. Tres días de viaje, evitando pueblos y aldeas, y el *Lily* los esperaría en una playa apartada al oeste de Dieppe.

Pasándose una mano por la cara, se preguntó si volvería a ver a Phoebe en Londres.

Capítulo 30

Pasada ya la medianoche, Alex detuvo el carruaje alquilado en las caballerizas detrás de Grosvenor Square. Ayudó a bajar a las dos mujeres Brevare y las condujo hasta la entrada trasera de servicio. Golpeó suavemente la puerta. Un lacayo respondió al llamado, asintió al reconocerlo y las hizo pasar a la cocina.

—Necesito dinero, Brownlee —dijo Alex.

—Su señoría aún no ha regresado, señor, pero creo que Langton lo está esperando despierto. Iré a buscarlo.

—Y despierta a una de las doncellas, por favor.

Brownlee echó un vistazo a las mujeres antes de desaparecer por el pasillo que llevaba al frente de la casa. Alex sentó a las mujeres en la mesa de la cocina; la vizcondesa miraba a su alrededor con una expresión de desagrado, y su hija parecía tan agotada que Alex temió que fuera a desmayarse. Encontró un vaso y le sirvió agua, luego salió para ayudar a Henri a girar el carruaje. Cuando regresó, el mayordomo ya estaba allí, sosteniendo una bolsa de dinero.

—¿Cuánto necesita, señor? —preguntó Langton.

Alex volcó las monedas en su mano y luego las devolvió a la bolsa.

—Esto debería ser suficiente, gracias. ¿Puedes encontrar una habitación para las damas? Nadie debe saber que están aquí. También necesitaré una cama. Será mejor que el doctor Cavenor examine a las damas por la mañana, discretamente, para asegurarse de que estén bien.

—Sí, señor.

Mientras Langton se encargaba de organizar los cuartos, Alex salió al carruaje y le entregó la bolsa a Henri.

—Detente fuera de la ciudad y encuentra una posada, luego manda un mensaje con la ubicación. Conseguiré dinero, un cochero y un mozo que irán hacia ti. Ellos sabrán llegar a la casa de los

Marstone en Devonshire. ¿Puedes arreglártelas con tu inglés hasta entonces?

Henri gruñó como respuesta. Alex asomó la cabeza al interior del carruaje. La esposa del zapatero dormía sobre el hombro de su marido; Aimée estaba sentada junto a ellos, con los ojos muy abiertos y las manos apretadas en el regazo.

—Todo está bien —dijo Alex en voz baja—. Solo queda una hora más de viaje esta noche.

—Gracias, monsieur —dijo Couillard.

—¿La señora de Brevare… querrá que la atienda? —La voz de Aimée temblaba.

—No necesitas volver a tratar con ella —le aseguró Alex—. A menos que tú quieras.

Aimée negó con la cabeza.

—Lady Marstone te ayudará. Te buscará un empleo y te ayudará a aprender inglés. Es muy amable.

Alex les hizo una última inclinación de cabeza y cerró la puerta. Sospechaba que la intervención de Lady Marstone no sería necesaria, Henri mostraba todos los signos de estar encariñándose. Lo observó hasta que el carruaje volvió a salir de la plaza, incómodamente consciente de que él mismo se encontraba en una situación parecida.

Tropezó un poco al volver a entrar en la casa. La travesía había sido difícil, había sido imposible dormir, y después él mismo había conducido la mayor parte del trayecto desde Dover para que Henri pudiera descansar antes de su viaje. El cansancio acumulado por toda esta empresa comenzaba a alcanzarlo.

Alguien había dejado una jarra de cerveza y un plato de pan y queso sobre la mesa, así que se sentó a comer y beber. Cuando Brownlee regresó, le pidió papel y pluma, escribió una nota breve y dio instrucciones para que la llevaran a Berkeley Square por la mañana. Seguramente Marstone preferiría que no dijera a nadie que había regresado, pero Alex sentía que le debía a Phoebe la tranquilidad de saber que estaba a salvo.

Al menos, *esperaba* que ella quisiera saberlo. Sacudiendo la cabeza para alejar ese pensamiento, terminó la comida y la cerveza,

luego tomó una vela y se retiró a la habitación del desván que usaba cuando su presencia en Londres debía mantenerse en secreto.

—Despierte, señor.

Alex alzó la mano en busca de su pistola antes incluso de abrir los ojos. El hombre junto a su cama dio un paso atrás con apuro. Parpadeando, Alex reconoció el pequeño dormitorio del desván y al ayuda de cámara del conde.

—Mis disculpas, señor —dijo Harrison—. Su señoría desea verlo en la biblioteca dentro de media hora.

Alex dejó la pistola en el suelo junto a la cama y se frotó los ojos. Llevaba una camisa de dormir, aunque no recordaba haberse desvestido. La habitación estaba en penumbra, con las gruesas cortinas cerradas.

—¿Qué hora es?

—Mediodía, señor. Ha dormido casi nueve horas.

Alex gruñó y, con desgano, apartó las mantas. Tendría que dar explicaciones a Marstone en algún momento, más valía hacerlo ya.

—He hecho llenar una bañera para usted en la habitación contigua, señor, y he preparado parte de la ropa que dejó la última vez que estuvo aquí.

Un baño caliente bien valía el esfuerzo de levantarse.

Media hora después, ya estaba limpio, afeitado… y hambriento. Rechazó con un gesto la oferta de ayuda de Harrison, se vistió rápidamente y se anudó él mismo el pañuelo al cuello.

—¿Usted pidió verme, señor? —dijo Alex al entrar en la biblioteca.

Marstone alzó la vista con su habitual sonrisa acogedora, luego se levantó, rodeó el escritorio y le dio una palmada en el hombro.

—Me alegra que hayas regresado sano y salvo, Alex.

Alex estaba a punto de hablar cuando el rico aroma de carne asada con salsa lo interrumpió, y su estómago gruñó. Kellet entró con una bandeja y la colocó en un extremo del escritorio. Tiró de un par de sillas y sirvió café para ambos.

—Come primero —dijo Marstone, señalando la comida.

No necesitaba que se lo dijeran dos veces. Terminó con la mayor parte de las gruesas lonjas de carne y una generosa ración de papas y verduras antes de que el conde perdiera la paciencia y carraspeara.

Con pesar, Alex apartó el plato y se recostó en la silla, taza de café en mano. Comenzó a relatar sus viajes por Francia en los últimos meses y los contactos que había hecho.

—Sí —interrumpió el conde—. Ya tengo los detalles sobre tus contactos, hiciste un buen trabajo allí. En este momento, me interesa más todo este asunto con el vizconde de Brevare.

Parece que eso está relacionado de algún modo con las mujeres Calvac, cuéntame cómo llegaste a escoltarlas.

Mientras Alex relataba lo sucedido cuando se encontró con el grupo de los Calvac, el conde fue a colocarse frente al fuego. Apoyó un brazo sobre la repisa de la chimenea y se quedó mirando las llamas; sólo el movimiento ocasional de su cabeza indicaba que estaba prestando atención.

—¿Qué te llevó a arriesgarte haciendo algo así? —preguntó cuando Alex terminó—. La información que trajiste vale mucho más que la vida de unas cuantas mujeres.

Alex no pudo leer su expresión.

—Fue un impulso —admitió—. La señorita Deane había sido amable, y... —se encogió de hombros—. No podía abandonarlas a su suerte.

—Las decisiones impulsivas pueden ser peligrosas —dijo Marstone, volviendo a sentarse en su escritorio.

—Al final salió bien —dijo Alex. Esperaba más críticas, y su ausencia lo hizo preguntarse qué decisiones impulsivas habría tomado Marstone en el pasado.

—Posiblemente mejor de lo que imaginas —el tono del conde parecía más divertido que ofendido.

¿Qué quería decir con eso? Alex miró a Kellet, pero el secretario se limitó a encogerse de hombros.

—Pero no podías saber que saldría bien —continuó el conde.

—Cierto. Pero haría lo mismo otra vez —Los pensamientos vagos que llevaba arrastrando las últimas semanas se concretaron—.

Creo que ya no sirvo para ese tipo de trabajo.

Para sorpresa de Alex, Marstone no pareció disgustado.

—Bueno, pensaremos en eso cuando estés bien descansado. Ahora, lo de rescatar a las mujeres Brevare, ¿cómo fue?

Aliviado por el cambio de tema, Alex relató lo que él y Henri habían hecho. Kellet tomó notas mientras hablaba.

—Los nuevos hombres para los que enviaste detalles fueron muy útiles —concluyó Alex—. Dudo que hubiéramos logrado algo sin su ayuda. Las personas en París cuyos datos ya tenía ya no son utilizables. Por cierto, ahora tienes un zapatero y su esposa: un préstamo para que él pueda montar un negocio sería útil.

Marstone asintió, como Alex esperaba.

—Encárgate de eso, ¿quieres, Kellet? —Volvió a mirar a Alex—. El doctor Cavenor examinó esta mañana a la vizcondesa y a la hija. Les ha prescrito un día de descanso antes de que continúen, pero eso ya se cumplirá mañana por la mañana. La vizcondesa se quejaba de que habías enviado lejos a su doncella.

Alex recordó la forma en que la mujer había hablado con su doncella durante el viaje desde Dover. A regañadientes, había mantenido a la vizcondesa somnolienta con láudano durante la mayor parte del trayecto por Francia, una sola palabra fuera de lugar de su parte podría haber enviado a todo el grupo a la guillotina. Pero los últimos efectos del medicamento habían desaparecido ya cuando estaban en el *Lily*.

—La doncella tenía el rostro amoratado cuando las sacamos de la casa en París —dijo, respondiendo a la pregunta implícita—. Al principio supuse que había sido uno de los guardias, pero creo que fue la propia vizcondesa. Ahora la doncella está haciendo de sirvienta para Couillard y su esposa, pero sospecho que Henri Dumont acabará ocupándose de ella.

—Parece que estás haciendo una costumbre de rescatar arpías —el conde estaba claramente divertido.

—¿Has conocido a la condesa de Calvac, entonces? —preguntó Alex con una sonrisa irónica.

—Sólo por unos momentos en un baile. Bella me habló de ella. Pero volvamos al asunto. Me alegra que las pusieras en la habitación

especial para invitados, preferiría mantener su presencia en Inglaterra en secreto por un tiempo.

—¿Tienes alguna idea de quién podría estar chantajeando al vizconde de Brevare? —Alex asumió que Phoebe ya le habría explicado sus conjeturas, posiblemente sentada en esa misma silla.

—No, pero desde que te fuiste han salido a la luz cosas que me convencen de que hay un traidor dentro de la organización. He hablado con ambas mujeres Brevare, pero no saben nada que nos ayude a identificarlo —el conde juntó las yemas de los dedos—. ¿Por qué le confiaste cosas a la señorita Deane? ¿No habría sido mejor mantener tu papel de francés?

—Sin duda, pero ella dedujo casi todo por sí sola. Me delaté cuando me estaba cosiendo el brazo.

—¿Coserte…? —las cejas del conde se alzaron—. Explica eso.

Alex describió la pelea y lo que vino después. Las cejas del conde, y también las de Kellet, se fueron elevando a medida que avanzaba la historia.

—Entonces —dijo Marstone cuando Alex terminó—, ella respaldó tu mentira improvisada sin previo aviso, apuñaló a ese tal Sarchet con unas tijeras, te robó la pistola, te dio una horca que probablemente te salvó de una herida peor, golpeó al otro francés y lo lastimó… en otro sitio, y después jugó a ser doctora.

—Eso resume bastante bien esa parte —dijo Alex con una sonrisa. Sonaba increíble, pero era la mujer más extraordinaria que había conocido. Su mente se llenó con la imagen de ella sonriéndole, el reflejo del fuego en su cabello, y el recuerdo de ese beso.

—¿Hay más?

Alex volvió al presente.

—Sí. Se enfrentó a una taberna llena de pescadores borrachos, contrabandistas y soldados, condujo el carruaje… creo que eso lo resume. Quizá deberías reclutarla a ella en lugar de a mí.

La expresión del conde permaneció sospechosamente neutra.

—¡Era una broma! —añadió Alex con rapidez.

El conde agitó la mano con despreocupación.

—Claro que sí.

—¿No se ha dicho nada públicamente sobre… bueno, sobre la señorita Deane y yo? —preguntó—. La condesa tenía algunas sospechas infundadas.

—Que yo haya oído, no. Aunque podrías consultarlo con Bella, si quieres. No quiero que te muestres en público aún, pero el personal de Nick es discreto.

Alex asintió, consciente de que Marstone lo observaba con atención.

—¿Importaría? —preguntó Marstone—. Podría ser peor si su reputación exigiera matrimonio.

Matrimonio. Había intentado descartar esa idea cuando se le ocurrió. Marstone tenía razón; si se casara, no podría encontrar mejor esposa. Pero ella sí. Ella podía encontrar algo mejor.

—No quiero *tener* que casarme con nadie —dijo bruscamente—. Ni ella debería verse forzada a casarse por un simple rumor.
Casarse con alguien a quien deseaba pero que no lo deseaba a él podía convertirse en el peor de los infiernos. Y no iba a discutirlo con Marstone, mucho menos con Kellet como observador interesado.

—No hace falta enfadarse, Alex. Por ahora no parece ser necesario. Ahora, sobre la nota señuelo: Brevare contrató a un actor para hacerse pasar por mí e intentó que la señorita Deane se la entregara en el parque.

—¿Intentó?

—No me dio muchos detalles, pero entiendo que se hizo pasar por una sirvienta tonta que obedecía las órdenes al pie de la letra —el conde esbozó una leve sonrisa—. Después convenció a Bella de traerla aquí sin que nadie lo supiera. Kellet me ayudó a escribir una nueva nota con la que esperamos desenmascarar a nuestro traidor.

—¿Lograste ver a quién se la entregó?

—Se la robaron cuando iba camino a la reunión acordada, pero lamentablemente los vigilantes no lograron seguir al ladrón lo suficiente como para ver a quién se la dio finalmente.

Alex se irguió.

—¿Vigilantes? ¿*Esperabas* que robaran la nota?

—Parecía la forma más probable de que la consiguieran. Ella insistió en que la llevaran a mí en la Oficina de Asuntos Exteriores

antes de entregarla.

—¿Y la pusiste en peligro frente a un ladrón común? —preguntó Alex, tratando de no dejar que la ira se filtrara en su voz.

—Se ofreció voluntariamente —respondió Marstone con calma —. Y no sufrió daño alguno. Ya había deducido que probablemente intentarían robarle la nota antes de que pudiera reunirse con el falso yo.

—¿Pero la dejaste? —Alex se puso de pie de forma abrupta, haciendo un esfuerzo por no alzar la voz. Ya había sido bastante malo permitirlo en Francia, pero allí no había habido muchas opciones. ¿Acaso el conde no podía haber encontrado otro modo?

—Sospecho que no es una mujer fácil de disuadir una vez que ha tomado una decisión.

Los hombros tensos de Alex se fueron relajando poco a poco, y soltó una risa resignada.

—Puede que tengas razón. ¿Ha funcionado? Me refiero a la nueva nota señuelo.

—Nada por el momento. ¿Tú no has oído nada, Kellet? —Marstone dirigió la mirada a su secretario, quien negó con la cabeza.

—La nota supuestamente era de tu parte, diciendo que tenías pruebas contra ciertos miembros de la organización —continuó el conde—. Pero que necesitabas confirmar algunos detalles antes de dar nombres, y que debías ir a París para hacerlo.

—Entonces, según ellos, sigo en París y aún no necesitan huir.

—Correcto. Así que tu reaparición pública podría poner en marcha algo. Aun así, creo que lo mejor será que escoltes a las dos mujeres a Ashton Tracey mañana. Mi esposa se encargará de mantenerlas en reclusión mientras estén allí. Si alguien ha estado usando amenazas contra ellas para forzar a Brevare a actuar, prefiero que sigan creyendo que están en peligro. Quiero escoger el momento en que le diga que ya no tiene que temer por su seguridad.

—¿Por qué no le preguntas simplemente quién es el responsable?

—Quien ha estado tratando con Brevare puede no ser el único implicado, y quizás no sea quien está al mando. Necesito obtener

más de un nombre.

—Puedes ser bastante despiadado a veces —dijo Alex, aunque comprendía la lógica.

El conde no pareció ofenderse con el comentario.

—Como ya me has dicho antes. Pero por el bien mayor, ¿eh?

Alex suspiró.

—Está bien. Haré de escolta... pero no pienso pasarme dos días encerrado en un carruaje con esa mujer.

—Asegúrate de que nadie te reconozca. Y será mejor que no le digas a nadie más que has vuelto.

—Demasiado tarde para eso —dijo Alex.

—¿Qué? ¿A quién?

—Oh, no te preocupes, no saldrá ni una palabra —respondió, dirigiéndose a la puerta antes de que el conde pudiera decir nada más—. Iré a ver a Bella, y luego directo a la cama otra vez.

Capítulo 31

Ellie llamó a la puerta y entró en la habitación de Phoebe con una bandeja de café.

—Qué día tan bonito, señorita —dijo, tras dejar la bandeja sobre la mesa y abrir las cortinas—. Esto llegó para usted más temprano —añadió, entregándole a Phoebe un papel doblado—. Al menos, creemos que era para usted.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Phoebe, incorporándose en la cama mientras lo tomaba.

—Un chiquillo desaliñado lo trajo a la cocina. Dijo que era para la dama pelirroja.

—Entonces debe de ser para mí.

Phoebe lo desdobló, y el corazón le dio un vuelco al ver las pocas palabras garabateadas.

Regresé a salvo. A.

Volvió a doblar el papel y miró el reloj.

—Oh, llego tarde al desayuno.

—¿El vestido verde, señorita? —preguntó Ellie, sacándolo del armario. Phoebe asintió, y Ellie la ayudó a abrochárselo.

—Gracias, Ellie.

Phoebe abrió la nota una vez más. Se sintió aliviada al saber que Alex había regresado, pero ¿por qué le había enviado una nota tan breve? Esperaba verlo, saber…

Sacudió la cabeza y tomó su libro, decidida a sacar a Alex de su mente por el momento.

Para su sorpresa, su tío seguía en la mesa del desayuno.

—Buenos días, Phoebe —dijo—. Estabas muy guapa con tu vestido cuando partieron anoche al baile.

—Gracias, señor. —Sintió un cálido resplandor de alegría ante sus palabras.

—Lamento no haber podido acompañarte. ¿Te divertiste?

—Sí, mucho. —Sólo se había quedado sin pareja para un par de danzas, y su compañero durante la cena no se había mostrado demasiado obsesionado con los encantos de Hélène. Al mirar la manga verde oscura del vestido de casa que llevaba puesto, aún le sorprendía la confianza añadida que su nueva apariencia le otorgaba. Suficiente como para darse cuenta de que al menos algunos de sus compañeros de baile la habían elegido por sí misma, y no sólo por ser prima de Hélène.

—Debo agradecerle de nuevo, señor, por…

—Familia, Phoebe, como ya te dije. —El conde desestimó su agradecimiento con un gesto, pero ella creyó ver que le agradaba. Miró el libro junto a su plato, con una ceja alzada—. ¿Burke?

—Sí, señor.

—¿Qué opinas?

—Creo que no sé lo suficiente sobre lo que provocó la revolución —admitió Phoebe—. Este libro sólo da su interpretación de los hechos, y dudo que sea un comentarista imparcial.

—Te costaría encontrar a alguien imparcial —dijo el conde—. Lamento profundamente la forma en que se están desarrollando las cosas, pero cierto cambio era inevitable.

—¿Simpatiza con los revolucionarios? —preguntó Phoebe, sorprendida.

La mirada del conde se volvió distante, y Phoebe temió haberlo ofendido.

—No, no realmente… al menos no con sus métodos para imponer el cambio —dijo él. Se frotó una sien—. Había muchas injusticias que debían corregirse, pero temo que no simpatizaba tanto como para haber intentado hacer algo al respecto. Elegí una vida tranquila, y por eso los trasladé aquí, lejos de todo. Probablemente pierda Calvac, pero tengo suficientes inversiones en Londres para mantenernos.

—¿Qué pasó? —Phoebe vaciló; era una pregunta demasiado amplia, que invitaba a una respuesta extensa—. Lo siento —añadió —, no es algo que se pueda responder en pocas palabras. Usted…

El conde levantó una mano.

—¿De verdad te interesa?

—Sí, señor.

Se sirvió otro café y se acomodó en su silla.

—Para entender la revolución, primero hay que saber cómo era la vida en Francia antes de que empezara —y comenzó a describir cómo el poder estaba más concentrado en la monarquía en Francia que en Inglaterra, y cómo el sistema fiscal sostenía a la aristocracia a costa de los campesinos y las clases medias.

Phoebe miró alrededor del comedor mientras él hablaba, observando el fuego encendido, la madera pulida, la porcelana decorada, el paisaje colgado sobre la chimenea. Alisó su falda, incómodamente consciente de que lo que acababa de gastar en ropa podría haber alimentado y alojado a varias familias trabajadoras durante un buen tiempo.

—Si aún te interesa, Phoebe, podríamos reunirnos después del desayuno una o dos veces por semana. Cuando termines ese libro —indicó el de Burke—, puede que tengas más preguntas.

—Gracias, señor. Me gustaría mucho.

Él sacó un papel doblado del bolsillo y se lo entregó.

—En otro asunto, esta invitación fue entregada esta mañana. ¿Sabes algo al respecto?

Phoebe la abrió: era una invitación para la familia Calvac, incluida ella, a una cena con el conde de Marstone.

—No pareces sorprendida —dijo el conde.

—No del todo —admitió—. Su señoría me envió el libro de Burke y un par más después de que nos cruzáramos en una librería. Había un mensaje dentro de uno de los libros —mejor no mencionar el código—. Me pregunté si lo decía en broma, así que le escribí diciendo que estaba segura de que usted aceptaría una invitación formal.

—Es bastante inusual —dijo el conde, tomando la carta de nuevo y leyéndola otra vez—. He oído hablar de las cenas de Marstone. Son para conversar, sin juegos ni otros entretenimientos. Discusión política, según tengo entendido.

No era el tipo de cena que su tía ni Hélène disfrutarían. Phoebe no estaba segura de disfrutarla ella misma, sabía poco de política todavía, pero podía escuchar.

El conde se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea, revisando las invitaciones apoyadas allí.

—Aquí hay una invitación para un baile el cuatro de marzo. ¿Te importaría perdértelo?

—No, señor. Aunque mi tía…

—Me gustaría aceptar la invitación de Marstone, pero tu tía no querrá. Sin embargo, no creo que Marstone se ofenda si sólo tú y yo asistimos. Lo arreglaré.

—Gracias, señor.

El día continuó siendo espléndido, con un sol brumoso y apenas una brisa. Phoebe se alegró de tener una excusa para estar al aire libre de nuevo, aunque sólo fuera para jugar al críquet con Georges. Pidió a Cookson que permitiera a Green lanzar la pelota, mientras Phoebe y Ellie hacían de jardineras.

Cuando Georges finalmente se cansó de batear, Ellie tomó su turno, provocando mucha diversión a Georges y Green con sus movimientos descontrolados. Phoebe, que de niña había sido arrastrada a los juegos de Joe, decidió demostrarles que no todas las mujeres eran inútiles con el bate de críquet.

Su primer golpe conectó con un satisfactorio chasquido, enviando la pelota a un matorral, y le devolvió a Georges sus risas anteriores haciéndolo arrastrarse entre la maleza para recuperarla. Su segundo golpe fue aún más lejos, por poco no golpeando a un caballero que entraba en los jardines.

Al reconocer la ropa elegante y el porte del marqués de Harlford, se apresuró a entregarle el bate a Ellie, alisó su vestido y se recogió algunos rizos sueltos. El marqués había invitado a Hélène a pasear esta tarde. ¿Qué hacía allí?

—Señorita Deane —dijo lord Harlford con una reverencia—. He venido a preguntar si le gustaría asistir a una ascensión en globo.

—Sería muy interesante, gracias, milord. —Esperaba haber contenido la sorpresa en su voz. No pensaba que él siquiera supiera su nombre—. ¿Cuándo es?

—¿Un globo? —exclamó Georges—. ¡Oh, eso sería excelente!

Lord Harlford miró a Georges y luego volvió la vista a Phoebe, con el rostro impasible; no tenía el aspecto de un hombre que deseara su compañía.

—Es dentro de una hora, señorita Deane —dijo—. Tendríamos que salir ahora.

Phoebe vaciló.

Sus labios se tensaron mientras esperaba su respuesta.

—Su tío sugirió que la invitara —añadió.

Ah. Se suponía que iba a llevar a Hélène, pero ella debía de estar tratando de hacerle esperar otra vez para demostrar su poder. Phoebe sintió una ráfaga de enojo y tristeza. ¿Quién querría ser simplemente un reemplazo de último minuto? Georges se movió inquieto a su lado, y su ánimo se alivió.

Sonrió dulcemente.

—Gracias. ¡Aceptamos con gusto! —Se volvió hacia Ellie y le guiñó un ojo—. Por favor, informa al señor conde que Georges y yo hemos aceptado la amable invitación de lord Harlford.

Ellie se mostró sorprendida, luego hizo una rápida reverencia y se fue con una sonrisa.

Lord Harlford permanecía inmóvil, como de piedra. Phoebe recogió su *pelisse* de un banco cercano y ayudó a Georges a abotonarse el abrigo.

—Estoy en mi faetón…

—No ocupo mucho espacio, milord. Será algo apretado, pero estoy segura de que a Georges no le importará. Es muy amable de su parte ofrecérnoslo. —Se mordió el labio, intentando no delatar su diversión ante el desconcierto de él. Bien merecido lo tenía.

—Vamos, Georges —dijo, saliendo del jardín justo cuando aparecía el *tiger* de lord Harlford con el faetón. El pobre hombre debía de estar acostumbrado a pasear los caballos mientras su amo esperaba a Hélène.

Con el rostro aún serio, el marqués la ayudó a subir, luego a Georges, y finalmente él mismo tomó las riendas. Georges, ajeno al hecho de que el marqués en realidad no lo había invitado, lo acribilló a preguntas sobre el globo que iban a ver.

Phoebe, desde el extremo opuesto del asiento, observaba la conversación entre los dos con interés. Lord Harlford, rígido y frío al principio, se relajó un poco mientras le explicaba a Georges los conceptos básicos de los globos aerostáticos, todo mientras guiaba el faetón con una destreza que lo hacía parecer fácil. Casi parecía entusiasmado cuando Georges empezó a hacerle preguntas sobre los caballos grises iguales. Eran una pareja magnífica, pensó Phoebe, y se sorprendió al saber que él mismo los había criado.

El parque estaba abarrotado, con numerosos carruajes ya reunidos alrededor del área acordonada donde se preparaba el globo. Lord Harlford debía de haber reservado un espacio, pues detuvo el faetón en un lugar con buena vista del globo, y su *tiger* bajó de su puesto para sujetar las riendas de los caballos.

—Hay tiempo para tomar un refrigerio antes de la ascensión —anunció lord Harlford. Phoebe sintió una punzada inesperada de simpatía por el hombre, al ver cómo sus planes eran alterados por la tardanza deliberada de Hélène.

De forma inusual, Georges no se mostró entusiasmado con la idea de comida.

—¿Podemos ir directamente al globo, lord Harlford? ¿Por favor?

El marqués miró a Phoebe con duda por encima de la cabeza de Georges.

—¿No preferiría mirar cómodamente desde aquí? El suelo está bastante embarrado.

—Sería interesante verlo de cerca, milord —respondió Phoebe—. Deberíamos tener tiempo para eso y para ver la ascensión desde aquí.

—Como desee, señorita Deane —dijo él, alzando las cejas. Los ayudó a bajar y luego le ofreció el brazo a Phoebe mientras se abrían paso entre la multitud. Unas monedas cambiaron discretamente de manos, y uno de los hombres encargados de mantener a los espectadores a distancia levantó la cuerda y les permitió pasar.

—¿Usan aire caliente? —preguntó Phoebe, rebuscando en su memoria los pocos datos que conocía sobre globos aerostáticos. No

había señales de fuego, sólo un objeto grande con forma de barril debajo del globo inflado y algunas tuberías.

Claramente era el día de las sorpresas para lord Harlford, pensó Phoebe, al notar su expresión.

—Este globo está lleno de hidrógeno, señorita Deane. Al igual que el aire caliente, es más ligero que el aire a nuestro alrededor, y por eso proporciona la flotación necesaria para elevar el globo.

—¿De dónde sacan el hidrógeno? —preguntó Georges. Lord Harlford lo miró, pero respondió a ambos.

—Dentro de ese barril hay un mecanismo para añadir aceite de vitriolo al hierro; la combinación química genera el gas.

—¿No es peligroso? —preguntó Phoebe—. ¿Aceite de vitriolo?

—En efecto, lo es. El gas que se produce también es muy inflamable… deben seguirse estrictamente los protocolos de seguridad.

Sin contar con los peligros de elevarse por los aires, pensó Phoebe.

—¿De qué está hecho el globo? —quiso saber Georges. Phoebe escuchaba a intervalos mientras el marqués respondía al torrente de preguntas.

—…seda barnizada, para que el gas no se escape…

A Phoebe, lord Harlford le parecía tan entusiasmado como su joven primo al ofrecerle a Georges una descripción detallada de la construcción del globo.

—…a donde lo lleve el viento…

Se preguntó si su sentido de la aventura sería suficiente para lanzarse a un viaje en globo, si alguna vez tenía la oportunidad.

—…dejar salir el gas por la parte superior…

La explicación del marqués fue interrumpida por uno de los aeronautas.

—Milord, estamos casi listos para ascender. Le agradeceríamos que se retirara.

—¿No podemos quedarnos aquí? —preguntó Georges.

—Me temo que no —dijo lord Harlford—. Estos hombres necesitan espacio para terminar sus preparativos. Vamos, es hora de

comer. —Se volvió hacia el aeronauta—. Gracias, señor, por permitirnos inspeccionar su nave.

El hombre se llevó la mano a la gorra y volvió a sus tareas. Phoebe puso la mano en el hombro de Georges para evitar nuevas protestas, y siguió de cerca a lord Harlford mientras se abría paso de regreso al faetón.

El había abierto la cesta de provisiones y dispuesto platos con sándwiches y pequeños pasteles en una mesita plegable. También había una botella de champán enfriada, y otra de limonada.

—Sugiero que usted y el joven Georges se sienten en el faetón, señorita Deane —dijo lord Harlford—. Yo puedo comer de pie. Ahora bien, ¿qué les sirvo? ¿Un poco de todo?

—Gracias, milord. —Phoebe ayudó a Georges a subir al faetón y ella misma trepó detrás, mientras lord Harlford llenaba los platos y se los entregaba. Hasta el momento, la excursión había sido mucho más agradable de lo que había esperado. Lord Harlford había manejado el entusiasmo de Georges sorprendentemente bien.

Comieron en silencio mientras los hombres se afanaban en torno al globo, y la elevada posición del faetón de Lord Harlford les daba una vista despejada por encima de las cabezas de los demás espectadores. Phoebe observaba con interés mientras los dos aeronautas finalmente subían a la cesta. Se soltaron algunas de las amarras y el globo se elevó bruscamente unos metros, deteniéndose con un bote cuando la cuerda restante se tensó.

—Parece un caballo de carreras listo para arrancar —dijo para sí misma.

Lord Harlford la miró. Phoebe se preguntó si habría dicho algo tonto, pero él sonrió.

—En efecto —fue todo lo que dijo, volviendo su atención al globo mientras se liberaba la última cuerda. Era bastante atractivo cuando no llevaba una de sus expresiones severas.

Al momento siguiente, tuvo que sujetar la chaqueta de Georges por la espalda mientras el globo se elevaba en el cielo. Sin su intervención, él habría caído del faetón de la emoción. Los vítores de la multitud resonaban en sus oídos mientras giraba la cabeza para seguir con la vista el globo que se desplazaba lentamente hacia el

oeste. ¿Cómo se sentiría flotar sobre la tierra, mirando todo desde arriba?

Frío, se dijo firmemente, mientras Georges empezaba con sus preguntas: ¿a dónde iría el globo?, ¿cuánto tiempo permanecería en el aire?, ¿cómo podría aterrizar de forma segura?, ¿podían seguirlo?

—Me temo que no, Georges. Tengo otro compromiso en breve —dijo Lord Harlford con suavidad—. Es hora de llevarte a casa.

Georges aceptó la negativa con buen ánimo. El sirviente pronto tuvo todo el picnic recogido, y emprendieron el regreso por las calles.

—Realmente tengo un compromiso —dijo Lord Harlford mientras ayudaba a Phoebe a bajar en Berkeley Square. Georges ya había entrado y subía corriendo las escaleras para contarle su aventura a la señorita Bryant.

—Gracias por la excursión, milord. Fue muy interesante.

—Gracias a usted por su compañía, señorita Deane. La he disfrutado.

No estaba segura de si se refería al ascenso en globo o a su compañía. Sería agradable que fuera lo segundo, había agradecido conversar sobre algo distinto a las generalidades que compartía con sus compañeros de baile.

—¿Asistirá al baile de los Carrington más adelante esta semana? —preguntó él.

—Creo que sí, milord.

—Entonces la veré allí. Buen día. —Se tocó el sombrero, luego volvió a montar el faetón y agitó el látigo para poner en marcha a los caballos.

Phoebe lo vio alejarse antes de entrar a la casa. Cookson sostenía la puerta, esperándola.

—Monsieur pide que lo acompañe al salón, señorita —dijo.

Sin duda su tía estaba molesta por la aceptación de Phoebe a la invitación de Harlford. Enderezando los hombros, Phoebe entró al salón.

El enfrentamiento no fue tan malo como había temido. El conde empezó por agradecerle que hubiera aceptado la invitación de Lord Harlford.

—Si hubiese salido más tarde, habría perdido el ascenso por completo. Me alegra que aceptara mi sugerencia.

Los labios de la condesa se curvaban hacia abajo, y Hélène tenía un mohín evidente, pero no dijeron nada. Phoebe sospechaba que ya habían expresado su opinión mientras ella estaba fuera.

—Fue un gesto amable invitar también a Georges —dijo Phoebe. Por el brillo en los ojos del conde, sospechaba que ya sabía cómo Georges había terminado formando parte de la expedición—. ¿Me disculpa, monsieur?

El conde hizo un gesto con la mano, y Phoebe subió a su habitación. Dejaría que el entusiasmo de Georges se desbordara un poco antes de ir a hablar con Alice personalmente. A Alice le interesaría saber sobre el globo, y sospechaba que las explicaciones de su joven primo serían poco coherentes.

Phoebe sacó de su bolsillo la nota de Alex y la alisó, preguntándose qué estaría haciendo él en ese momento. ¿La había escrito con prisa o con cautela por si alguien más la leía? ¿Por qué, si no, no había mencionado siquiera si había encontrado a la familia de Brevare?

La dobló por la mitad y la guardó en el bolsillo bajo su vestido.

Capítulo 32

A la tarde siguiente, Phoebe estaba acurrucada en un sillón del salón trasero, escuchando el golpeteo de la lluvia contra la ventana. Leía el libro de Burke, y estaba a punto de terminarlo. Su avance era lento, pues trataba de comprender las implicaciones de lo escrito y tomaba nota de las preguntas que quería hacerle a su tío. Toda la situación era demasiado compleja para asimilarla de una vez, pero esperaba entenderla con el tiempo.

El sonido de unos golpes en la puerta resonó por las escaleras, una distracción bienvenida. Curiosa, Phoebe fue hacia la entrada y, al oír una voz que reconoció, dejó caer el libro y salió corriendo al rellano y luego bajó las escaleras. Cookson estaba tomando el sombrero y la pesada capa del visitante.

—¡Joe!

Phoebe corrió hacia él. Joe la levantó y la hizo girar en el aire antes de abrazarla con fuerza.

—¿Te alegras de verme, querida hermana? —Su sonrisa era casi tan amplia como la de ella—. ¡Estás espléndida!

—¡Oh, Joe! ¡No te esperábamos todavía! —Le buscó la mirada con ansiedad repentina. Estaba bronceado, pero tenía sombras bajo los ojos—. Pareces cansado, muy cansado… pero ¿estás bien? ¿Qué pasó cuando naufragó tu barco?

—Nada de fiebres, Fee, pero ha sido un viaje largo desde Falmouth. Te contaré lo del barco en otro momento. Me temo que llego con toda la suciedad encima; acabamos de llegar.

Un chasquido de lengua se oyó detrás de ellos. Phoebe se giró y vio a su tía observándolos desde el pie de las escaleras.

—Joseph —dijo la condesa, sin un atisbo de calidez en la voz—. Supongo que esperas quedarte aquí.

—Encantado de verte también, tía Lavinia —dijo Joe, haciendo una exagerada reverencia.

Phoebe se mordió el labio, estaba segura de que Joe lo hacía a propósito.

La puerta de la biblioteca se abrió.

—Por supuesto que debes quedarte aquí, Joseph —dijo el conde, acercándose a Joe y estrechándole la mano—. Bienvenido de vuelta. ¿Te quedarás mucho tiempo? Debes de tener hambre, voy a mandar que…

—No, monsieur, pero gracias. Me estoy quedando con un amigo. Yo… él…

—Entonces ven a cenar con nosotros —sugirió el conde—. Y trae a tu amigo también.

—Pero Eduoard —protestó la condesa—. Jugamos a las cartas con los Brotherton esta noche.

—No creo que a Lady Brotherton le moleste si Phoebe no va —dijo el conde—. Yo no pensaba asistir, de todos modos. Puedes dar las disculpas de Phoebe.

Phoebe sonrió. Cenar con Joe era una perspectiva mucho más atractiva que la velada de cartas.

—Oh, muy bien —dijo la condesa, y volvió a subir las escaleras.

—Gracias, monsieur —dijo Joe—. Me encantará venir. Dejé un baúl con ropa aquí la última vez que estuve en Inglaterra. ¿Podrían enviarlo?

—Dale a Cookson la dirección de tu alojamiento. Haré que alguien lo busque y lo mande.

—Gracias, monsieur. Hasta esta noche. —Le dio a Phoebe otro rápido abrazo—. Lo siento, Fee, pero tengo muchas cosas que arreglar. Nos vemos luego.

Más tarde estaba bien, ahora que sabía que había vuelto y estaba a salvo.

Esa noche, Phoebe bajaba las escaleras justo cuando Joe y su amigo llegaban, y los observó sin ser vista mientras entregaban sombreros y abrigos a Green. Joe lucía elegante con su chaqueta oscura y sus calzones. Su amigo también iba vestido apropiadamente para una cena, salvo por el brazo derecho en cabestrillo y una mano vendada. Phoebe contuvo el aliento cuando él se giró y vio una cicatriz irregular y enrojecida que le corría desde

el ojo derecho casi hasta la barbilla. Pobre hombre… pero gracias al cielo que Joe no había resultado herido.

—¡Fee! —la llamó Joe al verla—. Fee, ¿puedo presentarte al teniente Andrew Marlow? Marlow, mi hermana Phoebe.

El teniente Marlow hizo una reverencia educada, con el rostro impenetrable.

Phoebe sonrió, manteniendo la mirada en sus ojos y no en la mejilla marcada.

—Encantada de conocerlo, teniente —dijo—. ¿Quieren pasar al salón?

El conde llegó cuando ya estaban sentados cerca del fuego, y pronto todos se acomodaron con copas de vino.

—No te esperábamos hasta dentro de varios meses, Joe —dijo Phoebe—. O más. ¿Es por el naufragio? ¿Nos contarás qué pasó?

El estómago de Phoebe se encogió mientras Joe relataba una triste historia de incompetencia por parte de su capitán. Saber que luchar en el mar era peligroso era muy distinto de oír los detalles del estrecho escape de su hermano. Aunque el barco se había perdido, no hubo víctimas, y un consejo de guerra exoneró tanto a Marlow como a Joe, los segundo y tercer tenientes, de toda culpa.

Servida la cena, y entre comida y vino, la conversación derivó hacia historias menos sombrías de incidentes en el mar y en tierra. El teniente Marlow se fue relajando poco a poco y comenzó a hablar más, contando anécdotas divertidas con un humor seco. No pasó mucho tiempo antes de que Phoebe dejara de notar la cicatriz, o la torpeza con la que él cortaba su comida con la mano vendada.

Mientras hablaban, Phoebe se preguntaba cuán dura debía de ser la vida en el mar. No era algo sobre lo que Joe fuera sincero, pues siempre había desviado esas preguntas con algún comentario frívolo. Pero, fuesen cuales fuesen las incomodidades, estaba claro que ambos hombres estaban orgullosos de servir a su país. Sabía que, al menos Joe, había querido esa carrera desde siempre.

Con su tío presente, y el teniente Marlow también, no hubo oportunidad para que Joe y Phoebe intercambiaran noticias más personales, así que, cuando la velada llegó a su fin, Phoebe acordó con él dar un paseo por el parque a la mañana siguiente.

—Pero que no sea muy temprano —suplicó Joe—. Todavía no hemos recuperado el sueño del viaje. Ya habrá tiempo para que me cuentes todo lo que has hecho.

Phoebe se retiró a su habitación y dejó que Ellie la ayudara a desvestirse. ¿Qué le diría a Joe por la mañana? El viaje a Francia había sido una aventura, como también lo fueron los hechos alrededor de la nota falsa, pero no sabía cuánto de eso podría contarle a su hermano. Ese capítulo de su vida bien podría haber terminado ya, de todos modos… ¿y qué le depararía el futuro?

Cuando Ellie se hubo ido, Phoebe caminó hasta el armario y abrió la puerta, contemplando la fila de vestidos que colgaban allí, todos nuevos. Ese era su destino, pensó, mirándolos con menos placer del que antes le provocaban sus colores y tejidos. Estaban diseñados para hacerla lo suficientemente atractiva como para atrapar a un esposo. Ese era su propósito en la vida.

Joe no tenía mucho más que el pequeño baúl de ropa que su tío había enviado a sus habitaciones ese mismo día. Pero él tenía la satisfacción de estar haciendo un trabajo útil para su país. Y a diferencia de Alex, Joe y el teniente Marlow eran reconocidos por ello.

Hasta ahora, Phoebe nunca se había cuestionado realmente la disposición de su madre a renunciar a su crianza aristocrática para convertirse en la esposa de un cirujano, aceptando simplemente que así eran las cosas. Quizás estaba empezando a entenderlo. Aunque no rica según los estándares de muchas personas, su familia había vivido con comodidad. Más importante aún, según la comprensión que comenzaba a nacer en Phoebe, su madre había dedicado su vida a ayudar a otros. A ser útil.

Cerró con firmeza la puerta del armario, se metió en la cama y se cubrió hasta la barbilla. Estaba feliz de que Joe estuviera en casa, y a salvo por el momento. No había nada que pudiera hacer para cambiar las expectativas de la sociedad sobre las mujeres de su clase, así que más le valía asegurarse de elegir un esposo que pudiera darle la oportunidad de hacer algo útil.

Alex lo haría…

Joe ya estaba en la biblioteca cuando Phoebe bajó, lista para su paseo. Georges y su tío también estaban allí; Georges no paraba de hacerle preguntas sobre barcos, cómo funcionaban y si Joe podía llevarlo a ver uno.

—Me temo que no estoy a cargo de nada —dijo Joe. Miró al conde en busca de ayuda.

—Quizás pueda arreglar algo —dijo el conde—. Pero Georges, ¡debes darle tiempo a Joseph para hablar con su hermana! Y…

—Y prestar atención a la señorita Bryant —completó Georges, mientras Joe y Phoebe se despedían.

Salieron por Berkeley Street rumbo a Green Park, con la mano de Phoebe apoyada en el brazo de Joe, y pronto estuvieron paseando por el césped. Ella le contó los detalles básicos de su viaje a Francia y, después de que él exclamara por la estupidez de su tía, le habló del engaño de la condesa con su asignación.

—¿De verdad se lo gastó todo en ella? —preguntó Joe, girándose hacia ella.

—Y en Hélène.

Joe negó con la cabeza.

—¿Y ya está todo solucionado? Tengo que decir que te ves muy bien, Fee. Nada que ver con lo que esperaba por tus cartas.

—Tampoco era lo que yo esperaba —dijo ella. Muchas cosas habían cambiado desde su escape de Francia.

—¿Te estás divirtiendo?

—Mayormente —captó un giro de su cabeza, las cejas levantadas—. Me gusta bailar, pero tiene el atractivo de lo nuevo. No puedo imaginarme haciendo lo mismo año tras año.

—Ay, no —dijo Joe, con sentimiento.

—Estoy aprendiendo a conducir —añadió, con más entusiasmo.

—Conducías el coche en casa, ¿no?

—A veces, sí.

—Ahora conduzco una pareja —continuó—, pero me gustaría aprender a conducir con cuatro. ¿Podrías llevarme a conducir?

—No tengo caballos, Fee —protestó él.

—¿Podrías alquilarlos? O quizás el tío Edouard nos los preste.

Volvió a dudar.

—Bueno…

—¿Sabes conducir una pareja? —preguntó Phoebe.

Él rio y negó con la cabeza.

—No hay mucha necesidad de conducir en el mar —señaló—. ¿Y dónde habría aprendido antes de enrolarme? Solo tenía trece años, ¿recuerdas?

—No lo había pensado —admitió Phoebe—. No importa, tendré que pedírselo a otra persona.

—¿Para qué quieres aprender? La mayoría de las mujeres no conducen, ¿o sí?

Esa era una mala razón para *no* hacer algo.

—Me gusta poder controlar a los caballos —dijo despacio, reflexionando mientras hablaba. Todo ese poder, bajo su mando, si sabía cómo hacerlo bien—. Me gustaría saber hacerlo bien—ser competente en algo. Hay satisfacción en hacer bien cualquier cosa.

—Sabes dibujar…

—Algo *útil* —lo interrumpió. ¿Estaba tan mal?

Intuyendo la reacción de Joe, de todas formas, lanzó su siguiente pregunta:

—¿Y disparar? Debes saber usar una pistola en la marina.

—Sí, por supuesto, pero…

—¿Puedes enseñarme?

—¿Para qué querrías aprender eso? Las damas no necesitan hacer esas cosas.

—Tampoco necesitan aprender a nadar. Y si lo hicieran, hay mejores formas de aprender que ser arrojada al estanque por su hermano.

Joe tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Era mucho más joven entonces —dijo, bajando la vista hacia ella—. ¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Por qué?

La confianza que habría ganado sabiendo disparar podría haberle servido en Francia, aunque al final no necesitó usar la pistola. Aunque no había razón para suponer que necesitaría una en el futuro, seguía queriendo saber que podía hacerlo.

—Me gusta aprender a hacer cosas —dijo, sin querer describirle a Joe los acontecimientos en Francia—. ¿A ti no?

—Sí, pero no tengo ningún interés en aprender a bordar. Eso es trabajo de mujeres, las pistolas no lo son.

Phoebe suspiró, tratando de apartar de su mente la idea de que Alex no habría dicho algo así.

—Quería preguntarte algo —continuó Joe—. La madre de Marlow lo está presionando para que encuentre esposa. Insiste en que asista a bailes y otros eventos mientras está de permiso. Personalmente, yo le diría que se vaya al diablo, pero él es…

—¿Un hijo obediente? —sugirió Phoebe.

—¿Bailarías con él si te lo pidiera?

—Sí, ¿por qué no habría de hacerlo?

—Su cara es…

—No digas tonterías. ¡Él no tiene la culpa! Además, anoche dejé de notarlo.

—Ella consiguió que lo invitaran al baile de los Carrington mañana.

—Nosotras vamos a ese. ¿Así que te veré allí?

Él empezó a negar con la cabeza, pero al encontrarse con su mirada, esbozó una sonrisa resignada.

—Parece que al final sí asistiré.

***

Alex miró una piedra miliaria justo cuando la diligencia alquilada que iba delante de él tomaba una curva. Faltaban aún unas horas para llegar a Andover, donde pasarían la noche. Madame de Brévare tendría que conformarse con una doncella del mesón al que le tocara el dudoso privilegio de alojarlos, aunque esperaba que, para cuando llegaran, estuviera demasiado cansada para protestar demasiado.

Su mente volvió a Phoebe, como lo había hecho durante la mayor parte del viaje. Cuando visitó a Bella el día anterior, le alegró saber que había tomado a Phoebe bajo su protección. Le habló del nuevo vestuario de Phoebe y de cuánto estaba disfrutando de su temporada hasta el momento. Se alegraba por ella, su éxito había sido mayor del que esperaba.

Marstone había hecho un comentario sobre el matrimonio. Él también lo había pensado, por supuesto, pero su anhelo por Phoebe no era solo el deseo de tenerla en su cama, sino el de tenerla con él, trabajando a su lado como compañera. Ahora veía lo poco práctico que era eso; él mismo ya se estaba cansando de esa vida, no podía imponerle algo así a otra persona, incluso si ella estuviera dispuesta.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? Marstone todavía podría tener *algún* uso para él, preferiblemente algo más interesante que volver a trabajar en casa de Pendrick. Sin duda implicaría viajar también, aunque fuera solo como mensajero. Tampoco era una buena vida para una esposa, quienquiera que fuera: sentada en casa, esperando a un marido ausente durante mucho tiempo, que tal vez no regresara.

Estaba dándole demasiada importancia a ese último beso, se dijo a sí mismo. En todas sus fantasías, había asumido que ella querría estar con él. Había sido una noche peligrosa, y ella debía de haber estado aterrada dentro de aquella taberna. El beso era una consecuencia bastante natural de haber estado tan cerca durante varios días. Ella no le había dicho nada más allá de desearle seguridad, y él no le había hecho ninguna promesa. No tenía razones para pensar que ella querría volver a verlo.

Con ese pensamiento desalentador, espoleó al caballo, adelantó la diligencia y se acercó a los postillones para hablar con ellos.

Capítulo 33

Phoebe estaba detrás de su tía y su prima en la fila para la recepción en Carrington House, buscando con la mirada algún rostro conocido. Al volverse para observar la cola de invitados, no vio señales de Joe. Sin embargo, por una vez habían llegado puntuales, y dudaba que él fuera de los que llegan temprano.

—¿Crees que Lord Harlford estará esta noche, mamá? —preguntó Hélène. Su actitud hacia Phoebe había sido notablemente fría desde la ascensión del globo.

—Eso espero, querida —respondió la condesa—. Has apartado bailes para él, ¿no es cierto? Sería todo un logro si lograras asegurarlo.

Lord Harlford le había dicho a Phoebe que estaría allí. Empezaba a desear haberle contado a Hélène, solo para detener esa interminable especulación.

—Oh, sí, el baile de la cena y uno después —dijo Hélène, volviéndose a mirar a la multitud que esperaba—. Debe haber estado fuera, mamá, o ya habría venido a visitarme. Claro, Hélène nunca atribuiría su ausencia a que no le agradara que lo hayan hecho esperar.

—Si no está esta noche, estoy segura de que irá a verte en cuanto regrese. Debes procurar no aceptar demasiadas invitaciones de tus otros pretendientes.

—Sí, mamá.

Por suerte, ya habían llegado frente a sus anfitriones y, tras intercambiar saludos con Lord y Lady Carrington, Phoebe quedó libre para alejarse.

—Nuestro baile, si no me equivoco, señorita Deane —dijo Lord Tresham, uno de los admiradores de Hélène, aunque dispuesto a bailar con Phoebe cuando su diosa no estaba disponible. Intercambiar las cortesías de rigor con él no requería esfuerzo, y al final del set, él le dio las gracias con sinceridad y la acompañó hasta una silla junto a la pared. Allí se encontró al lado de Lady Jesson.

—Mi señora —saludó Phoebe, con cautela, recordando la descripción que Bella le había hecho de ella como una chismosa.

—Señorita Deane —respondió Lady Jesson, examinando su vestido antes de sonreír—. La señorita Fletcher ha vuelto a lucirse con usted, ya veo. Ese dorado pálido le sienta de maravilla.

Phoebe se relajó y le devolvió la sonrisa mientras alisaba su falda.

—Su prima ha encontrado a su presa —comentó Lady Jesson, haciendo un gesto hacia las escaleras que bajaban al salón de baile, donde el marqués de Harlford hablaba con Hélène. Su expresión había perdido el aire embelesado que Phoebe le había notado en sus primeros encuentros con su prima.

—Tonta niña —dijo Lady Jesson—. Ese juego de hacer esperar a sus pretendientes… está destinado al fracaso. Me pregunto si fue idea suya o de Lavinia.

Phoebe sintió que la mandíbula se le aflojaba, ¿cómo sabía Lady Jesson eso? Oyó una risita.

—Por eso usted y su primo menor lo acompañaron a ver el globo, ¿no es así? —Lady Jesson tenía una expresión de inocente curiosidad, pero Phoebe no se dejó engañar.

—Creo que ya lo sabe, mi señora —respondió, intentando no sonreír demasiado.

Lady Jesson soltó una risita, con la vista puesta en los nuevos invitados.

—Hmm. Creo que Lady Brotherton podría beneficiarse del consejo de la señorita Fletcher, ¿no cree? Aunque viste bien a sus hijas.

Los Brotherton entraron en el salón de baile, con Lady Brotherton frunciendo el ceño al pasar junto al marqués. Lady Jesson mantuvo entretenida a Phoebe con fragmentos de chismes; aunque algunos comentarios se burlaban suavemente de sus objetivos, tenían un tono amable.

—Su hermano ha llegado —dijo Lady Jesson cuando el siguiente set estaba por terminar—. Vaya a bailar con él antes de que escape al salón de cartas.

Phoebe ya iba a medio camino atravesando la pista cuando se dio cuenta de que no tenía idea de cómo Lady Jesson sabía quién era Joe, y que evitaría bailar si pudiera.

Disfrutó sus bailes con Joe y luego con el teniente Marlow. Bailó hasta la cena, cuando Marlow y Joe la escoltaron hasta el comedor y fueron a buscar platos de comida.

Mientras estaban ausentes, Lord Harlford apareció con Hélène del brazo y pidió si podía unirse a su mesa. Cuando Phoebe aceptó, los labios apretados de Hélène indicaron que no había sido idea suya. Hizo las presentaciones cuando los hombres regresaron.

Por desgracia, Hélène parecía ser de esas personas que solo veían la cicatriz del teniente Marlow y no a la persona. Phoebe se irritó en nombre de Marlow cuando Hélène evitó mirarlo directamente, incluso en las pocas ocasiones en que le respondió. Después de un par de respuestas breves, Marlow se rindió.

—Tengo interés en la artillería —dijo Lord Harlford, rompiendo el incómodo silencio—. Sin embargo, he hablado sobre todo con oficiales de artillería terrestre. ¿Cuáles diría usted que son las principales diferencias en las operaciones?

—Cubiertas que se mueven —dijo Joe con una risa—. ¡El suelo normalmente no se mueve mientras intenta apuntar!

Hélène miró de Lord Harlford a Joe mientras los hombres conversaban, una arruga comenzando a formarse entre sus cejas.

—…si hubieras pasado tanto tiempo en la cubierta de cañones como yo, Deane, no dirías…

Phoebe escuchaba con interés, recogiendo más detalles de las experiencias de Joe en el mar que los que habría conseguido si se los hubiese preguntado directamente.

—…balas encadenadas para destruir aparejos y mástiles…

—Estos pastelitos están deliciosos —dijo Hélène, interrumpiendo la descripción de una persecución de popa—. ¿Me traería más? —le pidió con un batir de pestañas a Lord Harlford.

—Permítame, Lady Hélène —dijo Marlow, y se levantó a buscarlos.

—Lo siento, Lady Hélène —dijo Lord Harlford—. Pensé que le interesarían las historias de su primo.

Hélène convirtió su mohín en una sonrisa apresurada.

—Yo… por supuesto que sí, mi lord. Por favor, continúa, primo Joseph.

—Creo que la música está a punto de comenzar de nuevo —intervino Phoebe. Sabía por qué Hélène estaba molesta, y le irritaba su superficialidad, pero no era adecuado decir algo grosero frente al pretendiente más importante de su prima.

—Si desea más información, mi lord, puede enviarme un mensaje a Berkeley Square —dijo Joe.

Lord Harlford le dio las gracias y se volvió hacia Phoebe.

—¿Está libre para el próximo baile, señorita Deane?

No debería haberse sorprendido, pues él le había preguntado si asistiría.

Hélène habló antes de que Phoebe pudiera responder.

—¡*Estaba* reservando ese baile para usted, mi lord!

Él la miró desde lo alto, con el rostro inexpresivo.

—No recuerdo haberle preguntado.

—Lo sé, pero siempre baila dos veces conmigo —dijo Hélène, en tono zalamero—. Más sería impropio.

—Cierto —dijo él, con voz fría—. Sin embargo, prefiero elegir yo a mis parejas.

—¡Pero no tendré con quién bailar! —El mohín de Hélène rozaba apenas el gesto de un berrinche.

—Una experiencia novedosa —murmuró Joe en voz baja. Phoebe le clavó el codo.

—Sería un honor bailar con usted, lady Hélène —dijo el teniente Marlow.

—Gracias —respondió Hélène, pero se volvió hacia Joe con una sonrisa—. Pero debería bailar con mi primo —añadió—. ¡Hace tanto que no te veo, Joseph!

—No juegues conmigo, Hélène —dijo Joe—. Vamos, Marlow, dijiste que solo querías quedarte hasta la cena.

Phoebe miró a Marlow, preguntándose si Hélène le habría herido los sentimientos, y se sintió aliviada al ver lo que parecía una sonrisa resignada, y no la expresión cerrada que había mostrado al

principio de la velada. Hicieron sus reverencias y se marcharon, dejando a Phoebe con Hélène y Lord Harlford.

El marqués volvió a centrar su atención en Phoebe, con una expresión que insinuaba una sonrisa.

—¿Señorita Deane?

—No tengo compromiso para el próximo, mi lord.

—¿Entonces me concede el placer?

—Sí, gracias.

El marqués era un buen bailarín, pero Phoebe se sentía incómoda. Su conversación era forzada y se limitaba a los comentarios habituales sobre el clima, sin el disfrute compartido que mostraban la mayoría de sus otros compañeros. ¿Bailaba con ella solo para castigar a Hélène?

Tras aportar algunas observaciones sobre el salón de baile, Phoebe guardó silencio. Su rostro mostraba un aburrimiento educado; sin saber si la causa era su charla o su silencio, Phoebe centró la mirada en el alfiler de rubíes del pañuelo de su cuello. Él había hablado con soltura cuando vieron el globo, pero aquello había sido casi exclusivamente sobre aspectos técnicos. Incluso los comentarios vacíos de algunos de sus otros compañeros le parecían mejores que ese silencio incómodo. Pensó, con un pinchazo de nostalgia, en lo fácil que era conversar con Alex, y deseó que estuviera allí.

—¿Disfrutó del ascenso del globo, mi lord? —preguntó al fin, decidida a no bailar en silencio—. Nunca había visto uno antes y me pareció muy interesante.

Él la miró con cierta atención y finalmente sonrió.

—Debo disculparme por haberle endosado a mi joven primo —añadió Phoebe.

—Al contrario —respondió él—. Es alentador presenciar tanto entusiasmo.

—Puede resultar agotador —dijo Phoebe con aire resignado, logrando otra sonrisa, esta vez más amplia. Le alcanzó los ojos, haciéndolo parecer mucho más afable. El resto del baile transcurrió en una conversación agradable sobre diversos lugares dignos de verse en Londres, y luego él la acompañó a una silla.

—¿Le agradaría pasear en coche conmigo, señorita Deane?

—Dependería, mi lord —dijo Phoebe. Él pareció sorprendido, incluso desconcertado. Ella supuso que no estaba acostumbrado a recibir otra cosa que aceptaciones agradecidas.

—¿De qué, si puedo preguntar? —dijo él, al menos con cortesía.

—De si realmente desea llevarme a pasear, o si aún está molesto con mi prima, como cuando me invitó a ver el ascenso del globo.

Sus ojos se apartaron de los de ella.

—No se lo reprocho —continuó Phoebe—. Creo que llevar a Georges fue venganza suficiente.

—Touché, señorita Deane —dijo él, con una sonrisa que curvó sus labios de manera encantadora—. Disfrutaría de su compañía en un paseo, si usted está dispuesta.

—En ese caso, sí, gracias.

—¿Mañana? ¿Hacia las cuatro?

Ella asintió, y él hizo una reverencia y se despidió. Phoebe se sorprendió al verlo marcharse del salón poco después, sin regresar a unirse a la multitud de admiradores de Hélène.

Cuando llegaron a casa, el conde salió de la biblioteca y les pidió que se reunieran con él en el salón.

—¿Qué te ha parecido el baile, Phoebe? —preguntó.

—Muy bien, señor. Bailé la mayoría de las piezas, con caballeros muy agradables. Fue…

—Bailó con Harlford después de la cena —interrumpió Hélène.

—¿De veras? —preguntó el conde—. ¿Y cómo logró que lo hiciera?

Phoebe observó con apenas disimulada diversión cómo la boca de Hélène se abría sin que saliera palabra alguna. Volvió a cerrarla, con el labio inferior saliente.

—Phoebe se hace notar demasiado para alguien de su posición, Edouard —dijo la condesa—. Siempre lo he dicho.

—¿Entonces le pediste a Lord Harlford que bailara contigo? —preguntó el conde, ignorando a su esposa.

—No, señor. Él nos pidió acompañarnos a la cena, quería hablar con Joe y el teniente Marlow sobre artillería. Luego me pidió el siguiente baile. —Mantuvo la vista fija en su tío, notando el fulgor de la mirada de su tía. Sería mejor soltar la peor noticia ahora, mientras él estaba presente—. También me pidió salir a pasear en coche con él mañana por la tarde.

—Interesante —dijo el conde, mirando hacia su esposa—. Quizás algunos hombres valoran la puntualidad. Ahora bien, estoy seguro de que Phoebe puede ser excusada de cualquier visita que hubieras planeado para mañana por la tarde.

La condesa asintió de mala gana, y Phoebe reprimió un suspiro de alivio. Mientras subía las escaleras hacia su dormitorio, se preguntó si el paseo con Lord Harlford valdría la pena frente al resentimiento que le ganaría con su tía y su prima.

Capítulo 34

Alex redujo el paso de su caballo al entrar en la avenida de Ashton Tracey. El sol poniente proyectaba largas sombras sobre la grava y se reflejaba en las ventanas de la casa. Desmontó junto a los escalones y llamó a la puerta justo cuando la berlina de posta se acercaba detrás de él.

—Señor Westbrook. —El mayordomo lo saludó con una reverencia comedida—. No lo esperábamos, señor.

—Mackenzie. —Alex sonrió—. Lord Marstone tiene de repente la necesidad de ofrecer hospitalidad a la vizcondesa de Brevare y a su hija. Se quedarán por tiempo indefinido.

—Muy bien, señor. Si me disculpa.

Mackenzie no esperó el asentimiento de Alex, sino que se volvió y llamó a un lacayo, quien subió corriendo la escalera. Sin duda, a buscar a lady Marstone.

Alex volvió afuera justo cuando la carroza se detenía. Abrió la puerta, bajó el estribo y ayudó a descender a la vizcondesa. Un exceso de cortesía con la dama ahora quizás aligeraría la carga del personal que tendría que ocuparse de ella.

La vizcondesa se quedó de pie sobre la grava, recorriendo con la mirada el edificio frente a ella. Ashton Tracey era una de las propiedades más modestas de Marstone, pero él y su esposa parecían preferirla por encima de las demás.

Mackenzie regresó y condujo a la vizcondesa al interior con una reverencia profunda. Alex ayudó a bajar a la hija y luego le ofreció el brazo. Ya dentro, la vizcondesa examinó losas de mármol, la escalera de roble pulido, las gruesas cortinas de terciopelo que enmarcaban las ventanas y la lámpara de araña de cristal, todo ello con un leve aire de superioridad.

Lady Marstone descendía la escalera. Alex la observó con admiración mientras ella, en un instante, parecía haber evaluado por completo a la vizcondesa, y hacía una reverencia baja, a pesar de que su rango era superior al de su invitada.

—Mi señora, bienvenida a mi hogar. Debe de estar exhausta después de su viaje. Permítame acompañarla a su habitación para asegurarme de que todo esté en orden. Podrá descansar y cambiarse.

Eso fue un error, pensó Alex, negando con la cabeza hacia Lady Marstone sobre el hombro de la vicomtesa. Una de las quejas de la mujer había sido que Alex no había traído ninguna de sus prendas de París.

La mirada de Lady Marstone se desvió hacia él y luego hacia el pasillo detrás de él, donde habrían colocado el equipaje.

—Estoy segura de que podemos encontrar algo que le quede hasta que podamos llamar a una modista para que atienda sus necesidades —dijo, con apenas un momento de vacilación—. ¿Quiere acompañarme?

La vicomtesa siguió a Lady Marstone escaleras arriba sin echar ni una mirada hacia su hija. Alex sintió la mano de la chica apretarse en su brazo y miró hacia abajo. El rostro de Suzanne de Brevare estaba pálido y demacrado, pero se mantenía erguida, con los hombros hacia atrás.

—La señora Hunt llevará a mademoiselle a su habitación, señor —dijo Mackenzie—. Y le proporcionará refrescos.

A punto de entregar a Suzanne a la ama de llaves, Alex se detuvo al sentir un pequeño tirón en su brazo.

—Por favor, monsieur, ¿puedo caminar afuera un momento? Me gustaría hablar con usted.

—Si lo desea, mademoiselle. —Miró al mayordomo—. Por favor, pida refrescos en veinte minutos. Yo también me quedaré esta noche.

—Muy bien, señor.

Alex condujo a la chica hacia la puerta principal y al jardín formal junto a la casa, que aún aprovechaba los últimos rayos del sol de la tarde. ¿Por qué querría hablar con él ahora? Apenas había hablado con ella durante el viaje. Al principio él conducía, y luego, en el *Lily*, ella nunca estuvo separada de su madre, que no se dignaba a hablar con los sirvientes.

—Tengo que agradecerle, monsieur, por rescatarnos —dijo Suzanne en voz baja—. No creo que mi madre lo haga.

—De nada, mademoiselle.

—Sin embargo, entiendo que seguimos siendo prisioneros, en cierto modo.

—No exactamente prisioneros. —Pero, sin dinero propio, ¿adónde podrían ir? —¿Qué le había dicho su señoría?

Debió haberlo preguntado a Marstone directamente, pero el conde no estaba cuando regresó de ver a Bella, y partieron temprano a la mañana siguiente.

—Me preguntó por mi hermano, y cuándo lo vimos por última vez —dijo ella. Se detuvo, apartando la mano de su brazo.

Alex se giró para mirarla.

—¿Cuándo lo *vio* por última vez?

Ella lo miró a la cara y luego levantó los hombros en un encogimiento.

—Hace muchos meses, después de que tuvo que vender nuestros otros bienes. —Giró y comenzó a caminar de nuevo, hablando como si estuviera recitando algo ya dicho una vez—. No es bueno con el dinero, pero tiene buenas intenciones. Podríamos haberlo manejado, excepto por los problemas en Francia. Hace dos meses, unos hombres llegaron con armas y nos hicieron ir a París con ellos. Hemos estado allí desde entonces, y no hemos sabido nada de Hugo.

—¿Eso fue lo que le contó a lord Marstone?

Ella asintió.

—¿Está Hugo bien?

—¿Le dijo algo más Marstone? —preguntó Alex.

—Dijo que Hugo estaba a salvo, eso es todo. —Se mordió el labio y Alex vio el destello de lágrimas en sus ojos.

—Estaba a salvo hace tres semanas —dijo Alex—. Eso es todo lo que sé, mademoiselle.

—¿Por qué le interesa a Lord Marstone mi hermano?

Alex pudo oír un temblor en su voz ahora. Caminó, preguntándose cuánto decirle, si es que debía decirle algo. No la

tranquilizaría saber que Brevare era sospechoso de actividades traidoras.

Mirando hacia abajo, vio algo de semejanza con la prima de Phoebe, un rostro de forma similar, y ambas chicas tenían el cabello dorado. Cuando Suzanne estuviera descansada y más feliz, le recordaría a alguien como Hélène. O, más bien, Hélène le recordaría a una hermana ansiosa de Suzanne. La suposición de Phoebe había sido correcta naturalmente, pensó con una sonrisa irónica. Las dos madres también eran parecidas en algunos aspectos, aunque la comtesse parecía tener algo de afecto por su hija, poco de eso había visto en la vicomtesa de Brevare.

Esta Suzanne, sin embargo, era más resistente de lo que parecía, ciertamente más que Hélène. No había dicho ni una palabra de queja sobre el viaje apresurado o el cruce brusco.

La verdad, decidió.

—Marstone y yo sospechamos que Brevare está siendo chantajeado con la amenaza de hacerle daño a usted y a su madre.

La chica asintió, como si esa no fuera una idea nueva.

—Lo imaginaba —dijo—. ¿Qué ha hecho? ¿Es ahora un criminal aquí?

Volvió a escucharse el temblor en su voz.

—Aún no. —Aunque si Brevare hiciera algo para poner en peligro a Phoebe, no solo sería un criminal, sino que seguramente sufriría daño a manos de Alex.

—Por eso nos rescató.

—Sí. También por eso Marstone quiere que se quede aquí. Y esperar descubrir quién está haciendo esto con su hermano.

Suzanne asintió de nuevo.

—No me gusta nuestra situación, pero sería peor sin lo que usted ha hecho. —Se mordió el labio otra vez—. Monsieur, no sería prudente repetir esto a mi madre.

—Está bien. —El sol ya se había puesto y el frío de la primavera temprana era agudo—. ¿Volvemos ahora?

Dentro, la ama de llaves llevó a Suzanne escaleras arriba y Alex se retiró a la biblioteca de Marstone para probar el brandy. Descansaría esa noche y luego partiría de vuelta a Londres por la

mañana. Pensó en usar el correo de Exeter, pero decidió montar a caballo. No quería estar encerrado con extraños por tanto tiempo.

Luego tendría que decidir si debía visitar a Phoebe.

* * *

Phoebe esperaba al marqués en la biblioteca la tarde siguiente, de pie junto a la ventana para observar la plaza en busca de su llegada. Había terminado el libro de Burke y estaba a mitad de *Derechos del Hombre* de Paine, actualmente abierto pero desatendido sobre la mesa.

Observando cómo Lord Harlford llegaba en su faetón, a las cuatro en punto, se preguntó qué pensaría de la propuesta de Paine de eliminar los títulos hereditarios. No estaba segura de si debería tocar ese tema, al menos no con un marqués.

Se le mostró a Lord Harlford en la biblioteca, todavía con su abrigo de muchas capas de conducir.

—¿Le gustaría tomar algo primero, milord? —preguntó mientras él hacía una inclinación.

—Si está lista, señorita Deane, lo mejor sería partir ahora.

—Ciertamente.

Phoebe volvió a impresionarse por la destreza con la que Lord Harlford maniobraba su faetón entre carros, coches y otros vehículos de ocio menos expertamente conducidos. Los caballos grises parecían más frescos que el día del ascenso del globo, o quizás el marqués conducía más rápido ahora porque no tenía a un niño pequeño molestándolo con preguntas. Observó sus manos, notando cómo apenas parecían moverse sobre las riendas.

—¿Está usted bien, señorita Deane? —preguntó el marqués, después de unos minutos de silencio.

—Sí, gracias, milord. —Estaba distraída, pero también había pensado que él iniciaría cualquier conversación que tuvieran.

—Parece que está bastante callada.

Él parecía preocupado. Ella se mordió el labio al darse cuenta de que estaba acostumbrado a las charlas de Hélène.

—No quería distraerlo en las carreteras tan concurridas —explicó—. Y estaba admirando a sus caballos. Parecen responder al más mínimo movimiento de sus manos.

—Son un buen par —respondió él—. Con la boca suave. Rápidos también, aunque no hay mucha oportunidad de demostrar eso en la ciudad.

—¿El ser de boca suave los hace más fáciles de conducir? —preguntó Phoebe, recordando los brazos adoloridos después de conducir con el capitán Synton en el parque.

—Eso depende de los caballos. Si la diferencia fuera solo una boca suave o dura, entonces sí, no tendría que tirar tanto de las riendas. Pero también depende de sus temperamentos. ¿Por qué lo pregunta?

—He estado practicando conducir un par y encuentro que mis brazos y manos se cansan bastante rápido. Me preguntaba si ese par tiene bocas más duras.

Lord Harlford la observó, con una expresión de cautela. Phoebe se preguntó si había dicho algo incorrecto.

—¿Eso fue una indirecta, señorita Deane?

—¿Una indirecta, milord?

—¿Que desea conducir mis caballos grises?

—No. Bueno, quiero decir, sí...

Le encantaría, pero por la forma en que había hablado de ellos, no creía que él estuviera contento con que alguien tan inexperto tomara las riendas.

—Me encantaría intentar conducirlos, pero si fuera usted no querría que los condujera yo. Eso ha sido algo incoherente. —Si me entiende lo que quiero decir.

—Creo que sí. —Parecía más amigable esta vez—. ¿Ha estado conduciendo el carruaje de su tío?

—Él no tiene un carruaje en este momento —dijo Phoebe—. Creo que va a comprar uno, pero será un coche, no un faetón. No es realmente el tipo de cosa para un paseo por el parque.

—¿Qué ha estado conduciendo entonces?

—El capitán Synton es primo de Lord Carterton. Me llevó en el faetón de su señoría con un par.

—¿Los caballos negros de Carterton?

—Sí.

—Debieron de ser algo difíciles para usted. —No dijo nada más mientras negociaba con los carruajes que casi bloqueaban la entrada al parque—. ¡Desearía que la gente *fuera* al parque en lugar de saludarse en la puerta! —murmuró irritado mientras finalmente pasaba a través de la multitud.

Siguieron avanzando por el parque, su progreso lento mientras los jinetes y las personas en otros carruajes se detenían para saludar al marqués. Algunos intentaban iniciar conversaciones sobre el clima o las últimas noticias, pero el marqués no tenía mucho que decir a cambio, y cada encuentro duraba solo un breve momento. Mirando su rostro mientras instaba a su par de caballos a seguir, Phoebe se preguntó si él también estaba tan aburrido con las triviales observaciones como ella.

Conduciendo hacia adelante, finalmente llegaron al lugar del ascenso del globo, ahora solo una zona fangosa donde había estado la máquina que generaba gas. Recordando cómo el globo había desaparecido en la distancia, Phoebe le preguntó al marqués qué tan lejos podría llegar un globo de ese tipo.

—Depende del viento, señorita Deane, y de cuán rápido el gas se escape a través de la tela del globo.

Esa no fue una respuesta muy informativa. —¿Podrían cruzar el Canal? —persistió ella—. Me preguntaba si los franceses podrían usar globos para espiar nuestros puertos, por ejemplo.

—El viento tendría que ser... —Su voz se desvaneció mientras el faetón disminuía la velocidad hasta detenerse.

Debió haber dicho algo tonto, aunque no sabía qué. Tal vez él consideraba inapropiado tal tema para una mujer, no le había importado discutirlo durante el ascenso, pero Georges estaba con ella entonces.

—¿Milord? —dijo, levantando la barbilla. Sería educado disculparse, aunque realmente no lo sintiera. —Perdón si...

—No, no, señorita Deane. —Le miró a los ojos, una sonrisa irónica retorciendo su boca—. Debería disculparme yo por distraerme.

—Probablemente fue una idea tonta. —Miró sus manos enguantadas, dobladas sobre su regazo.

—No, en absoluto. Creo que los globos podrían ser útiles para el ejército también, para localizar posiciones enemigas, por ejemplo. Pero hay dificultades.

—¿La dirección del viento? —preguntó ella, interesada en saber más.

—Sí. También está la fabricación del aceite de vitriolo, algunos de los materiales...

Interrumpiéndose, sacudió la cabeza mientras azotaba con el látigo por encima de las cabezas de los caballos, poniendo en marcha nuevamente el phaeton.

—Lo siento, debo estar aburriéndola.

—En absoluto. El aceite de vitriolo es para fabricar el hidrógeno, ¿no? ¿Es difícil de fabricar?

—Pensaba que algunos de los materiales necesarios para fabricarlo también son necesarios en la fabricación de pólvora —dijo él, guiando el faetón de vuelta por las puertas del parque.

Phoebe asimiló esta información.

—No había considerado las complejidades de tales cosas —admitió al fin—. Supongo que un suministro eficiente de materiales es tan importante en la guerra como los barcos y los hombres.

—Eficiente es a menudo la última palabra para describirlo —murmuró, girando de Piccadilly hacia Berkeley Street.

Intrigada, Phoebe se preguntó si él estaba involucrado de alguna manera en el gobierno. No había encontrado su nombre en los periódicos, pero debían de haber muchos hombres trabajando tras bambalinas.

—He disfrutado de nuestro paseo, señorita Deane —dijo mientras estacionaba frente a la casa—. ¿Le gustaría conducir de nuevo? Estoy libre pasado mañana. Si lo desea, podría encontrar un buen par tranquilo, adecuado para una dama. Podríamos ir por la mañana, cuando el parque esté vacío.

Phoebe no estaba tan segura sobre el "buen par tranquilo", pero quizás caballos más tranquilos le permitirían concentrarse en su técnica. Él *había* tomado su deseo de conducir más en serio que Joe.

—Gracias, milord, lo disfrutaría mucho.

—Entonces, pasado mañana —dijo, ayudándola a bajar y haciendo una reverencia sobre su mano.

Phoebe permaneció en el umbral, mirándolo mientras se alejaba con sentimientos encontrados. Había disfrutado viendo su conducción experta, y la conversación había sido interesante una vez que dejaron de intentar las típicas cortesías sociales, pero no se sentía completamente a gusto con él.

Todavía se preguntaba si él estaba tratando de darle una lección a Hélène, a pesar de lo que había dicho en el baile. Un hombre de su posición no estaría cortejando seriamente a alguien como ella, sin título ni dote. No importaba mucho; había disfrutado del paseo y disfrutaría nuevamente de su compañía.

Capítulo 35

Phoebe bebía su vino mientras miraba alrededor del salón en Marstone House. Esta habitación estaba decorada de forma muy diferente a la biblioteca, con su madera oscura y colores intensos, que era la única otra estancia que había visto allí. Las paredes verde pálido y las cortinas con delicados estampados le daban un aire ligero, y las pinturas representaban escenas campestres y marinas.

Recorrió con la mirada a los demás invitados, intentando recordar los nombres de todos. Ella era, con mucho, la persona más joven presente, con Bella en un cercano segundo lugar. ¿Por qué la habría invitado lord Marstone? Si quería hablar con el conde, bastaba con invitar a su tía y a su tío.

Escuchando fragmentos de las conversaciones a su alrededor, se sintió poco calificada para unirse a ninguna. Se hablaba principalmente de las continuas disputas de Fox con otros whigs o de la expectativa de que algunas regiones de Francia se alzaran contra el gobierno revolucionario.

Había un número desigual de damas y caballeros, y Phoebe supuso que aún debían llegar más invitados. Sin embargo, el mayordomo entró en la habitación para anunciar que la cena estaba servida, y el conde se acercó con las únicas dos personas a las que todavía no le habían presentado.

—Fenton, ¿puedo presentarte a la señorita Phoebe Deane? Señorita Deane, el almirante lord Fenton. —El almirante era mayor que lord Marstone, con el cabello gris acerado y el rostro curtido por el tiempo. Lord Hilvern, el otro invitado, era corpulento, de tez enrojecida y con papada incipiente.

—Estas cenas son bastante informales, como quizás habrá notado, señorita Deane —continuó Marstone—. No nos aferramos al protocolo. Fenton, ¿podría acompañar a la señorita Deane?

El almirante le ofreció el brazo, y el grupo entero se dirigió al comedor al otro lado del pasillo. Phoebe quedó sentada entre el almirante y lord Hilvern. Bella estaba más allá de Hilvern, al extremo

de la mesa. El conde se sentó casi enfrente, y le dirigió a Phoebe una sonrisa alentadora al tomar asiento.

La cena fue buena, aunque no sobresaliente; muchos de los invitados parecían prestar más atención a sus conversaciones que a sus platos. Phoebe permaneció en silencio un rato, concentrándose en controlar los nervios y observando a los demás comensales. Entonces Bella dio por concluida su conversación con lord Hilvern. Cuando este se volvió pesadamente hacia Phoebe, Bella le dirigió una mueca rápida antes de centrar su atención en el conde a su otro lado.

—Bueno, ¿y qué la trae por aquí, señorita… eh…? —Hilvern la miró por encima de la nariz, lo cual no era poca cosa, pensó Phoebe, considerando que no era mucho más alto que ella.

—Deane, milord.

—No la había visto antes. —Lo dijo como si fuera culpa de ella.

—Acabo de debutar en sociedad.

—Hmm. Sobrina de Calvac, ¿eh? ¿Quién es su padre?

—Dudo que haya oído nombrar de él. —En verdad, esto parecía más un interrogatorio que una conversación.

—Parece usted muy joven para ser una de las invitadas de Marstone. —Hilvern tomó otro bocado de pichón asado.

—El tiempo se encargará de eso, milord —le aseguró ella. Se preguntó si habría sido demasiado impertinente, pero un suave resoplido desde el otro extremo de la mesa la tranquilizó. Bella la estaba escuchando, y el pensamiento le dio un pequeño impulso de confianza.

—Señorita Deane —la llamó el almirante, y ella se volvió hacia su izquierda—. No nos habíamos conocido antes de esta noche, pero su nombre me resulta familiar.

—Mi hermano es teniente de la marina, milord —dijo Phoebe. El almirante parecía tanto más amable como más cortés que lord Hilvern—. ¿Podría haber visto su nombre en alguna lista?

—Me parece que lo he visto recientemente.

Con un leve hundimiento del ánimo, Phoebe se preguntó si habría oído hablar de la pérdida del barco de Joe.

—Estaba destinado en el *Galene*, señor, y regresó a Inglaterra hace unos días.

—Ah, sí. Asunto desafortunado, ese. —Un fugaz gesto de desaprobación cruzó su rostro.

—A mi hermano se le eximió de toda culpa —añadió Phoebe.

—Claro, claro. —Hizo un gesto a un lacayo, que se acercó a rellenar sus copas; más sirvientes entraron para retirar los platos y servir el siguiente plato.

—No parece usted muy convencido, milord —dijo ella.

—No recuerdo los detalles, señorita Deane. Por supuesto, me guiaré por las conclusiones de los hombres que condujeron el consejo de guerra.

—Vamos, señorita Deane —intervino lord Hilvern desde su otro lado—. Debería dejar esos asuntos en manos de quienes los manejan. No son cosas que le conciernan. *Sutor, ne ultra crepidam*, y todo eso, ¿sabe?

—¿Perdón, milord? Me temo que nunca aprendí latín.

—Natural, por supuesto —dijo lord Hilvern, volviendo a mirarla por encima de la nariz—. Las mujeres no están hechas para eso, les atonta el cerebro.

Phoebe respiró hondo y exhaló despacio, preguntándose si debía simplemente tragarse el insulto. Más allá de Hilvern, Bella le dedicó una sonrisa y un leve asentimiento.

—Eso debió hacerle la vida muy difícil a los romanos —dijo Phoebe.

—¿Cómo dice…? —Hilvern frunció el ceño.

—Los romanos hablaban latín, ¿no es así? —Abrió un poco los ojos—. ¿Cómo se comunicaban los hombres con sus esposas?

—¿Qué? ¡Por supuesto que sus esposas hablaban latín!

—Pero usted dijo que las mujeres no estaban hechas para eso, milord. —Phoebe levantó las cejas y aleteó las pestañas como solía hacer Hélène, esperando no estar exagerando.

—Bueno, debe de ser diferente si se les enseña desde la infancia. Obviamente.

—Ah, ya entiendo. —Entrecerró los ojos, como si reflexionara—. ¿Así que los romanos trajeron consigo a sus sirvientas cuando

vinieron aquí por primera vez?

Hilvern la miró durante varios largos segundos y luego se volvió hacia su plato sin responder.

Phoebe apretó los labios para no sonreír y levantó su copa. Antes de que pudiera beber, Bella se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué habrían de traer a sus sirvientas, Phoebe? —preguntó, con una risa evidente en la mirada.

—Si las mujeres solo pueden aprender latín cuando son niñas, no habrían podido conseguir criadas británicas que aprendieran su idioma —dijo Phoebe—. Habrían tenido que formar nuevas criadas desde la infancia.

—Buen punto, Hilvern —intervino el almirante desde su otro lado. Phoebe echó un vistazo alrededor, incómodamente consciente de que el resto de los invitados ahora escuchaban el intercambio.

—Esa parte de la historia nunca me la enseñaron —dijo el almirante, sacudiendo la cabeza con asombro—. Increíble los detalles que omiten.

Hilvern abrió la boca, pero la cerró de golpe, con sus papadas temblando.

—¡Tonterías! —exclamó—. Estás dejando que la mocosa se burle de ti, Fenton.

—Oh, creo saber quién es el blanco de la broma, Hilvern —replicó el almirante—. Conozco a muchas mujeres que hablan otros idiomas.

—Sí, bueno, hablan francés, eso es completamente distinto. El cerebro femenino no está hecho para las lenguas clásicas.

—¿Está sugiriendo que *ninguna* mujer puede aprender latín, Lord Hilvern? —preguntó Bella.

—No están capacitadas para ello, como ya he dicho —contestó Hilvern, enrojeciendo. Sacó un pañuelo y se secó la frente.

—Qué extraño. Estoy segura de que Lady Mary…

—Oh, déjalo que se lama las heridas, Bella —intervino Lord Marstone desde el otro extremo de la mesa, con un brillo travieso en los ojos. Se volvió hacia su vecino—. Ahora bien, Tresham, dudo que la repulsión del intento francés de tomar Cerdeña sea tan significativa como tú…

—¿Y qué impresión se llevó del ambiente en el campo durante su viaje a Francia, señorita Deane?

Phoebe se volvió hacia el almirante, aliviada, mientras Hilvern fulminaba su plato con la mirada.

—Fue difícil saberlo, mi lord. Evitamos el contacto con otros tanto como pudimos.

—Por supuesto, muy sensato.

—Fenton, ¿podría pedirte un favor? —intervino su tío desde el otro lado de la mesa. A esas alturas, a Phoebe ya no le sorprendía que nadie se preocupara por lo que solía considerarse un error social.

—Mi hijo tiene diez años y está en esa edad en la que desea saberlo todo —continuó el conde—. Lo último que desea es ver un buque de guerra. Sin duda querría un navío de línea, pero una fragata bastaría. ¿Hay alguna posibilidad de algo así?

—Estoy seguro de que debe haber algo adecuado en Greenwich —respondió el almirante—. Y si no, en Deptford o cerca de Woolwich. Veré qué puedo arreglar.

—Gracias, Fenton —dijo el conde.

—Será mejor que no le menciones el arsenal si va a Woolwich —advirtió Phoebe—. O mi tío no tendrá paz hasta conseguirle una visita también.

—¿Quizá debería acompañarlo para supervisarlo, señorita Deane? —sugirió el almirante.

—Me encantaría, gracias —respondió ella enseguida.

Él pareció algo sorprendido, y el conde volvió a reír.

—Creo que habla en serio, Fenton.

Fenton asintió con una sonrisa afable. En ese momento, Bella se levantó y anunció que era hora de que las damas se retiraran. Sirvieron botellas de oporto mientras las mujeres abandonaban el comedor, pero Phoebe se sorprendió al ver que los caballeros regresaban al salón apenas quince minutos después, copas en mano.

—¿Puedo acompañarla, señorita Deane? —era el almirante de nuevo.

—Por supuesto, mi lord —Phoebe señaló el asiento vacío a su lado, y él se sentó.

—¿Hablaba en serio sobre querer ver un buque de guerra?

—Sí, me parece interesante. Y me gustan los viajes por mar, aunque solo he cruzado el Canal.

—Organizaré una visita. ¿Podría venir su hermano? Es posible que los oficiales del barco no tengan mucho tiempo para mostrarlo.

—Gracias, mi lord, estoy segura de que le encantará. Eh… creo que la institutriz de mi prima también estaría interesada.

—¿Y su doncella? ¿El lacayo? ¿La ama de llaves?

Phoebe lo miró de reojo, preguntándose si lo había ofendido, pero una comisura de su boca estaba levantada. Ella sonrió.

—No, señor, no tentaré más a la suerte.

—Muy bien —el almirante sonrió y se alejó justo cuando Bella y su esposo se acercaban.

—Venía a preguntarte si querrías ir a Drury Lane mañana por la noche —dijo Bella—. Entiendo que es *El mercader de Venecia*.

Phoebe negó con la cabeza.

—Me habría encantado ir contigo, pero ya tenemos invitación de Lord Harlford.

Una lástima, pensó. Disfrutaría más de la obra en compañía de Bella. Sospechaba que Lord Harlford tendría una conversación interesante sobre la obra, pero eso no sería fácil con su tía y su prima presentes.

Bella desvió la conversación hacia otros compromisos sociales próximos, y el resto de la velada transcurrió con facilidad, con menos política y más charlas sobre conciertos, teatro y otros entretenimientos.

***

Alex no llegó a Grosvenor Square hasta bien entrada la noche. Tiró de las riendas al llegar al extremo de la plaza al ver luces encendidas en las ventanas bajas de Marstone House y una fila de carruajes en la entrada. Marstone no ofrecía muchas cenas, y por el escaso número de vehículos, esta parecía una de sus reuniones informales para discutir política.

El viaje desde Devonshire había transcurrido sin problemas, pero llevaba cuatro días a caballo. Por un momento deseó haberse dirigido directamente a su alojamiento, pero la idea de ser atendido por el personal del conde mientras se encontraba tan exhausto era mucho más tentadora que sus habitaciones frías y vacías. Si entraba por su vía habitual, los establos y la entrada de servicio, no tendría que hablar con nadie.

Las puertas se abrieron y los invitados empezaron a salir, la mayoría irreconocibles a esa distancia. Una mujer emergió, escoltada por un hombre mucho mayor, y la luz captó su cabeza descubierta. Su cabello ardía tan rojo como el de Phoebe, y a Alex se le cortó la respiración. Pero no podía ser ella… ¿por qué estaría en una de las cenas políticas de Marstone?

Los carruajes se alejaron y la puerta se cerró. Espoleó al caballo para avanzar, pasando junto a la entrada y doblando hacia los establos detrás de la casa..

Capítulo 36

Alex durmió hasta tarde a la mañana siguiente, y despertó con el ayuda de cámara de Marstone preguntándole si deseaba un baño. Se desperezó, luego se incorporó y tomó su café mientras traían el agua caliente.

Para cuando se hubo remojado lo suficiente como para eliminar las últimas molestias musculares y soportado las atenciones de Harrison para devolverle un aspecto respetable, ya era casi mediodía. Desayunó a solas en el comedor.

—¿Está en casa Lord Marstone? —preguntó a Brownlee, mientras el lacayo recogía sus platos vacíos.

—No, señor. Sin embargo, dijo que no era necesario que se limitara a quedarse en la casa. Esperará un informe más tarde esta tarde.

—Gracias.

—Owen Jones se aloja en el Crown, señor, cerca de Berkeley Square, por si desea hablar con él. Acompañó a la señorita Deane desde Ashmouth, y se quedó.

Alex estuvo a punto de preguntar por qué Owen seguía allí, pero Brownlee no lo sabría. Ver a Owen sería una buena excusa para una charla amistosa con una jarra de cerveza.

—Estoy cuidando de la pequeña Ellie, ¿ves? —explicó Owen cuando Alex le preguntó.

—¿Ellie?

—La hija de Denton, la del mesón de Ashmouth. Trasker nos llevó allí, el viento era mejor. Dijo que la señorita Deane necesitaba a alguien que la cuidara dentro del coche. Y luego a Ellie se le metió en la cabeza quedarse un tiempo en Londres para ver los sitios. Ahora es la doncella de la señorita Deane.

—¿Y este robo en la calle… estuviste involucrado? —Su voz sonó más brusca de lo que pretendía.

—Hice lo que dijo la señorita Deane. No era mi lugar decirle que no. No le pasó nada.

—Mis disculpas —dijo Alex—. Me alegra que estuvieras allí para ayudar.

No tenía sentido reprocharle nada a Owen si tanto Marstone como Phoebe habían decidido seguir ese curso de acción.

—Creo que ya puedo volver a Devonshire ahora que estás aquí. Me gustaría asegurarme de que Gwen esté instalada, y que a Pierre no le estén dando problemas por ser francés.

—Acabo de volver de Ashton Tracey. Hablé con Henri antes de irme; parecía creer que Pierre encontraría trabajo sin dificultad, y Lady Marstone se asegurará de que tengan dónde vivir.

Owen asintió.

—Entonces me iré pronto.

—¿Tienes suficiente dinero? —preguntó Alex.

—Sí, Trasker me dio bastante.

—Muy bien. Gracias por estar disponible, Owen. ¿Volverás a embarcarte en el Lily?

—Sí, señor. Pero no sé qué haremos ahora que estamos en guerra.

—Tendré que comprobarlo, pero sospecho que seguiremos con las actividades habituales de algún modo. Aún no estás sin empleo, aunque dudo que volvamos a usar el Granville.

Cuando terminaron su cerveza, Alex se dirigió hacia Berkeley Square, aun debatiendo qué debía hacer. Quería oír de labios de Phoebe que no había sufrido ningún daño al participar en el plan de Marstone, y contarle lo que había descubierto sobre la familia de Brevare. Phoebe había sido una parte fundamental en el éxito de su misión, el hecho de que la nota señuelo no hubiese sacado todavía al traidor no era culpa suya. No sabía cuánto le había contado Marstone, y ella merecía saber que había tenido razón sobre la motivación de Brevare.

Alex vaciló en la entrada de Berkeley Square. No tenía ningún deseo de encontrarse con la comtesse o con Hélène, y si Phoebe estaba disfrutando de una temporada exitosa, una visita formal podría levantar algunas cejas. Lo mejor sería preguntar por ella en la

puerta de la cocina en vez de en la entrada principal. Solo intercambiaría unas palabras con Phoebe, se dijo, y después se marcharía.

Cuando se acercaba a la casa, escuchó gritos y risas provenientes de los jardines en el centro de la plaza y se detuvo a mirar. Un chico estaba haciendo un buen intento de jugar a los bolos con un hombre vestido con el uniforme de lacayo, y una sirvienta cercana fue enviada a recoger las bolas. Ella le parecía vagamente familiar.

Deslizándose por la puerta, se quedó observando durante unos minutos. Cuando una bola voló en su dirección, la chica trotó hacia él, deteniéndose con los ojos muy abiertos al verlo.

—¿Señor Westbrook? —dijo, con tono incierto—. Soy Ellie Denton, señor, de Ashmouth.

—Así que eres tú —dijo, sonriendo, reconociéndola de la posada de su padre—. Owen dijo que estabas disfrutando de Londres. ¿Está la señorita Deane en casa?

—No, señor. Ha salido a dar un paseo con ese marquesito. La señora está en casa, si desea verla.

—Creo que ese placer puede esperar —respondió él.

Ellie soltó una risita.

—Intentaré más tarde. Continúa, por favor —añadió, viendo que estaban atrayendo atención.

Recorrió lentamente el borde de los jardines, dirigiéndose al extremo sur de la plaza y la calle que conducía a Green Park. Su intención era visitar a Bella después, pero algo se le anudó en el estómago cuando Ellie mencionó que Phoebe estaba paseando con un marqués.

No debería haber sido una sorpresa que Phoebe estuviera cortejada. Una parte de él se alegraba por ella, pero se dio cuenta, con algo de autodesprecio, de que otra parte de él no se sentía nada feliz. Como pariente pobre, ella parecía casi al alcance de su mano. Una mujer que era cortejada por un marqués estaba muy por encima de él.

Un faetón de alto perchón entró en la plaza cuando se acercaba a la esquina. Era una elegante carroza deportiva con ruedas negras

adornadas en oro, que contrastaban extrañamente con un par de caballos comunes y desparejos que solo se podían describir como caminando con desgano. El conductor era un hombre alto vestido de negro, sentado junto a una dama con una pelisse verde esmeralda bellamente hecha, con cintas de bonete a juego.

Se detuvo abruptamente, su corazón acelerado, esa mujer tan elegante era Phoebe. Su boca se secó y le costó respirar al ver los rizos rojos enmarcando su rostro, la curva de sus labios. Lucía como una dama de alta sociedad, impresionante en su nueva ropa, pero había algo que faltaba. Su rostro no tenía el brillo que la hacía verdaderamente hermosa, y no había esa animación que había estado imaginando durante las últimas semanas. Su rostro estaba rígido, como si estuviera aguantando una irritación, una expresión que él había visto con frecuencia cuando estaba con su tía.

El faéton se detuvo frente a la residencia Calvac, y un sirviente saltó de la parte trasera y corrió a sujetar los caballos. El marqués descendió, luego le tendió la mano a Phoebe. Alex observó, apretando la mandíbula mientras ella tomaba el brazo del marqués para subir los escalones hacia la puerta, luego se giró hacia él. Detrás de ella, el mayordomo abrió la puerta, pero no hicieron ningún movimiento inmediato para entrar.

Alex frunció el ceño, mirando la manera rígida en que se sostenía y deseando poder oír lo que se decía mientras ella se despedía de su acompañante y entraba en la casa. Por mucho que él tuviera un rango alto, Phoebe no parecía muy impresionada con su acompañante.

El marqués giró bruscamente y volvió a subirse a su faéton. Al pasar frente a él, Alex notó el pliegue entre sus cejas, estaba descontento, o quizás confundido.

Su tristeza se disipó un poco. Tendría que esperar hasta poder hablar con ella, pero parecía que la ropa fina y los pretendientes aristocráticos no habían cambiado a la Phoebe que él conocía.

Continuó su camino. Si llamaba ahora, corría el riesgo de encontrarse con la comtesse, y no estaba de humor para ser educado con ella. Daría un paseo, luego entregaría la nota de Lady Marstone a Bella.

Phoebe pidió a Cookson que enviara una bandeja de té a su habitación y subió, aliviada de que Lord Harlford tuviera otro compromiso. En general, había sido una hora agradable, y no debería sentirse tan irritada porque él no hubiera querido que ella condujera el faéton por las calles. Esperaba que su despedida no hubiera parecido grosera.

El capitán Synton la había llevado a conducir dos veces, antes de tener que pasar más tiempo en la Oficina de Guerra. En esas ocasiones no había preguntado si podía conducir más allá de las puertas del parque: los caballos negros de Lord Carterton eran caballos caros, y ella no se sentía capaz de controlarlos en medio del ruido y las distracciones del tráfico. Los caballos de hoy no habrían sido un problema, pensó, irritada nuevamente al recordar cómo el marqués le había quitado las riendas sin una palabra de explicación o disculpa mientras se acercaban a las puertas en su regreso.

Por otro lado, la excursión había demostrado que Lord Harlford deseaba su compañía. Si aún estuviera tratando de vengarse de Hélène por su continua tardanza, no se habría molestado en darle una lección de conducción. Sonrió al recordar su sorpresa al ver que ella realmente sabía conducir, aunque los animales que había contratado no eran un gran desafío. No había aprendido nada nuevo hoy, pero había sido una práctica útil y una oportunidad para probar con caballos desconocidos.

Dejó la taza y encontró una página vacía en su cuaderno de bocetos. Su lápiz voló sobre el papel mientras dibujaba el faetón en una calle concurrida. Ella estaba al mando, en medio de un caos de carruajes, carros y vendedores ambulantes. Finalmente, con una sonrisa, agregó a Harlford sentado a su lado, encogiéndose con una mano tapándose los ojos. Probablemente estaba siendo algo injusta con el hombre, pero caricaturizarlo aliviaba el resto de su irritación.

Alex la habría dejado conducir por las calles, estaba segura. No, él la habría animado. Pero él no estaba allí. No había tenido noticias de él desde que llegó aquella breve nota, hace casi una semana ya.

Sacudiendo la cabeza, volvió a centrarse en Lord Harlford. Era uno de los hombres más elegibles del mercado matrimonial esta temporada, guapo, rico, según se decía, y solo unos pocos años

mayor que ella. Si tuviera algo de sentido común, lo estaría animando. Su tía y su prima nunca se lo perdonarían si recibiera una oferta de Harlford, pero eso no tendría por qué preocuparle una vez casada.

¿Cómo sería la vida como esposa de un aristócrata, tediosa, con una ronda continua de bailes y otras reuniones? No sería tan mala si él se interesara por la política y la dejara participar en discusiones como la de anoche en Marstone House, pero sus intereses no parecían ir en esa dirección.

No valía la pena tal especulación, se dijo con firmeza. Una lección de conducción no conducía a una propuesta de matrimonio. Tratando de cambiar de dirección en sus pensamientos, tomó la copia de *Derechos del Hombre* y comenzó a leer, anotando preguntas para hacerle a su tío más tarde.

Con gusto, dejó el libro a un lado cuando Ellie regresó para ayudarla a cambiarse para la noche, con la esperanza de que la visita al teatro aliviara su ánimo.

Ellie dispuso un vestido azul claro con una sobrefalda de un azul más profundo, adornada con un borde dorado. Mientras la doncella recogía el cabello de Phoebe, entrelazando una cinta dorada por entre la maraña de rizos, charlaba sin cesar, compartiendo los chismes y eventos del día.

—¿Sabías que el señor Westbrook vino hoy, señorita?

—¿Qué? ¿Cuándo? —Phoebe miró a Ellie por el espejo, sintiendo un extraño revoloteo en su estómago.

—Cuando usted estaba fuera con el marqués. Estábamos jugando al cricket en la plaza con el joven amo. Preguntó si estaba en casa, y dijo que volvería en otro momento.

—¿No dejó una tarjeta?

—No, señorita, no entró a la casa. Creo que no quería ver a Madame.

—Ah. Sí.

Ellie siguió charlando, pero Phoebe no prestó atención. Aunque llevaba semanas queriendo ver a Alex, la sensación de agitación en su estómago y la falta de aire la sorprendieron. Pero tal vez solo había ido para contarle lo que había descubierto sobre Brevare.

La conversación en la cena fue limitada. La comtesse logró advertir a Phoebe que no monopolizara la atención de Harlford antes de que el comte cambiara decididamente el tema a la obra que iban a ver.

—Oh, nadie va al teatro a ver la obra, Edouard —dijo la comtesse con desdén—. ¡Vamos a ser vistos!

—Puede que descubras que Harlford no comparte ese punto de vista —dijo el comte con suavidad—. Si deseas darle un disgusto a esta familia, por supuesto, ignora la obra y chismea en su lugar.

La comtesse miró su plato, con la boca apretada en una línea dura.

—¿Sabes quién más está invitado? —preguntó Hélène en el silencio resultante.

—Creo que Lord Tresham —respondió la comtesse—. Pero concéntrate en el marqués, querida, sería un mejor partido que un simple barón.

El comte negó con la cabeza y trató nuevamente de describir parte de la trama a su familia.

Capítulo 37

Phoebe se sintió complacida al descubrir que su tío había organizado para que el carruaje contratado las dejara un tiempo después de que las puertas del auditorio se abrieran, por lo que el vestíbulo no estaba tan abarrotado como podría haber estado. Sin embargo, todavía había multitudes de gente esperando para entrar al foso y a las galerías, y el ruido, el calor y los olores mezclados eran casi abrumadores. Caminó detrás de su tía y su prima, manteniéndose cerca del comte, con las altas plumas en el tocado de su tía sirviendo de faro para seguirlas.

Se relajó una vez que llegaron a la escalera, donde había menos gente y el movimiento era más fácil. Un lacayo que esperaba cerca de los palcos privados les mostró el camino. Lord Harlford y Lord Tresham ya habían llegado y les hicieron una reverencia en saludo.

Hélène escaneó el palco y miró hacia el escenario, con los labios curvados en una sonrisa feliz.

—Esta es una posición espléndida, mi lord —dijo, mirando el rostro del marqués—. Qué agradable que tenga un palco tan cerca del escenario.

—En realidad, es el palco de Tresham, Lady Hélène —respondió el marqués—. Por favor, ¿quiere tomar asiento?

La sonrisa de Hélène se desvaneció, Phoebe lo adivinó por el cumplido desperdiciado. Pero su prima se repuso rápidamente y se sentó en uno de los asientos en la parte delantera del palco.

—¿Miss Deane? —dijo Lord Harlford, señalando el asiento junto a Hélène—. Tendrás una vista mucho mejor de la obra desde los asientos del frente.

—Gracias, mi lord. —Al sentarse, vio que la mirada de Lord Harlford se dirigía a su tía.

—Yo me sentaré atrás —dijo la comtesse, antes de que Lord Harlford pudiera hablar—. ¿Por qué no se sienta junto a Hélène, mi lord?

Lord Tresham, de pie junto al marqués, hizo una reverencia y se movió al asiento vacío junto a Hélène. Phoebe reprimió una sonrisa al ver la rápida mueca que cruzó el rostro de su tía. Los labios de Lord Harlford se movieron ligeramente al tomar asiento junto a Phoebe, y lejos de resentir que Tresham hubiera usurpado el lugar junto a Hélène, parecía divertido con el juego de posiciones.

Lord Tresham dirigió varios comentarios a Hélène mientras esperaban que comenzara la función, pero recibió solo respuestas superficiales. Lord Harlford logró mantener una conversación con Phoebe que también incluía a su tío, sentado detrás de ellos. Ella escuchó con interés mientras discutían sobre los actores que estaban a punto de ver.

Cuando Antonio salió al escenario con su lamentación, quedó claro que la opinión del comte sobre Lord Harlford había sido correcta: él estaba en el teatro, así que miraría la obra.

Phoebe estaba fascinada con la representación. Portia, con su agudeza y su inteligencia, siempre había sido uno de sus personajes favoritos de Shakespeare al leer las obras, pero era mucho más disfrutable escuchar sus palabras dichas por una buena actriz.

Volvió al mundo real en el primer intermedio, cuando un lacayo entró con una bandeja cargada. Phoebe aceptó con gratitud un vaso de limonada.

—¿Qué le parece la obra? —preguntó Lord Harlford. Phoebe estaba a punto de responder, pero Hélène habló primero.

—Oh, es maravillosa, mi lord. Estoy tan contenta de que nos haya invitado.

Las cejas de Lord Harlford se alzaron.

—¿Qué personaje prefiere, Lady Hélène?

—Oh, el... um, Antonio es apuesto, ¿no? Quiero decir...

En lugar de sentirse irritada por el monopolio de Hélène sobre el marqués, Phoebe lo observó mientras escuchaba el parloteo de su prima. No parecía aburrido, pero tampoco estaba cautivado por los comentarios de ella.

—¿Qué hace *ese* hombre aquí? —La aguda pregunta de la comtesse interrumpió la conversación. Todos la miraron.

—¿Quién, querida? —dijo el comte.

—¡*Ese hombre* está en el palco de los Carterton! ¿Por qué Lord Carterton se asocia con alguien como él?

El estómago de Phoebe hizo los mismos saltos que había hecho esa tarde: la única persona a la que había oído referirse a su tía de esa manera era a Alex.

Siguió la mirada de su tía y vio a Bella sentada en uno de los palcos al otro lado del auditorio. El grupo de los Carterton debía haber llegado tarde, porque no los había notado antes de que comenzara la obra. Otra mujer estaba sentada junto a Bella y varios hombres estaban de pie detrás de ellas, eran difíciles de ver en la luz tenue hacia la parte trasera del palco. Se adelantaron nuevamente para tomar sus asientos cuando la función se reanudó, y el pulso de Phoebe se aceleró al ver que uno de los hombres era, efectivamente, Alex.

—Es el señor Westbrook, señor —dijo Phoebe a su tío en voz baja—. Creo que es conocido de los Carterton.

—¿El hombre que te acompañó de vuelta desde Francia?

—Sí, señor.

—Creo que debería agradecerle por su ayuda —dijo el comte—. ¿Podrías presentármelo durante el siguiente intermedio?

Phoebe asintió, tratando de concentrarse en el escenario, pero su mirada seguía deslizándose hacia el palco de los Carterton y no escuchó gran parte del diálogo. No había pensado que su próximo encuentro sería en un lugar tan público, pero se dijo a sí misma que un encuentro en el salón de su tía no habría sido mejor. Su estómago se apretó al preguntarse qué diría, y qué podría decir *él*.

Alex vio al grupo Calvac durante el primer acto, su atención inicialmente atraída por las altas plumas en el tocado de una mujer. Reconoció a la comtesse, luego dirigió su mirada a los demás en el palco. Incluso a esta distancia, Phoebe se veía maravillosa con tonos de azul intenso. Hélène estaba junto a ella, las dos flanqueadas por un par de hombres.

Alex se inclinó hacia adelante y habló con Bella.

—¿Puedo tomar prestados sus binoculares de ópera?

Ella lo miró con una ceja levantada, pero le entregó el tubo de joyas. Retrocediendo unos pasos para hacer sus acciones menos obvias, Alex lo puso ante sus ojos y enfocó el palco opuesto.

El hombre junto a Phoebe era el marqués con el que ella había conducido esa tarde. El hombre mayor sentado junto a la comtesse debía ser el comte; no reconoció al tercer hombre. Luego sucumbió a la tentación y dirigió los binoculares hacia Phoebe, aunque se sintió incómodo como si estuviera espiándola. Su mirada estaba fija en el escenario, y estaba absorbida en la obra. *Allí* estaba el brillo que había faltado esa tarde, una sonrisa de puro disfrute. Si esa sonrisa pudiera ser dirigida hacia él...

Cerrando bruscamente los binoculares, se los devolvió a Bella con un silencioso agradecimiento. Trató de mantener su atención en la obra, incómodo al ser consciente de las miradas interesadas de Bella hacia él.

En el primer intermedio, Lord Carterton y su amigo salieron del palco y Alex se deslizó en una silla junto a Bella.

—¿Quién es ese con los Calvac? —preguntó, intentando sonar indiferente.

—Harlford —respondió Bella, sin siquiera mirarlo—. El Marqués de Harlford, debería decir. —Levantó su copa y la enfocó—. Y Lord Tresham, solo es un barón, ese. Tresham está cortejando a Hélène, o al menos lo intenta. Hélène tiene la vista puesta en un rango más alto.

Alex miró hacia sus manos, evitando la mirada de Bella. Hélène podría tener la vista puesta en el marqués, pero había sido Phoebe quien había ido a dar un paseo con el hombre esa tarde.

—Harlford acaba de ser confirmado en su título —continuó Bella —. Imagino que su madre lo está animando a casarse y asegurar la sucesión.

Vio un giro de cabeza por el rabillo del ojo.

—Atractivo —prosiguió—. Rico también, según dicen, y no un mujeriego.

—Entonces Hélène será feliz con él —dijo Alex.

—Mmm, si puede conseguirlo. No era en Hélène en quien estaba pensando.

Bella tenía esa mirada curiosa que usualmente precedía a preguntas inquisitivas. Estuvo tentado de irse, pero excusarse solo daría pie a las preguntas que intentaba evitar.

—El siguiente acto está comenzando —dijo con alivio. Aunque mantenía los ojos en el escenario, no podía evitar que sus pensamientos se desviaran. El marqués sin duda sería un buen partido para Phoebe, si eso era lo que ella quería. Y si eso era lo que ella quería, entonces debería quererlo también para ella.

El acto se alargó interminablemente, mientras Alex tomaba la decisión de excusarse por algo de refrigerio en el siguiente intermedio; no iba a quedarse allí sometiéndose nuevamente a las bromas de Bella. Pero antes de irse, vio un movimiento en el palco opuesto. Tanto Phoebe como el comte miraron directamente hacia el palco de los Carterton antes de desaparecer por la puerta detrás de ellos.

En lugar de dirigirse a la sala de refrigerios, Alex esperó en el pasillo. Si Phoebe venía a ver a Bella, preferiría no estar allí. Si venía a verlo a él, era mucho mejor encontrarla sin los ojos curiosos de Bella sobre él.

Sintió cómo su corazón se aceleraba cuando la vio aparecer por el pasillo. Phoebe tenía una mano sobre el brazo de su tío y miraba las puertas de los palcos mientras las pasaba, en lugar de mirar al frente. Su cabello seguía siendo un revoltijo de rojo, pero ahora lo llevaba más suelto, con algunos rizos enmarcando su rostro. Los ricos colores de su vestido acentuaban su piel clara. Tragó saliva con dificultad.

—Miss Deane —dijo cuando se acercaron, sorprendido de que su voz sonara casi normal. La cabeza de Phoebe se giró rápidamente, y sus ojos se abrieron al verlo. Sonrió, y de repente no pudo respirar.

—Tío, ¿puedo presentarte al señor Westbrook? —dijo, con tono formal pero su sonrisa iluminando aún su rostro—. Señor Westbrook, mi tío, Monsieur le Comte de Calvac.

Alex hizo una reverencia, obligándose a concentrarse en lo que ella decía, y no en recordar esa despedida en una playa de Normandía.

—Westbrook, tenía que venir a agradecer... —El comte interrumpió cuando alguien lo empujó por el brazo—. ¿Vamos a la sala de refrigerios?

Phoebe siguió mientras Alex abría el camino, una curiosa combinación de felicidad y nerviosismo anudando sus entrañas. Él se veía bien; el ojo morado ya se había ido, y las líneas de cansancio alrededor de sus ojos ya no se notaban. Hubo una expresión fugaz cuando lo vio por primera vez: admiración, esperaba ella, pero no estaba segura. Su rostro ahora estaba vigilado, su sonrisa parecía forzada.

No había espacio para sentarse en la habitación abarrotada, y el bullicio de las voces dificultaba la conversación. Alex los guio hacia un rincón y, al hacer contacto visual con un camarero que pasaba, consiguió tres copas de champán. Los dos hombres se quedaron con la espalda al público, dándoles algo de privacidad.

Phoebe quería preguntarle a Alex si estaba bien, dónde había estado, pero ese no era el lugar.

—Debo agradecerle, muy sinceramente, señor Westbrook, por haber devuelto a mi familia a Inglaterra —dijo el comte.

—Ha sido un placer, monsieur —respondió Alex, con tono formal. Sonrió con sus palabras, pero era una sonrisa educada, de sociedad.

—Me pareció de lo más incómodo, por lo que Phoebe me contó.

Vio cómo algo de tensión en los hombros de Alex se relajaba al encontrar la mirada del hombre mayor.

—Tuvo sus momentos —dijo él.

¿Ese beso? Phoebe sintió el calor subiendo a sus mejillas.

—Sin embargo, me complace haber podido ser de ayuda. Y Miss Deane fue de gran ayuda en mi... en lo que intentaba hacer.

Los ojos de Alex se deslizaron brevemente hacia su rostro; debía estar preguntándose cuánto le había contado ella a su tío.

—Le pediría que vinieras a visitarnos —continuó el comte—. Pero me temo que hay algo de... —vaciló buscando la palabra adecuada.

—¿Antipatía? —sugirió Phoebe.

Los labios de Alex se comprimieron, como si estuviera escondiendo una sonrisa. La ansiedad de Phoebe comenzó a desvanecerse. Este seguía siendo el Alex que había llegado a conocer en Francia.

—Desafortunadamente, sí —dijo el comte—. Sin embargo, si hay alguna forma en la que pueda ser de ayuda, señor Westbrook, solo tiene que pedírmelo.

Alex echó un vistazo a Phoebe.

—Yo... eh, me gustaría preguntarle a Miss Deane cómo le fue en su viaje después de dejar Francia.

—Por supuesto —el comte hizo un gesto hacia ella. Hubo un momento de silencio.

—De forma privada, si no le molesta, señor —aclaró Alex.

Los dos hombres se miraron fijamente, luego el comte asintió.

—Muy bien. Tal vez le gustaría llevar a mi sobrina a dar un paseo por el parque, Westbrook. Si tiene nervios firmes, claro está. Parece que necesita que sus acompañantes le dejen tomar las riendas.

—Solo en el parque, tío. Lord Harlford es tan amable de protegerme de los peligros de conducir en el tráfico, incluso con el par de caballos suaves que me prestó esta tarde.

Ella pudo ver que ninguno de los dos hombres se dejó engañar por su tono modesto.

—¿Qué más ha conducido? —preguntó Alex.

—Los caballos negros de Lord Carterton —respondió ella—. Su primo, el capitán Synton, me dejó conducirlos en el parque algunas veces.

¿Había visto ella una mueca cuando mencionó al capitán?

—Pero ha tenido que estar en el Ministerio de Guerra, así que no he visto esos hermosos animales en más de una semana —añadió.

—¿Sería aceptable un paseo mañana por la mañana, Miss Deane? —preguntó Alex—. No es la hora de moda, por lo que debería estar tranquilo.

Y les permitiría hablar sin interrupciones.

—Gracias, sí. ¿Le vendría bien a las diez? Eso es antes de que mi tía baje normalmente.

Alex miró a su tío, y el comte inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

—Gracias, señor —dijo Alex—. Hasta mañana, Miss Deane. Hizo una rápida reverencia y una sonrisa incierta antes de unirse al flujo de gente que regresaba a sus palcos.

Phoebe exhaló un suspiro mientras lo veía irse. No estaba segura de qué pensar, pero al menos mañana tendrían algo de privacidad para hablar.

Capítulo 38

A la mañana siguiente, Phoebe estaba lista para su paseo con tiempo de sobra, vestida una vez más con su pelisse verde esmeralda. Cansada después de una noche mayormente sin sueño y sin poder concentrarse en leer nada, caminaba de un lado a otro en la biblioteca mientras esperaba la llegada de Alex.

Su estómago aún tenía esa sensación de cosquilleo de ayer mientras anticipaba el paseo bajo el sol primaveral. Alisándose la falda por décima vez, se dio cuenta de que el clima era irrelevante: no era la perspectiva de los montones de narcisos en el parque, ni siquiera la oportunidad de conducir de nuevo, lo que más esperaba. Pero también había ese pequeño temor de que quizás Alex realmente solo quisiera saber sobre su viaje de regreso a casa.

El reloj sobre la repisa del mantel empezó a tocar las diez, y ella caminó hacia la ventana, conteniendo la respiración al ver a Alex detenerse frente a la casa, con los mismos caballos negros en el mismo faetón en la que había conducido con el Capitán Synton. Un mozo que iba en el asiento junto a él saltó al suelo cuando el carruaje se detuvo. Tirándose los guantes, ella bajó rápidamente al primer piso y salió al cuadrado antes de que el mozo tuviera tiempo de golpear la puerta.

—Miss Deane —dijo Alex, mientras el mozo la ayudaba a subir y luego subía al escalón detrás de ella—. Se ve bien.

Su sonrisa parecía menos forzada esta mañana, más genuina, con esas arruguitas al lado de los ojos que aparecían cuando reía.

—Gracias, señor —respondió ella, su tono era menos formal que sus palabras. Estudió su rostro con rápidas miradas de reojo mientras él salía del cuadrado. A la luz del día, podía ver solo unas pocas cicatrices tenues y desvanecidas que marcaban los cortes que su rostro había recibido durante la pelea. —Me alegra que hayas regresado a salvo.

Él le echó un vistazo y luego volvió su atención al camino.

—Igualmente.

De repente, el silencio se volvió incómodo, y ella desvió la mirada hacia las calles que pasaban, sin querer hablar mientras el mozo estuviera presente. Tenía muchas cosas que quería averiguar, pero su opinión sobre el clima no era una de ellas.

Alex se detuvo cuando llegaron a Piccadilly, y el mozo bajó de su perchero detrás de ellos. Alex le dio una moneda.

—Encuéntrame al final de Rotten Row en una hora más o menos.

—Muy bien, señor —el mozo tocó su sombrero y se dirigió a la posada más cercana, sorteando carretas y carruajes.

—Apariencias —explicó Alex, cuando Phoebe lo miró con las cejas levantadas—. Por si alguien nos está observando.

—No puedo imaginar quién podría estar espiándome —dijo Phoebe, con una expresión de falso desconcierto, feliz de ver que él se relajaba y se reía.

Alex extendió las riendas hacia ella.

—¿Te gustaría conducirlos hasta el parque? Está a menos de una milla.

Sorprendida, y luego complacida, ella sonrió.

—¿De verdad me dejarías?

No solo le dejaría, sino que lo animaría, como había pensado ayer. Pero estos caballos estaban lejos de ser los animales lentos que Lord Harlford había alquilado, y la calle estaba bastante concurrida.

—Parecen... bastante... animados —añadió, de repente dudando de su capacidad para controlarlos en esta calle tan transitada—. Solo me has visto conduciendo ese equipo en Francia, y no eran los animales más difíciles.

—¿Un poco de práctica en el parque primero, entonces?

Ella asintió, apaciguando su sensación de alivio.

—Eso sería lo mejor. No quiero... quiero decir, Lord Carterton no lo disfrutaría...

Phoebe dejó que las palabras se desvanecieran al darse cuenta de que no tenía ni idea de cuál era la relación entre Alex y Lord Carterton. Debían ser al menos amigos, de lo contrario no habría podido pedir prestado el equipo y la phaeton de ese hombre.

—Como desees —dijo él, y comenzó a mover los caballos.

—¿De verdad me habrías dejado conducir? —volvió a preguntar ella.

—Si pensabas que podrías manejarlos, sí —él la miró, sonriendo, antes de volver a centrarse en el camino—. Me preguntaba si te gustaría conducir cuatro, pero lo único que Nick tiene preparado para eso es una pesada carreta de viaje.

Un calor cálido comenzó a formarse en su pecho ante su confianza en ella, o al menos, en su juicio sobre su propia habilidad.

—¿No estás demasiado decepcionada, supongo?

—No, no, claro que no. Yo... bueno, nadie más siquiera me ha sugerido que podría intentar conducir sus caballos por la calle, mucho menos manejar más de dos.

—¿Entonces pasé la prueba?

Divertida por la idea, se dio cuenta de que, en cierto modo, sí era una prueba. Ese tipo de confianza en su juicio era algo que ahora sabía que quería en un esposo. El pensamiento la hizo sonrojarse, y respiró profundamente. Él la había invitado a dar un paseo para hablar sobre lo que había sucedido con su mensaje, debería concentrarse en eso.

—Una prueba definitiva —dijo ella—. ¿Encontraste... es decir, conseguiste lo que buscabas después de dejarnos?

—Muy discreta —dijo él, con una rápida sonrisa que mostraba aprobación. No habló mientras giraba para entrar al parque, luego la miró—. No creo que nadie pueda oírnos aquí.

Mientras Alex describía las últimas semanas, Phoebe escuchaba atentamente, consciente de las partes que él omitía mientras explicaba lo que habían hecho, las decisiones que habían tomado. Ella había esperado solo unas pocas palabras, y se sintió halagada de que le diera tanto detalle.

—Tenías razón sobre que Brevare estaba siendo chantajeado —terminó, con una sonrisa dirigida a ella que la calentó por dentro. Brevemente, describió lo que la hermana de Brevare le había contado, y que ahora las dos mujeres estaban a salvo en Devonshire.

—¿Deberías contarme todo esto? —preguntó, preocupada de que Lord Marstone no lo apreciara.

—Probablemente no, pero estás involucrada. Y dejaste que Marstone te convenciera para tomar más riesgos, tomando la nota falsa.

—Yo me ofrecí —lo corrigió ella, siendo consciente de la ligera desaprobación en su tono—. No me pareció ni remotamente tan aterrador como aquella taberna en Granville.

—¿Por qué lo hiciste?

Recordó que él había parecido casi molesto cuando se despedían en la playa, ¿con ella o consigo mismo? No estaba segura. ¿Tal vez miedo por su seguridad? Ahora, sonaba más resignado, pero esta vez el peligro potencial ya había pasado, y ella no había sufrido daño.

—Nuestros planes no funcionaron del todo —dijo ella.

—Sí, Marstone me contó lo que sucedió —dijo Alex—. Entiendo la idea detrás de permitir que te robaran, pero Marstone podría haber encontrado alguna otra manera de entregar ese mensaje falso. No era necesario que te pusieras en peligro de nuevo, y él no tenía por qué haberlo aceptado.

—El riesgo era mío para asumirlo —dijo Phoebe, con la voz tensa—. Sabía las posibles consecuencias. Owen y dos de los hombres de Lord Marstone estaban cerca, por si hubiera llegado a ser algo más que un simple robo.

Maldita sea, la había ofendido, y no era eso lo que había querido. Detuvo los caballos y se giró para mirarla.

—Lo siento, Phoebe. No quise poner en duda tu juicio. Claramente lo pensaste bien antes.

—No sufrí daño —le recordó ella, su rostro suavizándose.

Él mantuvo la mirada en su rostro por un momento y luego hizo mover nuevamente los caballos.

—Nada de eso explica *por qué* te ofreciste a hacerlo —dijo él.

—Sentí que podía ser útil.

—No es un deseo que compartan muchas jóvenes —comentó él pensativo—. No era una crítica —añadió, echándole una mirada de

reojo—. No a ti, al menos. Pero sigo sintiendo que no debiste haberte involucrado en todo esto.

Excepto que nunca te habría conocido si tu tía hubiera sido una mujer sensata—eso no podía lamentarlo.

—Yo no me arrepiento —afirmó ella.

—¿De veras? ¿Después de todo lo que has pasado?

—Todo salió bien al final, y si no nos hubiéramos metido en problemas, probablemente seguiría siendo la parienta pobre.

—¿Sí? —¿De verdad había salido algo bueno de todo eso?

—Resulta que mi tío me daba una asignación desde que fui a vivir con ellos, y mi tía la había estado gastando en ella misma y en Hélène. Si no hubiera intentado impedir que fuera a eventos con Hélène, mi tío jamás lo habría descubierto.

—Bella dijo que estás disfrutando de tu temporada.

—Sí, gracias a ella, en gran parte. Me presentó a su modista, y eso marcó una gran diferencia.

Él volvió la cabeza, mirando primero la *pelisse* de Phoebe y luego su rostro. Era hermosa, pero su ropa era solo el toque final.

—Ciertamente es una mejora respecto al vestido naranja —dijo. No estaba seguro de que ella quisiera halagos de su parte, al menos no sobre su apariencia.

Sin confiar en sí mismo para decir más, miró a su alrededor. El parque estaba razonablemente vacío.

—Es hora de que conduzcas tú.

Le entregó las riendas y la observó mientras guiaba el coche por el camino. Intentó concentrarse en cómo manejaba las riendas y no en cómo su cabello se enroscaba alrededor de su rostro o en lo bien que su *pelisse* se ajustaba a las curvas de su cuerpo. O en cuánto había echado de menos hablar con ella, trabajar con ella.

Phoebe sintió la emoción del poder de los caballos bajo su mando mientras variaba el paso y los guiaba por las curvas del camino. Alex observaba sus manos, sin decir nada; ella no quería apartar la mirada del camino para ver qué estaba pensando. El capitán Synton y lord Harlford le habían dado instrucciones todo el tiempo mientras ella conducía, diciéndole que tirara o no de las

riendas, o que girara de otra manera. Le resultaba tan inquietante la cercanía de Alex como su silencio, y finalmente detuvo el carruaje.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Sí. Creo que has ganado confianza desde que condujiste en Francia.

—Estuviste muy callado —lo miró, preguntándose si hablaba en serio.

—No querría que me miraras como miraste a tu marqués ayer —dijo con una sonrisa.

—¿Me viste ayer?

—Estaba en la plaza cuando regresaste. ¿Qué hizo mal?

—Me trató como si aún estuviera en la escuela —tal vez fuera un poco injusta, pero así la había hecho sentir al final del paseo.

—¿Quieres practicar o quieres una verdadera lección?

Phoebe quiso preguntarle qué haría después, ¿Marstone lo enviaría de nuevo a Francia? ¿Lo volvería a ver después de esto? Estuvo a punto de preguntarlo directamente, pero no era asunto suyo, no realmente. Y temía un poco recibir una respuesta que no quería oír.

—Una lección, por favor —dijo.

—¿Qué quieres aprender?

—Me gustaría tener más confianza al conducir más rápido, pero también quisiera ser lo bastante buena como para conducir en las calles. Supongo que eso implica practicar pasando por espacios estrechos, ¿no?

Él asintió.

—Probemos primero la velocidad, mientras el parque sigue bastante vacío. ¿Qué te parece si conduzco un rato, te explico lo que hago, y luego lo intentas tú?

—Buena idea.

Lo escuchó con atención mientras él conducía tan rápido como era seguro hacia la zona más tranquila del parque, luego tomó varias curvas a buena velocidad. Le pasó las riendas y ella hizo lo mejor por imitarlo. Después de media hora, ya tomaba curvas cerradas con seguridad y pasaba más cerca de los obstáculos de lo que se habría atrevido el día anterior.

—Gracias, por enseñarme y por conseguir el faetón prestado —dijo al devolverle las riendas. Era muy consciente de que su placer en el ejercicio se debía más a la presencia de él a su lado que a lo que había aprendido.

—¿Ya tuviste suficiente? —preguntó él—. ¿Quieres llevarlos de vuelta?

—Me gustaría intentar conducir por la calle. ¿Podrías… te importaría conducir por el parque un rato para que pueda descansar los brazos primero?

Alex estaba impresionado por el progreso que ella había hecho en tan poco tiempo, enseñarle había sido tanto frustrante como placentero. Aprendía rápido, y había pasado la mayor parte de la hora deseando que volvieran a estar en aquel coche en Francia, con el frío como excusa para sentarse más cerca.

Ya se acercaban a la puerta donde había acordado recoger al mozo de lord Carterton cuando escucharon un grito a sus espaldas. Phoebe se giró para mirar y levantó la mano para saludar. Alex detuvo el faetón, y dos hombres a caballo se acercaron al trote.

—¡Joe! —dijo Phoebe, con una sonrisa luminosa—. Joe, este es el señor Westbrook, quien nos ayudó a salir de Francia. Alex, este es mi hermano, y su amigo, el teniente Marlow.

Joe acercó su montura al faetón *y* extendió la mano.

—Gracias, Westbrook. ¿Vi a Phoebe llevando las riendas?

—Así es —dijo Alex.

—Tomaste esa curva bastante rápido —le dijo Joe a Phoebe, señalando la última curva que había conducido ella en el parque—. ¡Valiente hombre, Westbrook! —añadió con una sonrisa.

—¡No seas odioso! —dijo Phoebe riendo—. ¡Ni siquiera cerró los ojos!

Alex sonrió, negando con la cabeza ante la idea de que hiciera falta.

—No podemos demorarnos —continuó Joe—. Tenemos una cita en el Almirantazgo. Westbrook, ¿puedo invitarte a cenar como muestra de agradecimiento? ¿Esta noche o mañana?

—Se supone que esta noche vas al baile de los Stanton con nosotras —dijo Phoebe, antes de que Alex pudiera responder—. ¡Y debes llegar a tiempo para el vals del banquete!

—Mañana estará bien, gracias —dijo Alex, divertido por la sonrisa resignada de Joe. Era bueno ver esa complicidad entre hermano y hermana, Phoebe tendría a un defensor en su hermano, pensó, en caso de que su tío le fallara.

Joe le dio su dirección a Alex antes de que los dos hombres se alejaran al trote, despidiéndose con la mano.

—¿Aún quieres conducir? —preguntó Alex, cuando ya habían recogido al mozo.

Ella asintió, mordiéndose el labio.

—Sí, por favor, pero no si es demasiada molestia…

—No te preocupes por eso —era lo menos que podía hacer.

—¿Me lo vas explicando? —pidió ella, así que él se mantuvo atento a posibles peligros, señalando en voz baja las cosas que ella quizá no había notado. Phoebe logró sortear coches de alquiler y carretas de mercancías en el tramo de Piccadilly antes de llegar al cruce con Berkeley Street, así que él le sugirió que siguiera para practicar un poco más. Giraron por Hay Market y luego regresaron por Pall Mall, y no fue sino hasta que estaban a punto de llegar de nuevo a Piccadilly que un perro ladrando asustó a los caballos y él tuvo que poner una mano sobre las riendas.

Recordó la forma en que ella había mirado al marqués y se disculpó.

Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio.

—No, hiciste bien. Podría haber perdido el control. Será mejor que tomes tú las riendas a partir de aquí. —Se las tendió.

—Lo hiciste muy bien hasta lo del perro —la tranquilizó—. De verdad —añadió, al ver su expresión de disgusto—. Hay mucho tráfico y estás cansada.

Phoebe se frotaba los brazos y flexionaba las manos mientras él conducía de regreso, intentando aliviar las punzadas en los músculos. Detuvo a los caballos al llegar a Berkeley Square y pidió al mozo que fuera a sujetarles la cabeza.

—Gracias —dijo Phoebe, sonriéndole—. Eres un buen maestro.

—No necesitas mucha instrucción —respondió Alex, reconfortado por su cumplido y su sonrisa. Saltó al suelo y luego la ayudó a bajar. Subieron juntos los escalones.

—Te invitaría a pasar, pero…

—¿Tu tía? —sugirió Alex al notar su vacilación.

—Me temo que no le gustaría —admitió Phoebe, con una sonrisa torcida. Luego sonrió de verdad, y a él se le cortó la respiración. No era nada parecido a la despedida en la playa de Francia, pero sintió el mismo impulso de besarla. Había sido imprudente entonces; ahora era imposible.

Con determinación, se giró y golpeó el llamador, luego se inclinó sobre su mano en una reverencia.

Alex subió las escaleras hasta sus habitaciones, respirando el leve olor a cera. Al entrar en la sala, fue evidente que su mujer de la limpieza había pasado mientras él conducía con Phoebe: la pila de periódicos que había tomado prestados de Marstone estaba ordenada con precisión sobre el borde de la mesa y el fuego preparado.

Colgó el sombrero y el abrigo en el perchero detrás de la puerta del dormitorio y encendió el fuego. La chaqueta y los calzones que había usado para ir al teatro la noche anterior colgaban del riel de la cortina, seguramente cepillados con esmero. La visión le trajo a la mente la conversación de Phoebe con su hermano en el parque: por primera vez, lamentó no tener acceso a eventos elegantes como el baile que ella había mencionado.

¿Estaría Phoebe esperando que él fuera? Lo había visto con los Carterton la noche anterior, y como había mencionado el baile en su presencia, quizá pensara que podía conseguir una invitación si no la tenía ya.

¿Querría ella siquiera que fuera? Egoístamente, él lo esperaba, aunque sería mejor que no, se dijo a sí mismo, así no interpretaría su ausencia como un desaire. Tal vez debería haber puesto alguna excusa… una cita previa… pero eso implicaría que podría asistir a otros eventos similares.

Porque sí quería verla de nuevo. Durante esas últimas semanas, a veces se había preguntado si su anhelo de estar con ella no sería simplemente el resultado de una soledad poco habitual, tras demasiados años de engaños, pero el encuentro de hoy había disipado por completo esa idea. Dejándose caer en una silla junto al fuego, contempló las llamas que empezaban a lamer el carbón.

Le vino a la mente un recuerdo del padre de Mary Helstone, algo en lo que no pensaba desde hacía años. Helstone se había enfurecido, ofendido de que alguien del nacimiento de Alex se hubiera atrevido a mirar a su hija, y había deseado en voz alta que los tiempos en los que se azotaba a los de clases inferiores no hubieran quedado atrás. Y Mary, después de todas sus declaraciones de amor, no lo había querido lo suficiente como para enfrentarse a su padre y a la sociedad. O no tuvo el valor de hacerlo.

Se frotó la cara con una mano. Ni siquiera recordaba por qué había pensado que estaba tan enamorado de ella… Aparte de su delicada belleza de muñeca de porcelana y un carácter dulce, Mary tenía poco que ofrecer. Ahora podía ver que se habría aburrido a los pocos meses. Phoebe, en cambio…

Irritado por la forma en que su mente no lograba dejar de pensar en ella, se puso de pie y agarró su abrigo. No podía salir nada de aquello, su origen sería aún menos aceptable para la familia de Phoebe de lo que había sido para los Helstone.

Debía tratar de olvidarla. Un poco de ejercicio quizá le ayudara a pensar en otra cosa que no fuera Phoebe, iría a las salas de esgrima. Y si eso no funcionaba… quizá simplemente se emborracharía.

Capítulo 39

Phoebe estaba de pie con la espalda apoyada en una columna en el borde del salón de baile de Lady Stanton, esperando a su compañero para el siguiente baile. El evento estaba concurrido, la sala sobrecalentada y llena de gente. No pudo evitar escanear la multitud, con la esperanza de ver a Alex, y tuvo que ocultar su decepción cada vez que una persona que llegaba tarde resultaba ser un desconocido. Hélène pasó junto a ella con Lord Harlford, con una sonrisa feliz en el rostro mientras encontraba la mirada de Phoebe.

Llegó su siguiente compañero, un joven algo regordete con la cara roja y brillante. Se secó la frente con un pañuelo, disculpándose profusamente por llegar tarde. Phoebe hizo todo lo posible por concentrarse y entablar una conversación, todo el tiempo deseando tener a Alex frente a ella en lugar de a este nervioso joven.

Su cotillón con Lord Harlford fue el siguiente, y se unieron al mismo grupo que Hélène y Lord Tresham. La sonrisa de Hélène desapareció al notar con quién estaba bailando Phoebe. Tal vez hubiera sentido algo de simpatía por su prima si pensara que a Hélène le importaba algo más que su riqueza y su título.

La conversación fue algo desorganizada debido a los movimientos de la danza, pero cuando intercambiaron las cortesías habituales, Lord Harlford mencionó haberla visto en el parque.

—Era una mañana agradable para dar un paseo —dijo Phoebe. Pensó que sería grosero decir que no lo había notado; la mayor parte del tiempo su atención había estado en Alex o en su conducción.

—No mucha gente sale a pasear tan temprano —continuó la próxima vez que la danza los unió. Su voz tenía una ligera nota de curiosidad: ¿estaba tratando de averiguar con quién había estado?

—Es más placentero cuando está tranquilo. Debe encontrarlo así también, ¿verdad, mi lord? —añadió ella.

—Yo... bueno, sí.

Podía ver en su expresión que no estaba satisfecho con su respuesta.

—Es mucho más fácil disfrutar de estar entre árboles y césped cuando no hay interrupciones de otras personas —prosiguió ella, intentando desviar la conversación. No tenía ningún deseo de hablar de Alex con él—. Es lo más parecido a estar en el campo.

—¿Prefiere el campo a la ciudad? —preguntó él.

—Oh, los bailes y cosas así son divertidos por un rato —dijo ella, satisfecha de que su táctica hubiera funcionado—. Disfruto visitando museos y asistiendo al teatro, pero echo de menos estar al aire libre. Los parques aquí son agradables, pero no es lo mismo.

—¿Ha vivido usted en el campo, entonces?

Phoebe estudió su expresión mientras la danza los separaba. Esta era la conversación más larga que habían tenido sobre algo que no fuera sobre globos o caballos, pero parecía estar genuinamente interesado en escuchar su respuesta. Cuando se emparejaron de nuevo, ella describió el campo de Hampshire donde creció.

Lord Harlford preguntó por sus padres, y aunque una ceja se levantó cuando ella explicó que su padre había sido un cirujano y boticario a la vez, su interés en sus descripciones no decayó. Luego, como la danza aún no había terminado, continuó hablando sobre el campo alrededor de Calvac. ¿Estaba hablando tanto como Hélène solía hacer? No tenía forma de saberlo, él era demasiado educado para mostrar cualquier aburrimiento que pudiera estar sintiendo.

—Gracias, señorita Deane —dijo cuando terminó el set—. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo mañana?

—Gracias, sí —respondió ella, esperando que no volviera a pedir prestados esos tranquilos caballos, pero antes de que pudiera pensar en una manera diplomática de decirlo, él le levantó la mano a los labios y se despidió.

Phoebe lo miró, sorprendida por su último gesto.

—¡Mi hermana, una futura marquesa! —dijo Joe detrás de ella, con una risa en su voz. Afortunadamente, Lord Harlford ya estaba fuera de su alcance.

—¡Nada de eso!

—¿Entonces todos besan tu mano, Fee? —preguntó, más seriamente.

—No, pero supongo que solo estaba siendo educado.

—Qué pena —dijo Joe con una sonrisa, luego la condujo al siguiente set. Habló sobre sus esperanzas de recibir otro destino pronto, y Phoebe le recordó que debía acompañar a su grupo para ver el HMS Antelope en Greenwich al día siguiente. Durante el set, ella vio a Lord Hilvern bailando con una joven matrona, su rostro florido cubierto de sudor. Sus ojos se encontraron con los de Phoebe mientras la danza los acercaba, y él frunció el ceño y rápidamente apartó la mirada. Se preguntó si todavía recordaba su conversación sobre las mujeres que aprenden idiomas.

Joe y Marlow se fueron después de la cena, pero Phoebe no carecía de compañeros. Estaba justo pensando que se lo estaba pasando bien a pesar de la ausencia de Alex cuando vio una figura familiar al otro lado del salón de baile. ¿Brevare?

Parecía completamente diferente con su elegante y colorida vestimenta, mirando a su alrededor mientras se movía entre los grupos de personas que hablaban en el borde de la sala. El compañero de Phoebe la condujo a una silla cerca de su tía, y ella abrió su abanico, agitándolo suavemente mientras lo mantenía entre su rostro y Brevare. Su corazón latía rápido al pensar que pudiera reconocerla y hablarle allí, a plena vista de los más exigentes de la alta sociedad. Con una historia tan potencialmente escandalosa que contar, podría hacer que toda la familia fuera rechazada si lo deseaba.

¿Debería ir a la sala de descanso de las damas? No, su movimiento podría llamar la atención sobre ella misma. Mientras agitaba suavemente el abanico, mantenía un ojo sigiloso sobre Brevare mientras recorría la sala, soltando un suspiro de alivio cuando su mirada se fijó en algo y comenzó a abrirse paso entre la multitud. Phoebe se tensó nuevamente al darse cuenta de que se dirigía hacia Hélène. ¿Qué querría de su prima?

—¿Señorita Deane? Este es nuestro baile, creo —sonó la voz impaciente de Lord Tresham. ¿Había necesitado hablar por segunda vez?

—Le ruego me disculpe, mi lord —dijo ella, levantándose—. ¡Me temo que mi mente estaba divagando!

—¿Se siente bien? —preguntó él, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Sí, gracias. Solo estaba pensando en un acertijo. Pero un baile me aclarará la cabeza.

—Muy bien —dijo él. Ofreció su brazo y se dirigieron hacia el lugar donde se estaba formando el set. Con algo de suerte, Brevare estaría ocupado con Hélène y no la notaría. Si aún la pensaba como sirvienta, no esperaría verla allí, lo cual ayudaría.

Logró evitar a Brevare el resto de la noche, y no se dijo mucho en el carruaje de regreso a casa, aunque la expresión de Hélène podría describirse como satisfecha. Phoebe se preguntaba qué querría Brevare, pero logró apartarlo de su mente por el momento. Sin duda, pronto lo sabría.

Phoebe no durmió bien esa noche; no era la aparición de Brevare lo que la mantenía despierta, sino el comentario superficial de Joe sobre las intenciones de Lord Harlford. Si Joe tenía razón, estaba a punto de hacer la captura de la temporada, ¡con su cabello rojo también!

En lugar de emoción, sentía un nudo de algo más parecido al destino en su estómago. El marqués era un hombre decente, educado y considerado, bailaba bien, y no podría pedir más en cuanto a riqueza y rango. También era una compañía agradable, aunque no muy conversador.

Pero no era el hombre en el que había estado pensando todos los días durante las últimas tres semanas. Ella y Alex se habían deslizado de nuevo en su manera fácil de hablarse hoy, casi como si no hubiera pasado el tiempo, pero luego se habían despedido con nada más que una despedida que bien podría haber recibido de un simple conocido.

Alex no había ido al baile de los Stanton, aunque había oído a Phoebe mencionarlo a Joe. Bella había estado allí, y si Alex hubiera querido ir, seguramente habría pedido a Bella que lo llevara.

Ese beso en Francia todavía podía sentir un eco leve de la forma en que la había afectado. ¿Había significado más para ella que para

él? Debía haber besado a muchas mujeres. Si algo le había impedido asistir al baile por otro compromiso, podría haberlo dicho.

Era irreal esperar que Alex sintiera lo mismo, se dijo a sí misma. Tenía que casarse con alguien; no podía esperar que su tío la mantuviera para siempre. Si Alex no correspondía sus sentimientos, y si Joe tenía razón, ¿podría poner a un lado sus propios deseos para casarse con el marqués? ¿Se lo debía a su tío aceptar?

Al bajar las escaleras la mañana siguiente, con los ojos pesados y cansados, pudo escuchar el parloteo emocionado de Georges desde el comedor, y las respuestas tranquilas de Miss Bryant.

Green estaba de servicio.

—Monsieur le Comte quiere verla en su estudio, señorita, antes del desayuno.

—Gracias, Green. Probablemente será algo sobre el viaje de hoy para ver la fragata.

Su tío levantó la vista al verla entrar.

—Buenos días, Phoebe.

—Buenos días, señor.

—Lord Harlford viene a hablar conmigo esta mañana.

Oh. No era por la fragata, entonces. Toda su ansiedad de la noche anterior volvió a ella.

—Sospecho que vendrá a pedirme permiso para cortejarla —continuó el conde.

No pensó que tendría que tomar esta decisión tan pronto.

—¿Está seguro de que es por mí por quien quiere preguntar?

—No, no estoy seguro. Su nota solo preguntaba si esta mañana sería conveniente para él hacer una visita. Si viene a preguntar por ti, ¿qué deseas que le diga?

Phoebe vaciló. No podía tomar esta decisión ahora, no sin una oportunidad para descubrir lo que Alex sentía por ella. Las palabras de su tío implicaban que él le permitiría elegir.

—¿Quiere que acepte, señor? Mejor estar segura de eso.

—Es una cuestión de lo que tú desees, Phoebe —dijo su tío, con expresión preocupada—. ¡No lo aceptes porque crea que quiero que te vayas! Tú eres familia, y puede hacer su hogar con nosotros todo el tiempo que necesite.

—Me gustaría casarme con alguien que... —Hizo una pausa, respirando hondo—. Mis padres se casaron por amor, señor. A mí también me gustaría hacerlo así.

—¿Tus padres fueron felices juntos? No los vi mucho después de casarse.

—Sí, muy felices, señor.

—Me alegra saberlo. —Su mirada se perdió por un momento, luego se frotó la frente con la mano—. ¿No quieres aceptarlo, Phoebe?

No, no lo quería. Pero tampoco quería explicar sus sentimientos por Alex.

—Creo que debería, señor. No es probable que reciba otra oferta de alguien tan... elegible. Pero... —No tenía objeciones reales a Lord Harlford, más allá de no ser el hombre que sí quería.

—¿No te gusta?

—No es que no me guste. No es fácil hablar con él, pero es todo lo que un caballero debe ser. Sin embargo, me gustaría algo más que eso en un matrimonio.

—Estoy seguro de que te sentirás más a gusto con él cuando lo conozcas mejor.

—Yo... sí, señor. Supongo que sí.

Los ojos del conde se entrecerraron mientras estudiaba su rostro. Phoebe apartó la mirada, consciente de que su tío era un observador astuto.

—¿Hay alguien más? —preguntó.

—Sí. Quiero decir, no. Hay alguien que me gusta más. Mucho más, pero no sé si él... si él siente lo mismo por mí. —Decirlo en voz alta le dio un nudo en la garganta.

La mirada del conde se volvió brevemente difusa, y no la presionó para que dijera quién era. Eso fue un alivio.

—Si este... otro hombre no corresponde a tus sentimientos, ¿consideraría a Harlford?

—Yo... sí, lo consideraría seriamente. —Su corazón se hundió. Sentía que incluso pensarlo estaba mal.

—Muy bien. Puede que quiera verme por otra cosa completamente diferente, por supuesto. Ahora, más vale que vayas

al desayuno. Sospecho que necesitará fuerzas para lidiar con el entusiasmo de mi hijo.

—Sí, señor —dijo Phoebe, logrando sonreír, y se dirigió hacia el sonido del parloteo emocionado.

***

Alex se sentó en la silla indicada, preguntándose por qué lo habían llamado al salón a encontrarse con el almirante Fenton. No pensaba que Fenton estuviera involucrado en las operaciones de Marstone, más allá de ayudar ocasionalmente a organizar el transporte de agentes.

—Fenton estaba mostrando a algunas personas una fragata hoy —dijo Marstone—. ¿Cómo fue, Fenton?

El almirante se rio.

—Muy entretenido. Mandé al joven Calvac con algunos oficiales de marinería, y uno de los tenientes estuvo libre para mostrarles la fragata a las damas.

Alex se enderezó en su silla al oír el nombre de Calvac. ¿Estaba Marstone tratando de involucrar a Phoebe en algo más?

—¿Damas? —preguntó Marstone.

—La señorita Deane preguntó si la institutriz del niño podría acompañarlas. Una tal señorita Bryant, creo que era. —Se rio—. Las pondría a ambas en la lista para los exámenes de tenientes si pudiera, son de lo más entretenidas.

—¿Cómo es eso?

—Ya había encontrado a uno de los tenientes antes —dijo Fenton—. Stanwick es un pequeño lord arrogante, cree que lo sabe todo. Empezó intentando impresionar a las jóvenes con explicaciones complicadas, pero la señorita Deane parecía saber ya bastante sobre aparejos y cosas por el estilo...

Alex se la imaginó interrogando a Trasker sobre el *Lily*, y sonrió a pesar de su creciente preocupación.

—...y la señorita Bryant tiene una mente técnica. No dejaba de preguntarle por qué, y persistía hasta obtener una explicación razonable. ¡Nunca había visto a un tipo tan avergonzado!

El conde soltó una carcajada.

—¿Por qué te interesa esto, Marstone? —preguntó Fenton.

Esa era una buena pregunta.

—De hecho, ¿por qué estaba la señorita Deane en tu cena? Es una invitada poco usual para ti.

Alex frunció el ceño, recordando la noche en que regresó de Devonshire y la mujer pelirroja saliendo de la casa. Al final había sido Phoebe. Apretó el vaso de brandy con más fuerza, Marstone definitivamente estaba tramando algo.

—Ciertamente —dijo Marstone—. Es una joven interesante, se metió en algunos problemas en Francia, pero parece haber salido bien parada.

—Mmm. —Fenton evidentemente pensaba que esta explicación era algo insuficiente, pero no insistió—. Hablé con el hermano mientras las mujeres recorrían la fragata. Es un tipo competente, algo desafortunado con su último barco, pero creo que llegará lejos.

—¿Lo patrocinarás?

—Creo que sí, sí. Por lo que dijo, el segundo teniente en la Galene también parece merecer algo de atención. Vamos a necesitar a todos los buenos hombres que podamos conseguir. —El almirante miró el reloj—. ¿Era todo lo que querías, Marstone?

—Sí, gracias por venir.

El almirante se levantó y se despidió.

Alex podía entender que Marstone se interesara por Phoebe, aunque no le gustara. El conde siempre había seleccionado a sus agentes en función de su aptitud, ignorando el rango, la riqueza y el género. Podía ver por qué Marstone quería saber cómo se había comportado Phoebe en la fragata. Lo que no entendía era por qué lo habían llamado para escuchar mientras el almirante describía la visita. Dejó su vaso sobre una mesa auxiliar y se levantó, evitando apretar los puños solo con un esfuerzo. No sería conveniente mostrar sus sentimientos.

—¿Qué quieres de la señorita Deane? —preguntó.

Marstone se recostó en su silla.

—Nada —dijo—. No por ahora.

—Ni en el futuro —dijo Alex—. ¿No se la ha puesto ya en suficiente peligro?

—No voy a obligarla a hacer nada. —Marstone tomó un sorbo de su brandy—. No chantajeo a las personas. ¿Cuál es tu interés en la señorita Deane?

No iba a explicar eso.

—Una preocupación natural por la seguridad de cualquiera que se involucre en tus... tus conspiraciones.

—Estoy seguro de que la señorita Deane puede tomar sus propias decisiones. —Marstone se levantó, dejando su vaso sobre la mesa—. Es hora de que tú y Kellet terminen sus notas. Hay más trabajo que hacer en los próximos días. Nos veremos por eso mañana por la mañana.

Alex regresó a la biblioteca y a los papeles en los que había estado trabajando con Kellet. No había planeado quedarse en Londres, pero tal vez debería. No pensaba que Marstone fuera a poner deliberadamente a Phoebe en peligro, pero tenía que asegurarse.

Capítulo 40

El día después de la visita al *HMS Antelope,* Phoebe entró a la biblioteca con algo de aprensión. Su tío había estado fuera cuando regresaron de ver la fragata, por lo que aún no había tenido la oportunidad de averiguar qué, o quién, había querido el marqués.

—Buenos días, Phoebe —dijo el conde—. No estoy seguro de si pensarás que tengo buenas o malas noticias para ti.

—¿Lord Harlford? Al menos iba directo al grano.

—Así es. Siéntate, por favor.

Phoebe se sentó, tratando de no apretar las manos.

—Como sospechaba, vino a preguntarme por ti. Dijo que deseaba cortejarte, con la intención de pedir tu mano si continúan llevándose bien. Le di mi permiso, Phoebe...

¿Cómo no hacerlo?

—...pero eso no significa que espere que lo aceptes si él lo pide.

—Gracias, señor. —Las manos de Phoebe soltaron algo de tensión. No era una propuesta inmediata, entonces, pero aún tendría que tomar una decisión difícil pronto.

Si tan solo Alex hubiera vuelto a llamarla, o incluso hubiera hecho algún arreglo para que se encontraran. Podría haber averiguado si sentía algo más que amistad por ella.

—Phoebe...

Ella volvió a centrar su atención en su tío.

—¿Señor?

—Esto no será un secreto si Harlford llega a hacer una proposición, pero hasta entonces sería mejor no mencionar su visita. Afortunadamente, tu tía y Hélène no estaban en casa cuando él vino.

—No diré nada, señor. —Ay, imagine el alboroto si su tía se enterara. Cerró los ojos por un momento.

—Exactamente —dijo el conde—. Ahora, antes de comenzar con nuestra discusión histórica, quería preguntarte sobre el Vicomte de Brevare. También vino ayer.

—¿Qué quería?

—Preguntó por Hélène y tu tía, presentando sus respetos.

—¿Ha estado fuera de Londres? Ya casi ha pasado un mes desde que regresamos.

Ella y Alex habían especulado que Brevare volvería a Francia a buscar a su familia, pero sería útil confirmar eso.

—No lo dijo. —El conde la miró a los ojos—. Parecía sorprendido cuando le agradecí por ayudar a traer a mi esposa, hija y sobrina a casa de manera segura. —Inclinó ligeramente la cabeza, claramente esperando un comentario de su parte.

—¿Sorprendido de que le agradeciera? —No quería tener que dar más detalles de su engaño si podía evitarlo.

—No. —Su tío negó con la cabeza—. Después de aceptar mi agradecimiento con gran cortesía, como si él hubiera sido el único responsable de ayudarles, expresó sorpresa de que mencionara que tú eres mi sobrina.

—Pensó que era una sirvienta —explicó ella.

El conde levantó una ceja.

—¿No corregiste ese error?

—No, señor.

—Esto está relacionado con ese asunto de Marstone, supongo —dijo con resignación—. No importa. Ahora, ¿cómo va tu lectura? ¿Qué discutiremos esta mañana?

Una hora después, Phoebe fue a su habitación, el día estaba bonito y le apetecía llevar su cuaderno de dibujos al jardín de la plaza. Un paquete envuelto en papel marrón estaba sobre el cofre.

No tenía nombre ni dirección, y era pesado. Intrigada, desató el cordón. Dentro del papel envolvente había un estuche de cuero rectangular. Al levantar la tapa, vio dos pistolas, cada una en su propio compartimiento. Las empuñaduras eran de madera pulida, con solo un pequeño grabado ornamental en los cañones de metal.

Con el corazón acelerado, buscó dentro de la caja alguna nota o carta; solo podía pensar en una persona que pudiera haberle enviado las pistolas. Un manojo de papeles estaba metido en un compartimento en la parte trasera del estuche; entre las

instrucciones para cargar y limpiar las pistolas, encontró una nota escrita con la letra de Alex.

> *Espero que nunca necesites usarlas, pero no sirven de nada si se quedan descargadas en su estuche. En una emergencia, rara vez hay tiempo para recargar, así que haz que cada disparo cuente. Recuerda que una pistola no se dispara al instante, así que mantenla firme mientras aprietas el gatillo.*
> *AW*

Se quedó mirando la nota, sus sentimientos encontrados parecían congelarle el cerebro. Él había pensado en ella lo suficiente como para hacerle un regalo, pero la nota era impersonal. El gesto era el de un amigo, nada más.

Incapaz de admitir lo que eso podía implicar, sacó una de las pistolas del estuche, sosteniéndola como si estuviera a punto de disparar. Era mucho más pequeña que la pistola que casi había usado en Francia.

¿Qué más había allí dentro? Un frasco sellado debía de ser para la pólvora; por el peso, supo que estaba lleno. Otro paquete contenía una docena de balas y algunos parches de cuero, y había unas herramientas de formas extrañas y unas cuantas piedras de chispa de repuesto.

Había pensado que el asunto con Lord Marstone había terminado… ¿Qué sabía Alex que ella no? ¿Estaba ese regalo relacionado con el regreso de Brevare?

Lord Harlford no llegaría en varias horas, así que tenía tiempo para familiarizarse con las pistolas. Dibujar podía esperar. Desplegó las instrucciones y las leyó con atención, luego fue a cerrar con llave la puerta. Le contaría a Ellie que las tenía, ya que la doncella probablemente las encontraría de todos modos, pero no sería conveniente que alguien más en la casa la viera intentando cargarlas. Quizá podría convencer a Joe de llevarla a algún lugar tranquilo donde pudiera practicar los disparos.

Manipular esas armas la hacía sentir conectada con Alex, pero no era sensato aferrarse a eso. El tiempo lo diría, pero a pesar de lo

feliz que se había sentido en su compañía dos días atrás, y de la impresión de que él sentía lo mismo, había algo muy definitivo en esa nota tan impersonal.

Phoebe escondió el estuche de pistolas al fondo de un cajón cuando llegó la hora de su paseo con Lord Harlford. Una de ellas cabía justo en su bolsillo, pero no podía imaginar que llegaría a necesitarla estando con el marqués. La llovizna de la mañana había cesado y entre las nubes empezaban a asomar claros de cielo azul.

A pesar del buen tiempo, la sensación de vacío provocada por la nota de Alex persistía. Esperaba que el marqués no declarara sus intenciones ese día, necesitaba más tiempo para aceptar que una vida con Alex quizá ya no era una posibilidad.

Solo han pasado dos días desde que lo viste, se recordó a sí misma, *y probablemente esté ocupado con los asuntos de Marstone.* Mientras Ellie le arreglaba el cabello, Phoebe decidió sacar esos pensamientos de su mente y disfrutar de la tarde.

Ellie le puso el abrigo y los guantes, y luego carraspeó.

—¿Puedo retirarme, señorita? El joven amo quiere que alguien le busque sus pelotas de críquet.

—Sí, claro.

Como ya estaba lista, en lugar de esperar en el salón o la biblioteca, Phoebe salió tras Ellie hacia la plaza. Sonrió al recordar su primer encuentro con el marqués allí, para alguien tan serio y formal, no se había quejado al casi recibir un pelotazo de críquet. Alzó el rostro al sol, disfrutando del calor sobre su piel.

Lord Harlford llegó puntual, como siempre, e hizo una reverencia al saludarla, luego la ayudó a subir al carruaje. Como en ocasiones anteriores, Phoebe guardó silencio mientras él guiaba a sus caballos grises por las calles atestadas, pero esta vez el silencio le pareció incómodo.

—Acompañé a mi primo—Georges, quiero decir—a ver el HMS *Antelope* ayer —dijo, queriendo mantener la conversación en temas impersonales—. Fue muy interesante ver el tipo de barco en el que ha estado sirviendo mi hermano.

Él pareció sorprendido, pero ella se alegró de que no hiciera ningún comentario sobre que una visita así no fuera apropiada para una dama. Conversaron sin dificultad, Phoebe recurriendo tanto a observaciones propias como a cosas que Joe le había contado. Al pasar por la verja del parque, el marqués redujo la velocidad para saludar a conocidos, pero no se detuvo a hablar. Detuvo el carruaje cuando llegaron a una zona más tranquila del camino, y se volvió hacia Phoebe.

—Señorita Deane, dijo usted en nuestro primer paseo que le gustaría guiar a mis grises.

Phoebe lo miró, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, pero él continuó antes de que pudiera responder.

—Ahora está relativamente tranquilo. ¿Le gustaría tomar las riendas para dar una vuelta por el parque?

¿De verdad le estaba ofreciendo conducir a sus grises?

—¿Señorita Deane?

—Yo… sí, gracias. —Le echó una mirada, aún dudosa—. ¿Está seguro, mi lord?

—Parecía manejar bien las riendas cuando la vi aquí hace unos días.

Phoebe sonrió, más complacida con ese cumplido que con cualquier otro que hubiera recibido sobre su aspecto. Hoy iría mucho más despacio, que le dieran la oportunidad de guiar esa pareja de caballos ya era un honor en sí mismo.

Otro carruaje pasó junto a ellos cuando Lord Harlford le entregó las riendas. Phoebe, concentrada en sujetarlas correctamente, apenas notó que el otro vehículo aminoraba la marcha un momento antes de que el hombre que lo conducía hiciera restallar su látigo para acelerar a los caballos.

—Algunas personas no saben decidirse —murmuró Lord Harlford, mirando en dirección al carruaje.

Los grises respondían al más leve tirón de las riendas y se movían con una facilidad elegante. Phoebe los mantuvo al trote, disminuyendo la velocidad con suficiente antelación antes de alcanzar otros carruajes o las curvas, muy consciente de la altura adicional de ese vehículo. Dio una vuelta completa al parque antes

de detenerse. Nadie desde los carruajes que pasaban se dirigió a Lord Harlford, lo que le permitió concentrarse plenamente en la conducción.

—Gracias, mi lord, son realmente una pareja espléndida.

Le habría encantado ver cuán rápido podían ir, pero aunque él se lo permitiera, Hyde Park por la tarde no era el lugar adecuado para intentarlo.

Su sonrisa respondió a la de ella cuando retomó las riendas. Si sintió alivio por haber recuperado su equipo sin daño alguno, no lo mostró.

—¿Le gustaría conducirlos otra vez? Podría pasar en unos días.

—Eso sería encantador, gracias.

Y ahora tendría algo de tiempo para pensar qué decir si él llegaba a pedirle matrimonio.

Él giró a los caballos hacia la salida del parque, aminorando de nuevo el paso cuando Lord Tresham lo saludó.

—Buenas tardes, Harlford. Señorita Deane.

Lord Tresham no le devolvió la sonrisa. Aunque era uno de los admiradores de Hélène, siempre había sido amable con ella, aunque de manera discreta. ¿Pasaba algo?

—No puedo detenerme, Harlford —dijo Lord Tresham—. Solo quería saber si irás a Brooks más tarde.

—Tenía intención de hacerlo, sí.

Tresham asintió brevemente y se alejó al galope sin decir una palabra más. Phoebe y el marqués lo siguieron con la mirada, luego se miraron entre sí.

—La llevaré a casa, señorita Deane —dijo el marqués, con desconcierto evidente en el rostro—. El mundo parece algo trastocado hoy.

Hablaron poco en el trayecto de regreso, y como a Lord Harlford no le gustaba dejar a sus caballos esperando, no la acompañó a tomar un refrigerio. Se despidió con una reverencia sobre su mano, repitiendo su promesa de volver a pasar pronto.

Cookson le tomó la capa y el sombrero, y le informó que el resto de la familia estaba fuera. Phoebe decidió leer en la biblioteca,

pero una vez allí, se quedó de pie junto a la ventana, mirando hacia la plaza.

Qué diferente era el marqués del hombre que había conocido al principio: aquel que ni siquiera la veía cuando Hélène estaba presente. Aún había momentos en que la conversación con él resultaba forzada, pero claramente se estaba ablandando. Y hoy había confiado en ella lo suficiente como para dejarle conducir a sus grises… ¿sería eso significativo?

Había disfrutado de la tarde, pero no había sentido la misma emoción al manejar los caballos que cuando conducía con Alex, esa sensación de disfrute compartido o de cercanía.

Si Lord Harlford llegaba a proponerle matrimonio, una unión basada en el respeto mutuo y, posiblemente, en la amistad podría funcionar. Pero ella había esperado un matrimonio lleno de amor, como el que habían tenido sus padres. Podría pedirle un tiempo para pensarlo y, si Alex no volvía a aparecer, preguntarle a Bella dónde estaba.

Al oír la voz de su tía, se preguntó si podría excusarse de asistir al baile de esta noche. Una velada haciendo conversación educada en una sala abarrotada y sofocante no resultaba especialmente atractiva en el mejor de los casos, y mucho menos ahora que su mente estaba ocupada en pensar en su futuro.

Capítulo 41

Alex se recostó en su silla y estiró los brazos. Había pasado la mayor parte del día encerrado en el despacho de Kellet, revisando listas de contactos y debatiendo posibles opciones. Algunas de las personas en la lista podrían no estar dispuestas a colaborar ahora que Francia estaba en guerra con Gran Bretaña, y él se había esforzado en recordar cuáles eran sus diferentes motivaciones. El hecho de que su mente se desviara constantemente hacia una imagen de Phoebe no ayudaba en absoluto.

—¿Estas listas se van a guardar aquí? —preguntó Alex, dando golpecitos con el dedo sobre el montón de notas.

—Sí. Lord Marstone ha trasladado aquí todos los detalles de sus propios reclutas. Incluso si descubrimos a nuestro traidor, creo que no volverá a confiar esa información a nadie fuera de su control directo.

Alex asintió; no esperaba menos, pero aun así sentía cierto grado de responsabilidad personal por las personas que él mismo había reclutado. Por desgracia, eso podía incluir a Phoebe. No lograba deshacerse de la sensación de que Marstone planeaba utilizarla de algún modo.

—¿Quieres salir a tomar una cerveza? —preguntó, poniéndose de pie. La perspectiva de pasar la noche solo en su alojamiento no le resultaba atractiva. Sabía que no lograría concentrarse en un libro, eso seguro.

—¿Por qué no?

Alex se apoyó en la pared de una sala en el piso superior de la taberna Queen's Head, con una jarra medio vacía de cerveza en la mano. Un grupo de hombres de negocios y jóvenes de sociedad ebrios se había reunido en torno a una mesa, jugando a los dados en una ruidosa partida de *hazard*. Había entrado ahí con Kellet, curioso por el alboroto, y se habían quedado a observar por un rato.

Grandes sumas de dinero cambiaban de manos, principalmente perdidas por los jóvenes elegantes, que estaban visiblemente ebrios.

—¿Otra? —preguntó Kellet, señalando la jarra de Alex.

—¿Por qué no? Yo las traigo. —Salió al descansillo en busca de un camarero. Tuvo que bajar un piso, donde hizo el pedido. Antes de poder regresar a la sala de juego, se encontró con Kellet bajando las escaleras, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido.

—¿Qué…? ¿Pasa algo?

Kellet le tomó del brazo y lo giró, empujándolo escaleras abajo.

—Espérame afuera, ¿quieres? No tardo más de cinco o diez minutos.

—¿Qué está pasando, Kellet?

—Te lo diré luego. Solo ve.

—Está lloviendo —protestó Alex.

—Entonces espera en la sala principal —dijo Kellet.

—Oh, está bien. —Alex se soltó del brazo que lo sujetaba y observó a Kellet apresurarse de nuevo escaleras arriba. La sala estaba abarrotada, pero se abrió paso a codazos. El camarero lo encontró allí y le entregó dos jarras con una expresión de fastidio por las molestias.

Kellet tardó solo diez minutos. Tomó ambas jarras de manos de Alex y las dejó sobre una mesa cercana.

—Ven afuera.

Alex lo siguió sin decir una palabra. Kellet no era un hombre dado al dramatismo; claramente algo iba mal. Ya en la calle, Kellet lo llevó hasta el umbral de una tienda, donde podían resguardarse de la lluvia.

—Estaba escuchando chismes —dijo—. Sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sobre ti y la señorita Deane.

—¿Qué se dijo exactamente? —preguntó Alex, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón. Llevaba días medio esperando algo así desde que Phoebe le contó que Brevare había vuelto a Londres.

Kellet negó con la cabeza.

—Ya te imaginas. Conducta impropia para una señorita, digamos.

—¿Quién fue? Voy a encargarme de...

—No. Solo atraerás más atención al asunto. —La mano de Kellet se aferró a su brazo, y Alex respiró hondo, los músculos rígidos mientras luchaba contra el impulso de responder a los rumores con los puños. Kellet tenía razón, por supuesto. Y también había hecho bien en sacarlo de la sala antes de que escuchara por sí mismo lo que se decía. Su ira probablemente habría superado su juicio.

—Vete a casa —dijo Kellet—. Yo iré a escuchar en otros sitios y te cuento.

Con los puños todavía apretados, Alex se obligó a hacer lo que Kellet le recomendaba.

Una hora después, Alex se sirvió otra taza del café que mantenía caliente junto al fuego, y sirvió una para Kellet. Dudaba poder hacer algo esa noche, pero por más tentadora que fuera la idea de emborracharse hasta perder el sentido, no ayudaría en nada.

—¿Y bien?

—Los mismos rumores en otros lugares, pero solo en tabernas cerca de los clubes de caballeros —dijo Kellet, sin rodeos. Al igual que él, Kellet no tenía acceso a los establecimientos de clase alta—. Básicamente, que te aprovechaste de la señorita Deane… o que ella se ofreció voluntariamente, a cambio de que los sacaras a todos de Francia.

Alex asintió, controlando el impulso de soltar una maldición.

—Mañana los rumores se habrán extendido aún más —añadió Kellet—. Le informaré a Marstone de lo que he escuchado.

—¿Esto viene de Marstone, Kellet?

—¿Por qué difundiría él tal historia? —preguntó Kellet, con genuina sorpresa en el rostro.

—No que la haya difundido, sino que haya hecho algo que provocara que alguien más lo hiciera…

El ceño de Kellet se frunció mientras pensaba.

—La nota señuelo se entregó hace semanas —señaló—. No puede ser resultado de eso. Sin embargo, Lord Marstone sí mencionó que Brevare fue visto en Londres en los últimos días.

Alex se frotó la cara. No sabía por qué Brevare acusaría a Phoebe de conducta licenciosa, pero los chismes eran mucho más probables por su causa que por la de Marstone.

Esa noche no podía hacer nada. Vería a Marstone por la mañana, pero primero a Bella, ella sería de más ayuda para apoyar a Phoebe si los rumores se habían extendido más allá de los clubes de caballeros.

* * *

Phoebe suspiró cuando el coche de alquiler se detuvo frente a la casa de los Brotherton en Hanover Square. La condesa había insistido en que Phoebe la acompañara en una visita social, así que ya se había resignado a pasar media hora de aburrimiento. Al menos su tía había accedido a que pudiera regresar a casa con Ellie después, en vez de tener que quedarse durante la cita con Mademoiselle Laurent.

La condesa y Hélène bajaron primero, enviando a Ellie a tocar la puerta. Phoebe palpó su monedero en el bolsillo y pagó al cochero, mientras oía que el mayordomo de los Brotherton decía algo que no alcanzó a entender. El hombre se mantenía en medio del umbral, sin moverse a un lado para dejarles pasar.

—¡Disparates! —la voz de la condesa sonó fuerte, demasiado fuerte para una calle pública—. Por supuesto que está en casa; quedamos en vernos hoy. ¡Apártese, hombre!

El mayordomo no se movió, con su rostro impasible. Con un nudo creciente en el estómago, Phoebe recordó el comportamiento extraño de Lord Tresham el día anterior.

—Debo decir, mi señora, que Lady Brotherton no está en casa para usted. Buenos días.

Se echó hacia atrás con rapidez y les cerró la puerta en las narices.

—¡Bueno! —los labios de la condesa se comprimieron—. Tú, muchacha —dijo a Ellie—. Consigue otro coche. Iremos directamente a ver a Mademoiselle Laurent.

—Tía, quizás sería prudente volver a casa hasta que sepas por qué Lady Brotherton…

—Tonterías, Phoebe —la interrumpió la condesa—. ¿Solo por un malentendido? Lady Brotherton no debería emplear a sirvientes tan insolentes.

Ellie no tardó en volver con otro coche. Afuera de la tienda de la modista, Phoebe fue nuevamente la encargada de pagar. Cuando entró tras su tía y su prima, las encontró detenidas en la entrada del salón principal, con el paso bloqueado por una de las asistentes de Mademoiselle Laurent.

La sensación de plomo en el estómago se intensificó. Algo iba definitivamente mal.

—Pero tenemos una cita en media hora —protestó la condesa.

—Lo siento, mi señora —dijo la asistente—. Mademoiselle Laurent ha tenido que cancelar su cita de hoy.

Sus ojos se deslizaron de la condesa a Phoebe, y una comisura de su boca se alzó en una mueca burlona.

—¿Desea entonces que lleve mi negocio a otro lado?

Más allá de la doncella, varias mujeres estaban sentadas en los sofás, tomando té mientras miraban libros de modelos y láminas de moda. A medida que la condesa protestaba, se cerraron los libros y varias cabezas se giraron hacia ellas.

Deberían marcharse ya, antes de que la condesa se humillara aún más, pero Phoebe sabía que su tía rechazaría cualquier sugerencia que viniera de ella. Hélène estaba detrás de su madre, con la mirada fija en el suelo.

—Deberíamos irnos ya —dijo Phoebe a su prima en voz baja. Cuando Hélène la miró, tenía los ojos llenos de lágrimas. Asintiendo en silencio, tocó el brazo de su madre.

Phoebe salió con Ellie a buscar otro coche de alquiler, temiendo el inevitable enfrentamiento al llegar a casa.

Phoebe caminó detrás mientras la condesa irrumpía en la casa, casi atropellando a Cookson al empujarlo mientras preguntaba a gritos dónde estaba el conde.

—En la biblioteca, mi señora. ¿Desea que le avise…?

Cookson se quedó en silencio cuando la condesa avanzó a zancadas hacia la biblioteca y abrió la puerta con tanta fuerza que

esta chocó contra la pared. El conde, sobresaltado, levantó la vista desde su sillón y se puso de pie al ver a su esposa plantarse frente a él.

—Exijo que la eches. Ahora.

—Ven, siéntate, querida, y…

—¡Ahora! —Su voz se elevó hasta convertirse en un chillido—. Me han negado la entrada a la casa de los Brotherton y a la de Mademoiselle Laurent, ¡y me han hecho un desprecio directo!

—Querida…

—¡Todo es culpa de ella! —La condesa señaló con el dedo a Phoebe, que aún permanecía cerca de la puerta junto a Hélène, ambas paralizadas por la furia que presenciaban—. Oí su nombre varias veces en casa de Mademoiselle Laurent.

Debió de ser después de que salió a buscar el coche.

—¡Te lo dije, Eduoard!

—Lavinia, cálmate, por favor —el conde la miró con impotencia y les hizo señas a las chicas para que salieran.

Phoebe se volvió y condujo a Hélène al vestíbulo. La puerta tapizada que conducía al área de los sirvientes se balanceaba suavemente, y Phoebe se preguntó cuántos del personal habrían estado escuchando. La voz de su tía seguía oyéndose, aunque la puerta de la biblioteca ya estaba cerrada.

Hélène lloraba y estaba al borde de un ataque de nervios.

—Nos quitarán los vales de Almack's —gimió—. ¡Nunca haré un buen matrimonio ahora!

Phoebe también se sentía algo mareada y respiró hondo un par de veces para calmar el estómago.

—Pide a alguien que traiga un frasco de vinagre aromático, Cookson, por favor —le dijo al mayordomo que aguardaba—. No estamos en casa para recibir visitas.

—Por supuesto, señorita.

Los ruidos de la biblioteca se habían calmado. Phoebe podía oír el tono bajo de la voz de su tío, aunque no sus palabras. Condujo a Hélène, que ahora sollozaba en un pañuelo, al salón del primer piso.

Esperando en tenso silencio a ser llamadas de nuevo, Phoebe intentó no pensar en las consecuencias. Cualquiera que fuera la

tristeza que había sentido el día anterior, esto era mucho peor. Al menos entonces tenía la posibilidad de un matrimonio. Ahora, con la familia en desgracia, parecía que incluso eso podía negársele. Si ella era el tema de los rumores que circulaban, estaba bastante segura de que su tío seguiría apoyándola, pero vivir con la condesa sería más desagradable que nunca. ¿Y qué efecto tendría una hermana deshonrada en la carrera de Joe?

Finalmente, Cookson apareció en el umbral y les pidió a ambas que regresaran a la biblioteca. La condesa, evidentemente, se había calmado un poco y estaba sentada en uno de los sillones de cuero, con el rostro torcido en una mueca de disgusto.

—Bien —dijo el conde—, ¿alguna de ustedes sabe qué ha pasado?

Phoebe negó con la cabeza.

—¿Hélène?

Hélène desvió la mirada y se secó los ojos con el pañuelo.

—Vamos, Hélène —dijo el conde, con la voz más cortante—. Necesitamos averiguar qué está ocurriendo.

—Anoche, en la velada…

—Sigue.

—Sophia Brotherton preguntó si era cierto que casi nos habían hecho prisioneras en Francia, y que nos rescató el vizconde de Brevare.

Entonces ya circulaba alguna versión de los hechos. Por lo que Phoebe había visto ayer y hoy, no dudaba que sus acciones habrían sido retratadas de la peor manera posible.

—¿Eso fue todo lo que dijo? —preguntó el conde.

—Sí. —Hélène frunció el ceño, concentrada—. Eso fue todo lo que me dijo a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Parecía… complacida… cuando le dije que sí, luego se fue a hablar con su hermana y con Maria y Susie. ¡Se estaban riendo de mí! —Hélène empezó a sollozar de nuevo—. ¡Pensé que eran mis amigas!

—Así que la noticia de vuestra huida de Francia ha comenzado a circular —dijo el conde—. Y una versión equivocada, por lo que

parece. —Se volvió hacia su esposa—. Ya te lo advertí, madame, que cualquier calumnia contra Phoebe afectaría a toda la familia. Ahora ves en qué ha terminado todo.

—¡Pero yo no fui! —protestó la condesa.

—¿Quién más, entonces? ¿Tú, Hélène?

—No, papá.

—Señor —intervino Phoebe.

—¿Sí, Phoebe?

—Creo que la historia pudo haber empezado con el vizconde de Brevare. —¿Quién más, sino Brevare, sabría lo que había pasado en Francia?

—¿Por qué lo dices?

—Es posible que la historia se haya propagado por los clubes de caballeros, y no por los salones —explicó Phoebe, y les contó del carruaje que casi se detuvo para hablar con el marqués el día anterior, y del comportamiento extraño de Lord Tresham—. Algunas personas debieron oírlo antes de la velada de anoche, pero la historia no debió de difundirse más ampliamente hasta esta mañana.

—¡Ese hombre!

Phoebe se estremeció ante el veneno en la voz de su tía.

—¿Se refiere al señor Westbrook? —preguntó el conde, mirando a Phoebe.

—No al señor Westbrook, señor. —Fuera lo que fuera que él sintiera, o no sintiera, por ella, no haría algo así. Estaba segura de ello.

—¿Quién sabe lo que ese hombre es capaz de hacer? —dijo la condesa—. No es digno de…

—¡Lavinia! ¡Por favor! —Su voz fue lo suficientemente fuerte como para sobresaltar a la condesa—. Lavinia, estás cansada —dijo con firmeza—. Deberías ir a tu cuarto a descansar un poco. Tú también, Hélène.

Se puso de pie y le ofreció la mano a su esposa. Ella lo fulminó con la mirada, pero se levantó y le permitió escoltarla fuera de la habitación. Hélène los siguió.

Capítulo 42

Mientras su tío acompañaba a su tía escaleras arriba, Phoebe repasó mentalmente los últimos días. Había visto a Brevare en el baile de Lady Stanton tres noches atrás. Él había visitado a su tío el día anterior y descubierto que ella no era una sirvienta. Pudo haber empezado a esparcir el chisme entonces; el momento coincidía.

El conde regresó y cerró la puerta tras de sí.

—*Debió* de ser el vizconde de Brevare quien difundió la historia —dijo Phoebe, una vez que su tío se acomodó de nuevo en su sillón.

—¿Por qué lo piensas?

—La única persona que sabe lo que ocurrió en Francia, aparte de Brevare, es Lord Marstone. Sé que el señor Westbrook no es responsable, y ¿qué motivo tendría Lord Marstone para difundir tales mentiras, especialmente ahora? —Bajó la vista hacia sus manos, con los dedos fuertemente entrelazados, y luego volvió a mirar a su tío —. ¿Importa quién lo haya hecho? El hecho de que haya un escándalo ya es bastante grave, ¿no?

El conde la observó con el ceño fruncido.

—Phoebe, no pareces *sorprendida* de que se estén propagando calumnias sobre tus… aventuras en Francia.

—No sé qué es lo que se está diciendo. Madame fue quien dijo que el chisme era sobre mí.

—Muy bien. Supongo, por lo que me *has* contado, que debe de ser tu comportamiento el que están difamando, ¿no?

—Señor, yo no...

—No estoy diciendo eso, Phoebe —la interrumpió su tío con voz tranquila—. Pero sí dijiste que algunas de las cosas que hiciste podrían malinterpretarse.

Phoebe respiró hondo y asintió.

—Sí, señor. Parece probable que sea mi comportamiento el que está siendo… atacado.

Recordó aquella escena en la playa, cuando Alex estuvo a punto de dispararle a Brevare. Él no perdonaría fácilmente a quien hubiese

presenciado su miedo.

—Supongo que Westbrook o Marstone pueden saber algo al respecto —dijo el conde, pensativo—. Phoebe, dijiste que había alguien que te gustaba más que Harlford. ¿Ese hombre creería estos rumores?

Phoebe cerró los ojos. No podía decirle que se refería al propio Alex.

—No, señor, no los creería —eso era cierto—. Pero no estoy segura de que él sienta lo mismo por mí, señor.

El conde se frotó la cara con una mano, visiblemente agotado.

—Te entiendo, Phoebe. Iré a ver a Marstone. Supongo que podrá darme la dirección de Westbrook.

—No lo sé, señor, pero es probable.

—Phoebe, gracias por no darme una tercera escena de desmayos. Recuerda que eres parte de esta familia, y que esta situación desagradable no cambia eso.

Phoebe sintió cómo se aliviaba un poco la tensión que llevaba dentro. No había esperado que su tío la rechazara, pero era reconfortante oírselo decir.

—Gracias, señor. Es usted muy bueno. —Respiró hondo—. ¿Hay algo que pueda hacer mientras tanto?

—Asegúrate de que la señorita Bryant mantenga a Georges alejado de tu tía.

Se levantó y tocó la campanilla para que le llevaran su abrigo y sombrero, y pidieran un coche de alquiler.

Phoebe lo siguió al vestíbulo, de camino a su habitación. En la bandeja cerca de la puerta había una nota.

—¿Qué es? —preguntó Phoebe al ver el cambio de expresión en el rostro de su tío mientras la leía.

—Harlford envía sus disculpas, pero se ve obligado a cancelar sus compromisos con nosotros esta semana.

—Al menos avisó.

—Sí, supongo que eso ya es algo —dijo el conde, con tristeza.

Phoebe subió las escaleras. Al parecer, el interés de lord Harlford no era tan sincero como para intentar averiguar la verdad

antes de creer en rumores. Eso la libraba de tener que decidir si aceptaría una propuesta suya, pero era un consuelo muy pobre.

***

Alex llamó a la puerta de Bella por segunda vez aquella mañana. Esta vez, Bella estaba en casa, y Hobson lo condujo hasta su salón.

—Vienes por Phoebe —dijo Bella en cuanto el mayordomo cerró la puerta.

—Sí —respondió él—, pero ¿cómo lo…?

Maldita sea. La historia ya se había difundido.

—Siéntate, Alex. He oído varias versiones de una historia increíble durante mis visitas.

Algo de la tensión en Alex se desvaneció y se sentó. Debió haber sabido que Bella no pensaría mal de Phoebe.

—Por eso he estado fuera tanto tiempo —continuó ella—. Quería enterarme de lo que se decía y dónde.

—¿Qué has escuchado?

—La mayoría de las historias dicen que tú te aprovechaste de…

—Maldita sea.

Alex se puso de pie de un salto. Sonaba peor viniendo de Bella que cuando lo oyó de Kellet la noche anterior.

—Alex, me temo que eso no es lo peor.

Alex apretó los puños y se volvió bruscamente hacia la ventana. Estaba enfadado no solo con los chismosos, sino consigo mismo por haber involucrado a Phoebe en sus asuntos.

—Hay otras versiones —siguió Bella—. La mayoría dicen que Phoebe… bueno, se ofreció primero a Brevare y luego a ti, si la ayudaban a regresar a casa. Brevare, como el caballero que es, se negó.

—Y yo no, ¿verdad? —hizo un esfuerzo por contener su rabia.

Esa pregunta no necesitaba respuesta. Se volvió y vio que Bella lo observaba con atención.

—Alex, ¿por qué ha comenzado esto ahora? Phoebe lleva semanas en la ciudad.

—Brevare ha llegado a Londres recientemente. Seguramente está relacionado con eso.

Se acercó a la chimenea, apoyando un brazo sobre la repisa y fijando la vista en el fuego. Era más fácil ocultar así la intensidad de sus emociones.

—La condesa de Calvac… —Alex respiró hondo, tratando de controlar el enojo en su voz—. ¿Sabías que la tía de Phoebe intentó, en esencia, prostituirla cuando…?

—¿Qué? —los ojos de Bella se agrandaron.

Alex le relató parte de la noche en que Phoebe se vio obligada a llevar el vestido dorado.

—Ay.

—Esa mujer habló de Phoebe y con Phoebe durante el resto del viaje como si realmente se le hubiera arrojado encima a mí —siguió Alex—. Incluso delante de Brevare. Sin duda le habrá dicho lo mismo a su esposo, aunque el conde, hasta ahora, ha apoyado a Phoebe. ¿Pero ahora? Esto va a manchar a toda la familia… ¿la seguirá respaldando en estas circunstancias? Y eso sin mencionar lo destrozada que debe de estar ella por ser el blanco de semejante calumnia.

—Dudo que alguien le haya repetido la calumnia en la cara.

—Aun así… —Se fue otra vez hacia la ventana, deseando hacer algo. Cualquier cosa—, pero sobre todo golpear a los hombres que sin duda estarían comentando ese jugoso chisme en sus clubes en ese preciso momento.

—Si se casara, los rumores se calmarían o se ignorarían —dijo Bella.

Él se volvió a mirarla, conteniendo el aliento ante la expresión de comprensión, y compasión, en su rostro.

—No conmigo —dijo—. ¿Y verse forzada a hacerlo por culpa de una calumnia? No estaría mucho mejor. Las jóvenes de la alta sociedad no se casan con bastardos comerciantes —añadió—. Ni siquiera con los bastardos de condes.

—Podrías dejar que ella lo decidiera.

—No. Incluso si este escándalo se detiene, igual quedaría apartada de la sociedad. Ella puede pensar que no le importaría, pero no sabe lo que es. No puedo hacerle eso… incluso suponiendo que quisiera casarse conmigo.

Apenas había logrado escapar de ser la pariente pobre y despreciada en la casa de su tía.

—¿De verdad ha sido tan malo, Alex?

Suspiró.

—Para mí, no mucho—especialmente si consideramos la alternativa de ser el hijo ilegítimo de una mujer del pueblo. Pero hubo una vez en la que intenté proponerme a Mary Helstone…

—Por lo que yo sabía de ella, fue lo mejor que no resultara.

Alex se encogió de hombros.

—Como dices, fue lo mejor a largo plazo, pero no fue… agradable… en su momento. Siempre he estado entre dos mundos, tengo amigos en el comercio, algunos en la alta sociedad, y Marstone me ha mantenido ocupado. Pero no es lo mismo para una mujer, sobre todo si está acostumbrada a moverse en sociedad.

—Pero si ella ama…

—Déjalo, Bella.

Eso le salió con demasiada brusquedad; nada de esto era culpa de Bella, y ella solo intentaba ayudar. Se pasó una mano por la cara.

—¿Qué se puede…?

Un golpe en la puerta lo interrumpió.

—Lady Jesson, mi lady —anunció Hobson.

Una mujer entró en la sala, de algunos años más que Bella, y con tendencia a la redondez. Bella debía estar esperándola, ya que el mayordomo había golpeado pero entrado sin esperar una respuesta.

¿Qué tenía que ver Lady Jesson con todo esto?

—Maria, no creo que hayas conocido a Alex Westbrook. Alex, Lady Jesson.

—Lady Jesson —dijo Alex, con el tono más cortés que pudo manejar.

—Señor Westbrook.

La mirada de Lady Jesson recorrió su figura de pies a cabeza y volvió a subir.

—He estado oyendo mucho sobre usted esta tarde…

—No es...

—… y dudo que nada de eso sea cierto —dijo Lady Jesson, hablando por encima de sus palabras de protesta.

—Vuelve a sentarte, Alex —dijo Bella—. Le pedí a Maria que nos ayudara.

Alex se quedó dónde estaba, pero no volvió a protestar. Al menos Phoebe tenía algunos aliados, aunque él no lograba imaginar cómo podrían ayudar.

—No he oído más que lo mismo de siempre —dijo Lady Jesson a Bella, mientras se sentaba—. Como siempre, nadie sabe de dónde vino el rumor.

—Voy a ver a Marstone —dijo Bella—. Es posible que él sepa algo. Pero me preocupa cómo está tomando todo esto Phoebe. ¿Podrías tú…?

—Por supuesto —dijo Lady Jesson, levantándose de nuevo.

—Si mi hermano no está en Marstone House, lo esperaré —añadió Bella—. ¿Nos encontrarás allí después de ver a Phoebe?

—Muy bien —Lady Jesson asintió hacia Bella y Alex, y se fue.

Alex se volvió hacia Bella.

—¿Qué diantres…? —Se detuvo, y se masajeó una sien—. Bella, ¿quién es esa mujer?

—Una de las mayores chismosas de la alta sociedad —respondió Bella, con una sonrisa traviesa—. Pero está de nuestro lado. Alex, ¿le dijiste a Phoebe quién eres?

—No.

—Eso es bueno —dijo ella, poniéndose de pie y dándole unas palmaditas en el brazo—. Tengo el comienzo de una idea para mitigar parte del daño, pero primero necesitamos saber qué ha pasado en Berkeley Square. Maria averiguará eso por nosotros, así que no quiero llegar a Marstone House demasiado antes que ella. Llama para que traigan algo si quieres; yo voy a cambiarme. Salimos en una hora.

Alex comenzó a pasearse cuando ella se fue, volviendo a las ideas vagas con las que había estado jugueteando toda la mañana. El momento en que todo había ocurrido, justo después del regreso de Brevare a Londres, no dejaba dudas en su mente de que él era el responsable. Había contemplado usar a la hermana y la madre de

Brevare para obligarlo a retractarse, pero sabía que no era posible. Brevare no lo conocía demasiado, pero lo suficiente como para saber que no cumpliría una amenaza de ese tipo. Y ya era demasiado tarde para que una retractación detuviera la propagación de los rumores.

Capítulo 43

Phoebe acababa de llegar a su habitación cuando Green subió para decirle que había otra visita.

—Lady Jesson, señorita. Cookson le dijo que no se recibían visitas, pero insistió.

—Madame está descansando, Green. *No puede* recibir visitas.

—No, señorita, es a usted a quien su señoría quiere ver. La espera en el salón.

¿Era Lady Jesson tan chismosa que tenía que venir a regodearse tan rápido? Phoebe respiró hondo; tal vez estaba siendo injusta. Bella había dicho que la mujer no era malintencionada. Debería verla ahora, si Bella estaba equivocada, mejor tener el enfrentamiento en privado.

—Gracias, Green. Dile que bajaré en breve, y haz que traigan té.

Cuando Green se fue, Phoebe se salpicó la cara con agua del jarrón sobre su tocador y se la secó con una toalla. Se asomó al espejo, arregló algunos mechones sueltos y luego se irguió. Hombros rectos, se dijo a sí misma, la cabeza en alto. No hiciste nada de lo que dicen.

Excepto devolverle el beso.

Lady Jesson llevaba otra vez un conjunto en tonos púrpura y gris, confeccionado con el favorecedor estilo de la señorita Fletcher. Alzó la vista cuando Phoebe entró en la sala, y la aprensión de Phoebe disminuyó al ver su rostro, estaba claro que no había venido a regodearse, sino a ofrecer simpatía.

—Oh, querida —dijo, antes de que Phoebe pudiera saludarla como correspondía.

Esa inesperada amabilidad rompió finalmente las defensas de Phoebe y comenzó a llorar, sollozando contra su pañuelo. Las lágrimas no eran solo por los malos momentos de ese día, sino también por todas las dudas que la habían acosado el día anterior.

Apenas fue consciente de que traían el té y de que Green cerraba la puerta al salir, y luego sintió una mano dándole palmaditas reconfortantes en la espalda.

Lady Jesson no intentó que dejara de llorar, pero cuando las lágrimas comenzaron a calmarse, le tendió un pañuelo limpio y luego una taza de té. Phoebe la sorbía mientras Lady Jesson se levantaba a tocar la campana. Habló con Green cuando vino, y el lacayo regresó unos minutos más tarde con más té y una gran bandeja de sándwiches y trozos de pastel.

—Coma un poco de pastel —dijo Lady Jesson—. Hay pocas cosas que no se puedan mejorar un poquito con té y pastel. —Le ofreció la bandeja a Phoebe—. Como puede ver, es una máxima que sigo a menudo.

Phoebe no pudo evitar soltar una risita. Lady Jesson *tenía* algo de sobrepeso, y a Phoebe comenzaba a caerle bien.

—Así está mejor —dijo Lady Jesson.

El té caliente y el dulce pastel ayudaron a reanimarla.

—¿Por qué ha venido, mi lady? —preguntó. Solo recordaba haber hablado con Lady Jesson un par de veces.

—¿Temía que viniera a recopilar más chismes?

—Cuando me la anunciaron, sí.

—¿Y ahora?

Lady Jesson sonreía, pero con amabilidad.

—No, no estás aquí para chismear. Pero apenas me conoce, y sin embargo es la única persona que parece dispuesta a hablar conmigo.

—Habrá otros, querida. No todos juzgan basándose solo en rumores. Phoebe, ¿ha oído lo que se dice?

Phoebe se sonrojó.

—No, pero puedo imaginarlo.

—Lo que oí fue que tuvieron problemas durante el regreso de Francia, que estuvieron implicados el vizconde de Brevare y el señor Westbrook, y que usted tuvo un comportamiento extremadamente impropio, por no decir desenfrenado e inmoral, con este último.

Phoebe abrió la boca para protestar, pero Lady Jesson levantó una mano.

—Creo que la primera parte es cierta, y que la segunda es una completa invención —dijo, mientras tomaba otro trozo de pastel, dejando a Phoebe asimilando esa afirmación.

—¿Por qué? —fue lo único que pudo decir Phoebe.

—En cuanto a la primera parte, sé que su tía la llevó a usted y a su hija a Francia hace poco, para qué, no tengo idea. Una idea particularmente estúpida por parte de Lavinia, dada la situación allá, pero bueno, siempre fue un poco bobalicona.

Eso coincidía tanto con la propia opinión de Phoebe sobre el viaje que estuvo a punto de reír. Le caía muy bien Lady Jesson.

—En cuanto a la segunda parte —continuó Lady Jesson—. Usted no haría una cosa así.

—¿Cómo puede estar tan segura, mi lady?

—La he estado observando.

Las cejas de Phoebe se alzaron. Supuso que una chismosa debía observar a la gente para obtener información, pero no podía creer que ella fuera un objetivo lo bastante interesante.

—¿Eso la sorprende? —dijo Lady Jesson—. Observo a todo el mundo. Sabe mantener una conversación sensata, ha logrado no ser grosera con todos esos papanatas que solo bailaban con usted para acercarse a su prima, y es singular en su habilidad para estar cerca de Harlford sin babear por su fortuna y su título.

Se inclinó hacia adelante y levantó la bandeja con el pastel que quedaba.

—Coma un poco más.

Phoebe obedeció y tomó otro trozo.

—Y conozco a los… parientes de Westbrook, y también lo conozco a él —continuó Lady Jesson.

—¿De verdad?

—Sí. Y el hecho de que estos rumores presenten a Westbrook como el supuesto villano de la historia los vuelve imposibles de creer para mí. Pero supongo que vuestro viaje no fue nada sencillo, ¿quiere contarme lo que ocurrió en realidad?

Phoebe dudó, gran parte no era su historia para contar, y otras partes podían hacer que algunos creyeran que los rumores eran

ciertos. No creía que Lady Jesson fuera una de esas personas, pero no podía arriesgarse.

—Evidentemente no —dijo Lady Jesson—. Y no puedo culparla. Después de todo, solo me conoce como una chismosa. También soy chantajista —añadió, como quien comenta el clima.

Phoebe se atragantó con unas migas de pastel. Tosiendo, tomó un sorbo rápido de té. ¿Era algún tipo de prueba?

—Ahora dígame, Phoebe —dijo Lady Jesson—, ¿por qué no ha llamado a alguien para que me eche?

—No sucede todos los días que alguien se presenta diciendo que es una chantajista, mi lady —respondió Phoebe, pensando en voz alta mientras hablaba—. Como no veo de qué forma podría contarle algo a la sociedad que no crean ya saber sobre mí, supongo que no piensa chantajearme. Así que tengo curiosidad por saber qué más tiene que decir.

—Muy bien. Ahora dígame, ¿cómo puede uno convertir el chantaje en algo bueno?

—Presumo que no se refiere al chantaje por dinero.

Lady Jesson asintió.

Esto era una prueba. A Phoebe se le curvó la boca en una leve sonrisa al preguntarse cuánto se conocerían Lady Jesson y el conde de Marstone.

—Se puede usar... información... para persuadir a la gente de hacer... bueno, de hacer cosas buenas.

Lady Jesson sonrió con aprobación.

—Como dije, recojo información. Difundo suficiente chisme inofensivo como para mantener la imagen que tienen de mí y asegurarme de recibir invitaciones.

—¿Y por qué necesita hacer eso?

—Falta general de fondos y pocos parientes de alcurnia —respondió Lady Jesson, sin un ápice de vergüenza—. Escucho cosas y hago conexiones. Mi personal también sabe escuchar. A menudo, una suposición puede confirmarse con una palabra o dos: los imprudentes suelen delatarse sin querer.

—¿Así que persuadir a la gente no siempre requiere pruebas, sólo una buena conjetura?

—Exactamente.

—¿Pero por qué hacerlo?

—Podría decir que soy una entrometida, supongo. Siento que, de vez en cuando, puedo influir para bien.

Phoebe bajó la vista hacia sus manos. Lady Jesson había sido muy franca, compartiendo información que Phoebe no creía que quisiera que se repitiera. La mujer había demostrado confianza en su discreción; debía devolverle el gesto. Pero antes, tal vez Lady Jesson pudiera decirle algo.

—Creo que vi a mi tía con unas cartas durante el viaje de regreso —dijo—. Me pregunté si eso era lo que fue a buscar a Calvac.

La mano de Lady Jesson se quedó suspendida en el aire, la taza de té a medio camino de su boca.

—¿Cartas? —Dejó la taza en la mesa, frunciendo el ceño pensativa—. ¿Denville?

Phoebe esperó.

—Lavinia fue cortejada por el segundo hijo de Lord Denville —dijo al fin—. No estoy segura de qué ocurrió, pero él se fue al ejército y ella se casó con su tío.

¿Cartas de amor? ¿Y su tía no sólo las había guardado, sino que además decidió acompañar a Anson para recuperarlas? Se preguntó si su tía había elegido al monsieur de Calvac sólo por su título, y si lamentaba la pérdida de un antiguo pretendiente.

Sacudió la cabeza; no era asunto suyo. Si su tía lamentaba aquella decisión lejana, quien merecía su compasión era su tío.

Pero Lady Jesson le había preguntado qué había ocurrido en Francia.

—Los problemas comenzaron cuando esperábamos que nos atendieran en una posada —comenzó Phoebe—. Mi tía no se dio cuenta del peligro en el que estábamos.

Relató lo esencial de la historia, sin entrar en detalles sobre la noche en que la condesa la obligó a usar el vestido dorado. Tampoco mencionó la información que Alex transportaba.

—Y mi tío ha ido a ver si Lord Marstone o el señor Westbrook saben algo sobre estos rumores.

—¿Ese es todo el relato? —preguntó Lady Jesson cuando terminó.

—No, mi lady. Pero sí es toda la información relevante.

—Bueno, eso tendrá que bastar. Debo decir que nunca pensé que Lavinia pudiera ser tan mezquina.

—No entiendo por qué me detesta tanto. No es como si pudiera competir con Hélène por pretendientes.

—Excepto por Harlford —señaló Lady Jesson.

Phoebe negó con la cabeza.

—Eso ya terminó. Le envió una nota a mi tío.

Sintió una breve punzada de pesar; el marqués le agradaba, pero había demostrado que no confiaba en ella.

—Hmm —murmuró Lady Jesson, mirándola con la cabeza ligeramente inclinada—. ¿Sabía que su tío le propuso matrimonio a su madre?

—¿No! ¿De verdad? ¿Cuándo?

—Unos años antes de casarse con Lavinia. Su madre lo rechazó y se casó con su padre.

Phoebe sabía que parte del motivo por el que la familia de su madre había objetado su matrimonio era porque había rechazado a un pretendiente de buena posición para hacerlo. No sabía que había sido su tío. Las hermanas no habían tenido mucho contacto, y siempre había asumido que era por el estatus de su padre como cirujano y boticario.

Parecía que su tía había estado celosa de su madre, ¿pero por qué? La comtesse valoraba el estatus y la riqueza, y eso lo tenía.

—¿Conocía a mi madre? —preguntó Phoebe. Esa también era una novedad.

—Sí, bastante bien durante mi primera temporada. Era sólo unos pocos años mayor que yo. No volvió a venir a la ciudad después de casarse, y le perdí la pista, para mi pesar. Todavía estaba en Londres cuando Calvac cortejaba a Lavinia. ¿Sus padres fueron felices?

—Sí —respondió Phoebe. Y eso la devolvía a la situación actual —. Aprecio que haya venido, mi lady. Y su franqueza. Pero no veo qué se puede hacer respecto a estos rumores.

—El matrimonio suele ser el final habitual para estas cosas.

Phoebe suspiró.

—¿Con quien quiera aceptarme? Esperaba casarme por amor, como hicieron mis padres.

—¿No le agrada Westbrook? Es el candidato más obvio, después de todo.

Phoebe se removió incómoda en el asiento.

—No se trata de eso.

—¿Qué sabe de él? —Lady Jesson alzó una ceja—. Aparte de sus actividades como espía, claro.

Phoebe estuvo a punto de responder, pero vaciló. ¿Lady Jesson lo sabía o estaba adivinando?

—¿Por qué lo dice? —preguntó con cautela.

—Oh, muy bien, Phoebe —dijo Lady Jesson, sonriendo.

—¿Perdón?

—Una buena respuesta ambigua —asintió, con la sonrisa aun curvándole los labios—. No indica si sabe o no que él es un espía. Yo misma no lo sé, por supuesto, pero lo supongo… ¿por qué más estaría viajando por Francia en estos tiempos? Ese tal Brevare tiene más excusa, siendo francés de verdad.

—No dijo mucho sobre sí mismo, mi lady.

—¿Así que no sabe nada de su familia ni de sus orígenes?

Phoebe negó con la cabeza.

—Hmm —Lady Jesson se quedó quieta, la taza detenida a medio camino, la mirada fija en algo al otro lado del salón.

—¿Lady Jesson?

—Oh, lo siento. Debo pensar en esto —dejó la taza sobre la mesa y se puso de pie—. Ahora la dejo, pero no se desanime. Estoy segura de que se puede hacer *algo*. Aunque puede que tome algo de tiempo.

Phoebe hizo sonar la campanilla, y Lady Jesson le pidió a Cookson que llamara a un coche de alquiler.

—Gracias por venir, mi lady —dijo Phoebe con sinceridad.

—Somos amigas, ¿verdad? ¡Vamos, nada de lágrimas! No seré la única que no piense mal de usted, ¡ya lo verá!

Capítulo 44

Alex siguió a Bella hasta la biblioteca de Marstone House. Lord Marstone conversaba con el conde de Calvac, pero Lady Jesson aún no había llegado.

—¿Qué haces aquí, Bella? —preguntó Marstone.

—Ayudar a decidir qué se puede hacer respecto a los chismes —respondió Bella, tomando asiento—. Lady Jesson ha ido a hablar con Phoebe y se unirá a nosotros en breve.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mi sobrina —espetó el conde.

—Solo pretendo ayudar, monsieur —dijo Bella—. Phoebe es mi amiga, y Lady Jesson fue amiga de Amelia.

—¿Amelia? —preguntó Marstone.

—La madre de Phoebe.

Así que Lady Jesson realmente sería una aliada.

—No veo qué hay que discutir —dijo el conde—. Si las habladurías son sobre Phoebe, hay una forma obvia de ayudar...

—Lady Jesson, mi lord —anunció Langton desde la puerta.

La mandíbula del conde se tensó ante esta segunda interrupción. A estas alturas, Kellet o Marstone ya le habrían contado lo que la gente decía, y Alex podía adivinar lo que estaba a punto de sugerir.

—¿Cómo está Phoebe? —preguntó Bella.

—Se mantiene firme —respondió Lady Jesson, sentándose junto a ella.

—Podrías haberme preguntado a mí —dijo el conde, con clara irritación en la voz—. ¿Podemos continuar con esto de una vez?

Miró a su alrededor y asintió levemente al no recibir respuesta.

—Gracias. Como he intentado decir dos veces ya, el matrimonio es la forma más evidente de reducir...

—No necesariamente —lo interrumpió Bella.

Miró a Alex al hablar, con una expresión entre compasiva y divertida. Alex se preguntó si le gustaría más su solución que la del

conde.

—Continúa —dijo Marstone.

Bella miró a su audiencia.

—En este momento, circulan varias acusaciones difamatorias. Lo que se necesita es otra historia que dé una visión contraria. Tal vez que ese tal Brevare no tuvo un papel importante en el rescate de tres damas en apuros y le avergüenza, o que le hizo una proposición a la señorita Deane...

Los puños de Alex se apretaron al recordar que Brevare efectivamente lo había hecho.

—...y fue rechazado, y está difundiendo estos rumores por venganza.

—Pero no podemos ser nosotros quienes difundamos esa historia —dijo Lady Jesson—. Parecería demasiado parcial. Sin embargo, tanto Bella como yo podemos hacer que se propague a través del servicio; podría ser incluso más eficaz así.

Bella se volvió hacia el conde.

—Si alguien menciona algo al respecto a su familia, monsieur, es esencial que todos digan lo mismo: que Phoebe nunca estuvo lejos de la compañía de su esposa.

—Lo harán —dijo el conde.

—Perdóneme por decirlo —intervino Lady Jesson—, pero su esposa tal vez necesite algo de estímulo para hacerlo... más allá de lo que usted diga para convencerla.

El ceño del conde se frunció, pero finalmente asintió. Alex sintió lástima por él, no debía de ser fácil estar casado con una mujer así.

—¿Y cómo piensa… eh… convencer a mi esposa? —preguntó el conde.

—Maria y yo estamos trabajando en los detalles —dijo Bella—. Para empezar, creo que será mejor que su familia esté fuera de la ciudad un tiempo, así que me gustaría invitar a su esposa, su hija y su sobrina a Oakley Place por una semana. También a su hijo y a su institutriz, si lo desea. Está en Sussex, a medio día de viaje.

—Gracias. Acepto.

—Tal vez sea mejor que usted no las acompañe —añadió Lady Jesson—. Eso podría parecer una huida. Haré correr el rumor de que

es una invitación antigua de Lady Carterton para su esposa.

Bella volvió a hablar.

—Will, también necesito que tú y Alex estén allí.

Adiós a su decisión de mantenerse alejado de Phoebe.

—Estoy ocupado, Bella —objetó Marstone.

—Puedes sacar tiempo para esto —dijo Bella con firmeza, clavando la mirada en él—. Solo necesitas quedarte un día. Alex tendrá que quedarse más, pero estoy segura de que puedes prescindir de él.

—Muy bien. Que Kellet se encargue de los detalles.

—¿Monsieur?

El conde se frotó la nuca.

—Seguiré adelante con esto. De cualquier forma, tienen razón en que mi familia estará mejor fuera de Londres.

—¿Alex?

Alex asintió. Ya descubriría pronto qué tenía Bella en mente. Escuchó mientras Bella y Lady Jesson concretaban los arreglos del viaje con el conde, y luego las tres se despidieron. Marstone se acercó a su escritorio y se sentó, sacando unos papeles de un cajón.

Ignorando la señal evidente de que el conde esperaba que también se marchara, Alex se acercó al escritorio.

Marstone lo miró y luego se recostó en su silla.

—¿Crees que yo tuve algo que ver con esto?

—Lo pensé, sí. ¿Tienes algún plan para la señorita Deane? Si no, ¿por qué preguntar por ella al almirante Fenton?

El conde lo miró directamente a los ojos.

—Te doy mi palabra de que no he hecho nada para provocar estos rumores.

Alex soltó un suspiro, le aliviaba tener esa certeza. Pensó en insistir con su pregunta sobre Fenton, pero Marstone difícilmente le daría una respuesta satisfactoria.

—Puedes quedarte aquí hasta que vayas a Sussex —añadió Marstone—. Preferiría que no empezaras una pelea con alguien a quien escuches hablar mal de la señorita Deane.

—Gracias. Lo haré.

* * *

Phoebe se retiró a la biblioteca cuando Lady Jesson se marchó. Sentarse en la mesa junto a la ventana con un libro era preferible a quedarse abatida en su habitación, aunque sus ojos parecieran recorrer las páginas sin ver realmente las palabras. Trató de evitar que su mente divagara imaginando posibles futuros; Lady Jesson había dicho que algo podía hacerse, y Phoebe le creía. Pero ¿cuál sería el resultado de la visita de su tío a Marstone House?

Decidida a no perder el tiempo, acabó por dejar a un lado el libro de viajes que había estado intentando leer y sacó los libros que había estado discutiendo con su tío. Revisarlos y tomar notas sobre los puntos importantes la mantuvo ocupada, aunque era poco probable que recordara los detalles más tarde.

El conde regresó alrededor de una hora después de la salida de Lady Jesson. Asintió a modo de saludo al entrar en la biblioteca, pero cruzó la estancia hasta la bandeja con decantadores y copas, y se sirvió una bebida.

Phoebe cerró el libro mientras él se sentaba junto al fuego, y se acercó para ocupar la silla de enfrente.

El conde se frotó la frente.

—Están todos invitados a visitar a los Carterton —dijo—. En Sussex, saldremos pasado mañana. Yo me quedaré en la ciudad por ahora.

Su tío ya sabría cuáles eran los rumores, y Phoebe había esperado que dijera algo sobre casarse con Alex.

—Será agradable estar en el campo —dijo, sintiendo que debía dar alguna respuesta.

El conde vació su copa de un trago.

—En efecto. Lady Carterton y Lady Jesson creen que si logran que la verdadera versión de los hechos se difunda, se podrá limitar el daño, siempre que todos en esta casa mantengan la misma historia.

Phoebe no estaba segura de cuán precisa sería esa "verdadera" versión, pero cualquier cosa era mejor que las horribles cosas que decían ahora sobre ella.

—¿Phoebe?

—¿Georges también irá? —preguntó Phoebe, volviendo al presente—. ¿Y la señorita Bryant?

—Sí. Creo que lo disfrutará.

—Lady Carterton tiene hijos de edades similares —dijo Phoebe —. Se lo diré a ellos —añadió, esperando el consentimiento de su tío antes de subir.

Georges estaba emocionado ante la perspectiva de montar a caballo en el campo y hacer nuevos amigos.

—Hay un niño y una niña de tu edad —añadió Phoebe, con los labios fruncidos mientras anticipaba la respuesta de Georges.

—Las niñas no son divertidas… —empezó.

—¿Ah, no? —dijo Phoebe—. Entonces no querrás mi compañía. Espero que disfrutes mucho tu estancia, Georges.

Se dirigió a la puerta, ignorando los murmullos a sus espaldas, hasta que Georges corrió hacia ella.

—Lo siento, Phoebe, no me refería a ti.

—¿Entonces no soy una niña de verdad?

—No. O sea, sí… ¡Oh!

—¿Por qué no vas a escoger algunos de tus libros para llevar? —sugirió Alice, y Georges fue hacia la estantería.

—¿Esto es por esos rumores? —preguntó Alice en voz baja.

Phoebe suspiró. No le molestaba que Alice supiera, pero era desalentador ver lo lejos, y lo rápido, que se habían extendido los rumores.

—Lady Carterton tiene una idea para limitar el daño —explicó—. Aún no conozco los detalles.

—Será un cambio de aires agradable —dijo Alice—. Nunca he estado en Sussex. —Lanzó a Phoebe una mirada comprensiva—. Es una pena que tenga que ser en estas circunstancias.

Dos días después, Phoebe se inclinó hacia adelante para mirar por la ventana cuando el carruaje giró entre un par de altos pilares. Pasaron por una zona arbolada y luego apareció la casa. La piedra clara del edificio palladiano, de planta cuadrada, estaba enmarcada por el verde del césped abierto al frente y el bosque que se elevaba suavemente por detrás.

Bella y Lord Carterton salieron a los escalones a recibir a sus invitados. Tras intercambiar los saludos formales, los guiaron a sus habitaciones; la ama de llaves informó que los demás huéspedes estaban en el salón sur. Phoebe bajó apenas hubo recogido su cabello.

El salón era una estancia agradable, decorada en tonos suaves de amarillo y verde. Las ventanas enmarcaban una hermosa vista de los jardines y la entrada principal, bañados ahora por el sol de la tarde. Phoebe se alegró de ver a Lady Jesson sentada junto a la ventana, al lado de una mujer a quien no reconoció. Caminó hasta ellas e hizo una reverencia.

—Lady Lydenham, te presento a la señorita Phoebe Deane —dijo Lady Jesson—. Phoebe, esta es la condesa de Lydenham.

Lady Lydenham le pareció más o menos de la misma edad que Lady Jesson, aunque era esbelta donde Lady Jesson tendía a la redondez.

—Así que esta es la hija de Amelia —dijo Lady Lydenham, observando a Phoebe de arriba abajo antes de sonreír.

—¿Conocía a mi madre, mi señora? —¿Sería esta otra aliada?

—Sí, coincidimos en sociedad. También con su tía.

Una mueca fugaz cruzó su rostro mientras hablaba, tan breve que Phoebe se preguntó si la habría imaginado.

—Me carteé con Amelia durante muchos años —continuó Lady Lydenham—. Así que he leído mucho sobre su infancia. Y ahora Lavinia le está dando una temporada con Hélène. No creí que fuera a ser tan generosa.

Phoebe abrió la boca para contradecirla, pero se lo pensó mejor.

—Puede hablar con libertad, Phoebe —dijo Lady Jesson—. Lady Lydenham es una buena amiga mía y lo fue también de su madre. Lo que digamos aquí queda entre nosotras.

Lady Lydenham asintió con una mirada alentadora.

—Mi tío me acogió de buen grado cuando murieron mis padres, mi señora. —Podían interpretar eso como quisieran. Phoebe estaba bastante segura de que Lady Jesson, al menos, sabía que su tía no la presentaba de buena gana.

—Ahora, Phoebe —dijo Lady Jesson—. Me gustaría que le contara a Lady Lydenham lo que ocurrió en Francia. Cuéntele lo mismo que me contó a mí.

Phoebe vaciló. Sabía aún menos de Lady Lydenham que de Lady Jesson.

—No saldrá de aquí —prometió Lady Lydenham—. Creo que Maria está ayudando a Lady Carterton con algún tipo de plan, aunque no me ha dicho cuál es.

Esperando estar haciendo lo correcto, Phoebe relató la historia que le había contado a Lady Jesson dos días antes.

Las cejas de Lady Lydenham se alzaron mientras escuchaba.

—Maria me dijo que Lavinia se había comportado de forma espantosa —dijo cuando Phoebe terminó—. ¡No creí que fuera capaz de tanta malicia!

Le dio unas palmaditas en la mano.

—Y ahora estos horribles rumores… No se preocupes, querida, todo saldrá bien al final.

Phoebe no terminaba de creérselo, pero reconfortaba tener a estas aliadas. Quizá más adelante tendría tiempo para preguntarles sobre la temporada de su madre en Londres. Su madre no hablaba de ella, principalmente, Phoebe suponía, porque no le había parecido importante, y porque en ese entonces a Phoebe tampoco le interesaban esas cosas.

¿Pero cuál era el plan? Estaba a punto de preguntárselo a Lady Jesson cuando Bella entró en la sala, seguida de su esposo.

—Ah, veo que ya has conocido a nuestra otra invitada, Phoebe —dijo Bella, sentándose—. Andrews —se dirigió al mayordomo, que esperaba en el umbral—. Esperaremos a que bajen la condesa y su hija antes de tomar el té.

—Madame de Calvac ha pedido el té en su habitación, mi señora.

Phoebe, aliviada de no tener que compartir la compañía de su tía de nuevo por un rato, notó que los demás no parecían complacidos. ¿Era necesaria la presencia de su tía para que el plan funcionara?

—Podría decirle que el conde de Marstone estará presente —sugirió Lady Jesson.

¿Lord Marstone? No había esperado verlo allí. Un cosquilleo nervioso le revolvió el estómago. ¿Significaba eso que Alex también estaba presente?

—Sin ánimo de ofender, Carterton —añadió Lady Jesson, volviéndose hacia el esposo de Bella—, pero un simple barón no puede competir con un conde.

Lord Carterton soltó una carcajada.

—No me ofende en lo más mínimo.

Bella se volvió hacia el mayordomo.

—Andrews, por favor pregunte a Madame si desea algo de comer con su té, y dígale qué pena que no se sienta lo bastante bien como para saludar al conde, ya que no se quedará mucho tiempo. Luego sirva el té aquí en media hora, creo yo.

—Muy bien, mi señora —dijo Andrews con una reverencia, y se marchó como si ese tipo de petición fuera lo más común del mundo.

Capítulo 45

Alex y Marstone entregaron sus monturas a un mozo de cuadra y, sin ceremonias, entraron en la casa por la puerta trasera. Andrews los condujo a sus habitaciones.

El baúl pequeño que Alex había enviado por adelantado ya había sido deshecho; sus chaquetas estaban cepilladas y colgadas para que se les quitaran las arrugas. Una jarra de agua caliente llegó mientras aún se quitaba las botas, y se lavó rápidamente antes de cambiarse a un conjunto limpio. Cuando se peinó y volvió a atarse el cabello, fue a llamar a la puerta del conde.

—¿Listo? —preguntó Marstone.

—Tan listo como puedo estar. —Engañar a la condesa y a Hélène no le preocupaba, pero también estaría mintiéndole a Phoebe—. Todavía me parece que no tengo ningún papel en esto, y puede que el plan de Bella no funcione. Si esa tal Calvac no es lo bastante estúpida como para creerte, o no tiene suficiente ambición...

—La conoces mejor que yo.

—Considérate afortunado, señor.

—¡Oh, lo hago! Pero ¿de verdad crees que tiene el sentido común para verlo?

—Probablemente no —admitió Alex—. Pero la señorita Deane sí. Podría descubrirlo.

—¿Lo crees?

Alex se encogió de hombros. Estaba seguro de que Phoebe descubriría la verdad, pero no sabía si se la diría a su tía. Solo esperaba que no la angustiara.

—Bella debería haberle contado el plan —dijo, mientras Marstone se colocaba un alfiler de diamantes en la corbata y dejaba que su ayuda de cámara lo ayudara a ponerse la chaqueta.

—Fue idea de Bella —respondió el conde—. Yo la dejé hacer.

El salón estaba acogedor, con un fuego ardiendo que calentaba la habitación. Los invitados de Bella se encontraban reunidos cerca

de la mesa del té. Alex echó un vistazo alrededor mientras se acercaban, sintiéndose un poco sin aliento al ver a Phoebe, hermosa con un vestido verde musgo. Lady Jesson y otra mujer estaban sentadas cerca de la condesa y su hija.

—Ah, Will, ahí estás —dijo Bella—. Permíteme presentarte a la condesa de Calvac y su hija, Lady Hélène. Madame de Calvac, mi hermano, el conde de Marstone.

—Encantado de conocerla, mi señora —dijo el conde con una reverencia. La condesa sonrió con coquetería, pero Alex vio cómo su expresión se agriaba al notarlo a él detrás del conde. La encantadora sonrisa de Phoebe se extendió por su rostro, aunque también mostraba cierta perplejidad.

—Creo que ya se conocían —dijo Marstone a la condesa—. Pero permítame presentarle formalmente a mi hijo mayor. —Hizo un gesto hacia Alex.

Alex hizo la más leve inclinación que creyó posible.

—Mi señora.

El rostro de la condesa se quedó congelado, no sabía si por el shock o el horror. A su lado, Hélène tenía la boca abierta, y Bella se dio la vuelta mordiéndose los labios. Alex sintió un destello de irritación: muy bien podía reírse Bella, ella no era la que estaba llevando a cabo esta farsa.

—Oh —dijo por fin la condesa, débilmente—. Encantada de conocerlo formalmente, lord...

Alex supuso que estaba buscando el título secundario de Marstone.

—Llámeme simplemente Westbrook, mi señora —dijo Alex. Si la condesa sabía algo sobre Marstone, sabría que Westbrook no era uno de sus títulos secundarios y que él no era su heredero.

Claramente, no lo sabía. Volvió a sonreír coquetamente, sin duda halagada por la invitación a usar solo su supuesto título.

—Oh, Westbrook, fue tan amable de su parte ayudarnos a todas en Francia. Mi querida Hélène y yo estamos tan...

Alex dejó de escuchar. Más allá de ella, el entrecejo de Phoebe se frunció, luego sus ojos se agrandaron y una mano fue a su boca.

—...heroicos esfuerzos. Una pena que no haya asistido a ningún baile esta temporada...

Los ojos de Phoebe se encontraron con los suyos, y creyó detectar diversión, no disgusto.

—...oportunidad para que bailara con Hélène. Harían una pareja tan...

La mirada de Phoebe volvió a la condesa, sus labios firmemente apretados. Un alivio lo recorrió al darse cuenta de que estaba conteniendo la risa.

—...¿no le parece, Westbrook?

El silencio en la habitación lo devolvió al presente. No iba a asentir a algo que no había escuchado, así que murmuró algo y asintió con la cabeza. Bella se apiadó de él y empezó a servir el té, llamando a la condesa para que tomara su taza.

Phoebe fue a sentarse junto a Lady Lydenham, quien debió ver algo en su expresión, pues sonrió, pero la dejó sola con sus pensamientos.

Alex no era el heredero de Marstone, así que debía de ser un hijo ilegítimo. Pero ¿qué pretendía Bella con todo esto, aparte de dejar a su tía en ridículo frente a las demás invitadas? Incluso había convencido al conde de mentir, aunque no directamente, pero debía de haber previsto que la condesa sacaría conclusiones equivocadas. Pocos miembros de la sociedad reconocían a sus bastardos, mucho menos los presentaban en sociedad.

¿Sería por eso que Alex no había asistido al baile que mencionó la condesa? ¿Porque no sería bien recibido? Una sensación de ligereza la invadió ante la idea de que Alex podría estar evitándola por su bien, por pobre que le pareciera esa excusa.

—¿Es bien sabido que el señor Westbrook es hijo del lord Marstone? —le preguntó a Lady Lydenham.

—No, solo entre los amigos de Bella —dijo Lady Lydenham—. ¿Está disfrutando de tu temporada?

Lady Lydenham era fácil de tratar, y ambas intercambiaron opiniones sobre eventos y personas hasta que Bella disolvió la

reunión, anunciando que en el campo se cenaba temprano y era hora de cambiarse.

Phoebe subió rápidamente las escaleras tras ella.

—¿Bella?

—Ven a mi habitación —le ofreció Bella—. Veo que tienes preguntas.

Se sentaron juntas en unos sillones cerca de la ventana, mirando el césped frontal que ya oscurecía.

—Debes de ser la tía de Alex —dijo Phoebe.

—Sí, aunque no soy mucho mayor que él. Solo tenía cuatro años cuando ocurrió, pero Will, Marstone, quiero decir, me contó la historia después. La madre de Alex era una chica de un pueblo cercano. Estoy segura de que es algo que pasa todo el tiempo, por desgracia, pero mi hermano no la abandonó. Le dio una dote suficiente para que pudiera hacer un matrimonio respetable más adelante, y encontró una pareja que deseaba tener un bebé. Alex considera a los Westbrook como sus verdaderos padres, creo, aunque Will lo veía de vez en cuando mientras crecía. Nuestro padre pensaba que estaba perdiendo el tiempo y se negó a darle dinero. A Will le costó buena parte de su asignación durante un tiempo arreglar todo.

Phoebe asimiló la información, preguntándose en parte por qué Alex nunca le había mencionado esa relación. ¿Acaso pensaba que ella se lo reprocharía?

Bella parecía estar conteniendo una sonrisa.

—Phoebe, ¿viste la cara de tu tía?

—No del todo, pero puedo imaginarla. —No era momento de pensar en Alex, no con la mirada demasiado perspicaz de Bella sobre ella—. ¿Fue muy mala?

—¡Oh, sí! —Los ojos de Bella se arrugaron de risa y su sonrisa se ensanchó.

—Ha pasado tanto tiempo insultándolo, llamándolo *"ese hombre"*, y ahora está… está… —Phoebe soltó una risita—. Y, en realidad, antes tenía razón.

—Cuando dijo "Solo llámame Westbrook" —recordó Bella—. Estaba tan halagada…

—¡Y no tiene ni idea!

Phoebe se mantuvo de pie mientras Ellie abrochaba su vestido de noche, esta vez de una tela azul pavo real sobre una falda interior color crema, y luego se sentó a pensar mientras la doncella le cepillaba el cabello. La expresión de Alex había sido de preocupación mientras su tía balbuceaba, hasta que vio que ella no podía ocultar del todo su diversión. Sus dudas sobre los sentimientos de él habían sido demasiado precipitadas.

—Lady Carterton la estuvo buscando, señorita —dijo Ellie, interrumpiendo los pensamientos de Phoebe—. Quietecita ahora, señorita —añadió, mientras torcía una cinta para colocarla como diadema sobre su cabello.

—¿Dijo qué quería?

—No exactamente, señorita. Dijo que si no la veía antes de la cena, que recordara que no todo es lo que parece.

—¿Eso es todo?

—Sí, señorita. Mensaje curioso, si me pregunta.

Cuando Phoebe bajó, la dirigieron a otro salón, decorado en tonos bordó y dorado. Tomó una copa de vino de manos de un lacayo y fue a sentarse en uno de los sofás junto al fuego. Todos, excepto su tía y Hélène, estaban presentes. Alex conversaba con Lord Marstone y Lord Carterton; los tres llevaban chaquetas y calzones sobrios, pero bien cortados, con chalecos bordados como único adorno.

—La señorita Fletcher la ha dejado espléndida —dijo Lady Jesson al sentarse a su lado.

—Gracias, mi lady —respondió Phoebe, complacida—. Creo que a todos los deja espléndidos.

Aunque los hombres parecían absortos en su conversación, Alex miró hacia donde ella estaba sentada y le hizo una leve inclinación de cabeza antes de volver a hablar. Pero ella notó el comienzo de una sonrisa, rápidamente disimulada, y recordó el mensaje que Bella le había enviado a través de Ellie.

Estaba segura de que él se alegraba de verla, pero estaba representando un papel. Sospechaba que ella también tendría que hacer lo mismo esa noche, aunque deseaba que alguien le hubiera dicho cuál era exactamente.

Phoebe miró el reloj sobre la repisa de la chimenea: habían pasado diez minutos de la hora a la que Bella había dicho que se serviría la cena.

—Parece que la experiencia con Harlford no los ha curado de llegar tarde —dijo Lady Jesson en voz baja.

La puerta se abrió. Tras una breve pausa, el tiempo justo para asegurarse de que toda la atención estuviera en la entrada, sospechó Phoebe, la comtesse y Hélène hicieron su aparición. Sus vestidos bordados estaban adornados con encaje plateado y lazos de cinta, y diamantes brillaban en el cuello y las orejas de la comtesse.

—Más apropiadas para un baile que para una cena en el campo —murmuró Lady Jesson—. Mucho glaseado y nada de pastel.

Phoebe contuvo una sonrisa. Estaba perfectamente feliz con su vestido, mucho más sobrio.

—Sentimos mucho el retraso —dijo la comtesse, mirando a Lord Marstone en lugar de a su anfitriona. Como si estuviera ensayado, y para su evidente deleite, él cruzó el salón para recibirla.

Lord Carterton y Alex intercambiaron una mueca rápida, luego Alex se irguió y se acercó a Hélène, inclinándose sobre su mano.

—Qué hermosa está esta noche, Lady Hélène.

Hélène sonrió y agitó las pestañas.

—Gracias, Westbrook.

Phoebe respiró hondo un par de veces, decidida a no reírse.

—¿Me concede el honor de acompañarla a cenar? —dijo Alex, ofreciéndole el brazo como si no tuviera ninguna duda de cuál sería su respuesta. Hélène agitó su abanico y posó los dedos sobre su brazo. El conde hizo lo propio con la comtesse, y juntos encabezaron el paso hacia el comedor.

—Me temo que el acomodo será informal —se disculpó Bella mientras su esposo la acompañaba—. Tenemos muchas más damas que caballeros.

—Será tan bueno como una obra de teatro —dijo Lady Jesson en voz baja, y Phoebe oyó una risita suave de Lady Lydenham.

En el comedor, Lord Carterton, como anfitrión, se sentó en un extremo de la mesa, con la comtesse en el lugar de honor a su derecha. El conde de Marstone estaba a su lado. Hélène se sentó a la izquierda de Lord Carterton, con Alex del otro lado. Bella, como anfitriona, ocupaba el otro extremo de la mesa con el resto del grupo. Phoebe estaba segura de que se habían violado varias reglas de precedencia, pues, sin duda, el conde, como el hombre de mayor rango presente, debería haber estado junto a Bella, donde estaba ella.

Durante la cena, Phoebe disfrutó conversando con Lady Jesson y Bella, e incluso con Lady Lydenham al otro lado de la mesa de vez en cuando. Fragmentos dispersos de los comentarios de Alex a Hélène les llegaban, y también algunos de Lord Marstone a la comtesse.

—…ojos como joyas —dijo Alex durante una pausa inesperada en la conversación.

Phoebe lo miró al tiempo que él alzaba la vista, y tuvo que morderse los labios al ver la fugaz mueca de fastidio que él hizo.

—Qué bonita alusión —suspiró Hélène, enrollando un rizo alrededor de su dedo.

—... tan hermosa como su hija...

—... con el cabello como hilos de oro...

—Phoebe, dime qué querrá hacer el joven Georges mientras esté aquí —dijo Bella, con los labios ligeramente curvados. Phoebe mantuvo la atención en su anfitriona, no era apropiado reírse en la mesa.

Alex no estaba disfrutando el ser obligado a escuchar mientras Hélène describía los bailes a los que había asistido, los vestidos que había usado, y los caballeros titulados con los que había bailado.

—... tres veces no sería adecuado.

—No, en efecto.

—Pero él me pidió que lo llevara a dar un paseo por el parque al siguiente...

Mirando a lo largo de la mesa, se sintió complacido al ver que Phoebe conversaba con Bella y las demás damas.

—... solo un vizconde, pero su padre es...

Bella le lanzó una mirada, una sonrisa irónica sugiriendo que podría ser él la causa de su diversión.

—... ¿no lo crees, Westbrook? —Hélène volvió a parpadearle coquetamente.

—Sí, en efecto. No tenía idea de qué acababa de aceptar, pero al menos su parloteo lo salvaba del esfuerzo de intentar encontrar un tema de conversación. Excepto que su silencio sugería que era su turno de hacerle un cumplido de nuevo.

—Lamento no haber podido asistir a eventos sociales —dijo—. Habría sido un placer bailar con usted.

—Oh, sí. Me pregunto si Lady Carterton podría organizar un...

—Desafortunadamente no hay salón de baile aquí, Lady Hélène —dijo, cortando esa idea de raíz. ¿Qué más podía decir? Ya había hablado sobre el cabello, los ojos, la piel, el vestido. ¿Notaría si se repetía? Su único consuelo era que Marstone, prestando la misma atención a la condesa, debía estar igualmente aburrido.

Se sintió aliviado cuando Bella no permitió que la compañía se quedara mucho rato después del postre, levantándose y anunciando que era hora de que los caballeros se retiraran. Mientras las damas abandonaban la sala, Alex vio cómo la condesa avanzaba con paso firme, asumiendo groseramente la prioridad sobre las demás damas, recordándole en voz alta a Phoebe que debía ser la última.

¿Así hablaba siempre esa mujer con Phoebe? Sacudió la cabeza, esperando que Bella o alguna de las otras mujeres interviniera si la condesa se volvía demasiado insoportable. Su preocupación desapareció cuando Phoebe miró por encima del hombro al salir de la sala; ella lo miró a los ojos y sonrió, había diversión en sus ojos, y no pudo evitar sonreír también.

Capítulo 46

Phoebe siguió a Lady Jesson al salón, y todas se acomodaron en los asientos cerca del fuego. Andrews supervisaba a un lacayo que traía la bandeja de té, y Bella hizo un gesto con la mano hacia Phoebe.

—¿Le gustaría servir, señorita Deane? Lady Hélène puede ayudarla.

Así que, sin más, las mujeres más jóvenes se ocuparon de servir las tazas de té y pasarlas entre ellas.

—Qué agradable para Hélène, que Westbrook le haga tales cumplidos —dijo la condesa, tomando un sorbo de su té.

—Eso está muy bien —dijo Bella—, pero no llevará a nada.

—¿Por qué? —preguntó la condesa—. Estaba muy atento. —Lucía tan satisfecha como si la atención hubiera sido para ella.

—Me pidió que lo acompañara en un paseo mañana, mamá —dijo Hélène, acercándose para sentarse junto a la condesa.

—¿Ves?

—Pero es un hombre de honor, Lavinia —dijo Lady Jesson.

—Naturalmente. Es hijo de Marstone. ¿Qué tiene eso que ver con algo?

—Vamos, Lavinia —dijo Lady Jesson—. La razón por la que estás aquí es por los rumores sobre tu tiempo en Francia. Todos dicen que Westbrook comprometió la virtud de la señorita Deane. —Se inclinó hacia adelante—. Cualquier hombre de honor haría lo correcto y le haría una propuesta.

Phoebe comenzaba a encontrar esta farsa menos divertida de lo que había esperado.

—De hecho, esperaría que hiciera una propuesta mientras está aquí —intervino Lady Lydenham.

La condesa se veía horrorizada; el labio inferior de Hélène comenzó a temblar.

—¿Pensaba que pretendías a Harlford para tu hija? —dijo Lady Jesson.

—Oh, había oído que su atención estaba en otra parte ahora —intervino Bella antes de que la condesa pudiera responder.

—Mejor tener un pájaro en mano… —dijo Lady Jesson—. Al menos, un pájaro en mano sería mejor si Westbrook no estuviera obligado por el honor...

—No hay nada que hacer, me temo —Lady Lydenham sacudió la cabeza—. Parece que la señorita Deane hará una excelente alianza bastante pronto.

—¡Pero los rumores no son ciertos! —dijo la condesa, su mirada saltando de una mujer a otra. En otras circunstancias, Phoebe pensó que habría disfrutado viendo a su tía ser derrotada de esta manera.

—¿Cuándo ha detenido eso a la gente de hacer un juicio? —dijo Bella—. Supongo que la verdad también se difundiría si fuera lo suficientemente interesante. Desafortunadamente, las historias en las que aparentemente no ocurre nada rara vez se transmiten. La historia que yo escuché era bastante interesante...

—¿Qué oíste? —preguntó la condesa. Miró a Hélène, que estaba en silencio con el labio inferior aún más prominente—. Hélène, querida, ¿podrías traerme mi chal de mi habitación?

Phoebe no quería escuchar todo esto otra vez, así que, cuando Hélène salió de la habitación, se dirigió a una mesa en la esquina donde había algunos libros dispuestos. Hojeándolos, eligió uno con ilustraciones de la costa de Sussex y Kent, y se acomodó en la mesa para leerlo, esforzándose por ignorar la conversación en voz baja al otro lado de la habitación.

Miró hacia arriba cuando los hombres entraron al salón, sintiendo un cosquilleo en el estómago cuando Alex y Lord Marstone se acercaron a ella.

—Señorita Deane —dijo el conde—. ¿Por qué estás sentada sola aquí?

—No quería escuchar otra vez la versión de los hechos en Francia de mi tía, mi lord.

—Hmm. Sí, puedo ver que eso podría ser... molesto.

—¿Confío en que haya disfrutado de su cena, señor? —dijo Phoebe, sabiendo que no había sido así.

Ambos hombres rieron ante eso.

—Tanto como Westbrook disfrutó de la suya, señorita Deane —dijo el conde, lanzando una mirada irónica a su hijo—. Tengo que irme a Londres por la mañana, pero parece que Bella tiene el plan bien bajo control.

Lord Marstone hizo una reverencia y se alejó, uniéndose al grupo cerca del fuego.

—¿Estás bien, Phoebe, de verdad? —preguntó Alex, con voz baja—. Algunas de las historias que circulan son...

—¡No son ciertas, y todos los que me importan o respeto lo saben! —dijo ella, mirando su rostro. Cualquier duda que hubiera quedado sobre sus sentimientos desapareció. Su preocupación era mucho más que el cuidado por una conocida, o incluso una buena amiga.

—"¡Solo llámame Westbrook!" —continuó ella—. ¡Tú, no debes morder la mano que te da de comer!

Quería hablar con él, pero no allí, frente a todas esas personas.

Él se rio.

—¿La verdad, pero no toda la verdad?

—Sí, pero cuando sabes muy bien que pondrán la interpretación equivocada a las cosas.

Su tía la llamó desde el otro lado del salón. Al volverse hacia la condesa, Phoebe reconoció la línea tensa de su boca.

—Disfruta de tu *tête-à-tête* —le dijo a Alex, levantándose.

—¿Qué...?

Phoebe sonrió a Hélène al pasar junto a la joven y acercarse a la condesa, sentándose obedientemente cuando su tía palmeó el lugar vacío junto a ella en el sofá. Desde el rabillo del ojo vio a Hélène hablando con Alex, y su respuesta, una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

La condesa lucía una expresión triunfante. Phoebe se alegró de ver que las mujeres habían terminado de hablar de Francia y ahora discutían sobre una excursión a la costa al día siguiente.

—Si el tiempo lo permite, claro —dijo Bella—. Nick puede darnos un recorrido guiado por el castillo de Pevensey, para quienes estén interesados.

Disfrutaría haciendo un dibujo del castillo, pero probablemente no habría tiempo para pintarlo también. A medida que la conversación giraba hacia otros pasatiempos, se preguntaba si algún día podría pintar en los jardines aquí. Habría flores de primavera en flor.

Bella rompió el grupo relativamente temprano, diciendo que debían estar en camino mucho antes del mediodía al día siguiente. Arriba, Phoebe encontró a Ellie esperándola, pero la joven no hizo ningún intento de ayudarla a deshacer su cabello o desvestirse.

—La buscan en la biblioteca, señorita —dijo ella—. En un rato, cuando estemos seguras de que Madame ya se ha ido a la cama.

Las cejas de Phoebe se alzaron; sin duda esto formaba parte del plan de Bella.

—Será mejor que me ayudes a decidir qué ponerme mañana —dijo.

Alex bebió un sorbo de oporto mientras esperaba a que las damas regresaran. Marstone estaba sentado enfrente, con una de sus expresiones pensativas. Sus miradas ocasionales hacia Alex le enviaban una ligera sensación de incomodidad: Marstone estaba tramando algo, pero no tenía idea de qué.

Bella fue la primera en regresar con su esposo, seguida de Lady Jesson y Lady Lydenham, y sus doncellas. Finalmente, Phoebe llegó y se sentó junto a Lady Jesson.

—Es hora de que expliquemos las cosas correctamente, Phoebe —dijo Bella—. Simpson, aquí, es la doncella de Lady Jesson, y Matthews trabaja para Lady Lydenham. Ellas regresarán a Londres mañana y comenzarán a difundir una versión alternativa de la historia entre los sirvientes.

Las dos doncellas asintieron; Alex supuso que ya les habían dado instrucciones.

—No he estado mucho en la sociedad últimamente —dijo Lady Lydenham—. Pero creo que es hora de que empiece a dar reuniones nuevamente. La próxima semana organizaré una fiesta.

—Eso es poco aviso —señaló Bella—. Pero Simpson y Matthews se encargarán de que la gente se entere de que Lady Lydenham ha

estado aquí y tiene más detalles sobre el último supuesto escándalo.

—Eso, y la curiosidad, deberían persuadir a suficientes personas para que vengan —añadió Lady Lydenham.

—Y yo —dijo Lady Jesson—, puedo asegurar que bastantes damas, incluidas algunas que se creen muy correctas, vendrán y reconocerán a ti, a tu tía y a tu prima.

—No resolverá las cosas de inmediato —dijo Bella a Phoebe—. Pero con el tiempo la gente se olvidará. Tú, y Hélène, supongo, tendrán que esperar hasta la próxima temporada para hacer una buena alianza, pero no se puede hacer nada al respecto.

—¿Y *qué* se supone que ha sucedido? —preguntó Phoebe.

—Lo que realmente ocurrió, más algunas modificaciones —dijo Alex, intentando apartar de su mente el hecho de que reinstaurar a Phoebe en la buena opinión de la sociedad solo haría que sus propias posibilidades con ella fueran aún más remotas—. El truco está en dar una explicación alternativa para los aspectos principales de la historia.

—¿Mi tía ha aceptado esto?

—Ella cree que lo ideó ella misma —dijo Lady Lydenham, una sonrisa extendiéndose en su rostro—. ¡Hace tiempo que no me divertía tanto!

—¿Y Brevare? —preguntó Bella.

—Estaba buscando a su madre y hermana en Francia, y se cruzó conmigo. Hizo avances hacia Phoebe y fue rechazado, y ahora está difundiendo estas historias por despecho, para quedar mejor. Se adelanta con su versión antes de que Phoebe se dé cuenta de que está en la ciudad y pueda contar lo que realmente pasó.

Lady Jesson miró a su doncella.

—¿Has entendido todo eso, Simpson?

—Sí, mi señora.

Matthews también asintió.

Alex observó el rostro de Phoebe mientras las doncellas salían de la habitación. ¿Qué estaría pensando? ¿Esperando que esto funcione para poder seguir disfrutando de su temporada?

—Mis damas, si no les importa, me gustaría hablar con la señorita Deane antes de irme mañana —dijo el conde, mirando a

cada una de las mujeres—. Ahora es el mejor momento.

Los buenos deseos de buenas noches fueron breves, pues ya se habían dicho antes, y pronto Alex quedó a solas con Phoebe y Marstone.

—Según lo que he podido averiguar sobre los movimientos de Brevare —dijo Marstone—, volvió a Francia poco después de que le quitaran la nota falsa, señorita Deane. Sospecho que fue a buscar a su familia.

—Pero para cuando las localizó, ¿yo ya los había sacado? —preguntó Alex.

—Parece probable. Pero quería dejar claro que no se le debe confiar, aunque nos equivoquemos sobre el origen de estas historias.

—¿Eso significa que realmente trabaja para Francia? Si su familia está a salvo ahora, no puede estar siendo chantajeado para...

—Sabemos que están a salvo —interrumpió Marstone—. Es probable que nuestro traidor también lo sepa, pero si Brevare no lo ha descubierto, el traidor aún podría estar chantajeándolo.

—¿Todavía no se lo has dicho? ¡Hace más de una semana que Alex las trajo de vuelta! —los ojos de Phoebe se abrieron de par en par.

—No —dijo Marstone—. Gracias, señorita Deane, eso es todo lo que quería...

—¿Por qué no se lo has dicho? —persistió Phoebe, fijando la mirada en el conde—. Debe estar muy preocupado por ellas.

Alex contuvo una sonrisa ante la expresión de Marstone: no estaba acostumbrado a que lo cuestionaran así.

—¿Por qué te preocupas por él después del daño que te está haciendo? —preguntó él.

—No parece correcto —dijo Phoebe—. ¿Por qué no simplemente decirle y preguntarle para quién está trabajando?

Su mirada ahora era una fija y decidida. Marstone permaneció impasible, con la boca apretada, el único signo de sus sentimientos.

—Es probable que haya un intermediario entre Brevare y el verdadero traidor —intervino Alex, ignorando la mirada advertida que Marstone le lanzó. Phoebe merecía una respuesta.

—Eso es suficiente, Westbrook.

—Ciertamente, señor. Estoy seguro de que la señorita Deane puede resolver el resto por sí misma —no esperó respuesta de Marstone, sino que se volvió hacia Phoebe.

—Señorita Deane, ¿puedo acompañarla a su habitación?

Phoebe lo miró a él, luego a Marstone, y se levantó.

—Le deseo buenas noches, señor —dijo. Luego, dándole el brazo a Alex, se dirigieron a salir de la habitación.

Alex se detuvo en el pasillo superior y se giró para mirarla. Solo iluminados por sus velas, era difícil distinguir su expresión. ¿Pensativa?

—Phoebe, el plan de Bella requiere que mantenga la apariencia de cortejar a tu prima. Ella piensa que tu tía podría necesitar un poco de incentivo para adherirse a la nueva historia. —Quería saber que lo entendía, que no la estaba menospreciando.

—Eso lo deduje —dijo ella, sonriendo hacia él.

Había mucho más que podría decir, pero ahora no era el momento. El plan de Bella, tan dudoso como fuera, se arruinaría si la comtesse o su hija los veían juntos de esta manera.

—Necesito ver si Marstone tiene más instrucciones antes de irse a la ciudad —dijo—. Que duermas bien.

—Buenas noches, Alex.

Él la observó hasta que entró en su habitación y cerró la puerta, deseando estar al otro lado de ella, con ella.

Capítulo 47

Tres mañanas después, Phoebe despertó al ver un cielo azul que prometía otro día hermoso y se levantó para tomar un desayuno temprano. El viaje a Pevensey había sido tanto agradable como frustrante: Lord Carterton había proporcionado un interesante comentario sobre las ruinas, pero ella había tenido que ver a Alex fingiendo cortejar a su prima. Sonrió al recordar la decepción de Hélène después de la cena aquella noche, cuando, en lugar de unirse a ellas en el salón, Alex y Lord Carterton se habían instalado en la sala de billar.

Ayer había llevado su pequeño caballete y pinturas al bosque al sur de la casa. No estaba completamente satisfecha con sus esfuerzos, y Bella le había hablado de un bonito claro con un arroyo que lo atravesaba, que parecía ser el lugar ideal para el intento de hoy.

Después de regresar a su habitación para recoger su pelisse y materiales de pintura, vio a la comtesse y a Hélène en el pasillo. Se hizo a un lado, esperando evitar su atención, pero su tía ya la había visto.

—Buenos días, Phoebe —dijo la comtesse—. ¿Vas a pintar de nuevo?

—Sí. —¿Su tía tenía otros planes para ella? —. El día parece que va a ser bonito.

—Debes aprovechar los terrenos mientras estés aquí —dijo la comtesse—. Vivir en Londres no te da muchas oportunidades para pintar paisajes. Y es un día encantador para dar un paseo.

Phoebe soltó un suspiro de alivio, sorprendida por la actitud amigable de su tía.

—¿Vas a ir al mismo lugar que ayer? El bosque debe ser precioso en esta época del año.

—Cerca de allí, madame. Lady Carterton dijo que hay un arroyo cerca con...

—Quizás deberías dar un paseo también, Hélène —dijo la comtesse—. Después del desayuno, por supuesto —agregó.

—¡Phoebe! —Georges bajó rápidamente las escaleras—. ¿Puedo ir contigo?

Phoebe se detuvo para esperarle, dejando que su tía continuara hacia el salón del desayuno. La señorita Bryant descendía las escaleras a un ritmo más tranquilo, vestida con su pelisse y llevando el abrigo exterior de Georges.

—¿No vas a montar de nuevo?

—Me duele el trasero —admitió él con una sonrisa avergonzada.

—Ha pasado la mayor parte de los últimos dos días montando —dijo Alice—. Encontraremos otra cosa que hacer.

—¿Botánica? —sugirió Phoebe—. Hay flores hermosas en el bosque.

—Las flores son para chicas —comenzó Georges, pero se detuvo cuando atrapó la mirada de Phoebe.

—Pídele a la señorita Bryant que te cuente sobre Sir Joseph Banks —dijo Phoebe—. Es famoso por saber todo sobre las plantas. Pero sí, puedes acompañarme.

Phoebe organizó que un sirviente les indicara el camino al arroyo y les llevara una cesta de picnic, y los cuatro se adentraron en el bosque. Los árboles aún estaban desnudos, lo que permitía que el sol iluminara los grupos de narcisos silvestres y las prímulas y ranúnculos esparcidos entre la hierba. Phoebe respiró profundamente, feliz de estar al aire libre en un entorno tan hermoso.

El claro era tan bonito como Bella había dicho, y Phoebe pasó un tiempo eligiendo el punto de vista antes de colocar su taburete y caballete. Georges y Alice recogieron puñados de flores y se sentaron sobre una manta para examinarlas en detalle. Sus voces eran un suave murmullo de fondo mientras Phoebe comenzaba a aplicar sus primeras capas de color. Los pájaros cantaban en los árboles, y el sonido del sirviente aburrido que tallaba una rama se mezclaba con la ligera brisa que susurraba en las ramas.

***

Alex estaba de pie junto a su ventana, mirando sombríamente el cielo. La lluvia intensa de la noche anterior había cesado, y el clima no le daría excusa para evitar a Hélène esa mañana. Mientras observaba, vio a Phoebe salir con Georges, su institutriz y un sirviente.

Había pensado que el plan de Bella era una tontería desde el principio, y dudaba que la comtesse fuera tan tonta como para caer en la trampa de Bella, pero lo había hecho. Ahora se enfrentaba a otro día tedioso, sufriendo el parloteo adulador de Hélène, cuando preferiría pasar su tiempo con Phoebe.

Se giró hacia el espejo, comprobando que su corbata estuviera bien atada y su cabello ordenado. Luego, respirando hondo, abrió la puerta y bajó las escaleras. Había pospuesto el momento desagradable tanto como pudo, llegando tarde al desayuno deliberadamente, pero si se retrasaba más, Bella vendría a buscarlo.

—Qué hermoso día hace hoy, Westbrook —dijo la comtesse con alegría al entrar en el salón del desayuno. Él hizo un ruido indiferente mientras cruzaba la sala y tomaba un plato, llenándolo de los platos dispuestos sobre la mesa.

—Es el día perfecto para dar un paseo por los terrenos —agregó, elevando la voz para ser oída por encima del ruido que él hacía.

—El terreno aún puede estar algo mojado —dijo él, añadiendo otro desagradable trozo de salchicha a su plato. Al volver a la mesa, vio que la mirada de Bella se afilaba. Se sentó en un lugar vacío y comenzó a comer.

—Tonterías, Westbrook —dijo Bella—. Estará seco en una hora. Especialmente si se queda en el césped y no entra en el bosque. Estoy segura de que Madame de Calvac disfrutaría de un paseo.

Casi se atragantó con el tocino ante la imagen que esta sugerencia plantó en su mente. Un vistazo rápido al rostro de Bella, ahora reprimiendo la diversión, le mostró que lo había hecho a propósito.

—Oh, no, yo no —dijo la comtesse, su mirada saltando entre él y Bella—. Tengo... tengo algunas cartas urgentes que escribir esta mañana. Pero Hélène estaría encantada de tener su compañía.

No iba a escapar, así que debería hacerlo. Se giró hacia Hélène.

—¿Me haría el honor de acompañarme a dar un paseo por los terrenos más tarde esta mañana, Lady Hélène?

—¿Cómo no, Westbrook? —sonrió ella—. Estaría encantada.

—Hay una casita de verano en el borde del césped sur —agregó Bella, con una expresión inocente—. Justo el lugar para descansar si el aire sigue fresco.

—Eso suena encantador —dijo Hélène, algo sin aliento.

Alex vio cómo su mirada se deslizaba hacia su madre, y atrapó un movimiento de la cabeza de la comtesse con el rabillo del ojo. Tenían la intención de cerrar su trampa esa mañana.

—¿En media hora, entonces? —dijo, agitando un tenedor hacia su plato.

Hélène se mostró algo nerviosa, luego se excusó para ir a cambiarse. La comtesse la siguió.

—¡Malvado, Alex! —dijo Bella—. ¿Solo media hora para cambiarse de vestido? Alex se encogió de hombros y se concentró en su desayuno. El vestido que llevaba le parecía perfectamente aceptable. La voz de la comtesse llegó desde el pasillo, las palabras apenas distinguibles, pero el tono inconfundiblemente exigente.

Bella tocó el timbre. Cuando Andrews apareció, su rostro era cuidadosamente inexpresivo, pero la tensión en su mandíbula traicionaba algo de irritación.

—¿Mi señora?

—Por favor, asegúrate de que haya fuego encendido en el salón sur y lleva a las damas Jesson y Lydenham allí cuando bajen.

—Sí, mi señora. Madame de Calvac ha solicitado lo mismo.

—No estarán aquí mucho más tiempo, Andrews —agregó Bella.

—No, mi señora —respondió Andrews, relajándose.

Observando al hombre girar y salir de la habitación, Alex se recordó a sí mismo que no era el único que hacía sacrificios. Claro, él era el único que tendría su vida arruinada si esto salía mal.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que intentarán una trampa? —preguntó Alex—. Hélène es una chica hermosa, aunque tediosa, y no debería tener dificultad para atraer a un marido con título.

—¿Por qué, entonces, estaban tan interesados en la casita de verano? —preguntó Bella—. Puede que no lo hagan, por supuesto, pero hay varias razones por las que creo que sí lo intentarán. No hay tantos pares solteros, o sus herederos, como podrías suponer, si descontamos a los que tienen veinte o más años que Hélène.

—La comtesse no dejaría que la diferencia de edad le molestara.

—No, pero Hélène y su padre probablemente quieran a alguien más cercano a su propia edad. Luego está Harlford, que estaba enamorado, pero aparentemente ya no, así que el prospecto más elegible de la temporada ya se le ha escapado. Nuestra historia alternativa podría calmar los chismes, pero no es garantía. Y aquí estás tú, aparentemente el heredero de un condado, y además rico. Eres lo mejor que hay en el mercado.

Alex suspiró.

—No me falles, Bella. Si esa molesta pavita me supera, no me casaré con ella, diga lo que diga quien lo diga. Preferiría emigrar.

—No te preocupes —dijo ella—. Recuerda lo que te dije sobre la casita de verano y ponte un abrigo cálido.

Hizo una mueca mientras tragaba su café.

—Vamos, Alex, seguro que has hecho engaños más peligrosos.

Alex le ofreció el brazo a Hélène, y juntos comenzaron a caminar por el sendero que bordeaba el césped, con los zapatos crujendo sobre la gravilla. Este lado del césped estaba delimitado por un borde profundo, que en ese momento solo estaba adornado por algunos arbustos de hoja perenne y grupos de narcisos, y respaldado por un alto seto de tejo. Al frente, la casita de verano estaba situada de manera que ofrecía una buena vista tanto de los parterres como del bosque.

—...un jardín precioso, Westbrook —dijo Hélène.

¿Qué había pasado por alto?

—En efecto —dijo él—. Me gusta estar al aire libre; es tan tranquilo.

—Sí, encantador —continuó Hélène—. Los sonidos de los pájaros cantando, tan hermosos.

Y completamente inaudibles con tu parloteo, pensó él, con su irritación en aumento.

—¿Podemos sentarnos y escucharlos? —añadió ella.

Alex miró su rostro, elevado hacia el suyo con una sonrisa esperanzada. Tuvo un breve destello de duda: ¿había Bella malinterpretado las intenciones de la comtesse y su hija?

—Será encantador sentarnos allí juntos —continuó Hélène, señalando la casita de verano.

No, Bella no se había equivocado. Giró hacia el sendero que conducía al pequeño edificio y abrió la puerta.

—Si espera un momento, Lady Hélène —dijo él—, me aseguraré de que el banco esté limpio para usted. Lo limpió con su pañuelo y salió afuera mientras Hélène entraba. Ella se sentó y alisó su falda.

—¿No se une a mí, Westbrook?

Alex se apoyó en el marco de la puerta, sin hacer ningún intento de entrar. Una rápida mirada por encima de su hombro le confirmó que estaba claramente a la vista de cualquiera que mirara desde las ventanas del lado sur de la casa.

—Se vas a resfriar quedándose ahí de pie —dijo Hélène—. Entre y resguárdese del viento.

—No tengo frío, pero gracias por su consideración.

—Pero no puedo hablar con usted correctamente desde aquí.

—¿Entonces seguimos caminando?

Su rostro se desplomó. Alex comenzó a sentir algo de lástima por ella; no podía saber que se dirigía a una mayor decepción al final de esta farsa. Luego recordó que ella no había intentado ayudar a Phoebe mientras estaban en Francia, y su simpatía se desvaneció.

—¿No quiere sentarse conmigo, Westbrook? ¿No cree que soy hermosa? —Hélène frunció el entrecejo, como si realmente no pudiera entender por qué un hombre no se sentiría atraído por ella.

—¿Quiere mi opinión honesta, Lady Hélène?

—Sí, por supuesto. —Se desplazó por el banco, como si hiciera espacio para él.

—Creo que es una de las mujeres más hermosas que he visto...

Una sonrisa complacida se extendió por su rostro.

—...pero su prima vale diez de usted.

Más de diez de ella.

Sintió esa punzada de remordimiento otra vez al ver cómo su boca se abría y las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Phoebe me robó a Harlford —dijo, con los labios temblorosos —. Y ahora a usted. Al menos el vicomte...

—Ella no *robó* nada —dijo Alex—. Y no es *ella* quien está lo suficientemente desesperada como para intentar una trampa. — Observó sus ojos agrandados con satisfacción. —No tiene nada más que su belleza. Y poca honestidad o inteligencia.

Su labio inferior se tembló.

—Mamá dice que las damas no necesitan eso...

—Su madre no entiende cómo piensan los hombres decentes. — Intentó calmar su ira. Con una madre como la suya, ¿cómo podría ella tener la misma integridad que Phoebe?

—¿Sabe lo que está intentando hacer aquí, Lady Hélène? — preguntó—. Quiere que la gente piense que hemos tenido… relaciones. ¿Y si yo quisiera hacerlo, aquí, en esta casita de verano?

El rostro de Hélène se puso rojo, luego pálido, mientras él hablaba.

—Eso es lo que iba a decir que pasó, ¿no? ¿Y si yo le quitara la ropa, le gustara o no? ¿Si la golpeara?

—¡No lo haría! —La voz de Hélène ahora solo era un susurro.

—No, no lo haría. —Sus manos se apretaron en puños—. Pero su madre no sabía eso, ¿verdad?, cuando hizo que Phoebe usara ese vestido dorado.

Se alejó, ignorando el sonido de los sollozos detrás de él.

***

Después de pintar durante una hora, Phoebe fue a ver cómo avanzaba la botánica de Georges mientras esperaba que se secara un lavado de color.

—Conozco estas. —Georges indicó las flores recolectadas—. Y roble, acebo, tejo y haya —añadió, señalando una selección de hojas caídas que había recogido—. ¿Puedo construir una presa en el arroyo ahora?

Phoebe intercambió miradas con Alice, que se encogió de hombros.

—Está bien —dijo Phoebe—. Pero allá —señaló—. No en la parte que estoy pintando, por favor. Y no te ensucies demasiado.

Era poco probable que esa última instrucción fuera obedecida, se dio cuenta, sonriendo ante su entusiasmo. El lacayo, mirando primero a Phoebe para obtener aprobación, lo siguió.

Se giró hacia la institutriz.

—Alice, puedo vigilarlo si deseas volver a la casa. Necesitaré otra hora, hora y media como mucho.

Agradeciéndole, la institutriz recogió sus libros y las flores y se marchó. Phoebe retomó la pintura, consciente de que Georges hablaba con el lacayo, y del chapoteo ocasional cuando arrojaba piedras al arroyo. Perdió la noción del tiempo mientras su cuadro avanzaba, finalmente se apartó para evaluar su logro.

Era un cuadro bonito, pero no capturaba realmente la belleza del día de primavera. Lo retiró del caballete y lo colocó para que se secara sobre su caja de pintura. Georges debía de estar disfrutando, pensó, habría esperado que ya se quejara de hambre. La actividad de construir la presa produjo un chapoteo más fuerte de lo usual y sonrió: estaría bastante mojado y sucio cuando terminara.

—¡Eh, no puedes...!

¿La voz de un hombre? ¿El lacayo?

Phoebe se levantó de un salto, golpeando el caballete en su prisa, alarmada más por la súbita cesación del grito que por las palabras mismas. ¿Se había caído Georges? ¿Se había hecho daño?

No podía ver a nadie, pero Georges había estado jugando justo fuera de la vista.

—¡Phoebe! —La voz de Georges era estridente, llena de pánico —. ¡Phoe...!

Con el corazón acelerado, Phoebe levantó sus faldas y corrió a lo largo del arroyo.

Un hombre extraño estaba sujetando a Georges, con una mano presionada sobre su boca. Otro estaba junto a él, sosteniendo un palo. Phoebe se detuvo en seco cuando ambos hombres miraron en su dirección.

Debía ayudar a Georges... no, no podía hacer nada contra dos hombres, todo lo que podía hacer era ir a buscar ayuda.

Sus pies resbalaron en el barro cuando giró y comenzó a correr. El terreno estaba irregular, y tropezó con una raíz de árbol cayendo de rodillas. Respirando con dificultad, se levantó nuevamente. Dos pasos después, una mano la agarró del hombro y la giró.

Volvió a caer, con el rostro sin afeitar del hombre inclinándose hacia ella.

—¡Ayuda! —El grito fue lo más fuerte que pudo—. ¡Auxí...!

Le dio una bofetada en la cara.

Capítulo 48

—Bueno, Bella, ¿funcionó el plan? —preguntó Alex cuando Bella entró en la biblioteca.

—Éxito. ¡Bien hecho! —Sonrió—. Hubieras visto la cara de la condesa cuando se dio cuenta de que había animado a su hija a atrapar al hijo ilegítimo de Marstone. Luego, Lady Jesson señaló lo jugoso que sería ese cotilleo si la historia se difundía.

—No me parece bien hecho —dijo Alex con tono plano—. Probablemente dije más de lo que debía. —Relató lo que le había dicho a Hélène, y la sonrisa de Bella se desvaneció mientras hablaba.

Cuando terminó, ella extendió una mano para acariciar su brazo.

—No pierdas el tiempo preocupándote por ella —dijo—. Ya era hora de que alguien dejara claro que las tácticas de su madre no sirven. Si alguien tiene la culpa, esa es la condesa.

Alex se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Bueno, ya no se puede deshacer —dijo Bella—. El hermano de Phoebe ha llegado con Harlford.

—¿También forman parte de tu plan?

—Ay, no. Deane ha venido a ver cómo está su hermana. En cuanto a Harlford, imagino que nuestra contra-historia se ha difundido lo suficiente para que la haya oído y haya decidido que quizás fue un poco apresurado al cancelar sus compromisos con la familia Calvac. Calvac le habría dicho que todos estamos aquí.

Alex se acercó a la ventana.

—¿Qué quiere? —preguntó, con la garganta apretada. Como si necesitara preguntar.

—Dijo que había venido a ver a Phoebe.

—Así que la contra-historia ha hecho su trabajo. —Se dirigió a la ventana, temiendo que Bella pudiera ver demasiado en su rostro—. ¿Era realmente necesario el disfraz de hoy?

—Sí, lo era. En cuanto vio llegar a Harlford, esa mujer empezó a decir lo lamentable que era la reputación de Phoebe y cuánto admiraba Hélène a Harlford. Sin la amenaza de que Maria la ridiculizara difundiendo la historia de que intentaron atraparte, habría vuelto a la ciudad y habría dicho que los rumores originales eran ciertos después de todo, esperando que Harlford volviera a fijarse en Hélène. Le teme más a la burla que causaría su exposición que a que Harlford se fije en su hija.

Alex sacudió la cabeza.

—Las damas Jesson y Lydenham acaban de salir hacia Londres —prosiguió Bella—. Para asegurarse de que circulen las historias correctas y organizar algunos compromisos para que Phoebe asista.

—Eso está bien —dijo Alex, deseando realmente que fuera así —. Perdóname, necesito salir de la casa. Voy a dar un paseo.

Un paseo de una hora no pudo despejar la mente de Alex de las imágenes de Phoebe con el marqués. Es lo mejor para ella, se dijo a sí mismo mientras dejaba su montura en los establos. Bella parecía pensar que Harlford era un hombre decente. Phoebe estaría mejor con Harlford que con él, más segura, sin duda.

Tal vez, si se lo decía a sí mismo lo suficiente, empezaría a creérselo.

En busca de Bella y algo para comer, se detuvo en la puerta del salón, su mandíbula tensa al ver a Bella conversando con el marqués y el teniente Deane.

—Westbrook —la sonrisa de Deane fue amigable cuando Alex entró.

—Alex —dijo Bella—. Harlford, ¿has conocido a mi sobrino, el Sr. Westbrook?

—No nos hemos conocido —dijo el marqués—. He oído mucho sobre ti últimamente, Westbrook. —Lo miró a los ojos—. La mayoría de ello, sin duda, es falso.

—Probablemente, mi lord —dijo Alex, relajándose un poco. El tono del hombre era más amigable de lo que la mera cortesía dictaba.

—¿Quieren algo de refrigerio? —preguntó Bella—. La comida está servida en el comedor. —Atrajo la mirada de Alex—. Madame de Calvac y su hija tomarán un refrigerio en sus habitaciones.

—¿Se unirá la Srta. Deane? —preguntó el marqués.

Las cejas de Bella se fruncieron mientras miraba el reloj.

—Pensé que ya estaría aquí —dijo—. Sabía a qué hora íbamos a comer.

—¿Dónde fue? —preguntó Alex—. La vi salir antes con el hijo de Calvac y su institutriz.

—Por algún lugar en los bosques del sur —dijo Bella, y tocó el timbre.

Andrews apareció en la puerta.

—¿Mi señora?

—¿Ha regresado la Srta. Deane? ¿O la Srta. Bryant?

—La Srta. Bryant ha regresado, mi señora. No he visto a la Srta. Deane ni al Sr. Calvac.

—Ve a buscar a la Srta. Bryant, por favor, Andrews.

Andrews asintió, regresando unos minutos después con la institutriz.

—Dejé a la Srta. Deane pintando en el bosque —informó—. Georges estaba con ella, y un lacayo. Dijo que podría tardar una hora y media más, por lo que ya debería haber regresado.

¿Se habrá distraído con el tiempo? ¿O se habrá torcido un tobillo o tenido algún otro percance? No debería haberse hecho mucho daño en el bosque, pero eso no mitigaba la creciente preocupación de Alex. Un recuerdo vago de algo que Hélène había dicho esa mañana lo atormentaba, algo que había ignorado en ese momento.

—¿Puedes mostrarme dónde fuiste, Srta. Bryant? —preguntó—. Voy a comprobar que estén bien.

—Permítanme acompañarlos —dijo el marqués—. ¿Deane?

La Srta. Bryant condujo a los tres hombres por el césped y hacia el bosque. Todo lo que Alex podía escuchar, además de sus propios pasos, eran los pájaros y el viento entre las ramas, sin rastro de Georges jugando o de alguien hablando.

El sendero era estrecho y tuvieron que caminar en fila india. Podía ver un área abierta por delante, luego la Srta. Bryant corrió con un grito de desesperación. Un caballete yacía en el suelo, en el claro junto al arroyo, unas hojas sueltas de papel volando alrededor con la suave brisa. Un peso se asentó en su pecho mientras miraba rápidamente a su alrededor; no había rastro de Phoebe ni de Georges.

—¡Ay, ¿qué ha pasado? —dijo Harlford.

—No lo sé, pero algo está mal. ¿Podría Brevare estar involucrado en esto? Seguro que su rencor no llegaría a hacerle daño físico...

—Probablemente se han ido a dar un paseo y se han perdido —dijo el marqués.

—Phoebe no habría dejado sus bocetos así —Deane pasó la mano por el claro.

Alex miró debajo de los materiales de pintura y dibujo, pero no había nada más que encontrar. Se preguntó si ella llevaba una pistola consigo; lo esperaba, pero no tenía forma de saberlo.

—No, en absoluto —dijo la institutriz, acercándose para recoger el caballete. Un gran cajón yacía debajo de él, con su tapa abierta, revelando pinturas y pinceles. Miró a Alex, con los ojos bien abiertos, pero sin señales de lágrimas ni pánico.

—¿Srta. Bryant, el lacayo regresó con usted a la casa?

—No.

—¡Aquí! —llamó Deane, y Alex vio una figura recostada medio oculta detrás de un arbusto. Deane se arrodilló junto al cuerpo de un lacayo, con sus dedos sintiendo el cuello del hombre y luego palpando su cabello.

—Está inconsciente, le han golpeado en la cabeza —dijo, mostrando a Alex una mano pegajosa de sangre—. Hace un rato, creo. La hemorragia casi ha parado.

Si son capaces de hacer esto, ¿qué le habrán hecho a Phoebe?

—¿Tiene agua de hartshorn? —preguntó Alex a la institutriz, obligando a su mente a centrarse en lo práctico.

La Srta. Bryant negó con la cabeza.

Maldita sea, esperaba que el hombre pudiera decirle algo.

—Necesitamos llevarlo a la casa, señor —dijo ella—. ¿Debería ir a llamar a...?

—No, mejor quédate y vigílalo, si no te importa. Harlford, ¿podrías ir a buscar ayuda?

El marqués se puso en marcha rápidamente por el mismo camino por el que habían venido.

La Srta. Bryant señaló hacia el arroyo.

—Georges estaba construyendo una presa por allí.

Alex y Deane caminaron junto al arroyo, observando las orillas. Más allá de la presa a medio hacer, Alex vio algunas huellas, mucho más grandes de lo que correspondería a Phoebe o Georges.

—Dos pares de huellas—dijo Deane.

Continuaron caminando, y aunque Alex aún veía las grandes huellas aquí y allá, no encontró señales de huellas más pequeñas. Las huellas conducían a un área de tierra más seca, donde todas las trazas desaparecían.

—Deben haber sido transportados desde aquí —dijo Alex—. Será mejor que hagamos que Carterton registre la finca.

—Tenemos que encontrarla —dijo Deane, el miedo contenido en su voz, igual que los propios sentimientos de Alex.

***

Su cabeza le dolía. Estaba sentada, apoyada en la esquina de algo, siendo balanceada y sacudida. La tela se pegaba a su boca cuando inhalaba; su corazón latía demasiado rápido, su pulso retumbaba en sus oídos.

—¡Phoebe!

¿Georges?

—Phoebe, *réveille-toi*! Su voz era llorosa, pero persistente.

Sus ojos se abrieron de golpe cuando intentó levantar la tela de su rostro, y ambas manos se movieron juntas. Estaba atada, en una carreta. ¿Cuánto tiempo había estado allí?

Las persianas de las ventanas bloqueaban la vista, pero unas tiras de luz brillante a lo largo de los bordes mostraban que todavía era de día. En el interior oscuro, distinguió a dos hombres sentados frente a ella, uno apuntándole con una pistola. Al mover la cabeza, se estremeció por el dolor punzante en su cráneo.

Georges estaba sentado a su lado, su rostro orientado hacia ella.

—¡Phoebe!

—¡Cállate, mocoso! —gruñó uno de los hombres.

—¿Por qué lo trajiste, entonces? —preguntó el otro, con una voz más aguda que la del primero—. Deberías haberlo golpeado en la cabeza y dejarlo como hiciste con ese lacayo.

—No quería matarlo —dijo el primero—. De todos modos, sus ropas están bien, podrían valer algo para alguien.

Intentó decir algo, pero el mordisco redujo su voz a un sonido apagado. Intentó de nuevo y movió la cabeza con frustración y los primeros brotes de pánico.

—¿Puede respirar? —dijo la voz baja—. Mejor quítale la mordaza. Ese francés dijo que el jefe quería hablar con ella. ¡No sirve de nada si se muere primero!

¿Francés? ¿Brevare?

Phoebe jadeó, respirando ruidosamente como si se estuviera ahogando. Se echó atrás cuando un rostro sin afeitar se le acercó.

—Mantén la boca cerrada, ¿vale? —Era la voz aguda, sus manos palpando detrás de su cabeza. Finalmente, la tela se soltó y ella aspiró una gran bocanada de aire.

***

Harlford estaba con Bella en el salón cuando Alex y Deane regresaron. Las manos de Bella descansaban sobre su regazo, con los nudillos blancos.

—Secuestrada —confirmó Alex. *No* iba a considerar que pudiera haber sido asesinada.

—Debe haber sido el joven Calvac a quien buscaban —dijo Harlford—. Tal vez para pedir un rescate al heredero...

—Eso no importa ahora —interrumpió Deane al marqués—. Necesitamos encontrarles primero.

—El rescate es un motivo posible —admitió Alex. Podría estar relacionado con los negocios de Marstone también, pero no sabía cómo.

—Westbrook —dijo Harlford—, las... eh... historias *revisadas* que se estaban difundiendo por la ciudad ayer te tenían como una

especie de espía. ¿Hay algo de cierto en eso?

—Algo —dijo él. No iba a entrar en detalles ahora—. Eso puede tener algo que ver con esto, pero no podemos saberlo.

—¿Involucraste a la Srta. Deane en el *espionaje*? —preguntó Harlford, con el rostro oscurecido.

—¿Espionaje? —dijo Deane al mismo tiempo.

—Ahora *no* es momento para reproches —interrumpió Bella—. Miró hacia la puerta cuando su marido entró.

—He enviado hombres a recorrer la finca —dijo Nick.

Alex asintió en señal de agradecimiento.

—Si fue un secuestro con fines de rescate, podríamos arriesgarnos a esperar hasta que llegue una demanda de dinero —continuó, tratando de mantener su mente centrada en lo práctico—. Eso podría proporcionarnos algunas pistas sobre dónde los han llevado. Sin embargo, no podemos permitirnos esperar en caso de que esa no sea la razón. Podrían estar de camino a Londres o a Francia, o a cualquier otro lugar del país.

—Tú metiste a la Srta. Deane en esto —dijo Harlford, cortante —. Debes tener alguna idea de quién es el responsable.

—No, aunque conozco a una persona que podría estar involucrada...

—¿Ese Brevare?

—Sí. Pero eso no ayuda mucho. No tiene un hogar en Inglaterra, hasta donde sé.

—¿Podría Marstone tener alguna idea de quién ha hecho esto? —preguntó Bella.

—Podría ser —respondió Alex—. Nick, ¿podemos enviar a alguien a Londres de inmediato? Calvac también debería ser informado.

—Me encargaré de eso. ¿Escribirás una nota?

Alex asintió, y Nick salió de nuevo de la habitación.

—Alguien debería decirle a Madame que su hijo está desaparecido —dijo Bella. Miró sus rostros y luego se levantó—. Iré yo, y me aseguraré de que se quede en su habitación.

—Entonces podrían estar de camino a Londres —dijo Deane, volviendo a los detalles mientras Bella salía de la habitación—.

Quienquiera que lleve la nota a Lord Marstone podría estar atento, si sabe qué buscar.

—También podrían estar de camino a Dover...

—O Folkestone —dijo Nick desde la puerta—. O Hastings, Newhaven, Rye, Hythe... —Caminó hacia una mesa y desenrolló un mapa que había traído con él—.

—Estamos aquí —dijo, colocando un dedo sobre el mapa—. Ahí está la carretera postal hacia Londres. Para llegar a Dover o Folkestone es menos directo, pero serían los mejores lugares para tomar un barco a través del canal.

Alex miró el mapa, trazando un dedo a lo largo de las ciudades que Nick había mencionado.

—Costa de contrabandistas. —Estaba más familiarizado con la costa de Devon.

—Sí. Si han organizado su propio barco, podrían estar dirigiéndose a cualquier lugar de aquí —Nick recorrió el mapa con la mano desde Brighthelmstone hasta Folkestone.

—No podemos quedarnos aquí hablando —dijo Harlford, calentándose—. ¡Debemos buscarla... buscarlos!

—¿Dónde sugieres que busquemos? —preguntó Alex, tratando de no responder bruscamente al marqués.

—¿Las carreteras postales? —sugirió Deane—. ¿Llegar a Folkestone o Dover antes de que llegue un carruaje y asegurarse de que no las suban a un barco?

Tenía un punto, Alex no estaba convencido de que los secuestradores usarían las carreteras principales, pero debían comprobar todas las posibilidades.

—Muy bien.

—Me aseguraré de que los caballos estén listos —dijo Nick, saliendo de nuevo.

—¿Ropa de montar? —preguntó Alex, mirando a Deane y Harlford, quienes asintieron y salieron.

Miró el mapa cuando Bella regresó a la habitación, con una mano firmemente sujeta al brazo superior de Hélène. Los ojos de Hélène estaban rojos y algo hinchados, y sostenía un pañuelo con una mano.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Bella.

—Preparándose para montar —dijo él.

—Esta joven tiene algo que decirte —dijo Bella—. ¿Hélène?

Hélène resopló.

—¡No he hecho nada malo! —exclamó, enterrando su rostro en su pañuelo.

Bella puso los ojos en blanco.

—Se encontró con Brevare en el bosque hoy, después de que se escapara de la casa de verano.

El interés de Alex se agudizó.

—¿Brevare? ¿Te encontraste con él por casualidad?

Hélène se sonrojó.

—Él me pidió que lo encontrara. Me habló en una fiesta la semana pasada. Luego recibí una nota ayer, diciendo que tenía que verme.

—Continúa —dijo Alex, tratando de no dejar que su ira se notara—. Tenemos que encontrar a tu hermano.

—Dijo... dijo que Phoebe le había robado algo en Francia y que necesitaba recuperarlo.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—Solo que ella estaba pintando en el bosque junto al arroyo, pero que regresaría pronto, así que él podría llamarla entonces. No sabía que Georges estaba con ella, ¡ni que alguien podría ser lastimado!

Alex examinó su rostro. Su labio inferior aún sobresalía, pero ella lo miraba a los ojos sin apartar la mirada.

—¿Eso es todo lo que le dijiste? —preguntó.

Ella asintió.

—¿Estaba él solo?

Ella asintió de nuevo.

—¿A qué hora fue esto?

Hélène miró el reloj, levantando los hombros. Los puños de Alex se apretaron, conteniendo el impulso de sacudirla.

—¿Cuánto tiempo después de que te escapaste, Hélène? —preguntó Bella, claramente intentando controlar su propia impaciencia—. ¿De inmediato? ¿O un rato después?

—Eh... bastante pronto. —Sus ojos se deslizaban hacia un lado, y Alex golpeó el puño sobre la mesa, haciéndola saltar y jadear.

—¡Acabas de ayudar a que secuestraran a tu prima y a tu hermano! —No gritó, a pesar de su frustración, pero Hélène se encogió ante él—. Dinos todo, aunque no creas que es relevante.

—Yo... yo todavía estaba llorando... todavía alterada después de que ustedes se fueron de la casa de verano...

Alex esperó.

—Recordé la cita, y él estaba allí. Él... él... me dio un pañuelo...

—Y sin duda te dijo lo hermosa que eras, que Alex no valía la pena, y que nunca te trataría así —preguntó Bella, su voz ácida.

—Oh... algo así. ¿Cómo lo sabías?

Bella suspiró, levantó los ojos al cielo y luego se volvió hacia Alex.

—Nada más relevante entonces. Creo que serían las once y media cuando Hélène se escapó. Creo que eso es todo lo que tiene que decir. La llevaré de regreso con su madre, para que se consuelen mutuamente —terminó con una mueca—. No supongo que ayude mucho.

Alex negó con la cabeza.

—Confirma mis sospechas, pero no nos ayuda con el cuándo o el dónde podrían estar yendo.

Se frotó la cara con una mano. Aún quedaba el mayordomo. Lo comprobaría, pero la señorita Bryant ya lo habría llamado si el hombre se hubiera recuperado.

Capítulo 49

Una vez libre de la mordaza, Phoebe aspiró aire con fuerza. Ignorando el dolor en la cabeza, trató de pensar: dos hombres armados, al menos uno más conduciendo el coche, no había nada que pudiera hacer.

—Phoebe, *où est-ce qu'on nous emmène*? ¿A dónde nos llevan?

Georges había aprendido a hablar francés antes que inglés.

—¿Qué dice el mocoso? —preguntó el de voz aguda.

—Ni idea. Eso no es inglés, desde luego.

—Georges —dijo Phoebe—, *tu ne parles pas l'anglais, comprends-tu*?

—Mais…

—*Non, ne parle pas l'anglais!* —insistió Phoebe. No sabía cómo aún, pero tal vez podría trazar un plan con Georges si sus captores creían que ninguno de los dos hablaba inglés.

—¿Y tú qué estás diciendo? —el de voz aguda volvió a poner su cara cerca de la de Phoebe, y ella se estremeció por el hedor de su aliento. Esos dos matones no entendían el idioma.

Volvió a hablar en francés.

—¿No han encontrado el dinero en mi bolsillo, entonces?

Si hubieran entendido aunque fuera una palabra, seguro estarían registrándola en busca de un dinero inexistente.

—Georges —dijo, mirando a los hombres en lugar del niño asustado—, *sois courageux* —. Sé valiente. —*Alguien vendrá a buscarnos* —continuó en francés.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Le dolía la cabeza, sí, pero podía ver bien, y las náuseas leves en su estómago se debían tanto al hedor de sus captores como a cualquier golpe. No podía haber pasado mucho tiempo.

Si aún no los echaban de menos, la ayuda podía tardar. ¿Cómo podía retrasar el viaje?

—Georges, debes recordar hablar solo en francés. Debes fingir que no entiendes inglés, así que ignora todo lo que digan en inglés.

Le lanzó una mirada breve. Tenía los ojos muy abiertos, y en la luz tenue del carruaje su rostro parecía pálido, pero asintió levemente.

—¿Te hicieron daño? —preguntó.

—Un poco —respondió Georges—. Pero estaré bien. —Un leve temblor en su voz contradecía esa afirmación, pero al menos mantenía la compostura lo suficiente para fingir.

—Creí que íbamos por una inglesa —dijo el de voz aguda—. Esta no suena inglesa.

—El franchute dijo que era ella la del bosque —respondió el de voz grave, ya con tono de preocupación.

—Salieron dos del caserón con el crío esta mañana, cuando estábamos mirando. ¿Y si agarramos a la equivocada?

—Deberías comprobarlo, ¿no crees? —dijo Phoebe con esperanza, pero aún en francés—. ¿Y qué tal si me desatan también?

Alzó las manos, pero los hombres la ignoraron.

—No haremos nada hasta llegar a la posada —dijo el de voz grave—. El muy imbécil debió haber comprobado él mismo si era la correcta.

Phoebe tuvo que conformarse con eso. Levantó las manos atadas para frotarse la cara, agradecida de que al menos se las hubieran atado por delante y no por la espalda. Presionándolas contra su regazo, apenas podía sentir el bolsillo bajo las faldas, y el bulto duro que dejaba la pistola. Con las manos atadas no podía alcanzarla sin que los hombres se dieran cuenta, y en cualquier caso, una sola bala servía de poco contra dos hombres.

El traqueteo del carruaje pareció durar horas, pero no podía haber pasado tanto tiempo, pues cuando por fin sacaron a Phoebe a la fuerza del coche, el sol aún estaba alto, aunque una capa fina de nubes empezaba a formarse. Estaban frente a una pequeña posada, con la pintura descascarada en sus muros de madera.

Nubes amenazantes se alzaban al oeste, y el aire estaba cargado de humedad. A la luz del día, sus captores no parecían mejores que en la oscuridad. El de voz aguda era alto y desgarbado, con el pelo grasiento y varios días de barba sobre una camisa sucia.

El de voz grave era más robusto, con la nariz rota y una oreja desfigurada.

El de voz aguda le echó una capa encima, cubriéndole las manos atadas. La mirada de Phoebe recorrió el entorno mientras él la sujetaba firmemente del brazo y la guiaba hacia la posada. No había nadie más alrededor, ninguna fuente posible de ayuda. No habían atado las manos de Georges, pero el otro hombre lo sujetaba del brazo con tanta fuerza que el niño gimió, y lo arrastró tras Phoebe.

Adentro, los llevaron a un salón lateral. La habitación era modesta, con cortinas descoloridas y muebles gastados, pero estaba impecable. Dos hombres con jarras de cerveza estaban sentados junto al fuego. Uno era Brevare, que ahora se veía mucho más tenso y menos seguro que la última vez que ella lo había visto. No reconocía al otro, un hombre de mediana edad con el pelo ralo.

El dolor en su cabeza se había transformado en un latido sordo, pero pese a ello, su mente estaba despejada y empezaba a considerar posibilidades. Debía haber gente en la cocina o en la taberna…

—Aquí está —dijo el de voz aguda.

—¿Y qué hace *él* aquí? —preguntó el hombre mayor, señalando a Georges.

—Estos cobardes también lo secuestraron —dijo Phoebe rápidamente en francés, complacida al ver que el hombre fruncía el ceño sin mostrar rastro de comprensión.

—Habla inglés, muchacha —ordenó con impaciencia.

—¿No entiende lo que digo? —repitió Phoebe en francés.

—No ha dicho ni una palabra en inglés —dijo el de voz aguda, que ahora sonaba nervioso—. ¡Agarramos a la mujer que estaba en el bosque, como él dijo! —y señaló con la cabeza a Brevare.

—¿Te has equivocado de mujer, Brevare? —el tono del hombre era cortante—. Sabes que milord quiere averiguar…

—Es ella —dijo Brevare con firmeza, acercándose a Phoebe. Georges retrocedió y se escondió detrás de ella.

—Vamos, señorita Deane, usted es inglesa. ¡Intente hablarlo!

—Tu madre y tu hermana están en Inglaterra —dijo ella en francés—. Westbrook se quedó en Francia para encontrarlas y las llevó de regreso. Están a salvo, bajo el cuidado de Marstone.

Observó cómo el color se le iba del rostro.

—¿Lo entiendes? —preguntó, temiendo que él los delatara—. Pensamos que te estaban chantajeando para hacer esto… ¿teníamos razón?

—¿Cómo… cómo sé que no estás mintiendo?

—¿Conozco a tu familia? ¿Westbrook los conoce?

Sacudió la cabeza.

—Tu hermana se llama Suzanne, y tu madre es un dragón que golpea a los sirvientes.

Sus ojos se agrandaron ante la última parte, pero luego sus labios se relajaron.

—¿Cómo sabría eso si Westbrook no me lo hubiera contado? — Tenía que convencerlo antes de que el otro hombre interviniera.

—¿Y bien? —la voz cortante del otro hombre los interrumpió.

Brevare se volvió hacia él.

—Es la correcta —afirmó en inglés.

—*Sont-ils en bonne santé?* —preguntó, volviéndose de nuevo hacia Phoebe. ¿Están bien?

—Hasta donde sé —respondió, aún en francés.

—¿Dónde están?

—Si nos sacas de este lío, te llevarán con ellas. Si no… has estado espiando contra este país. ¿Sabes cómo se trata a los traidores aquí?

Una vena comenzó a palpitarle en la sien.

—Ayudarnos podría ayudarte mucho a evitar eso —dijo ella. Sonaba plausible, pero no tenía idea de si era verdad.

—No puedo hacer nada —dijo desesperado—. Hay dos hombres con el coche, además de estos dos. Y él también. —Hizo un gesto hacia el otro hombre.

—¿Y ese "milord" que mencionaron…?

—No sé quién es. Solo he tratado con este.

—¡Brevare! —apremió el otro hombre—. Apresúrate, ya es hora de irnos.

—Necesitamos tiempo —susurró Phoebe—. Ayúdame a retrasarlos.

Georges… él podía ser la excusa.

—Diles que Georges necesita comer o llorará durante todo el camino a… a donde sea que nos lleven.

Voz aguda se acercó a ellos con expresión amenazante.

—Y es hijo de Calvac, el hijo de un par —añadió Phoebe—. No querrán arriesgarse a hacerle daño, y podría ser útil como rehén.

Brevare le sostuvo la mirada y asintió brevemente antes de volverse a hablar con su compañero. El hombre mayor puso los ojos en blanco, pero se acercó a la puerta y gritó. A Phoebe le pareció que se colocaba deliberadamente de forma que impidiera que la muchacha que vino pudiera ver dentro de la habitación.

Unos minutos después, apareció una mujer mayor, más baja y robusta, con una bandeja cargada de platos con pan, queso y jamón. Una palabra del hombre mayor hizo que voz aguda cruzara la sala a toda prisa para tomar la bandeja, y voz grave la sacó rápidamente. La mujer lanzó una mirada ceñuda a Phoebe y Georges antes de irse.

—¡Coman! —ordenó el hombre mayor, y Phoebe y Georges se acercaron a la mesa. Era incómodo con las manos atadas, pero logró comer un poco.

Georges comía como si no hubiera probado bocado en días; Phoebe se quedó con las manos a medio camino de la boca cuando una idea le cruzó por la mente.

—Bien hecho, Georges —dijo Phoebe mientras la mujer de la posada limpiaba el vómito de su ropa. Había conseguido meterse los dedos en la garganta sin que sus captores se dieran cuenta, y el desastre estaba en su vestido tanto como en la ropa del niño. Aunque el olor era francamente desagradable, al menos significaba una demora.

Se frotó las muñecas: a Brevare le habían ordenado desatarla antes de mandarlos a limpiarse. Él estaba de pie junto a la puerta, lo suficientemente lejos como para no oír si hablaba en voz baja. Debería estar de su lado ahora, pero ella no se fiaba.

—¿Pasa algo, señorita? —preguntó la mujer en voz baja, con una inteligencia aguda en los ojos que se posaron en el rostro de Phoebe.

—Nos han secuestrado —dijo Phoebe, tocándose con cuidado el punto dolorido en su cabeza.

La mujer asintió, como si hubiera esperado tal respuesta.

—Soy Sal Robins —dijo. Su mirada se deslizó hacia Brevare—. Son seis, y aquí solo hay tres… solo dos hombres que puedan servir de algo. Lo siento.

Pero era una aliada. Eso era un bonus inesperado.

—¿Puedes enviar un mensaje?

Sal asintió.

—¿Conoces Oakley Place?

Otro asentimiento.

—Díselo al señor Westbrook. Pon a dónde nos llevan, si puedes averiguarlo, y escribe "el caballo del escudero" también. Es una especie de palabra clave —explicó al ver el ceño fruncido de Sal. La mujer debía de estar preguntándose si Phoebe había perdido la cabeza.

¿Qué más podía hacer? Si Alex lograba alcanzarlos…

—Sal, por favor, no nos limpies demasiado. Si seguimos oliendo mal, algunos podrían preferir quedarse fuera del coche.

No hubo tiempo para más: un golpe en la puerta hizo que Brevare se sobresaltara, y voz aguda gritó que *ya* era hora de marcharse.

***

Harlford y Deane regresaron al salón justo cuando Nick volvía para informar que los mozos de cuadra que habían recorrido la finca no habían encontrado nada útil. Una breve discusión concluyó en que Harlford cabalgaría hacia Londres, y que Nick y Deane irían a Rye y luego seguirían la costa en direcciones opuestas.

—Yo cabalgaré hacia el sur, hasta Hastings, y giraré hacia el oeste si no hay rastro —dijo Alex. No señaló que todo aquello sería inútil si Phoebe y Georges estaban siendo llevados a caballo; sería fácil para los jinetes evitar los caminos principales. En ese caso, podrían estar ya casi en la costa. Incluso en coche, sería difícil para

los que los buscaban llegar antes, especialmente si iban preguntando en las posadas por el camino. Su única esperanza real era que los secuestradores encontraran algún tipo de retraso en su viaje.

Los mozos y los caballos ensillados los esperaban frente a la casa. Deane y Nick bajaron por el camino de entrada, acompañados por dos mozos. Alex estaba de pie en los escalones cuando Harlford montó en su cazador.

—¿Por qué no te subes? —preguntó Harlford mientras se acomodaba en la silla de montar—. No la encontrarás quedándote aquí.

—Y tú tampoco lo harás quedándote a regañarme —replicó Alex —. ¿Estás seguro de que no quieres llevar un criado?

—Puedo encontrar el camino hacia la carretera postal —contestó el marqués, molesto. Giró su caballo y lo azotó para que trotase rápido, haciendo que las pezuñas esparcieran grava. Arriba, las nubes que se acumulaban prometían lluvia.

Bella salió y se quedó junto a Alex.

—¿Crees que ella encontrará la manera de enviarnos noticias?

—Eso espero. Si alguien puede, esa es Phoebe. Apartó de su mente la idea de que pudiera estar herida o muerta.

Bajando los escalones, comprobó que algo de comida y una botella de agua habían sido puestas en las alforjas. Miró al criado que quedaba.

—¿Stevens, no es así?

—Sí, señor.

—Yo iré al sur —le dijo a Bella, preparándose para montar—. Si aparece algo, asegúrate de mandar a alguien tras de mí.

—¡Espera! —dijo Bella, con la mirada fija en el camino.

Se giró, el sonido de los cascos se acercaba, el caballo a galope. La esperanza llenó su pecho cuando el jinete se bajó, mirando de él a Bella. Era joven, no tendría más de veinte años, vestido con ropas de criado.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Alex.

Una expresión de alivio apareció en el rostro del hombre.

—Me enviaron a Oakley Place con un mensaje para… —El hombre vaciló, la incertidumbre cruzando sus rasgos.

—¿Lord Carterton? —adivinó Alex—. ¿Westbrook?

El nombre pareció registrar en el hombre, y una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—Eso es.

—Yo soy Westbrook —dijo Alex.

—Aquí tiene, señor —dijo el hombre, entregándole un trozo de papel arrugado.

—¿Qué es, Alex? —preguntó Bella.

Desplegó el papel.

Westbrook. Pett. Caballo del escudero.

Dejó escapar un largo suspiro de alivio. La nota no estaba escrita a mano por Phoebe, pero sí era de ella. No solo era una pista, sino que mostraba que ella seguía viva.

—Un mensaje de Phoebe —dijo de repente, entregándoselo a Bella—. Pett… debe ser un nombre de lugar. —Miró al mensajero—. ¿Sabes dónde está?

—No, señor —respondió el mensajero, con el rostro inexpresivo.

—¿Pett? —Bella giró—. ¿Andrews?

El mayordomo apareció en la puerta.

—Traiga el mapa de la mesa del salón, por favor. ¡Rápido!

Andrews desapareció, y Bella se volvió hacia Alex.

—¿Caballo del escudero?

—Una broma antigua —respondió Alex, con la atención centrada en el hombre frente a él—. ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas?

—Vengo de casa, señor. Me llamo Ben Robins. Mi madre me mandó.

—¿Y dónde está "casa"?

—La posada Black Bull, señora —Ben asintió hacia ella.

—Ya sé dónde está, señor —intervino Stevens—. A media hora a caballo, si no escatimamos en los caballos. Tal vez alguien allí sepa más.

—Espero que sí —dijo Alex—. ¿Dónde está ese mapa?

—Aquí, señor —Andrews corrió hacia ellos, extendiendo el mapa.

—¿Sabes dónde está Pett, Andrews?

El mayordomo frunció el ceño.

—¿Al este de Hastings, señor?

Alex examinó el mapa.

—Lo tengo. Más cerca de Winchelsea que de Hastings. —Miró del mapa al mozo—. Stevens, ¿dónde está esta posada?

—No muy lejos de Dallington, supongo.

Alex miró de nuevo el mapa.

—Dallington no está en una ruta directa hacia Winchelsea, pero no está tan desviado. —Miró al mozo—. ¿Puedes guiarnos allí, Stevens? No sé si puedo confiar en Ben para llevarnos por el camino más rápido.

—Sí, señor —respondió el mozo con confianza.

—Buen hombre. —Se volvió hacia Bella—. ¿Tenemos alguien más para montar?

—Algunos, creo.

—Bien. Envía a alguien a buscar al marqués y dile lo que sabes cuando llegue. Mejor que lo envíes a la Black Bull, creo. Dejaré un mensaje allí para él cuando sepa qué está pasando. Y envía a alguien tras Nick y Deane.

Bella dio las órdenes a Andrews, y el mayordomo desapareció hacia la parte trasera de la casa.

¿Qué pasaría si Pett solo fuera un lugar de encuentro? ¿Escaparía Brevare de nuevo?

—Bella, quien sea que vaya tras Deane y Nick puede llevar el mapa. ¿Puedes escribir una nota para ellos? Envíalos directamente a Pett, si es posible. —Miró hacia abajo, consciente de que había estado sobrepasando su autoridad—. Lo siento...

Bella sonrió y lo interrumpió.

—Lo entiendo. Ve, debes estar al menos una hora detrás de ellos.

Alex se dirigió rápidamente hacia el caballo y se montó, tratando de apagar el torbellino de preguntas en su mente. Partió al galope por la vía de entrada, con Stevens y Ben siguiéndolo, pero

pronto redujo a un trote. La posibilidad de conseguir caballos de repuesto era escasa, y no tenía sentido cansar demasiado a los animales.

Capítulo 50

La estimación de Stevens de media hora hasta la Black Bull había sido un poco optimista, pero no demasiado. El edificio era pequeño y destartalado; más para los bebedores locales que para los viajeros, pensó Alex. Mientras cabalgaban, las nubes altas que se acercaban desde el oeste comenzaron a espesar y bloquear el sol. El olor a lluvia estaba en el aire.

—Dales de beber, Stevens —dijo Alex al desmontar en el patio de los establos—. No demasiado; deberíamos partir pronto.

—Claro, señor.

—Ben, ¿puedes ir a buscar a tu madre, por favor? Ahora.

Su urgencia debió de haberle llegado al hombre, porque desapareció corriendo hacia la posada. Alex permaneció esperando, con un pie dando golpecitos impacientes, esperando que la madre tuviera más ingenio que el hijo.

Ben regresó con una mujer baja y regordeta y otro joven, un hermano de Ben por lo que parecía. Los ojos de la señora Robins brillaban con inteligencia mientras observaba a Alex de arriba abajo, invitándolo a ponerse dentro de la puerta para resguardarse del viento frío.

—¿Quién es la mujer de cabello rojo? —preguntó—. ¿Y quién es el chico?

Alex dejó escapar un suspiro, ella había visto a Phoebe, pero estaba desconfiada. La honestidad era la mejor estrategia.

—La mujer es la señorita Phoebe Deane —dijo—. Es sobrina del Conde de Calvac. El chico es el hijo de Calvac. ¿Están bien? ¿Heridos? —Probablemente obtendría mejor cooperación de ella si la dejaba decidir por sí misma qué hacer. Hizo una pausa—. Han sido secuestrados por agentes franceses.

La señora Robins lo miró por un momento, luego asintió.

—Están lo suficientemente bien, considerando. Había seis hombres con ellos. Dos nobles... eh... caballeros; uno parecía francés, el otro era mayor, no dijo mucho. Una pareja de aspecto

rudo conduciendo el carruaje, y otros dos de la misma manera dentro, custodiándolos.

¿Seis? Miró a Stevens ¿sería el hombre útil en una pelea? ¿Estaría dispuesto?

Volvió su atención hacia la mujer.

—¿Cuándo se fueron?

—Hace poco más de una hora. Los nobles fueron por delante a caballo con uno de los otros. La mujer y el chico fueron en el carruaje.

Eso era mejor, solo tres hombres con los que tratar.

—¿Escribió la nota, señora Robins?

Una voz masculina y airada llamó desde dentro de la posada.

—¡Sal, vuelve a la cocina! ¡Hay clientes que atender!

Una mueca cruzó su rostro, pero ignoró la llamada.

—La joven me pidió que averiguara adónde iban y que enviara una nota. No tuvo tiempo de decir mucho, solo mientras los estábamos limpiando.

—¿Sabe algo más sobre adónde iban? —preguntó Alex.

—Sam, mi hijo mayor —indicó al segundo joven—. Sam se puso a hablar con el conductor después de que enviamos a Ben con la nota. Tenían que llegar todos a una posada en los niveles de Pett antes de las ocho.

—¿Alguien puede guiarme hasta allí?

—¡SAL!

—Puedo pagar por su tiempo —añadió Alex.

—Ignórelo —dijo ella—. Ese es mi cuñado, él es quien ahora maneja el lugar desde que se fue mi John. Ladra más de lo que muerde. —Miró a su hijo—. Creo que de todos modos enviaría a Sam con usted, pague o no. No me gusta ver a jóvenes y chicos tratados de esa manera.

—Necesito escribir una nota. Puede que haya alguien más siguiéndome.

—Por aquí, señor —dijo ella, guiándolo hacia una gran cocina llena de vapor, dejándolo mientras ella recogía papel, pluma y tinta.

Alex garabateó un breve resumen de lo que había descubierto y dobló la nota.

—¿Para quién es? —preguntó Sal mientras se la entregaba.

—Podría ser para varias personas —dijo Alex. Dependía de lo que Bella dijera a quien fuera tras él—. Si alguien viene preguntando por mí o por la señorita Deane, désela. Señora Robins, no sé cómo agradecerle su ayuda.

Ella asintió mientras metía la nota en su delantal.

—Que el Señor lo bendiga, señor.

Sam lo esperaba en el patio, ya montado, y Stevens estaba listo con sus caballos.

—¿Vamos tras ellos, señor? —preguntó Sam—. Quiero decir, ¿quiere intentar alcanzarlos, o llegar a la costa antes que ellos?

—Es lo mismo, ¿no? —dijo Alex.

—No, señor —dijo Sam—. Yo le di direcciones al conductor después de que los nobles se fueran a caballo. Si hizo lo que le dije, les llevará mucho tiempo llegar.

—¿Cómo es eso?

Sam señaló hacia las nubes.

—Ha llovido bastante por aquí, señor. La mayoría de los caminos estarán llenos de barro.

—Tiene razón, señor —dijo Stevens.

—Intentemos alcanzar el carruaje —decidió Alex.

—¡Sí, señor! —dijo Sam con una sonrisa.

***

El carruaje dio un brusco vaivén hacia un lado, lanzando a Phoebe contra el costado y haciendo que Georges cayera sobre ella. Bien, estaban atrapados en el barro otra vez.

—Deberíamos haberlos hecho caminar, como te dije —dijo voz grave.

—Cierra la boca —gruñó voz aguda—. No hubiera hecho ninguna diferencia, y la mocosa podría haberse escapado. Si pudiera ponerle las manos encima a ese malnacido que nos dio direcciones en la posada... —Escupió en el suelo, apenas rozando los pies de Phoebe, luego acercó su rostro al de ella—. Te quedas quieta, ¿me oyes?

Phoebe asintió sin hablar. Incluso si aún pensaban que no entendía inglés, la amenaza en su voz y rostro era clara.

—Si intentas salir otra vez, como la última vez, te amordazo y te ato los pies. Al chico también.

Una ráfaga de aire frío trajo una salpicadura de lluvia cuando los dos hombres salieron del carruaje. El cielo sombrío indicaba que ya era tarde.

Phoebe escuchó satisfecha los insultos y el sonido de la lluvia, eso empeoraría los caminos embarrados. Esta era la cuarta vez que se atascaban.

Cada vez que los dos hombres tenían que salir para empujar o intentar girar las ruedas a mano para hacer que el carruaje se moviera de nuevo. Cuanto más tiempo duraba su viaje, más probable era que Alex los alcanzara.

El olor acre a vómito de su ropa también la complacía; Sal había dejado que olieran lo suficiente como para hacer que el compañero de Brevare decidiera que viajaría con él y un mozo en lugar de compartir el carruaje. Ahora, cuando llegara Alex, y llegaría, solo habría tres hombres con los que lidiar.

Desafortunadamente, no pasó mucho tiempo antes de que los hombres lograran sacar el carruaje de nuevo a terreno más firme. Esta vez solo voz aguda subió, después de algunas quejas murmuradas del otro hombre sobre el olor. Phoebe mantuvo los ojos fijos en la ventana a su lado mientras voz aguda retomaba su mirada fija. Le había tocado los pechos mientras la manipulaba para sacarla de la posada, y su mano se había quedado demasiado tiempo en su trasero cuando la empujaba al carruaje.

Las palabras del compañero de Brevare volvieron a su mente. Debía permanecer ilesa hasta que milord hablara con ella. Había seguido eso con un encogimiento de hombros. No iban a dejarla ir después de eso, eso estaba claro.

¿Un disparo?

El ruido había provenido de detrás del carruaje. Se sentó más recta, con la esperanza subiendo mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza. ¿Rescate?

Un disparo respondió desde arriba, luego otro. El carruaje se inclinó hacia un lado y se detuvo de golpe. Desde el techo, los

golpes y maldiciones fueron seguidos por el crujir de ramas rompiéndose junto al carruaje.

—¡Hay otro hombre dentro! —gritó Phoebe, tan fuerte como pudo.

—Cállate, tú —dijo voz aguda, y le dio una bofetada.

Su estómago se contrajo al ver cómo voz aguda sacaba su pistola del bolsillo, bajaba la ventana y asomaba la cabeza fuera. No podía ver lo que sucedía, solo oía los gruñidos y maldiciones de los hombres luchando afuera. Mientras voz aguda levantaba su pistola, Phoebe fue por la suya, girando para tratar de sacar sus manos atadas a través de la rendija de su falda. No había tiempo para intentar sacar la pistola. Estaba apuntando en la dirección correcta, solo necesitaba amartillarla y apretar el gatillo.

Sus oídos zumbaban con el ruido, el olor a tela chamuscada llenó el carruaje cuando voz aguda retrocedió de un tirón y maldijo, su pistola cayó de su mano al camino mientras se sujetaba un brazo. Ella se estremeció, esperando que él la golpeara de nuevo, pero él empujó la puerta abierta y desapareció en la lluvia torrencial.

—Su pistola —dijo Georges, deslizándose pasto de ella y saltando al suelo antes de que pudiera detenerlo. Ella salió corriendo y casi cayó al arroyo junto al camino. Un bulto gimiendo en la zanja era voz grave, sujetándose una pierna.

—¿Georges? —Recobró el equilibrio mientras miraba alrededor, tratando de distinguir detalles en la sombra de la hierba rugosa bajo el seto.

—...pistola... caída... encontrar... —La respuesta apenas audible parecía provenir de cerca, la voz de Georges ahogada por gruñidos y maldiciones apagadas. Phoebe avanzó, y las formas en movimiento se convirtieron en dos hombres luchando cerca de las patas de los caballos, peleando por el control de un cuchillo.

Era Alex y voz aguda, y la mano de voz aguda sostenía el cuchillo. Gritos y maldiciones llegaban desde detrás del carruaje; quienquiera que hubiera venido con Alex no podía ayudar aquí.

Buscando en sus faldas nuevamente, sacó la pistola al sonido de la tela rasgándose. La amartilló, el clic sonó fuerte en sus oídos.

—No te muevas.

Ambos hombres se quedaron inmóviles.

Voz aguda no apartó la mirada de Alex ni soltó su agarre.

—Has disparado.

—Tenía dos —mintió Phoebe.

Georges tiró de sus faldas.

—Encontré su pistola.

Tomándola de él, la amartilló y la apuntó a voz aguda.

—Esta está cargada —dijo.

Esta vez voz aguda sí se giró. Mientras lo hacía, Alex le arrancó el cuchillo de la mano y le propinó un puñetazo en la cara. El hombre se desplomó, y Phoebe se sintió débil por el alivio mientras Alex se ponía de pie.

Alex recorrió con la mirada a Phoebe, dejando escapar un suspiro de alivio al ver que ella mantenía la pistola firme en sus manos atadas, aun apuntando al hombre en el suelo, no debía estar gravemente herida. Manteniéndose fuera de su línea de fuego, deslizó el cuchillo cuidadosamente entre sus muñecas y empezó a serrar la cuerda.

—¿Sam? —gritó, manteniendo su mirada fija en lo que hacía con el cuchillo.

—Maté a uno, tengo cubierto al conductor —respondió una voz del otro lado del carruaje.

—Solo eran tres —dijo Phoebe, antes de que pudiera preguntarle.

—¿Estás bien? —preguntó mientras la cuerda finalmente cedía.

Ella asintió, con la cara pálida.

—¿Puedes seguir apuntándole con la pistola un poco más?

—Sí.

Guardó el cuchillo en su bolsillo, luego le quitó el cinturón al agresor y lo usó para atarle las manos a la espalda, ignorando el gemido de dolor del hombre. Tomó la pistola de Phoebe, y ella estiró los brazos y se frotó las muñecas.

—No queda mucho —dijo, y fue a ayudar a Sam a atar al conductor. Había habido un tercer hombre, además de su propio mozo herido.

—¿Ves qué ha pasado con Stevens? —dijo Alex, y Sam se dirigió de vuelta por el camino.

—¡Hay uno en la zanja aquí! —dijo una voz joven. Alex encontró a Georges observando a un hombre que gemía y se sujetaba un muslo. No vio mucha sangre, así que lo arrastró hasta los otros dos y lo ató.

—Phoebe, ¿estás segura de que no estás herida?

—Un dolor de cabeza —admitió ella—. Nada que un buen baño caliente y una copa no arreglen.

—Gracias al Cielo. Luego hizo lo que había estado deseando desde que la vio. La abrazó, temblando por las emociones que había mantenido bajo control durante las últimas horas. Sintió cómo ella se relajaba gradualmente contra él, soltándola cuando ella le dio un suave empujón.

—¿Georges? —llamó ella, mirando a su alrededor—. ¿Estás herido? Ven aquí.

Georges se acercó, y ella se agachó y le dio un abrazo. Alex vio las huellas de lágrimas corriendo por el rostro del chico.

—Fuiste muy valiente —dijo él—. ¡Nos ayudaste a salvarnos todos!

Él soltó un sollozo y se aferró a su falda, pero dejó de llorar.

—¿No estás herido? —preguntó Alex, agachándose para que su rostro estuviera a la altura del niño. Georges negó con la cabeza. —Gracias por ayudar —dijo Alex, viendo una leve sonrisa en el rostro del niño.

Sintió una mano en su hombro y se levantó.

—¿Estás herido? —preguntó Phoebe.

—Nada que no cure un buen baño caliente —respondió él. Escuchó su pequeño resoplido de risa, algo tembloroso, pero definitivamente una risa. Asombrado por su valentía, notó un leve temblor en sus hombros.

—Ustedes dos, vuelvan al carruaje para resguardarse de la lluvia —ordenó—. Uno de los mozos de Nick estaba con nosotros; necesito ver qué pasó con él.

Observó cómo Phoebe ayudaba a Georges a subir al carruaje y luego caminó de regreso por el camino. Encontró a Sam inclinado

sobre una figura tendida.

—Este tonto se disparó y luego se cayó del caballo —dijo Sam.

Con cuidado, Alex levantó a Stevens y lo sentó. Un parche brillante de sangre manchaba su camisa, bajo las costillas.

—Solo me rozó, señor —dijo Stevens, apretando los dientes—. Pero me disloqué el hombro cuando caí.

—Nada de montar más para ti —dijo Alex—. Vamos, te llevaremos al carruaje. Pronto estaremos de vuelta en el Black Bull.

Sam ayudó a Stevens a levantarse, poniéndole el brazo bueno sobre su hombro, y caminaron lentamente de regreso por el camino. Alex se adelantó cuando vio que Phoebe aún estaba de pie junto al carruaje.

—¿Sabes a dónde nos llevaban? —preguntó ella.

—Deberías estar en el carruaje —respondió él.

—¿Sabías que Brevare estaba con ellos? —preguntó ella, ignorando su comentario—. En la posada. Estaba con otro hombre, pero me llevaban a ver a alguien a quien llamaban 'milord'. Este 'milord' debe ser el hombre que Marstone está buscando. Nos está esperando a nosotros, en la costa pero no sé dónde.

—Pett, cerca de Winchelsea —le dijo Alex, girándose cuando Sam y Stevens llegaron—. Este es Sam, de la posada. Él se enteró por el conductor a dónde se dirigían. Tu hermano y Nick ya deberían estar de camino allí.

Abrió la puerta y ayudó a Stevens a entrar.

—Solo me estarán buscando a mí y a Georges —continuó Phoebe, aferrándose a su brazo—. No estarán buscando a Brevare ni al hombre con él.

—No puedo dejarte aquí —objetó Alex, sabiendo lo que ella sugería—. Tengo que llevarte de regreso.

—¡Tienes que capturar a este hombre! —insistió ella.

Su cabeza estaba de acuerdo con ella; su corazón no. Era la mejor oportunidad que tendrían para identificar al principal traidor. Pero dejar sola a una mujer y a un niño pequeño... Era un largo camino de vuelta a la posada, seguía lloviendo, y pronto se haría de noche.

—Va a ser difícil regresar por todo este barro —dijo Alex.

Sam resopló.

—No si va por el camino sensato, señor. No está lejos de la carretera principal. Después de eso, será fácil.

—¿Stevens? —Phoebe asomó la cabeza por la ventana del carruaje y se dirigió al mozo—. ¿Sabes el camino de vuelta a la posada desde aquí?

—Creo que podría encontrarlo desde la carretera principal —dijo —. ¡Pero no puedo conducir el carruaje, señorita!

—Yo conduciré —dijo Phoebe—. Solo tendrás que mostrarme el camino.

Miró a Sam y Alex.

—¿Si pueden llevarnos hasta la carretera principal antes de irse?

—Hace frío —señaló Alex.

Sabía que ella tenía razón, pero no quería admitirlo.

—¡Te vas a resfriar!

—Dame uno de sus abrigos —dijo ella—. O dame el tuyo y tú tomas uno de ellos. Puede que te ayude a acercarte a 'milord' cuando lo encuentres, él podría pensar que eres uno de sus hombres.

—No puedo arriesgarme a dejarte sola con esos hombres —dijo Alex.

—Déjalos aquí. Puedes regresar por ellos más tarde.

—Hace frío —dijo Alex de nuevo.

—¿Y qué?

Su significado le quedó claro, y soltó una breve risa.

—Tienes razón. ¿Estás segura de que puedes hacerlo, Phoebe?

—Tienes que ir —dijo Phoebe. Sus labios estaban fruncidos, pero su voz era firme.

Él capituló. Si este 'milord' no era capturado, podría intentar hacerle daño a Phoebe de nuevo.

—Sam, ¿estás dispuesto a más? —preguntó Alex.

—¡Sí, señor!

Diez minutos después, con los prisioneros atados a un árbol cercano, Alex ayudó a Sam a sacar el carruaje de la zanja mientras Phoebe guiaba a los caballos. Stevens estaba sentado en el cajón,

con su brazo en un cabestrillo hecho con su pañuelo, con Georges junto a él.

¿Cuánto quedaba de aquí hasta Pett? Si Sam conocía el camino, tal vez pudieran llegar a las llanuras antes de que el carruaje llegara tarde y los hombres los esperaran preparados. Phoebe tenía razón, tenía que intentarlo.

—Lo mejor es llevarlos a la carretera, señor —dijo Sam—. No está lejos, y el paseo calentará un poco a la señorita.

Alex vio el sentido en eso y se unió a Phoebe, tomando el arnés y ayudándola a guiar. Cuando llegaron a una carretera más ancha, Sam giró los caballos. Encendió una de las lámparas sujetas al frente del carruaje.

—Se hará de noche antes de que regreses —dijo, luego le dio a Phoebe las instrucciones para llegar a la posada.

—Dile también a Stevens —dijo Alex, y Sam subió al cajón.

—¿Phoebe?

Ella se acercó, mirándole al rostro. Sus brazos la rodearon antes de que su cabeza le dijera que no debería hacerlo.

—Phoebe, ¿te sientes bien ahora que estás a salvo?

Ella se apartó un poco, asintiendo.

—Aparte del dolor de cabeza —dijo.

—Conozco esa sensación —dijo él seriamente—. Se siente bien, pero desaparecerá y te sentirás mal... asustada.

—Será mejor que nos lleves de regreso a la posada antes de que eso pase, entonces.

—Phoebe...

—*Entiendo* lo que me estás diciendo, Alex. Nos las arreglaremos.

Ella lo haría, esta mujer que él desearía que fuera suya. La atrajo hacia él, y su rostro levantado fue una tentación demasiado grande.

Phoebe vino hacia él sin necesidad de que se lo pidiera, extendiendo una mano para acariciar su rostro, mientras la otra se enroscaba en su cuello. Sus labios se encontraron suavemente al principio, pero luego las emociones reprimidas de los últimos días se volcaron en el beso: todo el anhelo por ella que había sentido

mientras se acercaba a su prima, el miedo por su seguridad, el alivio al encontrarla mayormente ilesa.

El tacto de su boca, su mano en su rostro y su cuerpo presionado contra el suyo... esas cosas lo mantendrían caliente durante algunos kilómetros de su camino.

Con ese pensamiento, levantó la cabeza, ignorando un débil sonido de protesta de ella, aunque casi le costó la vida hacerlo. Él, ellos, tenían tareas que cumplir.

—Ten cuidado —dijo—. Si algo sale mal, quédate en el coche. Te revisaré en mi camino de vuelta.

Sintió, más que vio, el asentimiento de ella.

—Hay dos pistolas cargadas dentro —agregó—. Stevens...

Ella le puso un dedo sobre los labios.

—Nos las arreglaremos. ¿Vuelve… vuelve a mí?

—¿Listo, señor?

La voz de Sam los interrumpió antes de que pudiera responder, y dejó caer sus brazos.

Ella tocó su mejilla nuevamente, luego se alejó, esperando junto al cajón del coche para que él la ayudara a subir. No había tiempo para decir más.

—Ve con cuidado —dijo nuevamente, mientras Phoebe ponía en marcha los caballos.

—Y tú —susurró, sus palabras quedaron casi perdidas en el retumbar de los cascos.

Montando, Alex siguió el coche hasta que tomó una curva, casi deseando tener una excusa para ir con ella. Pero aunque ella conducía lentamente, estaba en control.

Giró su caballo y azotó con fuerza para regresar por el camino y reunirse con Sam.

Capítulo 51

Phoebe se estremeció. Había dejado de llover, pero el viento frío aún traía humedad consigo. Llevaba un par de guantes delgados, pero eran para un paseo en un día primaveral, y el frío los atravesaba, adormeciendo sus dedos. El sol se había puesto hacía un rato, pero las nubes empezaban a despejarse.

Ese último abrazo, el beso, la había calentado por dentro, sumándose a la sensación ligera de alivio de estar fuera de las garras de milord. Pero, como Alex había advertido, esa sensación de alivio se desvanecía, y la responsabilidad por Georges y Stevens se hacía cada vez más grande en su mente. ¿Había sido un error enviar a Alex a la costa?

—Hay otro poste de señalización —dijo Georges desde más allá del mozo herido. Entrecerrando los ojos, Phoebe alcanzó a distinguir un dedo indicador pálido contra los árboles que lo rodeaban. Detuvo los caballos.

—¿Stevens?

El mozo era un peso pesado contra su hombro, pero se despertó lo suficiente como para mirar a su alrededor.

—A la izquierda, señorita. No falta mucho ahora.

Gracias al Cielo. Otro hueco en las nubes dejó pasar la luz de la luna, y pudo ver el camino con más claridad. Tomó la curva lentamente, si se metía en una zanja, su única opción sería esperar o caminar. Quédate en el coche, había dicho Alex, la idea era tentadora.

No, tenía que llevar a Georges y Stevens a algún lugar cálido. No sabía cuánto tiempo estaría Alex fuera. Apartó de su mente la idea de que él podría no regresar en absoluto.

Concéntrate.

Podía hacerlo.

Los árboles junto al camino dieron paso a campos, y entonces Georges dijo.

—¡Mira, Phoebe, luces!

—Es la posada, señorita —confirmó Stevens, incorporándose.

Alguien debía de estar atento, porque dos figuras sombrías salieron al camino cuando Phoebe detuvo finalmente los caballos.

—¿Sam? ¿Señor Westbrook? Será mejor que los lleven directamente por detrás.

Era Sal Robins.

—No, ellos siguieron adelante.

—¡Válgame, ¿la señorita Phoebe conduciendo?! —La mujer se acercó hasta el carruaje, con la sorpresa reflejada en su rostro a la luz que llegaba desde las ventanas de la posada—. Ben, lleva estos caballos por la parte de atrás.

La segunda figura se acercó a las cabezas de los caballos, y Phoebe, agradecida, cedió el control.

—Los meteremos por la puerta trasera, señorita. No hace falta que los curiosos de la taberna se queden mirándolos. ¿Quién más viene con usted?

—Mi primo y uno de los mozos de cuadra de Oakley Place. Está herido.

—Ben, ayúdalos a bajar, y luego encárgate de los caballos.

Diez minutos después, Phoebe y Georges ya estaban en el salón privado de la señora Robins, despojados de su ropa exterior empapada y envueltos en mantas. La taza de sopa caliente le reconfortaba las manos y el interior, y el calor del fuego empezaba a descongelar el resto de su cuerpo.

Georges se acurrucó más cerca de ella, y Phoebe le pasó un brazo por los hombros. Había sido increíblemente valiente.

—He puesto a Stevens en la cama, señorita, y ya han ido a buscar al médico —anunció la señora Robins, mientras el murmullo de la taberna llegaba a través de la puerta abierta.

—Gracias, señora Robins. Asegúrese de mandar la cuenta a Oakley Place.

La mujer desestimó el ofrecimiento con un ademán de la mano.

—Mañana me encargo de todo eso. ¿Quiere que el médico la revise también cuando llegue?

—No, gracias. Solo nos dirá que nos mantengamos calientes y que descansemos —respondió Phoebe—. Pero si pudiéramos tener

algo más de comer…

—Claro, señorita.

La mujer la miró con ojo crítico.

—Será mejor que le preste uno de mis vestidos, señorita. No es adecuado quedarse así —dijo, esbozando una sonrisa amplia—. No le va a quedar muy ajustado, pero al menos estará decente.

Llevándola a lo que claramente era su dormitorio, sacó un vestido y lo dejó sobre la cama. Phoebe se cambió, usando una faja para ajustarlo a la cintura, y haciendo una mueca al ver cómo le sobresalían las piernas por debajo.

Cuando volvió al salón, se le hizo agua la boca al percibir el aroma sabroso del guiso de cordero. La señora Robins había dejado una bandeja para ella, y Phoebe comió con avidez, empapando la salsa con una gruesa rebanada de pan, antes de atacar un sólido trozo de pastel de frutas. Georges también dio buena cuenta de su comida. Parecía haberse recuperado de la experiencia, al menos temporalmente.

¿Qué hacer ahora? Debería ver si alguien podía llevarlos de vuelta a Oakley Place, Bella estaría preocupada. Pero estaba tan cálida aquí, y cada vez más somnolienta. La señora Robins podía enviar un mensaje y luego encontrarles una cama para pasar la noche.

Sacudió la cabeza; probablemente Alex aún seguía de camino a Pett, cabalgando hacia el peligro mientras ella pensaba en irse a dormir.

Una voz elevada, una voz masculina, en el pasillo la sacó de su adormecimiento. Luego un murmullo más bajo, seguramente de la señora Robins, y después la puerta del salón se abrió.

—Hay un Lord…

La señora Robins se interrumpió cuando Lord Harlford pasó junto a ella de un empujón. ¿Qué hacía él en Sussex?

Su mirada recorrió la sala hasta posarse en Phoebe.

—¡Señorita Deane!

—Mi lord —respondió ella.

—¿Está bien?

—Sí, gracias.

—¿Dónde está Westbrook?

No supo si su tono era de preocupación o de irritación.

—Él siguió hacia…

—¿La dejó aquí sola?

¿Por qué estaba tan preocupado? No tenía ninguna responsabilidad sobre ella y estaba presumiendo demasiado.

—No debería sacar conclusiones apresuradas, mi lord —dijo ella. Era un marqués; si en Londres hubiera mostrado algo de confianza en ella, eso habría ayudado a contrarrestar el escándalo y ni siquiera habrían tenido que venir a Sussex—. Puedo tomar mis propias decisiones —añadió.

La señora Robins dijo:

—Mi lord, tengo un...

—¡Ahora no! —La frente de Harlford se frunció—. Necesito que preparen un carruaje de inmediato. Debo llevar a la señorita Deane de regreso a Oakley Place.

Por supuesto, ella no tenía voz ni voto en el asunto.

—Esta posada no tiene ningún carruaje de alquiler —dijo la señora Robins.

—¿Qué? ¿Y qué hay del que trajo a la señorita Deane hasta aquí?

—Si quiere llevarse el carruaje del francés, no es asunto mío. Pero no tengo a nadie que se lo conduzca.

—¡Debe de haber alguien!

—¿Está diciendo que miento, mi lord? —La señora Robins ya tenía las manos en las caderas.

Phoebe contuvo una sonrisa; claramente hacía tiempo que nadie le decía que no a Harlford.

—Mi mozo... está en la taberna. Iré a...

Su voz se apagó ante la mirada desafiante de la señora Robins. Con una última mirada a Phoebe, Harlford soltó una maldición entre dientes y salió de la habitación.

—Tiene buenas intenciones, señora Robins —dijo Phoebe, a pesar de su irritación por el modo de actuar de él.

—Hmpf ¿Está segura de que quiere irse con él?

—Sí, lo mejor será regresar. —Después de todo, ella misma había estado pensando en eso—. No sé cómo agradecerle su ayuda.

—No hay de qué, señorita. —La señora Robins echó un vistazo a Georges—. Será mejor que se lleven unas mantas. Para mantenerse calientes. —Asintió con energía—. Me aseguraré de que Ben vuelva a preparar los caballos.

Veinte minutos después, Harlford ayudó a Phoebe a subir al carruaje, seguido de un somnoliento Georges. Una vez más, ella tuvo que contener una sonrisa al oír al marqués refunfuñar sobre los condenados mozos que no sabían conducir, antes de subir al pescante. Agradecida de no tener que hablar con él durante el trayecto, Phoebe se acomodó en una esquina del coche. Georges se acurrucó a su lado, bien envuelto en una manta.

***

Sam tiró de las riendas y miró un poste indicador, la luz intermitente de la luna apenas era suficiente para distinguir las letras.

—¿Hemos tomado el camino equivocado? —preguntó Alex. Si no lograban alcanzar a Brevare y al otro hombre, su abandono de Phoebe habría sido en vano. Sabía que debía confiar en su juicio, pero seguía sintiendo que había obrado mal.

—No, señor. Solo estaba comprobando.

Siguieron adelante, y Alex finalmente percibió el olor a sal en el aire cuando llegaron a una hilera de casitas junto al camino. Más adelante, la luz se escapaba por la puerta de un edificio. Vio entrar a unos hombres y distinguió un cartel balanceándose sobre la entrada: The King’s Head.

—Creo que esto es Pett, señor —dijo Sam—. La posada que buscamos debe de estar más adelante, entre aquí y Winchelsea. Su cochero se quejaba de que podían quedarse atascados en los pantanos.

—¿Sabes dónde está esa posada?

—No, pero creo que podríamos preguntar aquí.

Si la nota de Bella había llegado a Deane y a Nick, esta posada sería el lugar más probable donde encontrarlos. Alex extendió una

mano para impedir que Sam siguiera avanzando. Esta era una costa de contrabandistas; la gente del lugar no sería muy comunicativa.

—Tú tendrás más suerte preguntando que yo, Sam. —Se llevó la mano al bolsillo y le entregó todas las monedas que tenía—. Usa lo que necesites, pero debemos ser lo más rápidos posible.

—Sí, señor.

Dentro, el aire cargado de humo hizo que a Alex le lloraran los ojos. Parpadeando, vio a Nick sentado junto al fuego, con una jarra de cerveza sobre la mesa. Se puso de pie de un salto al verlo acercarse.

—No ha habido señales de un carruaje aquí —dijo en voz baja —. Creo que, si hubiera llegado, los lugareños lo habrían mencionado...

—Está a salvo —dijo Alex, esperando que fuera cierto.

—Menos mal... —Nick se pasó una mano por la cara.

—Va de camino a Oakley Place —continuó Alex—. Pero los hombres responsables no saben eso. Tenemos que atraparlos, si es posible; Phoebe todavía corre peligro mientras sigan libres. Iban hacia una posada en los pantanos.

—Cierto, sí. Deane convenció a un agente de aduanas en Winchelsea para que nos dijera dónde podrían reunirse los contrabandistas; podría ser la posada de la que hablas. Deane y dos de los mozos están vigilando el camino de salida de Winchelsea, por si los secuestradores llegan por ahí —se puso de pie y apuró su jarra de cerveza.

—Pues no llegarán ya —dijo Alex—. Pero Deane podría ser útil si alguien intenta huir en esa dirección.

Otro hombre se levantó cuando ellos se dirigieron a la puerta; Alex reconoció a Charlie, del establo de Oakley Place. Sam se les unió mientras Nick y el mozo ajustaban las cinchas de sus caballos y montaban.

—¿Encontraste dónde está la posada? —preguntó Alex a Sam.

—Sí, señor. Hay que seguir este camino cerca de una milla, y luego buscar un sendero a la izquierda. Está como a otra milla adentrándose en los pantanos.

—Eso suena al lugar que describió el agente de aduanas de Deane —añadió Nick, mientras todos espoleaban a sus caballos.

El olor a sal se hizo más fuerte a medida que cabalgaban, y Alex creyó oír finalmente el rugido de las olas rompiendo contra la grava. Redujeron el paso antes de llegar a la costa, desviándose por un sendero embarrado, con charcos que brillaban tenuemente a ambos lados.

El avance fue más lento allí, pero Alex finalmente distinguió un edificio, una silueta sólida contra la tierra pantanosa. Mientras miraba, vio un destello de luz breve, como si se hubiera abierto y cerrado una puerta.

—Puede que nos hayan visto —dijo, apurando el paso de su caballo. Al acercarse más a la posada, un sonido agudo lo hizo tirar de las riendas, y miró a Nick.

—Un disparo —confirmó Nick.

Se oyeron otros dos disparos, y Alex espoleó a su caballo. Ya no tenía sentido intentar ser sigilosos. Cuando se aproximaban al edificio, un caballo con su jinete se alejó a toda velocidad, perdiéndose pronto en la oscuridad.

—¡Sam, Nick! ¡Atrápenlo! —gritó Alex, y ellos salieron en persecución. Solo un jinete había escapado, todavía debían quedar dentro los otros dos hombres que buscaba. Verificó que Charlie tuviera una pistola, y lo envió a la parte trasera del edificio. Después de darle tiempo para colocarse, Alex pateó la puerta y entró, pistolas en mano.

Una sirvienta aterrorizada se encogía en una esquina. Un hombre yacía en el suelo, boca arriba, el charco oscuro que se extendía bajo él y sus ojos abiertos y fijos lo decían todo. Brevare estaba sentado contra una pared, encorvado, con una mano presionando su costado, donde la sangre se extendía por su chaqueta.

—Westbrook —murmuró.

Unos golpes al otro lado de la habitación llamaron la atención de Alex, y luego Charlie entró, empujando a un hombre delante de él, sujetándole un brazo torcido a la espalda.

—No hay nadie más —dijo Charlie—. Este dice que es el dueño del lugar y que no sabe nada.

—¿Es cierto? —preguntó Alex a Brevare, recibiendo apenas un leve asentimiento como respuesta—. ¿Quién se fugó?

—Milord —jadeó Brevare—. Fue culpa suya, él ordenó...

Sus palabras se apagaron y cerró los ojos.

Alex soltó una maldición y le puso una mano en el cuello. Su pulso era fuerte; probablemente solo se había desmayado. Intentar reanimarlo ahora solo haría perder tiempo.

—Tú, muchacha, detén la hemorragia de este hombre —ordenó Alex, señalando a Brevare. Luego se volvió hacia el hombre que Charlie aún sujetaba y apuntó en la dirección general que había tomado el jinete—. ¿Adónde lleva ese sendero?

—A Winchelsea.

—¿A ningún otro sitio?

El hombre negó con la cabeza.

—Habrá una recompensa si tú y la chica siguen aquí cuando vuelva, y si él sigue con vida —dijo Alex, señalando a Brevare—. Esto no tiene nada que ver con los agentes de aduanas. ¿Entendido? —El hombre asintió. Alex se agachó para registrar los bolsillos de Brevare y encontró otra pistola, todavía cargada.

—Muy bien, Charlie, puedes soltarlo. Lleva también esta pistola y mantén a estos tres aquí hasta que regrese —añadió. No estaba seguro de que la mera promesa de una recompensa bastara para impedir que el hombre huyera.

Alex cabalgó tan rápido como se atrevía: un caballo herido no le serviría de nada. El sendero apenas se distinguía bajo la luz intermitente de la luna: los reflejos brillantes podían ser simples charcos o pozas profundas. No había rastro de nadie delante de él—el sonido del mar anulaba cualquier galope, y los jinetes serían apenas sombras negras contra la tierra oscura.

Diez minutos después, una ráfaga de disparos resonó en algún punto delante. Alex resistió el impulso de acelerar, rezando para que Deane y Nick no hubieran resultado heridos. Pasaron otros cinco frustrantes minutos antes de que una voz gritara más adelante y él tirara de las riendas.

—¿Quién anda ahí? —llamó de nuevo la voz.

—Westbrook.

—Venga, señor.

Al avanzar, las siluetas de caballos sin jinete y el resplandor de una lámpara se hicieron visibles, hasta que estuvo lo bastante cerca para reconocer las voces.

—¿Alex? Por aquí.

Nick estaba arrodillado junto a un cuerpo tendido en el suelo.

—Espero que este sea a quien buscabas —dijo—, porque acabo de matar a un par del reino.

Alex desmontó de un salto y se arrodilló a su lado.

—¿Quién es? ¿Estás seguro de que está muerto?

—Me temo que sí. Es el conde de Hilvern. No sabía que tuviera nada que ver con la Oficina de Asuntos Exteriores.

—Ni yo. —Maldición—, pensó Alex. Con el hombre muerto, sería difícil para Marstone averiguar quién más estaba implicado—. Mejor muerto que suelto —murmuró.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nick.

—Regresar a Oakley Place. Marstone ha sido convocado allí, y necesita saber esto cuanto antes —respondió Alex, poniéndose de pie mientras organizaba mentalmente lo que debía hacer: trasladar el cuerpo de Hilvern, jurar a los mozos al silencio, comprobar si Brevare seguía con vida y, si era posible, interrogarlo.

Iba a ser una noche larga.

Capítulo 52

Phoebe miraba fijamente el techo, iluminado apenas por el resplandor moribundo de la chimenea. Cuando habían regresado, Bella había ordenado baños calientes, fuego en los dormitorios y ladrillos calientes en las camas tanto para ella como para Georges. Se dio la vuelta, intentando vaciar su mente de preocupaciones, pero aunque le dolía la cabeza y su cuerpo estaba agotado, su mente daba vueltas a demasiadas posibilidades como para permitirle volver a dormir.

Alex... ¿seguía aún fuera en la fría noche? ¿Había encontrado a Brevare y a los demás?

Esos hombres eran despiadados. No dudarían en matar...

¡No!

Se puso una bata y cruzó la habitación hasta la chimenea. El reloj sobre la repisa marcaba las tres de la madrugada. Una bebida caliente podría ayudarla a volver a dormirse, o al menos a mantenerse ocupada hasta que los hombres regresaran.

Andrews dormitaba en una silla de portero junto a la puerta principal. Phoebe dudó, reacia a despertarlo, pero él debió de percibir su presencia.

—¿Señorita?

—¿Aún no ha regresado nadie?

—No, señorita. Pero no creo que estén retrasados todavía, si me entiende.

Calculó cuánto habría tardado Alex en llegar a la costa y luego en volver hasta allí. Sumando el tiempo que necesitaría para buscar a Brevare y al otro hombre, no podría haber regresado mucho antes, incluso si todo había salido bien. No debería preocuparse todavía, pero decirlo era más fácil que hacerlo.

—Iba a prepararme una bebida caliente, Andrews.

Él se incorporó trabajosamente de la silla.

—Iré a asegurarme de que la cocina siga encendida, señorita.

Phoebe preparó té y se sentó a la mesa de la cocina, abrazando la taza caliente entre las manos. A su gesto, el mayordomo se sentó cerca de ella con su propia bebida. No quería esperar sola.

Estaba sirviéndose otra taza de té cuando notó que Andrews ladeaba la cabeza. Entonces oyó cascos y voces.

—Creo que van a ir directamente hacia la parte de atrás, señorita —dijo Andrews, poniéndose de pie. Phoebe se ajustó la bata con más fuerza y lo siguió hacia la parte trasera de la casa.

El patio de las caballerizas era un hervidero de caballos y hombres, iluminado apenas por unos pocos faroles, pero poco a poco Phoebe empezó a dar sentido a la confusión. Ese era lord Carterton dando órdenes; aquellos mozos de cuadra descargaban dos bultos largos que habían sido atados sobre el lomo de un caballo. Parecían...

A Phoebe le dio un vuelco la cabeza y se aferró al marco de la puerta ante un repentino mareo. *Eran* cadáveres. ¿Alex? ¿Joe?

Desde el otro lado del patio, alguien gritó una orden, y las rodillas de Phoebe casi cedieron de alivio al reconocer la voz de Alex. ¿Y Joe?

Los cuerpos fueron arrojados sin ceremonias dentro de las caballerizas. Entonces no era Joe: a él lo habrían tratado con más respeto.

Los mozos de cuadra empezaron a quitar las monturas y a llevarse los caballos mientras Phoebe cruzaba el patio, avanzando con cautela en la oscuridad. El primero en reconocerla fue lord Carterton.

—¡Señorita Deane! Westbrook dijo que estaba a salvo, ¿está ilesa?

—Sí, gracias. ¿Dónde está mi hermano? —seguía preocupada.

—Está bien. Se quedó con Brevare, pero debería regresar mañana... o más bien hoy —corrigió.

Phoebe sintió cómo la última tensión desaparecía de su cuerpo.

Media hora después, Phoebe estaba por fin sola con Alex, sentados en la cocina mientras lo veía comer. Hasta ahora no había tenido oportunidad de hablar con él a solas. Solo verlo le trajo de

vuelta el recuerdo, y las sensaciones, de aquel beso en la oscuridad. Lo observó mientras comía, sin detectar nada malo más allá del cansancio; el entusiasmo con el que devoraba la comida era tranquilizador.

Alex terminó rápidamente una rebanada de pastel frío, bebió de su jarra de cerveza y luego se encontró con la mirada de Phoebe.

—Mis disculpas, ¡tenía bastante hambre!

Phoebe sonrió.

—¿De verdad?

Ante eso, su rostro se relajó y estuvo a punto de reír.

—¡Sí, de verdad! —mantuvo su mirada fija en ella por lo que pareció un largo momento. La expresión en sus ojos hizo que Phoebe sintiera una cálida oleada recorriéndole el cuerpo, pero después Alex bajó la mirada a su plato con un leve movimiento de cabeza. Tenía razón: no era el momento.

Por desgracia.

—¿Quiénes eran los... cuerpos? ¿Y qué pasó con Brevare?

—Brevare estaba herido, pero no de gravedad, creo. Deane lo traerá de vuelta por la mañana. Uno de los cuerpos es el hombre que viste con Brevare. El otro, según Nick, es el conde de Hilvern.

—¿Hilvern? —¿El gordo conde era un espía?

—¿Lo conocías? —preguntó Alex, atento.

—Lo conocí en la cena de lord Marstone. No fui exactamente grosera... supongo que podría decirse que lo dejé en ridículo en una conversación, delante de los otros invitados de Marstone. Pero eso no puede ser motivo para que me secuestrara.

—No. Mañana, cuando llegue Marstone, repasaremos todo en detalle, pero según lo que conseguí sonsacarle a Brevare antes de dejarlo en Pett con tu hermano, Hilvern era el hombre que lo había estado chantajeando, aunque hoy fue la primera vez que se vieron en persona y Brevare no conocía su nombre. Y Brevare no había mencionado tu nombre al hombre de Hilvern hasta que volvió a Londres recientemente y descubrió que eras sobrina de Calvac.

—Eso todavía no explica por qué querría secuestrarme.

—Nunca lo sabremos con certeza, pero sospecho que, al enterarse de que la sirvienta boba que Brevare había descrito era en

realidad alguien astuta, observadora y en posición de ser escuchada si obtenía alguna información, Hilvern debió preguntarse si Brevare había dejado escapar algo que pudiera incriminarlo. El nuevo mensaje para mi nota señuelo decía que yo tenía información sobre el traidor, y Brevare seguramente le dijo que tú y yo pasábamos mucho tiempo juntos, así que Hilvern podría haber pensado que tú ya sabías algo. Me imagino que quería averiguar qué tan probable era que lo descubrieran, y eliminar una posible fuente de información. Tu... encuentro... con él probablemente lo hizo aún más decidido a sacarte información.

—Puedes contarme el resto por la mañana —dijo Phoebe, viendo cómo Alex miraba de nuevo su plato—. Come. ¿Te traigo algo caliente? ¿Café?

—Té, si no es mucha molestia. Gracias —respondió Alex, llevándose otro trozo de pastel a la boca mientras Phoebe ponía la tetera al fuego. Terminó su comida mientras el té se preparaba y luego se recostó en la silla.

—Veo que lograste volver sin problemas —dijo—. ¿No tuviste contratiempos?

—Fui despacio. Harlford llegó a la posada poco después que nosotros, y nos trajo de regreso hasta aquí.

—¿Decidió que ya era muy tarde para venir tras nosotros?

Su desconcierto debió de reflejarse en su rostro.

—Dejé una nota en caso de que alguien llegara después —explicó Alex.

—No recuerdo ninguna nota... —Se detuvo, recordando la escena en el salón de la posada—. Creo que la señora Robins intentó darle algo, pero él estaba demasiado ocupado dando órdenes sobre el carruaje. ¿Importaba?

—En este caso, no mucho. Pero él no podía saberlo.

Phoebe vio que Alex no estaba del todo satisfecho. Sirvió el té en las tazas y le pasó una.

—Me llevaré esto arriba —dijo Alex, poniéndose de pie.

—Alex, gracias —dijo Phoebe—. No sé qué... quiero decir...

—No —interrumpió él, con un leve movimiento de cabeza—. Fue un esfuerzo conjunto. No te habría encontrado a tiempo si no

hubieras logrado retrasar el carruaje y hacer que la señora Robins enviara un mensaje.

La miró a los ojos unos instantes, y Phoebe pensó... esperó... que la besaría de nuevo. Pero no lo hizo. Besó su mano en su lugar, liberándola con una suave caricia que la dejó deseando más.

—Que duermas bien —dijo Alex. Mantuvo la puerta abierta para ella, dejándola pasar delante mientras subían las escaleras.

Maldito hombre. ¿Por qué tiene que ser tan honorable?

A la mañana siguiente, la cabeza de Phoebe seguía doliéndole, aunque no lo suficiente como para quedarse en la cama. Cuando entró en el comedor, encontró al conde y a lord Marstone ya allí, ambos todavía vestidos con ropas de montar salpicadas de barro.

—¡Phoebe! —Su tío se acercó a ella, poniéndole las manos en los hombros y examinándola cuidadosamente con un ceño preocupado—. El mayordomo nos dijo que ambos habían regresado en cuanto llegamos. ¿Estás bien? El mensaje que recibimos fue bastante alarmante. ¿Georges?

—Estamos bien, tío.

—¿Y Joseph?

—Creo que solo está retrasado por algún motivo.

—Eso es bueno —su rostro se relajó un poco—. ¿Qué pasó?

—Calvac —intervino lord Marstone—. ¿Puedo sugerir que dejemos que la señorita Deane desayune primero?

—*¿Quoi?* Ah, sí. Por favor, siéntate, Phoebe. ¿Café? —El conde hizo una seña a un lacayo que esperaba, y a Phoebe le sirvieron café y tostadas.

—Tengo entendido que Westbrook y Carterton están siendo despertados —continuó el conde—. Por mucho que me cueste esperar, tal vez sea mejor reservar nuestras preguntas hasta que todos estén presentes. Así evitaremos que Phoebe tenga que repetir todo.

—Sí, muy cierto.

Poco después entraron Bella y lord Carterton, junto con lord Harlford. Alex llegó detrás de ellos, no tan pálido como la noche

anterior, aunque aún se le veía cansado y tenso. El corazón de Phoebe se calentó al verlo, pero apartó la mirada, sin querer revelar sus sentimientos ante los demás. Lord Carterton también parecía agotado. Lord Harlford, en cambio, casi fulminaba a Alex con la mirada, aunque Alex o no se dio cuenta o decidió ignorarlo.

Bella se sentó junto a Phoebe y le examinó el rostro.

—Nick me dijo que estabas bien —dijo—. No puedo decir que lo parezcas.

—Me duele la cabeza —admitió Phoebe. Bajó la voz hasta un susurro—. ¿Por qué está aquí lord Harlford?

—No lo dijo —respondió Bella—. Supongo que la historia falsa difundida por las doncellas de lady Jesson y lady Lyndenham le llegó de algún modo. Tengo más cosas que contarte, pero este no es el momento.

Phoebe asintió y volvió su atención a las tostadas.

Cuando terminaron de desayunar y la puerta se cerró tras el último lacayo, el conde se dirigió a Alex:

—Gracias, Westbrook, por traer de regreso a mi hijo y a mi sobrina. Y también a Harlford y Carterton por su ayuda.

—Ha sido un placer, señor —respondió Alex.

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió, Westbrook? —preguntó lord Harlford—. ¿Cómo llegó la señorita Deane a estar sola en esa posada destartalada?

Podría habérmelo preguntado a *mí*, pensó Phoebe, preguntándose si era solo el dolor de cabeza lo que la hacía sentirse tan irritable.

—Los detalles son un asunto de seguridad nacional —dijo lord Marstone antes de que Alex pudiera responder—. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. —Lanzó una mirada a Bella mientras hablaba.

Ella se levantó.

—Te dejo a cargo entonces, Will —dijo—. ¿Nick? ¿Harlford?

Lord Carterton se unió a ella, pero el marqués no se movió. El conde alzó una ceja, pero parecía que el marqués no iba a dejarse intimidar como otros mortales menos decididos.

—Lo siento, Harlford, pero esto es un asunto confidencial —dijo Marstone—. Quiero hablar en privado con Westbrook y la señorita

Deane.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron: la de Marstone, tranquila; la de Harlford, mostrando una creciente irritación.

—Muy bien —dijo por fin el marqués. Se levantó y siguió a lord Carterton fuera de la habitación.

—Marstone —dijo el conde, una vez que los demás hubieron salido—. Seguridad nacional o no, exijo una explicación por el secuestro de mi hijo y mi sobrina.

—Westbrook aún no me ha contado, Calvac —respondió lord Marstone—. Lo que diga no debe salir de esta habitación.

—Naturalmente —dijo el conde con rigidez.

—¿Quizá debería empezar la señorita Deane?

Alex observó el rostro de Phoebe con preocupación mientras ella hablaba; sí, estaba pálida. ¿Habría llamado Bella a un médico? Mientras Phoebe relataba lo ocurrido con los dos hombres en el carruaje, Alex apretó los puños, deseando haberles hecho algo peor que dejarlos atados a un árbol durante horas. Por el ceño que empezaba a fruncir el conde, su tío debía de estar sintiendo algo parecido.

—¿Westbrook? —lo animó Marstone cuando Phoebe terminó.

Alex resumió los hechos brevemente. Marstone escuchó con su habitual concentración y luego se quedó en silencio, aparentemente sumido en sus pensamientos.

—Westbrook, señorita Deane, ambos actuaron muy bien —dijo Marstone por fin—. Westbrook, tú y yo regresaremos a Londres, y pediremos a Carterton que escolte a Brevare hasta Marstone House cuando Deane lo traiga aquí.

—Brevare ha estado en comunicación con su hija, mi lord —dijo Alex dirigiéndose al conde. Bella podría explicarle después el intento de trampa, pero el hombre debía ser advertido de mantener a Brevare alejado de Hélène, en caso de que Marstone no lo arrestara por secuestro.

El conde suspiró.

—Parece que Sussex no está lo bastante lejos de Londres para evitar problemas.

—Tengo una propiedad en Escocia que puedes usar todo el tiempo que desees, Calvac —dijo Marstone—. Mi hombre Kellet puede hacer los arreglos.

Alex observó a Phoebe mientras el conde agradecía la oferta de Marstone, aliviado al ver que no parecía demasiado afectada por la traición de su primo. Ella volvió a frotarse la cabeza, cerrando los ojos en un parpadeo largo. Alex se levantó y rodeó la mesa, molesto consigo mismo y con Marstone por mantenerla allí cuando claramente debería estar descansando.

—Phoebe, pareces necesitar volver a la cama.

Ella alzó la vista hacia él, pálida.

—Sí, lo siento. Me siento un poco... mareada.

—No tienes por qué disculparte —dijo él, sosteniendo su silla mientras ella se ponía de pie—. Pediré a Bella que llame al médico.

—Gracias.

La acompañó hasta la puerta.

—No sé cuándo... este asunto de Marstone... —empezó a balbucear—. Necesitamos encontrar lo antes posible a las personas con las que Hilvern trabajaba, o a las que estaba chantajeando.

—Ten cuidado —le dijo ella, poniendo una mano en su brazo.

—Lo haré —respondió, aunque sabía que probablemente sería una mentira.

Ella sonrió, y él se quedó mirándola mientras subía las escaleras.

—¿Westbrook?

Marstone seguía sentado a la mesa, bebiendo café.

—¿Vamos a Londres? —preguntó Alex. Decidir si debía regresar después era una cuestión para más adelante.

—Cuanto antes, mejor —respondió Marstone, poniéndose de pie, con algo de simpatía en la mirada—. Pediré prestado el carruaje de Carterton. Podrás dormir en el camino.

***

—¿Phoebe?

Phoebe abrió los ojos y vio a Bella sentada al pie de su cama, la habitación inundada de luz.

—Pensé que te gustaría tomar un poco de té —dijo Bella, señalando la mesa junto a la ventana, donde había una tetera y un plato de sándwiches—. El doctor Morrison vendrá a verte en una hora.

—Oh. —Phoebe se incorporó con cautela y respiró hondo—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Varias horas.

No era bueno dormir todo el día; si lo hacía, pasaría la noche en vela. Se levantó con cuidado, por si regresaba el mareo, pero aunque se sentía algo inestable, su cabeza estaba mucho mejor. Se alisó el vestido, se arregló el cabello lo mejor que pudo y luego se sentó a la mesa junto a Bella.

—Tu hermano ha vuelto. Quiere verte, si te sientes con fuerzas, antes de regresar a Londres con Brevare. Marstone y Westbrook ya se han ido…

—¿Ya se ha ido? —comentó ella, un comentario tonto. Sabía que tenía que irse, y que el asunto era urgente.

—Marstone dijo que lo necesitaba para resolver asuntos pendientes. ¿Te referías a Alex?

Phoebe asintió, aún sin estar completamente despierta para decidir si quería que los demás supieran lo que sentía.

—Lo pensé —dijo Bella con satisfacción—. Te envió sus… mejores deseos. Aunque no es el único ausente. Puede que te agrade saber que tu tía y tu prima, Hélène quiero decir, han decidido que se sienten mal y pasarán el día descansando en sus habitaciones.

—¿Están enfermas? —preguntó Phoebe, preocupada. No le caía bien su tía, pero no deseaba que le ocurriera nada malo.

—Más bien avergonzadas —dijo Bella riendo—. Madame, en particular. Ojalá hubieras estado allí ayer.

—¿Ayer?

—Cuando Hélène y Alex paseaban por el jardín, ella nos animó a todos a admirar la vista del jardín sur desde la ventana del salón, queriendo que fuéramos testigos de que Alex y Hélène pasaban

demasiado tiempo solos en la caseta de verano. Eso fue hasta que quedó claro que Alex no iba a entrar para comprometer a la pobre niña, momento en el cual intentó desviar nuestra atención.

—¿Para poder decir que los había visto? —Phoebe no encontró eso sorprendente.

—Sí. Luego llegó Harlford, y parece que decidió que un marqués de verdad era una mejor opción que el heredero de un conde, y empezó a hablar de cómo Alex, al final, te había comprometido…

—¿Dejando a Harlford por Hélène?

Bella asintió.

—Maria le dio una copia de un título nobiliario y le dijo que buscara la entrada de Marstone.

—¿No mencionan a Westbrook allí? —Phoebe se sintió un poco culpable por la diversión que sentía. —Y, ¿hay una diferencia significativa entre "hijo mayor" y "heredero"?

—Exactamente. Oh, deberías haber visto su cara cuando lo descubrió, y se dio cuenta de qué ridícula quedaría si se llegara a saber que había intentado atrapar al hijo natural de Marstone.

En lugar de reírse, Phoebe se sorprendió al sentir un poco de lástima por su tía.

—Ahora, Phoebe, no me malinterpretes por disfrutar de su confusión. Mi padre era un tirano, peor que tu tía, porque él tenía todo el poder. Todavía me alienta ver a personas como ella derrotadas. Y era necesario, ahora Maria Jesson tiene algo sobre ella, algo que la obligará a mantener la historia que acordamos hace unos días. No creo que tengas que soportarla mucho más.

—¿Oh?

—Puedes quedarte conmigo tanto tiempo como desees, aquí y cuando volvamos a Londres. Esa es una posibilidad. La otra es Harlford. Él sigue aquí, y también quiere hablar contigo.

Phoebe suspiró.

—Ayudó anoche. Supongo que debería verlo.

—Sospecho que estás a punto de recibir una propuesta de matrimonio —dijo Bella, alzando una ceja ante la mueca de Phoebe —. ¿Vas a decir que no?

Phoebe se frotó la cara, luego asintió. No lo había pensado recientemente, pero no había duda de que no aceptaría. No después de eso... no ahora.

—Harlford es la joya de la temporada —continuó Bella—. ¿Por qué vas a rechazarlo?

Phoebe la miró con cautela.

—¿Importa?

—¡A mí me interesa! —Una esquina de su boca se levantó—. Supongo que decir que estoy curiosa sería más preciso.

Phoebe no pudo evitar soltar una carcajada.

—No encajaríamos —dijo. No era del todo cierto: cada vez disfrutaba más de su compañía durante sus últimas salidas, pero la amistad no era suficiente.

—Creo que sí, con el tiempo. Es inteligente, tiene buenas intenciones, y no podrías hacer mejor elección en cuanto a rango, dinero o apariencia.

—Lo sé —admitió Phoebe—. Me pregunté si estaba siendo tonta. Pero esas no son las cosas más importantes para mí.

—¿Y te importa alguien más? ¿Amarás a alguien más, acaso?

Por supuesto, Bella lo sabe.

—¿Volverá Alex? —preguntó Phoebe.

—No por su propia voluntad, creo. O al menos, no aún.

—¿Por qué no? —preguntó ella, aunque sospechaba que sabía la respuesta.

—En sus propias palabras, las jóvenes de la alta sociedad no se casan con bastardos, incluso si son bastardos de condes.

Phoebe sacudió la cabeza.

—¿Todos los hombres son tan tontos? Este es un tonto al que amo, sin embargo. Tendré que convencerlo de que no me importa lo que piense la alta sociedad.

—La mayoría lo son, de una forma u otra —dijo Bella—. Algunos más que otros. Él terminará aceptando la idea de que no te importa su origen ni el efecto que pueda tener en ti, pero puede llevar algo de tiempo. Sin embargo, mi hermano podría intervenir.

—¿Lord Marstone? ¿Por qué?

—No sé qué hará, pero sospecho que le gustaría veros juntos a ti y a Alex.

La duda de Phoebe debió ser evidente en su rostro.

—En parte para hacerlos felices —dijo Bella—. También puede ver alguna ventaja para él en el matrimonio. A veces puede ser un maestro de la manipulación, pero tiene buenas intenciones. Creo que no necesitas preocuparte por ir detrás de Alex.

—Me haces sonar como Hélène, o mi tía.

—No, no —dijo Bella—, nada que ver. Ahora, ¿debería decirle a tu hermano que puede pasar?

Capítulo 53

Phoebe se envolvió más en su pelliza. El aire aún era fresco, pero ese rincón del jardín formal estaba resguardado del viento. Alzando el rostro hacia el calor del sol de la tarde, viendo su resplandor a través de los párpados, respiró el aroma de la tierra húmeda mientras el sonido de los pájaros trinando llenaba sus oídos.

Joe no se había quedado mucho tiempo con ella: quería asegurarse personalmente de que estaba bien antes de llevar a Brevare de regreso a Londres. La visita del médico también había sido breve; su veredicto fue que no había daño permanente, pero que debería descansar unos días y llamarlo si volvía a sentirse mareada.

Subiría más tarde a la guardería para ver cómo seguía Georges, pero Alice estaría cuidando de él adecuadamente. Por ahora, disfrutaba del aire fresco, y de la paz que venía con saber que su tía y Hélène seguían recluidas en sus habitaciones.

El mundo se oscureció. Abrió los ojos y vio a lord Harlford de pie frente a ella, bloqueando la luz del sol.

—¿Podemos hablar, señorita Deane? —preguntó, apartándose a un lado. Con el sol a sus espaldas, ella no podía distinguir bien su expresión.

Tendría que tener esa conversación en algún momento, así que mejor ahora. Además, sería menos incómodo hacerlo al aire libre que en un salón privado.

—¿Paseamos, mi lord? —dijo, poniéndose de pie mientras hablaba y aceptando el brazo que él le ofrecía.

—¿Se encuentra bien, señorita Deane, después de su prueba de ayer?

—Sí, gracias. Un poco cansada todavía, pero pasará.

—Me alegra.

Caminaron unos pasos más, hasta que él se detuvo y se volvió para mirarla, con los ojos fijos en los suyos.

—Señorita Deane, he llegado a admirarla enormemente en estas últimas semanas y he disfrutado mucho del tiempo que hemos pasado juntos. ¿Me haría el honor de aceptar mi mano en matrimonio?

Aunque Bella había sugerido que lord Harlford iba a proponerle matrimonio, Phoebe no esperaba que lo hiciera tan de inmediato. Pero sabía lo que debía decir.

—Gracias por su amable ofrecimiento, señor. De verdad me siento honrada, pero no seríamos compatibles.

Una pequeña arruga se formó entre las cejas de él.

—Creo que seríamos muy compatibles, señorita Deane. Usted es inteligente, y capaz de conversar sobre temas más allá de vestidos y bailes. ¿No disfrutaría de los beneficios de ser mi marquesa?

Phoebe lo miró, ladeando ligeramente la cabeza.

—¿Desea que me case con usted por su título y su riqueza? Mi lord, hay muchas mujeres que aceptarían por esas razones.

—Me aburrirían hasta las lágrimas en menos de una semana.

Desvió la mirada, sin querer que él viera su expresión. No era precisamente halagador ser admirada solo por saber mantener una conversación sensata. Sin embargo, se alegraba de que sus afectos no estuvieran realmente comprometidos: disfrutaba de su compañía y habría lamentado herir sus sentimientos.

Él le ofreció nuevamente el brazo y continuaron caminando. Phoebe pensó que el asunto estaba zanjado, pero él volvió a detenerse cuando llegaron a una fuente ornamental.

—Señorita Deane, como mi esposa, no le faltaría nada. La cuidaría, no la expondría a los peligros que ha enfrentado por su relación con Westbrook. No volvería a estar en peligro ni se esperaría que asumiera tales riesgos.

Hablaba con sinceridad, ofreciéndole lo que creía que ella deseaba. No valía la pena discutir, pero debía dejar claro que no iba a cambiar de opinión.

—Yo desearía casarme por amor, mi lord. Lo estimo mucho, pero no lo amo, y usted tampoco ha hablado de amarme. Sé que esos

sentimientos no son comunes entre las personas de su posición, pero *yo* no estoy obligada a regirme por esas convenciones.

—El afecto puede desarrollarse, ¿no es así? —preguntó él, con la arruga volviendo a formarse entre sus cejas.

—Puede, señor. Pero mis afectos ya están comprometidos en otra parte.

—Ya veo.

Ella se volvió y comenzó a caminar de regreso hacia la casa. Después de unos pasos, él la alcanzó y caminó a su lado, el silencio entre ellos cargado de tensión.

—Supongo que se trata de Westbrook —dijo, cuando ya estaban a medio camino.

Miraba hacia adelante, con la postura algo rígida. ¿Estaba ofendido?

—¿Importa quién sea? —preguntó ella.

Él la miró de reojo con una sonrisa irónica.

—No debería, señorita Deane. Me temo que es mi orgullo masculino el que sufre por haber sido de tan poca utilidad práctica cuando fue secuestrada, eso es todo.

Fue una confesión sorprendentemente honesta, y ella lo apreció aún más por ello.

—Solo fue cuestión de circunstancias, mi lord. Usted no sabía quién me había llevado, ni por qué. El señor Westbrook sospechaba que podrían llevarme a Francia, y actuó en consecuencia.

—Gracias por decirlo.

Caminaron en silencio durante un rato, pero esta vez no resultó tan incómodo.

—¿Podremos seguir siendo amigos? —preguntó él.

—Gracias, sería un honor para mí. —Y realmente lo era que él se lo propusiera—. ¿Puedo pedirle un favor?

Él la miró con cautela, y ella soltó una risita.

—No se alarme, señor. Solo quisiera que me acompañara hasta el Black Bull. La mujer que trabaja allí tuvo un papel importante en mi rescate y me gustaría agradecérselo. Pero creo que no sería prudente viajar sola con un mozo de cuadra, después de lo ocurrido hace dos días.

—Será un placer, señorita Deane. ¿Le parece bien mañana? Después debo regresar a la ciudad.

Siguieron paseando en silencio, de manera ya mucho más cómoda.

Phoebe encontró a su tío esperándola cuando regresó del Black Bull la tarde siguiente.

—Phoebe, ¿puedes venir aquí, por favor?

Ella lo siguió hasta la sala y, tras un gesto de él, tomó asiento junto al fuego. Él se sentó sin hablar, con la cabeza ligeramente inclinada y una mano presionando el puente de su nariz.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó Phoebe, preocupada.

—Nada comparable a los recientes acontecimientos, no. —Respiró hondo—. Tratemos primero el asunto más agradable. Harlford pidió hablar conmigo ayer mientras dormías. Solicitó permiso para pedir tu mano.

Phoebe asintió.

—No pareces sorprendida. ¿Ya ha hablado contigo?

—Sí, señor. Rechacé su propuesta.

—Me lo imaginaba. Es un buen hombre, Phoebe.

—Sí, señor, pero no lo amo. —¿Le pediría que reconsiderara su decisión? No, en su rostro y su voz no había rastro de desaprobación.

El conde asintió.

—Cuando hablamos de esto antes, dijiste que había otra persona a quien preferías. Asumo que se trata de Westbrook.

Phoebe sintió cómo el calor le subía al rostro.

—Sí, señor. —¿Todo el mundo conocía ya sus asuntos?

—Sin embargo, tengo entendido que se ha marchado sin planes de regresar.

—Así es, señor. —Bajó la mirada hacia sus manos, agradeciendo ahora la franqueza previa de Bella—. Según Lady Carterton, él piensa que su... su nacimiento sería un estigma demasiado grande.

—Además de que su estilo de vida no parece el más adecuado para un hombre casado.

Hasta ahora, Phoebe había pensado en si Alex correspondía a sus sentimientos, sin considerar los aspectos prácticos de un posible futuro juntos. Solo en los últimos días había empezado a imaginar que podrían tener alguna clase de vida en común.

Levantó la mirada y encontró los ojos de su tío.

—Su estilo de vida no es muy diferente al de un oficial del ejército o de la marina.

Él se recostó en su silla, su mirada haciéndola removerse incómoda en el asiento.

—Phoebe, serás mayor de edad a finales de año, y sospecho que, si yo prohibiera cualquier unión con el señor Westbrook, simplemente esperarías a tu cumpleaños para actuar.

—Yo... Él... —Alzó la barbilla—. Sí, señor.

Para su sorpresa, él sonrió. Una pequeña sonrisa, pero parecía más divertido que molesto. Luego su rostro volvió a ensombrecerse.

—Eres lo suficientemente mayor, Phoebe, y lo bastante sensata, para considerar cuidadosamente antes de dar un paso irreversible. Creo que Westbrook aún no te ha dicho nada, pero si llegara a hacerlo, y tú has reflexionado debidamente, tendrás mi bendición.

Sea lo que fuera que esperaba oír, no era eso. Él no esperó su respuesta, sino que continuó.

—El otro asunto tiene que ver con la oferta de Marstone de usar su finca en Escocia. Pienso aceptarla, y ya le he escrito para informarle. Partiremos en un par de días.

—¿A Escocia, señor? ¿Tan pronto? —A la condesa no le agradaría perderse casi toda la temporada social. Tampoco a Hélène.

—Hablé esta mañana con Hélène y con tu tía. Sin querer, dejaron entrever su intento de atrapar a Westbrook. —Se llevó otra vez la mano al puente de la nariz—. No deseo que Hélène se case con alguien que deba ser forzado al altar, y el hecho de que Lady Carterton pensara necesario organizar...

Se interrumpió, negando con la cabeza.

—Baste decir que creo mejor hacer borrón y cuenta nueva para la próxima temporada.

—Muy bien, señor.

—Lady Carterton te ha invitado a quedarte en Oakley Place y a acompañarla cuando regrese a Londres.

Pasar la temporada con Bella sería mucho más agradable que lo que había vivido hasta ahora, pero la perspectiva de más bailes y eventos sociales no resultaba muy tentadora.

—Por otro lado —continuó el conde—, yo disfrutaría mucho de tu compañía en Escocia, al igual que Georges y la señorita Bryant. No necesitas decidirlo ahora, pero piénsalo y házmelo saber mañana.

—Lo haré, gracias, señor.

—Sí, bueno. Familia, Phoebe, familia.

Phoebe durmió hasta tarde a la mañana siguiente, pero Bella seguía en la mesa del desayuno cuando bajó.

—Una carta para ti —dijo Bella cuando Phoebe se sentó—. Es de mi hermano.

Phoebe rompió el sello y escaneó la página, luego la leyó de nuevo con cuidado.

—Lord Marstone me ha ofrecido, a mí y al resto de mi familia, pasaje a Escocia en barco —dijo—. Como medio de viaje más seguro, dado que aún no ha localizado a todos los traidores dentro de su departamento. Si mi familia rechaza la oferta, recomienda que yo la acepte igualmente. Joe vendrá conmigo, para mantener las apariencias.

Las cejas de Bella se alzaron mientras Phoebe hablaba.

—¿Crees que tu tía y tu tío aceptarán?

Phoebe soltó una carcajada.

—No, ciertamente no. Dice que será el Lily, el navío que nos trajo de vuelta de Francia. Solo tiene dos pequeños camarotes, y mi tía estuvo enferma durante toda la travesía por el Canal.

—Estarías perfectamente segura en la carretera —dijo Bella, escéptica—. A menos que te estén vigilando aquí, pero en ese caso estarías en tanto peligro yendo a Dover como emprendiendo el viaje a Escocia.

—Pero los que vigilan no esperarían que viajara por mar, ni que me dirigiera hacia el sur.

—Vigilarían la casa —dijo Bella, negando con la cabeza—. No, creo que hay un motivo diferente aquí.

—¿Ah, sí? —Phoebe tenía su propia sospecha, pero quizás estaba siendo demasiado fantasiosa.

—Puede que el teniente Deane no sea tu único escolta —dijo Bella—. Y es bastante difícil escapar cuando se está en alta mar.

—¿De verdad lo crees? —preguntó, sintiendo renacer la esperanza.

—Es una posibilidad muy real —dijo Bella—. Conociendo a mi hermano.

—Pero parecería un poco como atrapar a Alex —dijo Phoebe, recordando el reciente comportamiento de Hélène.

—En absoluto —respondió Bella, con tono enérgico—. Solo te dará la oportunidad de explicar tu versión. Alex acabará entrando en razón; esto solo acelerará las cosas.

Phoebe no estaba del todo convencida, pero no iba a desaprovechar una oportunidad de hablar con Alex, suponiendo que Bella tuviera razón.

***

Alex estaba sentado en la biblioteca de Marstone, deseando un brandy, pero sabiendo que el café humeante frente a él sería mucho más útil. A su lado, Kellet resumía los resultados de unas frenéticas veinticuatro horas de investigaciones. Al otro lado del escritorio, Marstone escuchaba atentamente, con los dedos entrelazados apoyados en los labios.

—...Chambers también ha revisado, y ambos pueden dar cuenta de todos los documentos críticos que aún no habíamos traído aquí. Solo falta revisar la oficina de Fanshawe...

Brevare estaba en la planta alta, en cama, su herida menor le había provocado fiebre. El médico aseguraba que se recuperaría, pero mientras tanto un lacayo armado custodiaba su puerta. Cuando lo interrogaron, Brevare confirmó sin dudar que el hombre muerto que Alex había encontrado en la posada era el mismo que se había reunido con Phoebe en el Black Bull, pero esa fue la única información útil que consiguieron. Brevare ni siquiera sabía el

nombre del muerto, aunque Alex sospechaba que Marstone sí lo sabía.

Para cuando Marstone abandonó el interrogatorio, Alex estaba casi seguro de que Brevare realmente no sabía más. Empezaba a sentir algo de simpatía por él: Hilvern había demostrado ser tanto despiadado como peligroso. Marstone, o su esposa, se asegurarían de que la vizcondesa y Suzanne fueran atendidas, y probablemente no serían demasiado duros con Brevare, quien, en el fondo, había actuado como creía que mejor protegería a su familia. Su trato hacia Phoebe no era muy diferente del comportamiento habitual de los hombres de su clase hacia quienes consideraban de clase inferior.

—...los banqueros de Hoares y Coutts necesitarán ser persuadidos por alguien de mayor rango que yo para que revisen transacciones sospechosas...

Alex nunca había presenciado el funcionamiento de la operación londinense de Marstone. A los pocos minutos de su llegada el día anterior, la casa estaba casi vacía de personal, ya que Kellet los había despachado a visitar amigos en las casas de personas de una lista que Marstone había escrito en el carruaje. Hilvern no trabajaba en la Oficina de Asuntos Exteriores, por lo que debía de tener colaboradores, dispuestos o no, que sí trabajaban allí. Y una vez que se supiera de la muerte de Hilvern, algunos podrían huir con información para comprar su salvoconducto hacia Francia.

—...podremos confiar en chismes o rumores si las personas implicadas son solo escribientes...

Finalmente, Kellet terminó su informe, y Alex planteó la pregunta que llevaba días preguntándose.

—¿No sospechaban de Hilvern, señor? Entiendo que Phoebe lo conoció en una de sus cenas.

—No, para mi vergüenza —dijo Marstone—. Lo invité por sus opiniones políticas, casi garantizadas de ser opuestas a las de la mayoría de mis amigos. Pero nunca lo consideré más que un fanfarrón pomposo.

—Y ahí residía su ventaja.

—En efecto. Y aún no sabemos hasta dónde llegaban sus actividades. Ahora, tengo otra tarea para ti, a menos que prefieras

unos días de descanso.

Un descanso no le vendría mal.

—Podrías volver a Oakley Place —continuó Marstone, sin esperar respuesta—. Sería mucho más relajante que quedarte por aquí.

Phoebe seguiría allí. Quería verla de nuevo, pero no si había aceptado la oferta de matrimonio de Lord Harlford. Hizo todo lo posible por apartar esa idea de su mente.

—¿No? —dijo Marstone—. Bien, lo otro también te permitirá descansar un poco. Hay un paquete que debe ser entregado en persona al gobernador de Gibraltar: el *Lily* está listo para ti en Dover. Mañana tendrás algunas tareas aquí, pero podrás partir por la tarde.

Capítulo 54

—Bienvenida de nuevo, señorita Deane —dijo Trasker, apareciendo junto a Phoebe en cuanto pisó la cubierta del *Lily*. Su animada sonrisa se desvaneció un poco al saludar a Joe.

—Por aquí, señorita. —Owen recogió su baúl y se adelantó por el estrecho pasillo—. Un gusto tenerla a bordo otra vez. ¿Le apetece algo de tomar?

—Té, por favor —dijo Phoebe. Había comido bastante apenas una hora antes, cuando se detuvieron en una posada.

Aunque había estado sentada casi todo el día, el camarote del capitán resultaba mucho más cómodo que el traqueteo del carruaje, y Phoebe se tomó su tiempo para beber su té. Joe se unió a ella, llevando un paquete sellado y un rollo de cartas náuticas, y se sentó frente a ella en la mesa.

—¿Una carta? —preguntó Phoebe.

—Órdenes selladas —respondió Joe—. No debía abrirlas hasta estar a bordo. —Rompió el sello, revelando otro paquete sellado y una nota.

Inclinándose sobre la mesa, Phoebe vio que en el segundo paquete estaba escrito: "Sólo abrir en alta mar".

—¿Qué dice la nota?

—Debemos esperar a otro pasajero. —Joe levantó la mirada, frunciendo el ceño—. El pasajero no debe saber que tú estás a bordo hasta que hayamos salido del puerto.

Phoebe sonrió, sintiendo una extraña mezcla de felicidad y aprensión. Se había prometido disfrutar de este viaje con Joe aunque Alex no viniera, pero se alegraba mucho de que Bella hubiera tenido razón.

—¿Vas a decirme qué está pasando, Fee? Hay también una caja cerrada con llave, que no puedo abrir hasta recibir nuevas órdenes.

—No sé más de lo que tú mismo me has contado —dijo Phoebe —. Todo lo demás serían suposiciones. ¿Trasker sabrá cuándo llegará el otro pasajero? ¿Deberías advertirle que no diga nada sobre mí?

—Supongo que sí —respondió Joe. Terminó su té de un trago y se marchó.

De regreso en su camarote, Ellie ya había terminado de desempacar las pocas cosas que necesitarían esa noche. No había espacio para más: tendría que vivir con su baúl mientras durara la travesía.

—Ven a cubierta y mira alrededor —le propuso Phoebe, tomando la capa de marinero que Joe le había prestado. Ellie se puso su abrigo y la siguió escaleras arriba. El viento se sentía aún más fuerte que en el muelle, levantando espuma de las crestas de las olas más allá del rompeolas. Bajo una delgada capa de nubes, el sol poniente daba un resplandor cálido a los muros del castillo sobre el puerto. Phoebe se acercó a la barandilla y miró hacia abajo, dándose cuenta de que Ellie no la había seguido. Estaba de espaldas al mástil, con el gesto torcido.

—Parece un poco bravo, ¿verdad, señorita?

—No zarparán si es peligroso —dijo Phoebe en tono alentador —. Creciste junto al mar, ¿no es así?

—Sí, señorita, pero mirarlo desde la orilla no es lo mismo que mirarlo desde aquí.

—¿Nunca habías salido en un barco?

—No, señorita.

—Bueno, ¡será una buena experiencia para ti! Como cuando visitaste Londres —dijo Phoebe con entusiasmo, sintiéndose un poco culpable por no haberle preguntado antes si quería acompañarla.

Ellie no parecía muy convencida, y pronto bajó de nuevo para resguardarse del viento. Phoebe, en cambio, disfrutaba de la brisa mientras la capa de Joe la mantenía abrigada. El viento soplaba del noreste, trayendo consigo un frío penetrante, aunque Joe se había mostrado satisfecho porque impulsaría su viaje por el Canal.

Media hora después, estaba casi demasiado fría para seguir en cubierta. El último calor del sol había desaparecido ya casi por completo. Se acercó a la barandilla más próxima a la costa para echar un último vistazo al pueblo. Durante todo el tiempo que había estado arriba, carretas y carruajes no habían dejado de moverse en el muelle, cargando y descargando cajas y barriles. Ahora sus ojos

se fijaron en un hombre que cargaba un pequeño baúl hacia uno de los barqueros que esperaban. La luz era demasiado tenue, y el hombre estaba demasiado lejos para distinguirle el rostro, pero aun así lo reconoció y se quedó sin aliento.

Recordando las instrucciones de Joe, se dirigió hacia la escotilla, apartándose a un lado mientras los marineros subían de la bodega, algunos yendo hacia los cabos al pie del mástil y otros preparando el ancla para levarla. Trasker también debía haberlo reconocido, y no iba a perder tiempo en zarpar.

Era demasiado temprano para irse a la cama, así que Phoebe sacó un libro de su baúl y se tumbó en la litera superior. No leyó, sino que se puso a pensar en qué le diría a Alex cuando lo viera. Finalmente, se obligó a sí misma a dejar de preocuparse. Las palabras llegarían cuando fuera el momento.

Alex respiró hondo el aire salado, con su característico olor a algas y pescado. Resultaba agradable embarcarse en el *Lily* sin la perspectiva inmediata de peligro. Tal vez Marstone tenía razón, y sería una oportunidad para relajarse. En esta época del año, el calor del Mediterráneo también sería bienvenido.

Cuánto más placentero sería, sin embargo, tener compañía. Mientras el barquero remaba hacia el *Lily*, volvieron a su mente las reflexiones que había tenido en el carruaje.

No quería pasarse el resto de su vida recorriendo Europa al servicio de Marstone. La novedad de esa vida se había esfumado hacía años, pero no fue sino hasta esos días con Phoebe en Francia que había comprendido cuán distinta podría ser la vida, cualquier vida, con una compañera de confianza. Con una compañera en particular.

Phoebe sería una compañera y amiga, además de amante y esposa; después de aquel beso bajo la lluvia, tenía pocas dudas de que ella también lo deseaba. Podía haber sido solo una reacción a otro día terrorífico, pero no lo creía. Decidir alejarse de ella "por su propio bien" iba en contra de una de las muchas cosas que más admiraba en ella: su capacidad para tomar sus propias decisiones.

La barca chocó contra el casco del *Lily*, y Alex subió su baúl a bordo antes de trepar tras él. Trasker lo saludó brevemente en cuanto puso pie en cubierta, y lo condujo hacia abajo.

—El teniente está aquí —dijo, abriendo la puerta de la cabina principal. El hermano de Phoebe estaba examinando una carta náutica extendida sobre la mesa.

—¿Deane? No esperaba verte aquí.

Deane levantó la mirada y se irguió.

—¿Westbrook?

—El teniente ha sido enviado para vigilarme —dijo Trasker, con voz inexpresiva.

—Bueno, nunca habías llevado el *Lily* tan lejos como Gibraltar —dijo Alex.

Trasker gruñó y cerró la puerta de un portazo al salir del camarote.

—¿Gibraltar? —repitió Deane—. ¿Nosotros…? —Cerró la boca de golpe.

—Tengo un paquete que entregar al gobernador —explicó Alex.

—Oh. Sí... bueno, Trasker está a punto de zarpar, así que me necesitan en cubierta. Owen te traerá algo de comida. —Se pasó una mano por el cabello y alcanzó su sombrero—. Podremos aclararlo por la mañana. Por ahora vamos en la misma dirección, sea cual sea nuestro destino final.

Deane se fue, y para cuando Alex se hubo quitado el abrigo, Owen ya había llegado con un plato de su habitual estofado y una botella de vino. Alex comió, preguntándose por qué Deane no sabía cuál era su destino. No importaba; pronto lo descubriría. Se sirvió otra copa de vino y se quedó sentado, balanceándose suavemente con el familiar movimiento del barco.

Phoebe.

Cuando regresara a Inglaterra, iría a Oakley Place, o la seguiría hasta Londres, o hasta Escocia si Calvac había aceptado la oferta de Marstone. Al menos deberían hablar de las posibilidades.

Si es que ella no había aceptado ya a Harlford. Pero si estaba en lo cierto respecto a los sentimientos de Phoebe hacia él, no

aceptaría al marqués. Su Phoebe no se dejaría deslumbrar por un título ni por la riqueza.

Tal vez se estuviera exponiendo a un rechazo, pero sería cobarde no preguntar siquiera. Si no lo intentaba, seguro que no conseguiría lo que quería. Y hacía ya tiempo que sabía que Phoebe era la única mujer que *deseaba*, y amaba.

Con ese pensamiento, se fue a la cama.

Alex durmió profundamente y, por primera vez en una semana, despertó sintiéndose descansado. Se quedó acostado, mirando hacia la base del camarote superior, escuchando los crujidos y gemidos del *Lily* en movimiento, y el rumor del agua contra el casco.

La noche anterior había notado otro baúl junto al suyo en el suelo de la diminuta cabina, pero no le había dado importancia. El baúl seguía allí, y ahora podía ver que tenía grabado "Tte. Deane", lo que significaba que había dormido mientras Deane se acostaba y también mientras se levantaba aquella mañana.

Más importante aún, había un camarote perfectamente bueno al otro lado del estrecho pasillo, así que debía haber otro pasajero además de él y Deane. Y dado que Deane estaba allí, ¿podría ser que ese pasajero fuera…?

No, no había ninguna razón para que Phoebe fuera enviada a Gibraltar.

Con ganas de desayunar, se afeitó, mirándose torpemente en el diminuto espejo sujeto a la mampara, y se cambió a una camisa limpia.

Empujó la puerta del camarote de día y se quedó congelado.

Phoebe estaba desayunando con su hermano y levantó la vista con una sonrisa, como si nada estuviera fuera de lo normal. Alex contuvo la oleada repentina de felicidad. Lo que quería decirle, no iba a decirlo delante de su hermano.

—Buenos días —saludó ella alegremente.

Se veía maravillosa.

—Seguro que Owen traerá más café —añadió—. ¿Dormiste bien?

—Yo... eh... buenos días. —Carraspeó—. Muy bien... quiero decir, sí, dormí bien, gracias.

Había querido hablar con ella, aunque no esperaba que fuera tan pronto. Pero verla no hizo más que reforzar su decisión: cuanto antes, mejor.

—¿Qué haces aquí, Phoebe?

—Joe me está escoltando a Escocia —respondió ella—. O a Gibraltar.

—¿Cómo supiste lo de Gibraltar? —preguntó Deane.

—Las paredes de los camarotes son delgadas —dijo Phoebe—. Te oí anoche. —Bajó la voz—. Ellie sigue acostada en el camarote de al lado, no se siente bien.

Alex negó con la cabeza y se sentó en el tercer puesto que había frente a Phoebe. Owen llegó para llenar su taza y le puso delante un plato de gachas, así que empezó a comer; necesitaba algo en el estómago antes de intentar entender qué estaba pasando allí. Mientras comía, Deane metió la mano en un bolsillo interior y sacó un paquete sellado.

—¿Son las siguientes órdenes? —preguntó Phoebe con interés.

—¿Siguientes? —repitió Alex, dispuesto a resolver primero este pequeño misterio.

—Joe abrió sus órdenes selladas anoche —explicó ella—. Este otro paquete estaba con ellas, pero no debía abrirse hasta que estuviéramos en camino.

—¿De parte de Marstone?

Deane no respondió, simplemente rompió el sello y desplegó el papel. Una pequeña llave cayó sobre la mesa.

—Es muy obediente —dijo Phoebe con aprobación—. Yo habría abierto todo de inmediato.

—Por eso las mujeres no están en la marina —murmuró Deane.

—¿Y qué dice? —preguntó Phoebe, ignorando el comentario—. ¿Vamos a Gibraltar o a Escocia?

Deane miró de nuevo sus órdenes, rascándose la cabeza.

—¿Y bien? —insistió Phoebe.

—Dice que tú y Westbrook me dirán adónde vamos —respondió Deane, más bajo que antes—. Y que hay una carta para cada uno en el baúl. —Negó con la cabeza—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—¿Quién te dio esas órdenes? —repitió Alex—. ¿Marstone?

—Sí... yo pensaba que debía llevar a Phoebe a Oban, y también evaluar si el *Lily* y su tripulación eran adecuados para viajes más largos. Nadie dijo nada sobre Gibraltar. ¿Por qué pensaste tú...?

—Marstone me dio un paquete para el gobernador allí, para entregarlo en persona. Quizás esas cartas aclaren las cosas.

Deane gruñó y, rodeando el extremo de la mesa, fue a su cabina. Regresó con el pequeño baúl y lo colocó sobre la mesa. Alex y Phoebe se asomaron con interés cuando Joe lo abrió con la llave y levantó la tapa. Dentro había varias cartas selladas, encima de una docena de libros.

Deane le entregó una carta a Phoebe y le pasó otra a Alex, antes de sentarse para abrir una tercera. Observándolo, Alex dejó su carta sobre la mesa, notando con cierta diversión que Phoebe había hecho lo mismo. Las cejas de Deane se alzaron al leer, y su expresión se suavizó cuando terminó. Dobló la carta y la guardó en el bolsillo.

—¿No vas a abrir la tuya? —preguntó, mirando a Phoebe, que seguía bebiendo su café tranquilamente.

—No. ¿Qué decía la tuya?

—No debería... no puedo decírtelo. Solo léela, Fee, por favor —suplicó Deane.

Phoebe negó con la cabeza.

—Westbrook, ¿qué dice la tuya?

Con varias tazas de café y un plato de gachas en el cuerpo, Alex empezaba a pensar con más claridad.

—Creo que también dejaré la mía cerrada por un tiempo —dijo. Si Marstone estaba envolviendo las órdenes de Deane en tanto misterio, era que tramaba algo. Y quería hablar con Phoebe antes de que los planes de Marstone interfirieran.

—Son órdenes —protestó Deane.

—No estamos en la marina, Joe —dijo Phoebe.

Deane se volvió hacia Alex.

—Tú trabajas para Marstone.

—No de la misma forma en que tú trabajas para el Almirantazgo —respondió Alex.

—Pero necesitamos saber adónde vamos.

—¿Con qué urgencia necesitas saberlo? —preguntó Alex—. Anoche dijiste que el rumbo sería el mismo durante un tiempo.

Deane pensó unos segundos.

—Hasta que nos acerquemos a Start Point, supongo. Esta noche, si el viento se mantiene; mañana, si amaina.

—Abriré mi carta antes de que necesites cambiar de rumbo —prometió Phoebe—. ¿Te sirve eso? Quiero hablar con Alex primero —dijo—, sin que esto —señaló con desdén la carta—, sin que lo que diga *ahí* interfiera.

A veces, realmente le *leía* la mente.

—Entonces habla.

—A solas.

—No puedo dejarte... quiero decir, tu doncella... —Justo en ese momento, se oyó un sonido de arcadas lo bastante fuerte como para escucharse a través de la pared del camarote.

—No creo que Ellie sea buena marinera —dijo Phoebe.

Alex atrapó la mirada de Joe.

—Podríamos salir a cubierta, Deane —sugirió, justo cuando una ráfaga de lluvia golpeaba contra la ventana.

—Oh, está bien, quédense aquí —cedió Deane de mala gana. Apuró el último sorbo de su café y se puso de pie—. Me aseguraré de que Owen les traiga más café —añadió—. ¡A intervalos frecuentes!

Capítulo 55

Phoebe observó a Alex mientras la puerta se cerraba tras Joe. Se había sentido alentada por la mezcla de placer y sorpresa en el rostro de Alex cuando había entrado en el camarote; ahora sentía mariposas en el estómago. Había mucho en juego.

—¿De verdad llevas un mensaje para Gibraltar? —preguntó, empezando con una pregunta fácil.

—Sí —respondió él, recostándose contra el mamparo—. ¿Por qué pensaste que estabas aquí?

—Marstone dijo que necesitaba protección, y que lo más seguro era que fuera a su propiedad en Escocia por mar. Pero Bella pensó que podía haber otro motivo —Phoebe se detuvo, preguntándose si estaba a punto de hacer el ridículo—. Ella… ella dijo que era difícil huir cuando uno está en un barco.

—Yo no estaba huyendo. Marstone me necesitaba en Londres.

—Pero no ibas a volver, ¿verdad?

—No si tú estabas… —Sus palabras se apagaron. Jugó con su taza de café antes de mirarla de nuevo, con el rostro tenso—. Phoebe, ¿Harlford te pidió que te casaras con él cuando estuvo en Oakley Place?

—Sí, pero lo rechacé —vio cómo parte de la tensión desaparecía del rostro de Alex al decirlo.

—Habría sido un buen matrimonio para ti.

—Excepto por el hecho de que él cree saber qué es lo mejor para mí, como la mayoría de los hombres… incluso Joe. No, yo quiero más de la vida que seguridad económica. Al final, eso era todo lo que habría ganado con Harlford.

—¿Yo también he estado decidiendo qué es lo mejor para ti?

—No —se mordió el labio, aunque eso no era del todo cierto, y esta conversación necesitaba honestidad—. Bueno, no siempre —corrigió.

—Me di cuenta de eso —dijo él, todavía serio.

—Te alejaste porque 'las señoritas de la alta sociedad...'

—'...no se casan con bastardos' —terminó él por ella, negando con la cabeza—. No solo estaba decidiendo por ti, sino que también dejaba que las opiniones de otros decidieran por mí.

—¿Pero ibas a venir a hablar conmigo? —preguntó ella.

—Sí, en cuanto regresara a Inglaterra.

Phoebe no pudo evitar reírse.

—Marstone —aclaró, para que Alex no pensara que se reía de él —. Hizo todo este esfuerzo para juntarnos… y tú ibas a buscarme de todos modos.

—Ja, sí —por fin sonrió. Miró las cartas selladas, que seguían sobre la mesa—. Sospecho que hay algo más detrás de todo esto que simplemente asegurarse de que no pudiera huir —añadió.

—Eso puede esperar —dijo Phoebe, apartándolas a un lado—. ¿Qué ibas a decirme cuando me alcanzaras? —Él aún no le había pedido matrimonio, pero ahora estaba segura de que quería hacerlo. ¿Por qué otra razón habría evitado verla por los motivos que había mencionado?

Alex se recostó de nuevo, con una sonrisa irónica en los labios.

—No había llegado a decidir exactamente qué decir —admitió—. Más allá de preguntarte qué es lo que *tú* quieres. ¿Disfrutaste de tu temporada?

—Lo que hubo de ella, sí —respondió. Lo miró a los ojos—. Pero no lo suficiente, y la idea de hacer lo mismo, con prácticamente las mismas personas, año tras año... —Negó con la cabeza—. Alex, mis padres fueron felices sin todo eso. Se amaban, trabajaban juntos y usaban sus habilidades para ayudar a otros. Yo quiero una vida así, una vida en la que pueda aprender cosas y usar lo que sé.

Consciente de que su voz se había elevado mientras hablaba, Phoebe respiró hondo y se recostó en su asiento. ¿Estaría él preocupado de que ella se cansara de una vida a su lado, una vida alejada de la sociedad que frecuentaba su tío?

—¿Te gusta ser útil? —preguntó.

Alex asintió.

—A mí también. Desde que murieron mis padres no he sido útil. Como mucho, mi tía me ha tolerado. Mi tío fue... distante hasta que regresamos a Londres. Harlford es un buen hombre, creo, y bastante

agradable, pero solo me pidió en matrimonio porque necesita un heredero. Y eso no es lo que quiero.

—No serías bien recibida —dijo Alex, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerse—. Quiero decir —añadió rápidamente—, si...

—Me recibirían las personas que me importan —lo interrumpió Phoebe—. Y en cuanto a los que no querrían saber de mí... creo que sería bastante feliz de no conocerlos.

Él sentía que debía señalarle todos los obstáculos de una posible vida juntos, aunque se alegraba de que ella los desestimara tan fácilmente.

—Paso mucho tiempo... —Se interrumpió al oír el repiqueteo de unas botas en el pasillo, y la puerta se abrió.

—¿Y bien? —preguntó Deane—. ¿Ya han decidido abrir sus cartas? —Los miró, frunciendo el ceño—. Ha dejado de llover —continuó—. Si no han terminado de hablar, pueden hacerlo en cubierta.

Alex no se había dado cuenta de que el cielo se había aclarado afuera; incluso se veían algunos parches de azul. La mirada de Deane era casi un desafío.

Reprimió una sonrisa al ver que Phoebe le devolvía el ceño fruncido.

—Joe, ¿qué crees exactamente que podríamos hacer en un camarote diminuto como este y sin cerrojo en la puerta? Además, no podemos abrir las cartas en cubierta, el rocío arruinaría la tinta.

Deane les lanzó una última mirada hosca, pero finalmente se rindió.

—Muy bien —dijo, y se marchó, dejando la puerta abierta con toda intención.

Alex fue a cerrarla, pero en lugar de volver a su asiento, se quedó de pie frente a la ventana de popa. Su pulso se aceleró cuando Phoebe fue a colocarse cerca de él, con sus hombros casi tocándose. Captó el leve aroma de su cabello.

—Phoebe... —Mecánicamente, extendió la mano y recogió unos mechones sueltos, acomodándolos tras su oreja. La sonrisa que ella le dedicó entonces le robó el aliento.

—Te amo, Phoebe, debes saberlo.

Ella asintió y le sonrió, y puso brevemente una mano sobre su mejilla. No dijo nada; seguramente podía adivinar que él estaba a punto de decir "pero".

—¿Por qué quieres... por qué yo? —preguntó Alex—. La mayoría de la gente diría que soy una mala elección, sobre todo para alguien como tú.

Ella no respondió de inmediato; su mirada se desvió, perdiéndose en algún punto.

—Tú... fuiste amable cuando me devolviste mi cuaderno de bocetos. Nos rescataste de Perrault y me salvaste de Sarchet...

—No quiero tu gratitud —la interrumpió con aspereza.

—Pero más importante aún —continuó ella, volviendo a mirarlo —, me trataste como a una persona, me dejaste ayudar, no asumiste que no podía hacer algo solo por ser mujer, me permitiste juzgar por mí misma lo que creía poder o no hacer.

Él vio el brillo en sus ojos cuando volvió a apartar la mirada.

—Nadie había hecho eso desde mi padre. Sentí que trabajábamos *juntos* en algo importante —sus ojos se encontraron de nuevo—. No creo que los sentimientos, el amor, puedan explicarse realmente. Pero en la medida en que pueden, esa es la razón.

Se tragó un nudo repentino en la garganta. Entonces *sí* lo amaba. Lo había pensado... lo había esperado, pero escucharla decirlo lo conmovió más de lo que había imaginado.

Todavía quedaban las desventajas de su situación por señalar. Había visto suficientes matrimonios que acababan en la indiferencia o en la abierta hostilidad... no quería que eso les ocurriera a ellos. El amor no siempre era suficiente.

—Estaría fuera a menudo por asuntos de Marstone... —dijo él.

—También los oficiales del ejército y de la marina están fuera. Otras mujeres lo soportan...

—No quiero que tengas que soportar nada. —No era una gran vida para las mujeres que se quedaban en casa, aunque la idea de que ella estuviera dispuesta a hacerlo lo reconfortaba. Pero tampoco era eso lo que él quería.

—¿Vas a seguir haciendo el mismo tipo de trabajo? —preguntó ella—. Pensé que no podías volver a Francia por un tiempo.

—No sé qué quiere Marstone. —No había dicho nada sobre qué haría Alex después de aquel viaje a Gibraltar—. Supongo que podría volver a trabajar en Pendrick's.

Ella debió de ver algo en su expresión, sus dudas ante una vida tan monótona. A él le resultaba tan poco atractiva como a ella la temporada social.

—¿Lo harías? —preguntó, y luego negó con la cabeza—. ¿Vemos qué dicen las cartas de Marstone?

Él se volvió y se apoyó en la mesa. Tomó su carta, rompió el sello y desplegó la hoja. Cuando volvió a levantar la vista, Phoebe ya había terminado de leer su propia carta.

—Marstone quiere agradecerme por ayudar a recuperar tu lista —dijo ella—. Me dará una buena dote si mi tío no lo hace, y se asegurará de que podamos permitirnos una casa bonita.

No necesitaba su dote, y Marstone lo sabía. Por su expresión, la oferta de Marstone le resultaba tan poco atractiva a ella como a él.

Ella miró su carta.

—¿Qué soborno te ofrece a ti?

Él sonrió; la oferta sí sonaba a soborno.

—Parece creer que no me gustaba trabajar en Pendrick's porque no estaba al mando. Así que va a ayudarme a montar mi propio negocio de importación. Será un refugio seguro para los agentes, y me ha ofrecido el *Lily* para organizar también el transporte. —Volvió a doblar la carta y la dejó sobre la mesa.

—Ese sería un trabajo útil —dijo ella—. También es un trabajo que casi cualquiera podría hacer.

Sus palabras reflejaron tan exactamente sus propios pensamientos que él soltó una carcajada.

—Sabes, tu costumbre de leer la mente puede ser bastante desconcertante a veces.

—Tú no quieres eso, ¿verdad? —Ella lo miró directamente a los ojos—. Alex, ¿qué es lo que quieres?

Tú, pensó, *en mi vida, en mis brazos...*

—Cuando estaba tratando de encontrar a la familia de Brevare en Francia —dijo él—, te quería a ti. —Puso una mano detrás de su cabeza, acariciando suaves círculos en su cabello con el pulgar.

—Te quería como compañera, para hablar las cosas contigo, para resolverlo todo juntos. Además de esto... —Se inclinó hacia ella, y ella alzó el rostro hacia el suyo, con los labios ligeramente entreabiertos. Aquello fue aliento suficiente, y él bajó la cabeza hacia ella.

—¡Westbrook! —La voz de Deane los hizo sobresaltarse a los dos.

—Vete, Joe —dijo Phoebe con fastidio, aunque aún así se apartó de Alex—. Y sí, ya abrimos nuestras cartas, y no, no dicen adónde debemos ir.

—¿Pero aceptan la propuesta de la carta? —preguntó Deane.

Alex atrapó la rápida mirada que ella le dirigió, y negó con la cabeza. Marstone no se habría tomado tantas molestias para organizar ese viaje en el *Lily* solo para conseguir a alguien que coordinara agentes. La sonrisa fugaz de Phoebe le indicó que ella había llegado a la misma conclusión igual de rápido.

—No, no la aceptamos —dijo Phoebe. Se asomó al pequeño baúl que Joe acababa de abrir, recordando los libros que había visto antes. Joe sacó un fajo de papeles y le entregó otra carta a Alex.

—¿Qué son esos libros? —preguntó Phoebe.

Joe no respondió, atento a Alex mientras este leía la carta.

—¿Te ordenaron no dejarme verlos? —insistió ella, irritada.

—No. —Joe hizo un gesto hacia la caja. Ella sacó los volúmenes y leyó los lomos. Había varios diccionarios y libros de gramática, portugués, español e italiano. Eso prometía una oferta más interesante en la carta más reciente.

Alex alzó las cejas mientras leía, y luego le tendió la carta a Phoebe sin decir una palabra. Ella la leyó dos veces, manteniendo una expresión neutra a pesar de la emoción que bullía en su interior.

—¿Y ahora qué dice esa carta? —preguntó Joe, impaciente.

—Dice que no es raro que las esposas de los comerciantes acompañen a sus maridos en viajes comerciales —dijo Phoebe—. Y que un barco adaptado como un corsario rápido podría investigar

oportunidades de comercio en el Mediterráneo mientras resulta útil de otras formas.

Joe miró de ella a Alex, procesando las implicaciones.

—Pero tú no eres la esposa de un comerciante.

—Lo seré si un comerciante me lo pide.

—¿Qué comerciante? —Se volvió hacia Alex, que lo miraba con paciencia—. Oh. Santo cielo... dame mejor un huracán o un barco de guerra que enfrentar, ¡sería mucho más sencillo!

Alex miró a Phoebe, comenzando a sonreír.

—¿Estás segura?

—Sí... si tú lo estás. —Ya no pudo contener su propia sonrisa.

—Aceptamos esta oferta, Deane —dijo Alex, dejando la carta de nuevo sobre la mesa—. ¿Ahora qué?

—¡Sí! —Joe deslizó otro paquete de papeles hacia ellos—. ¿Eso nos dice a dónde vamos?

Alex abrió el paquete y le devolvió una sola hoja que iba dirigida a Joe.

—Ashmouth —dijo Joe, negando con la cabeza—. Solo por unos días, luego a Gibraltar.

—Será mejor que vayas a avisar a Trasker —sugirió Phoebe. Había cosas que decir, pero no delante de su hermano.

Joe dudó, luego se sonrojó un poco.

—Oh, sí. Perdón. —Al salir del camarote se volvió como si fuera a decir algo.

—Déjame proponer matrimonio en paz, ¿quieres, Deane? —dijo Alex, impaciente.

Joe se encogió de hombros y se fue.

—¿Por qué tanto lío con las cartas? —preguntó Phoebe cuando Joe salió—. ¿Marstone suele complicarlo todo así?

Alex negó con la cabeza.

—No en asuntos operativos—cuanto más complejo es algo, más posibilidades hay de que salga mal. —Volvió a leer la carta y la dejó sobre la mesa—. Esta opción no es segura, a pesar de lo que diga la carta.

—¿No irás a decirme que es demasiado peligroso para mí, verdad?

Sonrió con ironía.

—Estoy haciendo un gran esfuerzo para no decirlo —admitió—. Sospecho que todo esto es para que pueda decir que no nos obligó... a ninguno de los dos... a aceptar esta opción.

—Podría habernos dado ambas opciones desde el principio.

—Olvida a Marstone. —Se puso de pie y la atrajo hacia sí—. Phoebe, te amo. ¿Quieres ser mi esposa y mi compañera?

—¡Sí, por favor!

Ella se acomodó en sus brazos, alzando el rostro, aunque al principio solo se abrazaron. Sintió ese calor familiar recorrerle todo el cuerpo al besarlo, hasta llegar a los dedos de los pies, pero aquel beso fue mejor que los anteriores, y prometía mucho más. Una de sus manos se enredó en el cabello de ella, la otra se apoyó en la parte baja de su espalda, acercándolos aún más. Phoebe rodeó a Alex con los brazos, apretándose contra él, sintiendo el juego de sus músculos al moverse.

Finalmente, Alex se apartó un poco, sujetándola por los hombros y empujándola suavemente un paso atrás.

—Phoebe, para —suplicó, respirando con dificultad—. No podemos hacer esto ahora.

Ella suspiró, su corazón bajando el ritmo poco a poco.

—Supongo que no —dijo con pesar, aunque no lo soltó—. Podrían interrumpirnos.

—Interrupciones aparte, no voy a arriesgarme a...

La miró hacia abajo, tomando aire.

—Sospecho que hay una licencia especial en el paquete de Marstone. Sé que son solo unos días, pero si algo llegara a pasar en ese tiempo... podría caerme por la borda. No voy a arriesgarme a dejarte...

Phoebe lo acalló con un beso y luego se apartó, soltándolo a regañadientes.

—¿Vemos qué más nos mandó Marstone? Para hacer pasar el tiempo...

Cuando Joe regresó al camarote media hora después, tras carraspear varias veces en el pasillo, los encontró sentados lado a lado en la mesa, con un mapa del Mediterráneo extendido frente a

ellos. Y si no había suficientes manos visibles sobre la mesa... muy sensatamente, no dijo nada.

Epílogo

Norte del Mediterráneo, septiembre de 1793

El aire del crepúsculo seguía siendo agradablemente cálido cuando el *Hermès* navegó hacia Ajaccio, en la costa occidental de Córcega. Una bandera tricolor ondeaba perezosamente en la brisa mientras los marineros trepaban por la jarcia para recoger las velas, y el barco echaba el ancla bajo la ciudadela. El capitán no parecía tener prisa, y no fue hasta la mañana siguiente que enviaron botes a tierra para recoger agua y provisiones.

De forma inusual, la mayoría de la tripulación permaneció a bordo. Los propietarios, un tal Monsieur y Madame Blanchet, explicaron a las autoridades portuarias que el maestro de navegación iba a llevar la embarcación a una playa adecuada para raspar el casco.

Si al capitán del puerto le pareció extraño que un barco de aspecto tan nuevo necesitara ya una limpieza de algas, pronto se vio distraído por la bonita sonrisa de Madame Blanchet, su maravilloso cabello rojo y sus preguntas sobre alojamiento. A duras penas logró prestar atención a Monsieur el tiempo suficiente para darle la lista solicitada de bodegas y viñedos locales.

Durante las semanas siguientes, los Blanchet se dedicaron a recorrer la isla. Los propietarios de los viñedos los agasajaban con sus mejores vinos, y Monsieur hizo felices a varios de ellos comprando buena parte de sus existencias y prometiendo regresar al año siguiente.

Madame también disfrutaba de las catas, y era tan amable con las esposas, tan interesada en sus vidas y en sus hijos, que muchas terminaban confiándole mucho más de lo que pretendían. Madame y Monsieur eran, evidentemente, leales súbditos de Francia, pero también mostraban cierta simpatía por los corsos, cuyo país había sido ocupado durante siglos por los genoveses, antes de ser vendido al *ancien régime* y conquistado por ejércitos franceses menos de treinta años atrás. Cuando sus interlocutores se mostraban algo

indiscretos en su desagrado hacia sus amos franceses, Madame prometía no decir nada con una sonrisa tan cordial que lograban creerle, y atendían a sus advertencias de que sería mejor no comentar esa conversación con nadie, ni siquiera con sus amigos y vecinos más cercanos.

Los Blanchet regresaron a Ajaccio a mediados de octubre, y el *Hermès* zarpó del puerto, con su pequeña bodega de carga repleta de vino, cajas de quesos locales y embutidos.

Gibraltar, octubre de 1793

Alex subió por la calle, con las laderas boscosas de la roca elevándose a su derecha, hasta llegar al antiguo monasterio que ahora era la residencia del gobernador.

A los comerciantes no se les concedía a menudo acceso directo a la casa del gobernador, pero el mayordomo lo reconoció de principios de año y lo condujo hasta el despacho de Sir Robert. Los hombres que lo seguían con un carro cargado de vino recibieron ayuda para descargar su carga y se les ofreció algo de beber antes de regresar a su barco.

Sir Robert le indicó a Alex que se sentara, y un lacayo trajo una bandeja con un decantador y copas antes de retirarse con una reverencia.

—¿Éxito, Westbrook? —preguntó Sir Robert, sirviéndoles una copa a cada uno.

—Eso creo, señor —dijo Alex, sacando de su bolsillo un informe sellado y dejándolo sobre la mesa—. Hay un sentimiento generalizado de que un cambio sería bienvenido entre los comerciantes y pequeños terratenientes. Las afirmaciones de Paoli al almirante Hood de que la población lo apoya no parecen exageradas. —Tomó un sorbo de brandy y se lo pasó por la boca, saboreándolo —. No nos mezclamos con las altas esferas, ¿entiende?

—Al menos, no en tu rol actual —rio brevemente Sir Robert—. ¿Detalles en eso, supongo? —añadió, señalando la carta.

—Sí, también algunos contactos útiles. Marstone no me ha autorizado a contarle más que lo esencial.

El gobernador asintió. Alex dedujo por su actitud que ese tipo de confidencialidad era habitual.

—¿Y el *Hermès*? ¿Ningún problema con él?

—No. La tripulación se está adaptando bien. Algunos no están muy contentos de no poder bajar a tierra como de costumbre, pero si les suministramos suficientes barriles de cerveza y ron, no parece importarles demasiado.

—Bien, bien —dijo Sir Robert, recostándose en su silla—. Denning ha hecho una lista para ti —continuó—. Información general, envíos, corsarios en la zona, todo eso. Asegúrate de recogerla antes de irte. Y dile cualquier otra cosa que hayas notado.

—Gracias, lo haré.

Sir Robert le entregó a Alex una carta.

—Órdenes.

Alex le dio la vuelta, notando el sello de Marstone antes de guardarla en su bolsillo.

—Habrá una velada mañana por la noche —continuó Sir Robert —. Trae a la señora Westbrook. De hecho, ¿por qué no se quedan aquí los dos mientras estén en Gibraltar? Debe de ser más cómodo que un camarote de barco.

Alex echó un vistazo alrededor de la habitación, tomando nota de los muebles lujosos y las gruesas alfombras. Sería un cambio agradable respecto al *Hermès*. Por otro lado, podrían alojarse en un hotel durante unos días, lo que les permitiría tener tiempo a solas sin tener que ser sociables y pasar tiempo con su anfitrión.

—A la velada, sí, con gusto. Seguiremos reabasteciendo mañana, incluso si mis órdenes nos hacen zarpar pronto —dijo, levantándose—. En cuanto a quedarnos aquí, llamaría demasiado la atención; no suele invitar a otros comerciantes a hospedarse. Pero agradezco mucho la oferta.

El gobernador se sirvió otra copa.

—Sí, bueno. Buena suerte con lo que sea... supongo que debería decir "buen comercio" —se rio.

Se dieron la mano y Alex se marchó, regresando al puerto pasando por varios hoteles.

El *Hermès* parecía un tendedero cuando Alex regresó. Evidentemente, Sal Robins había conseguido suficiente agua dulce para lavar la ropa adecuadamente; todo, desde ropa interior hasta vestidos, colgaba de cuerdas tendidas por la cubierta central. Alex se abrió paso entre la tela húmeda y bajó al camarote de popa, donde fue recibido con la imagen del trasero de su esposa en el aire mientras se inclinaba sobre un cubo, con una toalla en el suelo junto a ella.

—¿Phoebe? —preguntó, de pronto alarmado. ¿Estaría enferma?

La preocupación se desvaneció cuando ella levantó la cabeza, dejando que el agua le chorreara por la cara. Por supuesto, agua dulce también significaba un lavado de cabello en condiciones después de semanas en el mar.

Alex cerró la puerta con llave, se quitó el abrigo y el chaleco, y los colgó en el respaldo de una silla. Phoebe se sentó sobre sus talones y lo observó acercarse, con una sonrisa cómplice en los labios. Su pulso se aceleró cuando tomó la jarra de enjuague de su mano. Pasando los dedos entre sus rizos, terminó de verter agua limpia para eliminar el jabón. Luego se sentó en el suelo detrás de ella y la atrajo sobre su regazo, sintiendo cómo el agua helada empapaba su camisa. Tomó la toalla y la pasó por su cabello, frotando hasta dejarlo apenas húmedo.

—¿Nuevas órdenes? —preguntó Phoebe, recostándose contra él.

—Mmm —murmuró Alex. Rodeándola con los brazos, sus dedos juguetearon con los cierres en la parte delantera de su vestido—. Parece que te has mojado el vestido... no podemos permitir que te quedes sentada con la ropa húmeda.

Empezó a desabrochar los botones, su mejilla cerca de la de ella mientras se inclinaba para ver lo que hacía, su aliento cálido sobre su piel.

—¿A dónde vamos ahora, entonces? —preguntó ella.

Se movió ligeramente, facilitándole el acceso a los lazos bajo los botones, y esa familiar punzada de deseo comenzó a crecer en su interior antes de que él llegara siquiera a la piel. Podía sentir su interés, incluso a través de todas las capas de su falda.

—Parece que Marstone cree que los Caballeros podrían necesitar vino corso, y que a la señorita Fletcher le vendría bien un poco de encaje maltés —dijo él—. Pero tenemos tiempo de sobra para reabastecernos y dar descanso a la tripulación.

Llevando las manos a sus hombros, empezó a deslizarle las mangas hacia abajo.

—He reservado habitaciones para nosotros en el Hotel George por unos días —añadió.

Su respiración se aceleró a medida que el vestido caía de sus hombros y él comenzaba a desatarle el corsé.

—¿Crees que el hotel será un poco más cómodo que aquí? —preguntó ella, girándose para mirarlo.

¿Te gustaría que siga con la siguiente parte?

Se inclinó hacia ella, con el rostro muy cerca del suyo.

—Posiblemente, pero ahora estamos aquí —susurró contra sus labios, y ella soltó una risa.

—Creo que estás un poco demasiado vestido para eso... —dijo ella, tirando de su camisa para sacarla de sus pantalones.

Nota histórica

La Revolución Francesa le resulta familiar a muchos lectores de novela romántica gracias a *El Zorro Escarlata* (*The Scarlet Pimpernel*) y otros relatos que narran el rescate de aristócratas durante lo que se conoce como el Reino del Terror.

Aunque algunos historiadores consideran que el Reino del Terror comenzó a finales de 1792 con las Masacres de Septiembre, las víctimas de entonces eran casi en su totalidad criminales comunes. Las detenciones y ejecuciones masivas de quienes se oponían a los intereses de los pobres, incluyendo a la nobleza, no comenzaron hasta el otoño de 1793, varios meses después de la época en que se ambienta esta historia.

Es posible que los lectores también hayan oído hablar del Comité de Salvación Pública. Este organismo se formó en abril de 1793 y se convirtió en el gobierno efectivo durante algunos años. El Comité de Vigilancia General, para el cual Alex afirma trabajar cuando se enfrenta por primera vez a Perrault, era un organismo similar que más tarde colaboró estrechamente con el Comité de Salvación Pública.

Posdata

Posdata

Gracias por leer *Jugando con fuego*; espero que lo hayas disfrutado. Si puedes dedicar unos minutos, te estaría muy agradecida si pudieras dejar una reseña de este libro en el sitio donde lo compraste o lo tomaste prestado, o en Goodreads.

www.jaynedavisromance.co.uk

Si deseas recibir noticias sobre ofertas especiales o nuevos lanzamientos, únete a mi lista de correos a través de la página de contacto en mi sitio web. ¡Prometo no bombardearte con correos electrónicos! Alternativamente, sígueme en Facebook; los enlaces están en mi sitio web.

Sobre la autora

Quería ser escritora cuando era adolescente, enganchada a Jane Austen y Georgette Heyer (y a muchos otros autores). La vida real se interpuso, y tuve varias carreras, incluida la de autora de no ficción bajo otro nombre. ¡No era exactamente la carrera de escritora que tenía en mente!

Ahora tengo la suerte de poder dedicar la mayor parte de mi tiempo a escribir, cuando no estoy fuera caminando, montando en bicicleta o disfrutando de mi jardín.